

LAS CUEVAS COMO ESPACIOS RITUALES EN ÉPOCA IBÉRICA

Los casos de *Kelin*, *Edeta* y *Arse*

Valencia, mayo de 2017

PROGRAMA DE DOCTORADO 3052
PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA
DEL MEDITERRÁNEO



TESIS DOCTORAL
Presentada por
Sonia MACHAUSE LÓPEZ



Dirigida por
Carmen ARANEGUI GASCÓ
Consuelo MATA PARREÑO
Departament de Prehistòria, Arqueologia
i Història Antiga



VNIVERSITAT
DE VALÈNCIA

Las cuevas como espacios rituales en época ibérica

Los casos de *Kelin, Edeta* y *Arse*

Caves as ritual spaces in the Iberian Iron Age
The cases of *Kelin, Edeta* and *Arse*

PROGRAMA DE DOCTORADO 3052
PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA DEL MEDITERRÁNEO

Presentada por
Sonia MACHAUSE LÓPEZ

Dirigida por
Carmen ARANEGUI GASCÓ
Consuelo MATA PARREÑO
Departament de Prehistòria, Arqueologia i Història Antiga

-Valencia, mayo de 2017-

*Naturalmente, esto es lo peligroso de las cuevas:
a veces uno no sabe lo profundas que son,
o a dónde puede llevar un pasadizo, o lo que te espera dentro.*

(El Hobbit, J. R.R. Tolkien, capítulo 4: Sobre la colina y bajo la colina)

*...dentro de una cueva tan alta que el techo tampoco llegaba a verse.
Una luz verdosa y difusa brillaba a lo lejos, en lo que debía ser el centro del lago,
y se reflejaba en sus aguas, completamente quietas...
se trataba de una oscuridad más densa que la habitual.*

(Harry Potter y el misterio del príncipe, J. K. Rowling, capítulo 26: La cueva)

Gracias

Esta tesis es el resultado de un largo viaje de aprendizaje y decisiones acertadas. Decisiones como la de elegir la carrera de Historia y mudarme a Valencia, hace ya 12 años. Elegir este camino evitando ser *un pato, que puede nadar y volar, pero no tan bien como un pez o un pájaro* (sabias palabras escuchadas en las aulas del instituto Sos Baynat que acabaron marcando, inconscientemente, el rumbo de mi viaje).

De decisiones y de nuevas experiencias habla esta historia. De probar qué era una excavación arqueológica, empezando por el Paleolítico Superior con la Cova de les Cendres, pasando por yacimientos de la Edad del Bronce como la Lloma de Betxí y la Edad del Hierro en Francia (Ouessant, Inguiniel, Pech Maho o Lattes) y Galicia (Neixon), hasta llegar a la cultura ibérica (cinco años consecutivos aprendiendo en la Bastida de les Alcusses).

Formación que desde las aulas de la Facultat de Geografia i Història y las campañas de excavación, he podido ir completando con la ayuda de distintas becas: comenzando por la beca de colaboración que obtuve durante el quinto año de carrera, en el entonces Departament de Prehistòria i Arqueologia de la Universitat de València (2009-2010); seguida por la beca Leonardo Da Vinci, que me permitió realizar unas prácticas en el laboratorio del CNRS *Archéologie des Sociétés Méditerranéennes* (2010-2011); continuando con la beca de investigación en el Servei d'Investigació Prehistòrica entre marzo y abril de 2013; y la beca

predoctoral Atracció de Talent de la Universitat de València, entre mayo de 2013 y abril de 2017, en el marco del proyecto *Del Mar Latino al Océano (ss. VIII-I a.C.). Contactos históricos, tráfico comerciales e infraestructuras portuarias en Occidente* (HAR2011-26943); así como la ayuda para la realización de tesis doctorales del Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert de la Diputación de Alicante, recibida en mayo de 2017.

Toda esta formación se ha visto completada con las estancias de tres meses en el extranjero, en el marco de la beca predoctoral Atracció de Talent, tanto en el *Department of Archaeology* (University of Durham, England) en 2015, como en el *School of Social Sciences, Humanities, and Arts* (Merced, University of California, USA) en 2016. Además, la asistencia a cursos, seminarios y congresos ha enriquecido mi formación investigadora. Me gustaría destacar, en primer lugar, el Curso de Postgrado *La aplicación de las Tecnologías de Información Geográfica en Arqueología*, organizado por el Instituto de Arqueología de Mérida (IAM-CSIC) y el Instituto de Ciencias del Patrimonio (INCIPIT-CSIC), que realicé entre 2014 y 2015. En segundo lugar, fueron muy interesantes las ideas adquiridas en sesiones de congresos, cursos y seminarios sobre ritualidad, que me permitieron conocer otros ejemplos y proponerme nuevas preguntas. Seminarios como el de *Creences i més enllà en època ibèrica: el món de la mort i el culte a les coves*, organizado por GRESEPIA (en abril de 2016); y cursos como el del Museu de Belles Arts de Castelló, *Ritos y religión en la sociedad ibera* (en julio de 2016).

Pero más allá de becas de formación, estancias o congresos y seminarios, este trabajo es resultado directo del apoyo incondicional que me han prestado mis dos directoras: Xelo Mata y Carmen Aranegui. Si bien esta última fase ha sido más intensa de lo que esperábamos, siempre han estado dispuestas a prestarme su consejo y motivarme en aquellos momentos en los que no

encontraba las fuerzas, iluminando las salas de esta oscura cueva. Y es que, aquel día de 2012 que salí del despacho de Xelo con una lista de ideas para el TFM, acabó marcando el rumbo de mi vida estos últimos años. Rumbo que espero poder continuar en un futuro. Gracias, gracias y más gracias.

Me gustaría dar las gracias también a los miembros del Servei d'Investigació Prehistòrica (SIP) y del Museu de Prehistòria de València (MPV). Allí comencé esta tesis doctoral cuando durante un corto, pero intenso, periodo de tiempo me dieron la oportunidad de trabajar como becaria de investigación. Gran parte de estos años los he pasado entre la sala de trabajo, estudiando la mayoría de materiales que se presentan en esta tesis, y la biblioteca del museo, sin olvidar mis visitas al gabinete de fauna. Gracias a su directora, Helena Bonet, por hacer posible, entre otras cosas, la datación de parte de los restos humanos de la Cueva del Sapo. Mi especial agradecimiento va dirigido a Jaime Vives-Ferrándiz que siempre ha estado dispuesto a prestarme unos minutos de su tiempo y orientarme a lo largo de este periodo.

También me gustaría dar las gracias, por una parte, a otros museos y colecciones museográficas que me han abierto sus puertas y han facilitado el estudio de sus fondos: al Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques de Castelló (SIAP), al Museu Arqueològic Municipal de La Vall d'Uixò, al Museo de Cuenca y al Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias González-Martí. Y, por otra parte, dar las gracias a Fernando Moya, quien me facilitó su colección privada de materiales recogidos en la Cueva Santa del Cabriel y a Trini Martínez y Pepe Martínez, quienes motivaron el estudio de la Cova de les Dones, al prestarme los materiales de su colección privada. Además, me gustaría agradecer la cesión de material fotográfico al MPV/SIP, al Museo de Teruel, al SIAP, al MARQ, al Museu Arqueològic Municipal de La Vall

d'Uixò, al Museo de Teruel y al Centre d'Estudis Contestans; así como a Helena Bonet, Manolo Pérez Ripoll, Alberto Lorrio, Juan Salazar, Mercedes Fuentes, Vicente Palomar, David Quixal, Consuelo Mata, Eva Collado, Oreto García Puchol y Enric Verdú.

El trabajo que presentamos aquí no habría sido posible sin la ayuda prestada por decenas de investigadores que, en menor o mayor medida, han contribuido en esta Tesis doctoral. Me gustaría dar las gracias, en primer lugar, a todas aquellas personas que me han acompañado en la visita a las cuevas: Xelo Mata, Vanessa Albelda, David Quixal, Paco Blay, Tono Vizcaíno, Mercedes Fuentes, Luis Lozano, Marta Blasco, Pepe Medard, Bruno Rives, Yolanda Carrión, Marisa Rovira, Alessandra Monti, M^a Dolores López, José Hervás, Joan Bernabeu y Vicente Machause. Agradecer en especial a Paco Blay, quien nos ha guiado y acompañado en la visita de varias de las cuevas que incluimos en esta tesis; así como a Vicente Palomar que nos guió en la visita a la Cueva del Murciélago y a la Cueva de la Torre del Mal Paso, quien además es el artífice de algunas de las magníficas fotografías que incluimos en la metodología de este trabajo; y a Bruno Rives quien nos guió en la visita a las cuevas del Puntal del Horno Ciego y nos facilitó la memoria de prospección del término de Villargordo del Cabriel. También han sido de gran ayuda las informaciones sobre el acceso a la Cova de les Dones (Lluís Molina y Trini Martínez), al Abric de les Cinc (Amparo Barrachina), a la Cova de l'Armela (Marisa Rovira), a la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (Mari Àngels Martí Bonafé y Alberto Lorrio) o a la Cueva Santa de Altura (Guillermo Tortajada); así como las informaciones sobre las primeras referencias historiográficas del Abric de les Cinc (Ferran Arasa).

Por otra parte, me gustaría dar las gracias a los distintos especialistas que me han asesorado en el

inventario de las cerámicas (Jaime Vives-Ferrándiz, Helena Bonet, Jesu De Pedro, Pepe Pérez Ballester, David Quixal, Alicia Vendrell y Carlos Gómez Bellard), metales (Guillermo Tortajada), industria ósea (Marta Blasco), epigrafía (Arantxa López y Jose Torregrosa), malacofauna (Josep Lluís Pascual) y numismática (Manolo Gozalbes); así como con datos de prospecciones y excavaciones de las áreas de estudio (David Quixal, Andrea Moreno y Vanessa Albelda) o citas de autores clásicos (María Antón). Además, es importante reconocer el trabajo que han realizado Alfred Sanchis con los análisis de fauna, Ángela Pérez con los análisis de restos humanos, en los que colaboró parcialmente Sheyla Sancho, y Yolada Carrión y Paloma Vidal, con los análisis antracológicos que se han realizado y los que están en curso por parte de ésta última. Me gustaría agradecer además, la revisión de las partes del catálogo dedicadas a los restos óseos, a cargo de Alfred Sanchis y Ángela Pérez, que han mejorado con su rigurosidad la presentación de los datos. También han sido de gran valor las orientaciones de Natxo Grau y las revisiones de David Quixal y Agustín Díez sobre el capítulo del análisis territorial. Este último me orientó, además, metodológicamente en gran parte del análisis y siempre ha estado disponible para ayudarme a resolver cualquier duda con los SIG ¡Y no han sido pocas! Dudas que he ido aclarando con el paso de los años, para lo cual ha sido de gran valor la experiencia docente adquirida durante tres años en las prácticas de QGIS, de la asignatura de Metodología Arqueológica en el grado de Historia.

Me gustaría agradecer también las enriquecedoras conversaciones mantenidas sobre cuevas con evidencias de ritualidad en otras cronologías y áreas de estudio, con especialistas como Holley Moyes y Robin Skeates. Thank you.

Reconocer también el esfuerzo de Patricia Machause por traducir el capítulo de conclusiones a tiempo y agradecer las revisiones de los resúmenes en valenciano (Irene González), francés (Ariane Vacheret) e inglés (Chelsea Blake). Mil gracias también a Lydia Sánchez por la magnífica portada de esta tesis y a Patricia Machause y Lucía Rodríguez por las últimas revisiones del texto.

Por último, me gustaría dar las gracias de antemano a los revisores de esta tesis. Estoy segura que sus comentarios mejorarán en gran medida el resultado final de este trabajo, como ya lo han hecho las conversaciones mantenidas a lo largo de estos años. Gracias a Ignasi Grau, Carmen Rueda, Réjane Roure, Mireia López-Bertran, Carme Belarte y Robin Skeates.

#tesitant

Más allá de mi sincero agradecimiento a todas aquellas personas que me han ayudado profesionalmente en esta investigación, de las que espero no haber olvidado ningún nombre, también me gustaría dedicar unas palabras a aquellas personas que me han ayudado personalmente a sobrellevar estos cuatro años. A todas aquellas personas que han estado en los momentos buenos, que han sido la mayoría, pero también en los momentos de estrés y desmotivación. Amigos y amigas de Castellón y Valencia, pero también de todas aquellas ciudades que me han acogido a lo largo de mi formación profesional y personal, como Rennes, Montpellier, Durham o Merced. Gracias. Gràcies. Merci. Thank you. A los colegas del Departament de Prehistòria i Arqueologia, en especial a mis sucesivas compañeras de despacho y a les meues *Separatistes per la festa*, que tant hem compartit dins i fora de la investigació. Gràcies Marivane, Tamara, Cris i Marga. A mis *Pretty Little Museum* con las que compartí los dos cortos meses de beca de investigación en el SIP, pero que me han acompañado a lo largo de este dilatado camino. Nuevas

amistades, pero también reencuentros que agradezco día a día. Gràcies Sheyla. Gracias a los: *¿Nos hacemos un Yuso?*, una de las frases que, aunque parezca mentira, más me han ayudado a sobrellevar este duro y largo proceso de realizar una Tesis doctoral. Gracias *Imperium Sine Colegia*. Gràcies *Uni-flashback*, per eixes paelles nadalenques i estiuenques que sempre ens fan retrobar-mos. A mis sucesivas compañeras de piso, que desde la carrera han aguantado mi mala leche por las mañanas y han escuchado mis historias por las noches. Gracias en especial a mis *Compis de Benimaçlet*. A la meua *València family* per cuidar-me i donar-me el seu suport. Gràcies Irene i Borja. Gracias Laura y Andrea por compartir cervezas y vermouths de “ponernos al día” en mis visitas fugaces a Castellón. Gracias a mis compañeros bastideros con quienes tantas horas he pasado divagando entre pico y legona y, en especial, a Mara e Iván y a nuestras siestas de radio patio. Amistades que comienzan en la cata y perduran entre conciertos y jornadas en las que un ibero le dice a otro: *Hola ¿Qué Arse?* Converses amb companys de bogeria compartida, gràcies Tono i Marivane. Entre *matacabras* i *la niña de la cueva*, ideant títols de tesi com més trambòlics millor: *Entre cueva y ritucueva*; *Cuevas, abrigos y viceversa*; *¿Quién quiere iniciarse con mi hijo?*; o *¿Qué hace un ciervo como tú en una cueva como esta?* I és que, senyores i senyors, la foscor de les coves ens inspira!

I, evidentment, no puc oblidar-me de tu, Pau. Gràcies per estar tan malament del cap com jo i ajudar-me a recórrer els últims passos d'aquest llarg viatge. *Seguiremos dejando que la vida nos despeine.*

***Le bonheur n'est réel que lorsqu'il est partagé
(Into the wild, 2007).***

Finalizo mis agradecimientos con esta intensa cita, que una vez leí en las escaleras de la eterna *Clinique du Parc* en Montpellier. Cada vez que la recuerdo me ayuda a pensar que todo lo que he conseguido hasta ahora no sería lo mismo sin las personas que me han ayudado día a día a cumplir mis objetivos y a las que sé que, aunque no hayan escrito esta tesis, la han padecido y disfrutado como si fuera propia. Porque la felicidad de ver un trabajo acabado no significaría lo mismo sin la compañía de los nuestros. Por eso, para finalizar estas líneas, doy las gracias a mi familia y, en especial, a mi hermana y a mis padres, que lo son todo. Gracias papá y mamá, que con vuestro apoyo (¡y con vuestros *tuppers!*) me habéis ayudado a completar este sueño, a veces incomprensible, pero siempre alcanzable.

-Valencia, 25 de mayo de 2017-

ÍNDICE

Resumen/Resum/Abstract/Résumé

16

PARTE I. Apuntes introductorios

1. Introducción	22
1.1. Objetivos e hipótesis	24
1.2. Limitaciones del estudio	26
1.3. Estructura del trabajo	27
2. Marco cronológico, geográfico y cultural de la investigación	30
2.1. Las cuevas en la ritualidad ibérica	32
- Antes de 1975: evidencias ibéricas en la sombra	
- Desde 1975: más allá de las evidencias prehistóricas	
- Definición e interpretación tradicional de las cuevas-santuario ibéricas	
- Nuevas aproximaciones: diversidad y territorio	
2.2. Las áreas de estudio: <i>Kelin, Edeta y Arse</i>	39
3. Metodología general	52
3.1. Revisión bibliográfica	54
3.2. Trabajo de laboratorio	56
3.3. Trabajo de campo	61
<u>PARTE II. Caso de estudio</u>	
4. Catálogo de cuevas con materiales ibéricos revisadas	68
4.1. Desestimación del estudio de las cuevas del territorio de La Carència	70
4.2. Apuntes metodológicos para el catálogo	74
4.3. Catálogo de cuevas y abrigos con materiales ibéricos	75
4.3.1. CM: Cueva del Murciélago (Altura, Castellón)	76
4.3.2. CTMP: Cueva de la Torre del Mal Paso (Castellnovo, Castellón)	82
4.3.3. CAR: Cova de l' Armela (La Vall d' Uixó, Castellón)	104
4.3.4. CCB: Cova de Can Ballester (La Vall d' Uixó, Castellón)	109
4.3.5. COR: Cova dels Orgues (La Vall d' Uixó, Castellón)	118
4.3.6. ADLC: Abric de les Cinc (Almenara, Castellón)	135
4.3.7. CCA: Cova del Cavall (Olocau, Valencia)	145
4.3.8. CME: Cueva Merinel (Bugarra, Valencia)	151
4.3.9. CSAP: Cueva del Sapo (Chiva, Valencia)	164
4.3.10. AVA: Abrigo de las Vacas (Chiva, Valencia)	182
4.3.11. CSV: Cueva Santa (Villargordo del Cabriel, Valencia)	186
4.3.12. CPHC: Cueva del Puntal del Horno Ciego II (Villargordo del Cabriel, Valencia)	190
4.3.13. CSM: Cueva Santa del Cabriel (Mira, Cuenca)	216
4.3.14. CM: Cueva del Molón (Camporrobles, Valencia)	231
4.3.15. CMAN: Cueva de los Mancebones (Requena, Valencia)	236
4.3.16. CAN: Cueva de los Ángeles (Requena, Valencia)	244
4.3.17. CCH: Cueva del Cerro Hueco (Requena, Valencia)	249
4.3.18. CCO: Cueva de la Cocina (Dos Aguas, Valencia)	259
4.3.19. CDO: Cova de les Dones (Millares, Valencia)	264

5. Definiendo e identificando ritualidades	290
5.1. ¿Qué entendemos por ritual y ritualización?	292
5.2. ¿Cómo identificamos una actividad ritualizada en el registro arqueológico?	295
5.3. ¿Qué tipos de actividades rituales existen?	298
6. Variables a considerar en la ritualización de un espacio	300
6.1. La cueva: un espacio singular	302
- Oscuridad	
- Agua	
- Localización	
6.2. Repetición de objetos: ritualizando lo cotidiano	307
- Vasos caliciformes	
- Platos y cuencos	
- Fusayolas	
- Ollas	
- Ofrendas de animales	
6.3. Objetos esporádicos representativos	317
- Fíbulas	
- Anillos y anillas	
- Importaciones	
- Evidencias iconográficas	
- Otros	
7. Ritualizando el espacio y el tiempo	336
7.1. El viaje hasta la cueva	338
7.2. Sensaciones en la oscuridad	344
7.3. Memoria ritual	350
8. Las cuevas integradas en el paisaje simbólico	356
8.1. Bases teóricas	358
- ¿Qué entendemos por paisaje arqueológico?	
- La herramienta de análisis: los Sistemas de Información Geográfica (SIG)	
8.2. Apuntes metodológicos para el análisis territorial	359
- <i>Software</i> y datos utilizados	
- Apuntes metodológicos para el análisis de visibilidad	
- Apuntes metodológicos para el análisis de movilidad	
8.3. Adscripción territorial y patrón locacional	366
- Cuevas y abrigos con materiales ibéricos localizadas en el área cercana al territorio de <i>Arse</i>	
- Cuevas y abrigos con materiales ibéricos localizadas en el área cercana al territorio de <i>Edeta</i>	
- Cuevas con materiales ibéricos localizadas en el área cercana al territorio de <i>Kelin</i>	
8.4. Análisis del caso específico de <i>Kelin</i> : preguntas y respuestas	375
- Límite oriental	
- Límite septentrional	
- Límite occidental	
- Preguntas y respuestas para el análisis territorial	

8.5. Gente en el paisaje: experimentando el espacio simbólico de <i>Kelin</i>	397
- Un breve recorrido por la valoración del paisaje simbólico en arqueología	
- Las cuevas como ejes del paisaje simbólico	
o Pautas territoriales a través de la materialidad	
o Localización liminal: una variable clave	
o Invisibilización de los espacios sacros	
o Movilidad ritual	
o El paisaje ritual como factor de identidad social	
9. Propuesta para la clasificación de cuevas con materiales ibéricos	408
9.1. Cuevas relacionadas con una actividad ritual	410
9.2. Cuevas sin evidencias de actividad ritual	417
9.3. Cuevas con actividad no determinada	420
10. Prácticas rituales identificadas en las cuevas analizadas: el qué, el cuándo y el quién	424
10.1. Prácticas rituales propuestas	429
- Elementos cerámicos: utensilios rituales y ofrendas	
- Ofrenda de indumentaria: cambio de apariencia	
- Sacrificios de animales	
- Rituales de comensalidad	
- Caza ritualizada	
- Ritual funerario	
10.2. Hipótesis para la temporalidad de las prácticas rituales	440
10.3. Los protagonistas de las prácticas rituales: clase social, género y edad	448
11. Las cuevas como espacios rituales a lo largo de la Historia	458
11.1. La Cueva Santa del Cabriel: espacio de culto ibérico y cristiano	460
11.2. Cristianizando entornos naturales	466
<u>PARTE IV. Reflexiones finales</u>	
12. <i>Final remarks and future work</i> (Reflexiones finales y perspectivas de futuro)	474
BIBLIOGRAFÍA	484
ÍNDICE DE FIGURAS	524
ÍNDICE DE ABREVIATURAS	538

RESUMEN

Este trabajo tiene como objetivo demostrar la diversidad existente dentro del conjunto de espacios rituales categorizados tradicionalmente como *cuevas-santuario* ibéricas. Para ello, analizamos diecisiete cuevas con materiales ibéricos (ss. VI-I a.C.), cercanas a los territorios de *Kelin*, *Edeta* y *Arse*, así como dos ejemplos de otras zonas. Dicho estudio se basa no solo en el registro material, sino también en las características físicas y locacionales de estos espacios naturales. A través de la identificación de pautas materiales que ritualizan lo cotidiano, así como otras particularidades físicas y sensoriales, identificamos distintas actividades. Realizamos, por tanto, un análisis regional, prestando atención a cada uno de los casos específicos, a partir del cual interpretamos su significado en un marco temporal y territorial determinado.

El interés de analizar ejemplos localizados en distintos territorios, reside en la importancia de estudiar cómo las prácticas rituales pueden influir distintamente en la configuración del paisaje simbólico. Para ello, llevamos a cabo un análisis preliminar a través de los Sistemas de Información Geográfica. Esta herramienta nos ha permitido observar la ubicación de las cuevas en el paisaje, y en el caso de *Kelin*, analizar otras variables, como la visibilidad o la accesibilidad, que influyen en la elección de determinadas cuevas para desarrollar prácticas rituales.

Palabras clave: Cultura ibérica, Cueva, Ritual, Santuario, Paisaje simbólico.

RESUM

Aquest treball té com a objectiu demostrar la diversitat existent dins del conjunt d'espais rituals categoritzats tradicionalment com a coves santuari ibèriques. Amb aquesta finalitat, analitzem dèsset coves amb materials ibèrics (s. VI-I aC), properes als territoris de *Kelin*, *Edeta* i *Arse*, així com dos exemples d'aquest tipus de coves d'altres zones. L'estudi es basa no només en el registre material, sinó també en l'anàlisi de les característiques físiques i locatives d'aquests espais naturals. Per mitjà de la identificació de pautes materials que converteixen en ritus allò quotidià, així com d'altres particularitats físiques i sensorials, identifiquem diferents activitats. Elaborem, per tant, una anàlisi regional, parant atenció a cadascun dels casos específics, a partir de la qual interpretem el significat d'aquests en un marc temporal i territorial determinat.

L'interès d'analitzar exemples localitzats en diferents territoris, resideix en la importància d'estudiar com les pràctiques rituals poden influir distintament en la configuració del paisatge simbòlic. Per a això, duem a terme una anàlisi preliminar mitjançant els sistemes d'informació geogràfica. Aquesta eina ens permet observar la ubicació de les coves en el paisatge i, en el cas de *Kelin*, analitzar altres variables, com ara la visibilitat o l'accessibilitat, que influeixen en l'elecció de determinades coves per a desenvolupar pràctiques rituals.

Paraules clau: Cultura ibèrica, Cova, Ritualitat, Santuari, Paisatge simbòlic.

ABSTRACT

This dissertation is aimed at proving the existing diversity within the set of ritual spaces traditionally called Iberian sanctuary caves (*cuevas-santuario*). To this effect, we analysed 17 caves with Iberian materials (dating from the 6th-1st centuries BC) close to the territories of *Kelin*, *Edeta* and *Arse*, as well as two examples of other areas. This study is not only based on the material record, but also on the physical and locational characteristics of those natural spaces. Through the identification of the material patterns that ritualise the daily life, along with other physical and sensory particularities, we recognize different activities. Therefore, we conducted a regional analysis focusing on every specific case and interpreting its meaning in a certain temporal and territorial framework.

The interest of analysing examples located in different territories lies in the importance of studying how the ritual practices can have an influence on the symbolic landscape configuration. To that end, we conducted a preliminary analysis with Geographic Information Systems. This tool allowed us to observe the location of the caves in the landscape and, in the case of *Kelin*, to analyse other variables, such as visibility or accessibility, which have an influence on the choice of certain caves to develop ritual practices.

Keywords: Iberian Iron Age, Cave, Ritual, Sanctuary, Symbolic landscape.

RÉSUMÉ

Ce travail vise à démontrer la diversité existant dans l'ensemble des endroits rituels catégorisés traditionnellement comme grotte-sanctuaires ibériques (*cuevas-santuario*). Pour cela, nous analysons dix-sept grottes avec des matériaux ibériques (VIe-Ier s. av. J.-C.), près des territoires de *Kelin*, *Edeta* et *Arse*, ainsi que deux exemples dans d'autres zones. Cette étude n'est pas seulement fondée sur la culture matérielle, mais aussi sur les caractéristiques physiques et géographiques de ces espaces naturels. À travers l'identification des certains assemblages matériels, ainsi que d'autres particularités physiques et sensorielles, diverses activités sont identifiées. Nous réalisons une observation régionale, en prêtant attention à chaque cas spécifique, à partir desquels nous interprétons la signification dans un cadre temporel et territorial déterminé.

L'intérêt d'analyser des exemples localisés dans des territoires distincts, se trouve dans l'importance d'étudier comment les pratiques rituelles peuvent influencer de façon différente la configuration du paysage symbolique. Pour cela, nous menons à terme une analyse préliminaire à travers des Systèmes d'Information Géographique. Cet outil nous a permis d'observer la localisation des grottes dans le paysage et, dans le cas de *Kelin*, il nous a permis d'analyser d'autres variables, comme la visibilité ou l'accessibilité, lesquelles influencent le choix des grottes pour effectuer des pratiques rituelles.

Mots clé: Culture ibérique, Grotte, Rituel, Sanctuaire, Paysage symbolique.

PARTE I

Apuntes introductorios

Capítulo 1

Introducción

1.1. Objetivos e hipótesis

El objetivo principal de este trabajo es analizar distintos ejemplos de cuevas que sirvieron como espacios rituales en época ibérica. Para ello, hemos revisado una muestra limitada de cuevas y abrigos localizados en las actuales provincias de Castellón y Valencia. Partiendo del innovador estudio de Milagro Gil-Masarell (1975), 40 años después, reestudiamos el fenómeno de las *cuevas-santuario* ibéricas, con nuevos objetivos, metodología y marco teórico.

Como si de una receta de cocina se tratase, un análisis arqueológico completo debe contar con la combinación de distintos ingredientes o niveles de análisis. En nuestro caso, el punto de origen del que partimos son los materiales, las propias ofrendas o residuos de las prácticas rituales. Sin embargo, éstos son tan solo parte de la *receta ritual*. Al estudio de la materialidad, añadiremos tanto el contexto y las características físicas, como el estudio territorial. Tan solo con la *receta* completa, podremos elaborar un verdadero análisis.

Siguiendo la línea de investigación de los últimos trabajos sobre ritualidad ibérica en cuevas (Rueda 2011; Grau y Amorós 2013), enfatizaremos en aquellas particularidades detectadas en los espacios analizados, para profundizar no solo en los elementos comunes, sino también en sus diferencias. De este modo, evitaremos contribuir a la generalización a la que han sido sometidos estos lugares de culto, que ha generado en muchos casos una visión errónea, al analizar realidades muy distintas y pertenecientes a territorios diversos, dentro de una misma categoría.



Fig. 1.1. Esquema general del trabajo

Por tanto, para investigar globalmente un fenómeno ritual, en primer lugar, es necesario prestar atención a cada uno de los casos específicos y abordar regionalmente su estudio, para interpretar, en segundo lugar, su significado en un marco global y territorial determinado. Los ejemplos elegidos en este trabajo han sido las cuevas y abrigos con evidencias de frecuentación ibérica cercanos a los territorios ibéricos de *Kelin*, *Edeta* y *Arse*. Uno de nuestros intereses principales ha sido incorporar estos espacios rituales a la configuración territorial, y comparar así, no solo los contextos votivos, sino también su localización en el paisaje. Evidentemente, somos conscientes que pese a su cercanía, son zonas con una ordenación territorial distinta. De hecho, esta es la razón por la que decidimos no solo centrarnos en las cuevas de un territorio determinado, sino analizar varios ejemplos que nos permitieran detectar diferencias según localización y cronología (fig. 1.1).

Aunque en un primer momento, nuestro interés era comparar un total de cinco territorios, incluyendo las áreas de *La Carència* y *Saiti*, la ausencia de evidencias en el primer caso, y la abundancia en el segundo caso, nos obligaron a centrarnos en los tres territorios indicados. Las evidencias de materiales ibéricos en una decena de cuevas situadas en torno al río *Canyoles* nos impedía llevar a cabo un análisis exhaustivo con el limitado tiempo disponible, por lo que decidimos dejar para un futuro el interesante análisis de las cuevas de *Saiti*.

Además, debemos especificar que tan solo hemos analizado cuevas y abrigos con materiales ibéricos, dejando de lado las evidencias rupestres de epigrafía ibérica. De confirmarse su uso cultural, se trataría de dos lugares de culto diferenciados, tanto material como cronológicamente.

¿La materialidad y las características físicas y locacionales de las cuevas analizadas evidencian espacios donde se desarrollaron prácticas rituales muy diversas?

- P** 1 ¿Todas las cuevas con materiales ibéricos son espacios rituales?
 ¿Existen diversas funcionalidades según las características físicas, materiales y locacionales?
- R** 2 ¿La actividad ritual identificada responde a pautas materiales constantes o variantes?
E ¿Qué elementos se ritualizan?
- G** 3 ¿Son los vasos caliciformes o las importaciones verdaderos marcadores de una actividad ritual?
- U** 4 ¿Existen patrones locacionales, dependiendo de los territorios ibéricos y la cronología de uso?
- N** 5 ¿Podemos valorar otras prácticas rituales más allá de las que identificamos en el interior de las cuevas?
T ¿Podemos afirmar la existencia de viajes ritualizados? ¿Cuándo y con qué asiduidad se visitaron?
- A** 6 ¿Todas las cuevas fueron escenario de rituales de iniciación o se destinaron a diversos rituales de paso?
- S** 7 ¿Quiénes fueron los protagonistas de las prácticas rituales desarrolladas en estas cuevas?

Fig. 1.2. Principales preguntas del trabajo.

La hipótesis principal a demostrar en este trabajo es que la materialidad y las características físicas y locacionales de las cuevas analizadas evidencian espacios donde se desarrollaron prácticas rituales muy diversas. A través de un análisis a escala microespacial responderemos, principalmente, a siete preguntas o hipótesis (fig. 1.2). Sin embargo, debemos ser conscientes de que nuestra visión será parcial, ya que como explicamos en el siguiente apartado, la mayoría de materiales proceden de prospecciones o donaciones. Nuestro objetivo será aportar información fiable del estado actual de los datos, para seguir avanzando más adelante e intervenir arqueológicamente en aquellos contextos que realmente sean interesantes.

1.2. Limitaciones del estudio

Como cualquier otro trabajo de investigación, el estudio de las prácticas rituales ibéricas en cuevas conlleva una serie de limitaciones que deben tenerse en cuenta antes de comenzar su análisis. Aunque cada caso es diferente y cuenta con una problemática determinada, queremos expresar aquí tres factores que afectan a la conservación, compartidos por el conjunto de cuevas estudiadas: factores geofísicos, factores antrópicos y otros factores postdeposicionales.

Los factores geofísicos influirán en gran medida en la conservación de la superficie, así como en la cultura material recuperada. En la mayoría de cuevas, ya sea por los fenómenos kársticos que ocupan el espacio interior, o el agua de lluvia que entra en las cuevas tipo sima, el depósito arqueológico se modifica. Sin embargo, los factores antrópicos son sin duda los que más afectan a la conservación, ya sea a través de rebuscas clandestinas (que afectan tanto a los materiales como al sedimento) o de usos posteriores (prácticas rituales en otros momentos cronológicos, utilización de las salas amplias y luminosas para el refugio, vandalismo, escalada...). Finalmente, otro tipo de procesos postdeposicionales, como por ejemplo la visita continuada de animales que frecuenten la cavidad como refugio y alteren su superficie, también afectará la conservación del registro material disponible.

Estos elementos deben tenerse en cuenta a la hora de interpretar el contexto arqueológico y estudiar los materiales obtenidos a través de la excavación, prospección o donación. Así pues, en ocho de las 19 cuevas estudiadas, los materiales proceden de una excavación arqueológica, pero tan solo en dos de ellas, la estratigrafía no está alterada por completo. En el resto de casos, ya sea por la metodología utilizada o por los factores comentados con anterioridad, no se diferencian niveles estratigráficos, lo que nos obliga a analizar globalmente los materiales.

También debemos tener en cuenta que la recogida de materiales durante las excavaciones o prospecciones antiguas era más subjetiva que en la actualidad y no se prestaba la suficiente atención a elementos orgánicos como los restos antracológicos o de fauna. Generalmente, el conjunto de materiales recogido estaba protagonizado por los elementos cerámicos y metálicos más representativos. El interés por este tipo de

decoraciones, así como por las piezas completas, en el caso de las donaciones, afecta en gran medida la representación del registro material recuperado.

Nuestra tarea será intentar aproximarnos lo mejor posible a la identificación del tipo de prácticas llevadas a cabo en las cuevas estudiadas, así como a la cronología en la que se frecuentaron. Para ello, tendremos siempre en cuenta que la cultura material recuperada tan solo representará una parte de los materiales arqueológicos depositados. Además, evidentemente, estos materiales tan solo muestran el momento final de una práctica, su abandono o depósito voluntario.

1.3. Estructura del trabajo

Con el interés de facilitar la lectura y comprensión del contenido de este trabajo, lo hemos dividido en cuatro partes clave y un total de 12 capítulos (fig.1.3). Aunque cada capítulo cuenta con un breve resumen sobre su contenido, a continuación expondremos ordenadamente las cuestiones principales que se tratan en cada uno de ellos.

En la primera parte del trabajo (caps. 1-3), de la que forma parte esta introducción, se presenta el tema a tratar, el contexto cronológico, geográfico y cultural, así como la metodología seguida para su desarrollo.

La segunda parte (cap. 4), se centra en el caso de estudio específico. A través de la presentación de las 19 cuevas analizadas, se sientan las bases materiales a partir de las cuales se realizarán las propuestas interpretativas siguientes.

La tercera parte (caps. 5-11), contiene la interpretación del caso de estudio desde distintas vertientes. Para ello, en primer lugar, exponemos qué entendemos por una serie de conceptos clave para analizar un contexto ritual (cap. 5). Seguidamente, proponemos los patrones o variables materiales y contextuales a considerar en la ritualización de un espacio, centrándonos en los ejemplos analizados (cap. 6) y abordamos otras cuestiones más abstractas como el viaje ritualizado o la memoria ritual que, aunque son difícilmente detectables en el registro arqueológico, también se tienen en cuenta (cap. 7). En el capítulo 8, analizamos estos espacios culturales integrados en el paisaje simbólico de los tres territorios elegidos y desarrollamos un análisis más completo del caso de *Kelin*, a través de los Sistemas de Información Geográfica. En el capítulo 9, proponemos una clasificación provisional de cuevas con materiales ibéricos, basándonos en las pautas detectadas en los ejemplos estudiados, valorando tanto las actividades rituales como otro tipo de funciones. El análisis del qué, el cuándo y el quién, será expuesto en el capítulo 10, centrado en las prácticas rituales identificadas en las cuevas analizadas. Y, finalmente, la perduración del uso de estos espacios naturales como lugares de culto, será comentada globalmente en el capítulo 11.

La cuarta parte de este trabajo (cap. 12), la protagonizan las reflexiones finales. En ellas incluimos tanto las conclusiones principales del trabajo, como las líneas de investigación que esperamos completar en un futuro. A esta parte le siguen la bibliografía y el índice de abreviaturas en la versión impresa, así como el anexo con el inventario completo de las cuevas analizadas en la versión digital.

Las cuevas como espacios rituales en época ibérica

Los casos de *Kelin*, *Edeta* y *Arse*

I Apuntes introductorios

1. Introducción
2. Marco cronológico, geográfico y cultural
3. Metodología general

II Caso de estudio

4. Catálogo de cuevas con materiales ibéricos revisadas

III Interpretación

5. Definiendo e identificando ritualidades
6. Variables a considerar en la ritualización de un espacio
7. Ritualizando el espacio y el tiempo
8. Las cuevas integradas en el paisaje simbólico
9. Propuesta para la clasificación de cuevas con materiales ibéricos
10. Prácticas rituales identificadas en las cuevas analizadas: el qué, el cuándo y el quién
11. Las cuevas como espacios rituales a lo largo de la Historia

IV Reflexiones finales

12. Conclusiones y perspectivas de futuro

Fig.1.3. Organización general del trabajo.

Capítulo 2

Marco
cronológico, geográfico y cultural de la investigación

2.1. Las cuevas en la ritualidad ibérica

Antes de 1975: evidencias ibéricas en la sombra

Los estudios sobre las cuevas con materiales ibéricos en la península ibérica comenzaron a desarrollarse a finales del s. XIX y principios del s. XX. Aficionados a la arqueología, espeleólogos y geólogos, catalogaron las cavidades conocidas, indicando la presencia de materiales ibéricos, pero sin realizar un estudio detallado de los mismos. Estos catálogos, entre los que destaca el de Prado (1896), el de Puig (1896) o el de Almarche (1918), significaron un punto de referencia obligada en los futuros estudios sobre estas cavidades. Sin embargo, en los pocos casos en los que se llevaron a cabo intervenciones arqueológicas, éstas estaban dirigidas por prehistoriadores, con unos objetivos bastante específicos. No fue hasta los años 30, cuando se propuso otro uso, recibiendo por primera vez la denominación de “cuevas-santuario”. Fue Gómez Serrano quien publicó: *El Penyó Divino o del Adivino: Sella (Alacant)- Indicada per el Corresponent del Centre En J. Senen Ibányeç. Hi ha una cova-sanctuari on s’han trobat monedes grègues del segle V (A.de C.)* (Gómez Serrano 1931: 79). Sin embargo, el protagonismo de los hallazgos de momentos previos, hizo que los materiales ibéricos quedaran en un segundo plano, relacionándose, generalmente, con simples evidencias de habitación o enterramiento (Tarradell 1973: 25; González-Alcalde 2004: 286).

Centrándonos en el área de estudio sobre el que versa este trabajo, la fundación del Servicio de Investigación Prehistórica (SIP) en 1927, potenció en gran medida la investigación arqueológica del País Valenciano. Se produjo un cambio cualitativo de gran importancia al centralizar las actividades arqueológicas y desarrollar una investigación cada vez más sistemática. Aunque el uso de las cuevas era conocido desde finales del s. XIX, no fue hasta la década de los 40 del s. XX cuando comenzaron a publicarse las primeras monografías sobre su ocupación prehistórica. Un ejemplo lo encontramos en la publicación de la Cueva de la Cocina (Dos Aguas, Valencia), yacimiento excavado por Pericot entre 1941 y 1945, en cuya publicación se describen también los hallazgos ibéricos (Pericot 1946). Sin embargo, las propuestas interpretativas para la frecuentación ibérica de este tipo de contextos no siempre eran concluyentes. La presencia de materiales cultuales, como los exvotos de terracota hallados en la Cova de les Meravelles (Gandia, Valencia), se asociaron con un uso funerario, sin profundizar en las posibles actividades rituales que acompañarían al supuesto enterramiento (Pla Ballester 1945). No fue hasta 1963, cuando con motivo de las excavaciones de La Cova dels Sants (l'Alcudia de Crespins, Valencia), se llamó la atención sobre las ofrendas o ritos ibéricos que se realizarían en estas cavidades (Pla Ballester 1966: 295). Años después, aunque en un área geográfica distinta, destaca el trabajo de Vilaseca, quien publica los materiales del Neolítico, de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro hallados en la Cova de la Font Major (l'Espluga del Francolí, Tarragona) (Vilaseca 1959, 1969). En este caso se propone un uso de hábitat, enterramiento o sagrado, pero poniendo énfasis en este último, al tener en cuenta las aguas lustrales que pudieron utilizarse para la inmersión ritual de cuerpos o el depósito de ofrendas (Vilaseca 1969: 202).

Sin embargo, el verdadero momento que marcó un antes y un después en la investigación se dio en los años 70, cuando Gil-Mascarell (1971) y Tarradell (1973), remarcaron las carencias existentes y la necesidad de profundizar sobre el uso de estos espacios en época ibérica. Fueron sobre todo los trabajos de Gil-Mascarell (1971, 1975) los que abrieron paso a una nueva etapa en la investigación, estableciendo unos rasgos comunes que definían a las cuevas como lugares de culto en época ibérica. En muchas ocasiones se había asumido que el uso de estas cuevas era habitacional, sin embargo, esta investigadora demostró que las características físicas de algunas de ellas, impiden su uso como hábitat. Se diferenciaron por primera vez, por tanto, las cuevas-refugio de las cuevas-santuario o rituales y se señalaron los vasos caliciformes como uno de los materiales más significativos de estas últimas. Además, se planteó también la relación que pudieron tener estas cuevas con los hábitats cercanos, proponiendo una vinculación territorial (Gil-Mascarell 1975) (fig. 2.1). De hecho, estos avances fueron considerados como uno de los *descubrimientos más importantes en el campo de la religiosidad ibérica* (Blázquez 1983: 204).

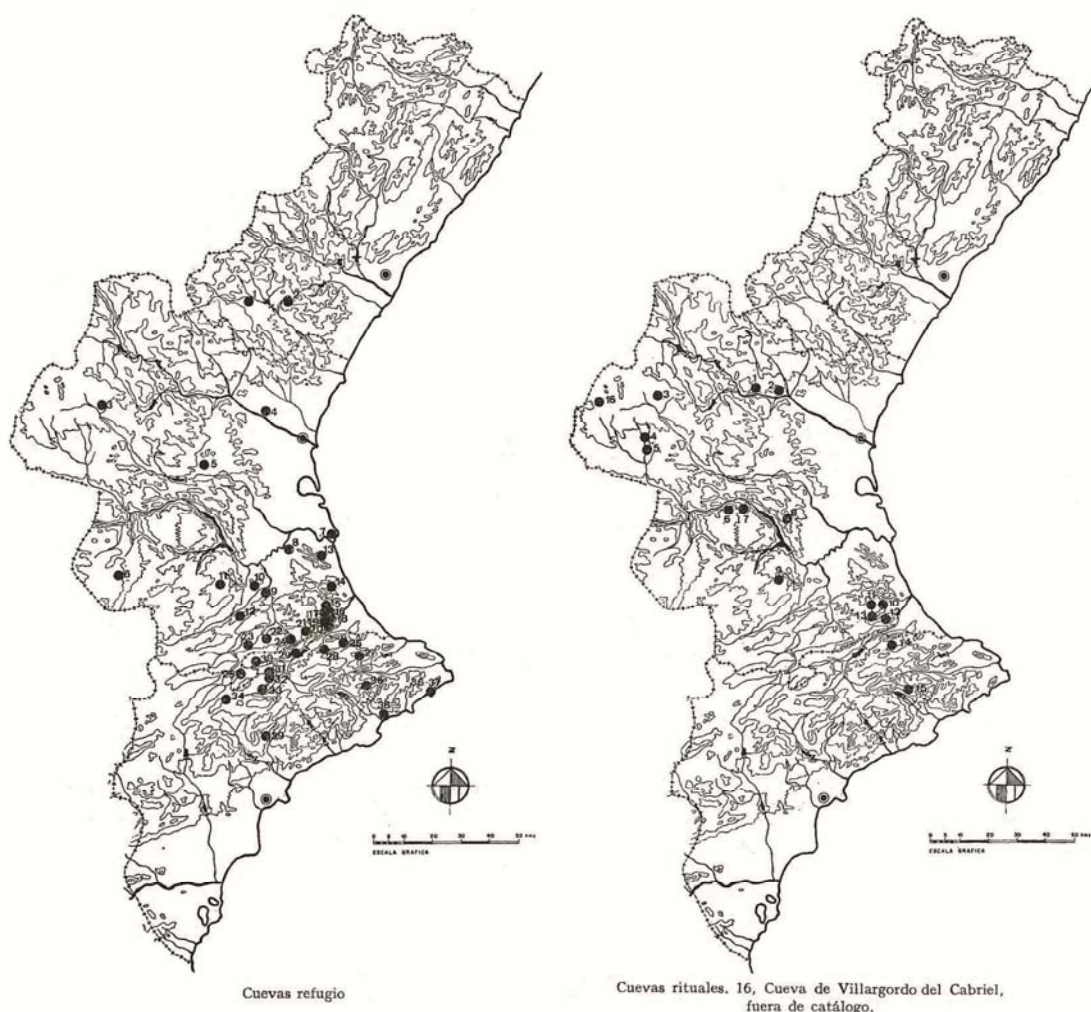


Fig. 2.1. Cuevas refugio y cuevas rituales recogidas en el trabajo de Gil-Mascarell (1975: 200, 304).

Cualquiera que comience una búsqueda bibliográfica básica sobre las cuevas como espacios rituales en época ibérica, deberá basarse en dos fuentes de referencia: la información arqueológica y la información espeleológica. En el caso del País Valenciano, los trabajos arqueológicos de referencia son, sin ninguna duda, los publicados por Gil-Mascarell (1971, 1975); mientras que en el caso de la catalogación espeleológica, es obligada la consulta de la gran labor realizada por Donat desde los años 60 (Donat 1960, 1966), continuada y completada por Fernández *et al.* (1980, 1982). En estos catálogos, no solo se describen las características físicas y geográficas de las cavidades, sino que además, se indica la presencia de materiales arqueológicos y se publican plantas y/o croquis de las mismas. A lo largo de este trabajo, por tanto, se realizarán referencias constantes a estas investigaciones.

Desde 1975: más allá de las evidencias prehistóricas

Tras la publicación de Gil-Mascarell (1975), se multiplicaron los estudios sobre el uso ibérico de las cuevas, relacionando sus posibles ritos con otras culturas del Mediterráneo, así como la perduración del culto en épocas posteriores (Aparicio 1976a, 1997). Además, en 1974 se llevó a cabo la primera excavación, en ámbito valenciano, con interés específico en el uso de estos espacios en época ibérica: la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (Villargordo del Cabriel) (Gil-Mascarell 1977). Seguida, años más tarde, por otras intervenciones como la de la Cueva Merinel (Bugarra, Valencia), entre los años 1981-1986 (Aparicio *et al.* 1983), o la Cova de les Encantades del Montcabrer en 1993 (Cabrera de Mar, Barcelona) (Coll *et al.* 1994), entre otras.

En los años 90 se desarrollaron estudios muy completos sobre los materiales de cuevas excavadas en los años 70 y 80, como la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (Villargordo del Cabriel) (Martí Bonafé 1990), y sobre algunos de sus materiales como los vasos caliciformes o los restos de fauna de la Cueva Merinel (Bugarra) (Blay 1992; Martínez Perona 1992). Basándose en las características expuestas por Gil-Mascarell (1975), se revisaron las apreciaciones publicadas sobre las cuevas con frecuentación ibérica de varias áreas peninsulares (Cerdà 1983, 1996; Grau 1996a; Coll *et al.* 1992, 1994, entre otros). Se avanzó también en su estudio global, a través de las sistematizaciones generales de Moneo (2003) o refiriéndose a ámbitos geográficos concretos, como el área actual de Cataluña (Vega 1987; Ros 2003, 2005) o el de la provincia actual de Valencia (Serrano y Fernández 1992). Pero sobre todo, destacan en número las investigaciones de González-Alcalde, quien realizó un nuevo intento de síntesis para su Tesis de licenciatura: *Las Cuevas Santuario Ibéricas en Levante* (1993a) y un estudio historiográfico, catalogación y reflexión sobre la religiosidad para su Tesis doctoral: *Las Cuevas Santuario y su incidencia en el contexto social del Mundo Ibérico* (2002), remarcando la importancia del agua y otros elementos clave para las actividades rituales llevadas a cabo en su interior. Ambos trabajos desembocaron en una larga lista de publicaciones centradas en distintas áreas geográficas: País Valenciano (1993b, 2002-2003a, 2002-2003b, 2005b), Murcia (2005a) y Cataluña (2006a) (fig. 2.2).



Fig. 2.2. Mapa de concentración de cuevas-santuario y cuevas-refugio en las actuales comunidades de Cataluña, País Valenciano y Murcia, a partir de González-Alcalde (2004: fig. 1).

Además, las cuevas como espacios rituales en época ibérica han sido tenidas en cuenta en las diversas categorizaciones sobre lugares sacros publicadas en las últimas décadas. Así pues, se incluyen en la categoría de culto natural o *loca sacra libera* de Lucas (1981), en los lugares de culto no edificadas de Oliver (1997) y en los lugares de culto extraurbanos de Domínguez Monedero (1995, 1997). Además, dan nombre a una categoría única en las clasificaciones de Prados (1994) y Bonet y Mata (1997a). Mientras que otros investigadores como Moneo (2003), las incluyen en el apartado de santuarios extraurbanos comunitarios, junto con los santuarios de control territorial.

Sin embargo, la mayoría de estos trabajos se han realizado desde un enfoque de compendio, limitándose a ampliar las largas listas de cuevas-santuario publicadas desde los años 70, indicando los elementos comunes que estos espacios comparten. Aunque este trabajo fuera totalmente necesario en aquel momento, con el cambio de siglo, los enfoques temáticos y metodológicos comenzaron a evolucionar, como veremos más adelante.

Definición e interpretación tradicional de las cuevas-santuario ibéricas

Hasta la fecha, la presencia de materiales ibéricos en estos contextos se ha relacionado con dos usos del espacio distintos: refugio o ritual (Gil-Mascarell 1975). Las características generales descritas por Gil-Mascarell, para ambos casos, se han mantenido en las investigaciones posteriores¹. Cuando el volumen de materiales era bastante reducido y las características físicas evidenciaban espacios óptimos para el refugio, se propuso este uso. De hecho, en algunas ocasiones, estos espacios se han utilizado en tiempos modernos, como evidencian, por ejemplo, los restos de construcciones para cercar al ganado (Viciano 2003-2005; Soriano 2010: 231). El refugio pudo ser esporádico y/o prolongado, en el caso de ser ocupadas por grupos marginales que sufrieran algún tipo de exclusión social (González-Alcalde 2002, 2002-2003a, 2002-2003b, 2005b, 2006a). Generalmente, en aquellas ocasiones en las que las características físicas del espacio no son óptimas para servir como refugio y/o los materiales ibéricos hallados en su interior son abundantes y característicos, se suelen relacionar directamente con algún tipo de actividad ritual (Gil-Mascarell 1975: 289-303; González-Alcalde 2002-2003a: 191).

Tradicionalmente, las cuevas-santuario o cuevas rituales se han descrito de manera conjunta como lugares de difícil acceso, con trazados laberínticos y relación directa con fuentes de agua (Gil-Mascarell 1975). Son uno de los mejores ejemplos de los conocidos en la religiosidad antigua como *loca sacra ibera*. Estos lugares sagrados de carácter natural sin modificación humana, aparecen relacionados con lo sobrenatural desde la Prehistoria, perdurando su importancia incluso hasta nuestros días (Moya 1998). En ellas se realizarían ceremonias rituales, cuyas evidencias directas serían las ofrendas depositadas en su interior (Lucas 1981: 237-238; Aparicio 1997: 345; González-Alcalde 2005b: 95).

Los materiales que se asocian tradicionalmente con una actividad ritual en este tipo de contextos, son sobre todo cerámicas destinadas al servicio de mesa (platos, vasos, cuencos, copitas...), que en contextos rituales se relacionan con libaciones. Generalmente, se ubica su hallazgo al fondo de las cuevas, en lugares poco accesibles (Gil-Mascarell 1975). También se documentan algunas fusayolas y objetos metálicos de adorno personal como fibulas o anillos, incluso en algunas cuevas aparecen restos de fauna que se relacionarían con ofrendas o comidas rituales (Aparicio 1997: 346). Los exvotos y la cerámica de importación solo se documentan en algunas cuevas y no parecen ser una ofrenda típica de las cuevas-santuario del País Valenciano. Desde que Gil-Mascarell (1975: 320-322) propuso la presencia de los caliciformes como posibles marcadores de una actividad ritual, estos vasitos han asumido el protagonismo de las ofrendas depositadas en las conocidas como cuevas-santuario, al menos en la zona actual del País Valenciano.

La localización de estas cuevas en pasos de montaña poco accesibles y alejados de los poblados, ha influido en las interpretaciones realizadas sobre éstas y el hábitat que tienen en las proximidades. La mayoría de

¹ En este apartado, resumiremos las descripciones tradicionales existentes sobre las cuevas-santuario y las cuevas-refugio. Sin embargo, nuestra propuesta de clasificación será expuesta al final del trabajo (cap. 9), basándonos tan solo en los ejemplos estudiados, con las particularidades que esto conlleva.

autores las interpretan como lugares de culto extraurbanos que no se encuentran relacionados de forma directa con un lugar de hábitat o asentamiento, relacionándose más bien con un punto destacado del paisaje natural, al que acudirían parte de los habitantes de los poblados de alrededor (Gil-Mascarell 1975: 327-328). Incluso algunos han propuesto la existencia de *romerías comunitarias* periódicas para practicar el culto (Serrano y Fernández 1992: 27). Estas ceremonias locales servirían para renovar y cohesionar a los grupos de población que participaran en ellas y, de este modo, conseguir legitimar el poder sobre un determinado territorio, tal y como ocurre en otras culturas (Dumézil 1966: 352). Según dichas propuestas, estos espacios constituirían por lo tanto, un lugar de culto regional para los poblados situados en sus inmediaciones, convirtiéndose en determinadas épocas del año en puntos de convergencia donde se renovaría periódicamente el sentido de comunidad (Moneo 2003: 306). Frente a esta hipótesis, González-Alcalde opina que serían, más bien, cuevas que tendrían una relación directa con el entorno habitado, pero no como *ermitas*, sino como centros de iniciación para grupos reducidos de personas, a juzgar por la cantidad y el tipo de materiales hallados en ellas (González-Alcalde 1993b: 77). También es posible que funcionaran, del mismo modo que se ha pensado para otros santuarios extraurbanos, como dinamizadores de las relaciones entre poblados de las proximidades, ya fuera para actividades comerciales, ceremoniales o convenios y pactos entre grupos (Aranegui 1994b: 127; Principal-Ponce 1998: 203).

La mayoría de estudios interpretativos desarrollados sobre estas cuevas se basan en paralelos en otras culturas del Mediterráneo e indican que pudo realizarse algún tipo de ceremonias de iniciación, en las que habría que descender al interior de la tierra para establecer contacto con los dioses subterráneos y así superar la muerte de un estatus y renacer, para alcanzar otro mayor (Dacosta 1991: 46; González-Alcalde 1993b: 74; 2002-2003b: 334). Otros opinan que pudieron realizarse ritos de carácter agrícola, o incluso comidas o banquetes rituales, según las evidencias de numerosos restos de fauna en muchas de las cuevas estudiadas (Moneo 2003: 305-306). También se ha barajado la posibilidad de que en estas cuevas se llevaran a cabo ritos de purificación o lustración antes de entrar al poblado. El simbolismo que adquieren elementos como el agua (purificadora y lustral) o las divinidades del mundo subterráneo, han hecho pensar que pudieron realizarse actos de celebración del nacimiento, de creación de fraternidades guerreras o ritos distintos ritos de paso (González-Alcalde, 1993b: 74, 2005b: 99, 2009: 96-97).

Nuevas aproximaciones: diversidad y territorio

Bien es cierto que los estudios desarrollados durante la segunda mitad del s. XX supusieron un gran avance de cara a la localización y conocimiento básico sobre dónde se situaban las cuevas con materiales ibéricos, cuáles fueron los materiales más comunes asociados con estos espacios y qué actividades se pudieron llevar a cabo allí, basándose en los paralelos existentes en otras culturas (Tarradell 1973; Gil-Mascarell 1975; Aparicio 1976a, 1997; Vega 1987; Serrano y Fernández 1992). Incluso las sistematizaciones dedicadas a

grandes áreas, a principios del s. XXI, se han convertido en obras de referencia a la hora de estudiar estos espacios (González-Alcalde 2002, 2002-2003a, 2002-2003b, 2005a, 2005b, 2006a; Moneo 2003).

Sin embargo, conforme se fueron conociendo más estudios específicos (Palomar y Oliver 1985; Martí Bonafé 1990; Martínez Perona 1992; Grau 1996a; Martínez Valle y Castellano 1996; Grau y Olmos 2005; Cerdà 1996; Coll *et al.* 1992, 1994; Lorrio *et al.* 2006; Graells *et al.* 2008, entre otros), se ha ido observando que cada cueva presenta características distintas y que las definiciones e interpretaciones globales generan errores de generalización en busca de un modelo ideal inexistente (Grau y Amorós 2013: 187). Además, en muy pocos casos, los materiales presentados en los catálogos habían sido estudiados, más allá de una mera revisión bibliográfica o comunicaciones orales, por lo que los errores se fueron sucediendo, debido al desconocimiento y la repetición de antiguas referencias. Ya en 1987, Vega indicó que la gran mayoría de cuevas con materiales ibéricos de Cataluña no contaban con las características físicas que se definieron en el País Valenciano, evidenciando posibles diferencias territoriales (Vega 1987: 181). También Bonet y Mata (1997a) señalaron la diversidad existente entre el área meridional y el área oriental, donde predominaba el uso de los templos y las cuevas como espacios rituales frente a los santuarios.

Como ya indicó Grau (2000: 233), una vez conocidas las características principales de estos espacios, era necesario llevar a cabo intervenciones arqueológicas y estudios exhaustivos de materiales, que permitieran conocer las particularidades de cada contexto concreto y avanzar así en el conocimiento de la diversidad existente dentro de la ritualidad ibérica y, en particular, de las cuevas. Además, estos espacios han de ser estudiados en el contexto que las envuelve, prestando atención a otros lugares rituales de frecuentación colectiva como templos urbanos y, observar así las variantes reflejadas, tipológica y cuantitativamente, entre los distintos territorios ibéricos (Mata 2001: 249). En esta dirección se desarrollan los estudios de I. Grau y C. Rueda, quienes aparte de considerar las características específicas de un grupo determinado de cuevas, están desarrollado amplias investigaciones sobre su localización. Así pues, se ha propuesto que estas cuevas fueran marcadores territoriales para articular el territorio político y económico de un área determinada (Grau 2002: 217-237; Grau y Olmos 2005: 72-73; Grau y Amorós 2013; Rueda 2011: 165-171). En el caso del área central de la Contestania, pudieron funcionar como santuarios de paso o de tránsito en los que se realizarían ritos destinados a pedir la protección de los viajeros que circularan solos o con sus ganados en el Valle de Agres (Grau 2000: 218-219). Mientras que los santuarios oretanos de El Collado de los Jardines y Los Altos del Sotillo, parecen delimitar el *pagus* del *oppidum* de Castulo (Ruiz *et al.* 2001, 2010; Rueda 2011).

En otras áreas geográficas, como la actual Región de Murcia, se están desarrollando también trabajos de prospección y revisión individualizada de los materiales hallados en cada cueva, con el interés de profundizar en el conocimiento de estos espacios naturales (Ocharán 2013, 2015), integrándolos en el contexto ritual, territorial y político del momento (López-Mondéjar 2010, 2015).

De hecho, nos encontramos en un momento plagado de interesantísimos estudios. En los últimos años, se están desarrollando tanto Trabajos Finales de Máster como Tesis doctorales, que están desembocado en

interesantes investigaciones sobre la ritualidad en cuevas durante la Edad del Hierro en la península, tanto en la cultura ibérica (Amorós 2012; Machause 2012, Machause *et al.* 2014; Rueda 2011; Pérez Santafosta 2014...) como en otras culturas (De Luis 2013, 2014). Asimismo, se han desarrollado interesantes investigaciones sobre la perduración de su uso en época romana, ya sea con un objetivo ritual o no, en la zona actual de Cataluña (Ayllón 2013) o en el Noroeste de Murcia, donde se han estudiado, además, desde una perspectiva territorial (López-Mondéjar 2009). De hecho, estos espacios se están teniendo cada vez más en cuenta en el análisis de algunos territorios ibéricos, como el de *Kelin* (Moreno 2011a, Quixal 2015) o la *Cessetania* occidental (Canela 2014), entre otros.

Las contribuciones a la investigación no vienen tan solo desde el ámbito teórico y material, sino que en los últimos años, se están desarrollando también excavaciones arqueológicas en cuevas con evidencias de ritualidad. Uno de los problemas principales de la interpretación sobre el uso de estos espacios en época ibérica, es la falta de excavaciones sistemáticas que nos informen sobre la estratigrafía presente en estos yacimientos. La mayoría de materiales conocidos se han documentado en superficie, en prospecciones arqueológicas o, en la mayoría de los casos, aportados por aficionados tras su recogida. De hecho, de las 19 cuevas que incluimos en este trabajo, tan solo 8 han sido objeto de una excavación arqueológica (cuatro de ellas con especial interés en el uso del espacio en época ibérica). Sin embargo, la motivación por la frecuentación protohistórica de estos lugares está creciendo, desarrollándose interesantes proyectos de excavación que aportarán nuevos datos específicos sobre la frecuentación ibérica de las cavidades. Este es el caso de la Cueva de la Piedra del Águila (Orcera, Jaén), excavada en octubre de 2015 (Rueda c.o.), o el de la Cueva de la Nariz (Moratalla, Murcia), excavada en abril de 2013, financiada esta última a través de una interesante campaña de *Crowdfunding* (Ocharán 2014)².

Siguiendo la dirección marcada por los últimos trabajos, esperamos contribuir a la investigación sobre este tipo de contextos y demostrar, una vez más, la diversidad existente en la ritualidad ibérica en los territorios de *Kelin*, *Edeta* y *Arse*.

2.2. Las áreas de estudio: *Kelin*, *Edeta* y *Arse*

La elección de estos territorios se debe a los amplios trabajos que se han desarrollado en las últimas décadas. Nuestro objetivo principal es incorporar las cuevas con evidencias de ritualidad dentro de la configuración de dichos territorios, y comparar así, no solo los contextos votivos hallados en las cavidades, sino también su localización en el paisaje. Somos conscientes, sin embargo, que pese a su cercanía, son zonas distintas, cuya ordenación territorial estuvo ampliamente influenciada por las características de su entorno. A continuación, realizaremos una breve introducción sobre los estudios llevados a cabo en cada una de las áreas ibéricas citadas, cuenten o no con una apreciación sobre la localización de los espacios ritualizados (fig. 2.3).

² <http://www.lanzanos.com/proyectos/1-campana-de-excavacion-arqueologica/> (consultada el 28 de junio de 2016).

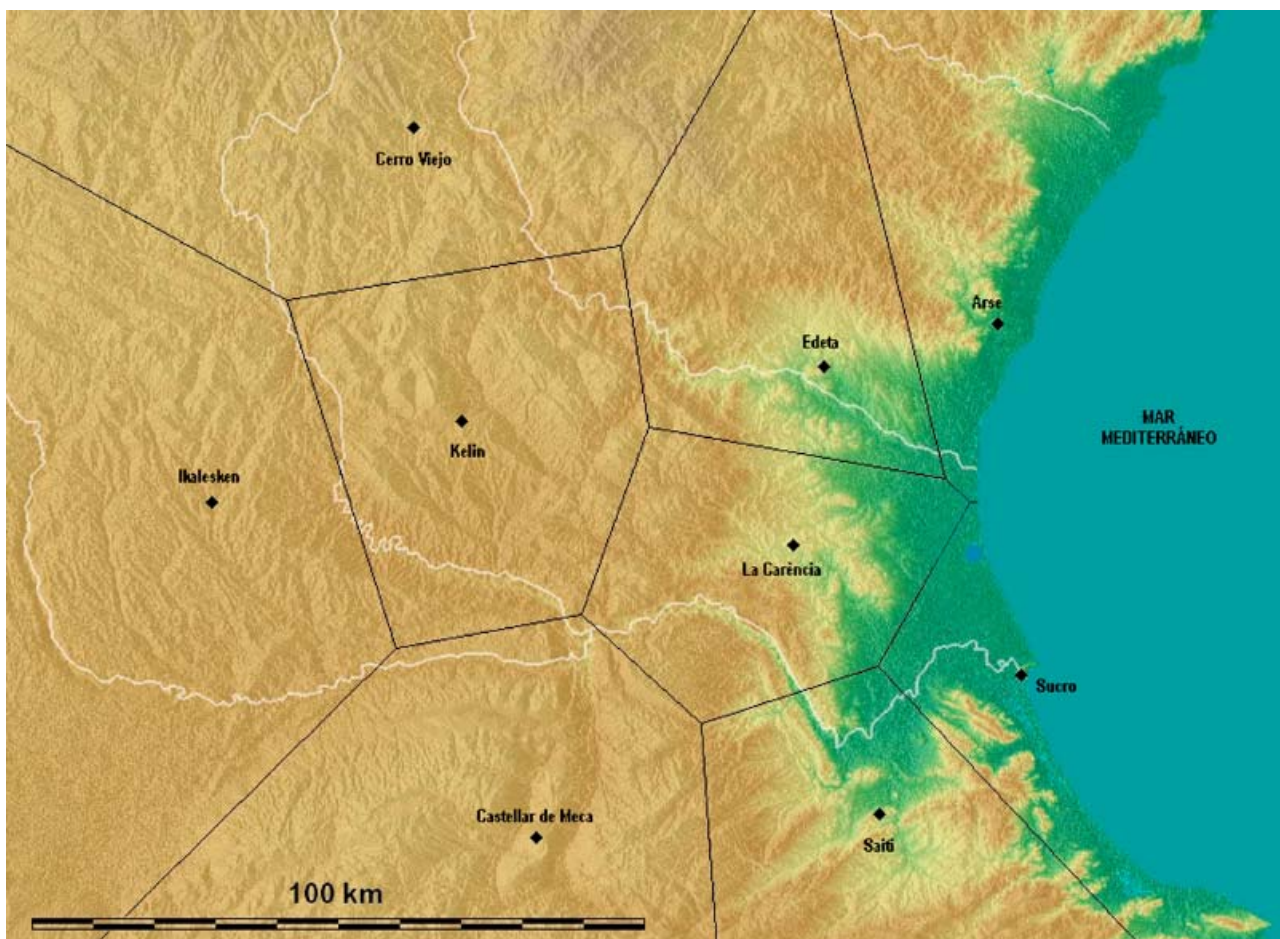


Fig. 2.3. Territorios ibéricos del área central del País Valenciano, a partir de los Polígonos de Thiessen (Moreno 2010: fig. 18, 2011: fig. 17).

Una de las áreas ibéricas mejor conocidas del País Valenciano es el territorio de *Kelin*/Los Villares (Caudete de las Fuentes). Este yacimiento ha sido objeto de intermitentes excavaciones arqueológicas, dirigidas por E. Pla Ballester (de 1956 a 1959), M. Gil-Masarell y E. Pla Ballester (a partir de 1979) y, finalmente, por C. Mata (de 1988 a 2000 y 2004), las cuales desembocaron en amplias publicaciones y dos monografías principales: Pla Ballester (1980a) y Mata (1991), esta última resultado de su Tesis doctoral presentada en 1987. Ya en la primera nota sobre este yacimiento, se da a conocer la interesante secuencia que reúne (Pla Ballester 1962), al contar con una ocupación continuada desde la última fase del Bronce Final e inicios de la Edad del Hierro (ss. VIII-VII a.C.), hasta época romano-republicana (ss. II-I a.C.), incluso presentando algunos materiales de época imperial y altomedieval. Además, su poder como ciudad ibérica queda reflejada en la gran extensión que ocupa (10 ha), así como la arquitectura doméstica, las importaciones, la epigrafía, las decoraciones complejas y su situación estratégica en el extremo de una de las vías naturales que comunican la Meseta con la costa mediterránea (Mata 1991). A todo esto hay que añadir la acuñación de moneda propia desde el s. II a.C., a través de la cual conocemos el nombre de la ciudad ibérica de *Kelin* (Ripollès 1979, 1980, 2001).

Sin embargo, ya en 1991, Mata advierte la necesidad de ir más allá y prospectar sistemáticamente el territorio (1991: cap. II.4). Aunque en un primer momento, el objetivo básico era localizar la necrópolis, pronto se evidenció la complejidad de su ordenación territorial y se potenciaron varias campañas de prospección paralelas a las excavaciones (desde 1993 a 2004). Así pues, el proyecto dirigido por C. Mata sobre *El poblamiento ibérico de la Plana de Utiel*, desarrollado desde 1992, permitió esclarecer la organización territorial que se propuso años antes en torno al lugar central de Los Villares, en el innovador trabajo de Bernabeu *et al.* (1987: 138-141). El área dependiente de *Kelin* coincidiría a grandes rasgos con la actual comarca de Requena-Utiel, junto con el extremo Este de la Sierra de Aliaguilla (Cuenca) y el extremo Oeste de la comarca de los Serranos (una superficie total de aproximadamente 2000 km²), con los límites naturales del río Cabriel (Noroeste) y las Sierras del Tejo y Malacara (Noreste) (fig. 2.4). Basándose en la extensión de los yacimientos localizados, se diferenciaron cuatro categorías principales, mientras que al introducir otras variables, como la ubicación topografía, la altura, la presencia de estructuras y la funcionalidad, se establecieron dos subgrupos en las tres últimas categorías (Mata *et al.* 2001a, 2001b; Moreno 2011a: tabla 9).

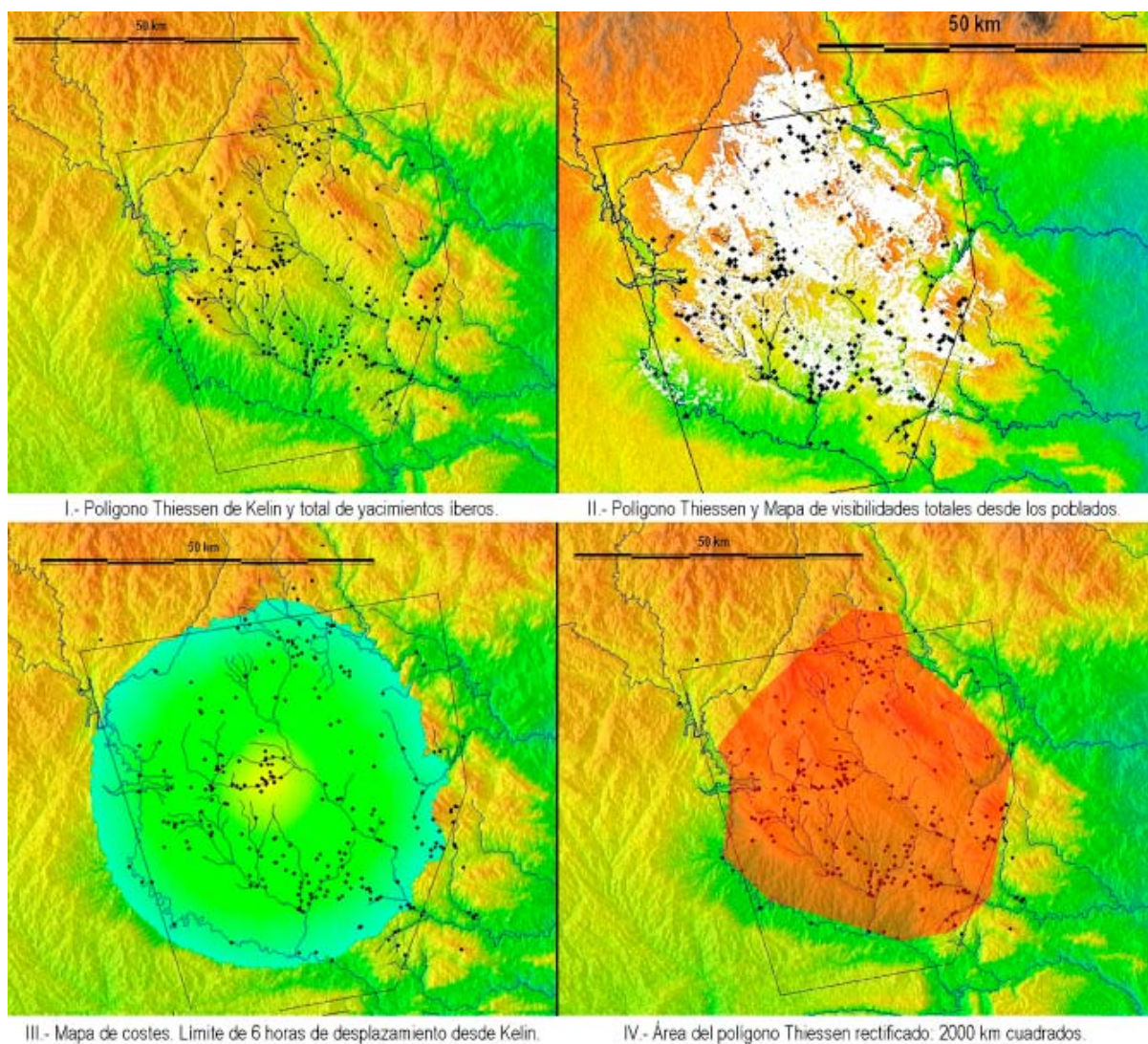


Fig. 2.4. Territorio de *Kelin*, a partir de la rectificaco del Polígono de Thiessen (Moreno 2010: fig. 18, 2011: fig. 17).

Por suerte, contamos con numerosas excavaciones, tanto de urgencia como programadas, que complementan los datos obtenidos tras las excavaciones de Los Villares: Cueva del Puntal del Horno Ciego II (Villargordo del Cabriel) (Gil-Mascarell 1977; Martí Bonafé 1990), la Muela de Arriba (Aparicio *et al.* 1984: 325-328), La Maralaga (Sinarcas) (Martínez Cabrera e Iranzo 1988; Lozano 2006), Casillas del Cura (Venta del Moro) (Martínez Valle y Castellano 1997, 2001; Martínez Valle *et al.* 2000), El Molón (Camporrobles) (Lorrio *et al.* 1999, 2009; Lorrio 2001), Plaza del Castillo de Requena (Martínez García *et al.* 2001), la Muela de Arriba (Requena) (Valor 2004), el Zoquete (Requena) (Pérez Jordà *et al.* 2007; Quixal *et al.* 2008), la Casa de la Cabeza (Requena) (Quixal *et al.* 2010, 2011, 2012), la Rambla de la Alcantarilla (Requena) (Quixal *et al.* 2016), entre otros. A través de estas intervenciones, se ha ido conociendo la red de núcleos interdependientes y con funcionalidades distintas: poblados, granjas o masías, caseríos, casas de campo, estructuras al aire libre (lagares y almazaras), establecimientos artesanales (alfareros y metalúrgicos) y lugares de carácter cultural (Moreno 2011a: 28, 40-42 y tabla 10, 2011b).

Las investigaciones desarrolladas desde inicios del s. XXI han avanzado en el conocimiento del patrón de poblamiento de *Kelin* y su relación con otros territorios vecinos (Mata *et al.* 2001a, 2001b; Bonet y Mata 2001b; Bonet y Vives-Ferrándiz 2003; Mata 2006; Moreno y Quixal 2009, 2011; Moreno 2011a; Mata *et al.* 2012; Quixal 2012, 2013b). Además, el desarrollo de dos Tesis doctorales, ha permitido profundizar en su evolución diacrónica a través del uso de los Sistemas de Información Geográfica. Por una parte, el trabajo de A. Moreno analiza el proceso de territorialización desde la Primera Edad del Hierro (s. VII a.C.), pasando por su formación como territorio ibérico (s. VI-V a.C.), hasta llegar a la época de máximo esplendor (s. IV-III a.C.) (Moreno 2010, 2011a). Mientras que la investigación de D. Quixal continúa dicha evolución, analizando el patrón de asentamiento durante el final del mundo ibérico tras la conquista romana (ss. II-I a.C.), así como durante la primera fase del Imperio (ss. I-II d.C.) (Quixal 2013a, 2015). En ambos trabajos, las categorías de yacimientos propuestas a principios de siglo (Mata *et al.* 2001a, 2001b) se amplían hasta seis, teniendo en cuenta tanto las cuevas, necrópolis y enterramientos (Cat. 5), como las salinas, minas, vados, fuentes y hallazgos aislados (Cat. 0).

A grandes rasgos, estos trabajos han evidenciado que durante el Ibérico Antiguo (ss. VI-V a.C.) se produce una ocupación más intensa del territorio en relación a la Edad del Hierro. La mayoría de yacimientos se localizan en zonas situadas en cotas bajas y medias, cercanos a tierras de cultivo, comenzando a observarse un principio de jerarquización a finales del s. V a.C., con tres poblados principales: *Kelin*, Requena y El Molón (Mata *et al.* 2001a: 83, 2001b: 319; Moreno 2011a). Sin embargo, fue en el Ibérico Pleno (s. V-III a.C.) cuando se alcanza mayor jerarquización y prosperidad, tal y como demuestran la extensión de los asentamientos, la explotación agraria y el crecimiento demográfico (Valor y Garibo 2002). La ciudad de *Kelin* se consolida como centro urbano, mientras que se triplica el número de yacimientos, tanto núcleos de pequeñas dimensiones dependientes de ésta, como centros defensivos que controlan el llano circundante y vigilan las zonas de frontera (Mata *et al.* 2001a: 84, 2001b: 320-321; Moreno 2011). Finalmente, en el Ibérico

Final (ss. II-I a.C.), el número de yacimientos disminuye, sobre todo las fortificaciones, aumenta la concentración y la superficie de los asentamientos, mientras que la ciudad de *Kelin* se destruye a principios del s. I a.C. (Mata *et al.* 2001a: 85, 2001b: 321-322; Quixal 2015).

Aparte de las investigaciones sobre el territorio dependiente del *oppidum* de *Kelin*, también se han desarrollado interesantes estudios centrados en las cerámicas (Pla Ballester y Gil-Mascarell 1978; Valor *et al.* 2005; Mata y Quixal 2014), en el hábitat rural (Pérez Jordà *et al.* 1999; Mata *et al.* 2007, 2012), en las estructuras de producción (Duarte *et al.* 2000; Pérez Jordà *et al.* 2015; Quixal *et al.* 2016), en las estructuras defensivas (Bonet 2006), en el proceso siderúrgico (Mata *et al.* 2009), e incluso aproximaciones sobre el cálculo poblacional de *Kelin* y su territorio (Valor y Garibo 2002; Moreno y Valor 2010).

En cuanto a las evidencias funerarias localizadas en esta zona, son bastante limitadas si las comparamos con la elevada densidad de yacimientos. Además, la mayoría son evidencias sin contexto claro, lo que dificulta en gran medida su adscripción a momentos antiguos, plenos o finales de la cultura ibérica (Quixal 2015: 191). Conocemos 14 emplazamientos, adscritos a cronologías diversas. Del total de hallazgos, tan solo cinco se asocian a un lugar de hábitat determinado: El Punto de Agua (Benagéber) (Martínez García 1990), El Molón (Camporrobles) (Lorrio *et al.* 1999; Lorrio 2001: 164-166; Lorrio *et al.* 2009: 40-42), el Cerro de La Peladilla (Fuenterrobles) (Lorrio *et al.* 1998-1999), el Pozo Viejo (Sinarcas), de donde procede la Estela de Sinarcas (Beltrán 1947; Fletcher 1985: 18; Silgo 2001) y La Harinera (Requena) (Lorrio 2001). El resto son evidencias aisladas, localizadas en la Maralaga o Cañada del Salitrar, El Molino, el Cerrito de la Horca, la Fuente Santa Úrsula-Tejerías y Los Chotiles (Sinarcas), aunque algo dudosas (Beltrán 1947; Palomares 1966; Iranzo 1989; Gil-Mascarell 1973: 37, 40; Mata 1993: Cuadro 1), Las Cejas y Los Villarejos/Los Moros (Requena) (Quixal 2015: 64, 191) y El Collado de la Cañada y Las Casas del Alabú (Mira) (De la Pinta *et al.* 1987-1988: 315-328). Además de las incineraciones halladas extramuros, también contamos con algunos ejemplos de inhumaciones de perinatales en Requena (Miquel-Feucht y Villalaín 2001), *Kelin* (Guérin y Martínez Valle 1987-88: 240-243; Mata 1991: 194) y El Molón (Moneo 2003: 338; Lorrio *et al.* 2010).

Durante la última década, se ha valorado muy positivamente la integración de las cuevas-santuario en el estudio integral del territorio, ya que son lugares que no se utilizan de manera similar en todas las áreas ibéricas y por tanto, influirían en el patrón de poblamiento de un territorio (Mata *et al.* 2001b: 315). Por suerte, contamos con una cueva que ha sido excavada por completo, con un interés, además, centralizado en los materiales de época ibérica: la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (Villargordo del Cabriel) (Gil-Mascarell 1977; Martí Bonafé 1990). La utilización ritual de estos espacios naturales se ha remarcado en varios trabajos, comparando la abundancia de ejemplos frente a otras zonas como el territorio de *Edeta* (Mata 2001: 249). Aunque hasta la fecha no se ha realizado una revisión profunda de la totalidad de materiales hallados en las ocho cuevas identificadas, sí que se ha propuesto que su situación en los límites del territorio, sin asociarse a ningún yacimiento en concreto, así como la diversidad de los materiales publicados, evidenciaría un *uso comarcal* de estos espacios durante el Ibérico Pleno (Mata *et al.* 2001a: 85; 2001b: 315). La única cueva que sí se asociaría a

un yacimiento determinado sería la Cueva de El Molón (Moneo 2001), aunque no se puede afirmar su utilización como un espacio ritual en época ibérica (Mata *et al.* 2001a, 2001b), tal y como expondremos en este trabajo. Se ha observado, por tanto, que al menos en el extremo oriental del territorio, las cuevas se relacionan con vías que conectan con las áreas vecinas, marcando territorialidad frente a los dominios de La Carència (Quixal 2008: 155-160; 2012: 202; 2013a). Además, se observa que la frecuentación de estos espacios disminuye durante el Ibérico Final, cuando parece que tan solo se visita la Cueva Santa del Cabriel (Lorrio *et al.* 2006), tenga o no un uso ritual, demostrando *cambios en las manifestaciones religiosas de los iberos de la comarca* (Mata *et al.* 2001a: 85).

Por último, dentro del conjunto de evidencias rituales, hay que añadir los depósitos votivos del Cabriel (Martínez Valle 1995, 2001; Quixal 2015: 196) y el hallazgo de ocho plaquitas de plata grabadas con figuras humanas en la Sierra del Rubial (Venta del Moro), similares a las que aparecen en contextos rituales como La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia) (Ramallo y Brotons 1997). Recientemente, se ha propuesto que la concentración de dichas plaquitas podría evidenciar la existencia de un espacio cultural al aire libre (Martínez García 2013). Sin embargo, ni se han observado estructuras de ningún tipo en dicha localización, ni se conoce el contexto exacto de los hallazgos, ya que proceden de colecciones privadas. Aún así, es interesante la supuesta localización de dichas plaquitas, ya que se encuentran en el límite entre dos territorios ibéricos (*Kelin e Ikalesken*), marcando una vez más la territorialización, en este caso en el extremo occidental de la actual comarca de Requena-Utiel.

Por lo que respecta al territorio ibérico de *Edeta*/Tossal de Sant Miquel (Llíria), contamos con interesantes trabajos de prospección y excavación que nos acercan a la realidad organizativa del Camp del Túria entre los ss. VI-I a.C. Desde las excavaciones en el Tossal de Sant Miquel de Llíria entre 1933 y 1953, los estudios sobre este yacimiento, especialmente sobre sus cerámicas (Ballester *et al.* 1954; Bonet y Mata 1988, 1997b; Aranegui 1995, 2006; Aranegui *et al.* 1997a y 1997b; Mata *et al.* 1997; Izquierdo y Pérez Ballester 2005; Vizcaíno 2011, 2015a, entre otros), así como sobre el territorio que le envuelve, se han ido multiplicando. Ya en 1987, se realizó una primera propuesta sobre la organización territorial de *Edeta*, clasificando los asentamientos conocidos, basándose en distintas variables como el tamaño, la ubicación topográfica o la existencia de torres (Bernabeu *et al.* 1987). Así pues, gracias al proyecto de *El territorio de Llíria-Edeta en época Ibérica Plena*, dirigido por H. Bonet desde 1985, se avanzó en el conocimiento del poblamiento de esta zona (Bonet 1995a). A través de los datos extraídos en las prospecciones del Camp del Turia y las excavaciones de La Monravana (Fletcher 1940-41), La Torre Seca (Casinos) (Gil-Mascarell 1969), La Cova Foradada (Llíria) (Gil-Mascarell 1970), La Lloma de Manoll (Llíria) (Bonet y Mata 1997b: 36), El Puntal dels Llops (Olocau) (Bonet y Mata 1981; Bonet y Mata 2001a), El Castellet de Bernabé (Llíria) (Guérin 2003), La Seña (Villar del Arzobispo) (Bonet 1991, 2000), el Tos Pelat (Moncada) (Burriel y Mata 2013), y la propia *Edeta* (Bonet 1995a), se ha podido generar una imagen del poblamiento edetano en torno a la capital. A grandes

rasgos, el área controlada se encontraría en las actuales comarcas del Camp del Turia y parte de los Serranos, y estaría delimitada por la Sierra Calderona (Norte), la cubeta de Villar del Arzobispo (Oeste), el río Turia (Sur) y la llanura aluvial costera valenciana (Este), aunque, principalmente, el poblamiento se concentró en el área oriental (Bonet 1995a: 51) (fig. 2.5).

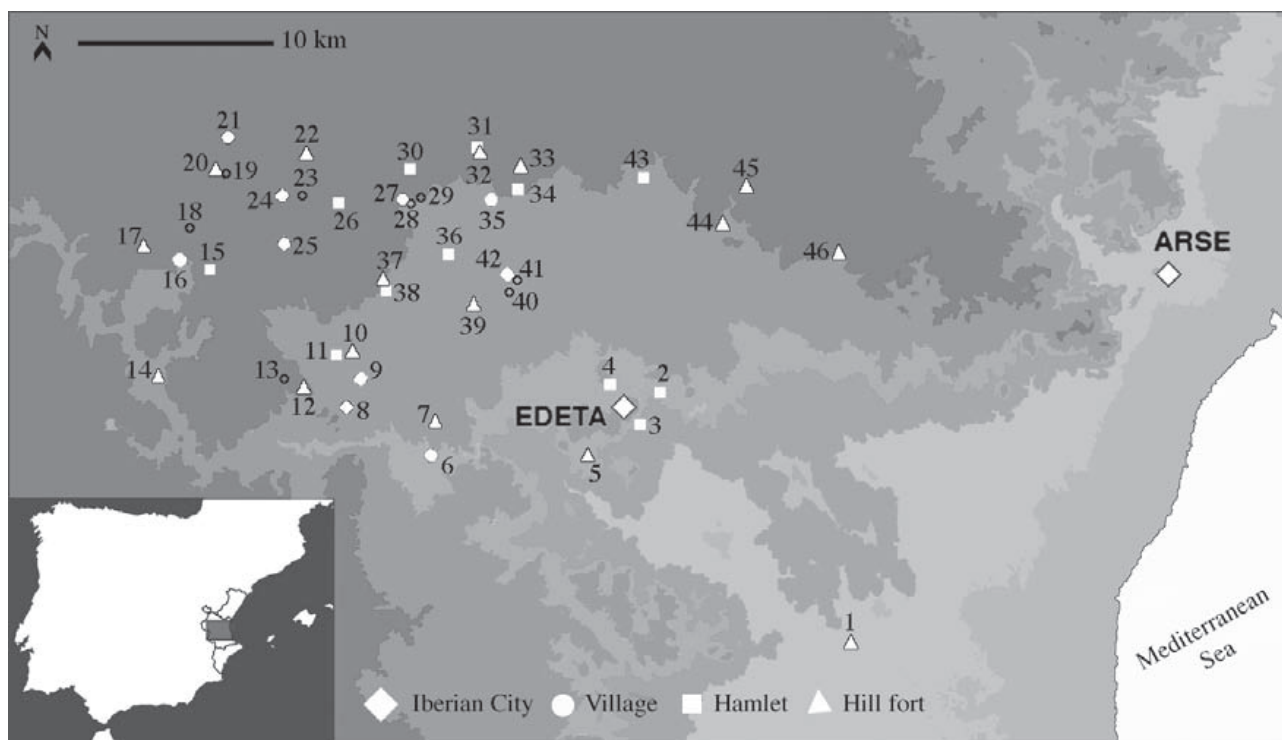


Fig. 2.5. Territorio de *Edeta* durante el Ibérico Pleno (Bonet *et al.* 2008: fig. 1).

Uno de los trabajos más importantes en este campo fue la publicación de H. Bonet sobre el Tossal de San Miquel, en la cual dedica un capítulo a la evolución del poblamiento (Bonet 1995a: cap. 18). Partiendo de los trabajos previos (Bernabeu *et al.* 1987; Bonet y Guérin 1989, 1991; Bonet y Mata 1991), se diferencian cuatro categorías dentro del modelo de poblamiento jerarquizado existente desde el s. IV hasta el s. II a.C. Según esta ordenación, el centro principal se localiza en la ciudad de *Edeta* (10-15 ha), que ejerce total control político y comercial sobre un área de unos 900 km². En el llano, se sitúan las aldeas (5000 m²-2 ha) y caseríos o granjas fortificadas (1000-2500 m²), dedicadas a la explotación de recursos agrícolas, ganaderos y/o mineros. Finalmente, la situación estratégica y la visibilidad de las atalayas o fortines (500-2500 m²), generan una verdadera red de vigilancia en las zonas de paso y de frontera, principalmente en la cornisa de la Sierra Calderona y a lo largo del río Turia. La ausencia de éstas en zonas más cercanas a la costa, evidencian la buena visibilidad desde otros puntos del territorio hacia estas tierras, así como la ausencia de rivalidades entre los territorios de *Edeta* y *Arse* (Bonet 1995a: 521-527). Sin embargo, con la conquista romana, los asentamientos defensivos y la mayoría de aldeas y caseríos se destruyen, se reestructura el modelo de explotación agrícola, y la ciudad se traslada al llano con un poblamiento mucho más disperso, desintegrando por completo el patrón de asentamiento indígena (Bonet 1995a: 527-530).

Las publicaciones monográficas sobre las dos excavaciones completas: el fortín del Puntal dels Llops (Olocau) (Bonet y Mata 1981, 2001a) y el caserío del Castellet de Bernabé (Llíria) (Guérin 2003), han aportado, además, interesantes datos sobre la organización interna de estos asentamientos. Así mismo, los análisis territoriales se han ido completando y comparando, a su vez, con otras áreas ibéricas (Bonet y Mata 2001b; Mata 2001; Bonet y Vives-Ferrándiz 2003; Bonet *et al.* 2007, 2008) y centrándose en determinados aspectos como las fortificaciones (Bonet y Mata 1991; Bonet 2006) o el hábitat rural (Pérez Jordà *et al.* 1999; Mata *et al.* 2007).

Gracias a la revisión, bajo una nueva perspectiva, de los materiales del Tossal de Sant Miquel, así como a la realización de nuevas excavaciones, se ha podido profundizar sobre determinadas cuestiones como las prácticas rituales llevadas a cabo en el interior del poblado, detectándose varios espacios de culto (Bonet 1995b; Bonet y Mata 1997a). Así pues, la presencia de un betilo y un depósito votivo en los departamentos 14, 13 y 12 del Tossal de Sant Miquel, ha demostrado la existencia de un lugar de culto de carácter colectivo, así como un lugar destinado a celebrar ceremonias o festividades de carácter familiar en el departamento 41 (Bonet 1995a; Aranegui 1997; Bonet 2010; Seco 2010). Mientras que la presencia de terracotas, microvasos, hogares rituales y otros elementos cultuales, ha evidenciado un lugar de culto de carácter familiar en el departamento 1 y 14 del Puntal dels Llops (Bernabeu *et al.* 1986; Bonet y Mata 2001a) y en el departamento 2 del Castellet de Bernabé (Guérin 2003). La presencia de cabezas votivas, a modo de retratos idealizados con rasgos genéricos, se ha interpretado como imágenes de los antepasados a los que se rendiría un culto familiar (Bernabeu *et al.* 1986; Bonet *et al.* 1990). Mientras que los cultos domésticos se mantienen en los asentamientos de menor rango, *los cultos comunitarios se realizarían en la ciudad u otros lugares sagrados del territorio* (Bonet y Mata 1997a: 140). A estas evidencias, habría que añadir la hipótesis sobre la presencia de un santuario bajo el Monasterio de Sant Miquel o en el paraje del manantial de Sant Vicent, a escasos kilómetros de la población (Bonet y Mata 1997a).

Los enterramientos en esta zona se documentan en un número muy reducido, con tan solo cinco ejemplos (Mata 1993): La Mina (Gátova) (Aranegui 1979), La Monravana (Llíria) (Fletcher 1940-1941, 1947:78-85; Gil-Mascarell 1973: 36), El Puntalet (Llíria) (Ballester 1949: 131-133; Gil-Mascarell 1973: 36-37), el Collado de la Cova del Cavall (Llíria) (Gil-Mascarell 1973: 37; Mata 1978: 131-132; Bonet 1995a: 299-313) y la ladera Sureste del Tossal de Sant Miquel (Martínez Cabrera 1990; Bonet 1995a: 518). Así pues, existe un vacío de necrópolis en este área (Mata 1993), del mismo modo que ocurre en el valle medio del Ebro (Burillo 1992) y en Andalucía Oriental (Belén y Escacena 1992). Sin embargo, al menos en el caso de *Edeta*, no parece deberse a la falta de prospecciones o a cuestiones de conservación diferencial, por lo que es necesario considerar la existencia de otras prácticas rituales que dejasen escaso registro arqueológico (Bonet y Mata 1997a). Además de las incineraciones halladas extramuros, también contamos con algunos ejemplos de inhumaciones de perinatales bajo las casas en el Tossal de Sant Miquel (Llíria) (Calvo 1995), el Castellet de Bernabé (Llíria) (Guérin y Martínez Valle 1987-88: 231-238; Guérin *et al.* 1989; Calvo 2003), La Seña (Villar

del Arzobispo) (Guérin y Martínez Valle 1987-88: 238-240) y el Puntal dels Llops (Olocau) (Guérin y Martínez Valle 1987-88: 240; Bonet y Mata 2001a: 40-42).

En cuanto al resto de lugares ritualizados, destaca la ausencia de lugares de culto extraurbanos. *Son muy escasos los lugares naturales de culto* (Bonet y Mata 1997a: 140) y en las publicaciones sobre la ritualidad en este territorio, tan solo se cita la Cueva Merinel (Bugarra) (Martínez Perona 1992; Blay 1992), localizada en los confines occidentales, sorprendiendo la alta concentración de cuevas con ocupación prehistórica y medieval, frente a la ausencia de materiales ibéricos en ellas (Bonet y Mata 1997a). Al mismo tiempo, Mata pone de manifiesto la diferencia entre el territorio ibérico de *Kelin*, en el que se han documentado ocho cuevas con materiales ibéricos, frente a la situación de *Edeta* (Mata 2001: 249).

Por último, aunque ha sido menos estudiado desde la arqueología del paisaje, contamos con el ejemplo de *Arse-Saguntum* (Sagunto). Las investigaciones que se han desarrollado sobre este emplazamiento son innumerables, sin embargo, su implicación en la Segunda Guerra Púnica y su función durante época romana, han empañado la relevancia que esta misma localización tuvo unos siglos antes como ciudad ibérica. Es una de las ciudades prerromanas de las que más detalles conocemos a través de las fuentes históricas, pero son muy pocos los datos arqueológicos que tenemos sobre su organización urbana, extensión, edificios públicos y murallas (Uroz 1983: 45-52; Aranegui 1994a, 2004, 2014, 2015). A través de las intervenciones dirigidas por M. González Simancas (en 1921 y 1926), P. Beltrán (entre 1943 y 1944) y P. Rouillard (entre 1976 y 1977), se identificó parte del *oppidum* ibérico, de su necrópolis, así como un importante sistema defensivo de doble recinto construido entre finales del s. V y principios del s. IV a.C. (González Simancas 1923, 1927; Beltrán 1956, 1972; Rouillard 1979). Finalmente, C. Aranegui llevó a cabo, desde 1985, un programa de actuación y estudio que aportó nuevos datos arqueológicos a través de algunos sondeos y la revisión de excavaciones y descripciones antiguas (Pascual y Aranegui 1993).

Uno de los elementos que jugaron un papel importante en el desarrollo económico y político de *Arse-Saguntum*, fue su puerto. Las excavaciones desarrolladas desde 1974 hasta 2002 en el Grau Vell, tanto en tierra como en mar, han demostrado la existencia de un emplazamiento portuario con ocho siglos de historia, fundado a finales del s. IV a.C. y que contó con varias remodelaciones arquitectónicas conforme la importancia económica y la influencia romana aumentaban, destacando un torreón y un gran muelle construidos tras la Segunda Guerra Púnica (Aranegui 1976, 1982, 1991; Barrachina *et al.* 1984; Aranegui *et al.* 1985, 2004; Bertó 1988; Hernández 1991; De Juan 2002; Giner 2002; Albelda 2015b). Además, la dispersión de monedas de *Arse* en un amplio territorio demuestra los contactos comerciales con los demás centros ibéricos (Ripollès 1977; Ripollès y Llorens 2002; Llorens y Ripollès 2002).

Son muy pocos los yacimientos localizados en el territorio de *Arse* que cuentan con excavaciones arqueológicas publicadas, a excepción de los sondeos realizados en dos habitaciones del asentamiento ibérico del Castell de Almenara (Gusi y Sanmartí 1975, 1976; Junyent 1976; Oliver *et al.* 1984; Albelda 2015a). Sin

embargo, las prospecciones han permitido localizar los yacimientos en torno al núcleo central de *Arse*. Destaca la publicación en 1977 de M. Gil-Mascarell y C. Aranegui, sobre el poblamiento del Bajo Palancia en época ibérica, en el que ponen de manifiesto la importancia el curso del Palancia como vía de comunicación, alrededor de la cual se localizaron un importante conjunto de asentamientos (Gil-Mascarell y Aranegui 1977). Este trabajo, que fue en parte resultado de la Tesis doctoral de M. Gil-Mascarell, marcó un punto de partida para la posterior Tesis doctoral de M^a. A. Martí Bonafé, publicada en 1998. Este último trabajo va más allá del papel decisivo de *Arse* en el desarrollo de la Segunda Guerra Púnica y su importancia económica y política que demuestran las evidencias epigráficas y numismáticas. Así pues, realizó una aproximación a la vida y la dinámica de la ciudad ibérica, que ocuparía unas 8-10 ha del cerro del Castell, pero sobre todo, desarrolló un estudio sobre su territorio entre los ss. V-II a.C. El modelo de poblamiento que plantea Martí Bonafé, se basa en el ejemplo propuesto para el territorio de *Edeta*, descrito anteriormente (Bernabeu *et al.* 1987; Bonet 1995a). La zona de estudio, que abarca unos 250 km², se integra en el Baix Palancia o Camp de Morvedre (Camp de Morvedre, Baronía de Torres-Torres y la Vall de Segó), considerando el Poblado de la Punta de Orleil (La Vall d'Uixó, Castellón) fuera del área de influencia de *Arse* (Martí Bonafé 1998: 33, 127-241) (fig. 2.6).

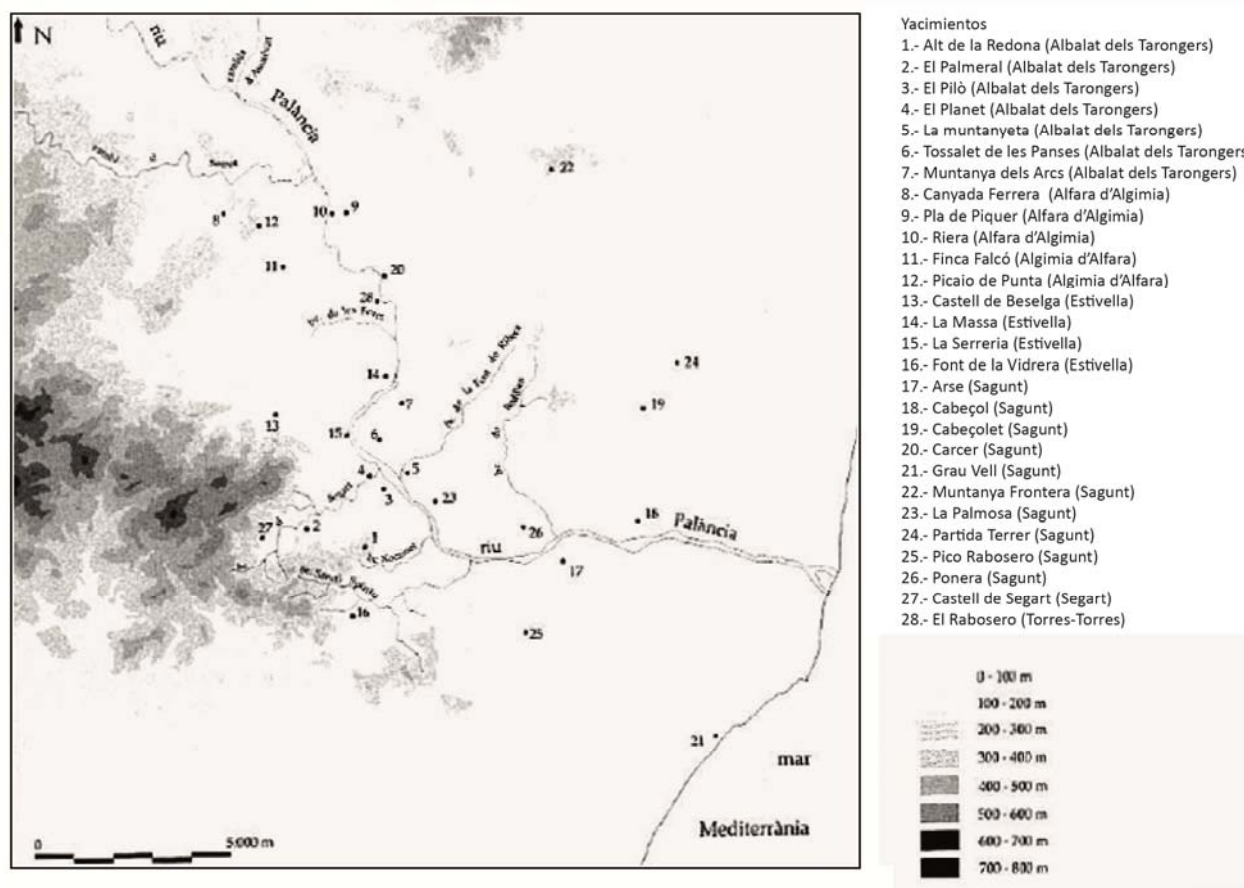


Fig. 2.6. Territorio de *Arse*, a partir de Martí Bonafé (1998: fig. VI.2).

Así pues, los límites propuestos por Martí Bonafé para el territorio de *Arse*, se basan tanto en parámetros geográficos como en los datos obtenidos con los Polígonos de Thiessen: las estribaciones orientales

de la Serra d'Espadà (Norte), la Serra de la Calderona (Sur), la zona de marjal costera de Puçol (Este) y la zona de separación entre las cuencas media y baja del río Palancia, a la altura del municipio actual de Algar (Oeste) (Martí Bonafé 1998: 205-213, fig. VII.2) (fig. 2.6). Sin embargo, el límite Norte del territorio ibérico de *Arse* varía según se considere el papel de la Punta d'Orleyl (La Vall d'Uixó, Castellón). Así pues, en algunas ocasiones, se ha propuesto que su territorio pudiera llegar más allá del término actual de Almenara, asumiendo que el poblado de la Punta y su necrópolis, e incluso el de Sant Josep, se integraran en el dominio de la ciudad de *Arse* (Aranegui 1994a: 70, 2004: 44).

El estado actual de la investigación impide analizar la evolución del poblamiento de *Arse* durante época ibérica, por lo que Martí Bonafé se centra en indicar los yacimientos con materiales ibéricos, realizando apreciaciones cronológicas en tan solo algunos de ellos (1998: 210-211). Del mismo modo que se realizó para el territorio vecino de *Edeta*, esta investigadora propone dividir en distintas categorías los asentamientos analizados. Teniendo en cuenta criterios de tamaño, se observan cuatro grupos: ciudad (Grupo I), recintos entre 3-6 ha (Grupo II), asentamientos medianos como pueblos o aldeas de 0,5-1 ha (Grupo III) y recintos que no superan los 2.500 m² (Grupo IV). Dentro de este último grupo, se ha podido identificar la funcionalidad de, al menos, tres tipos de asentamientos. En primer lugar, teniendo en cuenta su localización, su tamaño, acceso y estructuras defensivas, se han identificado las atalayas o fortines. En segundo lugar, se han documentado establecimientos alfareros como el del Pla de Piquer (Alfara de Algimia), destinados a producir cerámicas de almacenamiento, envase y transporte de productos alimenticios (Aranegui y Martí Bonafé 1995). Y en tercer lugar, se han detectado pequeños asentamientos sin una funcionalidad clara. Del mismo modo que Gil-Mascarell y Aranegui evidenciaron años antes, se observa el condicionamiento en la ordenación del hábitat, ya que son muy pocos los yacimientos costeros, mientras que la mayoría de asentamientos se concentran en el trazado del curso del río Palancia y otras rutas de paso interiores (Martí Bonafé 1998: 241). Sin embargo, parece que del mismo modo que ocurre en el territorio de *Edeta*, durante el Ibérico Final, el poblamiento se articula en pequeñas unidades territoriales o microrregiones (Arasa 2001: 190).

Además, también hay que tener en cuenta las evidencias de enterramientos en época ibérica indicados en los estudios sobre este territorio. Aparte de la necrópolis de Orleyl (La Vall d'Uixó, Castellón) (Gusi 1975, 1979; Lázaro *et al.* 1981; García Fuertes 1998; García y Morano 2013), se considere o no bajo el dominio de *Arse*, son tres el total de necrópolis documentadas (Mata 1991: cuadro 1). Se conocen incineraciones en la ladera del Castell de Almenara (Castellón) (Trias 1966; Gil-Mascarell 1973: 35; Albelda 2015a: 66-71), en el Calvari de Albalat dels Tarongers (Valencia) (Monzó Nogués 1946; Gil-Mascarell 1973: 36) y en el Castell de Sagunt (Valencia), aunque dudosas (González Simancas 1923, 1927; Beltrán 1956; Gil-Mascarell 1973: 36). La identificación de El Rabosero (Torres-Torres, Valencia) como una necrópolis no es clara, ya que las actuaciones clandestinas han afectando enormemente el conocimiento de este yacimiento y tan solo se conocen noticias orales sobre la posible existencia de una necrópolis de incineración (Martí Bonafé 1998: 199-201). En cuanto a las evidencias indirectas, no descartamos que el hallazgo de la escultura del toro hallada en 1923 en la partida

de El Terror o de Montíber, al Este de la población de Faura (Valencia) (González Simancas 1924), pueda ser un indicio de una tumba monumental (Aranegui 2004: 37). En cuanto a las inhumaciones infantiles, tan solo contamos con el ejemplo del poblado de San Josep (La Vall d'Uixó, Castellón) (Oliver y Gómez Bellard 1989: 56-58), siempre que consideremos que el límite Norte del territorio de *Arse* alcanza el término actual de La Vall d'Uixó.

En cuanto al resto de lugares ritualizados en esta zona, son muy pocas las referencias conocidas. Aunque las fuentes escritas mencionan dos santuarios que existirían en *Saguntum* antes de la Segunda Guerra Púnica y la reconstrucción romana de la ciudad, no contamos con información arqueológica que pruebe dicha existencia (Aranegui 1994a). Sin embargo, durante las excavaciones en la Plaza de la Conejera o Albacara (1993-1994), se documentó una edificación de planta indeterminada que estaba arrasada por el fuego con restos de cerámicas áticas, cerámicas ibéricas, así como una importante acumulación de tejuelos y de pesas de telar. Su ajuar y su ubicación bajo los anexos del templo romano-republicano, hacen pensar que pudo funcionar como un área sacra desde el s. IV a.C. (Gozalbes 1993-1994; Aranegui 2004: 33-58). Es mucho más evidente, sin embargo, la identificación de Muntanya Frontera (Sagunto) como un santuario territorial ibero-romano desde el que se cuenta con un importante control visual de la Plana de Castellón y la llanura costera hasta Sagunto (Martí Bonafé 1998: 186-187; Nicolau 1998; Ledo 2009). Aunque los restos materiales de época ibérica son bastante limitados, se ha propuesto que existiera un sincretismo donde la divinidad ibérica fuera reemplazada por una divinidad romana, *Liber Pater*, protector de la viticultura, tal como muestran las inscripciones romanas (Tarradell 1979; Corell 1993; Nicolau 1998). Así pues, el cambio cultural se asumiría al realizar liturgias romanas, aunque se mantuviera la lengua propia, presente en el santuario a través de las inscripciones ibéricas (Aranegui *et al.* e.p.). Sin embargo, la existencia de cuevas-santuario se desconoce en este territorio. Tan solo algunos investigadores como González-Alcalde (2002, 2002-2003a, 2005b) relacionan los materiales ibéricos hallados en el Abric de les Cinc (Almenara, Castellón) o en la Cova dels Orgues (La Vall d'Uixó, Castellón) con posibles actividades rituales, apreciaciones que, como muchas otras, serán discutidas en este trabajo.

Tres áreas, por tanto, cuyo patrón territorial presenta algunas similitudes, pero también varias diferencias. Esta diversidad es plausible, como veremos, en el número de cuevas y/o abrigos frecuentados en época ibérica: ocho (*Kelin*), dos (*Edeta*) y dos (*Arse*)³, así como en su localización y en los materiales hallados en ellas.

³ Estos números se basan en la bibliografía expuesta en las páginas anteriores. Sin embargo, tal y como veremos en el catálogo (cap. 4), el número total de cuevas y abrigos se ampliará al considerar algunas evidencias que no habían sido tenidas en cuenta hasta la fecha.

Capítulo 3

Metodología general

La metodología seguida para realizar esta Tesis doctoral se ha basado en tres pilares básicos: búsqueda bibliográfica, trabajo de laboratorio y trabajo de campo. Estos métodos serán expuestos y analizados en distintos apartados de este capítulo. En primer lugar, realizaremos tan solo un breve comentario sobre la bibliografía consultada, ya que este tema ha sido ampliamente tratado en el capítulo anterior. En segundo lugar, describiremos detalladamente el trabajo de laboratorio realizado para el estudio de los materiales almacenados en los distintos museos consultados. En tercer lugar, presentaremos la metodología utilizada durante las visitas a las cavidades que se incluyen en este trabajo.

Sin embargo, las apreciaciones sobre los métodos de planificación del catálogo y la realización del estudio territorial mediante SIG, serán expuestos en sus respectivos capítulos (4 y 8), en el apartado de apuntes metodológicos. Aprovechamos aquí para especificar que todas aquellas fotografías cuya procedencia no se indica en los pies de figura, han sido realizadas por la autora. Hemos optado por obviar esta información, así como la fecha de las mismas (tomadas entre los años 2012 y 2017), para agilizar la lectura del trabajo.

3.1. Revisión bibliográfica

El primer paso que llevamos a cabo fue una búsqueda bibliográfica, tanto general como por territorios. Aunque ya conocíamos ligeramente la temática tratada, al realizar un Trabajo Final de Máster sobre una cueva con evidencias rituales (Machouse 2012), nuestro objetivo al iniciar la investigación fue decidir en qué territorios nos íbamos a centrar. Para ello, realizamos una búsqueda bibliográfica de todas aquellas cuevas o abrigos con evidencias materiales de época ibérica en el País Valenciano. Rápidamente observamos el contraste existente entre los distintos territorios ibéricos, evidenciando una clara concentración de estos hallazgos en la comarca actual de Requena-Utiel. Con el objetivo de comparar distintas situaciones, decidimos escoger los territorios ibéricos de *Kelin*, *Edeta* y *Arse*, dejando para futuros trabajos las áreas de *Saiti* y La Carència, por dos razones muy distintas. En el caso de *Saiti*, tal y como hemos indicado en la introducción, las evidencias de materiales ibéricos en una decena de cuevas localizadas en torno al río Canyoles, nos impedía llevar a cabo un análisis exhaustivo con el limitado tiempo disponible. Sin embargo, en el caso de La Carència, ocurrió completamente lo contrario, ya que la ausencia de claras evidencias de ritualidad en las cuevas de la zona nos impide, al menos por el momento, realizar un estudio similar al resto de territorios.

Nuestro punto de partida fueron las fichas de Dirección General de Patrimonio Valenciano (DGPV a partir de ahora)⁴, de las comarcas actuales asociadas a los territorios ibéricos de *Kelin*, *Edeta* y *Arse*. Además de estas fichas, fueron de gran ayuda tanto los catálogos espeleológicos (Donat 1960, 1966; Fernández *et al.* 1980, 1982), como las grandes compilaciones sobre cuevas-santuario, a las que hacemos referencia repetidamente en las descripciones de las cavidades y han sido citadas en el capítulo anterior (Tarradell 1973; Gil-Mascarell 1975;

⁴ <http://www.ceice.gva.es/web/patrimonio-cultural-y-museos/arq-acceso-contrasena> (Consultada el 29 de abril de 2017).

Serrano y Fernández 1992; González-Alcalde 1993b, 2002, 2002-2003a, 2005b, Moneo 2003, entre otros). Con esta información, realizamos un listado provisional a partir del cual iniciamos una búsqueda bibliográfica específica de cada una de las cuevas identificadas. El objetivo principal de esta segunda revisión era conocer tanto la publicación, si la hubiese, de los materiales hallados, como la localización actual de los mismos. Una vez recogida toda esta información, nos dispusimos a iniciar el estudio de los materiales, en aquellos casos en los que permanecían inéditos, y la revisión y actualización gráfica de aquellos que ya habían sido publicados con anterioridad.

Nº	ID	Nombre	Término	Provincia	Localización materiales	Publicación específica
1	CM	Cueva del Murciélago	Altura	Castellón	SIAP	Palomar 1986
2	CTMP	Cueva de la Torre del Mal Paso	Castellново		MPV	Fletcher 1954
3	CAR	Cova de l'Armela	La Vall d'Uixó		MAM- La Vall d'Uixó	
4	CCB	Cova de Can Ballester			SIAP/MAM- La Vall d'Uixó	Gusi y Olària 1979
5	COR	Cova dels Orgues			MAM- La Vall d'Uixó	Oliver 2010
6	ADLC	Abric de les Cinc	Almenara		SIAP	Junyent 1976/ Junyent <i>et al.</i> 1982-83
7	CCA	Cova del Cavall	Olocau	Valencia	?	
8	CME	Cueva Merinel	Bugarra		MPV/MN-Cerámica y Artes Suntuarias González Martí	Martínez Perona 1992/Blay 1992
9	CSAP	Cueva del Sapo	Chiva		MPV	
10	AVA	Abrigo de las Vacas			?	Martínez Perona 1979
11	CSV	Cueva Santa	Villargordo del Cabriel		MPV	
12	CPHC	Cueva del Puntal del Horno Ciego II			MPV	Martí Bonafé 1990
13	CSM	Cueva Santa del Cabriel	Mira	Cuenca	MPV/M-Cuenca/Col. Priv. F. Moya	Lorrio <i>et al.</i> 2006
14	CMO	Cueva de El Molón	Camporrobles	Valencia	?	Moneo 2001
15	CMAN	Cueva de los Mancebones	Requena		MM-Utiel	
16	CAN	Cueva de los Ángeles			MM-Requena	Martínez Valle y Castellano 1996
17	CCH	Cueva del Cerro Hueco			MPV/MM-Requena	
18	CCO	Cueva de la Cocina	Dos Aguas		MPV	
19	CDO	Cova de les Dones	Millares		MPV/Col. Priv. J. Martínez	Pericot 1946

Fig. 3.1. Listado de cuevas incluidas en el catálogo, con referencia a las publicaciones previas específicas y la localización de los materiales. SIAP: Servicio de Investigaciones Arqueológicas y Prehistóricas de Castellón; MPV: Museo de Prehistoria de Valencia; MAM: Museo Arqueológico Municipal; MM: Museo Municipal; MN: Museo Nacional.

Tal y como se observa en la fig. 3.1, la mayoría de cuevas contaban con publicaciones previas específicas, aunque tan solo algunas de ellas se centraban en los materiales de cronología ibérica, como veremos en el catálogo (cap. 4). En varias ocasiones, se citaban los materiales ibéricos, pero no se adjuntaba ningún tipo de documentación gráfica, más allá de meras descripciones generales sobre las piezas. Estas descripciones se

han ido repitiendo en los catálogos sobre cuevas-santuario recopilados por autores como Serrano y Fernández (1992), González-Alcalde (1993b, 2002-2003a, 2002-2003b, 2005b) o Moneo (2003). Por tanto, vimos necesario realizar una revisión en profundidad para dar una visión real de los materiales recogidos hasta la fecha en dichas cavidades. Aunque siga siendo una visión parcial, ya que la mayoría de ellos proceden de prospecciones o donaciones, al menos aportaremos datos fiables del estado actual para seguir avanzando más adelante e intervenir arqueológicamente en aquellos contextos que realmente sean interesantes.

3.2. Trabajo de laboratorio

Una vez localizados los materiales, realizamos un dilatado trabajo de laboratorio en varios museos y centros de investigación. Principalmente, nuestro trabajo se desarrolló en el Museo de Prehistoria de Valencia (MPV a partir de ahora) y el Servicio de Investigación Prehistórica (SIP a partir de ahora), donde se encontraban depositados la mayoría de materiales, pero también nos desplazamos al Museo Nacional de Cerámica y de las Artes Suntuarias González Martí, al Museo de Bellas Artes de Castellón/Servicio de Investigaciones Arqueológicas y Prehistóricas de Castellón (SIAP a partir de ahora), al Museo Arqueológico Municipal de La Vall d’Uixó y al Museo de Cuenca. Además, aunque no desarrollamos un estudio directo de las piezas, sí que visitamos las colecciones del Museo Municipal de Requena y del Museo Municipal de Utiel.

Localiz.: C. Dones (Millares) <small>SIP. Donat 1969</small>		Inventario 55579 (7)	UE SR	
Tipo A	<div style="border: 1px solid black; border-radius: 50%; width: 40px; height: 40px; display: flex; align-items: center; justify-content: center; margin: 0 auto;"> <div style="text-align: center;">Tpg A.III.4.3</div> </div>	Color int. g	<div style="border: 1px solid black; border-radius: 50%; width: 40px; height: 40px; display: flex; align-items: center; justify-content: center; margin: 0 auto;"> <div style="text-align: center;">N° 153</div> </div>	
Técnica T		Tratm int.		
Ø Boca 7		Color ext. g		
Ø Base/Pomo 3.5		Tratm ext.		
Alt. 6,1		Dec. int.		
Pren. Pos.		Dec. ext.		Decoración
Pren. Sec.		Dec. Labio		
Labio/Boca s		Motivo decorativo		
Base/Pomo a		Orificios si		
Homogéneo		<div style="border: 1px solid black; padding: 5px;"> OBSERVACIONES Perfil completo (3 fragmentos) REF. SIGLADA: CD-10-69 y CD-12-69 2 orificios (2 mm diam aprox.) </div>		
Alternante	<div style="border: 1px solid black; padding: 2px; display: inline-block;">Cocción</div>	<div style="border: 1px solid black; padding: 2px; display: inline-block;">NMI 1</div>	<div style="border: 1px solid black; padding: 2px; display: inline-block;">Cronología</div>	
Fino	Restaurado	Frag. 3	FOTO no	
Pequ.			Dibujo si	
Grues.				
Escas.				
Abund.				
Color				

Fig. 3.2. Ejemplo de una ficha de la base de datos *FileMaker* confeccionada para el inventario cerámico (para las abreviaturas presentes en esta figura, consultar el índice de abreviaturas).

NMI Total 246 TOTAL 1852

Aunque intentamos establecer desde un principio una mecánica de trabajo homogénea para todas las cuevas, no hay que olvidar que una Tesis doctoral es el resultado de la formación como personal investigador durante los cuatro años que dura esta etapa. Por tanto, con cada cueva nueva, he ido aprendiendo de mis propios errores, así como de los consejos que me han facilitado colegas y directoras. Cada contexto es diferente y el conjunto de materiales que hemos podido analizar ha sido muy heterogéneo. En las siguientes líneas explicaremos las bases seguidas en el estudio de materiales, principalmente cerámicos, ya que es uno de los más abundantes.

Para el estudio de la cerámica, hemos confeccionado una base de datos *FileMaker*⁵, que se ha ido ampliando y modificando conforme avanzábamos en el estudio (fig. 3.2). En aquellos casos en los que considerábamos conveniente registrar gráfica o fotográficamente las piezas, también se ha indicado en dicha ficha, haciendo referencia al código utilizado en cada uno. Tal y como veremos en el siguiente capítulo, los códigos se mantendrán en las láminas del catálogo. El ejemplo de la fig. 3.2, extraído del inventario de la Cova de les Dones (CDO), muestra los principales campos que hemos tenido en cuenta (ver índice de abreviaturas). Así pues, tal y como se observa en la fig. 3.1 y se verá en el catálogo, hemos asociado un código a cada una de las 19 cuevas y abrigos estudiados. Por ejemplo, en el caso de la ficha de la fig. 3.2, el código de la cueva es CDO (Cova de les Dones), por lo que el código completo del dibujo de esta pieza será CDO153. En aquellas ocasiones en las que ya contábamos con un dibujo de los materiales cerámicos, nos hemos limitado a comprobar si la orientación y la decoración era la correcta, para después vectorizarlos, indicando nuestro código de inventario y haciendo siempre referencia a la publicación original. Además, la conservación de algunos materiales como los de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, nos ha permitido realizar fotografías no solo de cada pieza, con su escala y referencia correspondiente, sino también de conjunto (fig. 3.3).

La mayoría de las cerámicas protohistóricas son ibéricas, aunque también están presentes en menor medida las cerámicas de importación fenicias y griegas. El número mínimo de individuos (NMI a partir de ahora) lo hemos establecido en relación al recuento total de formas, basándonos en los bordes en primer lugar, seguidos de las bases y las asas.

Para las cerámicas ibéricas, hemos seguido la tipología de Mata y Bonet (1992), obviando aquellas formas inexistentes en las cuevas estudiadas. En las apreciaciones cronológicas se ha tenido en cuenta la bibliografía y los poblados con niveles bien datados o con un solo momento de ocupación, como por ejemplo: *Kelin*/Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia) (Mata 1991; Vidal *et al.* 1997); El Oral (San Fulgencio, Alicante) para finales del s. VI-V a. C. (Abad y Sala 1993); la fase de finales del s. V- 1ª mitad de s. IV a. C. del Castellet de Bernabé (Llíria, Valencia) (Guérin 2003) y de la Lloma del Manoll (Llíria, Valencia) (Bonet y Mata 1997b); el Pla de Piquer (Alfara d'Algímia, Valencia) (Aranegui y Martí Bonafé 1995) y la Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia) (Fletcher 1965, 1969; Díes *et al.* 1997; Bonet y Vives-Ferrándiz 2011) para el s.

⁵ Para facilitar la consulta de este inventario, se ha optado por exportar las bases de datos en formato *Excel* y PDF, tanto de cerámica como de elementos metálicos. Ver anexo en formato digital.

IV a. C.; y los niveles del s. III a. C. del Tossal de Sant Miquel (Llíria, Valencia) (Bonet 1995a) y de Covalta (Albaida, Valencia) (Raga 1995), entre otros.

Debido a la diversidad del registro material, a la hora de analizar de manera conjunta las características de los materiales hallados en estas cuevas (cap. 6), hemos decidido establecer dos criterios básicos aunque subjetivos. En primer lugar, hemos preferido centrarnos en aquellos casos que evidencian un NMI total mayor a 10. Por tanto, cuando analicemos concentraciones y plasmemos esta información de manera gráfica, no comentaremos los casos de aquellas cuevas que tengan una cantidad reducida de materiales. En segundo lugar, es importante indicar aquí también que el porcentaje a partir del cual consideraremos que se producen concentraciones será en cantidades superiores al 20% del total de NMI.

Evidentemente, los fósiles directores más claros en este tipo de contextos son las importaciones, pese a que su depósito ritual puede estar sometido a desfases en cuanto a su uso habitual. Sin embargo, no siempre están presentes en el registro arqueológico de las cuevas que incluimos en este trabajo. Para la clasificación de las cerámicas fenicias, nos hemos basado principalmente en las publicaciones sobre La Peña Negra (Crevillent, Alicante) y La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante), así como otros estudios especializados sobre esta cronología (González Prats 1979, 1986, 2014; Ramón 1995, entre otros). Mientras que para el estudio de las cerámicas griegas e itálicas, así como las imitaciones ibéricas de estas cerámicas, nos hemos basado en tipologías básicas, como por ejemplo: Lamboglia (1952, 1954), Morel (1981), Page (1984), Aquilé *et al.* (2000), Roca y Fernández (2005), Principal y Ribera (2013), entre otros.



Fig. 3.3. Fotografía de conjunto tomada en el MPV con algunas piezas de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II.

Para el estudio de los objetos metálicos, así como instrumentos de hueso, también hemos confeccionado una base de datos *FileMaker*, aunque mucho más simple. En esta, se recoge información clave como el código de inventario, la materia, el tipo y la información morfométrica (fig. 3.4). Para la clasificación de los objetos metálicos nos hemos basado, entre otros, en trabajos generales sobre armamento (Quesada 1997), sobre fíbulas (Cuadrado 1978; Cabré y Morán 1979, 1982; Iniesta 1983) y sobre herramientas de hierro (Pla 1968; Tortajada 2012).

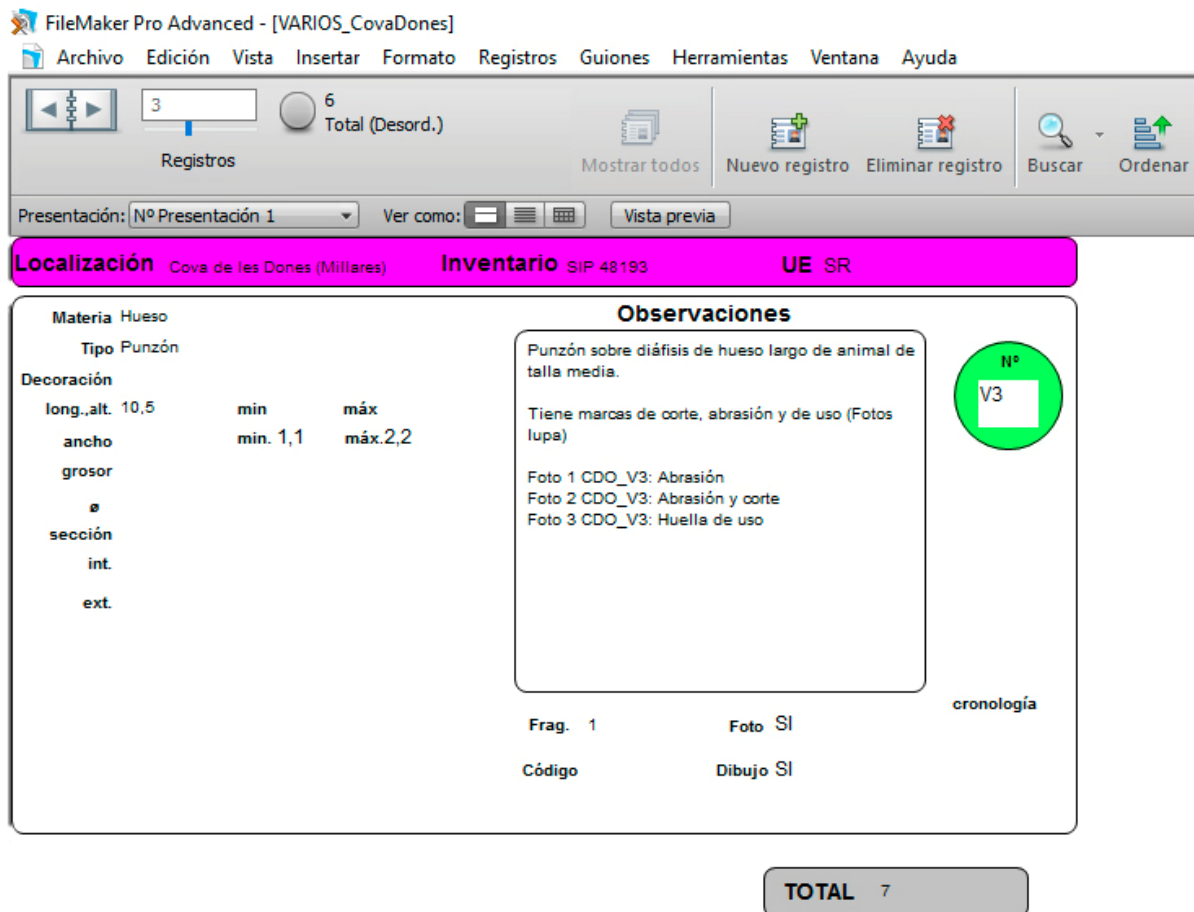


Fig. 3.4. Ejemplo de una ficha de la base de datos *FileMaker* confeccionada para el inventario de objetos varios, como metales o piezas sobre hueso.

Para el resto de cultura material, hemos contado con la colaboración de investigadores especialistas: Alfred Sanchis en el caso de los restos de fauna, Ángela Pérez y Sheyla Sancho en el caso de los restos humanos y Paloma Vidal y Yolanda Carrión en el caso de los restos antracológicos, principalmente; así como orientaciones de otros colegas sobre algunos de los materiales específicos incluidos en el catálogo. Sin embargo, en los dos primeros casos, se trata de un análisis preliminar con el objetivo de mostrar básicamente los restos óseos presentes en este tipo de cuevas, con la excepción de la Cueva del Sapo (Machause *et al.* 2014; Machause y Sanchis 2015). Esperamos que en los próximos años, los especialistas en estos campos se interesen en analizar detalladamente la presencia de este tipo de restos en las cuevas con materiales ibéricos. En el caso de los restos antracológicos, hay que precisar que tan solo incluimos en el catálogo los resultados del análisis llevado a cabo

por Yolanda Carrión (Machause 2012) y completado por Paloma Vidal (Machause *et al.* 2014) de los carbones recogidos en la Cueva del Sapo. El resto, provenientes de la Cueva Merinel, la Cueva del Puntal del Horno Ciego II y la Cova de les Dones, se encuentran en estudio por parte de Paloma Vidal en el Departament de Prehistòria, Arqueologia i Història Antiga de la Universitat de València. Los resultados serán publicados en un futuro próximo. A continuación, indicaremos de manera global la metodología utilizada tanto en el estudio de los restos óseos como los restos antracológicos.

Para la clasificación de los restos de fauna, llevada a cabo por A. Sanchis, se utilizó la colección de referencia del MPV. Tan solo en el caso de la Cueva del Sapo, los restos se asignaron a especies, zonas anatómicas y lado corporal (Machause y Sanchis 2015), mientras que en el resto de cuevas se realizó un análisis preliminar indicando el número de restos, las especies y en algunas ocasiones, las edades y el NMI. Aparte de las especies identificadas, se establecieron restos indeterminados y otros de talla pequeña, media y grande. Para determinar las edades de muerte, se analizó tanto el estado de erupción y desgaste dental, como el estado de fusión articular de los huesos. En los animales domésticos se utilizó el trabajo de Silver (1980) y para el ciervo el de Mariezkurrena y Altuna (1983). La diferenciación entre cabras y ovejas se realizó basándose en Boessneck (1980); la evaluación de las denticiones de los ovicaprinos basándose en Payne (1982); y la de los ciervos basándose en Lowe (1967). La estimación del sexo de los ciervos se estableció siguiendo a Mariezkurrena y Altuna (1983); y la representación anatómica se indicó a partir de Dodson y Wexlar (1979). Además de todo esto, se realizaron algunos comentarios sobre las alteraciones presentes en los restos, tanto antrópicas (marcas de carnicería, fracturas y termoalteraciones), como aquellas relacionadas con otros agentes bióticos y post-deposicionales. La distinción entre fracturas en fresco y en seco se estableció siguiendo a Villa y Mahieu (1991). En el caso de los restos humanos, A. Pérez tan solo realizó un análisis en profundidad en el caso de la Cueva del Sapo (Machause *et al.* 2014), mientras que en la Cueva de Merinel, la Cueva Santa del Cabriel o la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, tan solo se realizó un análisis preliminar, con la colaboración parcial de S. Sancho. En el caso de la Cueva del Sapo, se clasificaron los elementos óseos teniendo en cuenta el taxón, el lado, el número de fragmentos observados, el sexo y la edad. La estimación del NMI se realizó a partir de la frecuencia de cada hueso y su lateralidad, teniendo en cuenta la madurez o inmadurez esquelética. El sexo de los individuos adultos se identificó a través de caracteres cualitativos (morfología del cráneo y de la mandíbula) (Ferembach *et al.* 1980); y cuantitativos (dimensiones de huesos largos) (Alemán *et al.* 1997; Viciano 2012). Los criterios para la estimación de la edad se ajustaron a las características de la muestra estudiada (Cunha *et al.* 2009). Se empleó el grado de sinóstosis o fusión de las epífisis de los huesos largos (Brothwell 1987) y el grado de obliteración de las suturas craneales (Olivier 1960; Meindl y Lovejoy 1985). La identificación de los indicadores tafonómicos se hizo a partir de los criterios establecidos por Binford (1981), Pérez Ripoll (1992), Villa y Mahieu (1991), White (1992), Sauer (1998), Botella y Alemán (1998) y Botella *et al.* (1999, 2000).

El material antracológico de la Cueva del Sapo fue analizado por P. Vidal, siguiendo la metodología propia de la disciplina (Badal y Heinz 1991; Chabal 1997). Cada fragmento se observó a través de un

microscopio óptico de luz reflejada de campo claro-oscuro (objetivos de 100 a 500 aumentos) y se comparó tanto con la bibliografía especializada (Jacquiot *et al.* 1973; Schweingruber 1990), como con una colección de referencia de maderas quemadas, para identificar así la anatomía vegetal. Las fotografías de detalles anatómicos de las muestras se llevaron a cabo con el Microscopio Electrónico de Barrido (Hitachi s-4100), del Servicio Central de Soporte a la Investigación Experimental (SCSIE), en el laboratorio de microscopía electrónica de la Universitat de València.

3.3. Trabajo de campo

Una vez realizado el estudio de los materiales inéditos o la revisión y actualización gráfica y fotográfica de aquellos que habían sido publicados, el último paso fue el trabajo de campo. A lo largo de estos años, hemos ido visitando todas las cuevas que incluimos en el catálogo⁶, así como alguna que hemos decidido desestimar. Las visitas nos han servido, en primer lugar, para actualizar la información geográfica y la documentación gráfica de las mismas (fig. 3.5). Pero además, nos han permitido observar otro tipo de factores como la iluminación, la localización o la visibilidad, así como otros elementos físicos y sensoriales que influirán, en parte, en la interpretación del uso de estas cuevas.

Este trabajo de campo, no habría sido posible sin las indicaciones de varios compañeros, así como la implicación de todas aquellas personas que han participado (fig. 3.6). Para estas visitas, se nos concedió un permiso de prospección por parte de la Dirección General de Cultura, en el que se recomendó *no alterar el registro arqueológico, no recuperar el material arqueológico mueble detectado, procediendo únicamente a su catalogación, documentación geográfica y georreferenciación* (EXP 2015/0538). Al finalizar la totalidad de las visitas, redactamos el informe pertinente que permitirá actualizar la documentación geográfica, geológica, fotográfica y arqueológica de estas cuevas.

Durante las visitas, hemos contado con un diario de prospección y una ficha en la anotábamos la información básica de cada cueva (fig. 3.5). El primer paso siempre ha sido tomar la localización con un *Global Positioning System* (GPS 60 de Garmin), evidentemente lo más cercano a la boca posible, para captar el mayor número de satélites. Seguidamente, anotábamos otro tipo de información relevante como puede ser la altura o la orientación de la boca (fig. 3.7.1). El segundo paso se centraba en tomar las medidas de la entrada (altura y anchura), así como de las salas principales, para comprobar los datos recogidos en las publicaciones previas y anotarlos sobre el plano existente (fig. 3.7.2-3.7.4). En aquellos casos en los que no contábamos con un plano, realizábamos un croquis para anotar las medidas más relevantes. Para ello, contamos con la ayuda de un medidor de distancias láser. El tercer paso, una vez dentro de la cueva, constaba en recorrer y documentar gráficamente las salas principales, prestando atención a las evidencias materiales en superficie (fig. 3.7.6-

⁶ A pesar de las repetidas tentativas de localizar la Cueva de los Ángeles (Requena), nos ha sido imposible encontrarla, debido a las incoherencias en los datos recogidos en las fichas de DGPV.

3.7.10). El cuarto paso, antes de abandonar la cueva, consistía en realizar una fotografía de la boca de entrada, tanto desde el interior como desde el exterior (fig. 3.7.11). Finalmente, una vez fuera de la cueva, tomábamos una fotografía panorámica para mostrar la visibilidad existente en la actualidad. En el catálogo del cap. 4 incluimos una selección de estas fotografías. Sin embargo, debemos aclarar que tan solo cuentan con escala las fotografías de las bocas de acceso.

Toda la información recogida se añadía a la ya observada en las publicaciones previas y a la aportada por la revisión de los materiales arqueológicos. Ésta era volcada a una base de datos simple, en la que nos basamos para elaborar la descripción de cada cueva, incluida en el catálogo (cap. 4).

FICHA VISITA CUEVAS Información básica

Nombre

Municipio

Localización X Y

Altura Orientación

Boca acceso: Alt max Anch min Anch max

Profundidad

Medidas

Otras medidas

¿Condiciones de habitabilidad?

Acceso

Observaciones

Fig. 3.5. Ficha en blanco con la información básica a rellenar durante el trabajo de campo.

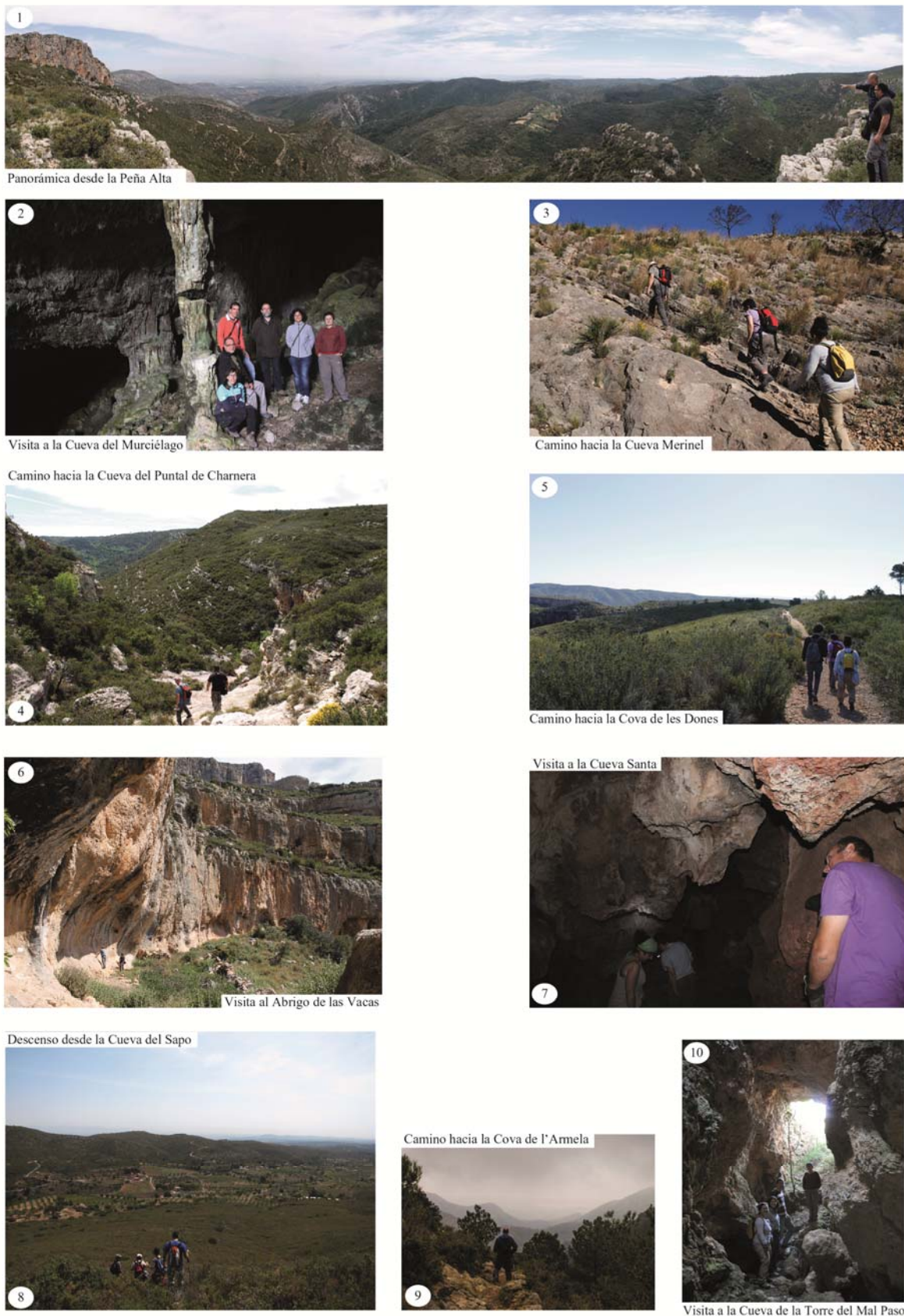


Fig. 3.6. Algunas imágenes de las visitas. 1, 4 y 6: Pepe Medard y Paco Blay; 2: Sonia Machause, Vicente Palomar, Luis Lozano, José Hervás, Mercedes Fuentes y Consuelo Mata; 3: Paco Blay, Consuelo Mata y Vanessa Albelda; 5: Consuelo Mata, Tono Vizcaíno y Vanessa Albelda; 7: Paco Blay, Vanessa Albelda, Consuelo Mata y Bruno Rives; 8: Paco Blay, Consuelo Mata, Alessandra Monti y David Quixal; 9: Vicente Machause; 10: Vanessa Albelda, Mercedes Fuentes, Luis Lozano y Consuelo Mata.

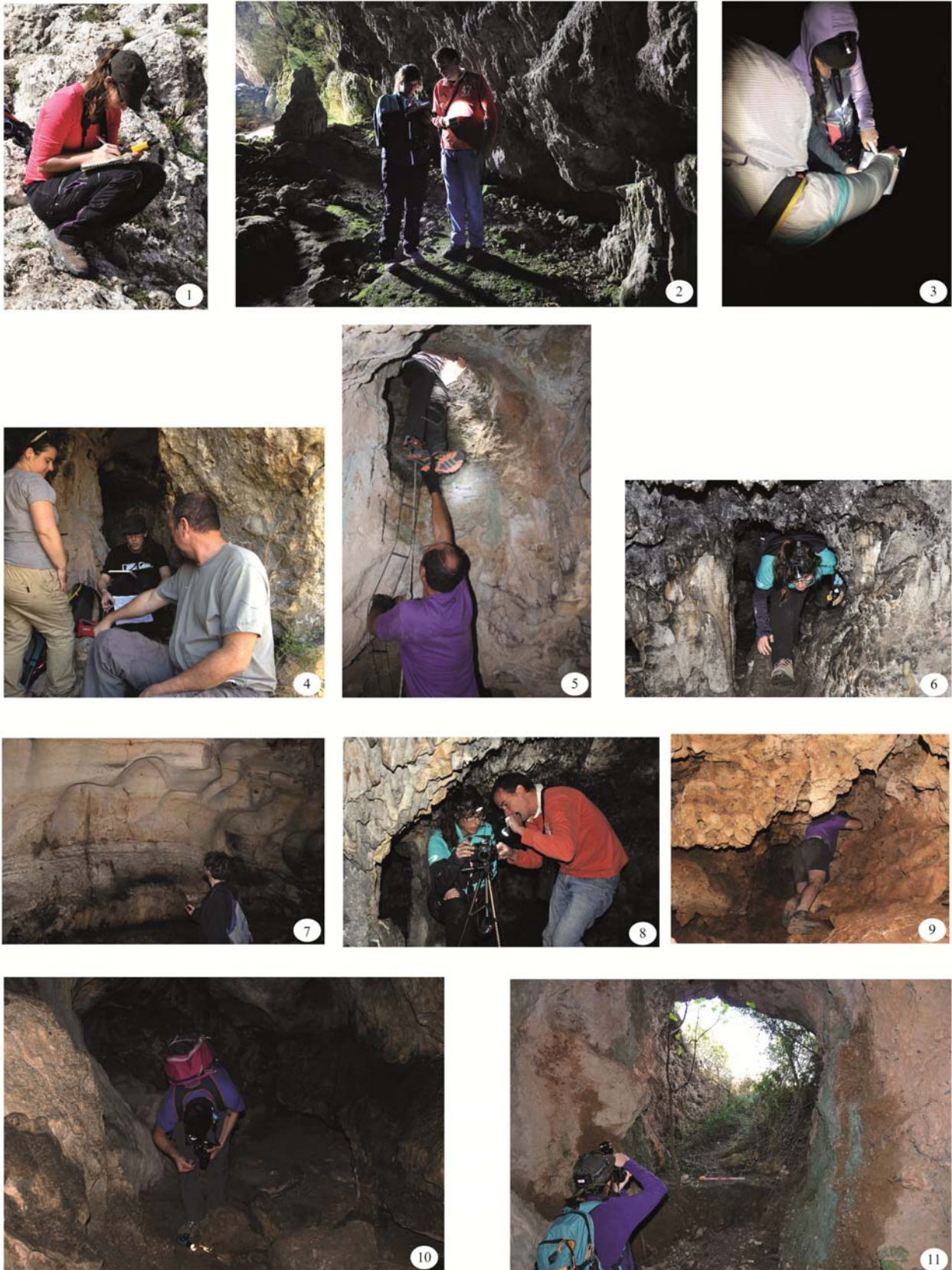


Fig. 3.7. Imágenes del trabajo de campo. 1, 2, 6 y 8: Cueva del Murciélago (fotografías: V. Palomar); 3 y 7: Cova de les Dones; 4: Cueva Merinel; 5: Cueva del Puntal del Horno Ciego II; 9: Cueva del Puntal del Horno Ciego I; 10: Cueva de los Mancebones; 11: Cueva de la Torre del Mal Paso.

PARTE II

Caso de estudio

Capítulo 4

Catálogo de cuevas con materiales ibéricos revisadas

En las siguientes páginas, se expone el conjunto de cuevas y abrigos estudiados. Tal y como hemos indicado con anterioridad, el catálogo reúne todas aquellas cavidades que se encuentran en el área cercana a los territorios ibéricos de *Kelin*, *Edeta* y *Arse* (figs. 4.1 y 4.2). Sin embargo, su adscripción a uno u otro territorio será debatida en el apartado dedicado al análisis territorial (cap. 8). Incluimos además otras cuevas, que en el transcurso de la investigación, nos ha parecido interesante revisar. Nos referimos a cuevas que se encuentran alejadas de los territorios indicados, pero que presentan materiales ibéricos inéditos. Este es el caso de la Cueva de la Cocina (fig. 4.1.18) o de la Cova de les Dones (fig. 4.1.19). Desestimamos sin embargo las cuevas del territorio de La Carència por los motivos que exponemos a continuación.

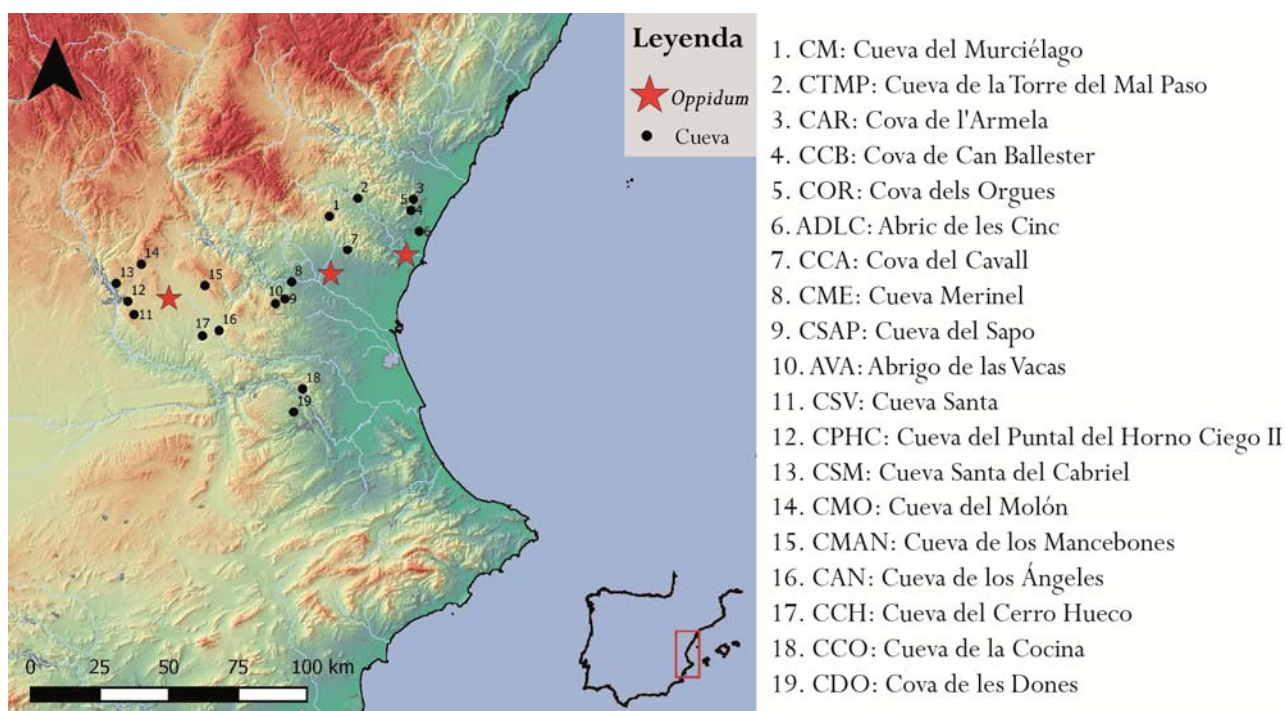


Fig. 4.1. Localización de las cuevas incluidas en el catálogo.

4.1. Desestimación del estudio de las cuevas del territorio de La Carència

Aunque nuestro objetivo inicial fue incluir también el territorio de La Carència, nos vimos en la obligación de desestimar esta opción, debido a la ausencia de cuevas con materiales ibéricos en el entorno de dicho yacimiento. Del mismo modo que realizamos una revisión de las fichas de DGPV para los municipios actuales que se asocian, a grandes rasgos, con los territorios de *Kelin*, *Edeta* y *Arse*, también llevamos a cabo una exhaustiva búsqueda de cuevas con materiales ibéricos en el territorio de La Carència. Si consideramos que la mayoría de los yacimientos localizados en el término actual de Buñol pertenecieron al territorio político de La Carència (Ledo *et al.* 2007; Quixal 2010), existirían dos posibles evidencias de frecuentación ibérica en la zona: el Abrigo del Turche y la Cueva Negra o Cueva Monedi.

Nº	ID	Nombre	Término municipal	Provincia
1	CM	Cueva del Murciélago	Altura	Castellón
2	CTMP	Cueva de la Torre del Mal Paso	Castellново	
3	CAR	Cova de l'Armela	La Vall d'Uixó	
4	CCB	Cova de Can Ballester		
5	COR	Cova dels Orgues		
6	ADLC	Abric de les Cinc	Almenara	
7	CCA	Cova del Cavall	Olocau	Valencia
8	CME	Cueva Merinel	Bugarra	
9	CSAP	Cueva del Sapo	Chiva	
10	AVA	Abrigo de las Vacas		
11	CSV	Cueva Santa	Villagordo del Cabriel	
12	CPHC	Cueva del Puntal del Horno Ciego II		
13	CSM	Cueva Santa del Cabriel	Mira	Cuenca
14	CMO	Cueva del Molón	Camporrobles	Valencia
15	CMAN	Cueva de los Mancebones	Requena	
16	CAN	Cueva de los Ángeles		
17	CCH	Cueva del Cerro Hueco		
18	CCO	Cueva de la Cocina	Dos Aguas	
19	CDO	Cova de les Dones	Millares	

Fig. 4.2. Tabla resumen de las cuevas incluidas en el catálogo.

Por una parte, el Abrigo del Turche se encuentra en un paraje formado por una cascada, una laguna y varios abrigos, a 1,5 km de la población, que actualmente se frecuenta como zona de recreo (Donat 1966: 43; Fernández *et al.* 1980: 142) (fig. 4.3). Sus abrigos son conocidos, principalmente, por la industria lítica documentada en su interior (Fletcher 1932: 2, 1933: 8-9). Durante las prospecciones de los años 90 llevadas a cabo por A. Barrachina y F. Blay, en uno de los abrigos situados bajo la visera alta del acantilado, a unos 330 msnm, se localizaron varios fragmentos de cerámica ibérica (caliciformes) y una pileta tallada en la roca que pudo relacionarse con dicha frecuentación (DGPV)⁷. Sin embargo, aunque no tenemos noticia del depósito de los materiales hallados en superficie, la descripción no indica un número relevante de materiales ibéricos. Por lo tanto, al no contar con elementos evidentes de la frecuentación ibérica de este paraje, hemos decidido no incluirla en el catálogo general. Lo mismo ocurre con la Cueva Negra, cuyas referencias se basan en la ficha de DGPV (Ledo *et al.* 2007: 138; Moreno 2010: 167). Existe cierta confusión en torno a esta cueva, que parece ser la misma que se conoce como Cueva Monedi (F. Blay y J. Medard c.o.). Es una cavidad de poca profundidad, localizada en el Barranco de Monedi, a unos 550 msnm (fig. 4.4). Aunque la ficha indica la presencia de cerámicas ibéricas en su interior, cuya localización actual desconocemos, en nuestra visita no

⁷ Cuando visitamos el Turche en Mayo de 2016 junto con F. Blay, observamos que el acceso a los abrigos superiores era demasiado complicado. Como no contábamos con el material necesario para desbrozar toda la maleza que había crecido en dicho acceso, decidimos posponer la visita al abrigo, a la espera de contar con material de escalada que nos permitiera acceder desde la zona superior del acantilado.

observamos ningún tipo de material en superficie. De todos modos, la localización de la cueva en el interior del barranco, pudo influir en la conservación de la sedimentación (fig. 4.5). Por lo tanto, con la información de que disponemos hasta ahora, así como las características físicas de la cavidad, la presencia de materiales ibéricos habría que asociarla más bien con una frecuentación esporádica del espacio y no con una actividad ritual.



Fig. 4.3. Vista del paraje del Turche y localización de la cueva.

Por otra parte, aunque documentamos la presencia de cuevas con materiales ibéricos en otros términos cercanos a Turís, desestimamos la revisión de las mismas, ya que su localización se alejaba mucho de los límites del territorio de La Carència. Nos referimos por ejemplo a la Sima de l'Infern, también conocida como Cueva del Primo o Espalpáribus (Tous, Valencia). Sin embargo, no descartamos incluirla en futuras investigaciones, ya que los materiales hallados parecen asociarse con una actividad ritual (Donat 1960: 76-77, 1966: 143-144; Gil-Masarell 1971: 458, 1975: 309; Tarradell 1973: 31-32; Serrano y Fernández 1992: 20; González-Alcalde 1993b, 2002-2003a: 214, 2002: 195-196; Moneo 2003: 196, entre otros).



Fig. 4.4. Vista de la Cueva Negra o Cueva Monedi.



Fig. 4.5. Localización de la Cueva Negra en el Barranco de Monedi.

Por último, cabe indicar que aunque no se conoce la presencia de material arqueológico, se documentan seis cuevas en el Oeste de la Sierra del Portell, donde se localiza el yacimiento de La Carència. De hecho, al menos cinco de ellas parecen incluirse dentro de la superficie amurallada, una en el Recinto I y cuatro en el Recinto III (fig. 4.6).

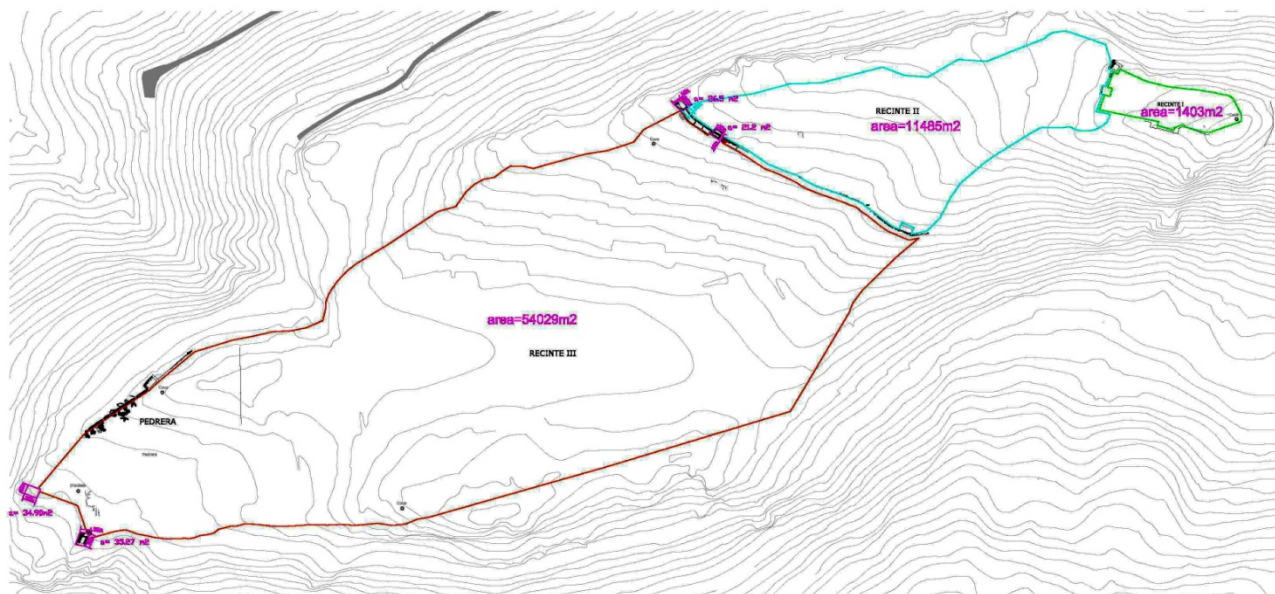


Fig. 4.6. Planta de La Carència con la situación de las cuevas en relación a los recintos (Albiach 2013: fig. 5.63).

Aunque se desconoce la presencia de material arqueológico en el interior de estas cavidades, su inclusión en el recinto amurallado puede indicar algún tipo de utilidad durante la ocupación ibero-romana de la sierra. La cueva que se sitúa en el extremo más oriental, junto al límite de la muralla del Recinto I, ha sido tapiada con grandes piedras, por lo que se desconoce su uso, así como su relación con el recinto amurallado

(Albiach 2013: 327). Sin embargo, se sabe que cuenta con un recorrido que se prolongaría hacia el Sur, ya que L. Sanfèlix informó de su localización y características físicas en su visita al yacimiento. Su inclusión en el interior de las murallas (fig. 4.7) le daría una importancia a tener en cuenta, bien para el abastecimiento de agua o bien con un sentido ritual (Albiach 2013: 80, 87). De las cuevas que se sitúan en la zona cercana al Recinto III, tan solo es fácilmente accesible aquella que se encuentra fuera de los límites del recinto amurallado, la cual era utilizada por los habitantes de Turís como merendero durante las pascuas y no parece tener una relación directa con el poblado ibero-romano (R. Albiach c.o.). Sin embargo, de las otras cuatro cuevas que se localizan en el interior del Recinto III, tres han sido tapiadas para impedir el paso. Destaca la cueva que se localiza cerca de una de las torres de la muralla en la zona Oeste, la cual consta de un amplio espacio con una sima, que ha sido constantemente visitada por los habitantes de Turís (Albiach 2013: 80-81) (fig. 4.8).



Fig. 4.7. Localización de una de las cuevas en el interior del recinto I (Albiach 2013: fig. 9.2).

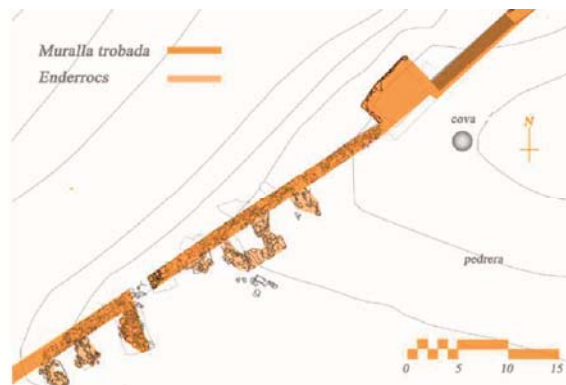


Fig. 4.8. Localización de una de las cuevas en el interior del recinto III (Albiach 2013: fig. 9.4).

Por tanto, teniendo en cuenta tanto la localización como la ausencia de material ibérico representativo en las cuevas cercanas al término de Turís, se ha desestimado el estudio de las cuevas como espacios rituales en el territorio ibérico de La Carència. Debemos tener en cuenta que las prospecciones del proyecto de *La Carència: evolució cronològica i urbanística. Valoració dins del territori. 2001-2013* tan solo se han centrado en el ámbito cercano al yacimiento (Orengo *et al.* 2013). Hasta contar con más datos que nos permitan conocer la totalidad de cuevas situadas en el territorio dependiente de La Carència, hemos decidido aplazar el estudio de sus materiales y su articulación en el paisaje.

4.2. Apuntes metodològics para el catàlego

Tal y como hemos indicado en el apartado de metodología (cap. 3), para la confección del catálogo que presentaremos a continuación hemos llevado a cabo tres tareas principales: búsqueda bibliográfica, trabajo de laboratorio y trabajo de campo. Dentro del catálogo, cada cueva cuenta con unas siglas asociadas y un número

correlativo de Norte a Sur. Para facilitar la lectura y comprensión del mismo, se ha seguido una organización similar en todos los casos (fig. 4.9).

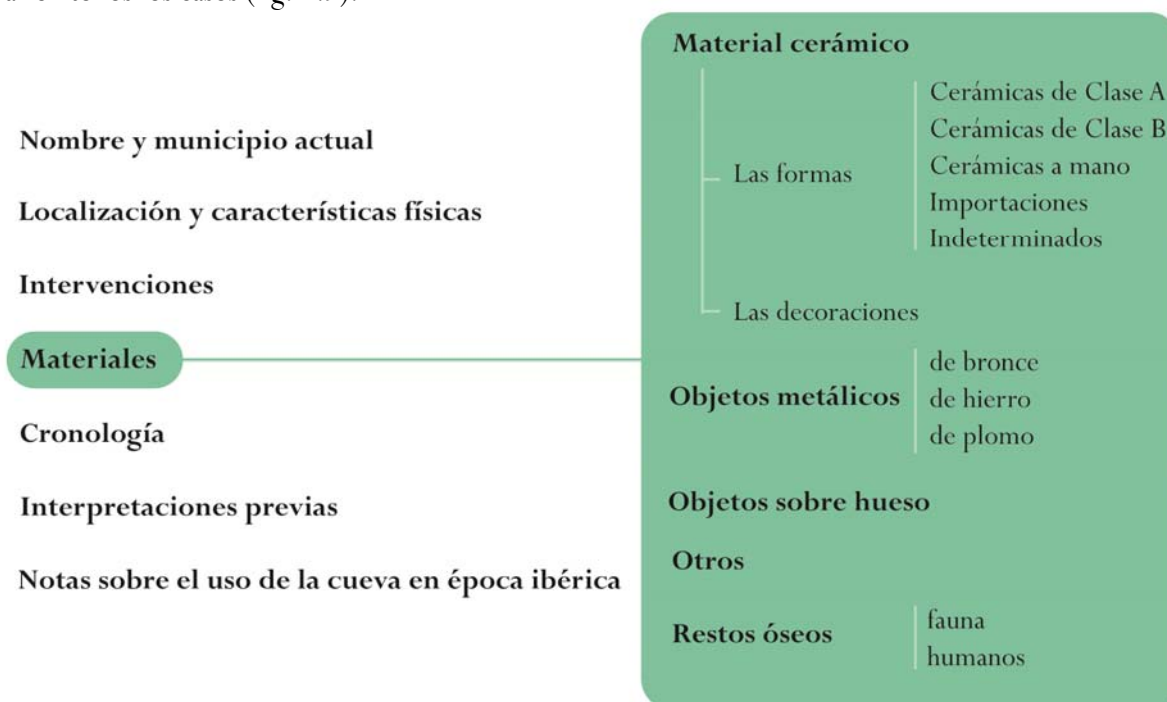


Fig. 4.9. Estructura general del catálogo.

Aunque en el último apartado se indiquen algunos de los elementos a tener en cuenta para la interpretación del uso de estos espacios en época ibérica, su relación con una actividad ritual o de otro tipo se indicará en el capítulo 9, una vez se hayan expuesto las variables para identificar una actividad ritual (cap. 6) y se haya analizado el paisaje simbólico en el que se insertan (cap. 8). En cuanto a las imágenes que se incluyen en el catálogo, todas tienen una organización similar. Las láminas de materiales cuentan con una escala de 5 cm, generalmente, ampliándose a 10 cm en el caso de los grandes contenedores. Incluimos tanto información cartográfica como fotografías del interior y del exterior de las cavidades y de aquellos materiales más relevantes. Las plantas y croquis de cada una de las cuevas se han vectorizado basándonos en la información disponible, así como en nuestras apreciaciones durante las visitas a las mismas. Además, se adjuntan dibujos, tablas y gráficos que resumen el estudio realizado, mientras que el inventario completo de cada cueva se adjunta en el anexo (en formato digital). Aunque hemos intentado seguir una descripción homogénea, no hemos incluido, por ejemplo, porcentajes representativos en aquellos casos en los que no ha sido posible realizar una revisión de los materiales, contando tan solo con la información bibliográfica publicada hasta la fecha.

4.3. Catálogo de cuevas y abrigo con materiales ibéricos

Una vez expuesta la metodología seguida en la organización de la información, presentamos, a continuación, el catálogo resultante, compuesto de 17 cuevas y 2 abrigos.

4.3.1. CM: Cueva del Murciélago (Altura, Castellón)

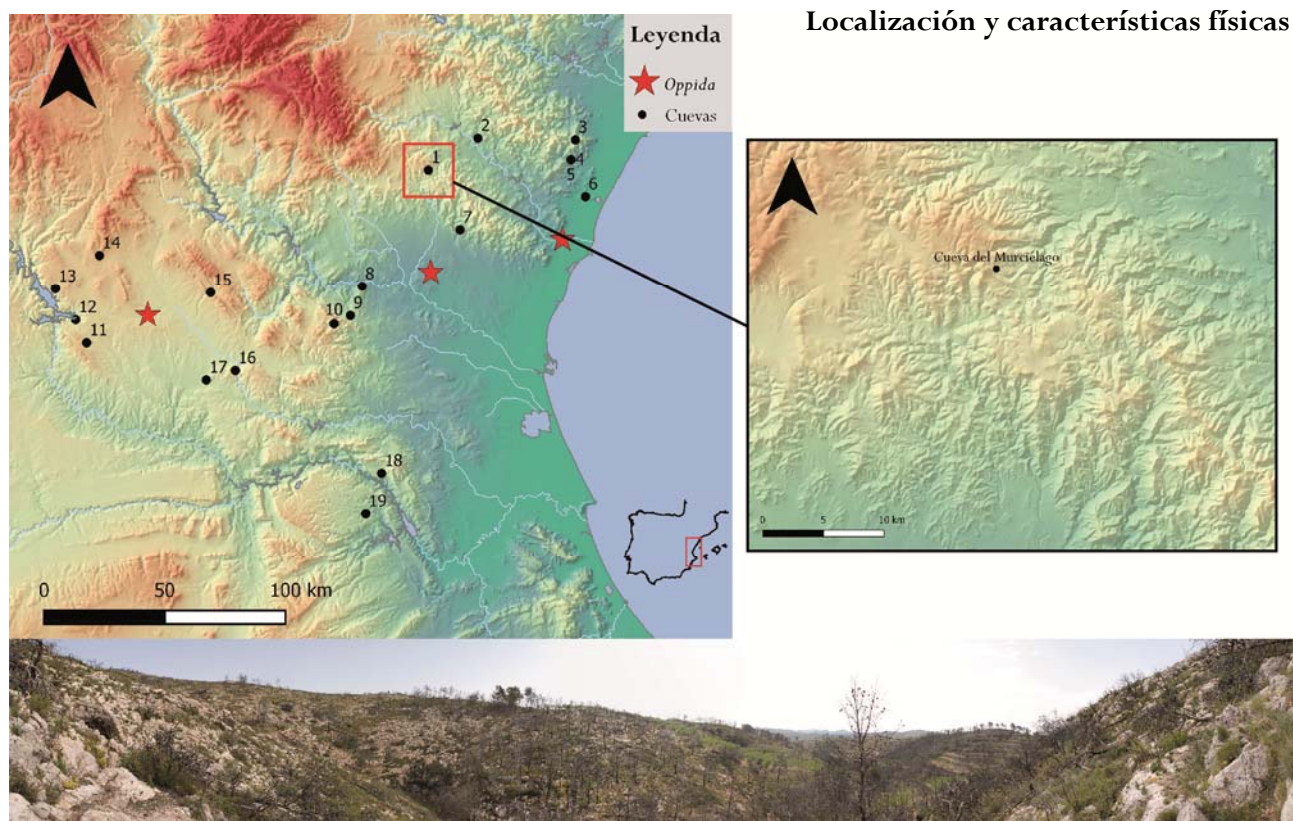


Fig. 4.10. Situación de la Cueva del Murciélago y panorámica del entorno de la cavidad.

La Cueva del Murciélago, también citada como Cueva de los Murciélagos (Fernández *et al.* 1982: 26-27), se localiza sobre la ladera Este del Alto de Pelillas a 787 msnm (fig. 4.10). Perteneciente al término municipal de Altura (Castellón), cuenta con una situación privilegiada, debido a su cercanía a una vaguada formada en la cabecera de un barranco que desemboca en la Rambla Seca o de Uñoz, una de las principales rutas de comunicación entre las dos vertientes de la Sierra Calderona. En pleno centro de la Sierra Calderona, se localiza en una zona de frontera entre la vertiente meridional de la comarca del Alto Palancia y el límite Sur de la provincia de Castellón, que separa el Valle del Turia del Valle del Palancia (Palomar 1986: 46).

La cavidad está compuesta por tres salas y varias galerías secundarias (fig. 4.11). Su acceso se realiza a través de una boca orientada hacia el Sureste de 2 m de ancho por 5 m de alto, que se encuentra cerrada por una reja sin candado (fig. 4.12)⁸. La boca da paso a una sala principal (A), circular y bien iluminada, de 55x34x7 m de altura media (fig. 4.13). En el centro, un desprendimiento de la bóveda ha creado un orificio de tan solo un metro de diámetro que permite el paso de la luz y serviría a su vez de salida natural de humos durante las sucesivas ocupaciones de la cueva (Donat 1973: 255). Esta sala se encuentra repleta de columnas estalagmíticas y bloques clásticos de tamaños regulares, sobre todo en las zonas periféricas, originando gateras,

⁸ En 1992 la Escuela Taller Val de Cristo de Altura se encargó de realizar un enrejado para cerrar la cueva y evitar las continuas expoliaciones (“Altura decide cerrar la cueva del Murciélago”, Periódico El Mediterráneo, Alto Palancia, del 19 de agosto de 1992).

pequeñas galerías y estancias (fig. 4.14)⁹. Hacia la parte Noroeste se abre otra sala (B) de 9x7x2 m de altura en descenso hacia el interior de la cueva, que está actualmente cubierta por bloques desprendidos; mientras que hacia la parte Oeste existen varias galerías de corto recorrido y una sala descendente (C) de 15x6x2 m de altura máxima (figs. 4.15 y 4.16). Aunque a simple vista no se aprecia, se dice que existe una boca tapada con un recorrido de varios kilómetros (Fernández *et al.* 1982: 26-27; Palomar 1986: 46).

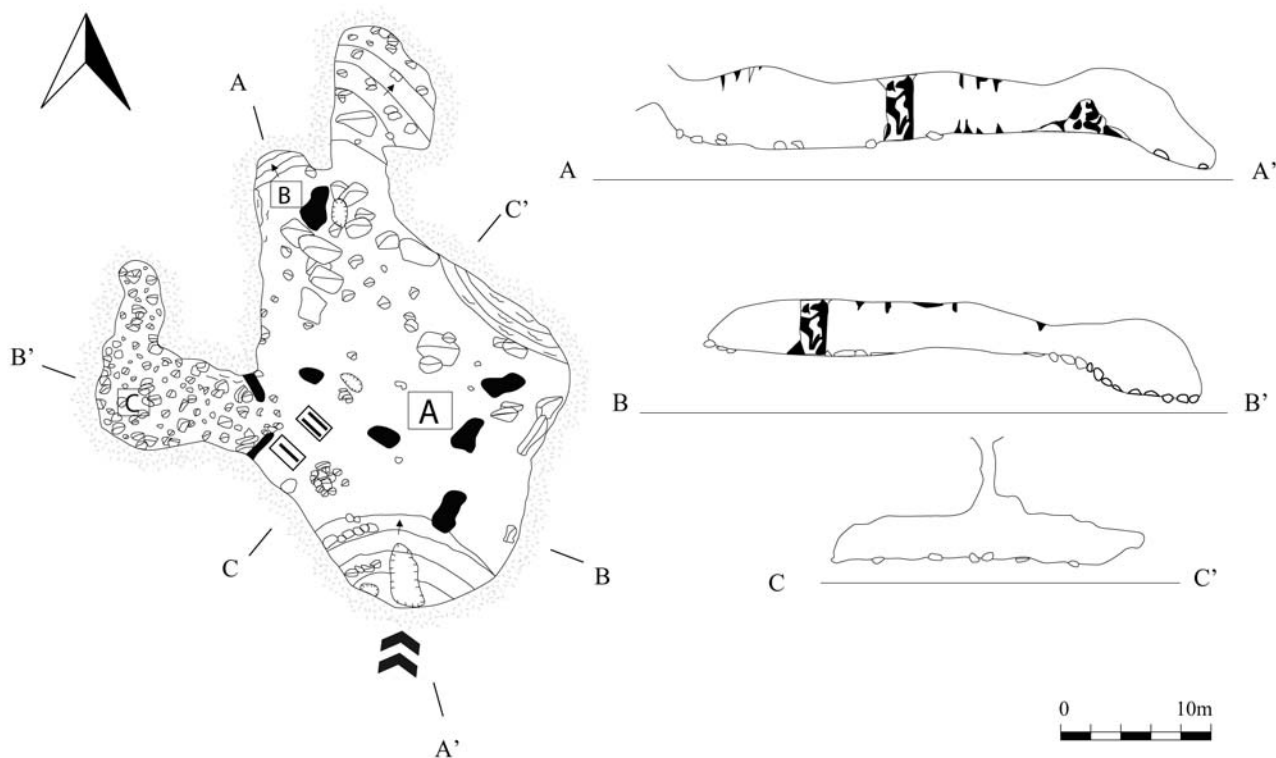


Fig. 4.11. Croquis y secciones de la cueva (a partir de Garay 1973 y Palomar 1986: fig. 2)

Tanto su localización, en pleno centro de la Sierra Calderona, como sus características internas hacen que esta cueva sea ampliamente conocida por excursionistas y aficionados a la espeleología, contando actualmente con una señalización que conduce a la boca de la cavidad (fig. 4.17)¹⁰. Ha sido frecuentada por los pastores de la zona y utilizada como refugio durante la Guerra Civil.



Fig. 4.12. Boca de acceso a la Cueva del Murciélago.

⁹ Existen varias leyendas sobre las formaciones kársticas de la cueva. Algunos dicen que si colocas la mano en el interior de la columna partida que se sitúa en la sala principal de la cueva, y no eres una persona honrada, ésta se cerrará atrapando tu mano para la eternidad (V. Palomar c.o.).

¹⁰ En la carretera que conecta Altura con Alcublas (CV 245), existen señalizaciones para llegar hasta la cavidad, así como en varias zonas del sendero a pie.



Fig. 4.13. Sala principal, vista desde la boca de entrada (fotografía: V. Palomar).



Fig. 4.14. Vista de la cavidad desde el interior (fotografía: V. Palomar).



Fig. 4.15. Vista de la entrada desde la Sala C.



Fig. 4.16. Vista de la sala principal desde la Sala C.

Intervenciones

La existencia de materiales de la Edad del Bronce en esta cavidad era conocida desde hacía décadas (Sarrión 1975), y las actuaciones clandestinas se habían ido sucediendo en el tiempo produciendo extensas remociones en la estratigrafía y destruyendo gran parte de las estructuras. La investigación de V. Palomar, confirmó una ocupación intensa de la cueva durante la Edad del Bronce relacionada seguramente con los yacimientos al aire libre de Las Nogueras, los Puntales de Pollino o Caparrota (Palomar 1985a).



Fig. 4.17. Señalización cercana a la cueva.

Estos resultados motivaron las dos campañas de excavación llevadas a cabo por el SIAP los siguientes años (Palomar 1986) (fig. 4.18). Entre los años 1985 y 1986, se llevaron a cabo dos intervenciones arqueológicas. Se excavaron dos catas (cI y cII) de 2 x 2 m, llegando a los 2 m de profundidad media, aunque no sin obstáculos, ya que la aparición de grandes bloques estalagmíticos dificultó en gran medida la excavación de ambos sondeos (fig. 4.19). La secuencia estratigráfica evidenció dos conjuntos diferenciados. Por un parte, los niveles superiores (nivel superficial, I, II y III) estaban afectados por las remociones clandestinas y la utilización de la cavidad como redil para el resguardo del ganado y/o refugio esporádico. Presentaron un volumen escaso de materiales adscritos a momentos diversos (desde época moderna y medieval hasta época ibérica y la Edad del Bronce), así como restos de hogares sin estructuras. Mientras que, por otra parte, a partir de los niveles IV y V las remociones desaparecieron y el volumen de materiales aumentó, documentándose casi en su totalidad materiales asociados a la ocupación de la cueva durante la Edad del Bronce. Sin embargo, también se documentan restos humanos que se relacionaron con una utilización anterior como lugar de enterramiento (Palomar 1986: 82). Llegados a este nivel, la excavación no se continuó debido a la aparición de un gran bloque estalagmítico que redujo excesivamente el área de excavación (Palomar 1986: 50).



Fig. 4.18. Trabajos de excavación llevados a cabo en los años 80 por el SIAP en la Cueva del Murciélago (Gusi 2000: 27).



Fig. 4.19. Estado actual de los sondeos (abril 2015).

Materiales

Los materiales procedentes de dichas intervenciones se encuentran depositados en el SIAP, mientras que un grupo reducido de fragmentos de cerámica de la Edad del Bronce y restos de fauna, recogidos en superficie durante las prospecciones de I. Sarrión, están depositados en el MPV. La mayoría de materiales documentados se adscriben a la Edad del Bronce. Los materiales de época ibérica, que son los que nos ocupan aquí, se concentran en los niveles superiores, limitándose a 11 fragmentos cerámicos de Clase B y cinco de Clase A, que conforman un NMI de 3 (fig. 4.20).

Tipo	Tipología	NMI	Clase	Grupo	Técnica
Caliciforme	A.III	3	A	III	T
Olla	B.1	1	B	1	
Total		4			

Fig. 4.20. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva del Murciélago.

Los fragmentos de Clase A pertenecen todos a vasos caliciformes (A.III.4.1), tanto de cocción reductora (cInIII-IV) como de cocción oxidante (cInIV) (fig. 4.21). Por lo que concierne a los fragmentos de Clase B, documentados en la cInII (10 frags.) y en la cInIII (1 frag.) son todos informes, por lo que no sabemos si pertenecerían a una olla o cualquier otro recipiente de esta clase.

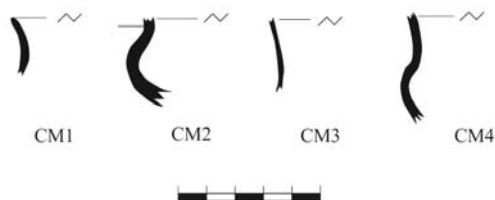


Fig. 4.21. Materiales ibéricos procedentes de las intervenciones del SIAP.

Cronología

Los materiales y las dataciones de $c14$ obtenidas para los niveles excavados, permiten establecer una secuencia cultural que se prolongaría desde el Bronce pleno (nivel V de ambas catas: 1.570 ± 90 a.C.), hasta el Bronce final (nivel IV de ambas catas: 1.080 ± 110 a.C.), con perduraciones al menos hasta los siglos VIII-VII a.C. (Palomar 1990-91). Posteriormente, aunque la datación de los niveles superiores queda invalidada por la remoción a la que se han visto sometidos, el estudio de los materiales cerámicos evidencia una frecuentación esporádica en época ibérica (ss. VI-I a.C.), sin poder aportar una datación más precisa debido a la inexistencia de verdaderos marcadores cronológicos entre los escasos materiales hallados.

Según Palomar (1986: 82), los fragmentos cerámicos de momentos medievales y recientes se relacionarían con un uso de la cueva como redil vinculada a actividades ganaderas, posiblemente relacionadas con el paso por las cercanías de la Vereda de Montmayor.

Interpretaciones previas

Los estudios previos llevados a cabo sobre la Cueva del Murciélago se han centrado principalmente en los materiales prehistóricos, su utilización como lugar de enterramiento y, sobre todo, como lugar de hábitat temporal relacionado con actividades ganaderas de carácter pastoril durante la Edad del Bronce (Sarrión 1975; Palomar 1985b, 1986, 1990-1991). Las referencias sobre la cueva como lugar ritual en época ibérica se limitan a la asociación de los escasos fragmentos de vasos caliciformes hallados en este tipo de espacios (Palomar 1986: 78; Moneo 2003: 243; González-Alcalde 2009: 87).

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

Basándonos en los materiales hallados, no podemos asegurar su uso ritual en época ibérica. Los escasos fragmentos de caliciformes y de cerámicas de Clase B pueden ser simples evidencias de la utilización de la sala principal como refugio esporádico. Por lo que respecta a sus características físicas, concuerda tanto con un uso

ritual como de hábitat temporal. Por una parte, la primera sala, donde se llevaron a cabo los dos sondeos, cuenta con una iluminación natural y unas características que posibilitarían su uso como refugio a lo largo de los siglos. Y por otra parte, las otras dos salas (B y C) reúnen una serie de características (acceso complicado, poca iluminación natural, formaciones kársticas...) que podrían relacionarse con un espacio ritual.

Aún así, las conclusiones extraídas no dejan de ser parciales, ya que tal y como observaremos en otros ejemplos que sí han sido relacionados con una actividad ritual, los materiales ibéricos no se hallarían en la primera sala, donde se llevaron a cabo los sondeos. Además, debemos tener en cuenta que la ausencia de material en superficie puede deberse a las repetidas visitas y expolios en la cavidad. Para asegurar que tanto la sala principal como, sobre todo, las salas secundarias (B y C) pudieran haber sido utilizadas como espacios rituales en época ibérica, sería necesario llevar a cabo intervenciones arqueológicas en dichas zonas. Por lo tanto, con la información que disponemos actualmente, no podemos afirmar que la Cueva del Murciélago fuera un espacio ritual en época ibérica. Nuestra propuesta sería realizar un sondeo en la sala C, la cual cuenta con las características físicas que muestran otras cuevas con claras evidencias de actividad ritual.

4.3.2. CTMP: Cueva de la Torre del Mal Paso (Castellnovo, Castellón)

Localización y características físicas

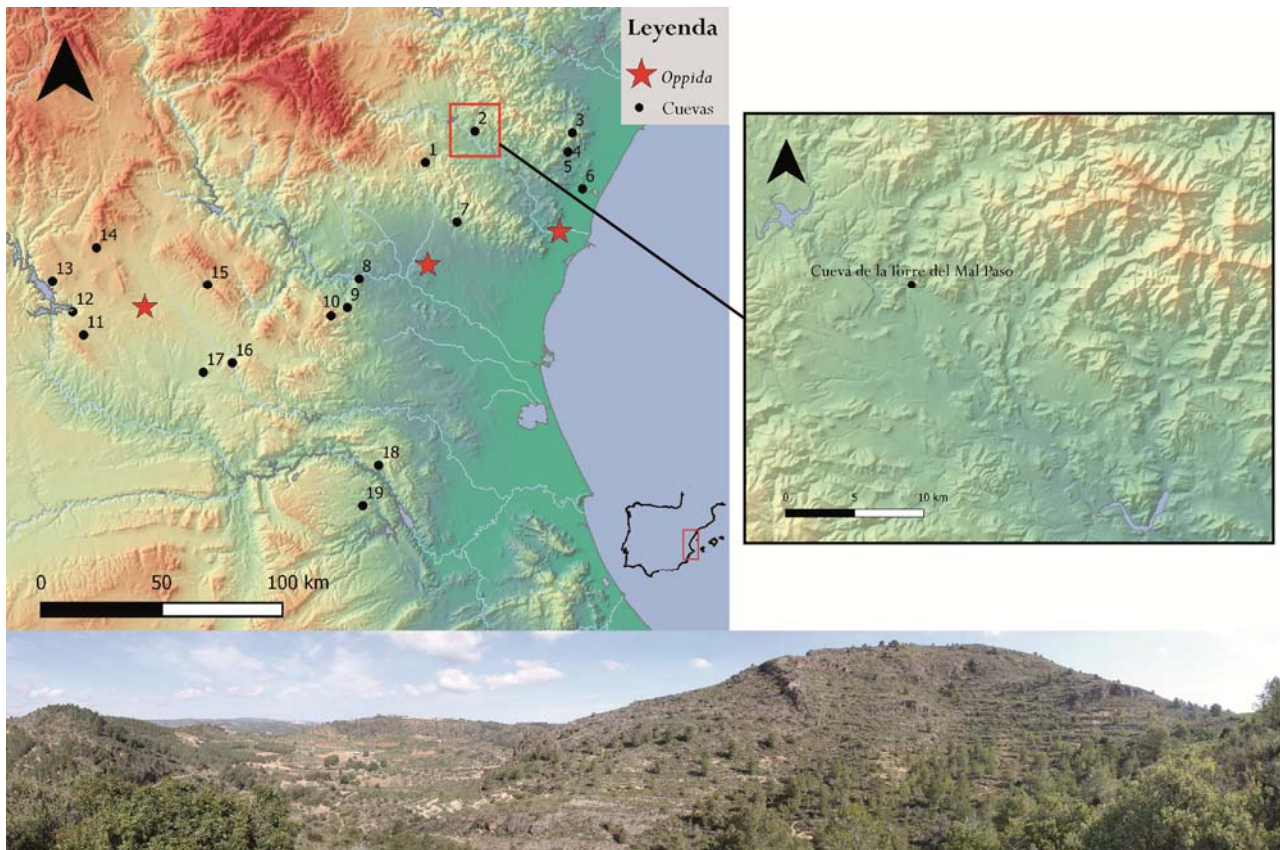


Fig. 4.22. Situación de la Cueva de la Torre del Mal Paso y panorámica del entorno de la cavidad.

La Cueva de la Torre del Mal Paso, también conocida como la Cueva de la Torreta o la Covacha del Mal Paso, se encuentra a unos 435 msnm en la ladera Oeste del cerro del mismo nombre (también conocido como Malara), a 1 km aproximadamente al Noroeste de la actual localidad de Castellnovo (fig. 4.22) (Fletcher 1954; Martí y Selma 1996-1997). La boca de la cueva se localiza a pocos metros de la cima (fig. 4.23), la cual se sitúa a unos 450 msnm. A dicha altura se observan restos arquitectónicos en superficie, tanto del poblado ibérico de la Torre del Mal Paso (fig. 4.24) como de la torre de vigía de planta circular del s. VIII (fig. 4.25) (Martí y Selma 1996-1997; Martí y Selma 2008).



Fig. 4.23. Localización de la cueva en el cerro del Mal Paso.



Fig. 4.24. Estructuras murarias visibles en superficie, pertenecientes a los departamentos excavados del poblado ibérico situado sobre la cueva.



Fig. 4.25. Torre de vigía del s. VIII situada en la cima del cerro.

La cavidad es una oquedad de tipo kárstico formada en el sentido de la diaclasa. La entrada se encuentra actualmente escondida entre la vegetación (fig. 4.26). La boca, orientada al Oeste, mide 1x2 m aproximadamente. Esta da paso a una larga galería de orientación Noreste con un recorrido total de unos 27 m y una altura y anchura máxima de 3 m (figs. 4.27 y 4.28). Actualmente, los peñascos desprendidos no se limitan tan solo al tramo final, sino que ocupan toda la cavidad. El avance hasta el fondo de la galería donde se bifurcan tres gateras se ve obstaculizado por el gran peñasco que se describe ya en las publicaciones previas (Fletcher 1954; Jordá 1958; Soler 2002). La primera de las gateras (G1), situada a la izquierda, cuenta con una profundidad de 4 m, 1,60 m de anchura máxima y 2 m de altura máxima. Las otras dos, situadas al fondo de la cavidad, donde crece la pendiente y la altura se minimiza hasta llegar a los 20 cm, tienen unas dimensiones similares: 1 m de anchura máxima y 2 m de profundidad la que se sitúa a la izquierda (G2) y 0,90 m de anchura máxima y 2'20 m de profundidad la que se sitúa a la derecha (G3) (fig. 4.29).



Fig. 4.26. Boca de acceso a la Cueva de la Torre del Mal Paso (vista desde el exterior y desde el interior).



Fig. 4.27. Galería principal, vista desde la boca de entrada.



Fig. 4.28. Vista del interior y de la boca de acceso, desde uno de los bloques desprendidos de la bóveda.

El acceso actual a la cavidad es bastante sencillo, ya que existe un sendero que conduce hasta la cima del cerro, del cual hay que desviarse para llegar a la cueva. Sin embargo, es complicado hallar la boca de entrada si no se conoce su ubicación exacta. La primera zona de la cueva ha sido frecuentada hasta la actualidad, ya que funcionó como lugar de descanso por los pastores que transitaban las rutas trashumantes del valle del río Millars, que conectaban la Plana de Castellón con las tierras turolenses (Soriano 2010: 236).

Intervenciones

La noticia de materiales arqueológicos en la zona fue aportada por Pau (1931). Una década después, R. Martí Garcerán realizó varias exploraciones en la zona e informó al SIP de los hallazgos. El interés de los materiales, de época morisca e ibero-romana principalmente, fue lo que motivó la intervención arqueológica tanto en la cueva como en el poblado localizado en la cima del cerro (Ballester 1946, 1947, 1948). Los trabajos de excavación de ambos yacimientos se llevaron a cabo entre los años 1946 y 1947, bajo la dirección F. Jordá y D. Fletcher. La intervención en la cueva fue bastante compleja y peligrosa, ya que ésta se encontraba completamente cubierta por una gran cantidad de bloques de piedra desprendidos del techo y de las paredes. La excavación se dividió en cinco sectores (fig. 4.29): el sector E (sE) donde se sitúa la entrada; el sector C (sC) en la zona justo debajo de la abertura natural de la cueva; los sectores A y B (sA y sB), en la parte central; y el sector D (sD) en el último tercio de la cueva, dividido en varias gateras. Cada una de las zonas fue excavada por niveles de distinto espesor, de acuerdo con los grandes bloques que interrumpían los estratos, que dificultaron en gran medida la excavación. Por cuestiones de seguridad, la intervención no se dio por finalizada en ninguno de los sectores (Fletcher y Jordá 1947; Fletcher 1954; Jordá 1958).

Las características del sedimento y los materiales hallados demostraron que las actuaciones clandestinas y la remoción natural habían afectado tan solo a los niveles superiores de los sectores E, C, A y B; mientras que en el sector D, al fondo de la cueva, esta remoción parecía que estaba presente en la totalidad de los niveles. Fue allí donde realizó sus rebuscas R. Martí Garcerán pero, pese a lo indicado por éste, tan solo se vieron afectados los primeros 50 cm, ya que de lo contrario no se explicaría la presencia de piedras de gran tamaño en los niveles 2 al 9 de dicho sector (Fletcher y Jordá 1947).

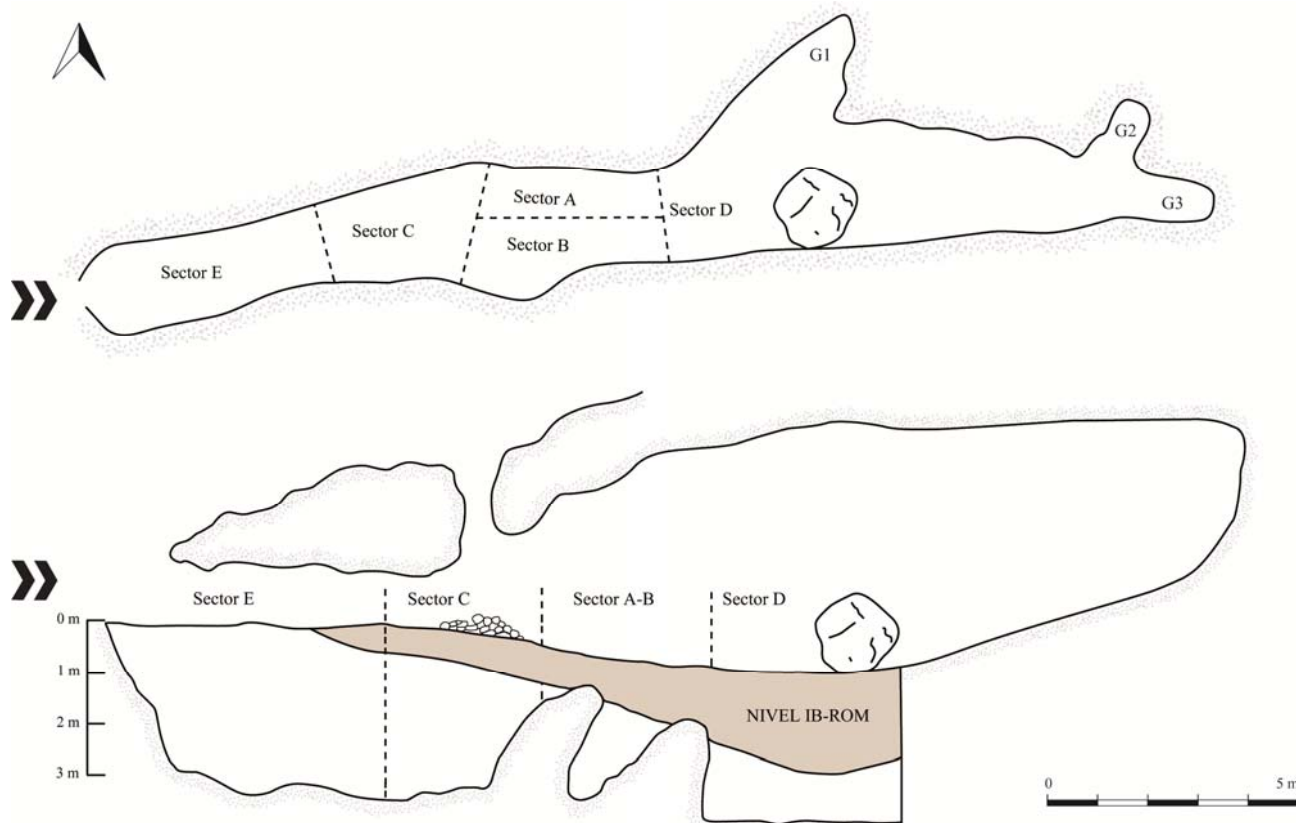


Fig. 4.29. Croquis y sección de la cueva (a partir de Fletcher 1954: fig. 2; Jordá 1958: fig. 2; Soler 2002: fig. 14).

Materiales

La procedencia de los materiales de cronología ibérica, bien sin referencia o bien adscritos a los niveles con remoción (sCn1-3, sAn1-4, sBn1-3 y sDn1-8), nos ha obligado a realizar su estudio desde un enfoque global, sin tener en cuenta las capas artificiales excavadas. Por lo tanto, se hará referencia tanto a los hallazgos de R. Martí Garcerán como a los materiales recuperados durante las intervenciones de 1946 y 1947, la mayoría procedentes del nivel situado al fondo de la cavidad (sD), depositados actualmente en el MPV.

Aunque Fletcher (1954) publica los materiales ibero-romanos y de momentos posteriores y realiza una descripción general por niveles, no propone una interpretación específica de su uso. Además, tan solo se fotografían algunas piezas y se dibujan las decoraciones cerámicas más representativas. Por ello decidimos realizar una revisión de todos los materiales ibéricos que nos permitiera comprender mejor el uso y la cronología de esta cueva, teniendo siempre presentes las dificultades concretas de este estudio. En primer lugar, debemos tener en cuenta que parte de las piezas carecían de referencia exacta en el registro del SIP y en

algunas ocasiones la información de ésta no coincidía con las de la publicación. En general, hemos podido reconstruir a través de la publicación de Fletcher (1954) y del inventario antiguo del SIP la procedencia de los materiales. En segundo lugar, la existencia de una ocupación continuada en la cueva, carente de estratigrafía en los niveles con materiales ibéricos, y afectada por una gran diversidad de eventos postdeposicionales, dificulta en gran medida su interpretación. En tercer lugar, las restauraciones y conservaciones antiguas a base de escayola pintada en el caso de las cerámicas y de cera en el de los metales (Pasíes y Peiró 2006) han acabado afectando la conservación de algunas de las piezas. Por último, tal y como ocurre en la mayoría de cavidades, debemos tener en cuenta que Mal Paso seguramente fue víctima de numerosos expolios previos a la intervención arqueológica. Por lo tanto, los materiales que describiremos a continuación serán tan solo una muestra de su uso durante época ibérica. Además, la excavación de la cueva no se dio por finalizada y es posible que el sD presentara más materiales relacionados con la frecuentación de la cueva en época ibérica.

Aunque el objetivo principal de nuestro estudio se centra en los materiales ibéricos, también es interesante tener en cuenta que la cueva fue frecuentada desde el Calcolítico, utilizándose como lugar de enterramiento (Jordá 1958; Soler 2002: 78-93), pasando por diversos usos en época ibérica, romana y medieval, hasta llegar el siglo XVII cuando fue utilizada como un taller de falsificación monetaria (Machause y Gozalbes 2014). Además, según Soler (2002: 80), es posible que existiera una fase previa a la de su uso como lugar de enterramiento, al igual que no descarta que existiera una fase intermedia entre la de los enterramientos y la del uso de la cavidad en época ibérica.

Material cerámico

Las cerámicas son claramente uno de los materiales de cronología ibérica más abundantes de la cueva. Los 1040 fragmentos cerámicos corresponden a un NMI de 40. La mayoría de recipientes son de Clase A o cerámica fina (70%), destacando sobre todo el grupo II (32,14% del total de Clase A) y el grupo III (28,57% del total de Clase A). Mientras que sólo el 22,50% son de Clase B o cerámica tosca, el 2,50% son cerámicas a mano y el 5% son cerámicas de importación (fig. 4.30).

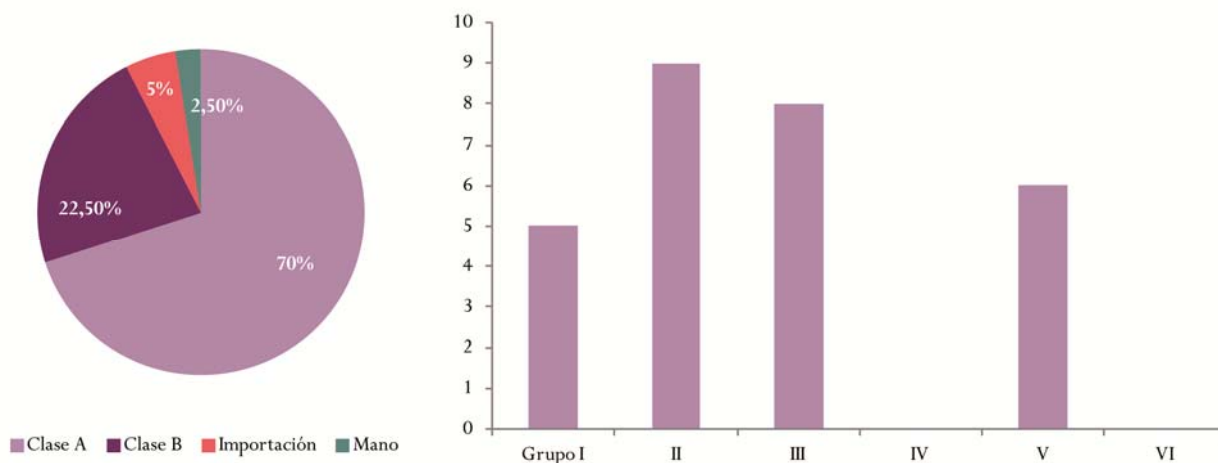


Fig. 4.30. Representación porcentual de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cueva de la Torre del Mal Paso.

Las formas

Las cerámicas finas o de Clase A son las más representativas del conjunto de materiales. Documentamos 15 tipos de los 46 posibles (Mata y Bonet 1992), que suponen un NMI de 28 (489 frags.) (fig. 4.31).

Tipo	Tipología	NMI	NMI-G	Clase	Grupo	Técnica
Ánfora	A.I.1.2	2	5	A	I	T
Tinaja	A.I.2	1				
	A.I.2.1.1	1				
	A.I.2.2	1				
Recipiente con resalte	A.II.1.1	3	9		II	
Tinajilla	A.II.2.2	1				
Kalathos	A.II.7	2				
	A.II.7.1	3				
Botella	A.III.1.1	1	8		III	
Caliciforme	A.III.4	2				
	A.III.4.1	1				
Plato	A.III.8.1	2				
	A.III.8.3	1				
Cuenco	A.III.9	1				
Tapadera	A.V.1	2	6		V	
Mortero	A.V.4	1				
Tejuelo	A.V.6.3	1				
Pondus	A.V.7.1	1				
Fusayola	A.V.8.1.4	1				
Olla	B.1	7	9	B		
	B.1.2	2				
Botella	Barniz rojo	2	2	IMP		
Olla		1	1		M	
Total		40				

Fig. 4.31. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva de la Torre del Mal Paso.

El grupo I, de grandes contenedores destinados al almacenaje y al transporte, está representado por un NMI de 5 (figs. 4.32 y 4.33). Se documentan dos ánforas (A.I.1) y tres tinajas (A.I.2). Las dos ánforas tienen formas y características típicamente ibéricas y no púnicas como se indicaba en la publicación (Fletcher 1954: 208). Ribera (1982: 38) ya hizo referencia a una de estas ánforas ibéricas teniendo en cuenta *el borde algo exvasado con moldura en la parte inferior, las asas de sección circular bajo el hombro y las paredes de tendencia cilíndrica*, así como la pasta anaranjada característica. Dentro de este grupo, destacamos la decoración zoomorfa presente en la tinaja con hombro CTMP29 y las adormideras representadas en la tinaja CTMP23 (fig. 4.32).

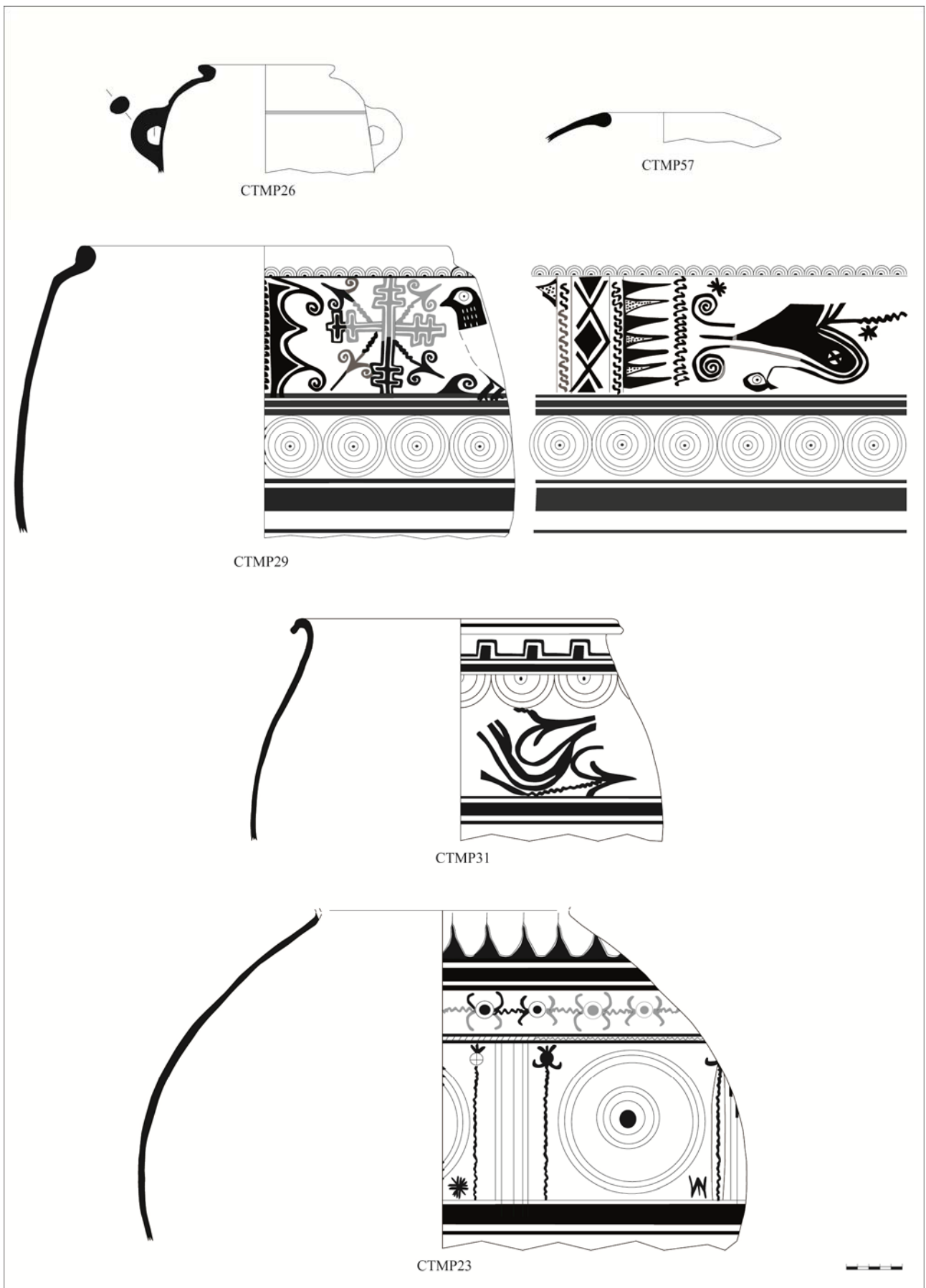


Fig. 4.32. Recipientes cerámicos más representativos del grupo I.

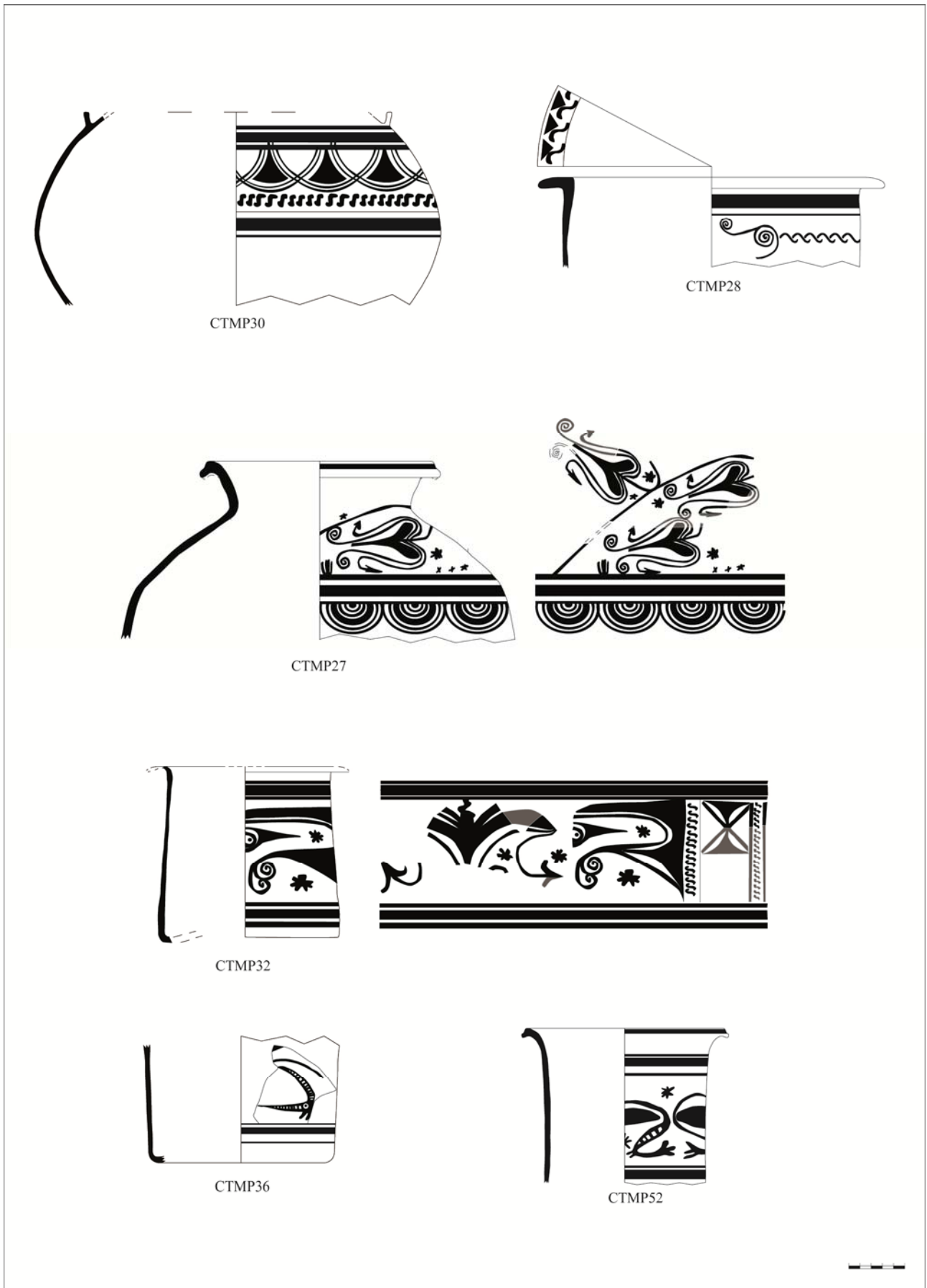


Fig. 4.33. Recipientes cerámicos más representativos del grupo II.

El grupo II, que incluye una serie de recipientes de variada morfología y funcionalidad, aparece representado en la cueva por un NMI de 9 (fig. 4.33). Encontramos tres recipientes con resalte (A.II.1), también conocidos como recipiente de doble borde (Broncano y Blázquez 1985: 273), doble boca (Bonet y Mata 2008: 154) o doble cuerpo (Comino y Quevedo 2012: 4). Dentro de este grupo, se documenta también una tinajilla sin hombro (A.II.2.2) y cinco *kalathoi*, entre los que destaca un ejemplar de gran tamaño con asas horizontales (CTMP61) (fig. 4.34).



Fig. 4.34. *Kalathos* de grandes dimensiones (CTMP61) restaurado con escayola.

Entre los 8 recipientes de vajilla de mesa (grupo III), encontramos una botella (A.III.1.1), tres caliciformes (A.III.4), dos platos con ala y labio pendiente (A.III.8.1), una escudilla (A.III.8.3) y un cuenco (A.III.9) (fig. 4.35). Destaca la decoración figurada de los platos CTMP53 y CTMP54, el caliciforme de perfil completo (CTMP48) y el cuenco CTMP49, cuyo perfil ha podido ser reconstruido, pero se halla bastante fragmentado aunque fue restituido, tal y como evidencian los siete agujeros de lañado presentes en la pieza.

Dentro del conjunto de piezas auxiliares (grupo V), encontramos un NMI de 6: dos tapaderas (A.V.1), un mortero (A.V.4), un tejuelo (A.V.6.3), un *pondus* (A.V.7.1) y una fusayola (A.V.8.1.4). De las tapaderas, es interesante indicar que la CTMP50, es posible que tuviera una función de embudo, tal y como propone Guérin (2003: 182 y 213, figs. 37, 144 y 172), mientras que la CTMP56 destaca por la inscripción ibérica pintada en su exterior, aunque mal conservada (fig. 4.36). El mortero hallado en la cueva cuenta con varias piedrecitas incrustadas (fig. 4.37) y el *pondus* CTMP58, presenta una decoración a base de perforaciones circulares en una de sus caras que tan sólo en algunos casos traspasan a la otra cara (fig. 4.35).

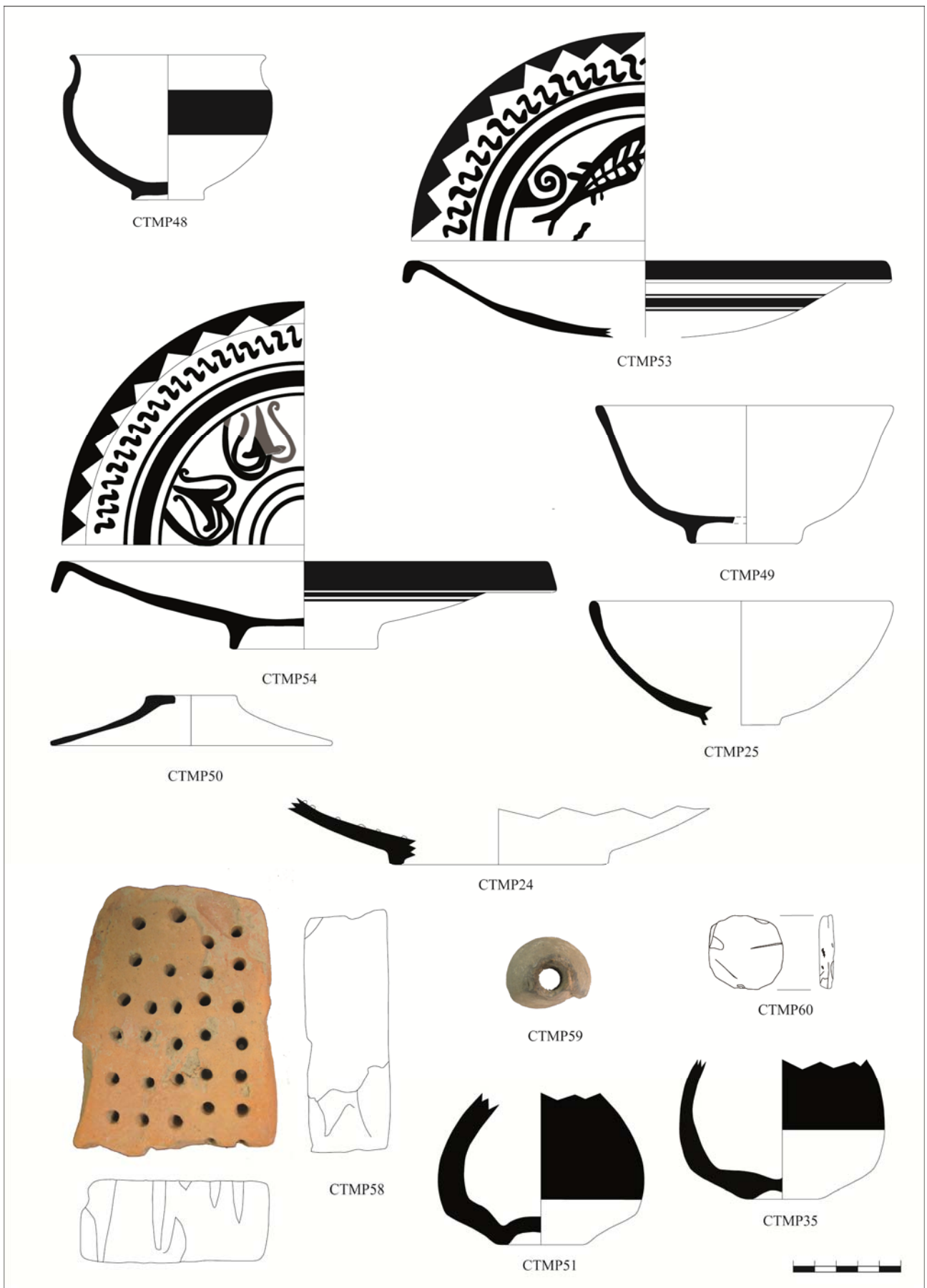


Fig. 4.35. Recipientes cerámicos más representativos del grupo III, grupo V y otros.

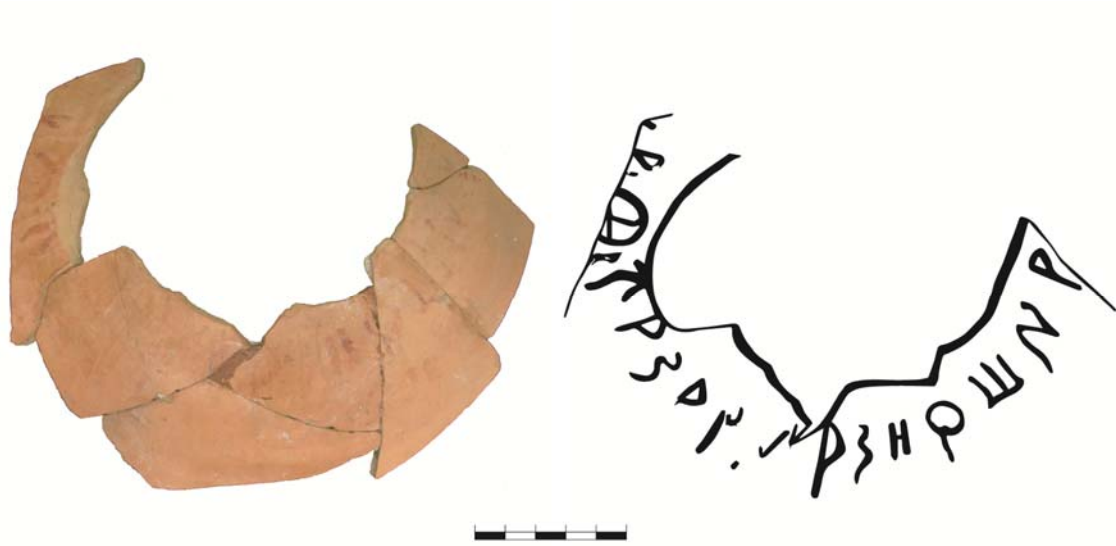


Fig. 4.36. Evidencias epigráficas. 1: Tapadera CTMP56 con una inscripción ibérica pintada; 2: Transcripción de la inscripción según Fletcher (1985: fig. 23.2).



Fig. 4.37. Detalle del mortero CTMP24, con varias piedrecitas incrustadas.

El total de fragmentos de Clase B o cerámicas toscas (538) supera al de fragmentos de Clase A (489), pero tan solo representan un NMI de 9 (fig. 4.38). La totalidad de recipientes de esta clase pertenecen al tipo 1 (ollas). Se documentan siete ollas grandes, con diámetros que oscilan entre los 17 y los 26 cm, y dos medianas con diámetros entre los 10 y los 15 cm. Tan solo cuatro de los nueve recipientes tienen decoración (tres con incisiones y uno con un baquetón). Dentro de este grupo también encontramos seis bases, que seguramente pertenezcan a algunos de los recipientes citados con anterioridad.

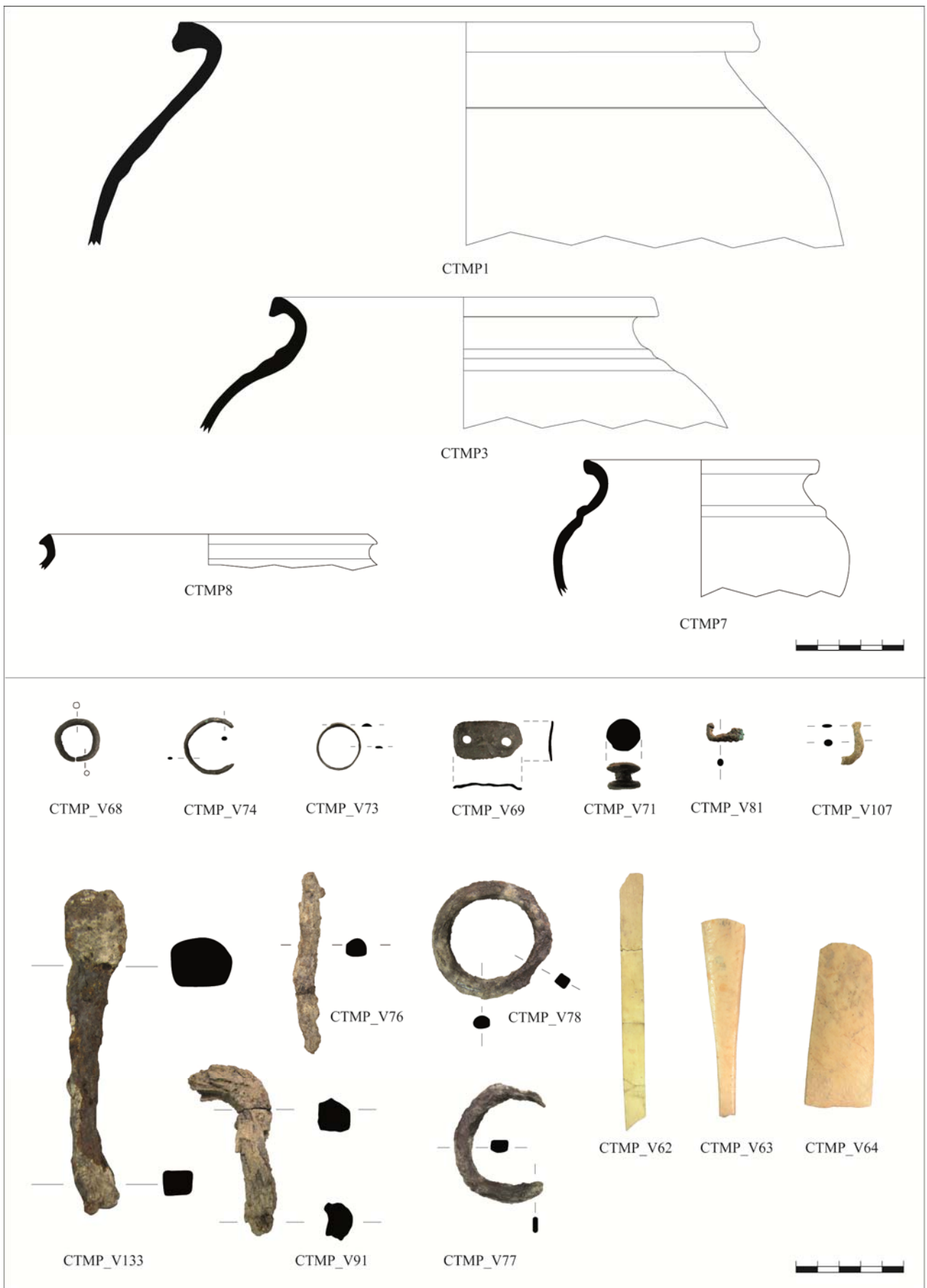


Fig. 4.38. Cerámicas de Clase B, objetos metálicos y elementos sobre hueso.

Por otra parte, documentamos dos bases cóncavas indicadas de 4 y 4,5 cm de diámetro, con una porosidad y grosor y características tipológicas pertenecientes a las conocidas como botellitas de barniz rojo o cerámicas de engobe rojo (6 frags.) (Cuadrado 1953, 1969) (fig. 4.35). Finalmente, documentamos 7 fragmentos que pertenecen a una base plana de una olla hecha a mano, cuyas características se asocian con las cerámicas a mano de época ibérica.

Aunque la mayoría de fragmentos han podido relacionarse bien con una forma en concreto o con un grupo determinado, contamos con un caso en concreto que no pertenece a ninguna de las categorías conocidas dentro de la tipología de cerámica ibérica (Mata y Bonet 1992). Los tres fragmentos informes del CTMP45 presentan varias perforaciones de sección rectangular realizadas precocción (fig. 4.39). Fletcher (1954: 208) lo relaciona con un *filtro*, una *colmena* o hasta con un *recipiente para la conservación de caracoles*, como los que hemos documentado en otros yacimientos de la actual provincia de Castellón (Punta de Orley, Castell de Almenara o Cova dels Orgues, entre otros).



Fig. 4.39. Fragmentos pertenecientes al recipiente indeterminado con perforaciones precocción cuadrangulares CTMP45.

Las decoraciones

La existencia casi exclusiva del tercio superior de los recipientes hace que la mayoría de fragmentos recogidos cuenten con algún tipo de decoración. En las cerámicas de Clase B, esta se limita a incisiones, baquetones o mamelones (fig. 4.38), mientras que en las cerámicas de Clase A encontramos una gran riqueza decorativa. La decoración más abundante es la geométrica, presente en aproximadamente el 50% de estos recipientes. Aunque también existen nueve recipientes (32,14% del total de Clase A) que combinan los motivos geométricos con la decoración figurada y vegetal, así como un ánfora que presenta otras técnicas decorativas como las incisiones. Otros elementos, como el *pondus* CTMP58, se decoran con perforaciones a lo largo de su superficie (fig. 4.35).



Fig. 4.40. Algunos ejemplos de decoración floral hallados en la cueva.

Si tenemos en cuenta tanto los fragmentos informes como el NMI, observamos una gran riqueza de motivos geométricos presentes tanto en el cuerpo de los recipientes como en la decoración del labio. Desde líneas, bandas, triángulos y espirales, hasta eses seriadas, dientes de lobo, estrellas, círculos y semicírculos concéntricos y cruces gamadas (fig. 4.40).

En algunas ocasiones, esta decoración geométrica acompaña a varios motivos vegetales que están presentes tanto en los fragmentos informes como en el NMI. Por una parte, se representan flores actinomorfas como las del *kalathos* de gran tamaño, en vista longitudinal con cuatro pétalos cada una y los nervios visibles (fig. 4.34). Por otra parte, las hojas cordiformes presentes en el material estudiado aparecen solas, acompañadas de inflorescencias y zarcillos o formando una guirnalda, con formas muy variadas, más o menos estilizadas, verticales u horizontales (fig. 4.40). También se representan plantas medicinales, como las seis cápsulas de adormidera de la tinaja CTMP23, solitarias y coronadas por radios y pedúnculos ondulados con dos trazos en la base de la cápsula en algunas ocasiones (fig. 4.41) (Mata *et al.* 2010: 141). Además, se documentan herbáceas, como las del fragmento informe CTMP44, formadas por tres hojas lineales que surgen del mismo punto y una flor secundaria fecundada que también podría tratarse de la letra ibérica “m”, similar a la que se representa en la tinaja CTMP23 (fig. 4.40: CTMP44).



Fig. 4.41. Detalle de la representación de cápsulas de adormidera sobre algunos fragmentos pertenecientes a la tinaja CTMP23.

Los motivos zoomorfos aparecen en dos de los recipientes documentados: un plato donde se observan dos peces que se desplazan hacia la derecha, de cuerpo reticulado y finos trazos que representan las aletas dorsales, ventrales y la caudal (fig. 4.35: CTMP53); así como una tinaja en la que se representa un ave indeterminada de la que se conserva el pico, el ojo y el cuello reticulado, y las extremidades flexionadas acabadas en garras (fig. 4.32: CTMP29).

Objetos metálicos

Debido a las características de la cueva, indicadas con anterioridad, existen algunos materiales que podrían pertenecer indistintamente a momentos de frecuentación ibérica y/o romana. Los objetos metálicos son un ejemplo de ello, por lo que a continuación presentaremos un inventario tipológico de los mismos, teniendo siempre en cuenta la posibilidad de que algunos de ellos se relacionen con la frecuentación de la cueva en los siglos posteriores. Documentamos un total de 17 elementos metálicos: nueve elementos de hierro, siete de bronce y uno de plomo (fig. 4.42).

Fig. 4.42. Resumen del inventario de elementos metálicos y huesos trabajados hallados en la Cueva de la Torre del Mal Paso.

Tipo	NMI	NMI-M	Material
Clavo	1	9	Fe
Varilla	5		
Anilla	2		
Indet.	1		
Anilla	2	7	Br
Anillo	1		
Chapita	1		
Pasador	1		
Fíbula (?)	2		
Goterón	1	1	Pb
Lámina	1	5	HT
Espátula	1		
Punzón (?)	1		
Astrágalo	2		H
Total	22		

Objetos de hierro

De los nueve elementos de hierro, dos son clavos (fig. 4.38: CTMP_V133). Sin embargo, en uno de los casos, por su tamaño y la voluntad estética de la cabeza cuadrada se relacionaría más bien con época romana. Documentamos también cinco varillas (fig. 4.38: CTMP_V76), de las cuales es posible que dos de ellas formaran parte de clavos a los que le faltara la cabeza. También contamos con dos anillas de sección cuadrada, una de ellas fracturada y aplanada en las puntas (fig. 4.38: CTMP_V77 y V78). Por último se recogen dos fragmentos de hierro pertenecientes a un mismo útil indeterminado, ibérico en apariencia, que cuenta con una sección cuadrangular que se va haciendo progresivamente circular (fig. 4.38: CTMP_V91). Dentro de este grupo se incluyen los 70 fragmentos de hierro que han sido considerados como un solo elemento por su homogeneidad. Éstos se hallaban depositados junto a restos de madera cuya procedencia es desconocida, aunque por el aspecto del resto de materiales pensamos que procedería seguramente de la excavación realizada en el poblado.

Objetos de bronce

En bronce se documentan varios objetos que, aunque Fletcher (1954: 216-221) relaciona con época romana, no descartamos que pudieran depositarse también en la cueva durante su frecuentación en época ibérica. Entre estos objetos contamos con dos anillas de tamaño similar pero diferente grosor. Una de ellas está fracturada, mientras que la otra tiene una sección original relacionada seguramente con su funcionalidad como engarce (fig. 4.38: CTMP_V68 y V74). También se documenta un anillo con chatón poco diferenciado, que en origen pudo contar con una decoración en relieve (fig. 4.38: CTMP_V73); una chapita rectangular con dos perforaciones circulares para lañar o decorar alguna pieza (fig. 4.38: CTMP_V69); y un pasador de dos cabezas

circulares planas (fig. 4.38: CTMP_V71). También hemos identificado un posible resorte de una fíbula de La Tène con cabeza engrosada (fig. 4.38: CTMP_V81) y otro posible fragmento que podría pertenecer tanto a una fíbula como a una hebilla (fig. 4.38: CTMP_V107).

Objetos de plomo

En plomo, documentamos dos goterones, sin ninguna forma clara.

Objetos sobre hueso

La mayoría de objetos sobre hueso recogidos en la cueva pertenecen a época romana, entre los que destaca la amplia colección de *acus crinalis*. Aún así, existen cinco elementos que por sus características podrían asociarse también con época ibérica. Se trata de cuatro fragmentos pertenecientes a una lámina de hueso trabajada, posiblemente una pequeña espátula o un útil similar (fig. 4.38: CTMP_V62), así como un fragmento que corresponde a la mitad superior de un posible punzón (fig. 4.38: CTMP_V63), un fragmento correspondiente a un hueso en forma de espátula (fig. 4.38: CTMP_V64) y dos astrágalos.

Otros

Aparte de los materiales descritos con anterioridad, se documenta un botón con perforación central realizado en pasta vítrea bícroma, blanca y azul. Las vetas de pasta vítrea se combinan dibujando una espiral (fig. 4.43).



Fig. 4.43. Botón de pasta vítrea con perforación central.

Restos óseos

Restos humanos

La mayoría de restos humanos hallados durante las excavaciones, se localizaron en los niveles prehistóricos sin contaminación aparente. Aún así, en el diario de excavación se apunta que en el sDn1 se hallaron parte de un cráneo y otros fragmentos pertenecientes al coxal de un individuo, junto a una gran cantidad de cerámica ibérica (Fletcher y Jordá 1947), información que no se comenta en las sucesivas publicaciones de ambos autores. Así mismo, en el sDn7 se indica la existencia de una mandíbula humana junto

a dos astrágalos y un pasador de bronce (Fletcher 1954: 197). Jordá (1954: 197), aclara que no se puede precisar *si se trataba de los restos de un enterramiento destruido o si fue colocada allí intencionadamente* y lo relaciona con el cráneo encontrado en sDn1. Aunque no podamos relacionar estos restos con la frecuentación ibérica de la cueva, es interesante indicar su presencia en niveles con materiales de esta cronología.

Cronología

La revisión de los materiales ha reforzado las conclusiones de Fletcher (1954), quien ya remarcó, basándose en la coexistencia de materiales ibéricos y romanos así como en las características de la cerámica, que la cueva sería utilizada durante el Ibérico Final. Aunque la estratigrafía está muy alterada y, por lo tanto, no podemos especificar si existieron varias fases de frecuentación separadas en el tiempo, sí que podemos deducir que sería utilizada dentro de la horquilla cronológica de los ss. III-I a.C. La presencia aislada de materiales que posiblemente pertenezcan a momentos anteriores a este periodo, como la base de una olla realizada a mano, son meros hechos aislados que pudieron corresponder a la fase que indica Soler (2002: 80), entre los enterramientos del Calcolítico y la frecuentación de la cueva en época ibero-romana.

Debido a la ausencia de importaciones, los marcadores cronológicos con los que contamos para establecer dicha cronología son fundamentalmente ibéricos. Tanto el volumen de cerámicas con decoración figurada y vegetal como la existencia de formas características de momentos finales, como los *kalathoi* o la presencia epigráfica en la cueva, se enmarcarían dentro de los ss. III-I a.C. Además del conjunto de las 27 monedas halladas en la cueva, modernas e imperiales principalmente (Fletcher 1954; Machause y Gozalbes 2014), se documentó un As de *Arse* en la cDn8. Lamentablemente la moneda se ha extraviado, aunque contamos con varias referencias sobre ella (Fletcher 1954: 197; Uroz 1983: 40, 147; Ripollés 1982: 161; Gozalbes 1994: 25). Según la descripción existente, parece que se observaba la cabeza galeada en el anverso y la proa de nave en el reverso, uno de los diseños monetales más frecuentes en la ceca de *Arse-Saguntum* (Ripollés y Llorens 2002: 101). Esta moneda, por lo tanto, pudo pertenecer al Período III (130-72 a.C.) o al IV (72-40/30 a.C.), cronología que entraría dentro de la horquilla cronológica citada.

Los materiales procedentes de la excavación realizada por D. Flecher en una de las habitaciones del poblado, así como de los tres sondeos llevados a cabo por R. Martí y S. Selma en 1996, no han sido revisados junto con los de la cueva. Sin embargo, los resultados de dichas intervenciones parecen indicar que los materiales ibéricos del poblado pertenecerían a dos fases de ocupación entre el s. III a.C. y el I a.C., cuando se produjo su abandono, tal y como evidencian los niveles de destrucción (Martí y Selma 2008).

El resto de materiales también concuerdan con la cronología propuesta, como por ejemplo las cerámicas de barniz rojo que se corresponden con las formas que identifica Cuadrado (1953) como botellitas bitroncocónicas. Estas formas se documentan en varios yacimientos de cronología ibérica como por ejemplo en *Kelin*, el Tossal de Sant Miquel o en el Castellet de Bernabé (C. Mata c.o.).

Interpretaciones previas

Las evidencias previas a este estudio han aportado interpretaciones diversas para la frecuentación en época ibérica de la Cueva de la Torre del Mal Paso. Fletcher (1954), quien presenta los materiales ibero-romanos y de momentos posteriores, centrándose en las características principales de las cerámicas y su cronología, no realiza una interpretación del uso de la cavidad en época ibérica. La primera referencia a su utilización en esta época la realiza Gil-Mascarell (1975), quien recogió la cueva en su estudio de 1971, pero no fue hasta 1975 cuando indicó que Mal Paso pudo ser utilizado como un lugar de refugio. Esta misma interpretación la recoge Domínguez Monedero (1995: 75), quien cita la clasificación de Gil-Mascarell (1975). Sin embargo, Aranegui (1996: 410-411) indica que debería replantearse su función ritual ya que *se trata de un depósito de materiales específicos, no cotidianos*, destacando además la importancia de las evidencias epigráficas. González-Alcalde (1993b: 68, 2002-2003a: 192-194), por su parte, la incluye en el conjunto de cuevas-santuario y relaciona casi la totalidad de materiales con momentos ibéricos. Este asegura, sin embargo, su uso ritual basándose principalmente en elementos de cronología romana, como las agujas, sin reflejar la importancia que pudieron tener otros elementos de cronología ibérica como los platos o los grandes recipientes como tinajas o ánforas. El punto de inflexión lo marcará el estudio de la abundante y rica decoración de sus cerámicas, dentro del proyecto *De lo real a lo imaginario*, momento en el que se planea la necesaria reconsideración de la cueva (Mata *et al.* 2010: 141).

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

Las características topográficas de la cueva son similares a las de otras cavidades estudiadas, como por ejemplo la Cueva del Sapo (Chiva). Así pues, la entrada no es una boca visible y de amplias dimensiones como en otras ocasiones, sino que cuenta con un reducido diámetro y es difícilmente identificable desde lejos. Exceptuando los primeros metros junto a la entrada, que se encuentran iluminados por un orificio natural producido por un desprendimiento, el resto de la cueva no cuenta con características óptimas para el refugio. Las características de los materiales documentados evidencian una selección de recipientes que pensamos se aleja de su función como mero lugar de refugio o almacenaje.

• **CUEVAS DE LA VALL D’UIXÓ**

El término actual de La Vall d’Uixó ocupa un espacio de transición entre la Sierra de Espadán y la llanura aluvial de la Plana, por lo que presenta fuertes desniveles. La composición geológica de la zona tiende en gran medida a la karstificación y a la fisuración, lo cual da lugar a la formación de numerosas cavidades. Del conjunto de cuevas documentadas en el término de La Vall d’Uixó, hemos incluido en el catálogo, por una parte, dos cuevas y sus covachos asociados: la Cova de Can Ballester y la Cova dels Orgues, que son las que cuentan con una cantidad más representativa de materiales ibéricos (fig. 4.44). Por otra parte, expondremos también el hallazgo aislado de materiales ibéricos en la Cova de l’Armela, situada al Norte de la población.

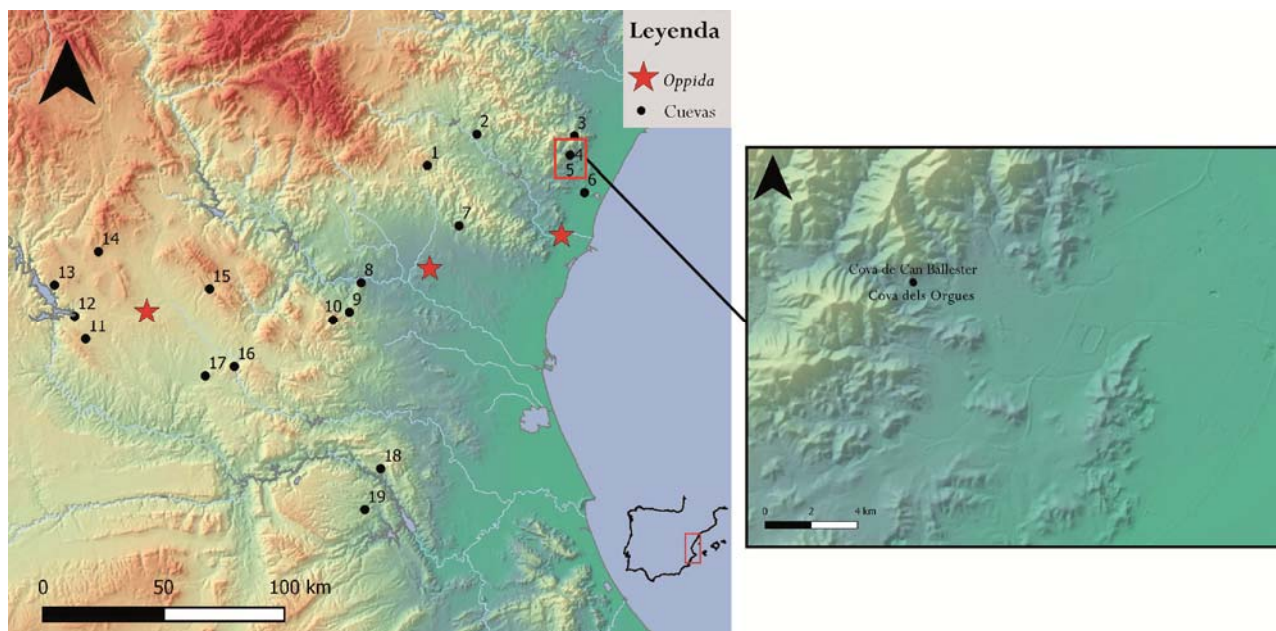


Fig. 4.44. Situación de la Cova de Can Ballester y la Cova dels Orgues.

La explotación turística realizada sobre todo en el margen izquierdo del Barranc de Sant Josep, junto al río Belcaire, ha afectado en gran medida la conservación sedimentológica y arqueológica de sus cuevas. En este paraje, cercano a la Gruta de Sant Josep, se encuentran la Cova de Can Ballester y sus dos covachos, La Cova y la Cova dels Orgues y sus dos covachos (fig. 4.45). Las características de las intervenciones realizadas en esta zona son bastante homogéneas. Se trata de excavaciones de urgencia, llevadas a cabo a raíz de la explotación turística del paseo cercano a las Grutas de Sant Josep. Por desgracia, la mayoría de estas cavidades son propiedad privada, por lo que han sido víctimas de una construcción descontrolada durante los años 70 y 80. En algunos casos, se ha podido recoger algo de material y se ha realizado alguna excavación de urgencia, pero por lo general, la secuencia estratigráfica se ha perdido.

En 1994, con el objetivo de realizar un estudio de impacto ambiental y remodelar el paseo que daba acceso a las Grutas de Sant Josep (fig. 4.45), se llevaron a cabo varios sondeos junto a los muros de los restaurantes y comercios situados en la base de la montaña. La información de estos sondeos se recoge en una completa memoria depositada en el Museu Arqueològic Municipal de La Vall d’Uixó (González y Viñuela 1994) (fig. 4.46).



Fig. 4.45. Vista del paseo desde la localización de la Cova dels Orgues. Al fondo, entrada a las cuevas de Sant Josep.

El primer sondeo, se realizó frente a la tienda de recuerdos “La Cova” (18 de Enero de 1994). En este sondeo, se documentaron cerámicas modernas, romanas e ibéricas removidas. Sin embargo, según la memoria, solo se excavó una profundidad de 60 cm (González y Viñuela 1994). Debido a la localización y el volumen tan reducido de materiales de cronología ibérica, hemos decidido no incluir dicha cueva en el catálogo general.

El segundo sondeo, se realizó el mismo día, cercano a la entrada del Restaurante “La Gruta” (Cova de Can Ballester). Sin embargo, la aparición de una cañería a unos 25 cm de profundidad obligó a paralizar el sondeo, sin obtener material arqueológico relevante (González y Viñuela 1994). Los materiales estudiados que recogemos en el catálogo proceden de una intervención previa, tanto en el interior de la cavidad principal como en sus dos covachos. Dicha excavación se llevó a cabo en 1976, tras la noticia de su destrucción por parte del propietario para instalar un salón/comedor.



Fig. 4.46. Vista del cerro de Sant Josep desde el rio Belcaire: localización del poblado de San Josep (1), Cova dels Orgues (2), La Cova (3), Cova de Can Ballester (4) y Coves de San Josep (5).

Finalmente, se realizaron varias intervenciones en la zona cercana a la Cova dels Orgues, tanto en la entrada de la cueva principal como en uno de los dos covachos situados al Este de la misma. En primer lugar, se realizó una limpieza de los covachos y se llevó a cabo un sondeo en el más próximo, situado a unos 4 m de

distancia (covacho 1) (7-15 de febrero de 1994). El material hallado fue muy escaso, documentándose cerámicas a mano, junto a cerámicas ibéricas y modernas. En este caso, la imposibilidad de desplazar una piedra de gran tamaño que ocupaba la mayoría de la superficie del covacho a los 40/50 cm de profundidad obligó a paralizar la excavación (González y Viñuela 1994).

Los materiales revisados que expondremos a continuación proceden por tanto de las intervenciones realizadas en Can Ballester y Orgues, depositados en el SIAP y en el Museu Arqueològic Municipal de La Vall d'Uixó, respectivamente. Al realizar la revisión de los mismos, tuvimos la oportunidad de estudiar también los materiales recogidos en superficie en la Cova de l'Armela, localizada al Norte del municipio, por lo que realizaremos también una pequeña descripción de los mismos, aunque dicha cueva cuenta con características físicas y materiales distintas. Finalmente, cabe indicar que, aunque existen algunas referencias orales sobre la presencia de materiales ibéricos a la entrada de la Cova de Sant Josep (fig. 4.47), la explotación turística a la que está sometida esta gruta (fig. 4.48), junto con las constantes surgencias de agua producidas en su interior, han afectado por completo la conservación de la sedimentación arqueológica.



Fig. 4.47. Entrada a les Coves de Sant Josep.



Fig. 4.48. Afluencia turística en les Coves de Sant Josep.

Aunque las cuestiones sobre las funciones específicas de cada cueva serán debatidas en el cap. 9, es importante tener en cuenta la localización de la Cova de Can Ballester y la Cova dels Orgues, situadas en la base del cerro donde se localiza el poblado de Sant Josep (fig. 4.49). Así pues, no podemos entender el uso de estos espacios, sin tener en cuenta su localización y relación directa con el poblado.



Fig. 4.49. Vista de las murallas excavadas del poblado de Sant Josep desde la cima.

4.3.3. CAR: Cova de l'Armela (La Vall d'Uixó, Castellón)

Localización y características físicas

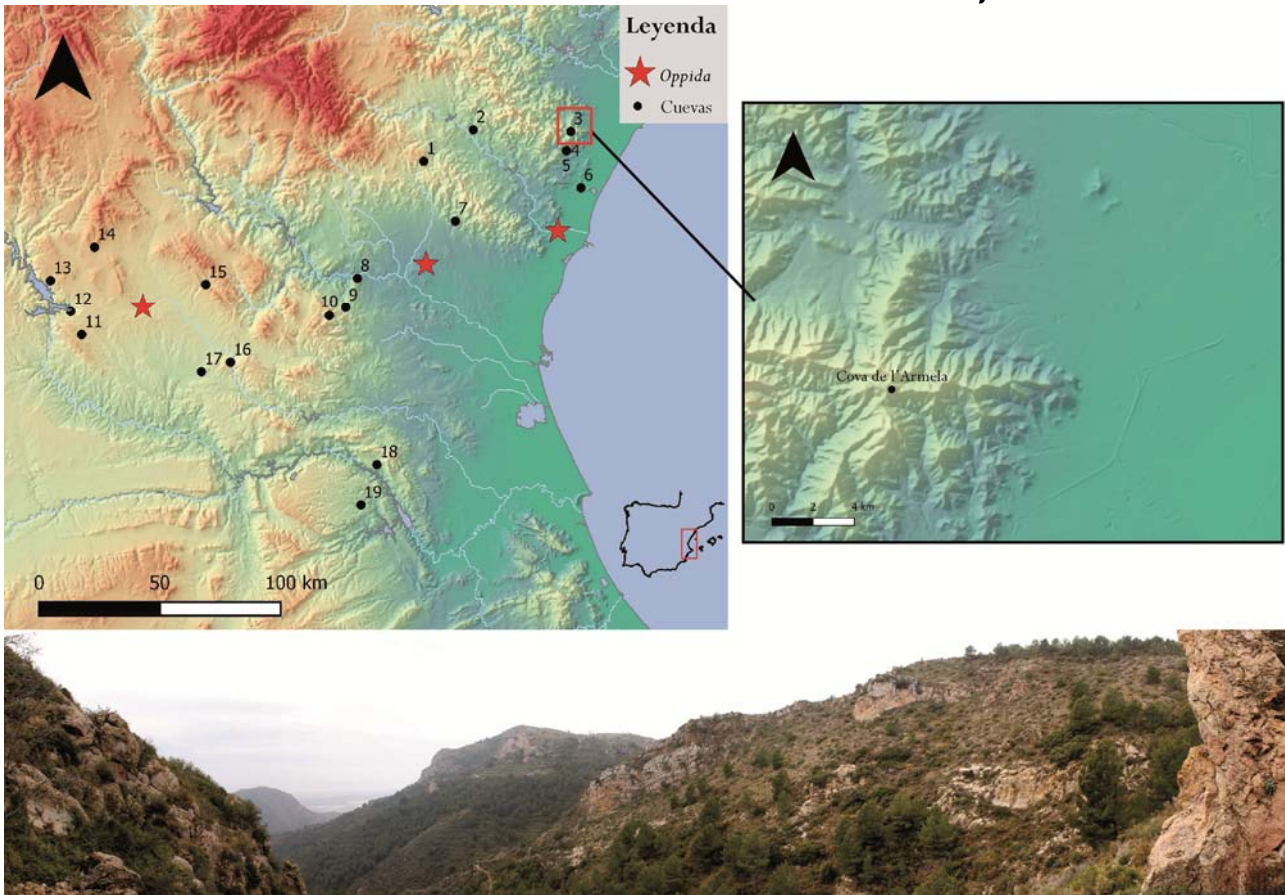


Fig. 4.50. Situación de la Cova de l'Armela y panorámica del entorno de la cavidad.

La Cova de l'Armela, también conocida como Cova de l'Ametla o Almela (PRV 164), se localiza al Norte de la población de La Vall d'Uixó, en la vertiente izquierda del Barranc del Tormo (Járrega 2010: 110) (fig. 4.50). Su boca es visible desde el camino que desciende de Els Corral·ls del Turmó (fig. 4.51). En pleno Parc Natural de la Serra d'Espadà, a 530 msnm, cuenta con una localización idónea desde donde, los días despejados, se tiene una visibilidad perfecta de la costa (fig. 4.52). Sin embargo, tal y como se observa en la fig. 4.51, el día que visitamos la cueva, el cielo estaba cubierto y con presencia niebla que dificultaba la visibilidad.



Fig. 4.51. Localización de la cueva en el Barranco del Tormo. Fotografías tomadas con una hora de diferencia donde se observa la niebla que dificulta la visibilidad de la boca.



Fig. 4.52. Boca de acceso a la cueva (izquierda) y vista desde uno de los bloques desprendidos de la visera hacia la costa (derecha).

Se trata de una cavidad de pequeñas dimensiones internas pero una amplia zona de entrada protegida por una visera, de la cual se han desprendido algunos bloques (fig. 4.52). Desde la boca, orientada al Sur, se accede a su interior por un pasillo de unos 0,50-1m de ancho, con una altura máxima de 10 m (fig. 4.53). Al fondo de este, se abre un espacio de unos 3 m de diámetro en la zona superior, al que se accede bajando un desnivel de unos 4 m (zona B) (fig. 4.54). En algunas partes, se observan piedras desprendidas y restos de fauna en superficie (fig. 4.55).



Fig. 4.53. Vista del final del pasillo de acceso.



Fig. 4.54. Espacio situado al final del pasillo de acceso.



Fig. 4.55. Desprendimientos y material en superficie presentes en el fondo de la zona B.



Fig. 4.56. Formaciones kársticas cercanas al pasillo de acceso.

En la actualidad, podemos observar la presencia de formaciones kársticas tanto en el pasillo de entrada como sobre los bloques desprendidos de la visera (fig. 4.56). Si bien en el interior del espacio final, de reducidas dimensiones (1 m de diámetro en la base), la luz natural es escasa (fig. 4.57), el resto de la cueva cuenta unas óptimas condiciones de iluminación y habitabilidad. De hecho fue utilizada como refugio en algún momento, tal y como evidencian los restos de un muro construido seguramente para cercar al ganado, como se documentan en muchas otras cuevas de este tipo (fig. 4.58). En esta zona, se observan abundantes cerámicas de época medieval y moderna en superficie.

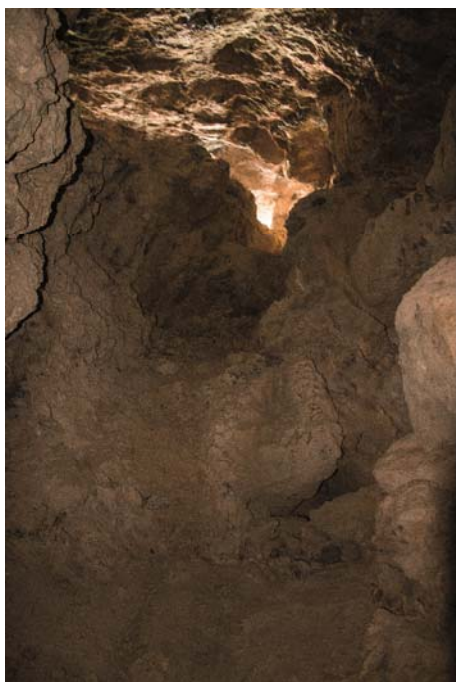


Fig. 4.57. Vista desde el fondo de la zona B.



Fig. 4.58. Muro actual construido sobre una de las rocas desprendidas de la visera, visto desde el interior de la cavidad.

Intervenciones

La existencia de material arqueológico fue documentada por J. Gómez en 1987, durante las prospecciones del término de La Vall d'Uixó (Járrega 2010: 110-111). Se documentó material en superficie, tanto en la entrada de la cavidad junto a los bloques desprendidos de la visera como en el interior. De hecho, tal y como observamos en nuestra visita y se indica en la ficha de DGPV, al fondo de la cueva, en la zona B (fig. 5.59), las filtraciones de agua han removido el sedimento, que se acumula en una zona con evidente potencia estratigráfica. Por lo tanto, sería interesante retirar las piedras que se han acumulado en el fondo y realizar un sondeo en dicha zona que nos permitiese obtener algo más de información material y estratigráfica.



Fig. 4.59. Plano y sección de la cueva (a partir de J. Casabó, G. Navarro y T. Serra, imagen procedente de la ficha DGPV).

Materiales

Los materiales se encuentran depositados en el Museu Arqueològic Municipal de La Vall d'Uixó. Estos proceden de la prospección llevada a cabo en 1987. En la revisión de los mismos, hemos documentado tanto materiales de la Edad del Bronce y de época medieval como 24 fragmentos de época ibérica, que representan un NMI de 5.

Material cerámico

Las formas

El total de 24 fragmentos pertenecen al conjunto de cerámica fina o Clase A: una tinaja, una tinajilla, dos *kalathoi* y una pátera (figs. 4.60 y 4.61).

Tipo	Tipología	NMI	NMI-G	Clase	Grupo	Técnica
Tinaja	A.I.2.2	1	4	A	II	T
Tinajilla	A.II.2.2	1				
<i>Kalathos</i>	A.II.7	2				
Pátera	A.III.8.2	1	1		III	
Total		5				

Fig. 4.60. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cova de l'Armela.

Las decoraciones

Del conjunto de 24 fragmentos, la mitad presentan decoración pintada, a base de motivos geométricos (bandas, líneas y círculos concéntricos). Aunque se hace referencia a la *gran calidad* de la decoración (DGPV; Járrega 2010: 110-111), los materiales depositados en el Museu Arqueològic Municipal de La Vall d’Uixó no representan una decoración de excesiva calidad, y su conservación no es muy buena (fig. 4.61).

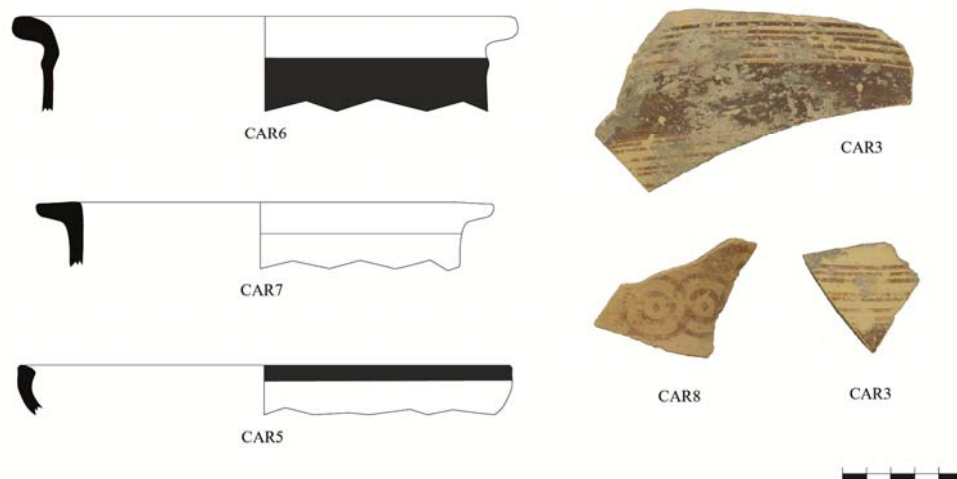


Fig. 4.61. Cerámicas depositadas en el Museu Arqueològic de La Vall d’Uixó.

Cronología

Las contadas referencias previas sobre esta cavidad relacionan las cerámicas halladas con los ss. IV-I a.C. (Járrega 2010: 110-111). La presencia de dos *kalathoi* nos indica una frecuentación a partir del s. III a.C., sin embargo, el resto de cerámicas pueden relacionarse con cualquier momento de frecuentación ibérica (ss. VI-I a.C.). El volumen tan reducido de materiales impide realizar apreciaciones sobre una cronología precisa.

Interpretaciones previas

Son muy pocas las referencias previas sobre esta cueva. Las cerámicas halladas en superficie se han relacionado con una posible actividad ritual (DGPV; Járrega 2010: 110-111).

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

La información con la que contamos actualmente nos impide realizar cualquier tipo de interpretación sobre el uso de este espacio en época ibérica. Es cierto que la localización estratégica de la misma debe ser tomada en cuenta, así como sus características físicas. Aunque desconocemos cómo sería la cueva entre los ss. VI-I a.C., parece que no se trataría de un amplio espacio con grandes zonas alejadas de la iluminación natural, como sí se documenta en la mayoría de espacios con evidencias claras de ritualidad. En cuanto al material recogido, no es lo suficientemente representativo como para extraer conclusiones sobre su uso en época ibérica. Sin embargo, la cantidad de material en superficie de época medieval y moderna nos indica que al menos la cavidad fue visitada con frecuencia en momentos posteriores, seguramente para protegerse de las inclemencias del tiempo bajo la visera conservada actualmente.

4.3.4. CCB: Cova de Can Ballester (La Vall d'Uixó, Castellón)

Localización y características físicas

La Cova de Can Ballester se encuentra a unos 160 msnm, a 1 km al Suroeste de la actual población de La Vall d'Uixó, al pie de las estribaciones orientales de la Serra d'Espadà (fig. 4.45). Su nombre es relativamente reciente y deriva de uno de sus propietarios (Vicente Ballester). Hoy en día está ocupada por el restaurante *La Gruta*¹¹, dentro del área turística de la localidad (fig. 4.62). Situada en el margen izquierdo del Barranco de Sant Josep, afluente del río Belcaire, a pocos metros del cauce, es una de las nueve cavidades que componen el sistema kárstico del barranco. Sobre la cueva, a unos 180 msnm, se halla el poblado ibero-romano de San Josep y a pocos metros se encuentra la boca de la cueva del mismo nombre, con la cual estaba conectada Can Ballester en origen (Gusi y Olària 1979; Gusi 1985: 42, 2000: 17, 2001: 90; Casabó y Rovira 1990-1991; Blázquez *et al.* 1994: 19-20).



Fig. 4.62. Fachada actual del Restaurante La Gruta.

El conjunto de Can Ballester está formado por una cueva principal y dos covachos (fig. 4.63). Lamentablemente la Cova Gran se vio fuertemente afectada por la construcción de un restaurante, desprendiéndose partes de la misma durante los trabajos (fig. 4.64). Actualmente esta cavidad, orientada hacia el Suroeste, consta de dos bocas y su recorrido sería aproximadamente de unos 50 m (Casabó y Rovira 1990-1991). En el momento de su hallazgo, la cavidad contaba con unas dimensiones de 11,80 m de anchura, 21,40 m de longitud y una altura de entre 3 y 6 m (Gusi y Olària 1979; Gusi 1985). A unos 6 m al Este de la misma, se localizaría el covacho I orientado hacia el Sur, de 2,75 m de ancho, 5,50 m de longitud y 1,50-2 m de alto. Y a unos 11 m de la Cova Gran, el covacho II contaría con una doble abertura, con unas dimensiones de 2,60 m de ancho, 3 m de longitud y 2-2,50 m de alto (Gusi 1976, 2000: 94; Gusi y Olària 1979; Fernández *et al.* 1982: 127; Casabó y Rovira 1990-1991; Moraño y García 1990-1991: 47) (fig. 4.63).

¹¹ <http://restaurantelagruta.com/> (consultada el 27 de abril de 2017).

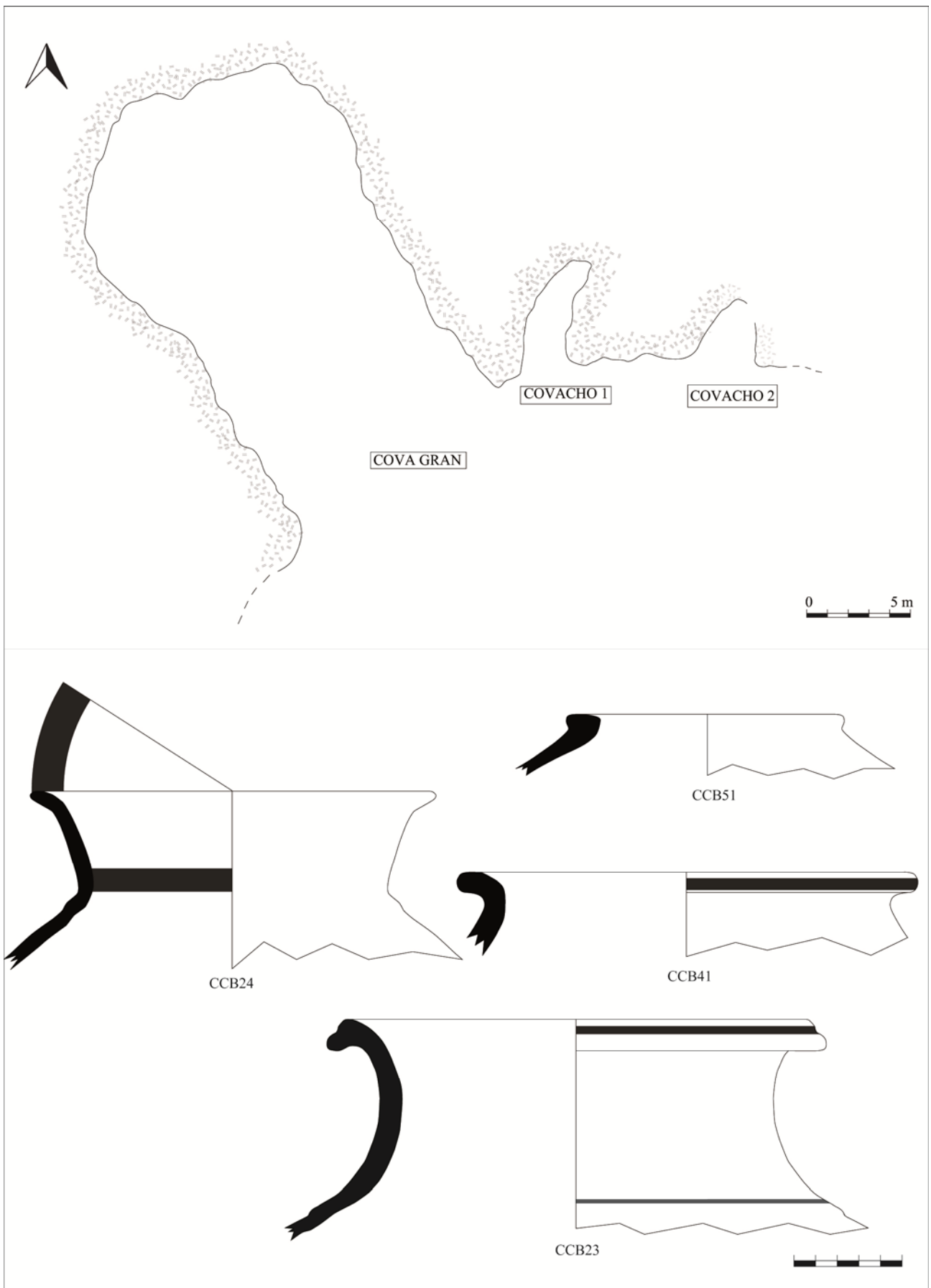


Fig. 4.63. Planta de la Cova Gran y de los covachos (a partir de Gusi y Olària 1979: fig. 1) y cerámicas del grupo I.

Intervenciones

La Cova Gran de Can Ballester había pasado inadvertida debido a la maleza que cubría su entrada y la cantidad de edificios que la rodean, al estar localizada en el área más turística de la localidad. No fue hasta diciembre de 1976, cuando A. Solsona notificó al SIAP la localización de la misma durante unos trabajos en el complejo turístico de las Grutas de Sant Josep. Lamentablemente, cuando los miembros del SIAP visitaron la cavidad, esta había sido completamente vaciada por su propietario. El uso incontrolado de una pala excavadora acabó destruyendo, no solo las paredes de la cavidad, sino también la amplia información sedimentológica y arqueológica existente (fig. 4.64). Por suerte, algunos vecinos de la localidad recogieron parte de los materiales, que evidenciaban una frecuentación desde el Epipaleolítico hasta época ibérica. Aunque la cueva se vació casi por completo, se pudo realizar un pequeño sondeo en una zona inalterada que aportó materiales escasos pero muy interesantes, como por ejemplo uno de los pocos ejemplos de arte mueble óseo de la provincia de Castellón (Gusi 1976; Gusi y Olària 1979).

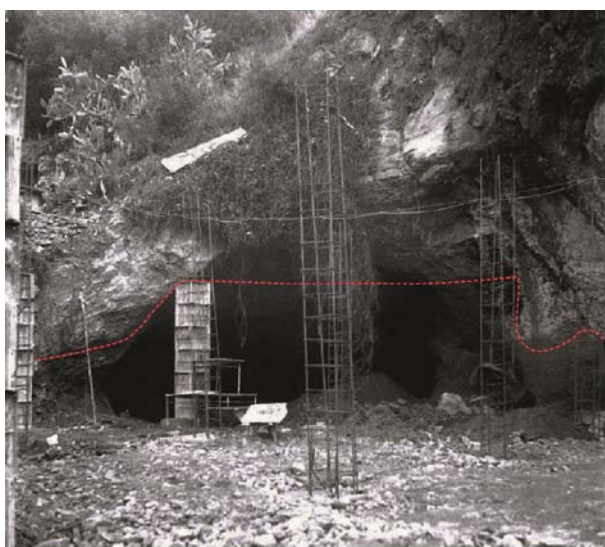


Fig. 4.64. Vista de la Cova Gran de Can Ballester durante la construcción del restaurante, con el nivel de sedimentación original indicado (a partir de Gusi y Olària 1979: lám. 1).

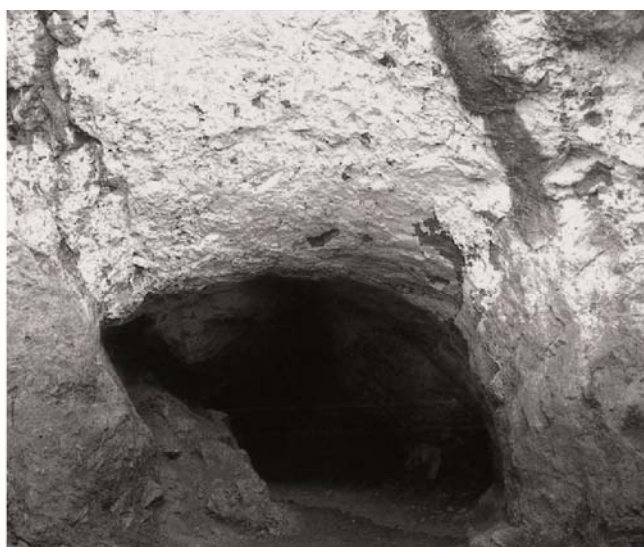


Fig. 4.65. Vista del covacho 1 tras finalizar la excavación de urgencia (a partir de Gusi y Olària 1979: lám. 1).

Por otra parte, se identificaron dos covachos cercanos a la cueva principal, que iban a ser transformados en dependencias anexas a la cocina del restaurante. Como éstos no habían sido alterados por las obras, se decidió realizar una excavación de urgencia en enero de 1977 (fig. 4.65). Esta intervención, dirigida por F. Gusi, aportó una secuencia estratigráfica muy valiosa para conocer la historia del conjunto de Can Ballester (Gusi 1976; Gusi y Olària 1979). Afortunadamente, ambos espacios estaban completamente colmatados por la sedimentación. En el sondeo del covacho 1 se identificaron cinco niveles. Los materiales ibéricos aparecieron en el nivel superficial, mientras que los otros cuatro evidenciaron materiales del Bronce, Eneolítico y Neolítico respectivamente (el último nivel tan solo aportó restos de fauna). En el covacho 2, se distinguieron seis niveles, documentándose más materiales ibéricos en su nivel superficial que en el del covacho 1. Los siguientes niveles evidenciaron materiales del Bronce (niveles 1 y 2), Eneolítico (nivel 3), Neolítico

(nivel 4) y Epipaleolítico (nivel 5). Así pues, ambos covachos mostraron similitudes cronológicas y culturales que seguramente coincidirían con la información que podría haber aportado la Cova Gran, si no hubiera sido arrasada (Gusi y Olària 1979; Casabo y Rovira 1990-1991).

Posteriormente, en 1981, antes de que se destruyera por completo la Cova Gran como consecuencia de un nuevo permiso para realizar obras en el mismo lugar, el SIAP realizó un pequeño corte estratigráfico. Por desgracia, debido a la alteración sufrida por la cueva durante los últimos cinco años, la bóveda se desprendió, impidiendo continuar los trabajos de excavación. Los materiales de esta última intervención fueron, básicamente, material lítico y óseo, pero muy escaso (Casabo y Rovira 1990-1991; Gusi 2000: 94).

Finalmente, en 1994, en el marco de la remodelación del paseo que daba acceso a las Grutas de Sant Josep, se llevó a cabo un sondeo junto al muro del restaurante “La Gruta” (González y Viñuela 1994).

En la actualidad, el restaurante ha sido reformado, pero todavía se aprecia parte de las características físicas con las que contaría la Cova Gran, donde se sitúa el comedor principal (fig. 4.66), así como uno de los covachos (fig. 4.67).



Fig. 4.66. Vista actual de la sala del restaurante La Gruta que ocupa la Cova Gran.



Fig. 4.67. Vista actual de uno de los covachos, ocupado por una de las salas del restaurante.

Materiales

Aunque la mayoría de materiales, procedentes tanto de la Cova Gran como de la intervención arqueológica de los dos covachos, se adscriben principalmente a momentos prehistóricos, en los niveles superiores también se documentaron materiales de cronología ibérica. En este apartado, expondremos los resultados del estudio de materiales ibéricos hallados en los dos covachos. Lamentablemente, aunque hay constancia del hallazgo de abundantes cerámicas ibéricas durante los trabajos que destruyeron la Cova Gran, en el lote de materiales aportados por los vecinos de la localidad tan solo se incluyeron dos recipientes de cerámica ibérica (Gusi y Olària 1979).

Según la publicación de los resultados de esta excavación, la mayoría de materiales ibéricos proceden del covacho 2, ya que en la intervención del covacho 1 tan solo se documentaron *dos fragmentos correspondientes a un borde y a un indeterminado* (Gusi y Olària 1979: 72). Sin embargo, la revisión de materiales nos ha permitido observar que existe una confusión en las referencias a las zonas excavadas (al menos en los materiales hallados

en los primeros niveles). En muchas ocasiones carecían de referencia, se indicaba tan solo el nivel sin especificar el covacho, o se relacionaban con el covacho exterior, sin precisar de cuál de los dos se trataba. Debido a que las referencias a los materiales de cronología ibérica en la publicación son muy generales y tan solo se dibujan tres de los 27 recipientes que hemos identificado en nuestra revisión (Gusi y Olària 1979: fig. 28), nos ha sido imposible establecer la procedencia exacta de todos los materiales. Por lo tanto, hemos decidido realizar una descripción general de los mismos especificando, siempre que sea posible, su lugar de procedencia, pero manteniendo una visión global (ver anexo digital).

Material cerámico

A excepción de una aguja de bronce, el resto de materiales de cronología ibérica hallados en las intervenciones de los covachos son cerámicos. Documentamos un total de 464 fragmentos, que corresponden a un NMI de 27. Si eliminamos de este recuento los materiales sin referencia (SR), el total de fragmentos desciende a 205, que corresponderían a un NMI de 19. Tanto en el primer caso como en el segundo, el número total de determinados e indeterminados supera al que se indica en el estudio previo (Gusi y Olària 1979). La mayoría de recipientes son de Clase A o cerámica fina (75,86%), destacando el grupo II (35% entre los determinados de Clase A), así como los grupos I y III (25% del total de determinados de Clase A), mientras que sólo se documenta un 10,34% de Clase B o cerámica tosca. El resto de recipientes son importaciones fenicias (6,90%) y cerámicas grises de otras áreas ibéricas (6,90%) (figs. 4.68 y 4.69).

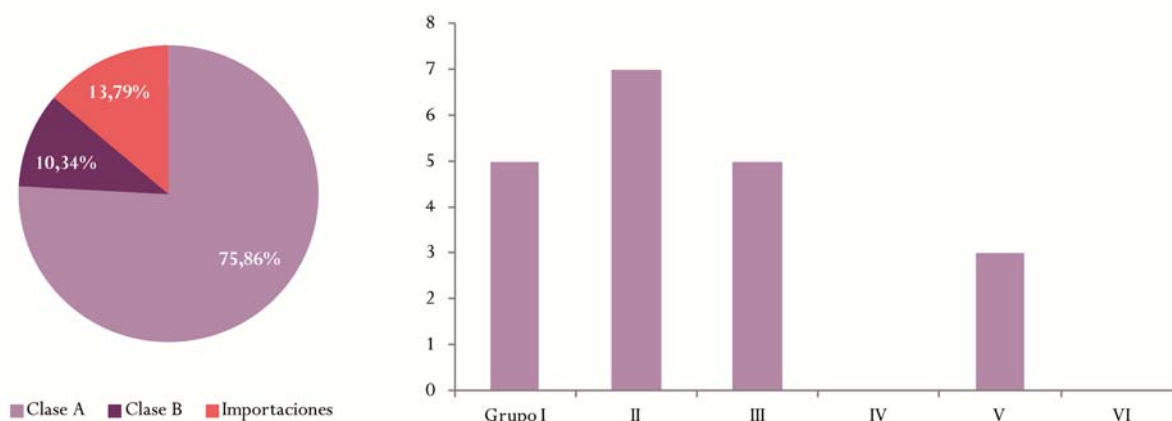


Fig. 4.68. Representación porcentual de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cova de Can Ballester.

Aunque en publicaciones previas se indica que el lote de materiales recuperados de la Cova Gran incluía dos recipientes ibéricos, en nuestra revisión tan solo hemos identificado dos fragmentos de una pátera gris con dicha referencia. Tal y como hemos indicado anteriormente, los vecinos de La Vall d’Uixó recogieron una serie de materiales durante los trabajos que destruyeron la cavidad principal del conjunto. Entre estos materiales, documentamos dos fragmentos de una pátera de cerámica gris que imita a la forma L24 (fig. 4.70: CCB30) (Page 1984: 121-123).

Tipo	Tipología	NMI	NMI-G	Clase	Grupo	Técnica
Ánfora	A.I.1	2	5	A	I	T
Tinaja	A.I.2	3				
Tinajilla	A.II.2.2	6	7		II	
<i>Kalathos</i>	A.II.7	1				
Caliciforme	A.III.4	1	5		III	
Plato	A.III.8.1	3				
Escudilla	A.III.8.3	1				
Tapadera	A.V.1	1	3		V	
Tejuelo	A.V.6.3	1				
Fusayola	A.V.8.1	1				
Olla	B.1	2	3	B	2	
Tapadera	B.6	1			6	
Cer. Gris	Imitación L24	1	2	A		
	Botellita	1				
Import FEN	Ánfora (T.10.1.2.1)	1	2	IMPORT		
	Tinaja	1				
Total		27				

Fig. 4.69. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cova de Can Ballester.

Las formas

Las cerámicas finas o de Clase A son las más representativas del conjunto. Documentamos 10 tipos de los 46 posibles (Mata y Bonet 1992), que representan un NMI de 20 (416 frags.) (fig. 4.69).

El grupo de grandes contenedores destinados al almacenaje y el transporte está representado por un NMI de 5: ánforas (2) y tinajas (3) (fig. 4.63). El grupo II representa un NMI de 7, seis son tinajillas sin hombro, mientras que el otro recipiente sería una *kalathos* que, aunque aparece sin referencia, también lo hemos incluido en nuestro recuento general. El grupo III está presente con un NMI de 5, entre los que encontramos un caliciforme, tres platos y una escudilla. Destaca uno de los platos, del cual se conserva el perfil completo, que presenta dos agujeros de suspensión en el labio (fig. 4.70: CCB28). Finalmente, el grupo V está presente en el conjunto a través de un tejuelo, una fusayola y una tapadera.

Del total de fragmentos de Clase B o cerámicas toscas (37), identificamos un NMI de 3 (dos ollas y una tapadera). Dentro de este grupo, también encontramos una base, que seguramente pertenezca a alguna de las ollas indicadas con anterioridad (fig. 4.70).

Aparte de las cerámicas de producción local, encontramos también importaciones ibéricas como la botellita gris de la costa catalana (fig. 4.70: CCB33) o la pátera que imita una forma L24, así como recipientes de origen fenicio: un ánfora T-10.1.2.1 (CCB21) y una tinaja (CCB21).

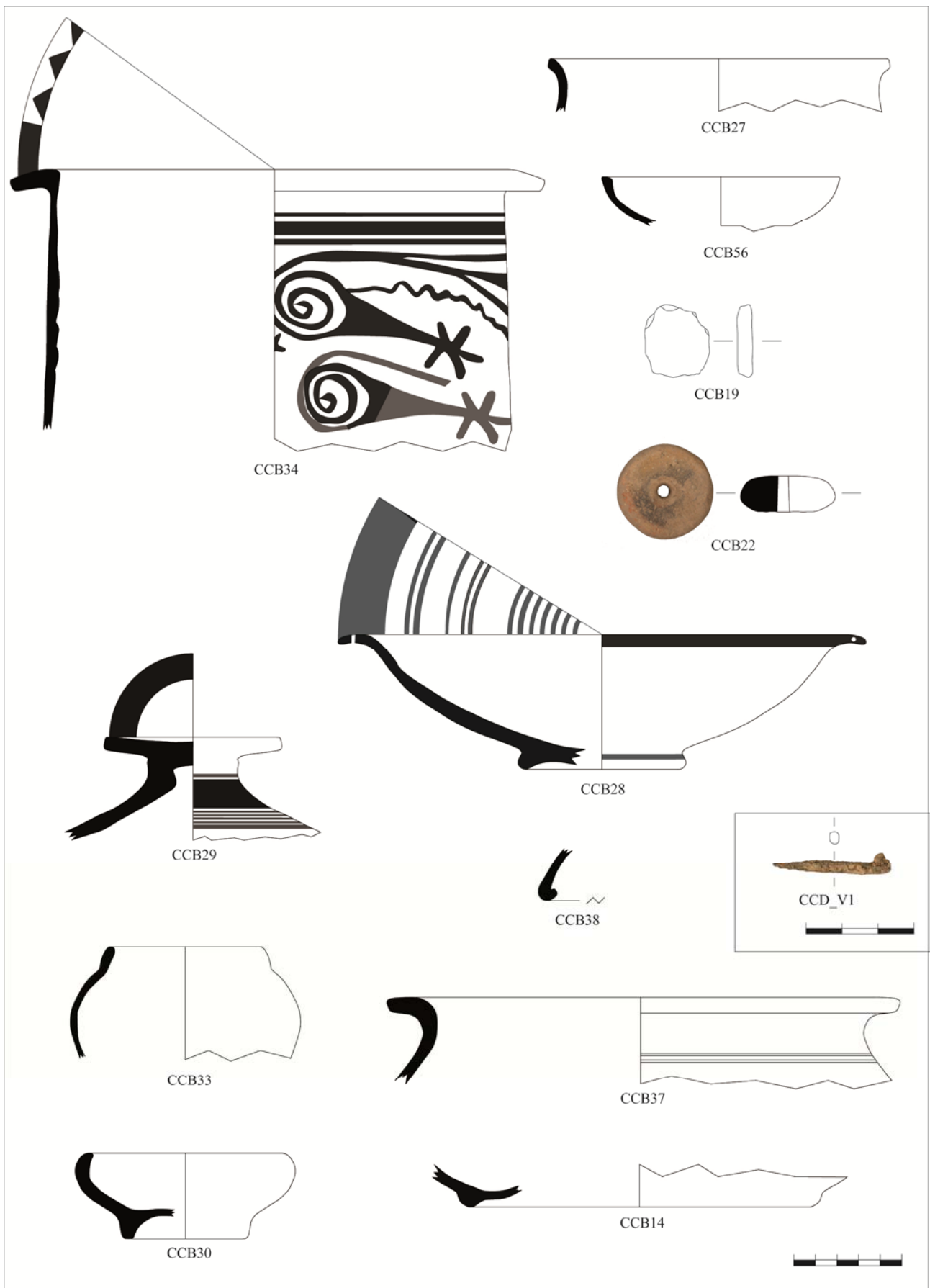


Fig. 4.70. Cerámicas de Clase A, Clase B, cerámicas importadas (grises y fenicias) y aguja de bronce, hallados en los covachos. Tan solo la pátera CCB30 se recuperó en la Cova Gran.

Las decoraciones

De las 27 formas identificadas en los covachos, tan solo 12 presentan algún tipo de decoración (11 de ellas pertenecientes a recipientes de Clase A). La mayoría se pintan con motivos muy simples, a base de bandas y filetes (CCB23, CCB24, CCB28, CCB41, CCB46, CCB53 y CCB58). Debido a la conservación de la pintura, en tan solo una ocasión podemos asegurar que ésta sea bícroma (CCB29). En cuanto a decoraciones más elaboradas, destacamos los motivos vegetales del *kalathos* CCB34 (fig. 4.71). Aunque en general la conservación no es muy buena, en algunos recipientes se observa un engobe blanquecino que recubre las paredes de algunos fragmentos. De los tres recipientes de Clase B, encontramos decoración en una de las ollas, realizada a base de incisiones (fig. 4.70: CCB37).



Fig. 4.71. El único ejemplo de decoración vegetal presente en la cueva: *Kalathos* CCB34.

Objetos metálicos

El conjunto de materiales recogidos en los covachos de Can Ballester está protagonizado por los recipientes cerámicos. Aún así, también encontramos una pequeña aguja de bronce, mal conservada, que pudo pertenecer a una fíbula o a una hebilla. Sin embargo, no podemos realizar ninguna apreciación cronológica sobre la misma, pudiendo pertenecer tanto a época ibérica como a los momentos posteriores en los que se frecuentan estos espacios (fig. 4.70: CCB_V1).

Cronología

La estratigrafía de ambos covachos no es concluyente en los niveles en los que se halló la cerámica de cronología ibérica. Sin embargo, las formas y decoraciones ibéricas, así como las importaciones, nos permiten establecer una horquilla cronológica bastante amplia, desde el s. VI hasta el II a.C. Así pues, los momentos más antiguos están presentes a través de las importaciones fenicias (CCB20-21) y las decoraciones bícromas (CCB29). El s. IV a.C. está presente a través de la pátera de imitación griega hallada en la Cova Gran (CCB30). Mientras que los momentos más recientes aparecen representados a través de formas como el *kalathos* decorado con motivos vegetales (CCB34).

Debido al volumen tan escaso de datos, no podemos precisar más sobre los diferentes momentos de frecuentación de Can Ballester. El estudio del resto de materiales procedentes de la Cova Gran nos hubiera aportado un conocimiento mucho más completo del uso y cronología del conjunto. Sin embargo, con los datos de que disponemos, tan solo podemos indicar que existieron diversos momentos de frecuentación, sin conocer si alguno de ellos tuvo mayor o menor relevancia. Sin embargo, es interesante indicar que ambos coinciden con la cronología del poblado situado sobre las cuevas del paseo.

Interpretaciones previas

Los estudios previos a esta revisión han aportado interpretaciones diversas para la frecuentación en época ibérica del conjunto de Can Ballester. Gusi y Olària (1979: 93) no indican directamente la funcionalidad de la misma, pero sí proponen que esta estaría relacionada con el poblado ibérico del Cerro de Sant Josep, ocupado desde el s. V a.C. Otros investigadores relacionan esta cavidad con una actividad ritual similar a la que se documenta en otras cuevas de la zona, teniendo en cuenta la importancia de las aguas de la Gruta de Sant Josep para la ritualidad del espacio (Járrega 2010: 111; Blázquez *et al.* 1994: 19). Para González-Alcalde (2002-2003a: 192; 2002: 156-159), sin embargo, se trataría de una cueva utilizada como refugio esporádico en época ibérica¹².

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

El inconveniente en este caso es que la información de la que disponemos es muy escasa, debido al volumen de materiales y su procedencia. Aunque las características topográficas de la Cova Gran, pudieran indicar que esta pudo ser un espacio ritual en época ibérica, no podemos afirmar tal interpretación basándonos en sus materiales. Los covachos sin embargo, aunque sí que fueron excavados, tampoco evidencian una elevada densidad material. Estos espacios han sido interpretados como áreas auxiliares de la Cova Gran durante las épocas anteriores. Teniendo en cuenta el amplio periodo que evidencian las cerámicas de época ibérica, no podemos asegurar que se trate de un uso continuado. Sin embargo, según las descripciones previas a las obras del restaurante, las dimensiones originales de ambos covachos no parecían óptimas para el refugio.

Los materiales hallados en los covachos son muy heterogéneos, tanto cronológica como tipológicamente. Se documentan tanto grandes recipientes (ánforas y tinajas) como vajilla de mesa (caliciforme, platos y escudilla). Las decoraciones no son tan cuidadas como ocurre en otras cuevas en las que se ha detectado una actividad ritual, ni tampoco se produce la repetición de ofrendas que pueda estar indicando un uso ritual específico. Sin embargo, pensamos que la presencia de estos materiales en los covachos no debe ser interpretada de manera aislada, sino que es necesario ver más allá e interpretar tanto estos hallazgos como los que pudieron haberse documentado en la Cova Gran, junto con los materiales que aparecen en la Cova dels Orguens y el resto de cuevas del paseo de Sant Josep. Estos conjuntos, cercanos a las Grutas de Sant Josep, pudieron funcionar de manera conjunta como espacios dependientes del poblado que se sitúa sobre ellos.

¹² Hay que aclarar que aunque González-Alcalde (2002-2003a: tabla 1, 2002: 156, 158) hace referencia a Can Ballester, la incluye en L'Alt Palancia, en lugar de en La Plana Baixa.

4.3.5. COR: Cova dels Orgues (La Vall d'Uixó)

Localización y características físicas

La Cova dels Orgues, también citada como Cueva de los Órganos (Sarhou 1920: 139-140) o Cova dels Orguens (Oliver 2010), se sitúa en el término actual de La Vall d'Uixó. Localizada a 144 msnm, al Sureste de la Cova de Sant Josep, forma parte del mismo conjunto geológico que ocupa la base del cerro sobre el que se sitúa el poblado ibérico (fig. 4.45). Su nombre deriva de la apariencia de sus formaciones kársticas que *semejan los canalones de un órgano de iglesia (...) chocando con ellas golpes de piedras, producen sonidos metálicos parecidos a un tímpano, o notas altas de un piano* (Sarhou 1920: 140).



Fig. 4.72. Vista actual de la entrada.

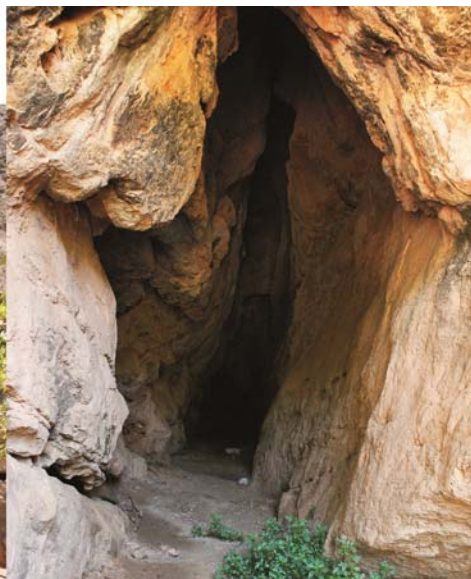


Fig. 4.73. Vista de la boca principal.

Cuenta con tres bocas de acceso comunicadas entre sí en el interior, dos pequeñas y una principal de mayores dimensiones. Sin embargo, parece ser que pudo existir una cuarta boca que actualmente se halla tapiada (Fernández *et al.* 1982: 128). No pudimos acceder al interior, ya que es propiedad privada y se encuentra cerrada por una reja cuya llave actual no se ha facilitado al ayuntamiento. Las descripciones previas indican que la boca principal, orientada hacia el Suroeste, es de fácil acceso y cuenta con unas medidas de 4,5 m de ancho por 5 m de alto (fig. 4.72). Esta da paso a una galería de 43 m, con una anchura máxima de 3 m y una altura máxima de 5 m (fig. 4.73) (Fernández *et al.* 1982: 128). En el último tramo, existiría un *tabique horizontal* natural que dividiría la cueva en dos alturas (Sarhou 1920: 140). Debemos aclarar que la planta de la cueva publicada por Oliver (2010: fig. 2), recogida en la memoria de excavación (González y Viñuela 1994), se corresponde al covacho 1, cercano a la cueva principal (fig. 4.74), mientras que la planta que conocemos de la cueva, la publican Fernández *et al.* (1982: 128) (fig. 4.74). Actualmente, se encuentra plagada de desperdicios, aunque según la ficha del DGPV realizada por J. Gómez, cuya fecha desconocemos, se indica la utilización de la misma como almacén de un establecimiento próximo¹³.

¹³ En mayo de 2016 M. L. Rovira nos informó que la cueva había cambiado de propietarios y el objetivo del nuevo propietario era construir un museo del ámbar en su interior.



Fig. 4.74. Plano y sección de la Cova dels Orgues (a partir de Fernández *et al.* 1982: 128) (arriba); plano y sección del covacho 1 (a partir de González y Viñuela 1994; Oliver 2010: fig. 2).

Intervenciones

Tal y como hemos indicado con anterioridad, en 1994 se realizaron varios sondeos en el entorno de les Coves de Sant Josep, con el objetivo de realizar un estudio de impacto ambiental y remodelar el paseo de acceso (Oliver 2010: 192; González y Viñuela 1994). La Cova dels Orgues fue uno de los focos de excavación. Se realizó un sondeo a la izquierda de la entrada, siendo esta la zona más cercana a la cueva que seguía siendo propiedad del ayuntamiento (Oliver 2010: 192). A partir de las fotografías de la campaña de excavación, hemos deducido que el sondeo se llevó a cabo justo delante de la reja de la entrada actual, ya que en varias imágenes se observa el murete de piedra izquierdo, que sostiene la puerta de la reja (figs. 4.72 y 4.75). Se realizó un sondeo de 2 m (Este-Oeste) por 1,5 m (Norte-Sur), ampliándose posteriormente 1,50x0,50 m hacia el Este y 1x0,50 m hacia el Sur (Oliver 2010: 192). A. Oliver recoge la información más relevante de este sondeo en su publicación sobre la cueva, por lo que aquí nos limitaremos a realizar una descripción general de la intervención, así como añadir imágenes inéditas cedidas por el Museu Arqueològic Municipal de La Vall d'Uixó, que nos ayudarán a comprender la problemática de esta intervención. Esta se realizó entre el 19 de enero y el 1 de marzo de 1994, siendo la que aportó mayor cantidad de materiales e información en el conjunto de intervenciones realizadas en el paseo desde enero de ese mismo año.



Fig. 4.75. Localización del muro en el nivel I: planimetría del nivel I (a partir de González y Viñuela 1994; Oliver 2010: fig. 3) (izquierda); imágenes del sondeo al principio y final de la excavación del nivel I (fotografía: Museu Arqueològic de La Vall d'Uixó) (derecha).

En primer lugar, debemos tener en cuenta que los materiales recogidos durante el sondeo proceden todos de la entrada a la cavidad. Así pues, no se conocen materiales hallados en el interior de la misma. En segundo lugar, la excavación se limitó a un sondeo que no refleja la potencia estratigráfica del acceso a la cueva

en su conjunto. Sin embargo, las características de los materiales nos aportan información relevante a tener en cuenta a la hora de realizar algún tipo de interpretación sobre el uso de este espacio en época ibérica.

Tal y como se indica en la memoria de excavación (González y Viñuela 1994) y recoge Oliver (2010), se documentaron tres niveles, a parte del nivel superficial en el que existe una clara remoción de cerámicas de varias épocas. Al comenzar la excavación del nivel I, se observa un muro de aproximadamente 1,20 m de longitud máxima. En relación a esta construcción, se diferencian tres zonas en el nivel I, una al Suroeste del muro (zona 1) y dos al Noreste del mismo (zona 2 y 3) (fig. 4.75). Son de especial interés las apreciaciones que se realizan en la memoria en relación a estas zonas, ya que el suelo que aparece al final del nivel I y se adosa al muro tan solo se aprecia en la zona 2 y 3. Por lo tanto, parece ser que se prepararía un suelo tan solo en la zona que queda al interior del muro y por tanto, más cercana a la cueva. Aunque fuera de dimensiones reducidas, pudo formar parte de un muro de mayor longitud, no conservado, que compartimentara el espacio exterior de la cueva en época ibérica, siendo de dicho momento la mayoría de material asociado al mismo. El muro carece de cimentación o preparación previa. Está construido con piedras irregulares de mediano y gran tamaño, situándose directamente sobre el terreno. Una vez se desmonta el muro, se excava el suelo del nivel I, de 5 cm de potencia, para llegar al nivel II. Conforme se excava este segundo nivel, se observa la disminución de cerámica ibérica, y el aumento de las importaciones fenicias, hasta llegar al nivel III, cuyo material son básicamente cerámicas de la Edad del Bronce (González y Viñuela 1994; Oliver 2010).

El sondeo se dio por concluido el 1 de marzo de 1994, sin reanudarse el permiso de excavación para ampliar la superficie a intervenir en un futuro próximo (González y Viñuela 1994).

Materiales

Los materiales revisados proceden del sondeo realizado en 1994, depositados en el Museu Arqueològic de La Vall d'Uixó. Éstos fueron recuperados en su totalidad de la zona junto a la verja actual que cierra la cavidad, desconociéndose la existencia de materiales en el interior de la misma. Se excavó un nivel superficial, seguido por tres niveles, de los cuales dos presentaron materiales de cronología ibérica. Aunque hemos revisado la totalidad de materiales, aquí incluiremos tan solo aquellos que proceden de niveles de época ibérica (nivel superficial, nivel I y nivel II). La colección estudiada se compone casi por completo de material cerámico de diversas épocas, desde la Edad del Bronce hasta época moderna. Sin embargo, también se recogieron tres fragmentos de bronce que comentaremos más adelante.

La mayoría de cerámicas están sigladas, haciendo referencia tanto al nivel como, en algunos casos, al cuadrante en el que se encontraron. Estas referencias se recogen en el inventario (ver anexo digital). Sin embargo, en la descripción de los materiales que realizaremos a continuación, nos limitaremos a exponer dicha información en tres grupos. En primer lugar, consideraremos parte del conjunto de materiales removidos, aquellas cerámicas procedentes del nivel superficial (N-SUP), sin referencia (SR), limpieza general de perfiles (LGP) y limpieza de perfiles en los niveles excavados (LPN-I y LPN-IC). En segundo lugar, consideraremos en un grupo diferente aquellas cerámicas que proceden del nivel I (A, B y C). Tal y como se indica en la memoria,

el N-IA y el N-IB se localizan dentro del muro, mientras que el N-IC se asocia a la base del muro, el cual se documenta en toda la cata. De esta última zona es de donde proceden la mayoría de materiales. Finalmente, el tercer grupo estará formado por los materiales del nivel II (N-II) (fig. 4.76).

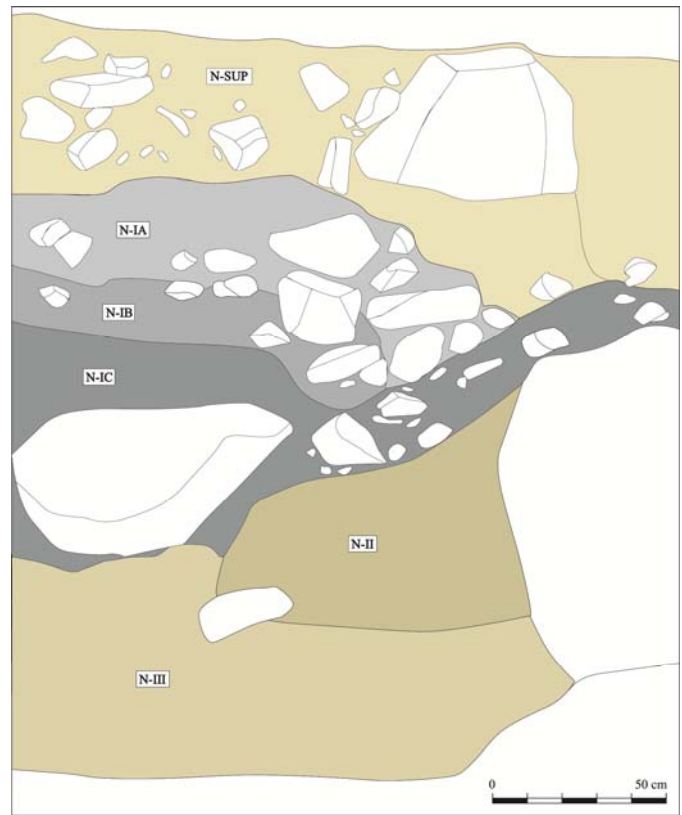


Fig. 4.76. Corte estratigráfico del sondeo (a partir de González y Viñuela 1994; Oliver 2010: fig.4).

Material cerámico

Del total de 5254 fragmentos, documentamos un NMI de 199, destacando las cerámicas ibéricas (NMI 193, 96,98%), frente a las importaciones (NMI 5, 3,02%). En el conjunto de cerámicas ibéricas, las más representativas son las cerámicas finas o de Clase A (156, 78,39%), en especial las cerámicas del grupo I (35,90% del total de Clase A) y las del grupo III (30,77% del total de Clase A). Por otro lado, las cerámicas toscas o de Clase B tan solo representan el 18,59% del total (NMI 37) (fig. 4.77).

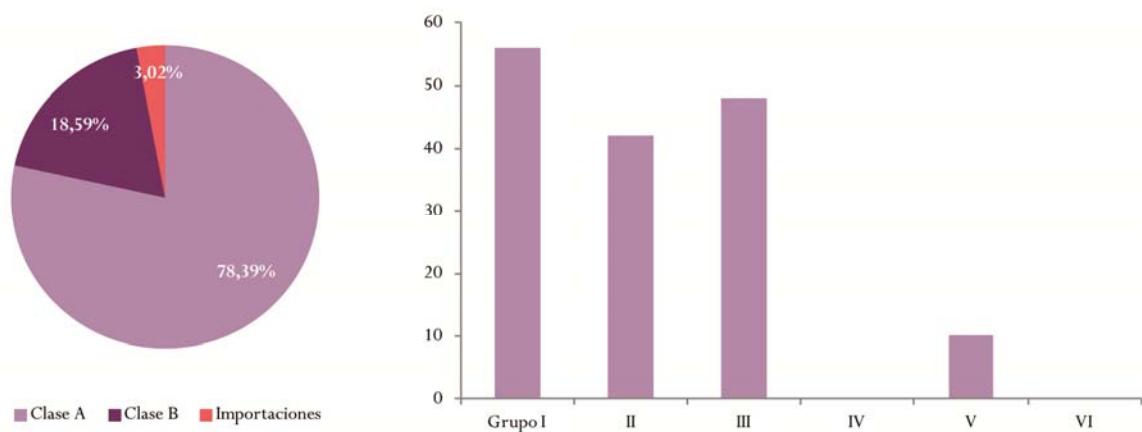


Fig. 4.77. Representación porcentual global de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cova dels Orgues.

Si observamos la muestra estudiada basándonos en los tres grupos indicados con anterioridad, vemos que el nivel I es el que presenta tanto un mayor número de fragmentos (3824) como de recipientes (163) (fig. 4.78), mientras que los niveles con material removido cuentan con 24 recipientes (1006 frags.) y el nivel II con un NMI de 12 (424 frags.). Además, tal y como se indica en la memoria de excavación, la presencia de fragmentos de origen fenicio y materiales de la Edad del Bronce aumentan en el N-IC y el N-II. Por lo tanto, aunque haya una ligera remoción en los primeros niveles, sí que existe una estratigrafía clara en los niveles finales (González y Viñuela 1994).

Tipo	Tipología	NMI										NMI-T	NMI-G	Clase	Grupo	Técnica
		Material removido					Nivel I			Nivel II						
		N-SUP	LPG	SR	LPN-I	LPN-IC	N-IA	N-IB	N-IC	N-II						
Ánfora	A.I.1	2					4	1	5	1		14	56	A	I	T
	A.I.1.2						1									
Tinaja	A.I.2							1				42	42	A	II	T
	A.I.2.1	2							1							
Tinajilla	A.I.2.2	3	1				2	17	14	1		40	42	A	III	T
	A.II.2.1								1							
Urnas de orejetas	A.II.2.2	1	1			2	5	4	21	5		1	48	A	IV	T
	A.II.4.1	1										1				
Kalathos	A.II.7.1						1					1	10	A	V	T
Vajilla mesa indet.	A.III	1			1		2	1	12			17				
Botella	A.III.1						1					1	48	A	VI	T
Jarro	A.III.2								1			4				
	A.III.2.2								3			1	10	A	VII	T
Caliciforme	A.III.4					1						1				
Plato	A.III.8.1	2				1	1		5	2		23	48	A	VIII	T
	A.III.8.2		1				2	1	6	1						
	A.III.8.3								1							
Cuenco	A.III.9						1		1			2	10	A	IX	T
Tapadera	A.V.1					1			4			6				
	A.V.1.4											1	10	A	X	T
Mortero	A.V.4					1			1			2				
Quesera	A.V.6								1			1	37	B	XI	T
Fondus	A.V.7.2						1					1				
Olla	B.1						9	8	12	1		32	6	IMPORT	XII	T
	B.1.1	1					1									
Botella	B.5								1			1	37	B	XIII	T
Tapadera	B.6								1			1				
Cuenco	B.7.1							1				1	6	IMPORT	XIV	T
Plato/tapadera	B.7.3								1			1				
Urnas de orejetas	B.8								1			1	6	IMPORT	XV	T
Import. FEN	Ánfora									1						
	Pithos			1						2			6	IMPORT	XVI	T
Import. Ática	L. 42						1									
Total		13	3	1	1	6	32	36	95			199				
						24			163	12						

Fig. 4.78. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cova dels Orgues.

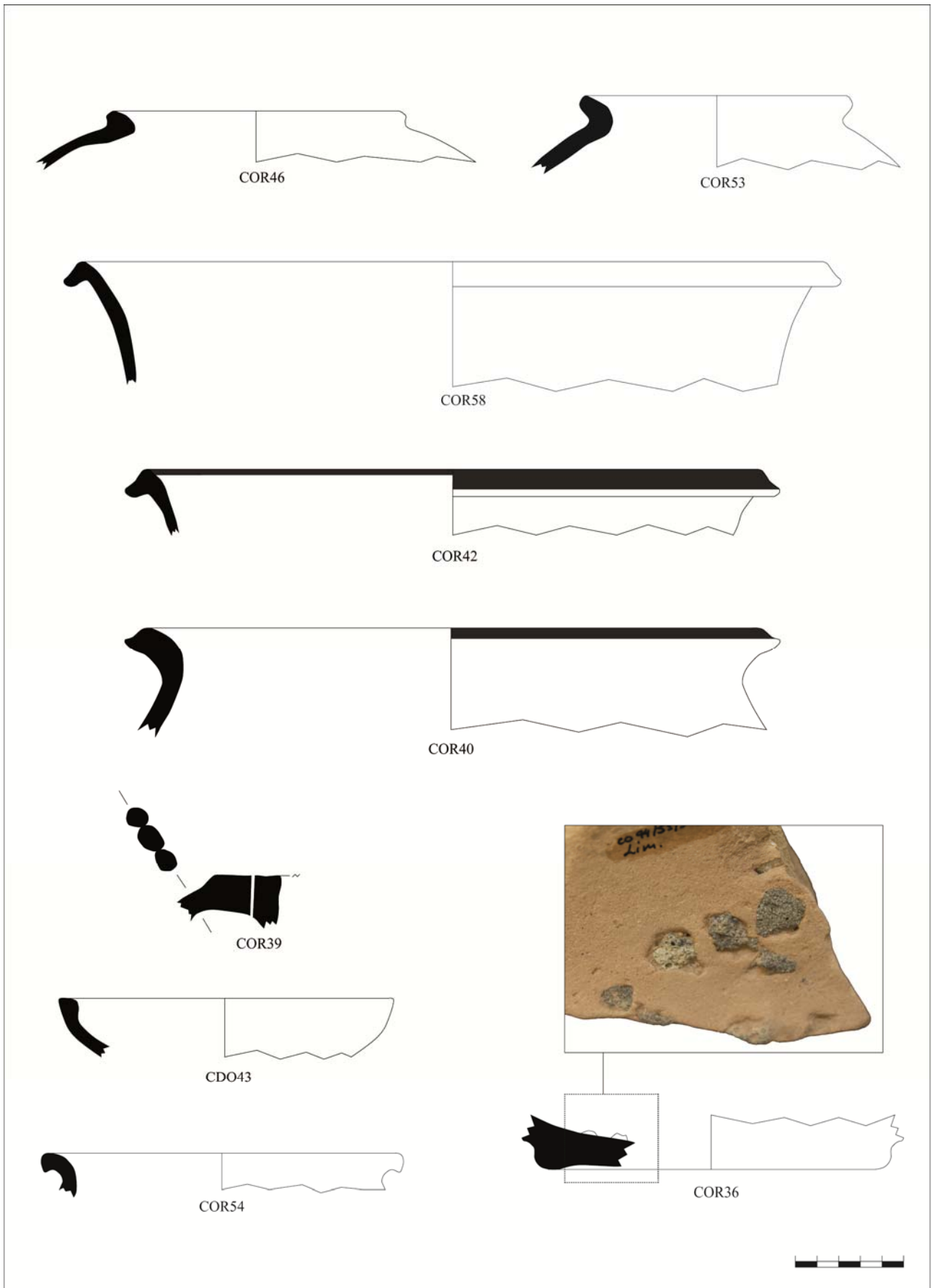


Fig. 4.79. Cerámicas halladas en los niveles removidos (N-SUP, LPG, SR, LPN-I y LPN-IC).

Las formas

- Materiales removidos

De la totalidad de 1006 fragmentos, hemos identificado un NMI de 24. De éstos, 14 fragmentos proceden del N-SUP, dos de la LPG, uno del material SR, 46 de la LPN-I y 174 de la LPN-IC. En cuanto a la tipología cerámica presente en este conjunto, la mayoría son cerámicas ibéricas (23), mientras que tan solo se documenta un recipiente de importación fenicia (pithos COR443) (fig. 4.78). Entre las cerámicas ibéricas, destacan las de Clase A (91,67%). Dentro de este grupo, el más representativo sería el Grupo I (NMI 8, 36,36% del total de Clase A). Por último, indicar que la mayoría de fragmentos presentan superficies muy rodadas, alteradas por fenómenos postdeposicionales y, en aquellas que presentaban algún tipo de decoración, está muy mal conservada (fig. 4.79).

El grupo I, de grandes contenedores destinados al almacenaje y al transporte, está representado por un NMI de 8: ánforas (2) y tinajas (6). Del grupo II, se documentan 5 recipientes: cuatro tinajillas y una urna de orejetas con una perforación de tan solo 1 mm de diámetro (fig. 4.79: COR39). El grupo III o vajilla de mesa está presente con un NMI de 7: un caliciforme, tres platos y dos fragmentos que, por su limitado tamaño, nos ha sido imposible incluir en un subgrupo determinado. Pertenecientes al grupo V, documentamos un NMI de 2: una tapadera y un mortero con piedrecitas (fig. 4.79: COR36).

Sin embargo, de las cerámicas de Clase B tan solo documentamos una olla (fig. 4.79: COR54). Finalmente, por lo que concierne a las importaciones, hay que destacar que aunque tan solo documentamos un NMI de 1, por el *pithos* con asa desde el labio, el número de fragmentos informes de origen fenicio asciende a 103. Al juzgar por el grosor de las paredes y las características de la pasta, la mayoría pertenecerían a un recipiente de gran tamaño. Además, aunque no hemos considerado NMI, hay que indicar la presencia de un fragmento informe con perforaciones circulares, que pudo servir como un colador o quesera¹⁴ (fig. 4.80).

Fig. 4.80. Fragmento informe COR49, perteneciente a un posible colador o quesera, hallado en el N-SUP.



¹⁴ Estos recipientes están siendo revisados con la colaboración de V. Albelda, ya que es interesante su presencia en varios yacimientos del Norte de la actual provincia de Valencia y el Sur de Castellón.

- Nivel I

Del total de 3824 fragmentos, se documentan 163 recipientes. La mayoría proceden del N-IC (NMI 95), seguidos por el N-IB (NMI 36) y el N-IA (NMI 32) (fig. 4.78). Tipológicamente observamos en general un predominio de las cerámicas ibéricas (NMI 158), mientras que tan solo el 3,07% (NMI 5) son cerámicas de importación. Entre las cerámicas ibéricas, destacan las de Clase A (75,46%), en especial las del grupo I (NMI 46, 40,35% del total de Clase A). Del mismo modo que ocurre en el conjunto de materiales removidos, las cerámicas del N-IA presentan superficies muy rodadas, alteradas por fenómenos postdeposicionales que afectan a la conservación de la pintura en aquellas ocasiones en las que están decoradas.

El grupo I, de grandes contenedores destinados al almacenaje y al transporte, está representado por un NMI de 46: ánforas (11) y tinajas (35). Del grupo II, se documentan 32 recipientes: 31 tinajillas y un *kalathos*. El grupo III o vajilla de mesa está presente con un NMI de 38: una botella, cuatro jarros, 18 platos y 15 fragmentos que, por su limitado tamaño, nos ha sido imposible incluir en un subgrupo determinado. Pertenecientes al grupo V, documentamos un NMI de 6: cuatro tapaderas, un mortero con piedrecitas y un *pondus* cuadrangular (figs. 4.81-4.84). Además, vuelve a aparecer un fragmento con perforaciones cuadrangulares perteneciente a una posible quesera, similar al que se halló en los niveles removidos (fig. 4.80).

Las cerámicas de Clase B están presentes en el N-I, por un NMI de 36, entre los que destacan las ollas (30), con una variedad tipológica de perfiles y bordes muy rica (figs. 4.81-4.84). Además, también se documenta una botella, una tapadera, un cuenco, un plato/tapadera y una urna de orejetas que hemos identificado con el subtipo B.8 (fig. 4.78). Finalmente, por lo que concierne a las importaciones, destacar que aunque en el caso de las fenicias tan solo documentamos un NMI de 2 (un ánfora T-10.1.2.1 y un *pitthos*) (fig. 4.84), pertenecientes al N-IC, el número de fragmentos informes de origen fenicio asciende a 257 (6 del N-IA, 10 del N-IB y 241 del N-IC). Al juzgar por el grosor de las paredes y las características de la pasta, la mayoría pertenecerían a recipientes de gran tamaño. Las pastas informan de dos orígenes distintos, estando presentes las características pastas de la zona del estrecho. Además, documentamos dos recipientes de origen ático, entre los que hemos podido identificar una copa tipo Cástulo (L42) (fig. 4.82: COR 442).

- Nivel II

Del total de 424 fragmentos recogidos en el nivel II, identificamos un NMI de 12. En este caso, los recipientes de importación están ausentes, pero sí que se documentan 80 fragmentos informes de origen fenicio que no hemos contabilizado con NMI en este nivel. Entre las cerámicas ibéricas, destacan las de Clase A (NMI 11, 91,67%), siendo el Grupo II el mejor representado (5 recipientes). Sin embargo, tan solo documentamos una olla de Clase B (fig. 4.78).

Del grupo I, tan solo documentamos un ánfora y una tinaja. Del grupo II, se documentan 5 tinajillas. El grupo III está presente con tres platos. Y, finalmente, del grupo V documentamos una tapa con pomo cónico, que suele asociarse a las urnas de orejetas (fig. 4.85).

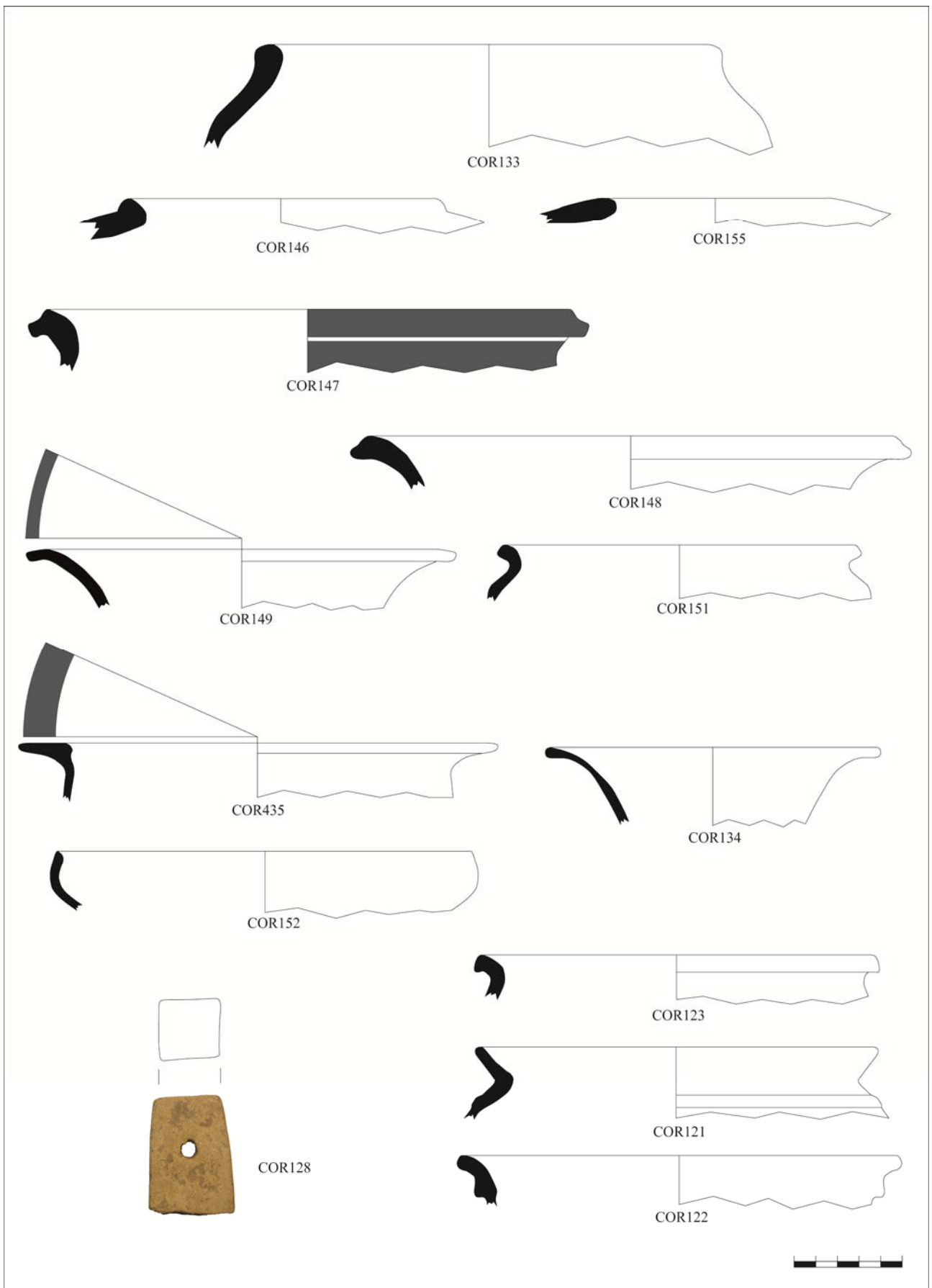


Fig. 4.81. Recipientes cerámicos más representativos hallados en el N-IA.

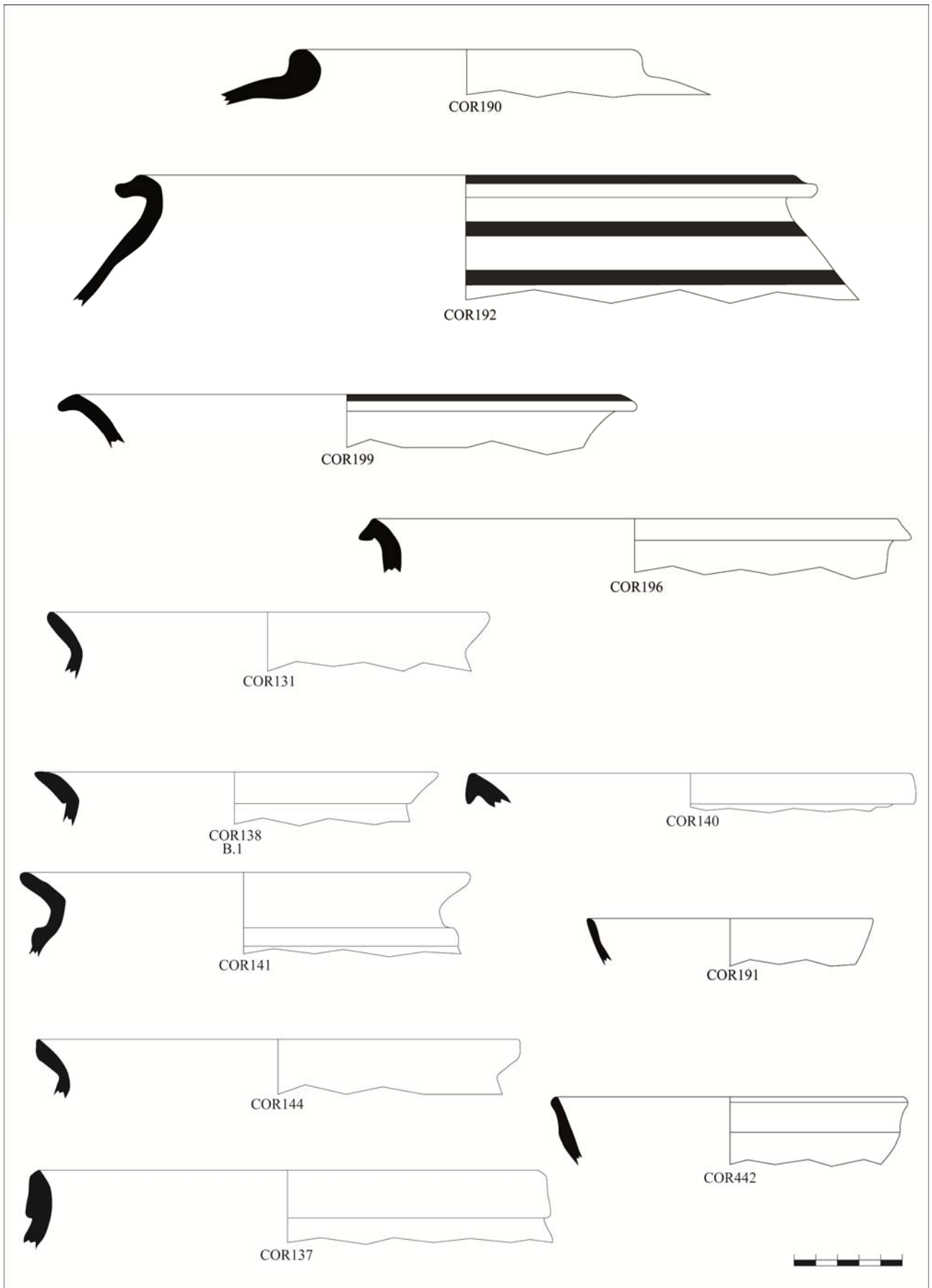


Fig. 4.82. Recipientes cerámicos más representativos hallados en el N-IB.

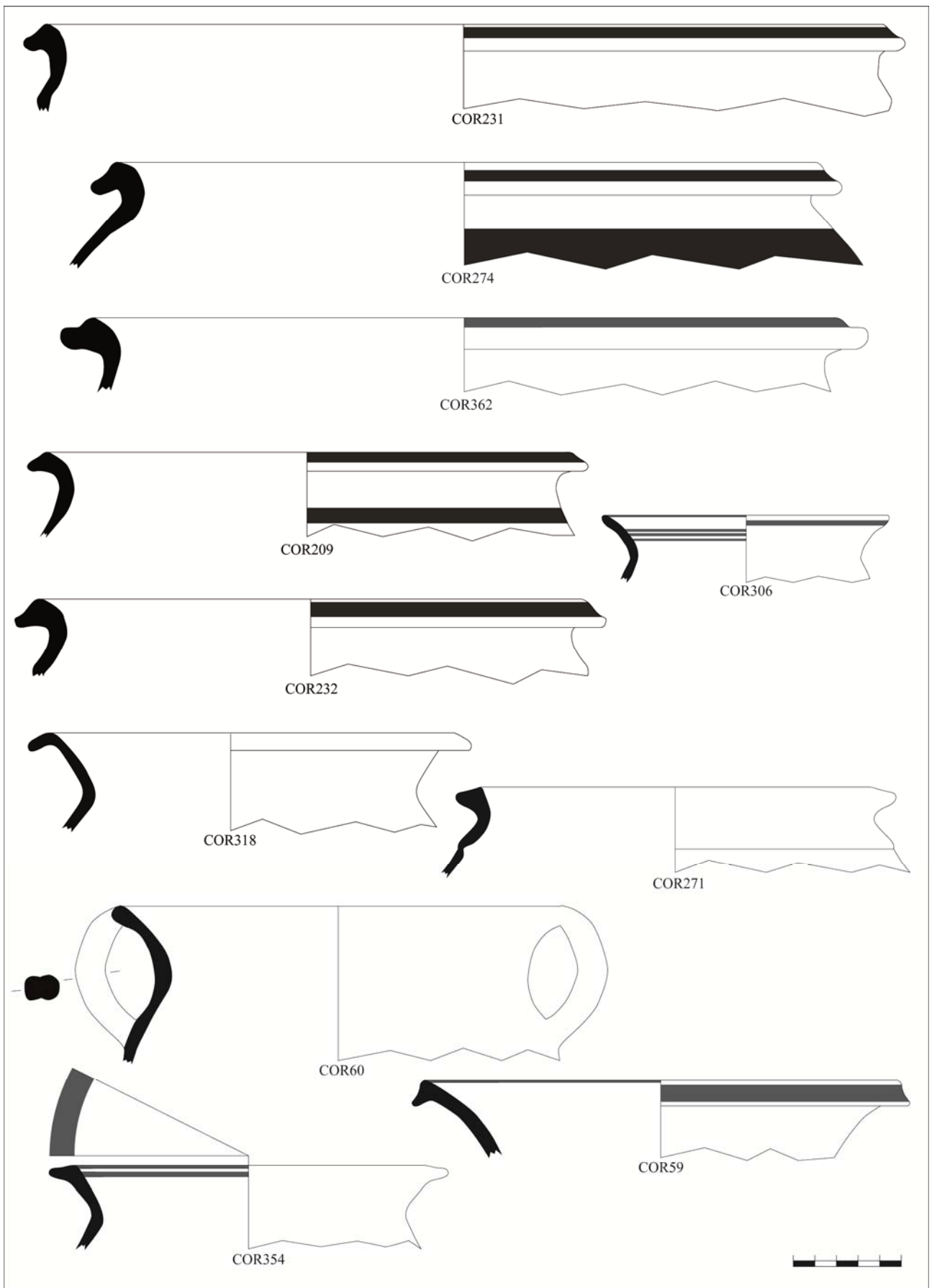


Fig. 4.83. Recipientes cerámicos más representativos hallados en el N-IC.

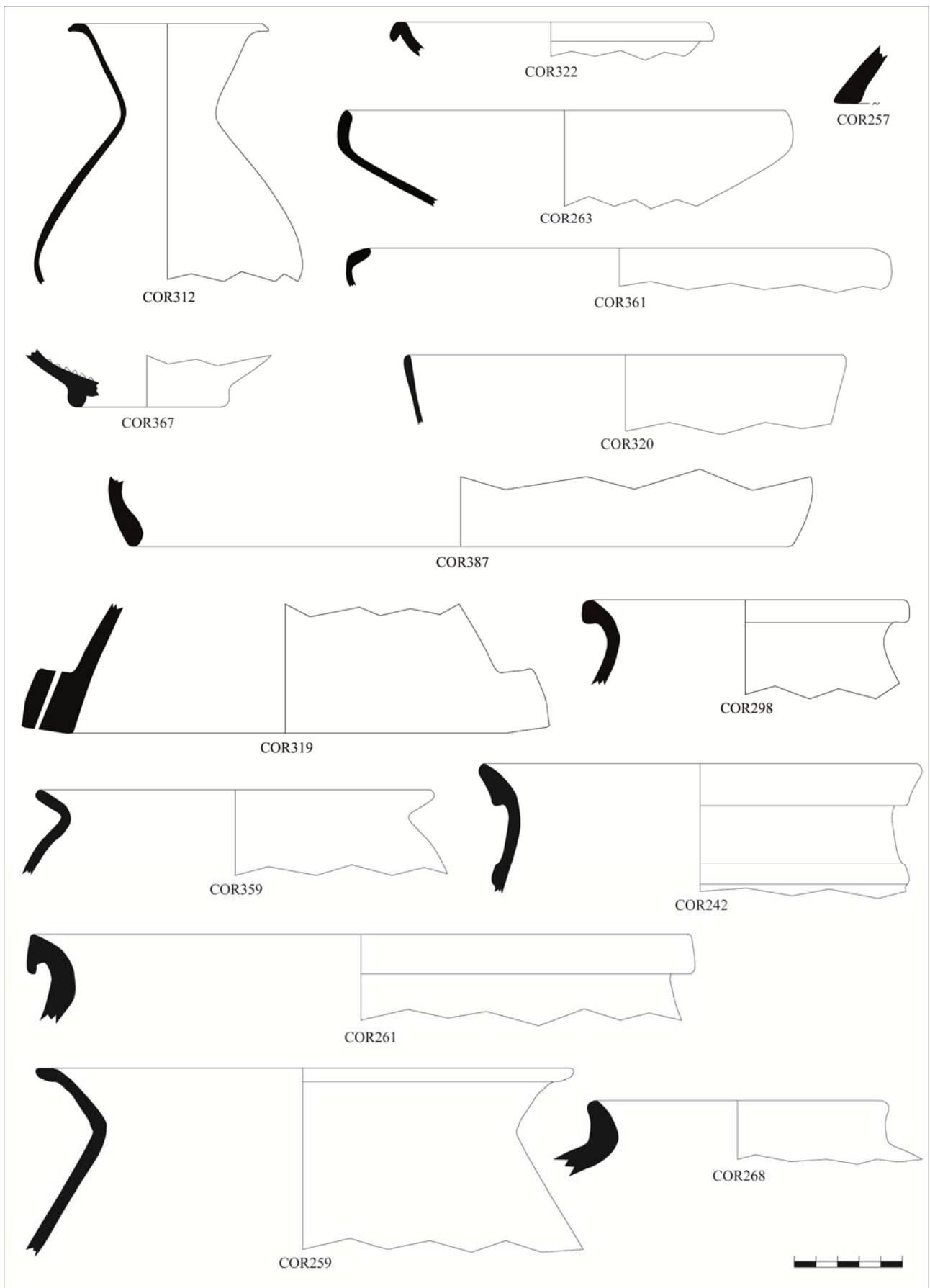


Fig. 4.84. Recipientes cerámicos más representativos hallados en el N-IC.

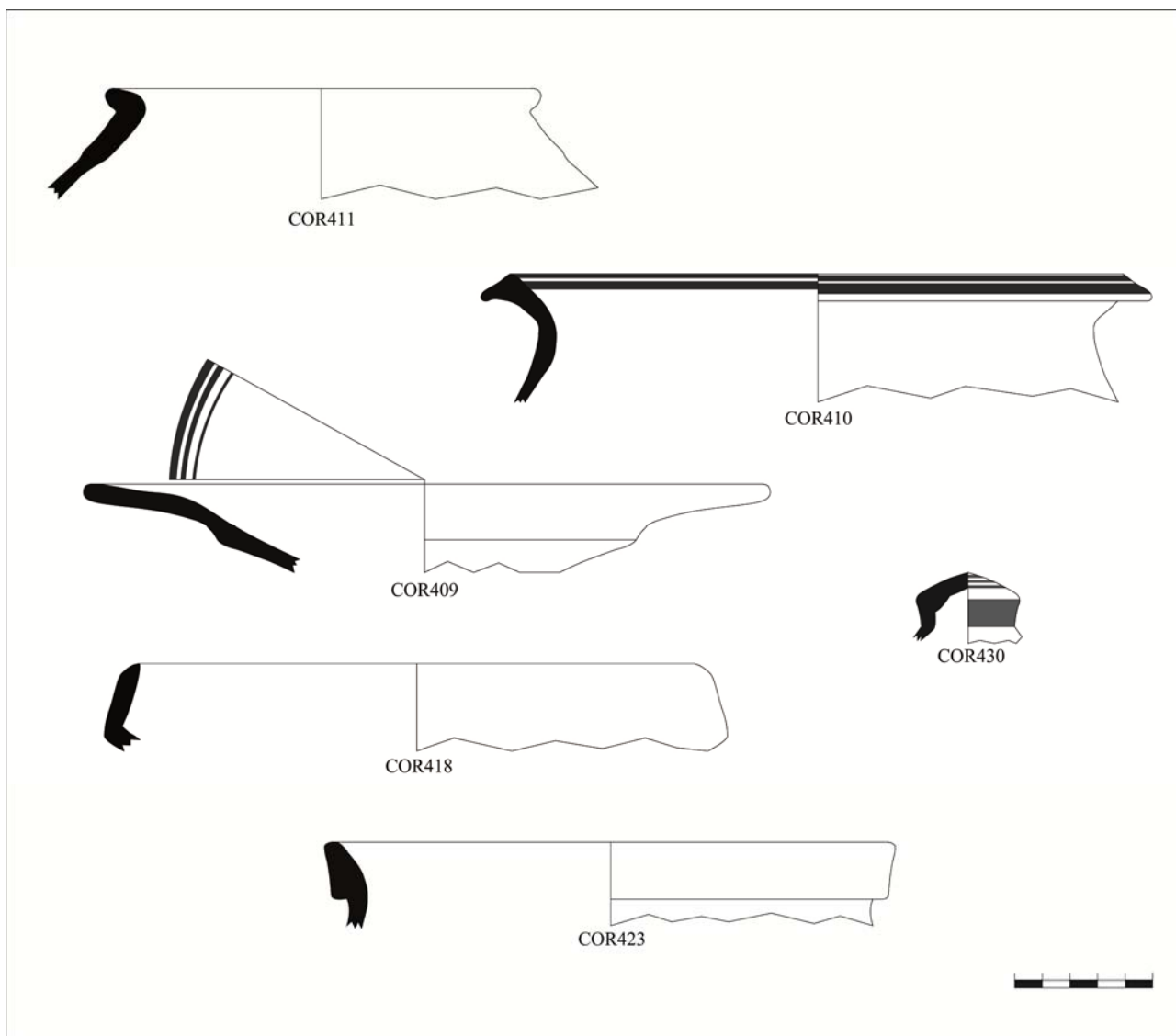


Fig. 4.85. Recipientes cerámicos más representativos hallados en el N-II.

Las decoraciones

Del total de 5254 fragmentos, tan solo 236 (4,49%) presentan algún tipo de decoración. Generalmente la decoración presente en los fragmentos de Clase A es pintura geométrica. Sobre todo, se observan bandas y líneas, aunque también hemos documentado algunos motivos circulares, rombos y melenas (fig. 4.86). De las cerámicas de Clase B, muy pocas presentan decoración. Tan solo cuatro ollas se decoran con un baquetón (fig. 4.81: COR121; fig. 4.82: COR141; fig. 4.84: COR242). Entre las importaciones, a parte del tratamiento externo a base de barniz en las cerámicas áticas, algunos fragmentos informes de origen fenicio presentan restos de pintura a base de bandas y líneas. Sin embargo, la conservación dificulta su apreciación.



Fig. 4.86. Ejemplo de decoración geométrica, hallado en el N-IC (COR211).

Objetos metálicos

Tan solo documentamos tres fragmentos pertenecientes a una varilla de bronce de sección circular, hallada en el nivel IC, que no podemos asociar con ningún objeto determinado.

Restos óseos

Restos de fauna

Los restos óseos no han podido ser revisados. Sin embargo, contamos con la información procedente del análisis preliminar realizado por P. Iborra sobre la fauna, publicado parcialmente por Oliver (2010: 196-198)¹⁵. La muestra revisada asciende a un total de 406 restos, de los cuales se identificaron 220 (54,19%), pertenecientes tanto a animales silvestres como domésticos (fig. 4.87). Del mismo modo que ocurre con el volumen de cerámicas, la mayoría de restos faunísticos se localizan en el N-IC (32,02%) y el N-II (34,48%). En cuanto a la representación de especies, si observamos la muestra en su conjunto, observamos que el número de restos es mayor en el caso de los ovicaprinos (31,28%), los bovinos (11,33%) y los cerdos (4,40%). El resto se documentan en un número muy reducido, estando presentes especies como el ciervo, caballo, conejo u otros restos de avifauna o quelonio. Por último, Iborra (1994) incluye en dos grupos los restos sin identificación taxonómica específica: mesomamíferos (31,03%) y macromamíferos (14,87%).

Taxones	NR							NR-Total	Total (%)
	N-SUP	N-I				N-II	N-III		
		N-I General	N-IA	N-IB	N-IC				
Ovicaprino indet.	32	3	8	6	46	30	2	127	31,28%
Oveja					1	1		2	0,49%
Cabra	1			1				2	0,49%
Cerdo	4		1	1	10	10		26	6,40%
<i>Bos taurus</i>		3		3	20	20		46	11,33%
Bovino/ciervo			1		1	2		4	0,99%
Ciervo	3							3	0,74%
Equino					1			1	0,25%
Conejo					1			1	0,25%
Conejo/liebre			1					1	0,25%
Quelonio			3					3	0,74%
Avifauna	1		1		2			4	0,99%
Mesomamíferos	27	1	6	8	34	50		126	31,03%
Macromamíferos	7	1	9	2	14	27		60	14,78%
Total	75	8	30	21	130	140	2	406	

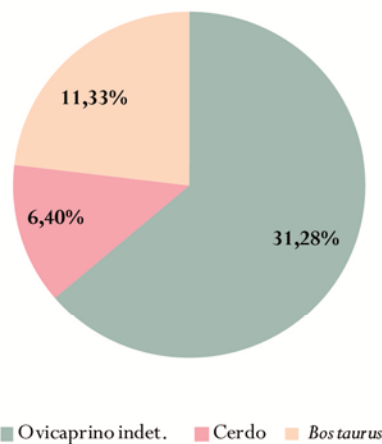


Fig. 4.87. Cuantificación de especies de la muestra faunística de la Cova dels Orgues, con gráfico en valores porcentuales de las especies más representativas (a partir de Iborra 1994).

Debido a la diferencia numérica entre los restos de ovicaprinos, bovinos y cerdos frente al resto, nos centraremos en el comentario de estos tres grupos. Sin embargo, no realizaremos apreciaciones sobre el NMI ni las edades de muerte como en otros casos, ya que los resultados del estudio de P. Iborra son preliminares.

¹⁵ Hay que tener en cuenta que tal y como indica P. Iborra en el informe depositado junto a la memoria de excavación en el Museu Arqueològic Municipal de La Vall d'Uixó, se trata de una clasificación preliminar pendiente de ser revisada con el apoyo de una colección de referencia.

Representación anatómica

Los elementos anatómicos mejor representados, tanto en cerdos (66,67%) como en ovicaprinos (57,26%) y bovinos (68,89%), son las partes craneales. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la mayoría de los restos son dientes aislados cuyo número afecta al recuento general (fig. 4.88).

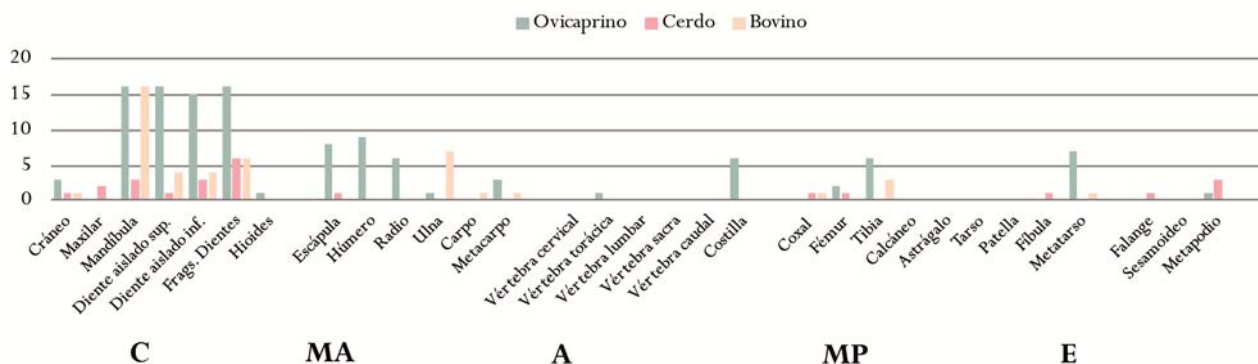


Fig. 4.88. Porcentajes de representación anatómica de las especies más destacadas de la muestra faunística (a partir de Iborra 1994).

Alteraciones

Del total de 406 restos, tan solo 18 (4,43%) cuentan con algún tipo de alteración detectada en el análisis preliminar. Es interesante observar que de las especies más representativas, tan solo ocho fragmentos de ovicaprinos parecen tener alteraciones: roeduras (5), termoalteraciones (2) y marcas (1). Entre los demás restos, también son muy pocos los que presentan alteraciones: un fragmento de avifauna con marcas de carnicería, fragmentos de mesomamíferos con termoalteraciones (3) o roeduras y alteraciones producidas por el agua (6). De todos modos, tal y como hemos identificado con anterioridad, estos resultados provienen de un estudio preliminar. Por tanto, una revisión en profundidad de los mismos podría suponer ligeros cambios en cuanto a la identificación de especies, así como evidenciar un número más elevado de alteraciones que no se detecten a simple vista.

Cronología

Tal y como indica Oliver (2010: 196), los niveles superficiales presentan una clara remoción material. Existe una convivencia entre cerámicas fenicias, con formas ibéricas de características propias entre el s. V-III/II a.C. La decoración geométrica es algo más elaborada en los fragmentos hallados en estos niveles: melenas y motivos circulares, frente a la preeminencia de decoraciones simples en los niveles inferiores (N-IC y N-II). Las cerámicas áticas, que aportan una cronología del s. IV a.C., se documentan tanto en el N-IA como en el N-IB. Las importaciones fenicias están presentes en todos los niveles, mostrando por tanto algo de remoción incluso en el N-IA. Sin embargo, bien es cierto que el número de fragmentos es mucho mayor en el N-IC (257 frags.) y el N-II (80 frags.).

En líneas generales, podemos deducir, por tanto, que hubo al menos dos momentos de uso del espacio situado a la entrada de la cavidad en época ibérica. Un primer momento entre los ss. VI-V a.C., que estaría representado por el N-II y el N-IC, y un segundo momento entre los ss. V-III/II a.C., en el cual se construyó un muro y un nivel de suelo en la zona más cercana a la cueva.

Interpretaciones previas

Debido a que la intervención del paseo realizada en los años 90 permaneció inédita hasta que, en 2010, A. Oliver, publicó parte de los resultados, son muy pocas las referencias publicadas sobre esta cueva. A. Oliver propone dos interpretaciones en relación al uso de este espacio en época ibérica. Por una parte, indica la cercanía al poblado de Sant Josep, reflexionando sobre el posible uso de la cueva como un espacio artesanal o de vivienda, habitada por agricultores o pastores que explotaban el entorno (Oliver 2010: 199). Por otra parte, indica su posible uso sacralizado relacionado con la presencia del río Belcaire y el río subterráneo de las Grutas de Sant Josep, así como la presencia de importaciones de varias épocas. De todos modos, de considerar un uso ritualizado de este espacio, indica que se trataría de un lugar de culto periurbano o de entrada, diferente a las conocidas como cuevas-santuario que estudian Gil-Mascarell (1975) o González-Alcalde (1993b, 2002-2003a) (Oliver 2010: 199-201).

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

Las características físicas descritas del interior de la cavidad podrían relacionarse con un espacio ritual. Sin embargo, no tuvimos la posibilidad de visitarla y, por tanto, no realizaremos apreciaciones sobre su significado basándonos en el espacio interior. Sí que es importante tener en cuenta la localización de la cavidad. Del mismo modo que la frecuentación ibérica de la Cova de Can Ballester no puede entenderse sin su contexto espacial, la Cova dels Orgues también tendría una relación directa con el poblado ibérico de Sant Josep. Tal y como propone Oliver (2010: 199), la situación de la cueva, tan cercana a los recursos del río Belcaire, pudo significar la frecuentación de la misma con un uso habitacional dependiente del poblado. Además, no debemos obviar la existencia de una estructura muraria y un nivel de suelo asociado al interior de dicho muro, el cual pudo utilizarse para cerrar el área cercana a la cueva.

El tipo de materiales documentado es muy diferente al que hallamos en otras cavidades. No se produce una repetición evidente de un solo tipo cerámico, pero sí destaca la cantidad de grandes contenedores. La presencia de este tipo de recipientes pudo estar relacionada con el uso del espacio como un área de almacenaje o simplemente un área dependiente de alguna vivienda localizada a orillas del río y dependiente del poblado situado en la cima de la montaña. Es cierto que la presencia de importaciones (áticas y fenicias) en este tipo de contextos se suele asociar con algún tipo de ofrenda ritual. Sin embargo, estas importaciones pudieron funcionar como recipientes de almacenaje, como en el caso de las ánforas y tinajas de origen fenicio.

Evidentemente, sería necesario realizar una intervención en el interior de la cavidad para conocer mejor el uso de la misma en época ibérica. Si nos basamos en los materiales documentados en el sondeo realizado en el exterior de la misma, no podemos proponer un uso ritual, sino más bien una utilización del espacio, dependiente del poblado de Sant Josep.

4.3.6. ADLC: Abric de les Cinc (Almenara, Castellón)

Localización y características físicas

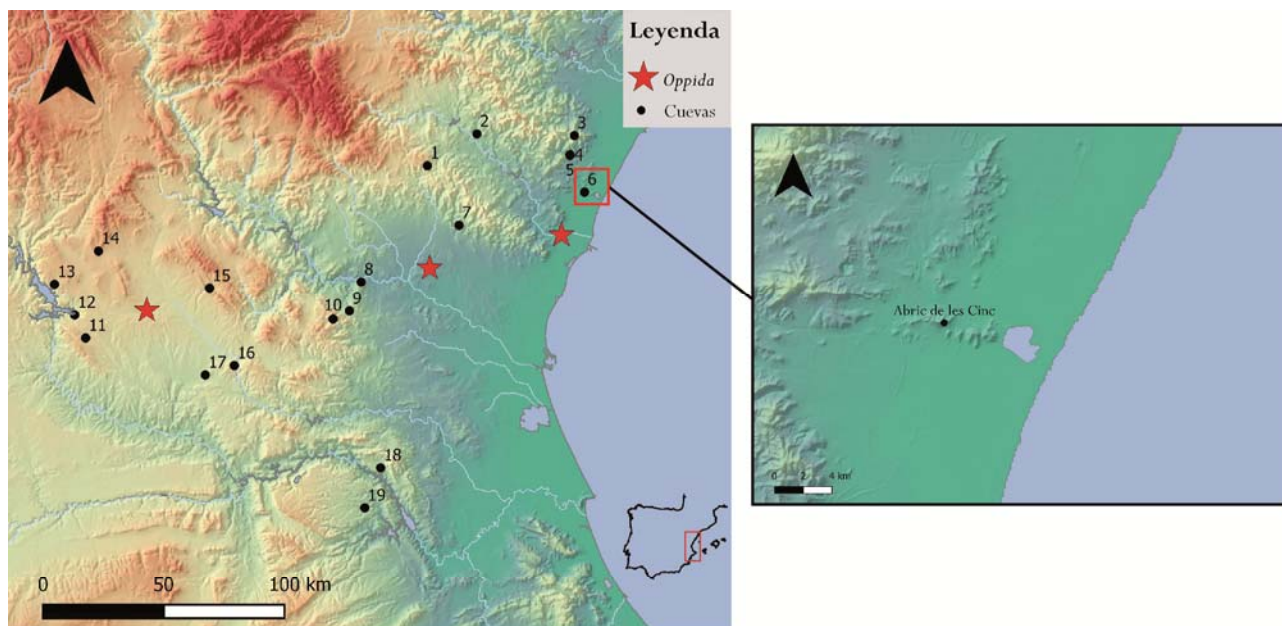


Fig. 4.89. Situación del Abric de les Cinc con vista 3D del Abric (1) y el poblado de El Castell (2) (a partir de Albelda y Machaue 2015: fig. 1).

El Abric de les Cinc, también conocido como Cova de les Cinc o Cova del Sol¹⁶, se localiza a 109 msnm en la ladera Sureste del cerro del Castell. Situado en las últimas estribaciones de la Sierra de Espadán, este cerro forma parte de los conocidos como Montes de Almenara (fig. 4.89) (Junyent 1976; Junyent *et al.* 1982-83; Fernández *et al.* 1982: 104). Su nombre se debe a que *en tiempos antiguos, los campesinos carentes de reloj, regresaban de sus tareas cuando se conjuntaban el sol y la sombra de la entrada de dicha cueva, visible desde lejos, entendiéndolo con ello que eran las cinco de la tarde, hora antigua*. Sin embargo, desconocemos la estación del año en la que se vislumbraba este fenómeno que dio nombre al abrigo.

¹⁶ Turismo Almenara (http://www.almenara.es/?page_id=132): consultada el 26 de marzo de 2015.



Fig. 4.90. Localización del abrigo en la ladera Sureste del cerro del Castell.

Fig. 4.91. Pasillo de acceso, vista desde el abrigo.

El abrigo cuenta con una apertura orientada al Suroeste de unos 2,50 m de altura media y 9 m de profundidad en visera (fig. 4.90). Actualmente su entrada principal se encuentra parcialmente oculta, como consecuencia del desprendimiento de una antigua visera, por lo que se accede desde un pasillo situado al Noroeste (fig. 4.91). Cuenta con una profundidad de 5m, 15 m de ancho y una altura máxima de unos 2 m¹⁷ (Junyent 1976; Junyent *et al.* 1982-83).

Restos de un cercado para el ganado indican su utilización como refugio de pastores. Además, el abrigo se sigue frecuentando en la actualidad para practicar la escalada, tal y como pudimos comprobar cuando lo visitamos.

Intervenciones

Desde el SIAP, se llevaron a cabo dos excavaciones arqueológicas en el abrigo en 1973 y 1977, bajo la coordinación de F. Gusi y E. Junyent. Los materiales documentados evidenciaron diversos momentos de frecuentación desde el Bronce Final hasta época medieval.

El primer sondeo se llevó a cabo en la zona central del abrigo. Alcanzando los 3,20 m de profundidad, se excavó una cata de 2x1,5 m. Al carecer de una diferenciación estratigráfica clara, se decidió descender por niveles artificiales en aquellas zonas en las que las piedras desprendidas de la bóveda lo permitían. Los materiales de cronología ibérica se documentaron en los niveles IIa (1,50-1,90 m), IIb (1,90-2,20 m) y IIc (2,20-2,50 m) (Junyent 1976: 195).

¹⁷ <http://www.cuevascastellon.uji.es/> (consultada el 26 de marzo de 2015).

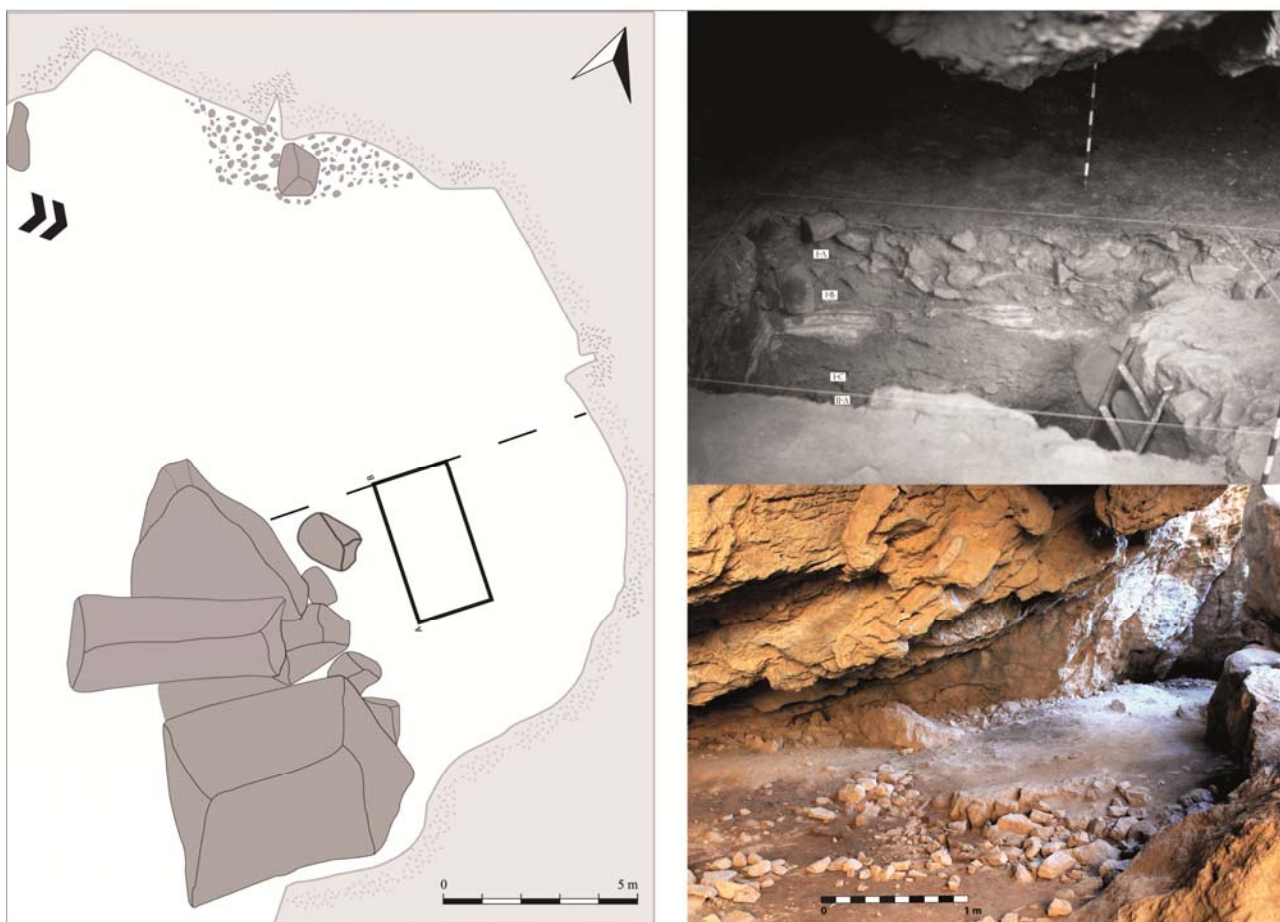


Fig. 4.92. Planta del abrigo (a partir de Junyent *et al.* 1982-1983; fig. 1B); excavación de 1977 (fotografía: Arxiu SIAP); estado actual del abrigo.

En 1977 se llevó a cabo la segunda intervención, la cual también se vio condicionada por los bloques desprendidos de la bóveda. El sondeo se dividió en cuatro cortes (A, B, C y D), que alcanzaron una profundidad de 4-5 m dependiendo del sector (fig. 4.92). Los niveles superiores se vieron afectados por los desprendimientos de bloques de la visera del abrigo, así como la acción de micromamíferos (estrato I de los sectores A, B y C). Los materiales de cronología ibérica se documentaron tanto en los niveles superiores, mezclados con materiales romanos y medievales, como en los niveles intermedios (estrato II de los sectores A, B, C, y D) (Junyent *et al.* 1982-83).

Material cerámico

En 2015 publicamos junto con V. Albelda, los resultados de la revisión de los materiales hallados en ambas intervenciones (Albelda y Machause 2015). Por tanto, aquí nos limitaremos a realizar algunas apreciaciones generales sobre los mismos. Tal y como indicamos en dicho trabajo, nuestro objetivo era obtener una visión global tanto del volumen como de las características generales de las cerámicas de cronología ibérica

halladas en el abrigo¹⁸. Debemos tener en cuenta dos factores importantes en relación a los materiales que se conservan en el SIAP. En primer lugar, hay que tener muy presente la remoción existente en los primeros niveles de ambos sondeos. Y en segundo lugar, debemos ser conscientes de que en algunas ocasiones se confunden ambas intervenciones y hay indicaciones contradictorias entre las publicaciones y las referencias del catálogo. El conjunto de materiales revisado se conforma exclusivamente por cerámicas. Gran parte de ellas muestran un alto índice de fragmentación que dificultó en gran medida su identificación tipológica. La mayoría de ellas proceden de la segunda intervención llevada a cabo en el abrigo (Albelda y Machause 2015: 78). Del total de 4469 fragmentos, hemos identificado un NMI de 344. La mayoría son cerámicas ibéricas (95,93%), entre las que destacan los recipientes de Clase A (85,17%). El otro 14,83% se divide entre cerámicas de Clase B (3,20%), cerámicas a mano (7,56%) y cerámicas de importación (4,07%) (fig. 4.93).

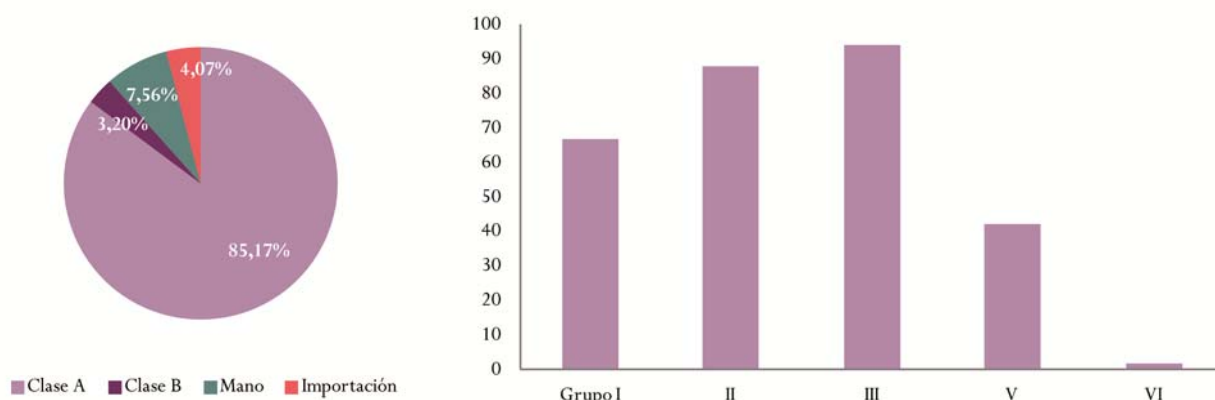


Fig. 4.93. Representación porcentual de las cerámicas de cronología ibérica halladas en el Abric de les Cinc.

Las formas

Las cerámicas de Clase A son las más representativas del conjunto. Sin embargo, no existen grandes variaciones en cuanto a NMI entre los grupos. Así pues, el grupo I cuenta un NMI de 67 (22,87% del total de cerámicas de Clase A). Tal y como se observa en la fig. 4.94, este grupo está presente a través de 21 ánforas y 46 tinajas (fig. 4.95). El grupo II cuenta con un NMI de 88 (30,03% del total de cerámicas de Clase A), con 84 tinajillas y cuatro urnas de orejetas (fig. 4.95). El grupo III está presente en el abrigo con un NMI de 94 (32,08% del total de cerámicas de Clase A). Identificamos botellas (6), jarros (9), caliciformes (13), platos (47) y cuencos (2). Además, incluimos en este grupo 17 recipientes cuyas características podrían incluirse en cualquiera de los subtipos indicados con anterioridad (fig. 4.96). El grupo V representa el 14,33% del total de Clase A, con un NMI de 42: nueve tapaderas, tres morteros, siete tejuelos y 23 *pondera*. Finalmente, del grupo VI identificamos un *kylix-skyphos* y una *lekanis* (0,68% del total de Clase A) (fig. 4.97) (Albelda y Machause 2015: 79-82).

Las cerámicas de Clase B tan solo representan el 3,20% del conjunto cerámico. Documentamos tanto ollas (9) como una tapadera y una urna de orejetas (fig. 4.97). Además de las cerámicas a torno, también

¹⁸ Para más información sobre cada uno de los niveles excavados, consultar las publicaciones previas sobre el abrigo (Junyent 1976; Junyent et al. 1982-1983; Oliver et al. 1984).

documentamos 26 ollas realizadas a mano, cuyas características parecen relacionarse con el Hierro I o inicios del periodo ibérico (Albelda y Machause 2015: 82).

Tipo	Tipología	NMI	NMI-G	Clase	Grupo	Técnica
Ánfora	A.I.1	21	67	A	I	T
Tinaja	A.I.2.1	34				
	A.I.2.2	12				
Tinajilla	A.II.2.1	2	88		II	
	A.II.2.2	82				
Urna de orejetas	A.II.4.1	4	94		III	
Grupo III indet.	A.III	17				
Botella	A.III.1.1	6				
Jarro	A.III.2.1	1				
	A.III.2.2	8				
Caliciforme	A.III.4	10				
	A.III.4.1	1				
	A.III.4.2	2				
Grupo III indet.	A.III.8	3				
Plato	A.III.8.1	37				
	A.III.8.2	3				
	A.III.8.3	4				
Cuenco	A.III.9	2				
Tapadera	A.V.1	7	42	V		
	A.V.1.2	2				
Mortero	A.V.4	3				
Tejuelo	A.V.6.3	7				
<i>Pondus</i>	A.V.7	6				
	A.V.7.1	7				
	A.V.7.2	7				
	A.V.7.3	3				
Imitación	A.VI	1	2	VI		
	A.VI.2	1				
Olla	B.1	9	11	B	1	
Tapadera	B.6.2	1			6	
Urna de orejetas	B.8	1			8	
A-FEN	T.11.2.1.6	1	12	IMPORT		
	T.10.1.2.1	1				
FEN	<i>Pithos</i> T.43	1				
	Urna E11 CN	1				
	varios	8				
A-MAS		1	1			
Pseudo-jonia		1	1			
Olla	MANO	26	26			M
Total		344				

Fig. 4.94. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en el Abric de les Cinc (a partir de Albelda y Machause 2015: fig. 5).

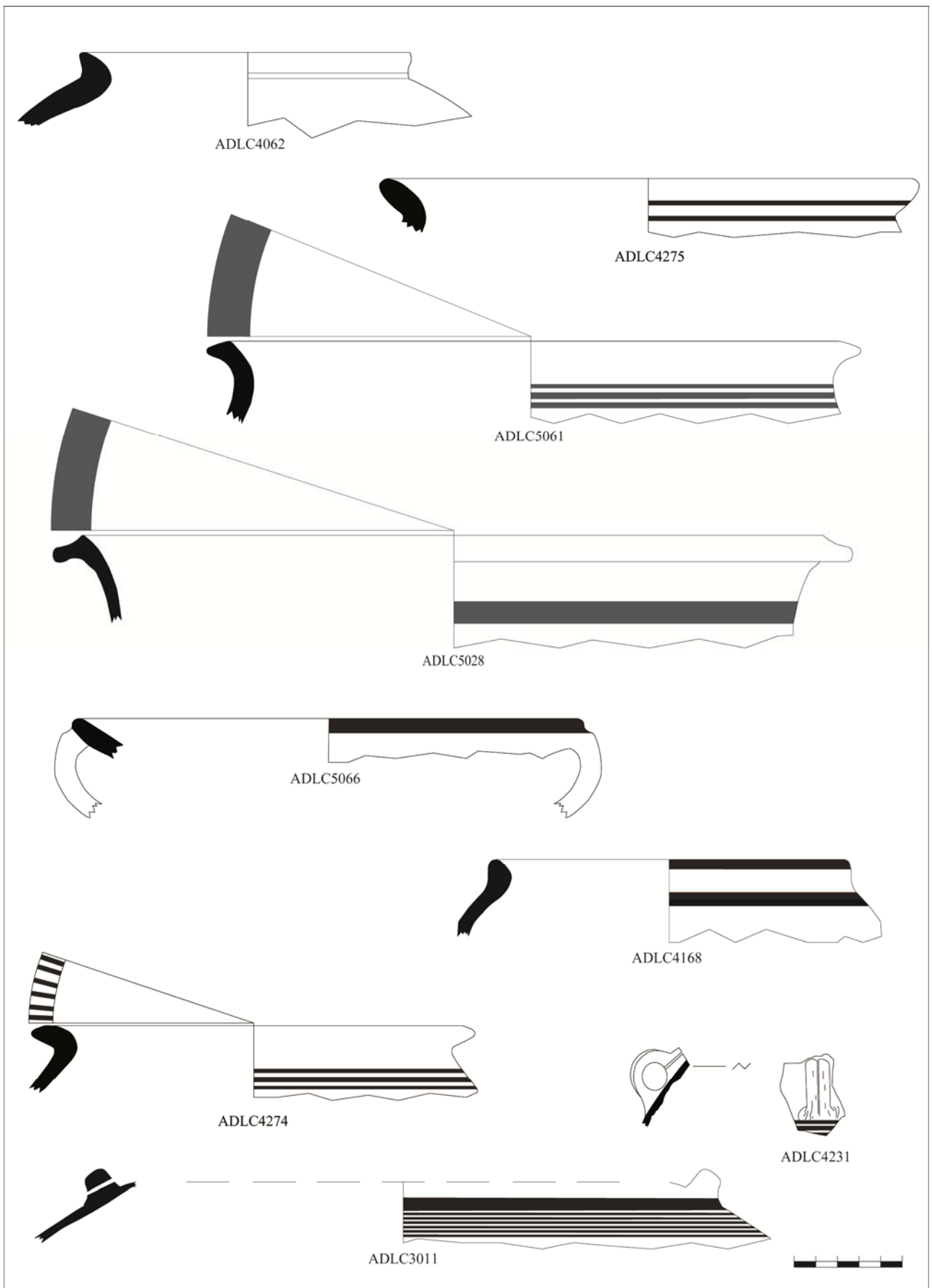


Fig. 4.95. Recipientes cerámicos más representativos: grupo I y II.

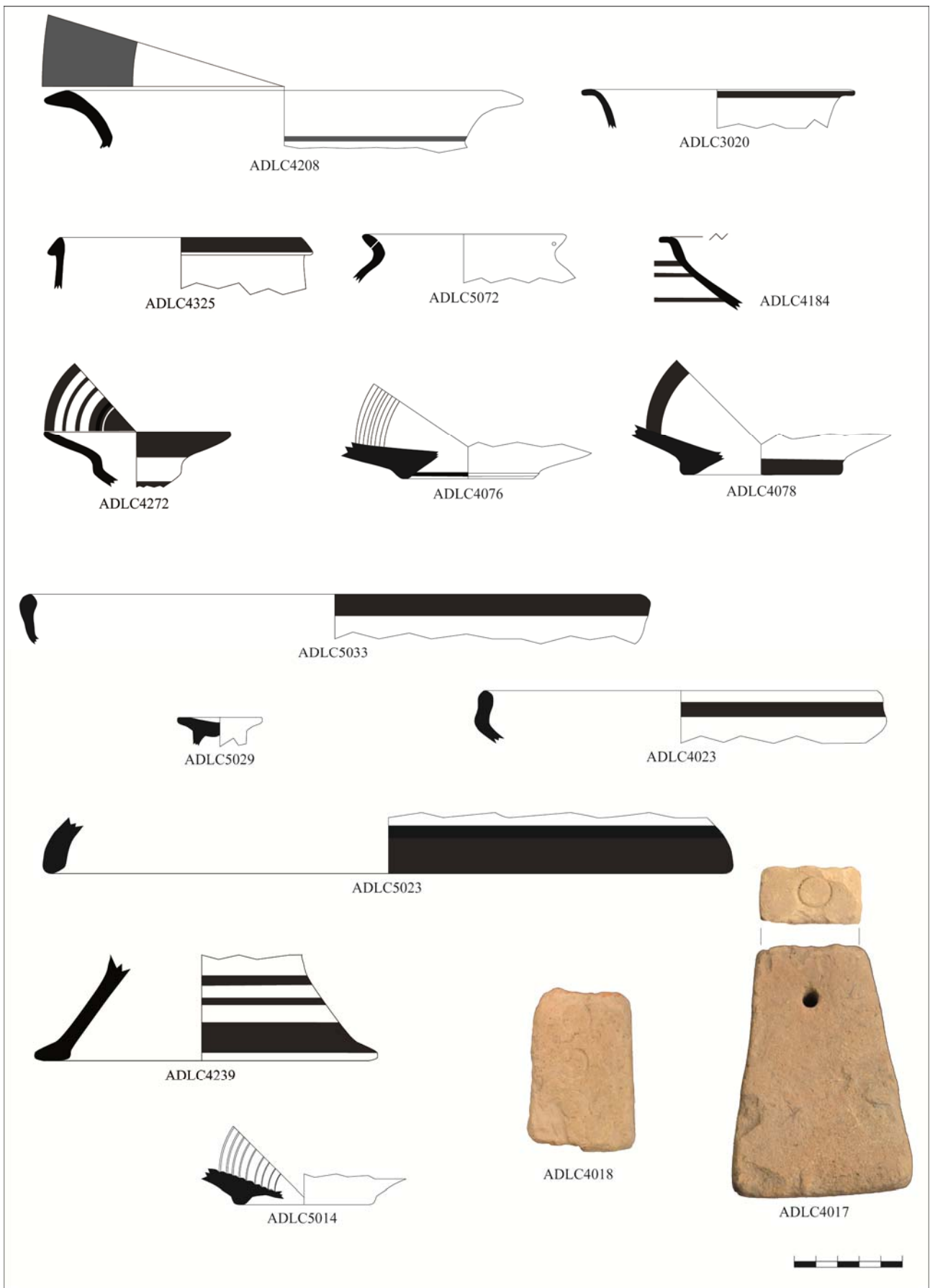


Fig. 4.96. Recipientes cerámicos más representativos: grupo III-VI.

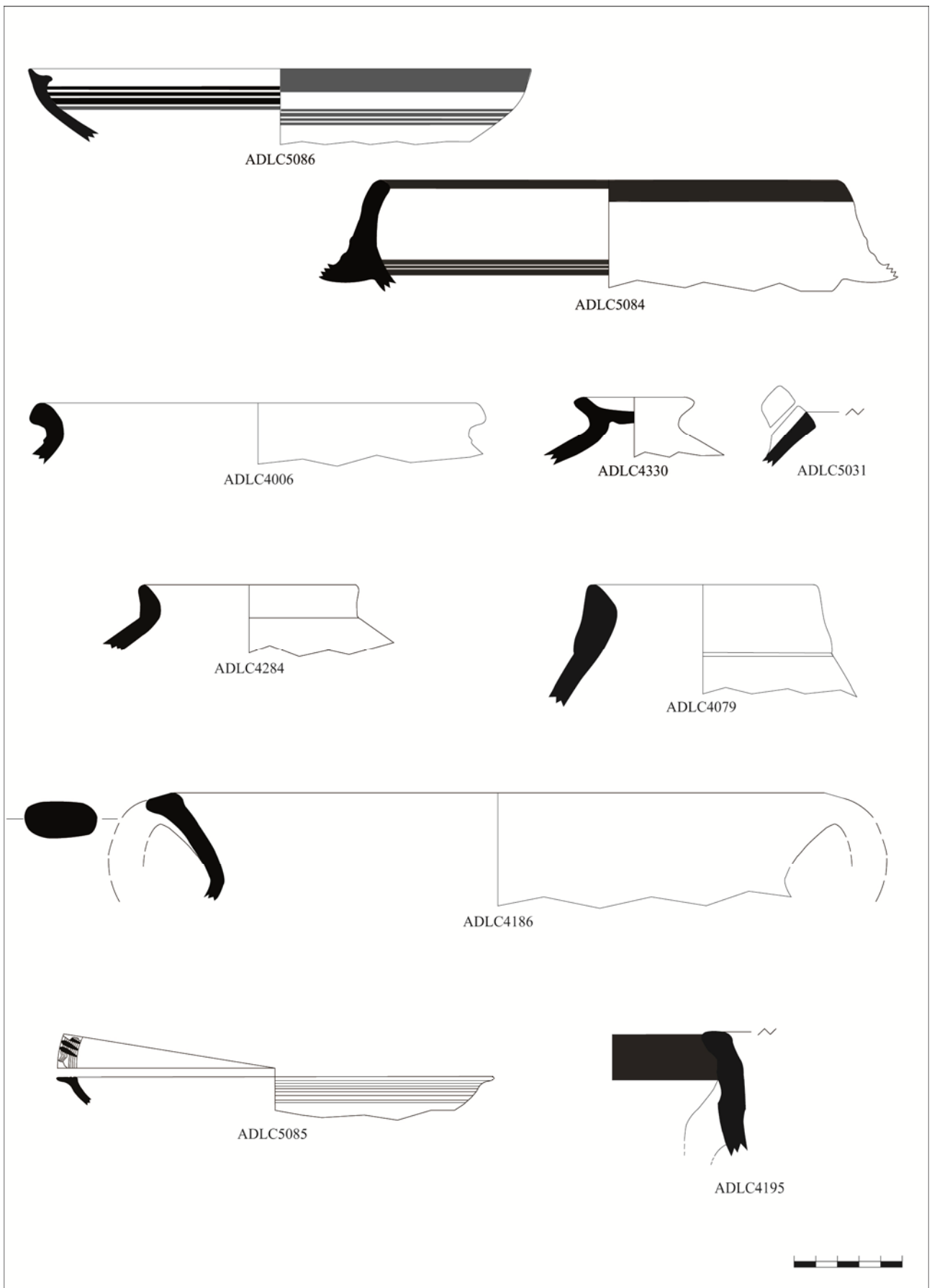


Fig. 4.97. Recipientes cerámicos más representativos: Clase B e importaciones.

Por último, aunque el núcleo central de la revisión se centró en los materiales ibéricos, también documentamos 14 recipientes importados: 12 de origen fenicio (la mayoría con las pastas características de la zona del Estrecho), un fragmento de ánfora de origen masalieta y una copa pseudo-jonia (Junyent 1976: 200; Aranegui 1981: 59; Oliver y Gusi 1991; Albelda y Machause 2015: 82-83) (fig. 4.97).

Las decoraciones

Más de la mitad de las cerámicas revisadas (63,27%), cuentan con algún tipo de decoración, sobre todo pintada (NMI 210), pero también incisa (NMI 7). La mayoría son de origen ibérico, aunque cuatro de los 14 recipientes de importación también están decorados. Los motivos representados son en su totalidad geométricos, bandas y líneas generalmente, pero también motivos más complejos: rombos, círculos

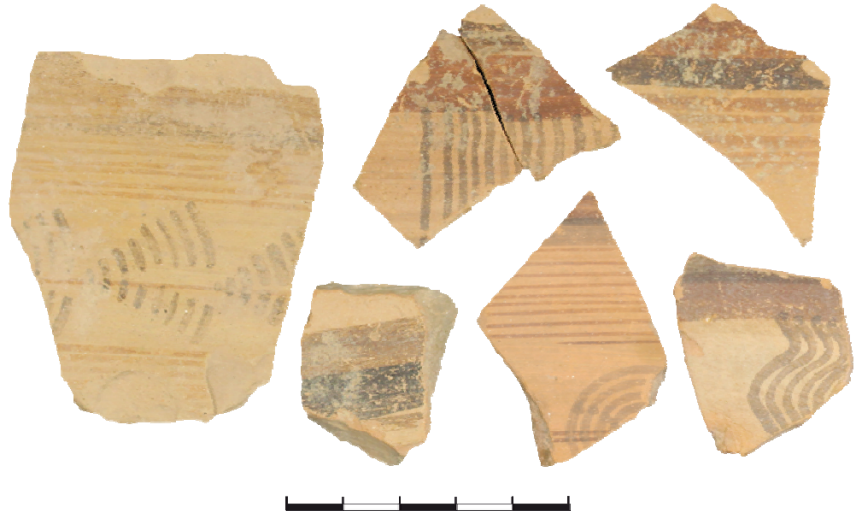


Fig. 4.98. Ejemplos de decoración bícroma, hallados en los niveles IIa, IA y IIC (a partir de Albelda y Machause 2015: fig. 11).

concéntricos, segmentos de círculo, aspas, meandros y melenas (Albelda y Machause 2015: fig. 10). Destacamos la existencia de decoración bícroma en seis recipientes ibéricos, además de varios fragmentos informes (fig. 4.98) (Albelda y Machause 2015: 83). Por último, son interesantes las marcas que tienen algunos *pondera*, aunque desconocemos si cumplen una función decorativa o si tuvieron una funcionalidad de otro tipo (fig. 4.96).

Cronología

Aunque parte de los materiales presentan una remoción evidente, sobre todo en los niveles superiores (en los que observamos cerámicas ibero-romanas junto con otras de época medieval), en los niveles intermedios (IIA-IIID) sí que parece existir algún tipo de secuencia cronológica. Se documentan tanto importaciones fenicias de los ss. VII-VI a.C. como cerámicas ibéricas con decoraciones y formas típicas entre los ss. VI-IV a.C. De hecho, existen algunas diferencias generales entre el nivel IIA, con una abundancia de formas y decoraciones típicas del s. V a.C., y el IIC/IID, en el que existe un número mucho más elevado de cerámicas a mano, importaciones fenicias y cerámicas ibéricas con formas y decoraciones típicas del Ibérico Antiguo.

Finalmente, los niveles inferiores (IID-IVD) evidencian una frecuentación del abrigo durante el Bronce Final (Junyent 1976; Junyent *et al.* 1982-1983; Oliver 1984: 93-105; Albelda y Machause 2015: 83).

Cabe señalar, además, que la mayoría de cerámicas del abrigo se adscriben a los ss. VI-V a.C. Esto es interesante, ya que la cronología que aportan los últimos estudios realizados sobre los materiales de las dos habitaciones del poblado excavadas durante 1976 (Gusi y Sanmarti 1975) evidencia que el poblado contaría con una ocupación mucho más amplia de la que se suponía hasta el momento. La presencia de varios fragmentos con decoración bícroma en el poblado parece indicar que, durante el s. V a.C., poblado, necrópolis y abrigo funcionarían al mismo tiempo (Albelda 2015).

Interpretaciones previas

La primera mención sobre el Abric de les Cinc la realiza Cebrián en sus cuadernos sobre la localidad de Almenara, redactados ente finales del s. XIX y principios del s. XX (Arasa 2014-2015: 198). Ya en este momento, se indica la importancia de excavar y analizar el interior de lo que él llama “Cueva del Castillo”¹⁹.

Las publicaciones que siguen a las intervenciones de los años 70 (Junyent 1976; Junyent *et al.* 1982-1983; Olària 1977; Oliver *et al.* 1984) no realizan ninguna apreciación sobre el uso que se le pudo dar al abrigo en época ibérica (Albelda y Machause 2015: 87). Las únicas interpretaciones funcionales que se han realizado sobre el mismo lo relacionan con un vertedero del poblado situado en la ladera (Gusi 2000: 137) o con una cueva-santuario (González-Alcalde 2002-2003a: 195-198).

Notas sobre el uso del abrigo en época ibérica

En relación a este abrigo hay que valorar varios elementos para poder comprender su uso en época ibérica. En primer lugar, su localización es un punto a tener en cuenta, ya que se sitúa en un cerro entre el Camp de Morvedre y la Plana de Castellón que permitía un control tanto de la costa como el valle del Palancia. Sin embargo, la existencia de un poblado en la ladera, a pocos metros del abrigo, nos hace pensar en una relación constante o incluso complementaria entre ambos espacios. En segundo lugar, el espacio cuenta con iluminación natural. Es cierto que no conocemos el momento en el que parte de la visera se desprendió. Sin embargo, la iluminación sería incluso mejor al no existir la visera desprendida que cierra actualmente la superficie iluminada directamente por la luz del sol. Y en tercer lugar, los materiales son bastante homogéneos. El volumen y las características materiales del abrigo no parecen evidenciar una actividad ritual, al menos como las que conocemos hasta la fecha, caracterizadas por una repetición y un depósito en cuevas alejadas de la luz natural. Sin embargo, es interesante recalcar la abundancia de recipientes decorados, en algunos casos con decoraciones geométricas bastante complejas, así como la presencia de 23 *pondera*, de los cuales identificamos dos en superficie cuando visitamos el abrigo. Sin embargo, estos materiales pueden relacionarse perfectamente con actividades artesanales del poblado.

¹⁹ FLCM 80, 1, 33-40, 67-69 (Fondos Personales. Luís Cebrian Mezquita. Universidad de Navarra (UN). Archivo General, Pamplona).

4.3.7. CCA: Cova del Cavall (Olocau, Valencia)

Localización y características físicas

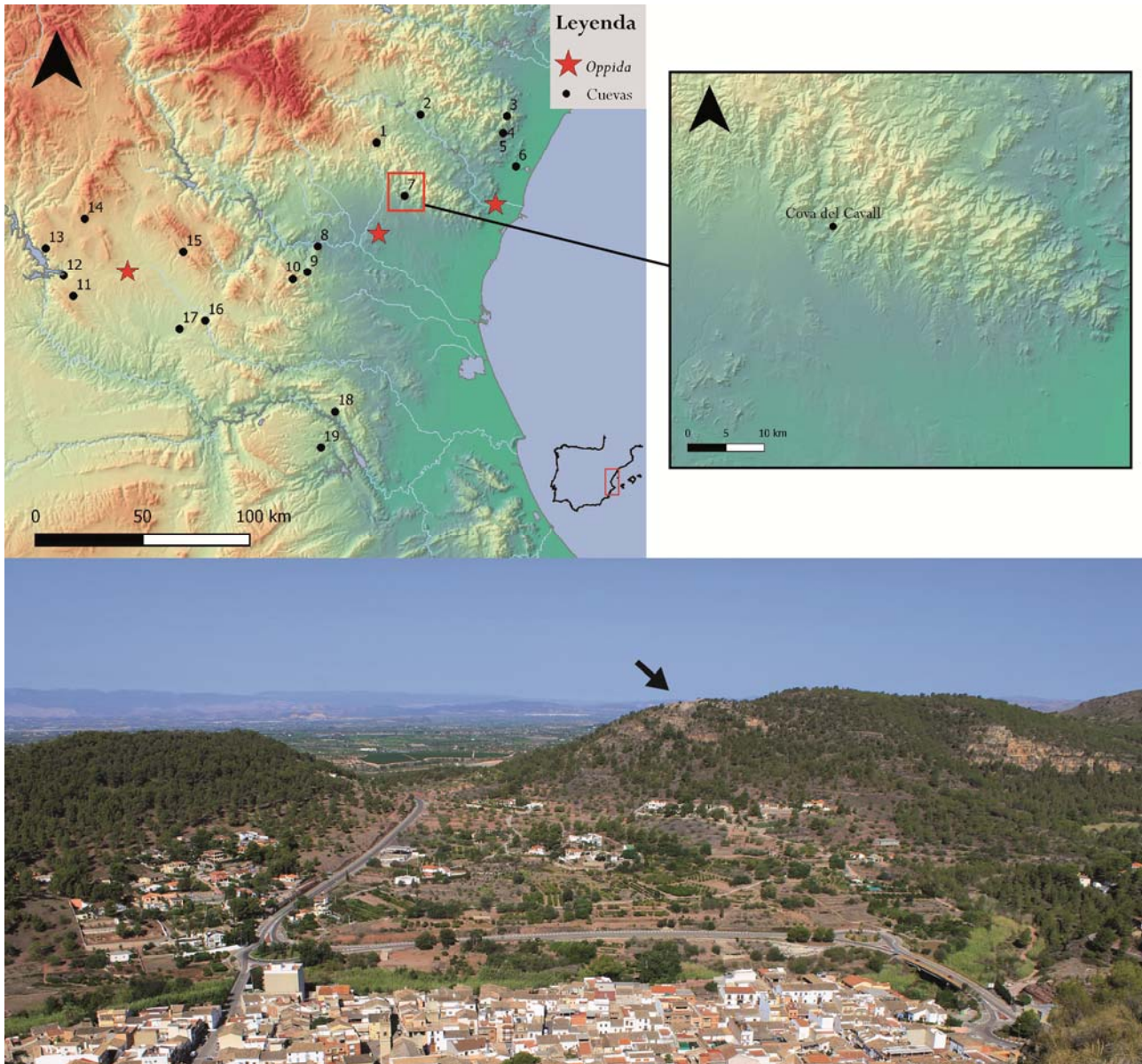


Fig. 4.99. Situación de la Cova del Cavall y vista desde la Peña de Ali-Maimó o Maimona hacia Olocau y el fortín edetano del Puntal dels Llops (flecha).

La Cova del Cavall, también conocida como Cova del Alimaymón o de la Maimona (Escolano 1879: 357; Almarche 1918: 126-127; Donat 1960: 61-62; Sarthou 1927: 557), pertenece al término actual de Olocau (fig. 4.99). Situada a 426 msnm, casi en la cumbre de la Peña de Ali-Maimó o Maimona (fig. 4.100), es conocida por la supuesta existencia en su interior de la escultura de un caballo que fue destruido en el s. XV²⁰:

²⁰ Es importante no confundir esta cueva con la Cova del Cavall de Lliria, en la que, como ya indican Donat y Gascó (1963: 23), también se relaciona su topónimo con la misma leyenda. De hecho, algunas referencias a la cueva de Lliria, citan también el texto de

Muy cerca dél [Olocau] hay una cueva que llaman de Alimaymon, en cuya entrada, hasta el tiempo de nuestro valenciano el papa Calixto tercero, se encontraba con un caballo de piedra, sin tenerse sabiduría ninguna de quien le puso, ni por qué. A esta cueva en aquel siglo se venían en romería de todas naciones y creencias, así cristianos como moros, á visitarla para cobrar salud, y las cosas que se perdían; y se postraban de rodillas hácia el caballo. Comenzaron á recelar los regidores de Valencia, de que aquel no fuese el de Troya y alguna reliquia de la ciega gentilidad, ocasionada de alguna supersticion para ruina de las almas, so capa de religion: y más de que vieron que los moros enemigos de nuestra fé igualmente eran de los devotos; y por estar convencida de vehementi la superticion, dieron cuenta della al santo padre: el cual como pródigo pastor, con Bula dada en Roma, el año primero de su pontificado, les envió á mandar, que despedazado el caballo, cerrasen de cal y canto la boca de la cueva, por quitar todo género de estropiezo (Escolano 1879: 357-358).

Actualmente la boca, orientada al Noroeste, con una abertura de 2x2m, permanece abierta. Bajando un desnivel de unos 2 m, por la boca de entrada, se accede a una galería ligeramente descendiente de 40x3x3 m (Fernández *et al.* 1980: 61-63) (fig. 4.101). En la entrada, se aprecian varios bloques desprendidos que dificultan el acceso (fig. 4.102).



Fig. 4.100. Localización de la cueva, cercana a la cima de la Peña de Ali-Maimó o Maimona.

La cavidad cuenta con tres partes diferenciadas: la sala principal, con varias gateras y pasadizos, y dos simas de largo recorrido que avanzan en sentido de la diaclasa (Norte-Sur) (Donat 1960: 61). Tal y como se observa en la fig. 4.101, la topografía de la cueva es mucho más complicada de lo que parece a simple vista.

Escolano (DGPV, Fernández *et al.* 1980: 50-51). Sin embargo, no la hemos incluido en nuestra revisión, ya que no existían referencias sobre materiales de cronología ibérica en su interior. Estos databan de momentos de transición entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro (Donat y Gascó 1963; Mata 1978; Aparicio 1989).

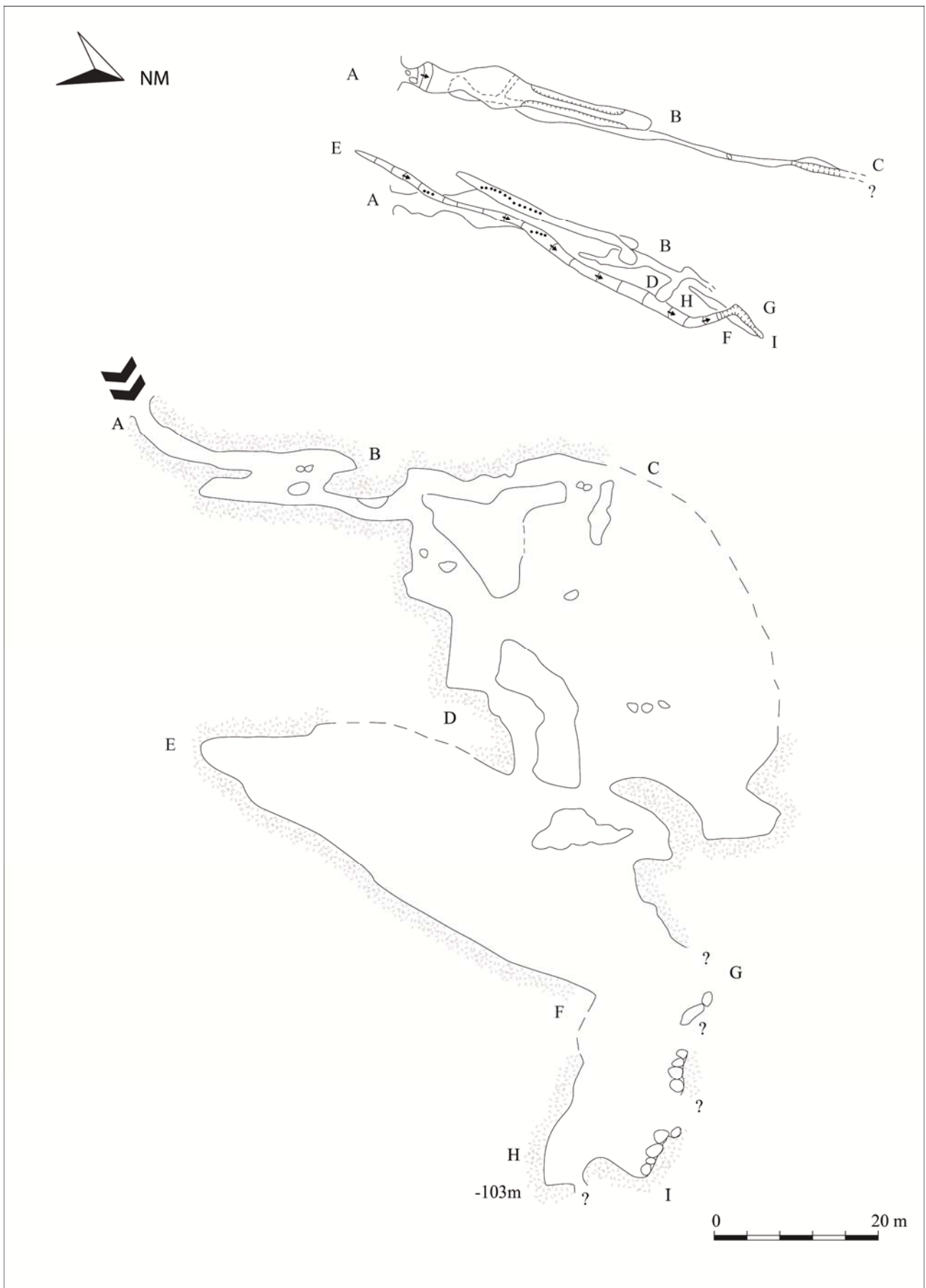


Fig. 4.101. Planta y sección de la Cova del Cavall (a partir de Fernández *et al.* 1982: 62).



Fig. 4.102. Boca de entrada a la cavidad: vista desde el exterior (izquierda) y desde el interior, donde se observan los desprendimientos actuales (derecha).

Sin embargo, en nuestra visita tan solo accedimos a la primera parte de la cavidad (fig. 4.103), ya que la peligrosidad aumentaba conforme nos adentrábamos en la sala. Aunque en las fotografías tomadas del interior no se aprecia, el acceso a las simas descendentes es visible. De hecho en la fig. 4.104, se ve la luz de espeleólogo que se dispone a descender por la primera de las simas. La sima que alcanza los 90 m de profundidad se localiza a la altura de la última roca que se observa en las figs. 4.103 y 4.104, mientras que la segunda sima, situada al fondo de la sala, alcanza una longitud de 110 m (Mas Ibars 1973: 131-132). De hecho, la longitud de esta segunda sima, la convierte en una de las cavidades subterráneas naturales más profundas del País Valenciano, visitada por innumerables aficionados a la espeleología (fig. 4.105) (Fernández 1978: 71). Recomendamos no adentrarse en la cavidad, ya que la superficie es bastante irregular y peligrosa.



Fig. 4.103. Interior de la sala principal con la localización de las simas.



Fig. 4.104. Interior de la sala (fotografía: *Espeleocalderona* <http://espeleocalderona.blogspot.com.es/2012/03/cova-del-cavallolocau.html>, consultada el 1 de abril de 2016).

Intervenciones

Esta cueva no ha sido objeto de ninguna excavación arqueológica, aunque sí de repetidos expolios. Por otra parte, sus simas han sido recorridas en innumerables ocasiones por varios grupos espeleológicos desde los años 50 (Fernández *et al.* 1980: 63)²¹.



Fig. 4.105. Espeleólogo descendiendo por la sima (fotografía: *Espeleocalderona*: <http://espeleocalderona.blogspot.com.es/2012/03/cova-del-cavallolocau.html>, consultada el 1 de abril de 2016).

Materiales

Las referencias previas a esta cavidad indican principalmente la presencia de cerámica morisca (Donat 1960: 62, 1966: 110; Aparicio 1976a: 19, 1997: 352), mientras que tan solo algunos investigadores relacionan con momentos de frecuentación ibérica otros materiales como fragmentos de bronce, hierro, restos de fauna y restos humanos (González-Alcalde 1993b: 70-71, 2002: 202-203). Sin embargo, desconocemos qué tipo de elementos metálicos serían, por lo que podrían perfectamente pertenecer a momentos posteriores. La presencia de cerámicas ibéricas tan solo la indica González-Alcalde (2002: 202-203), pero desconocemos el tipo de cerámicas que serían, el origen de dicha información, así como si fueron depositadas en algún museo. Por último, cabe indicar las propuestas existentes sobre el origen ibérico de la supuesta escultura de la que habla Escolano (Almarche 1918: 126-127; González-Alcalde 1993b: 70-71, 2002: 202-203; Aparicio 1997: 352).

²¹ Una simple búsqueda en la web nos permite obtener el relato y las fotografías del descenso a sus simas por parte de distintos grupos espeleológicos. Ver por ejemplo la página web del Blog del Grupo *Spelaion*: <http://spelaion-oje.blogspot.com.es/2012/02/cova-del-cavall-olocau.html> (consultada el 1 de abril de 2016) o la del Blog de *Espeleocalderona*: <http://espeleocalderona.blogspot.com.es/2012/03/cova-del-cavallolocau.html> (consultada el 1 de abril de 2016).

¿Sería este caballo una de tantas esculturas como se han encontrado o una de las llamadas esfinges ibéricas descubiertas y puesta allí, y a la que el vulgo atribuía tales supercherías, o sería una reminiscencia del culto primitivo que tanto ha costado de desarraigar aquí como en Galicia? Ninguna escultura árabe conocemos que represente un caballo, y ya nos hemos de referir a la época romana, y no era fácil que en poblaciones tan aisladas y pobres se encontraran tan rarísimos ejemplares; así que no vemos dificultad en admitir que fuera una escultura ibérica (Almarche 1918: 127).

Durante nuestra visita, pudimos observar la presencia de cerámica de época medieval, así como restos de fauna en superficie. Sin embargo, no documentamos la presencia de materiales de cronología ibérica. Tan solo contamos con noticias orales de los habitantes de la zona, que hablan de la presencia de cerámicas ibéricas. Sin embargo, de ser así, estas no han sido depositadas en museo alguno ni han sido puestas a disposición de especialistas para su estudio.

Cronología

La ausencia de materiales ibéricos, nos impide conocer si fue frecuentada en dicha época. Sin embargo, es evidente su uso en diferentes momentos de época medieval. De ser visitada entre los ss. VI-I a.C., tendría seguramente relación directa con el fortín edetano del Puntal dels Llops, perfectamente visible desde la Peña de Ali-Maimó.

Interpretaciones previas

Las referencias previas sobre esta cueva la relacionan con una actividad ritual, haciendo referencia a la historia recogida por Escolano (Aparicio 1976a: 19, 1997: 352; Blázquez 1983: 206; González-Alcalde 1993b: 70-71, 2002-2003a: 218-219, 2002: 202-203; Aparicio *et al.* 2005: 205). Sin embargo, otros investigadores son más cautos a la hora de incluirla en el conjunto de las cuevas santuario (Moneo 2003: 204).

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

Es cierto que esta cavidad cuenta con unas características físicas que pudieron ser un escenario idóneo para actividades rituales. Además, debemos tener en cuenta su localización cercana al fortín edetano del Puntal dels Llops, el cual es visible desde el cerro donde se sitúa la cueva. Sin embargo, la completa ausencia de materiales ibéricos conocidos nos impide valorar su uso en época ibérica. Tal y como indica Moneo (2003: 204), la supuesta presencia de la escultura de un caballo en su interior no es un factor suficiente para relacionarla con las conocidas como cuevas-santuario.

4.3.8. CME: Cueva Merinel (Bugarra, Valencia)

Localización y características físicas

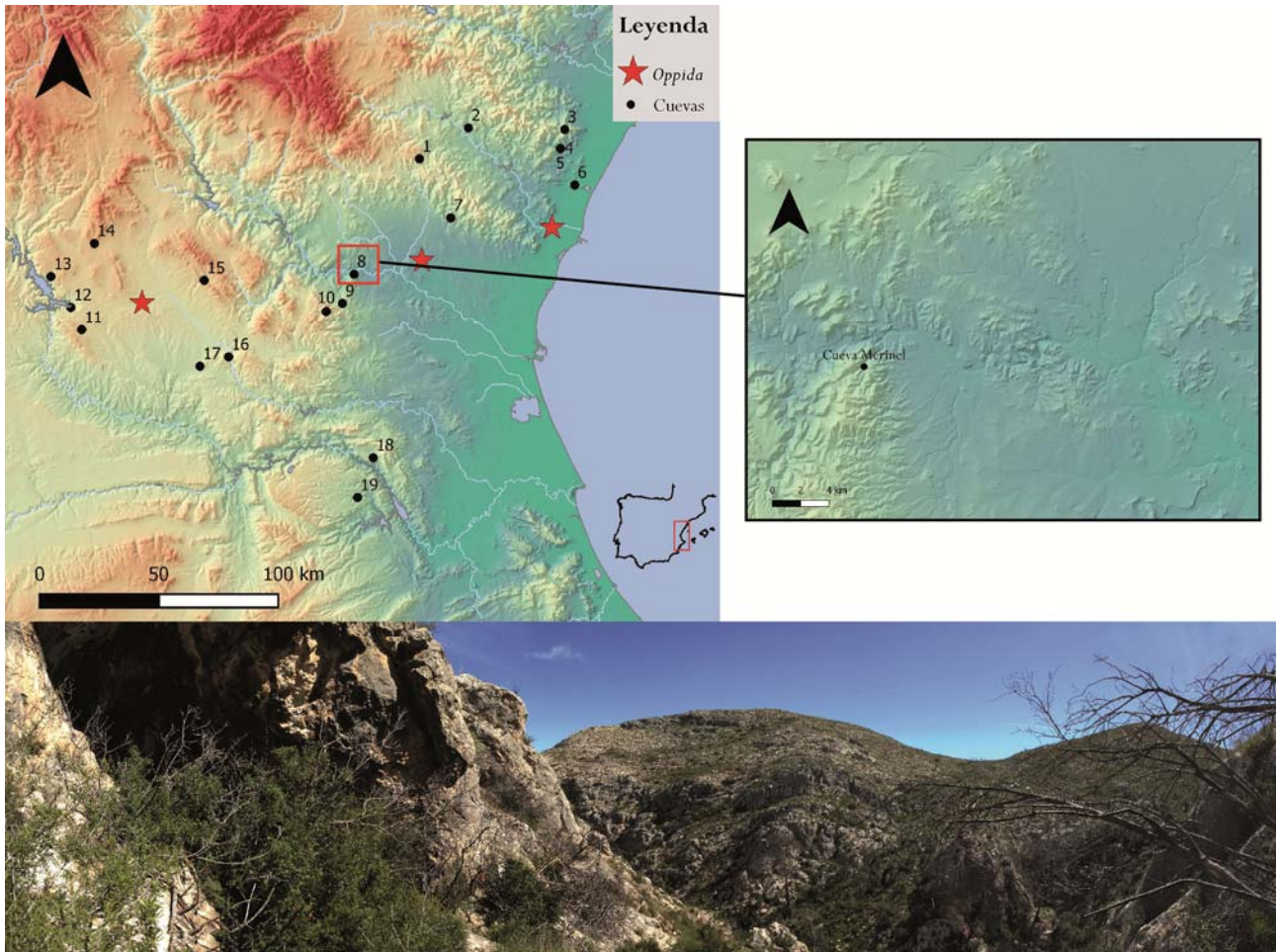


Fig. 4.106. Situación de la Cueva Merinel y panorámica del entorno de la cavidad.

La Cueva Merinel²², también conocida como Miriñel, Meriguel o Miriguel, se encuentra a unos 300 msnm en el margen izquierdo del Barranco de las Hoces o Merinel, en una ladera de fuerte pendiente de la Loma de la Pinada. Se localiza a 1 km de la Sima Colomera, a 1 km del cauce del río Turia y a 1,5 km aproximadamente al Sureste de la población de Bugarra, a cuyo término pertenece (Donat 1966: 40-41; Fernández *et al.* 1982: 193-194; Gómez Domenech 2000: 21) (fig. 4.106).



Fig. 4.107. Localización de la cueva en el Barranco de las Hoces.

²² El nombre de Merinel deriva de las ovejas merinas que pastan por el barranco (F. Blay c.o.).

La cueva, de predominio horizontal, con cierta inclinación, tiene un recorrido de 164 m y un desnivel de -68 m (Gómez Domenech 2000: 23). Las bocas de acceso se vislumbran desde la vertiente Sur del Barranco de las Hoces (fig. 4.107). Cuenta con tres bocas orientadas todas hacia el Sureste (fig. 4.108). La boca I, protegida por una visera, es la más pequeña de las tres. De forma triangular -2 m de altura máxima y 1,90 m anchura máxima, a través de ella se accede directamente a la sala principal (A). A apenas dos metros a la derecha de esta, aunque en un nivel superior, se localiza la boca II -2'10 m anchura máxima y 1,89 m altura máxima, cuya forma cuadrangular parece resultado de algún tipo de modificación humana (fig. 4.109). Esta da también acceso a la sala principal, pero a través de un vestíbulo (sala B), separado de la sala A por un conjunto de estalactitas. Finalmente, la boca III, situada a unos 6 m a la derecha de la boca II -con la que está conectada internamente-, cuenta con unas dimensiones que superan a las dos anteriores. Con una anchura máxima de 2,60 m y una altura máxima de 5,10 m, también da paso a la sala principal (A), pero con un acceso mucho más complicado que las otras dos (Donat 1960: 26; Aparicio *et al.* 1983: 375-376; Martínez Perona 1975: 177, 1992: 261-263; Aparicio 1991: 132-134).



Fig. 4.108. Vista desde el interior de las tres bocas de acceso a la cueva.

La sala principal (A), es un amplio espacio en pendiente y con una ligera inclinación hacia la derecha, 25 m largo por 11 m ancho y unos 10 m de altura. Esta se encuentra subdividida por innumerables formaciones kársticas que se multiplican en el espacio (no solo estalactitas y estalagmitas, sino también gruesas columnas que invaden el espacio). El techo del primer espacio (A1) está completamente ennegrecido por el fuego, debido a su uso continuado de refugio (fig. 4.110)²³. La barrera creada por las formaciones kársticas evidencia dos zonas diferenciadas, la sala principal y dos salas al fondo de la cavidad (la sala C, de grandes dimensiones, y la sala D donde se localizó el depósito ritual) (fig. 4.111²⁴). La sala D se subdivide a su vez en tres espacios. Los materiales ibéricos fueron hallados tanto en el espacio D1 como en el D2, pero sobre todo en este último (fig. 4.112). El espacio D1 cuenta con 2 m de anchura máxima, 8 m de profundidad y 2 m de alto, mientras que las dimensiones del espacio D2 son mucho más reducidas -0,7 m de ancho por 1 m de alto y 0,5 m de profundidad-. Aparte de los espacios accesibles, existen varias gateras intransitables desde las cuales se

²³ De hecho, esta cueva fue utilizada en innumerables ocasiones como refugio esporádico de pastores, e incluso durante los años 1936-1937, se utilizó como comuna anarquista, igual que otras cavidades del barranco como Cueva del Vizcaíno (F. Blay c.o.).

²⁴ Hemos incluido tanto la planta publicada por J.V. Martínez Perona (1992: fig. 1) como la planta y las secciones de V. Alegre y S. Seguer, publicadas por Fernández *et al.* (1982: 193). Sin embargo, tras visitar la cavidad, observamos que la planta que reflejaba mejor las características físicas de la cueva era la publicada por J.V. Martínez Perona (1992: fig. 1).

desarrollan varias galerías y salas interiores a diferentes niveles, que acaban en una sima de unos 20 m (fig. 4.111) (Donat 1960: 26, 1966: 40-41; Fernández *et al.* 1982: 193-194).

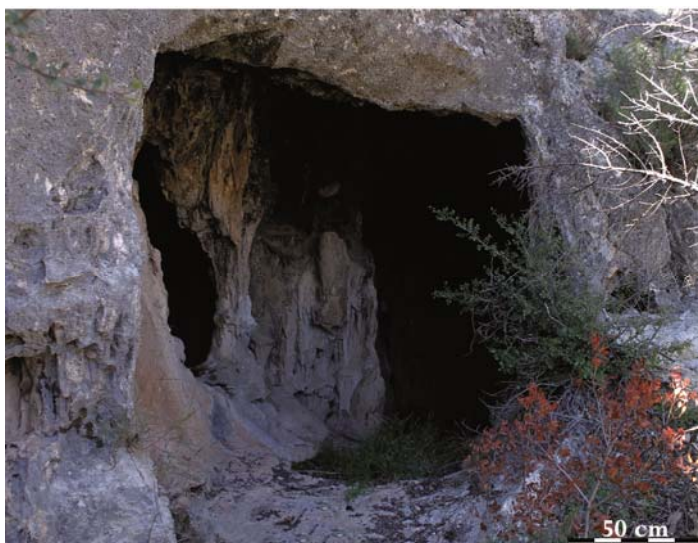


Fig. 4.109. Vista desde el exterior de la boca II, cuya forma cuadrangular puede deberse a algún tipo de modificación humana.



Fig. 4.110. Espacio A1, cercano a la boca I.

Intervenciones

La presencia de materiales arqueológicos en la Cueva Merinel se conoce desde los años 50. Fue en 1953 cuando Vicente Andrés Muedra -vecino de Pedralba- acompañó a un grupo de espeleólogos del Centro Excursionista de Valencia en la visita a la cueva (Fernández *et al.* 1982: 194). Fueron éstos los que hallaron un depósito al fondo de la sala principal y recogieron una veintena de vasos caliciformes que se encontraron revueltos junto con carbones y huesos de animales (Martínez Perona 1975: 181-182, 1992: 263; Aparicio 1991: 134).

Desde el entonces Departamento de Historia Antigua de la Universitat de València (UVEG a partir de ahora) se llevaron a cabo tres intervenciones. Las dos primeras dirigidas por J. Aparicio (en 1981 y 1982) y la tercera por J.V. Martínez Perona (en 1986). Durante los años 1981 y 1982, se realizaron dos sondeos que permitieron localizar el lugar donde los espeleólogos hallaron el conjunto de caliciformes en los años 50, evidenciando la inexistencia de materiales en el resto de espacios -tanto internos como externos-. En la primera intervención tan solo se excavaron dos niveles (de una potencia total de 30 cm), ya que una pared bloqueó la cuadrícula intervenida. En la segunda intervención, dirigida también por J. Aparicio, se excavaron cuatro capas llegando hasta un metro de potencia, donde una estalactita volcada bloqueó la intervención. Los materiales, tanto de cronología ibérica como del Bronce y del Eneolítico, fueron hallados entre carbones, coprolitos de ovicaprinos y restos óseos de animales (Aparicio *et al.* 1983: 375-385). En 1986 se llevó a cabo una corta intervención de salvamento, dirigida por J.V. Martínez Perona, con el objetivo de evitar más actuaciones clandestinas en la cavidad. Se cribaron los sedimentos removidos, se recogieron los materiales en superficie y se realizó un pequeño sondeo en una zona inalterada sellada por las formaciones kársticas (Martínez Perona 1992; Blay 1992). Los materiales hallados fueron depositados en el MPV en 1990.

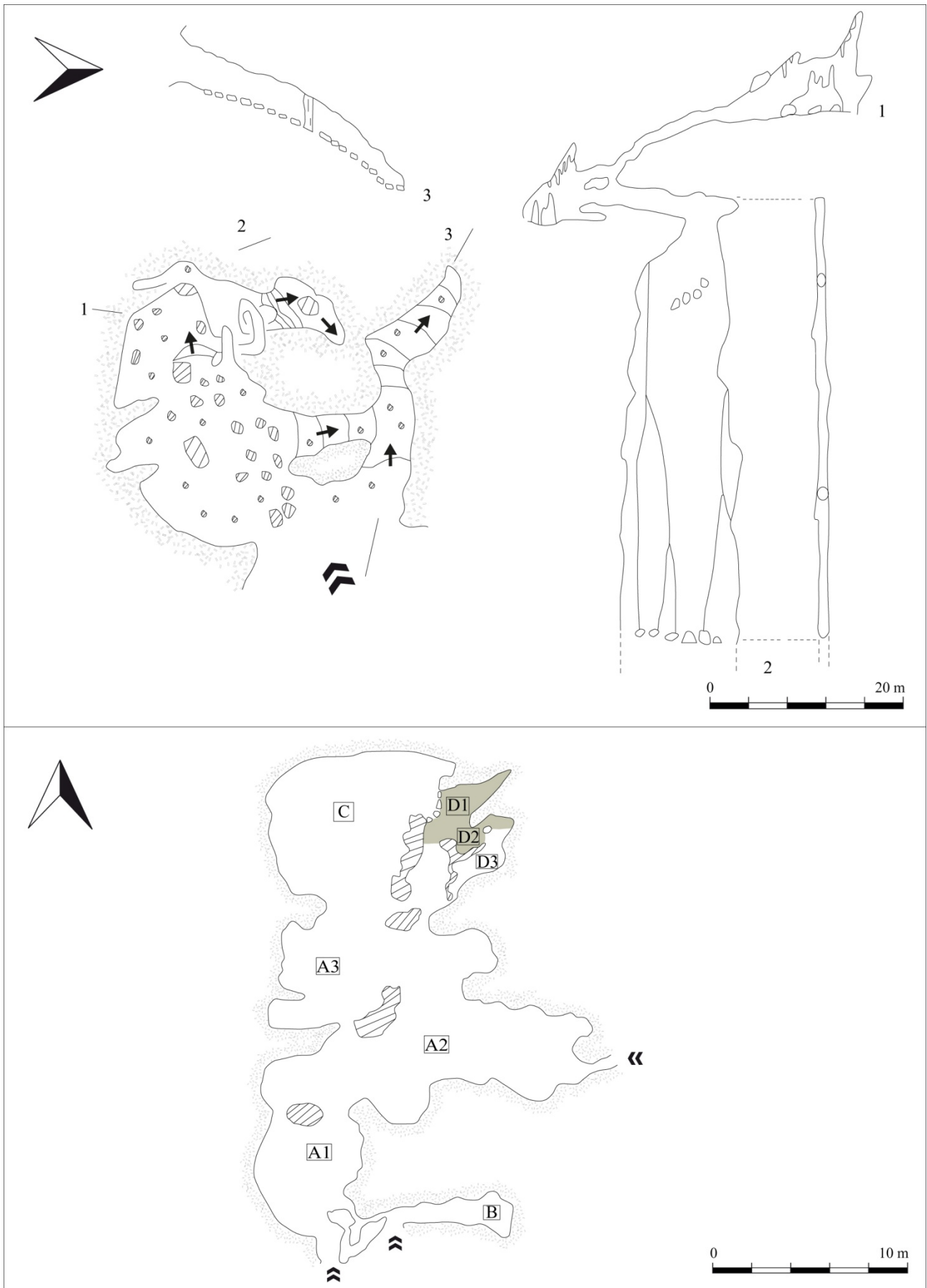


Fig. 4.111. Croquis de la cueva: planta y sección de V. Alegre y S. Seguer (a partir de Fernández *et al.* 1982: 193) (arriba); planta con indicaciones de las salas (a partir de Martínez Perona 1992: fig. 1) (abajo).



Fig. 4.112. Vista de la sala A y el espacio D1 y D2, localizados al fondo de la cueva, donde se hallaron la mayoría de los materiales ibéricos.

Materiales

De la veintena de caliciformes que se recogieron en 1953, la mayoría se conservan en colecciones privadas, dos de ellos en manos de Vicente Andrés Muedra (Martínez Perona 1992: fig. 2, nº 3 y 4). Tan solo tres fueron depositados en el Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias “González Martí” de Valencia (MNC a partir de ahora) (Martínez Perona 1992: fig. 2, nº 1 y 2). Además, se documenta un caliciforme donado al MPV por A. Santacreu en 1992, cuyo momento de hallazgo se desconoce.

Por lo que respecta a las intervenciones llevadas a cabo por el Departamento de Historia Antigua de la UVEG, la mayoría de los materiales fueron depositados en el MPV. Sin embargo, parece que se realizó una selección previa a este depósito, ya que parte de los materiales que publican Aparicio *et al.* (1983) y Martínez Perona (1992) están en paradero desconocido. Aunque los materiales publicados no contaban con referencias al registro del MPV, hemos podido identificar, a través de las características descritas y los perfiles dibujados, algunos recipientes. Sin embargo, en algunos casos, la ausencia de referencias directas, así como el nivel de fragmentación de los caliciformes, nos impide relacionarlos con los hallados en una u otra intervención. Además, aparte de los 12 dibujados (Martínez Perona 1992: fig. 3), se indica la presencia de 122 fragmentos de borde más, por lo que el NMI seguramente sea mayor (Martínez Perona 1992: 267).

A continuación, realizaremos una breve descripción de los materiales de cronología ibérica disponibles. Debido a las características de los hallazgos descritas en el apartado anterior, expondremos el estudio global tanto de los materiales donados tras el primer hallazgo como de los recuperados a lo largo de las tres

intervenciones arqueológicas²⁵. El conjunto de materiales revisados proviene, por tanto, principalmente de la intervención dirigida por J.V. Martínez Perona, recogidos en la sala D (espacios D1 y D2) (fig. 4.110). Aparte de los materiales cerámicos, de fauna y de bronce, también se recogieron varias muestras de carbones, que se encuentran actualmente en proceso de estudio por Paloma Vidal.

Material cerámico

Los 549 fragmentos estudiados corresponden a un NMI total de 41 (fig. 4.113²⁶). La mayoría de recipientes identificados son cerámicas a torno (NMI 36: 88%), entre las que destacan los recipientes de Clase A o cerámica fina (NMI 35: 85 %). Mientras que tan solo el 2% (NMI 1) son de Clase B o cerámica tosca y el 12% (NMI 5) son cerámicas a mano que pudieron pertenecer a los primeros momentos de frecuentación ibérica de la cavidad (fig. 4.114). Si tuviéramos en cuenta los materiales publicados que no han sido localizados (Martínez Perona 1992: figs. 2.5-11, 3.12, 4.29 y 31), el NMI total aumentaría hasta 54 (sin contar la veintena de caliciformes que, según se cita, se recogieron en los años 50).

Tipo	Tipología	NMI				NMI-G	Clase	Grupo	Técnica
		MPV (1990) MNC (1953)	Col. V. Andrés (1953)	J. Aparicio (1981-82)	J. V. Martínez Perona (1990)				
Caliciforme	A.III.4	19	2			42	A	III	T
	A.III.4.1	10		7					
	A.III.4.2	2							
	A.III.4.3	1		1					
Plato	A.III.8.1	2				5			
	A.III.8.2	1							
Cuenco	A.III.8.3			1	1				
Tapadera	B.6.2	1			1	2	B	6	
Olla		4				4			M
Tapadera		1				1			
Total		41	2	9	2				54

Fig. 4.113. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva Merinel.

²⁵ En este caso, los números de inventario creados no son correlativos. Aunque en los materiales publicados por Martínez Perona (1992) no se hace referencia a los números de registro o catálogo del MPV, en algunos casos, hemos podido identificar las piezas ya inventariadas, dándoles el número de la publicación. Sin embargo, a aquellas piezas que no hemos podido identificar con un inventario previo les hemos dado un número correlativo a partir del 100.

²⁶ En la tabla se incluyen tanto referencias a los materiales revisados, que fueron depositados en el MNC (1953) y en el MPV (1990), como a aquellos materiales cuyo inventario y dibujo ha sido publicado (Martínez Perona 1992), pero que no han sido localizados hasta la fecha.

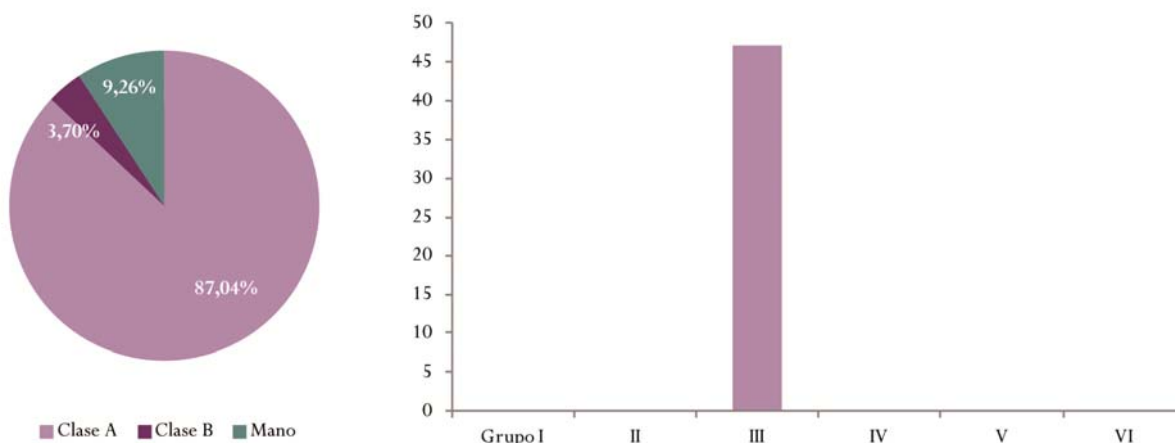


Fig. 4.114. Representación porcentual global de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cueva Merinel.

Las formas

Teniendo en cuenta solo los materiales estudiados de primera mano, la totalidad de cerámicas de Clase A pertenecen a recipientes de vajilla de mesa (Grupo III). Documentamos 32 caliciformes, dos platos²⁷ y una pátera (figs. 4.115 y 4.116). En el caso de los caliciformes, entre los cuales predominan los de cocción reductora (29 NMI: 91%), hemos podido identificar los tres subgrupos. Destaca la conservación de los tres caliciformes depositados en el MNC, así como la donación de A. Santacreu en 1992 al MPV (fig. 4.117). Entre los materiales depositados en el MPV no se encuentran el conjunto de siete vasos caliciformes (CME 3-11), provenientes de las intervenciones dirigidas por J. Aparicio en 1981 y 1982, ni las escudillas CME12 y CME 29, provenientes de la intervención de J.V. Martínez Perona (figs. 4.115 y 4.116). Si tuviéramos en cuenta estos siete vasos, así como la veintena recogida en los años 50, el número total de caliciformes aumentaría considerablemente. Cabe destacar que la mayoría de los fragmentos de caliciformes están quemados. Esto pudo deberse principalmente a tres motivos. En primer lugar, es posible que sea cierta la hipótesis que planteó Martínez Perona (1992) y que los caliciformes fueran usados como lucernas y/o ofrendas lumínicas. De hecho, aunque no todos presentan superficies completamente quemadas, la mayoría tienen mala conservación en el interior de las bases. En segundo lugar, es posible que no se utilizaran como iluminación, sino como recipientes para quemar algún elemento en su interior. Y en tercer lugar, no debemos olvidar que es posible que se deba a la frecuentación posterior a época ibérica, cuando la cueva fue utilizada como refugio y pastoreo. Sin embargo, aunque parte de los materiales se encontraban en superficie, la mayoría de ellos provienen del sedimento extraído en la sala C y, por tanto, no estarían afectados por los fuegos realizados con posterioridad en la cueva.

Entre las cerámicas de Clase B documentamos un solo recipiente que se corresponde con una tapadera de pomo anillado²⁸(fig. 4.115), ya que la tapadera B.6, interpretada como un plato de cocina por J.V. Martínez Perona, no se encuentra depositada en el MPV (fig. 4.116). Por otra parte, entre las cerámicas a mano que pudieron pertenecer a cronología ibérica, documentamos una tapadera y cuatro ollas.

²⁷ Uno de ellos procedente de las intervenciones de J. Aparicio en los años 80 (Martínez Perona 1992: fig. 3.12).

²⁸ Procedente de las intervenciones de J. Aparicio de 1981-82 (Martínez Perona 1992: fig. 3.15)

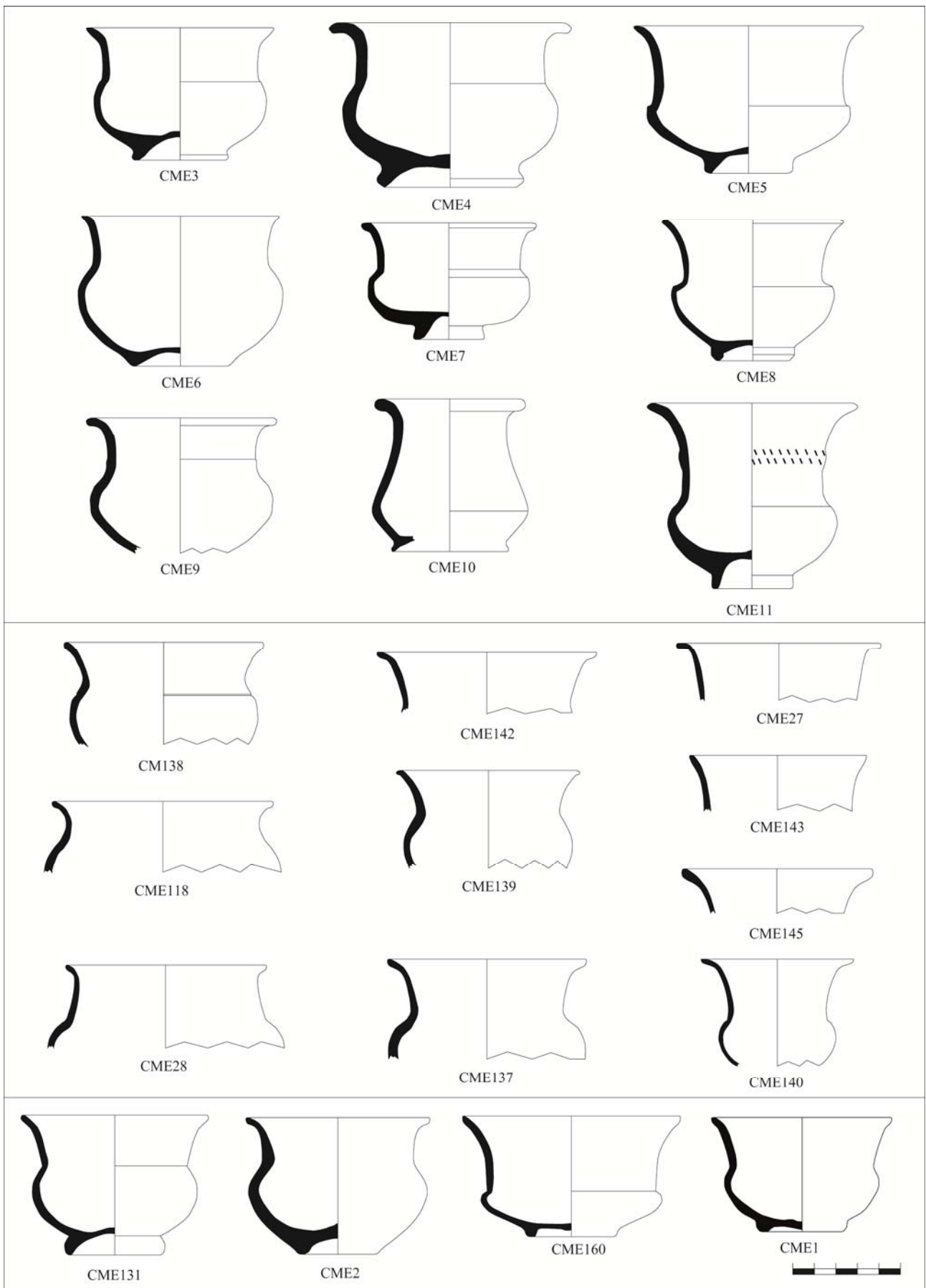


Fig. 4.115. Algunos de los caliciformes hallados en la cueva en los años 50 y depositados en el MNC (CME1-2, 160), en las intervenciones de los 80 de J. Aparicio (CME3-11) y un ejemplar donado al MPV (CME131); el resto fueron depositados en el MPV tras la intervención de J.V. Martínez Perona.

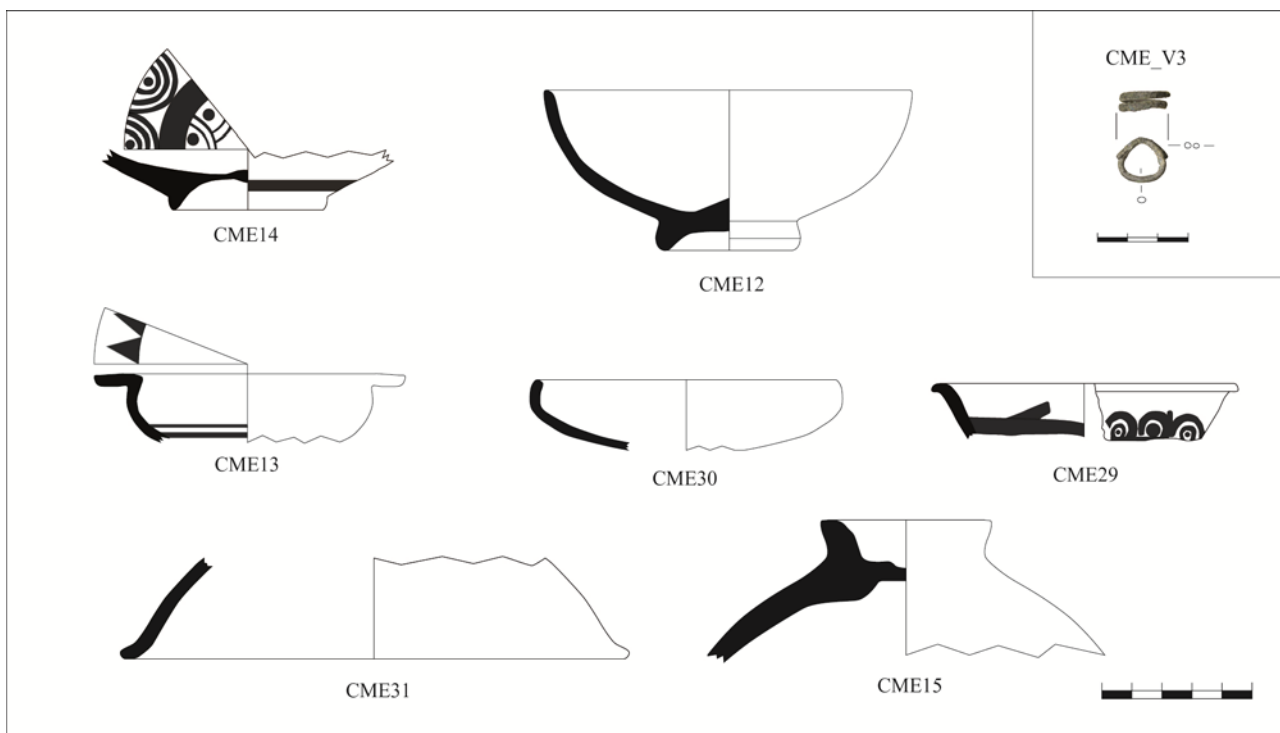


Fig. 4.116. Cerámicas del subtipo A.III.8 y de Clase B depositadas en el MPV, excepto CME12, CME29 y CME31 que no han sido localizadas (a partir de Martínez Perona 1992).

Las decoraciones

La mayoría de cerámicas estudiadas están afectadas por el fuego, el agua y fenómenos postdeposicionales variados, lo cual dificulta, entre otros, la conservación de la pintura. De la totalidad de caliciformes documentados, pieza más representativa del conjunto (fig. 4.117), tan solo dos presentan evidencias de tratamiento externo a base de engobe y uno de ellos presenta decoración pintada a base de bandas rojizas pero muy mal conservada.



Fig. 4.117. Caliciformes completos donados al MNC (CME1, 2, 160) y al MPV (CME131).

Sin embargo, los dos platos de borde exvasado depositados en el MPV sí que presentan una profusa decoración pintada. Por una parte, el plato CME13 está decorado con dientes de lobo en el labio, que se dirigen hacia el interior de la pieza, así como líneas y bandas en el interior del cuerpo (fig. 4.116). Y por otra parte, la base CME14 cuenta con una decoración interna a base de bandas, líneas y semicírculos concéntricos

(fig. 4.116). Además, la escudilla CME29, procedente de la intervención de J.V. Martínez Perona, que no se conserva en el MPV, también cuenta con decoración geométrica en el interior y en el exterior, a base de bandas y círculos concéntricos (fig. 4.116). Por lo que respecta a los fragmentos informes, la ausencia de decoración es algo generalizado.

Entre las cerámicas a mano, documentamos decoración a base de mamelones en la parte externa de una de las ollas, e incisiones que decoran el borde de otra olla.

Objetos metálicos

Aunque en el conjunto predomina el material cerámico, también documentamos un anillo abierto de bronce de sección ovalada, con los extremos superpuestos (fig. 4.116: CME_V3). Sin embargo, el *resorte de fibula de forma no precisable* y la pasta vítrea que cita Martínez Perona (1992: 269) no han sido localizados (fig. 4.118).

Tipo	NMI		NMI-M	Material
	MPV (1990)	J. V. Martínez Perona (1990)		
Anillo (?)	1		2	Br
Fibula		1		
Pasta vítrea		1	1	V
Total	1	2	3	

Fig. 4.118. Resumen del inventario de materiales metálicos hallados en la Cueva Merinel.

Restos óseos

Restos de fauna

Junto a los materiales cerámicos hallados en la cavidad, también se recogieron un conjunto de restos óseos de animales, algunos de ellos hallados en el interior de las páteras (F. Blay c.o.). Éstos fueron analizados y publicados por Blay (1992) y, por tanto, nos limitaremos a realizar un resumen de los resultados principales.

La muestra publicada asciende a un total de 2389 restos, de los cuales se identificaron 1522 (63,7%), pertenecientes tanto a animales silvestres, aportados seguramente por predadores a la cavidad (*Oryctolagus cuniculus*, *Lacerta lepida*, Quiroptera, córvido...), así como a 56 individuos domésticos. La representación de especies es bastante homogénea, destacando los cerdos (17,9%; 10 individuos) y el grupo formado por ovejas, cabras y ovicaprinos indeterminados (82,1%; 46 individuos) (fig. 4.119). La mayoría de los restos se hallaron en un paquete de tierra de coloración oscura, mezclados con fragmentos cerámicos y, en ocasiones, envueltos por una espesa costra calcárea. Existen, además, numerosos fragmentos termoalterados (Blay 1992: 284) y un gran número de restos que aunque no parecen haber tenido un contacto directo con el fuego, sí se encuentran envueltos por una concreción calcárea y restos de carbón.

Taxones	NR	%NRI	NMI	% NMI
<i>Sus domesticus</i>	219	14,4%	10	17,9%
<i>Ovis aries</i>	4	0,3%	1	1,8%
<i>Capra hircus</i>	131	8,6%	21	37,5%
Ovicaprino indet.	1168	76,7%	24	42,9%
Total	1522		56	

Fig. 4.119. Cuantificación y representación de especies de la muestra faunística de la Cueva Merinel (a partir de Blay 1992).

Edades de muerte

Si nos fijamos en las especies más representativas tanto en NR como en NMI, observamos que en aquellos casos en los que F. Blay pudo identificar la edad –basándose en el Altuna 1980-, casi la totalidad de cerdos son infantiles de <6 meses, excepto un neonato. En el caso de los 21 restos de ovicaprinos con evidencias que nos informen sobre las edades de muerte, se documentaron seis de <9 meses, nueve de 9-15 meses, cuatro de 15-24 meses y dos de >24 meses (Blay 1992: fig. 4) (fig. 4.120).



Fig. 4.120. Restos faunísticos depositados en el MPV, diferenciados por edades de muerte: 0-2 meses (1), 2-6 meses (2) y 1-1,5 años (3).

Representación anatómica

Los elementos anatómicos mejor representados, tanto en cerdos como en ovicaprinos, son las partes craneales (cráneo, maxilares y mandíbulas) (fig. 4.121). En el caso del cerdo, 78,20% son restos pertenecientes al cráneo, 9,02% a la mandíbula y 12,78% al esqueleto postcraneal. En el caso de los ovicaprinos ocurre algo similar, aunque el porcentaje de restos mandibulares es mayor (41,21%), frente al 40% de restos pertenecientes al cráneo y 18,79% del esqueleto postcraneal (Blay 1992: figs. 2-3).

Aparte de estos restos publicados por F. Blay, en la revisión de materiales depositados en el MPV, documentamos también restos de malacofauna que cita Martínez Perona (1992: 269). Dos individuos de *Cerastoderma glaucum*, uno infantil y otro adulto, que pudieron corresponder a cualquiera de los momentos de frecuentación de la cueva (J.Ll. Pascual c.o.). Ambos cuentan con una perforación en el natis de 4 mm de diámetro, aunque tan solo en el caso del individuo infantil parece antrópica.

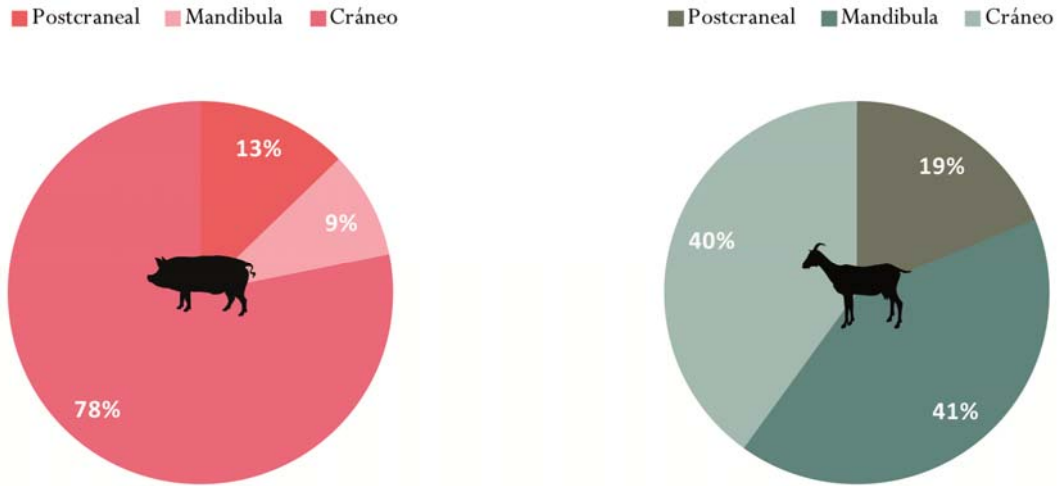


Fig. 4.121. Porcentajes de representación anatómica en cerdos y ovicaprinos (a partir de Blay 1992). Siluetas extraídas de <https://www.archeozoo.org>, consultada el 17 de mayo de 2017).

Restos humanos

Por último, al revisar los materiales depositados en el MPV con el objetivo de documentar gráficamente los restos óseos, se identificaron también restos humanos, mezclados con los restos de fauna. Estos han sido objeto de un análisis preliminar a cargo de A. Pérez, en el que se ha identificado cuatro fragmentos de huesos largos inconexos y aislados: un tercio proximal de la diáfisis de una tibia; un tercio distal de la diáfisis de un húmero; y dos fragmentos de diáfisis de un fémur de subadulto. Del mismo modo que los restos de fauna, todos los fragmentos están envueltos por una concreción calcárea, junto con restos de carbón (fig. 4.122). En general, la cara externa de los huesos presenta una coloración blanquecina y con deshidratación, probablemente debido a la exposición al viento, al agua y otros factores postdeposicionales. Sin embargo, en ningún caso se debe a la exposición al fuego. Además, presentan fracturas recientes producidas, seguramente, en el momento de la recuperación de los restos.

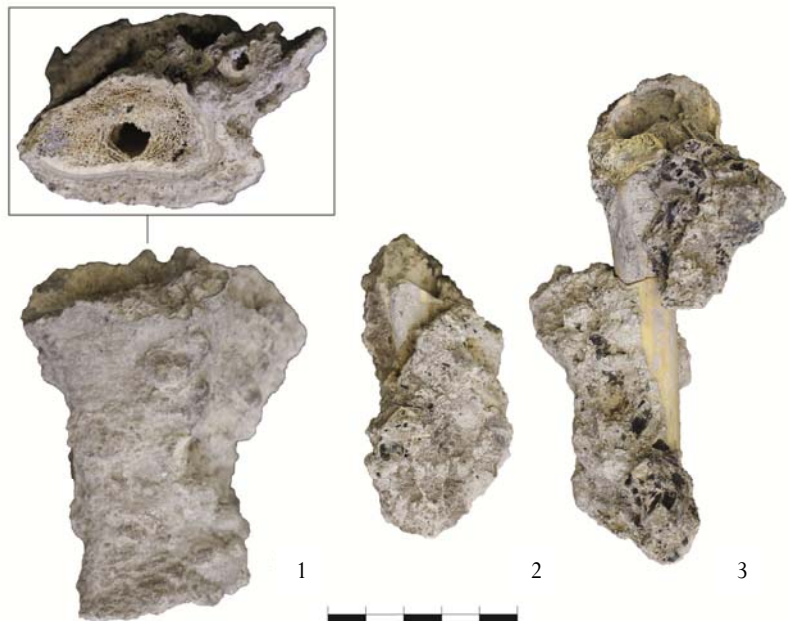


Fig. 4.122. Restos humanos procedentes de la Cueva Merinel: tibia (1), húmero (2) y fémur (3).

Cronología

La Cueva Merinel cuenta con diversos momentos de ocupación que abarcan desde el Eneolítico hasta época moderna, cuando fue utilizada como refugio para el rebaño tal y como evidencian la cantidad de excrementos de ovicaprinos (Aparicio *et al.* 1983). Los materiales ibéricos son bastante uniformes, y no contamos con verdaderos marcadores que nos aporten una cronología específica para la frecuentación de la cavidad en época ibérica. Así pues, ésta pudo ser visitada desde el s. V hasta el s. III a.C., ya que no contamos con formas características del Ibérico Final ni evidencias de decoración figurada como en otros ejemplos indicados con anterioridad.

Interpretaciones previas

Aparte de las referencias a su frecuentación durante la Edad del Bronce y la presencia de vasos campaniformes de tipo AOC en la cueva (Aparicio 1991; Gusi y Luján 2012: 35-37), la Cueva Merinel ha sido identificada con una actividad ritual desde los años 70 (Gil-Mascarell 1971: 217, 1975: 305; Martínez Perona 1992; Serrano y Fernández 1992: 14; Domínguez Monedero 1995: 73; González-Alcalde 1993b: 70-71, 2002-2003a: 217-218, 2005b: fig. 5, 2009: 94, 2002: 201-202; Aparicio 1997: 353; Moneo 2003: 199; Aparicio *et al.* 2005: 208-210, entre otros)²⁹.

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

Tanto las características físicas de la cavidad como los materiales documentados pensamos que pueden relacionarse con un uso ritual en época ibérica. En primer lugar, debemos tener en cuenta la localización de la cavidad, en la zona más pronunciada del barranco y, por tanto, de difícil acceso. En segundo lugar, debemos valorar el ambiente en el que se depositaron dichos materiales. La localización elegida entre los innumerables espacios que presenta la cavidad, repleta de formaciones kársticas que aportan un ambiente a tener en cuenta, fue la sala más pequeña y alejada de la luz natural de las tres bocas de acceso a la cavidad. En tercer lugar, si tenemos en cuenta los materiales revisados, observamos que la totalidad de recipientes de Clase A pertenecen al grupo de vajilla de mesa, protagonizado por los caliciformes. Al igual que se documenta en otras cuevas, observamos la repetición de un mismo elemento depositado como ofrenda o bien como contenedor de ofrendas. Además, cabe destacar el ritual de ofrecimiento de partes craneales de cerdos y ovicaprinos neonatos e infantiles que acompañó a la vajilla de mesa depositada en la cavidad.

²⁹ Aunque se cita en innumerables publicaciones con diferentes nombres, en algunas de ellas se producen errores de localización al ubicarla en la comarca de la Plana de Utiel (González-Alcalde 1993b: 70-71) o en el Camp del Turia (González-Alcalde 2002-2003a: tabla 4, 2005b: fig. 5, 2002: 321).

4.3.9. CSAP: Cueva del Sapo (Chiva, Valencia)

Localización y características físicas

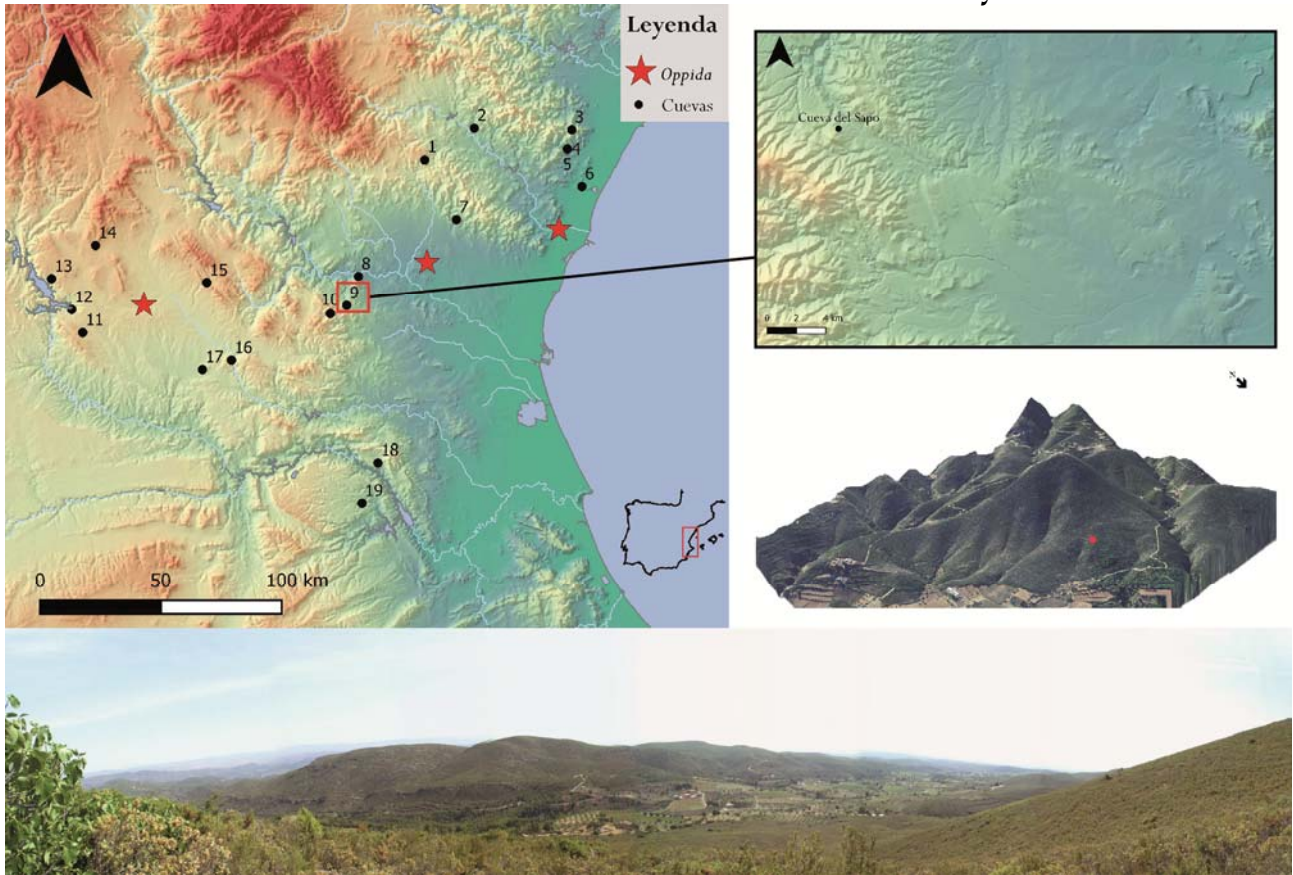


Fig. 4.123. Situación de la Cueva del Sapo con vista 3D y panorámica del entorno de la cavidad (a partir de Machause *et al.* 2014: fig. 1).

La Cueva del Sapo está situada a 500 msnm, en la ladera Noreste del cerro de la Atalaya o Montico Redondo, perteneciente al Paraje Natural de la Sierra de Chiva. Su nombre deriva de la partida del Sapo y la carretera del mismo nombre que pasa cercana a la cueva. Se localiza en el actual término de Chiva, en la partida del Collado (Pla Ballester 1985: 57) (figs. 4.123 y 4.124). La localización de la cueva es fácilmente reconocible conforme se asciende por la ladera del cerro, ya que de su interior sobresale una higuera.



Fig. 4.124. Localización de la cueva en la ladera Noreste del Montico Redondo o Cerro de la Atalaya.



Fig. 4.125. Descenso a la cueva con ayuda de cuerdas (fotografía: C. Mata).

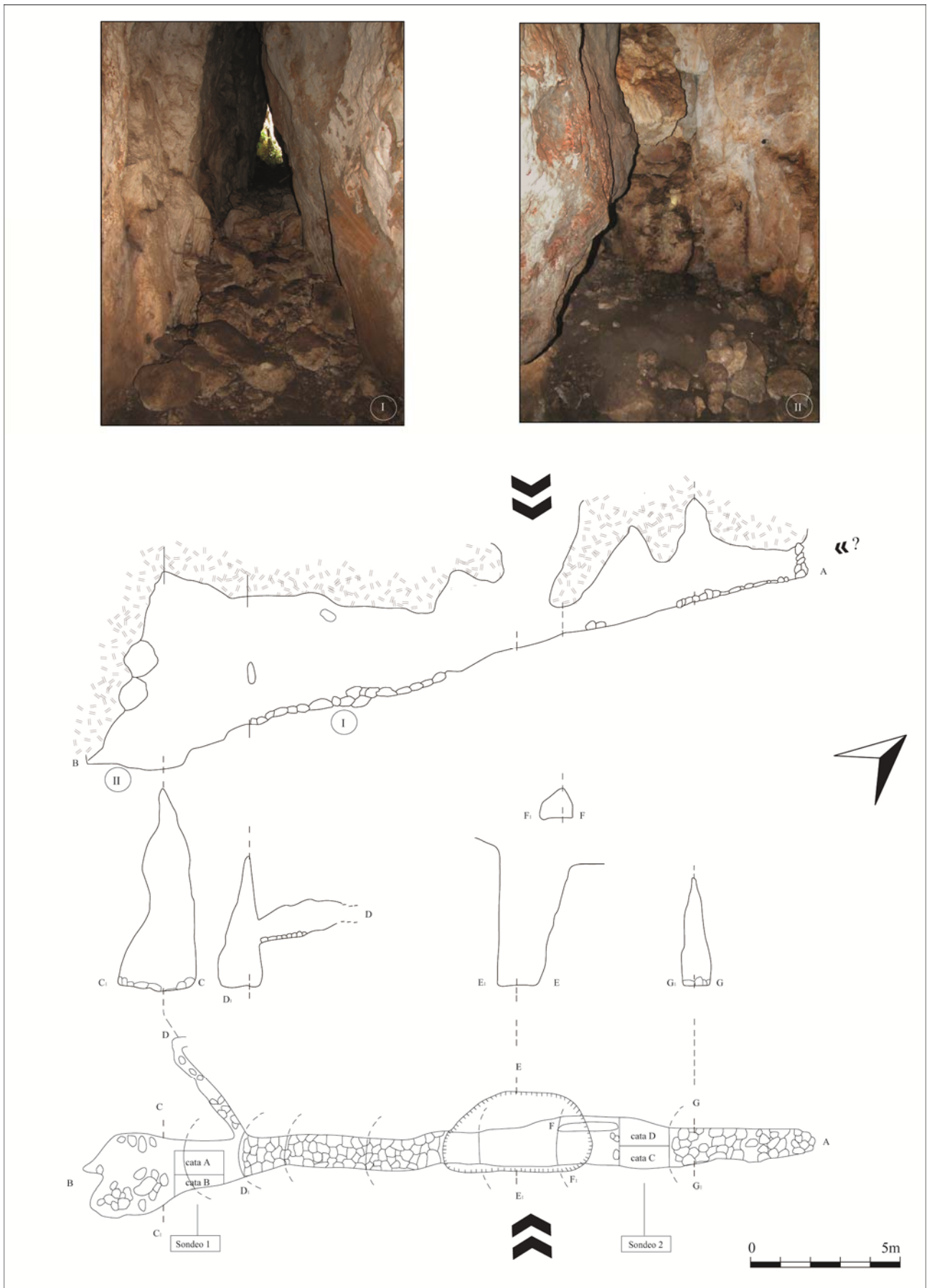


Fig. 4.126. Planta y secciones de la cueva (a partir de Portell 1983) e imágenes del interior.

La boca actual de la cueva es una abertura tipo sima de unos 2 m de diámetro aproximadamente. Aunque actualmente es necesario descender unos 3 m con ayuda de cuerdas (fig. 4.125), pensamos que seguramente existiría otro acceso en la zona Suroeste, que se encuentra bloqueada por un desprendimiento (figs. 4.126 y 127). La cueva está formada por una estrecha galería simple que se desarrolla a ambos lados de la entrada actual. Tiene una longitud de unos 20 m y una anchura de 1-1,5 m. La zona situada al Noreste tiene unos 12 m de largo y presenta un desnivel de unos 3 m (fig. 4.128) mientras que la zona que se abre hacia el Suroeste cuenta con unos 8 m de largo, siendo más estrecha y de pendiente ascendente, pero mucho menos pronunciada (fig. 4.126) (Machause 2012: 9-10; Machause *et al.* 2014: 158-159).



Fig. 4.127. Posible acceso en la zona Suroeste, actualmente bloqueado por un desprendimiento.



Fig. 4.128. Vista de la galería descendente de la zona situada al Noreste.

Intervenciones

La noticia de la existencia de materiales arqueológicos en la Cueva del Sapo llegó en 1983 al entonces Departament de Prehistòria i Arqueologia de la UVEG, por parte de un grupo de aficionados. Dichos materiales fueron los que motivaron el interés por la cueva, ya que no solo se trataba de cerámicas ibéricas, como se habían documentado en otras cuevas de la provincia de Valencia, sino que éstas parecían asociadas a restos humanos sin cremar. Durante la visita a la cavidad por miembros del Departament, se observaron las remociones producidas por clandestinos y el material cerámico y faunístico en superficie. Temiendo que las repetidas rebuscas de clandestinos acabaran con la sedimentación de la cueva, se llevó a cabo una excavación de urgencia dirigida por E. Portell y C. Aranegui (Pla Ballester 1985: 56; Machause 2012: 10-11; Machause *et al.* 2014: 159).

La intervención, llevada a cabo entre abril y mayo de ese mismo año, se centró en dos zonas que no presentaban remoción aparente. En primer lugar, se llevaron a cabo dos catas (A y B) en la zona Noreste, al

fondo de la cueva, donde se habían acumulado la mayoría de materiales debido a la pendiente. En segundo lugar, se excavaron otras dos catas (C y D) en la zona Suroeste, de pendiente ascendente (Pla Ballester 1985: 57-60) (fig. 4.126). Debido a la falta de estratigrafía observada en uno de los cortes que dejaron los aficionados, se decidió ir avanzando por capas artificiales³⁰. Sin embargo, el sedimento en ambos sondeos contaba con características homogéneas y la presencia de varios fragmentos cerámicos pertenecientes a un mismo vaso en capas muy alejadas, confirmó la remoción total del sedimento. Aunque en las primeras capas este pudo verse afectado por la actuación descontrolada de clandestinos, en el resto de capas artificiales excavadas parece que la remoción se vincularía más bien a la topografía de la cueva. Tan solo se observa un ligero cambio en el sedimento al final del nivel VIII y en el IX del primer sondeo; sin embargo la excavación programada finalizó sin terminar toda la potencia arqueológica existente (Portell 1983).

Por tanto, uno de los objetivos principales, que era obtener una estratigrafía que explicase la presencia de restos humanos no cremados junto a materiales de cronología ibérica, quedó sin resolver (Pla Ballester 1985: 59). Sin embargo, se consiguió excavar y conservar parte de los materiales depositados en la cueva: restos de cerámica, metales, carbones, fauna y restos humanos. Tres décadas después, C. Mata nos motivó a revisar la cueva como Trabajo Final de Máster (TFM a partir de ahora) (Machause 2012), cuyos resultados fueron publicados años más tarde (Machause *et al.* 2014; Machause 2014, 2015; Machause y Sanchis 2015).

Materiales

Dado que el estudio completo de los materiales documentados en la Cueva del Sapo (tanto los aportados por los aficionados como los depositados en el MPV tras la excavación), ha sido ampliamente descrito en otros trabajos (Machause 2012; Machause *et al.* 2014; Machause y Sanchis 2015), aquí nos limitaremos a realizar una descripción resumida de los mismos. Debido a la ausencia de niveles estratigráficos comentada con anterioridad, decidimos realizar un estudio global del conjunto material. De hecho, observamos que, aparte de algunos ejemplos indicados por E. Portell en su informe, existían otros casos en los que un mismo recipiente cerámico estaba formado por fragmentos procedentes de niveles artificiales distintos y alejados por más de un metro (ver anexo digital).

Material cerámico

El total de 1145 fragmentos corresponde a un NMI de 29³¹. La mayoría de recipientes son de Clase A o cerámica fina (72,41%), mientras que tan solo el 17,24% son cerámicas de Clase B y el 10,34% son cerámicas a mano (fig. 4.129). Entre las cerámicas de Clase A, destaca el grupo III (42, 86% del total de Clase A).

³⁰ Para obtener más información sobre las características específicas sobre cada cata y nivel, así como documentación resultante de la excavación, consultar: Portell (1983) y Machause (2012).

³¹ Debido a que esta cueva fue el primer estudio de materiales que realizábamos, a partir de la revisión de la documentación derivada del TFM para la realización de la publicación, algunos errores fueron corregidos, sobre todo en lo que concierne al NMI (Machause *et al.* 2014).

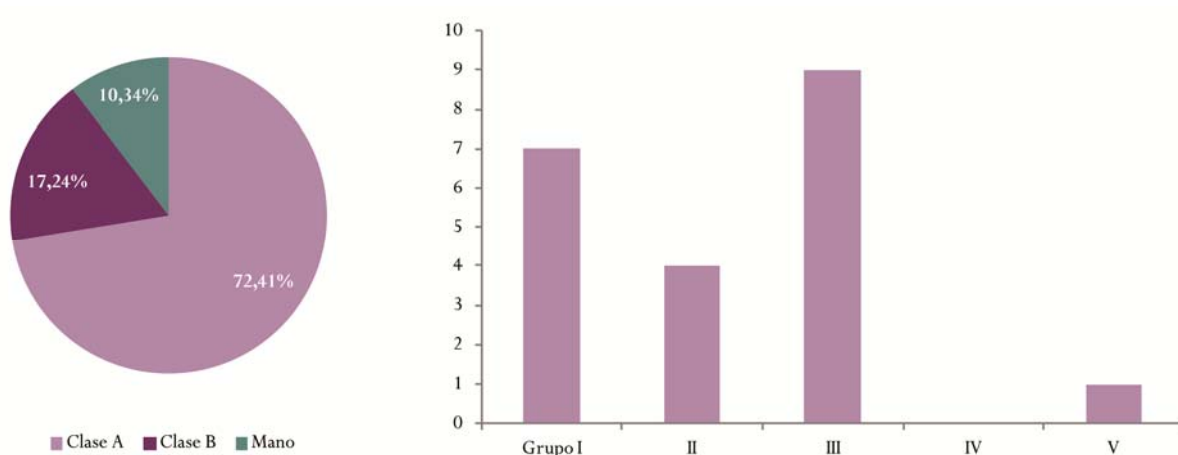


Fig. 4.129. Representación porcentual de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cueva del Sapo.

Tal y como hemos indicado con anterioridad, realizaremos una valoración global del conjunto de materiales (fig. 4.130). Sin embargo, en la tabla que se adjunta en el anexo digital, pueden verse otros datos complementarios como por ejemplo la referencia a las capas artificiales de donde procede cada fragmento/s.

Tipo	Tipología	NMI	NMI-G	Clase	Grupo	Técnica
Ánfora	A.I.1	1	7	A	I	T
Tinaja	A.I.2.1	4				
	A.I.2.2	2				
Tinajilla	A.II.2.2	4	4		II	
Caliciforme	A.III.4.1	1	9		III	
Plato	A.III.8.1	1				
	A.III.8.2	4				
	A.III.8.3	2				
Cuenco	A.III.9	1				
Mortero	A.V.4	1	1		V	
Olla	B.1	4	5	B	4	
Tapadera	B.6.2	1			1	
Olla	MANO	3	3			M
Total		29				

Fig. 4.130. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva del Sapo.

Las formas

Las cerámicas de Clase A son las más representativas del conjunto. La mayoría son de cocción oxidante, documentándose tan solo la cocción reductora en uno de los recipientes (caliciforme). El grupo I está compuesto por un ánfora y seis tinajas (33,33% del total de Clase A) (figs. 4.131 y 4.132). Del grupo II, identificamos cuatro tinajillas (19,05% del total de Clase A) (fig. 4.131). El grupo III es el más representativo del conjunto, compuesto por: caliciforme (1), plato (1), páteras (4), escudilla (2) y cuenco (1) (figs. 4.132 y 4.133). Destaca la conservación del caliciforme, el cual ha podido ser reconstruido casi en su totalidad (fig. 4.134). Por último, del grupo V, documentamos un mortero con estrías internas, más deterioradas hacia el centro, evidenciando así el uso continuado del mismo (fig. 4.133).

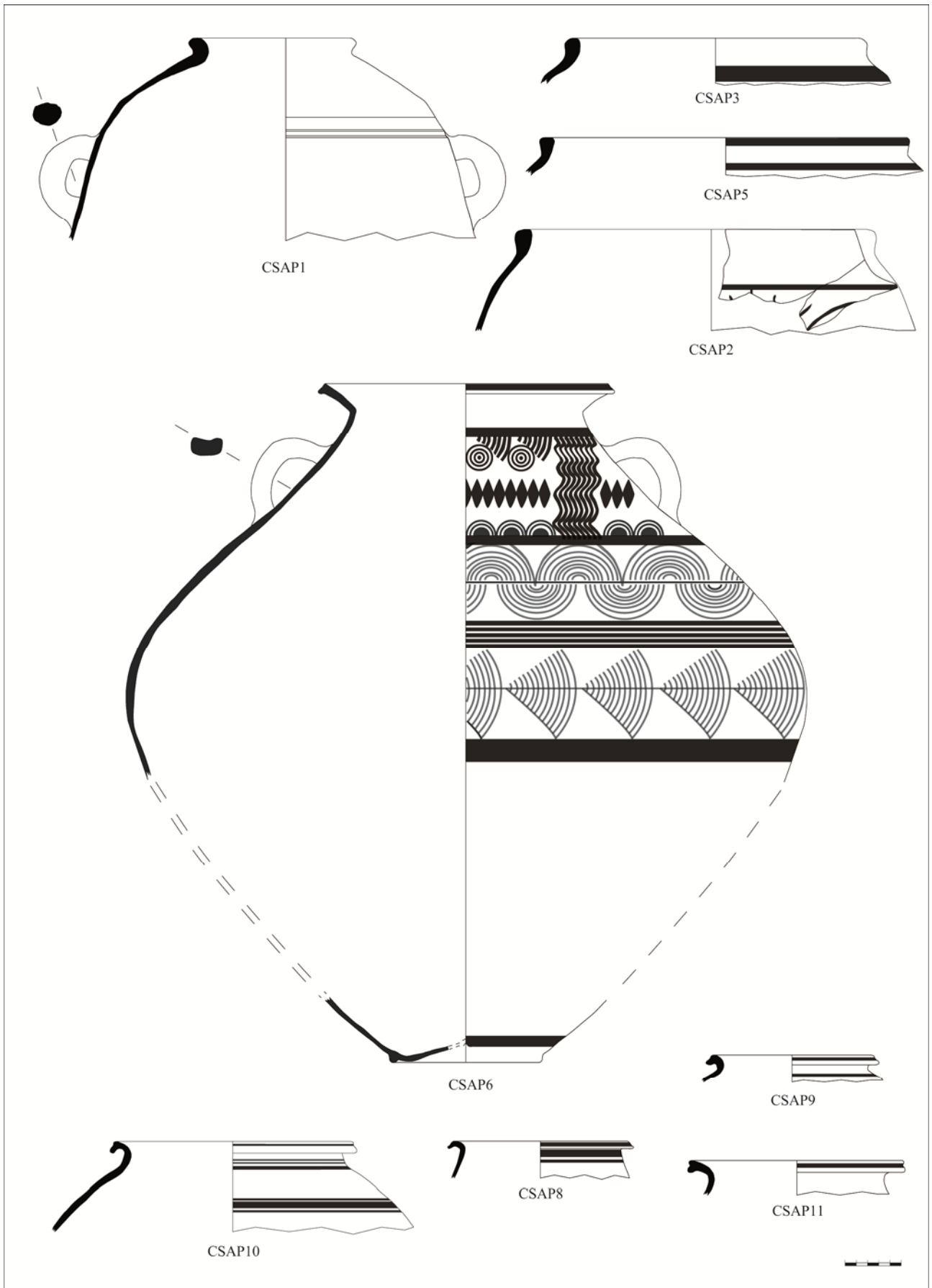


Fig. 4.131. Recipientes cerámicos más representativos: grupos I y II.

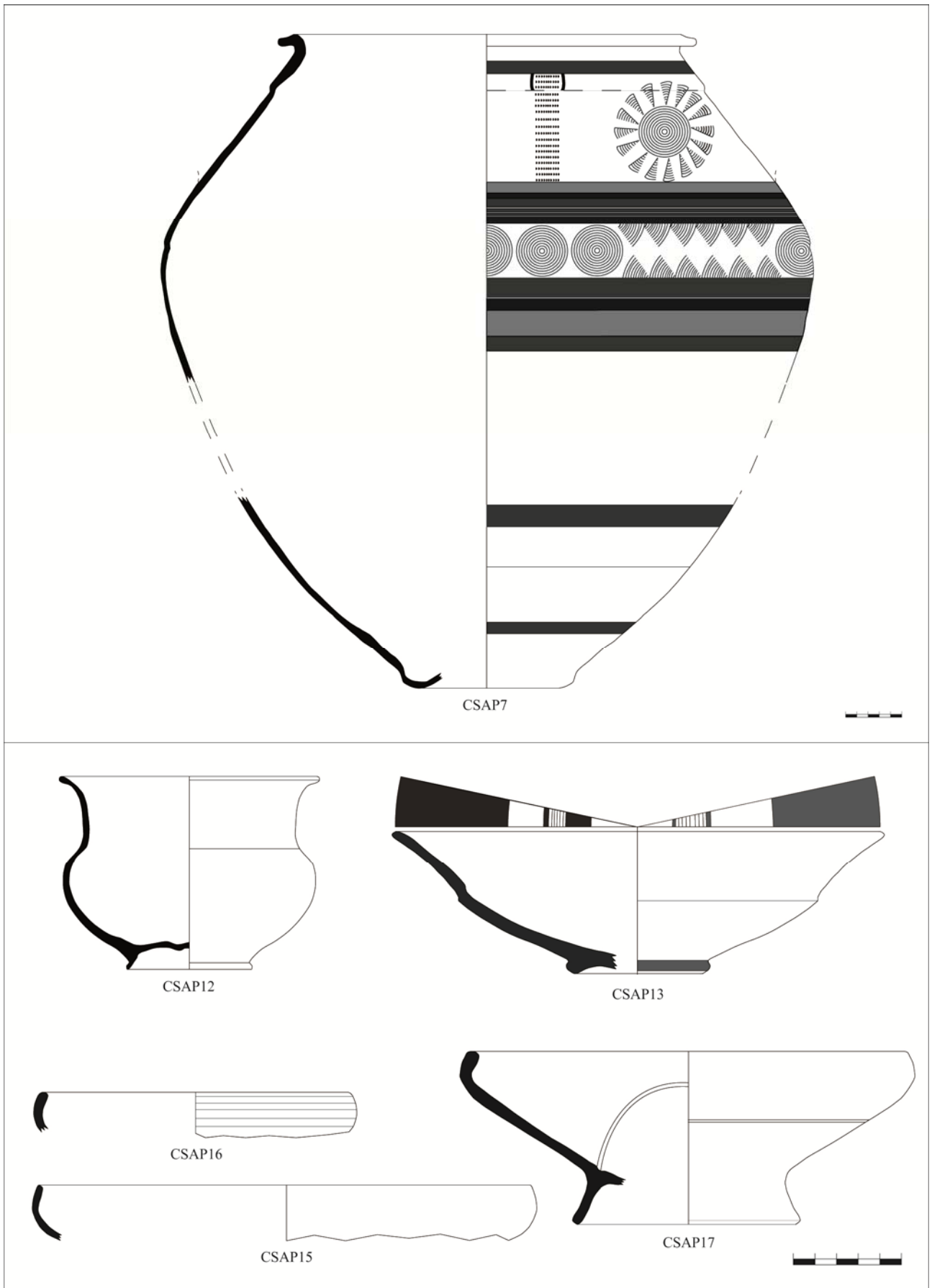


Fig. 4.132. Recipientes cerámicos más representativos: tinaja y cerámicas del grupo III.

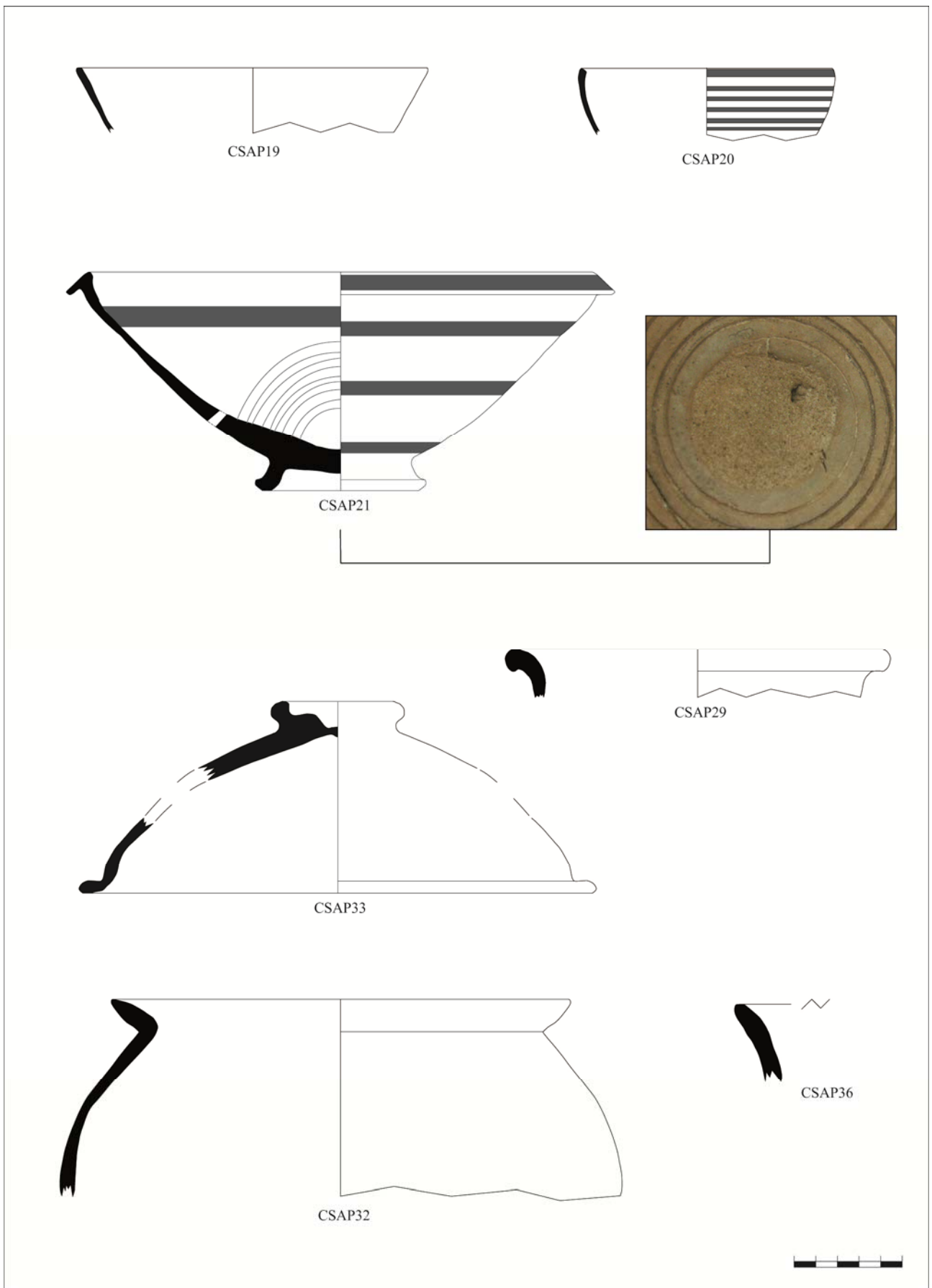


Fig. 4.133. Recipientes cerámicos más representativos: grupo III, V, cerámicas de Clase B y a mano.

Las cerámicas de Clase B tan solo representan el 17,24% del conjunto (NMI 5). Documentamos cuatro ollas, con bordes entre los 17 y 21 cm de diámetro, y una tapadera con pomo anillado de perfil completo. Los diámetros de la olla CSAP32 y de la tapadera CSAP33 parecen ser coincidentes, por lo que suponemos su uso conjunto (fig. 4.133).

Por último, existen tres ollas a mano cuyas características se asocian a momentos de la Primera Edad del Hierro o comienzos de época ibérica (fig. 4.133). Las pastas son de baja calidad y el tamaño de los desgrasantes mucho mayor que en el de las cerámicas plenamente ibéricas. Además, identificamos la típica base plana de este momento.

Las decoraciones

Las decoraciones están presentes sobre todo en las cerámicas de Clase A, documentándose solo un fragmento informe de Clase B con un baquetón flanqueado por incisiones. La mayoría de cerámicas de Clase A están decoradas con pintura, sobre todo motivos geométricos. Sin embargo, documentamos algunas incisiones como en el caso del ánfora (fig. 4.131: CSAP1) o en la base de alguna tinaja (fig. 4.132: CSAP7). Del total de 29 recipientes, 16 presentan decoración pintada geométrica (55,17%). La parte de la vasija más decorada siempre es el tercio superior, mientras que la parte inferior se suele decorar a base de bandas y filetes simples (con la excepción de los platos). Generalmente, se trata de motivos rectilíneos simples (bandas y líneas de diversos grosores), pero también documentamos varios motivos circulares (círculos concéntricos o segmentos de círculo) (figs. 4.131-4.133). Los motivos geométricos, más complejos como las líneas onduladas o los rombos, suelen aparecer en las tinajas o tinajillas. Destacan las cenefas de las dos grandes tinajas (figs. 4.131 y 4.132: CSAP6-7), una de las cuales presenta además el único ejemplo de decoración policroma (fig. 4.132: CSAP7).

Los motivos florales o vegetales son menos frecuentes, documentándose en 55 fragmentos informes. Seguramente, algunos pertenezcan a una de las tinajas con hombro que presenta un principio de decoración con líneas de tendencia similar a la de tipo vegetal (fig. 4.131: CSAP2). Se decoran con líneas onduladas, volutas, "s" seriadas o sueltas... Destacamos dos posibles hojas cordiformes y dos posibles capullos, una posible pata de animal y un fragmento con una posible representación de un zapatero (fig. 4.135).



Fig. 4.134. Caliciforme conservado casi completo.



Fig. 4.135. Ejemplos de decoración floral.

Objetos metálicos

Objetos de hierro

Entre los objetos metálicos, documentamos cuatro objetos de hierro (un regatón, un punzón, una varilla y un posible cincel) y tres elementos de bronce (una fíbula y dos apliques) (fig. 4.136). Por una parte, destacamos la conservación del regatón, con una perforación en el cubo de empuñadura para el pasador que aseguraría la sujeción de un astil (fig. 4.137: CSAP115). Por otra parte, es interesante recalcar las evidencias de empuñadura que presentan tanto el punzón (fig. 4.137: CSAP116), como el posible cincel (fig. 4.137: CSAP118). Ambos elementos presentan evidencias de percusión que demuestran su utilización repetida antes de haber sido depositados.

Tipo	NMI	Material	Observaciones
Regatón	1	Fe	Empuñadura
Punzón	1		Empuñadura
Varilla	1		Posible clavo
Cincel (?)	1		Empuñadura
Fíbula	1	Br	Decoración incisa e incrustación
Aplique	2		Función decorativa
Total	7		

Fig. 4.136. Resumen del inventario de elementos metálicos.

Objetos de bronce

Los objetos de bronce documentados en la cueva son claramente elementos ornamentales: dos apliques y una fíbula (fig. 4.137: CSAP 119-121). Ambos apliques, pudieron utilizarse como refuerzo o elemento decorativo sobre ropa, cajitas o similares, enganchándose a través de sus perforaciones (Grau y Reig 2002-2003: 115). Por desgracia, la fíbula de bronce no se encuentra depositada en el MPV junto con el resto de materiales, por lo que tan solo contamos con el dibujo y la descripción realizada por Portell (1983). Se trataría de una fíbula de pie vuelto con botón terminal, que en la cabecera del puente lleva una perforación que servía para que pasase el eje sobre el que se enrolla el alambre (Portell 1983). Aunque Portell adscribe esta fíbula al tipo de pie vuelto con botón terminal y la paraleliza con una de Aguilar de Anguita (Argente 1974: fig. 8.3; Pla Ballester 1985: 56), este tipo de fíbulas, en sus últimas fases, se suelen confundir con las de la Tène I y en algunas ocasiones es muy arriesgado adscribirlas a uno u otro tipo (Argente 1974: 174). Las características generales de la pieza nos harían enmarcarla más bien dentro de las de la Tène I y, en concreto, en el Tipo 3b de Cuadrado (1978) e Iniesta (1983) o grupo III de Cabré y Morán (1979). Éstas se caracterizan por un pie evolucionado de balaustre, formado por una bola o tonelete, que cuenta con una perforación donde se incrusta una sustancia decorativa, ya sea coral, pasta vítrea, hueso, o incluso ámbar (Cuadrado 1978: 314; Iniesta 1983: 61). En el caso de la fíbula de la Cueva del Sapo, no sabemos qué tipo de incrustación llevaba, ya que no se especifica en el informe, ni sabemos si se conservaba.

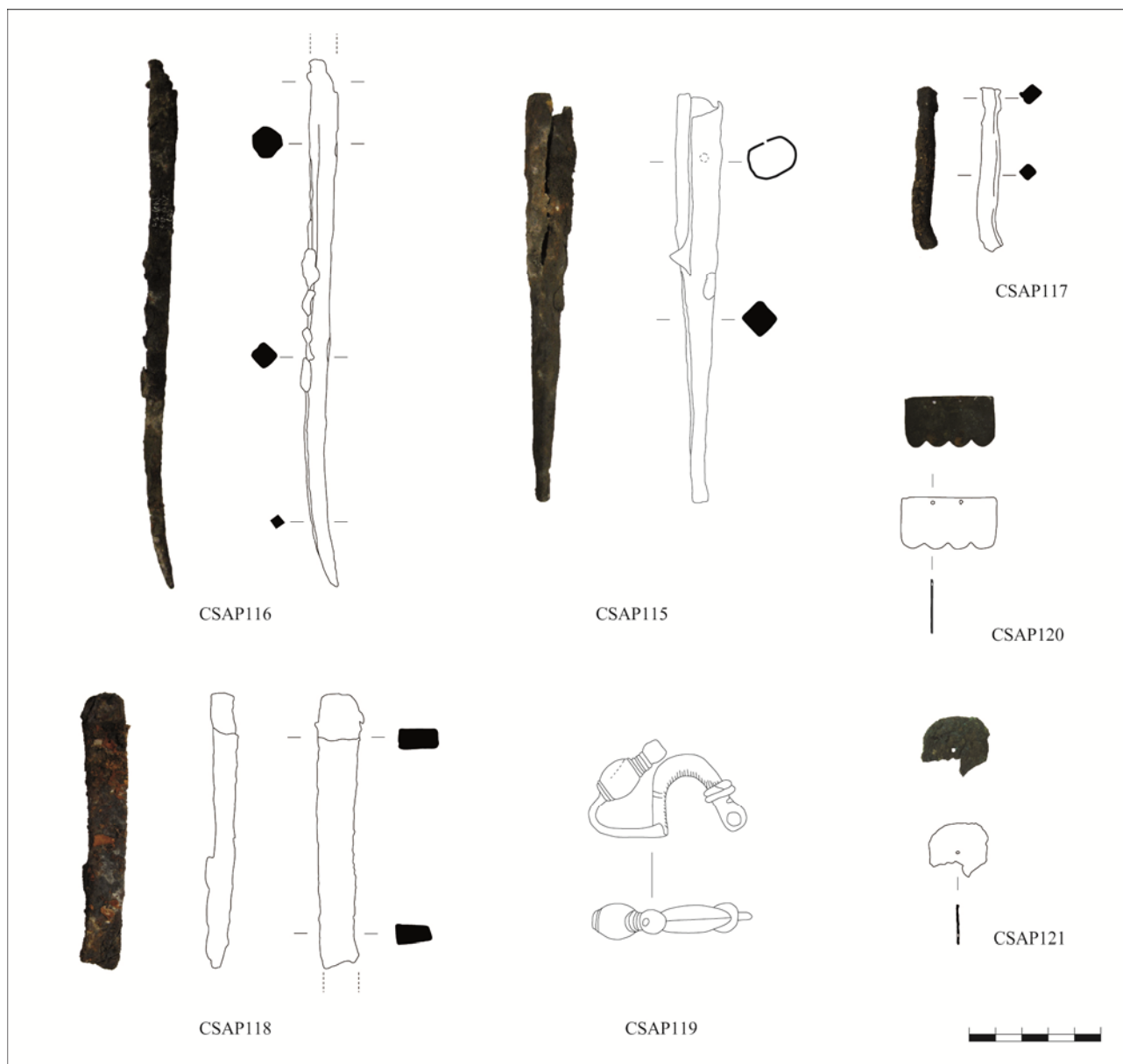


Fig. 4.137. Objetos metálicos más representativos.

Restos óseos

Los restos óseos son, junto con las cerámicas, el material más abundante en la cueva. Debido a que los resultados generales del estudio tanto de restos humanos como de los restos de fauna ya han sido publicados (Machause *et al.* 2014; Machause y Sanchis 2015), nos limitaremos aquí a indicar las características más relevantes del conjunto.

Restos de fauna

Los restos de fauna fueron objeto de una clasificación preliminar a cargo de I. Sarrion, quien publica una tabla resumiendo las especies identificadas y las compara con las documentadas en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (Sarrión 1990: 180). Con motivo de la realización del TFM, A. Sanchis llevó a cabo un análisis

preliminar de los restos que, tal y como indicó E. Portell, eran tan numerosos que no se relacionarían con una deposición natural (Portell 1983). Ya en este análisis preliminar, se dejó constancia del elevado número de restos de ciervo y ovicaprino, así como la presencia de restos de perro (Machause 2012: 37). El interés surgido a raíz de este análisis, nos llevó a realizar un estudio detallado del conjunto, el cual fue presentado en las II *Jornades de arqueozoologia* del MPV (2013) y publicado posteriormente (Machause y Sanchis 2015). De esta última publicación, proceden los datos que resumimos en las siguientes líneas.

La muestra analizada ascendió a un total de 4392 restos, de los cuales se identificaron 1522 (34,65%). Los restos no identificados (65,35%), se dividieron en taxones de talla pequeña (0,71%), talla media (58,79%), talla grande (0,11%) y fragmentos indeterminados (5,74%). Los determinados corresponden a 30 especies distintas, con presencia de ungulados silvestres y domésticos, lepóridos, anfibios, reptiles, micromamíferos, aves y gasterópodos (fig. 4.138).

Las especies más representativas de la muestra, sin tener en cuenta los gasterópodos, son: el *Cervus elaphus* (12 individuos) y el grupo formado por *Ovis aries* (2 individuos), *Capra hircus* (3 individuos), *Capra sp.* (2 individuos) y ovicaprinos indeterminados (7 individuos). Debido a su representación, nos centraremos en estos dos grupos.

Taxones	NISP	%NISP	NME	NMI
<i>Bos taurus</i>	2	0,13	1	1
<i>Capra hircus</i>	15	0,99	15	3
<i>Capra sp.</i>	4	0,26	4	2
<i>Ovis aries</i>	17	1,12	17	2
Ovicaprino indet.	224	14,72	184	7
<i>Sus sp.</i>	2	0,13	2	2
<i>Canis familiaris</i>	17	1,12	17	2
<i>Canis sp.</i>	23	1,51	21	2
Total domésticos	304	19,98	261	21
<i>Cervus elaphus</i>	809	53,15	536	12
<i>Capreolus capreolus</i>	1	0,07	1	1
<i>Capra pyrenaica</i>	1	0,07	1	1
<i>Oryctolagus cuniculus</i>	69	4,53	65	5
<i>Lepus sp.</i>	9	0,59	9	2
Leporidae	3	0,2	3	2
<i>Bufo sp.</i>	1	0,07	1	1
<i>Lacerta lepida</i>	8	0,53	7	2
Ophidia	6	0,39	6	1
<i>Alectoris rufa</i>	2	0,13	2	1
<i>Columba palumbus</i>	1	0,07	1	1
<i>Columba sp.</i>	9	0,59	9	2
<i>Pyrrhocorax sp.</i>	36	2,37	35	5
Ave indet.	120	7,88	119	3
<i>Apodemus silvaticus</i>	1	0,07	1	1
<i>Myotis sp.</i>	1	0,07	1	1
Quiroptera	13	0,85	13	2
<i>Iberus alonensis</i>	97	6,37	97	97
<i>Sphincterochila candidissima</i>	2	0,13	2	2
<i>Pseudotachea splendida</i>	4	0,26	4	4
<i>Rumina decollata</i>	21	1,38	21	21
<i>Theba pisana</i>	4	0,26	4	4
Total silvestres	1218	80,02	938	171
Total	1522		1199	192

Fig. 4.138. Cuantificación y representación de especies de la muestra faunística (a partir de Machause y Sanchis 2015: cuadro 1).

Edades de muerte

De los 12 individuos de ciervo identificados, la mitad son adultos de más de tres años, uno de los cuales llegó incluso a una edad avanzada. El resto son: infantiles menores de un año (4) y jóvenes de 1-2 años (2). De los ocho individuos de ovicaprino indet., identificamos dos adultos, tres subadultos, uno joven y otro infantil. De las dos ovejas identificadas, un individuo es joven (menor de un año) y el otro adulto (más de tres años),

que podría corresponder a alguno de los ovicaprinos indeterminados. Los tres individuos de cabra (dos jóvenes y otro subadulto) también podrían corresponder a alguno de los ovicaprinos indet.

Representación anatómica

Los diversos elementos anatómicos aparecen representados tanto en ciervos como en ovicaprinos, aunque con frecuencias distintas (fig. 4.139). En general destacan los huesos de los miembros, mientras que los del cráneo y esqueleto axial son menos numerosos.

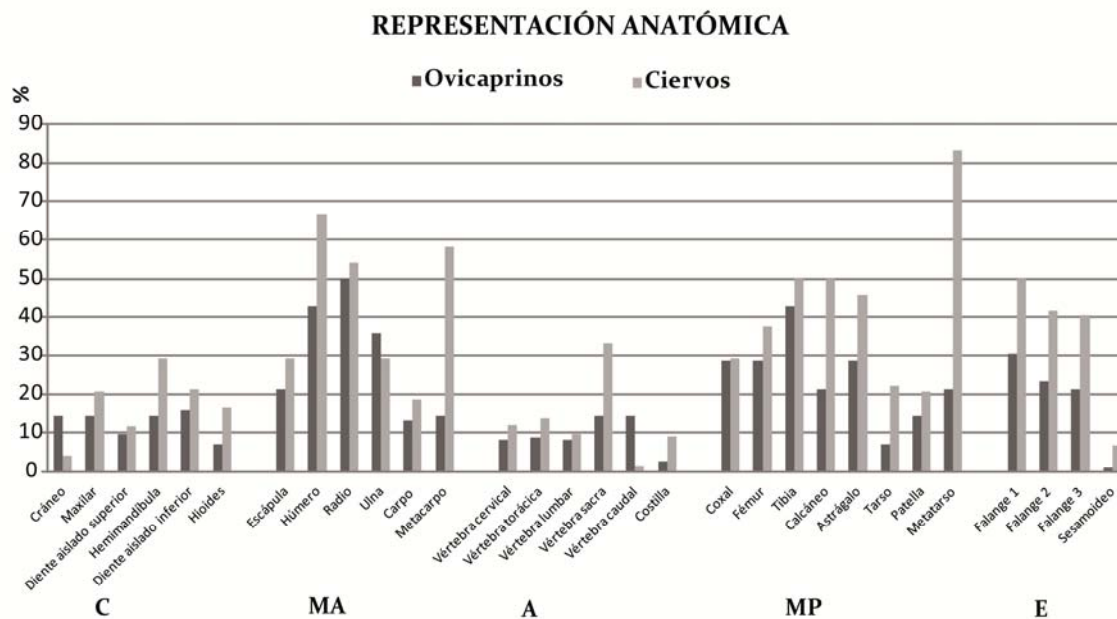


Fig. 4.139. Representación anatómica en las especies más representativas de la muestra: ovicaprinos y ciervos (a partir de Machause y Sanchis 2015: fig. 4).

Fragmentación

Es interesante destacar que, tanto en ciervos como en ovicaprinos, existe un bajo nivel de fragmentación. El 60% de restos de ciervo y el 75% de los de ovicaprino se conservan completos. Además, de los pocos restos que presentan algún tipo de fragmentación, la mayoría son de origen postdeposicional (fig. 4.140). Las alteraciones antrópicas se documentan sobre 85 restos, la mayoría de ciervo (65), aunque también se documentan sobre huesos de ovicaprino (12), perro y cánido indet. (7) y conejo (3). En el caso de los ciervos, la mayoría de alteraciones son marcas de corte (52), asociadas con el procesado carnicero (pelado, desarticulación y descarnado/consumo), pero también documentamos termoalteraciones (11) y huesos trabajados (2). En los ovicaprinos, identificamos tanto marcas de corte (5), como termoalteraciones (7) (fig. 4.141). El resto de alteraciones se han producido por mordeduras, roeduras y procesos digestivos relacionados con la actividad de carnívoros y roedores, así como modificaciones postdeposicionales (producidas por el óxido de manganeso y la meteorización).

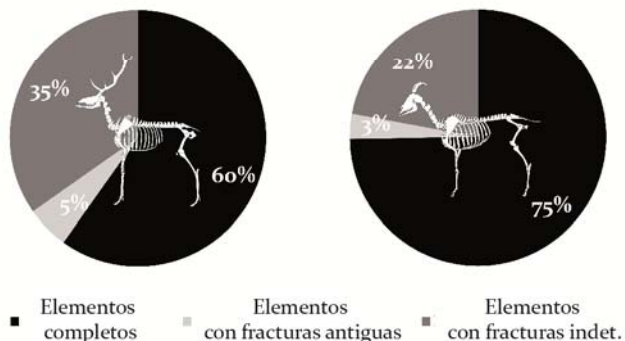


Fig. 4.140. Fragmentación en las especies más representativas de la muestra: ovicapridos y ciervos (a partir de Machause y Sanchis 2015: fig. 2).



Fig. 4.141. Alteraciones antrópicas presentes sobre metatarso de ovicapridino (1), ulna de perro (2) y astrágalo de ciervo (3) (a partir de Machause y Sanchis 2015: fig. 5).

Restos humanos

Uno de los elementos que motivó el interés por realizar un sondeo de urgencia en esta cueva fueron las dos mandíbulas humanas asociadas a las cerámicas ibéricas halladas por los aficionados. La única mención específica que se hace de los restos humanos fue publicada por I. Sarrión en relación al estudio de la fauna que apareció en la Cueva del Sapo (Sarrión 1990: 182). En este artículo, dedicado principalmente a las Cuevas del Puntal del Horno Ciego, Sarrión nos indica que son 49, el número de restos humanos que aparecieron en la cueva.

Ya en la realización del TFM, a través del análisis preliminar llevado a cabo por A. Sanchis, identificamos dos individuos, así como algunos restos con marcas antrópicas realizadas con algún elemento metálico o de sílex (Machause 2012: 34). Sin embargo, fue con el análisis antropológico realizado por A. Pérez y publicado parcialmente (Machause *et al.* 2014)³² cuando observamos la importancia de estos restos (fig. 4.142).

La muestra se compone de 75 fragmentos, de los cuales tres son esquirlas óseas. Identificamos dientes (11), huesos del cráneo (20) y elementos postcraneales (41). Las partes mejor representadas son los restos del cráneo (24%), seguidos por los huesos del pie (17,33%), dientes (14,66%), huesos de la mano (13,33%) y fragmentos escapulares (9,3%). No aparecen representadas unidades anatómicas como el maxilar, las costillas, el cúbito, el coxal, el sacro, la tibia o el peroné. La mayoría de los fragmentos presentan fracturas *post mortem* y pérdidas óseas, mientras que los huesos del pie y de la mano, así como los dientes, están completos (Machause *et al.* 2014: 165-168).

³²Actualmente estamos preparando, junto con A. Pérez, una publicación específica sobre estos restos, donde incluiremos los últimos resultados de datación que hemos obtenido.

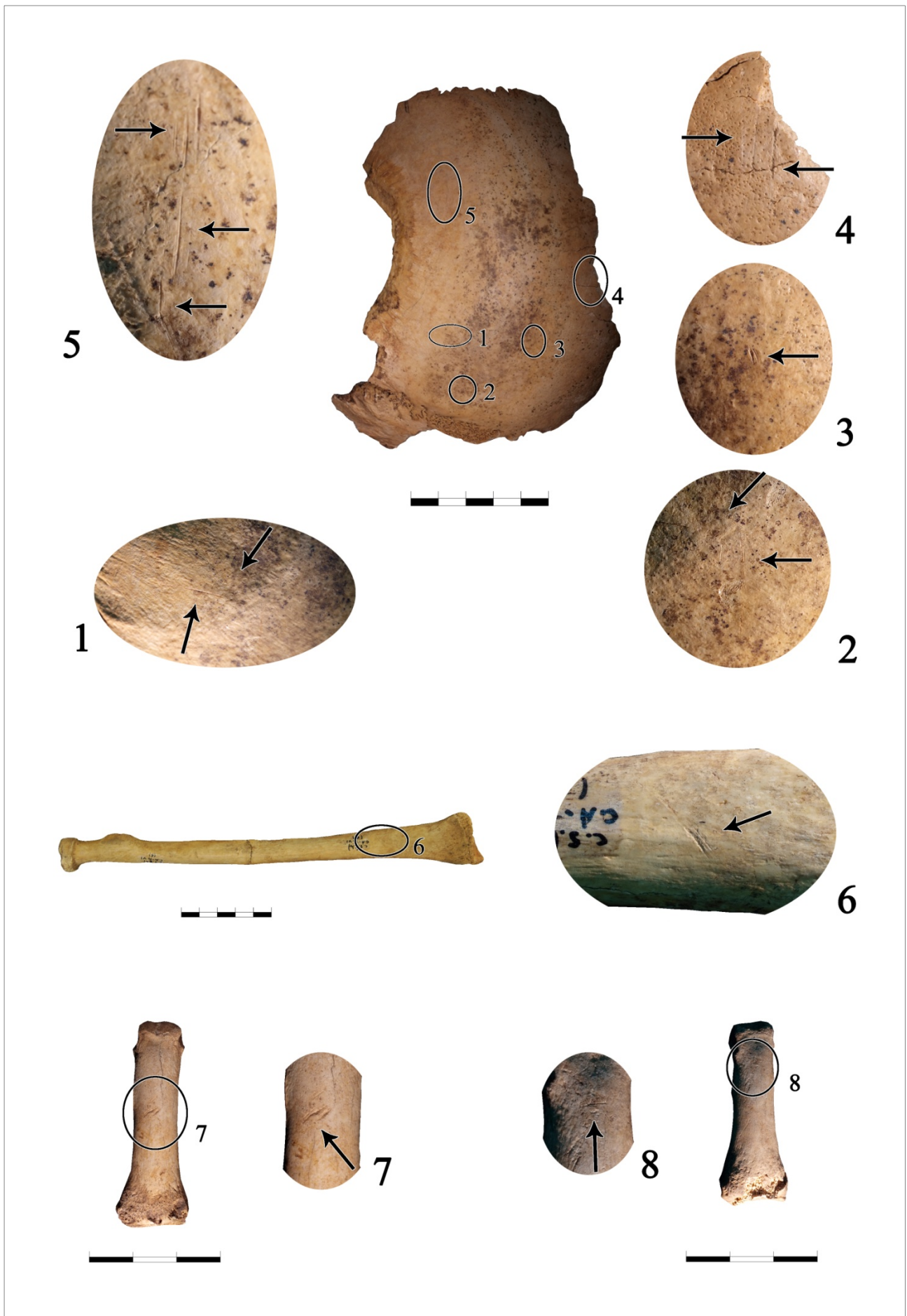


Fig. 4.142. Restos humanos con marcas de corte sobre: (1-5) calota; (6) radio izquierdo; (7-8) dos falanges (a partir de Machause *et al.* 2014: fig. 8).

A partir de los elementos esqueléticos más representativos (mandíbulas y fémures), se identificaron dos individuos, ambos adultos jóvenes (Meindl y Lovejoy 1985): uno femenino, a juzgar por la morfología del cráneo (Ferembach *et al.* 1980), y otro seguramente masculino, si nos basamos en el tamaño del radio (Machause *et al.* 2014: 165-168).

Destacamos la presencia de marcas de corte o incisiones poco profundas realizadas intencionadamente con un instrumento afilado (Botella *et al.* 1999), en cuatro fragmentos óseos (5,3% del total de la muestra). Tal y como se observa en la fig. 4.142, las marcas se localizan: en un fragmento de una porción izquierda de la calota craneal perteneciente al individuo femenino (cinco grupos de incisiones); en el tercio distal de la diáfisis del radio izquierdo del individuo posiblemente masculino; y en dos falanges de la mano izquierda (Machause *et al.* 2014: 165-168). Sin embargo, hay que especificar que la reciente datación del radio lo relaciona con un uso funerario de la cavidad en la horquilla cronológica de los ss. V-VII d.C.

Estudio antracológico

Taxones	muestra 1	muestra 2	muestra 3	muestra 4	muestra 5	muestra 6	muestra 7	muestra 8	muestra 9	Total
<i>Ficus carica</i>			1		2				3	6
Fabaceae	10									10
Monocotiledónea tp. <i>Chamaerops humilis</i>					3					3
<i>Pinus halepensis</i>			2	1		5				8
<i>Pinus sp.</i>		1								1
<i>Quercus perennifolia</i>		3					10	1		14
<i>Quercus sp.</i>		1								1
<i>Rosmarinus officinalis</i>					1	1				2
Indeterminable		1								1
Labiatae								1		1
Total fragmentos analizados	10	6	3	1	6	6	10	2	3	47

Fig. 4.143. Frecuencia de los taxones identificados en el análisis antracológico (a partir de Machause *et al.* 2014: fig. 6).

Con motivo de la realización del TFM, Y. Carrión realizó un análisis preliminar de parte de los restos antracológicos. Este estudio fue ampliado y completado con los restos hallados junto a los restos de fauna, por parte de P. Vidal (Machause *et al.* 2014). Del total de 47 fragmentos de carbón, se identificaron ocho taxones: *Ficus carica* –higuera–, Fabaceae –de la familia de la genista–, Monocotiledónea –de la familia del palmito–, *Pinus halepensis* –pino carrasco–, *Pinus sp.*, *Quercus sp.* perennifolia –carrasca, coscoja–, *Quercus sp.*, *Rosmarinus officinalis* –romero–, Labiatae, además de un fragmento catalogado como indeterminable por su mala conservación (figs. 4.143 y 4.144).

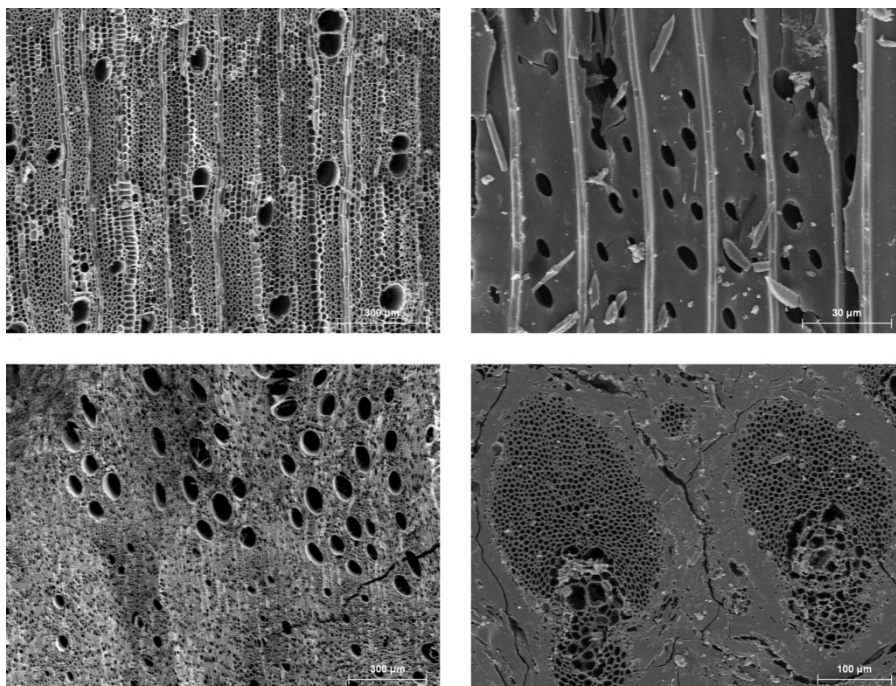


Fig. 4.144. Fotografías en el microscopio electrónico de algunos de los taxones identificados: *Ficus carica* (1), *Pinus halepensis* (2), *Quercus* sp. (3) y Monocotiledónea tp. *Chamerops humilis* (a partir de Machause *et al.* 2014: fig. 7).

Cronología

El conjunto estudiado se asocia con un uso de la cavidad durante época ibérica. El volumen de materiales no es muy elevado y parece indicar que tan solo se frecuentaría en determinados momentos aislados, principalmente entre los ss. V-IV a.C., ya que la mayoría de materiales se asocian con dicho periodo.

Tanto la gran tinaja con decoración polícroma (CSAP7), como el plato de ala ancha (CSAP13) y el mortero de labio saliente y pendiente (CSAP21), son formas que se asocian a finales del s. V y principios del s. IV a.C. En cuanto a los motivos decorativos, la mayoría también se relacionan con esta horquilla cronológica. Destacamos la presencia de meandros en la tinaja CSAP6, cuya complejidad se asocia al s. IV a.C. Por lo que concierne a los objetos metálicos, la fíbula de bronce de la Tène I, similar a las que se documentan en contextos bien fechados como la Necrópolis del Cigarralejo de Mula, nos aporta una datación del 400-350 a.C. (Cuadrado 1978: figs. 79, 120 y 258).

Los resultados de la primera datación radiocarbónica por AMS de un fragmento de hemimandíbula izquierda del individuo femenino en el Beta Analytic de Florida proporcionaron una fecha de 390-200 cal BC. Sin embargo, las últimas dataciones obtenidas en el Centro de Aceleradores de Sevilla, del individuo seguramente masculino, han demostrado que esta cueva se utilizó como lugar de enterramiento también en el s. V-VII d.C. Ni la mandíbula masculina (cal AD 416: cal AD 560), ni el radio con marcas (cal AD 436: cal AD 446/ cal AD 472: cal AD 486/cal AD 535: cal AD 642) se asociarían, por tanto, con época ibérica.

Por último, no hay que olvidar la presencia de 55 fragmentos informes con motivos vegetales y las posibles evidencias de decoración figurada, que indicarían una perduración del uso de este espacio, con un fin similar o distinto al de momentos previos, al menos hasta el s. III a.C.

Interpretaciones previas

Son muy pocas las referencias que se han hecho sobre esta cueva. En el informe preliminar de excavación, E. Portell indica la originalidad del conjunto material, el cual no podía compararse con los que se conocían hasta el momento y, por lo tanto, no se podía incluir dentro del conjunto de cuevas-santuario ni cuevas-refugio, al menos tal y como habían sido definidas por Gil-Mascarell (1975). Sin embargo, tampoco podía asegurarse que fuera una cueva funeraria, ya que no se consiguió una secuencia estratigráfica que explicara la relación de los restos humanos con cerámicas ibéricas, sin descartar que estos restos pudieran pertenecer a otro momento de frecuentación (Portell 1983). Por otra parte, Sarrión (1990) la relaciona con un uso de habitación o funerario, interpretando la mayoría de restos faunísticos como poblaciones naturales, disminuyendo la importancia del aporte humano. Otros, como Moneo (2003: 199) y González- Alcalde (2011: 142), la relacionan con una actividad ritual.

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

Las características físicas y materiales del conjunto estudiado se relacionan con una actividad ritual en época ibérica (Machause *et al.* 2014). Por una parte, el espacio carece de condiciones de habitabilidad, como sí que ocurre en otras cavidades que pudieron ser utilizadas como refugio esporádico.

Por otra parte, los materiales documentados, tanto cerámicos, como metálicos y óseos reflejan un uso ritual del espacio. Destacamos la presencia de ánforas o las grandes tinajas, cuyo traslado intencionado a la cueva evidencia un interés que va más allá de la mera funcionalidad. En el caso de la Cueva del Sapo, la repetición de ofrendas que se asocia a las actividades rituales, no la vemos en un tipo cerámico, sino en la acumulación de restos de fauna, sobre todo ciervos y ovicaprinos. Estos animales, que fueron depositados tras su inmolación, jugarían un papel relevante en las actividades rituales realizadas tanto en el interior de la cueva como en el entorno inmediato (Machause y Sanchis 2015). Además, la singularidad de esta cueva aumenta al documentarse la presencia de restos humanos ibéricos pertenecientes a un individuo femenino sin señales de cremación.

Por desgracia, la remoción producida en el sedimento nos impide conocer la periodicidad de todas estas ofrendas, aunque seguramente existiría una relación directa entre los restos humanos, los de fauna y parte de los demás materiales.

4.3.10. AVA: Abrigo de las Vacas (Chiva, Valencia)

Localización y características físicas

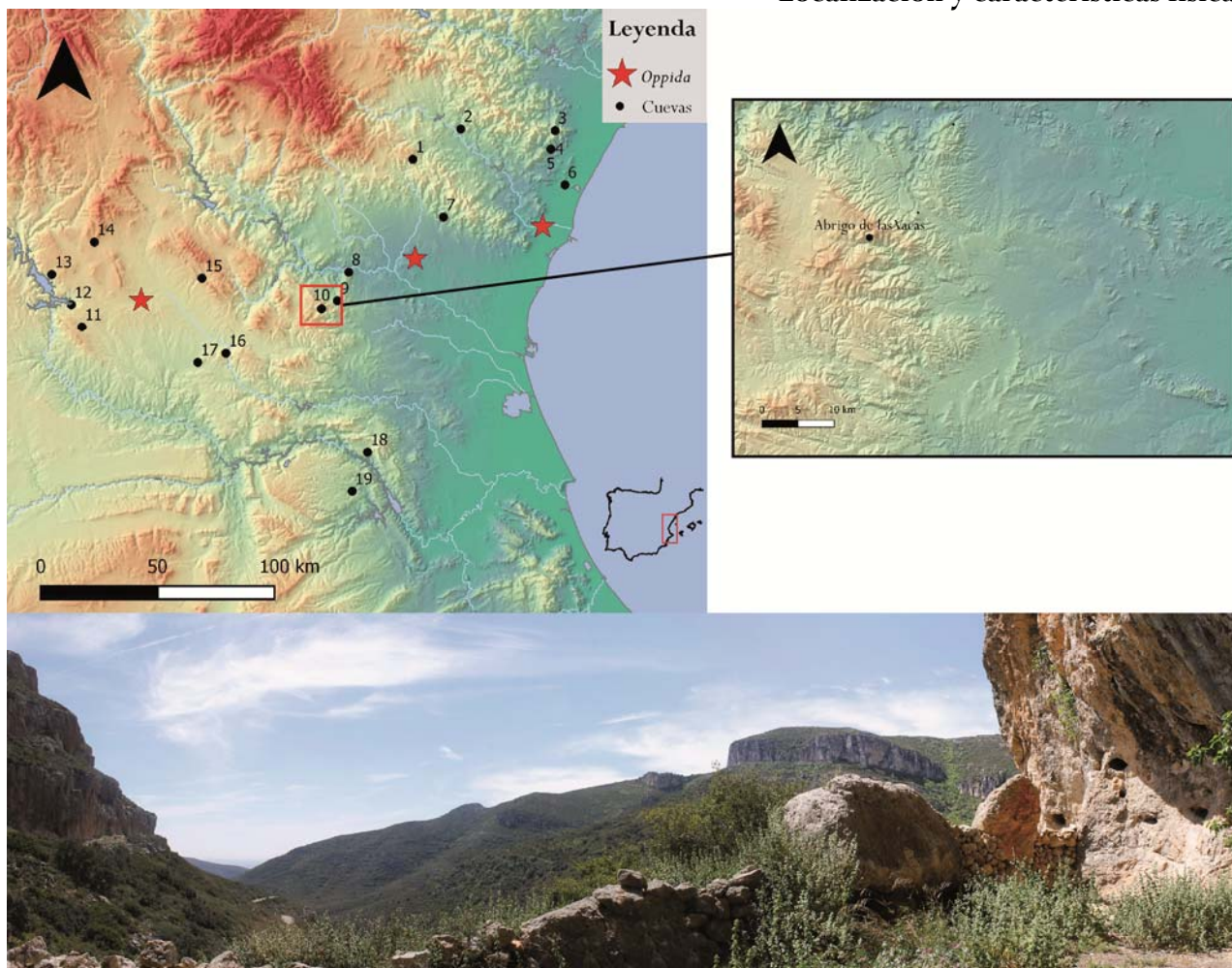


Fig. 4.145. Situación del Abrigo de las Vacas y panorámica del entorno del abrigo.

La Cueva de las Vacas³³ (Martínez Perona 1979) o Cueva de la Vaca (Fernández *et al.* 1980: 148) es en realidad un abrigo que se sitúa a 820 msnm en la ladera izquierda del barranco del Enebro, cercano al Pico de Pascual (fig. 4.145). Cercano a la Fuente de Alhóndiga, su pared rocosa se vislumbra desde el camino de Marjana. Se localiza en la Sierra de los Bosques, en una zona ocupada por un profundo barranco abierto entre los picos Nevera y Hierbas, perteneciente al término actual de Chiva (Martínez Perona 1979: 71; Fernández *et al.* 1980: 148; DGPV) (fig. 4.146). Su nombre deriva seguramente de su uso para resguardar al ganado, sobre todo vacuno (Martínez Perona 1979: 75).

Se trata de un abrigo amplio y poco profundo formado por dos oquedades orientadas hacia el barranco. Tiene una superficie de 35x9x10 m y está protegido en la actualidad por un muro de piedra en seco construido a partir de dos grandes bloques desprendidos seguramente de la visera, el cual evidencia su uso para cercar el ganado (Martínez Perona 1979: 71; Fernández *et al.* 1980: 148; DGPV) (fig. 4.147).

³³ Aunque las citas sobre este abrigo lo nombran como cueva, hemos decidido cambiar dicho término, ya que al visitarla observamos que se trataba de un abrigo.

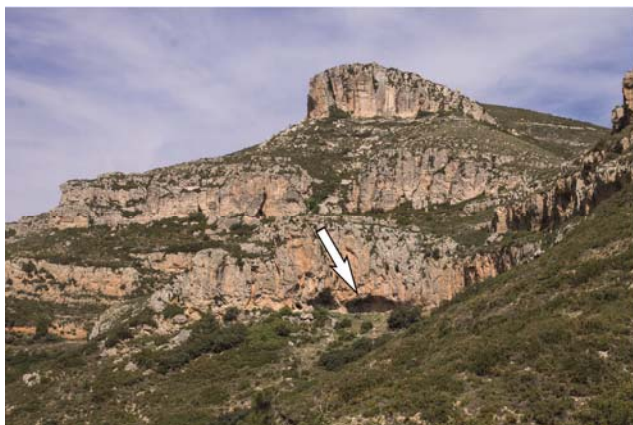


Fig. 4.146. Localización del abrigo, bajo el Pico de Pascual.



Fig. 4.147. Vista general del Abrigo de las Vacas.

Intervenciones

Las primeras noticias de material arqueológico en la zona del Abrigo de las Vacas proceden de un hallazgo casual a finales de los años 70 por parte de J.V. Martínez Perona. Tras una primera recogida de algunos fragmentos de sílex en la ladera, se realizó una prospección tanto en el abrigo como en las zonas cercanas. Durante esta intervención, se recogieron materiales en superficie, observándose la remoción de tierras existente, producida por la recogida del estiércol del abrigo para ser utilizado como abono en los campos de alrededor. Además, la potencia arqueológica era escasa, documentándose tan solo una columna sedimentológica de unos 20 cm en una de las paredes del abrigo (fig. 4.148). Además, se realizaron fotografías y un plano de la cavidad (Martínez Perona 1979: 71-75) (fig. 4.148).

Materiales

El uso del abrigo como espacio para cercar el ganado, así como los continuos expolios y el arrastre del abono para cultivar los campos cercanos, han afectado significativamente el sedimento arqueológico (Martínez Perona 1979). Aunque la mayoría de los materiales recogidos por J. V. Martínez Perona son piezas de sílex asociadas con el Epipaleolítico, también se halló un fragmento de cerámica de la Edad del Bronce y varios fragmentos asociados con la frecuentación en época ibérica en la ladera (Martínez Perona 1979: 81-82).

Así pues, se cita la presencia de *algunos fragmentos de cerámica a torno* (Martínez Perona 1979: 83). Sin embargo, tan solo se describen, en primer lugar, las características de un *fragmento de fusayola hecha a torno, posiblemente del tipo troncocónico con cabeza globular (1,4 x 1,8 cm)* (Martínez Perona 1979: 77) (fig. 4.148). Por el dibujo, podría tratarse de una pieza del subtipo A.V.8.2.2. Y, en segundo lugar, aunque no se dibuja, se indica el hallazgo de un *fragmento hecho a torno, de pasta negruzca y superficie marrón, con decoración exterior, en color rojo vinoso, muy difuminada* (Martínez Perona 1979: 79).

Cronología

La presencia de un NMI tan reducido (2) nos impide realizar cualquier apreciación cronológica dentro del periodo ibérico (ss. VI-I a.C.).

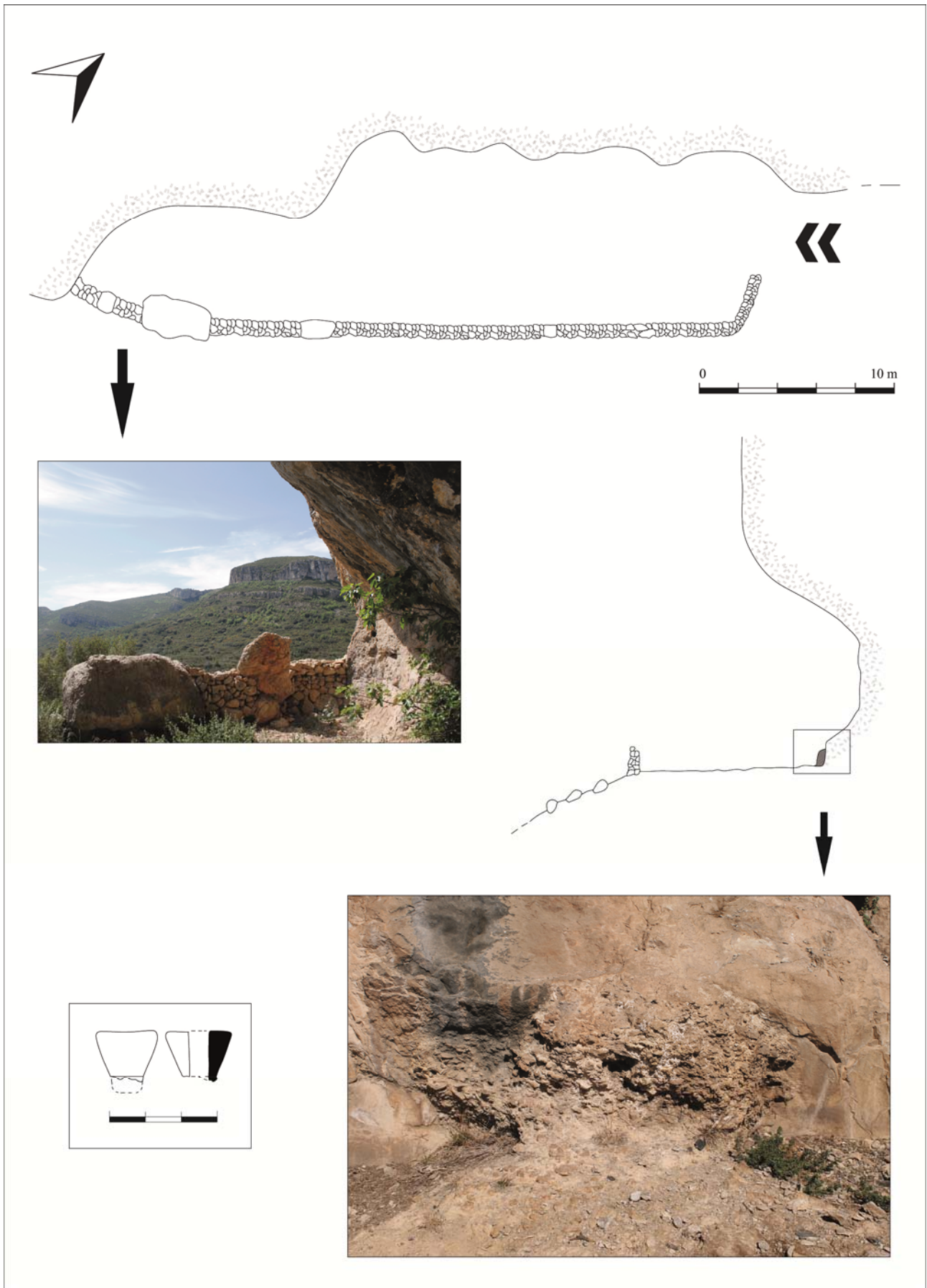


Fig. 4.148. Planta, sección y materiales inventariados del abrigo (a partir de Martínez Perona 1979: figs. 3 y 4), con fotografías del muro y del sedimento conservado.

Interpretaciones previas

Los materiales de cronología ibérica hallados en este abrigo se han relacionado con una frecuentación esporádica asociada al refugio del ganado (Martínez Perona 1979: 83).

Notas sobre el uso del abrigo en época ibérica

La fusayola y los fragmentos con decoración geométrica documentados en la ladera nos informan de la frecuentación de este espacio y, posiblemente, del abrigo en época ibérica. Sin embargo, la inexistencia de materiales de esta cronología en su interior nos impide conocer el uso de este espacio en época ibérica. Es posible que tanto el Abrigo de las Vacas como los abrigos cercanos (los cuales presentan evidencias de arte rupestre: F. Blay c.o.), fueran elegidos, por su localización y características físicas, como refugios esporádicos en diferentes momentos de la Prehistoria y de la Historia.

4.3.11. CSV: Cueva Santa (Villargordo del Cabriel, Valencia)

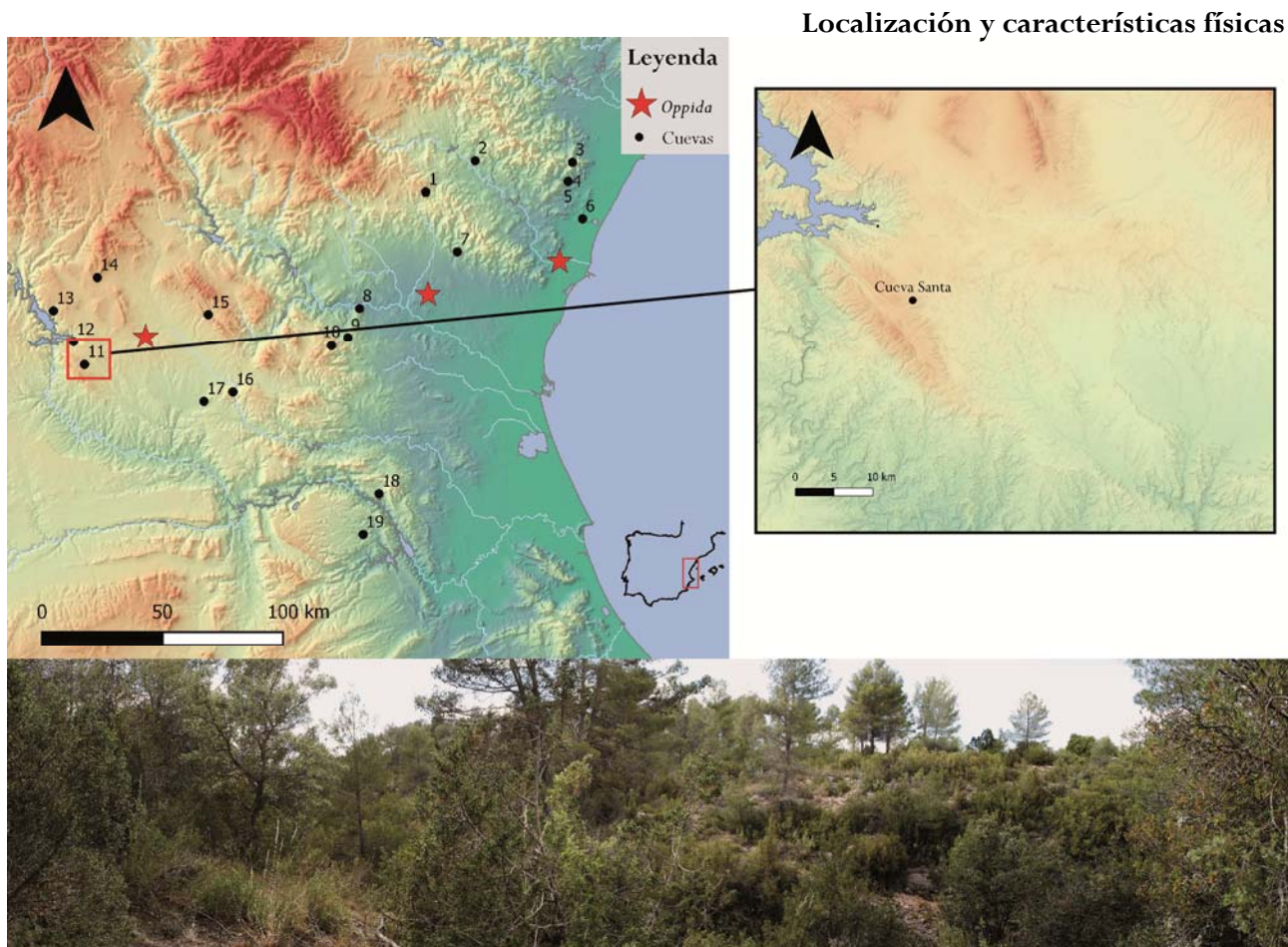


Fig. 4.149. Situación de la Cueva Santa y panorámica del entorno de la cavidad.

La Cueva Santa es una cavidad situada a 3 km al Sureste de la localidad de Villargordo del Cabriel, en la umbría de un barranco en la partida de Vallejo de la Cueva Santa (figs. 4.149 y 4.150). Su situación a 883 msnm, en la parte baja de la ladera, así como la poblada vegetación, hace que sea difícilmente localizable desde el barranco. De hecho, aunque contábamos con varias descripciones y referencias sobre la situación de la cueva, nos costó bastante localizarla, ya que éstas eran erróneas o demasiado vagas.

Su acceso se realiza a través de una boca orientada al Norte, modificada antrópicamente, de 2 m de alto por 1,5 m de ancho (Fernández *et al.* 1982: 158). Desde el año 1976 se protegió con una puerta de hierro, a ambos lados de la cual se elevó un muro de hormigón (Aparicio 1976b) (fig. 4.151). Sin embargo, actualmente la puerta se encuentra abierta y sin candado (fig.



Fig. 4.150. Localización de la cueva en la ladera Sur del barranco.

4.152). El interior se divide en tres espacios: la galería de acceso, la sala I y la sala II (fig. 4.153). En la actualidad, el primer espacio y el segundo se compartimentan al existir un muro de piedra en seco. Sin embargo, la sala principal o sala I (de 7,8 m de ancho, 5,6 m de largo y 8,62 m de altura máxima) sería visible desde la entrada y quedaría iluminada por la luz natural de no ser por dicho muro (fig. 4.154). La sala II (de 4 m de ancho, 5 m de largo y una altura máxima de 2,30 m) se sitúa al final del recorrido, del que parten varias gateras y galerías secundarias impracticables.

Durante la visita, pudimos observar una gran cantidad de cerámicas ibéricas (ollas y caliciformes), así como restos de fauna en superficie.



Fig. 4.151. Panel informativo instalado por el SIP en 1976.



Fig. 4.152. Boca de acceso a la Cueva Santa

Intervenciones

Esta cueva no ha sido objeto de ninguna excavación. Los materiales documentados se hallaron en superficie. Existen noticias del hallazgo por J. M. Bernal en el año 1973 de vasos caliciformes y otras cerámicas de varias épocas, tras el que J. Aparicio realiza una primera recogida de materiales (Fletcher 1975: 105). Las únicas intervenciones arqueológicas de las que se tienen constancia, a través del registro del MPV, son prospecciones dirigidas por J. Aparicio (en 1993 y 1997) y por C. Mata (en 1998).

Materiales

La mayoría de materiales que hemos documentado en la revisión de los fondos del MPV son cerámicas medievales, aunque también existen algunos fragmentos de cerámica de la Edad del Bronce. Se cita la presencia de materiales de época romana en su interior (Guaita 1996: 41), pero no hemos documentado este tipo de materiales en la colección depositada en el MPV.

Los materiales ibéricos son poco representativos, siendo en su totalidad cerámicas. Debido a sus características, nos limitaremos a describirlas de manera general. Del total de 16 fragmentos, documentamos un NMI de 4 (todos procedentes de la prospección realizada por J. Aparicio). Identificamos un recipiente de clase A, un plato en ala (A.III.8.1), y dos ollas de Clase B (B.1). Además, documentamos una olla hecha a mano que podría pertenecer tanto a la Primera Edad del Hierro como a época ibérica (figs. 4.153 y 4.155).

Aunque no se depositan en el MPV, tenemos constancia de la presencia de restos de fauna en superficie (Fletcher 1975: 105; Moya 1998: 54).

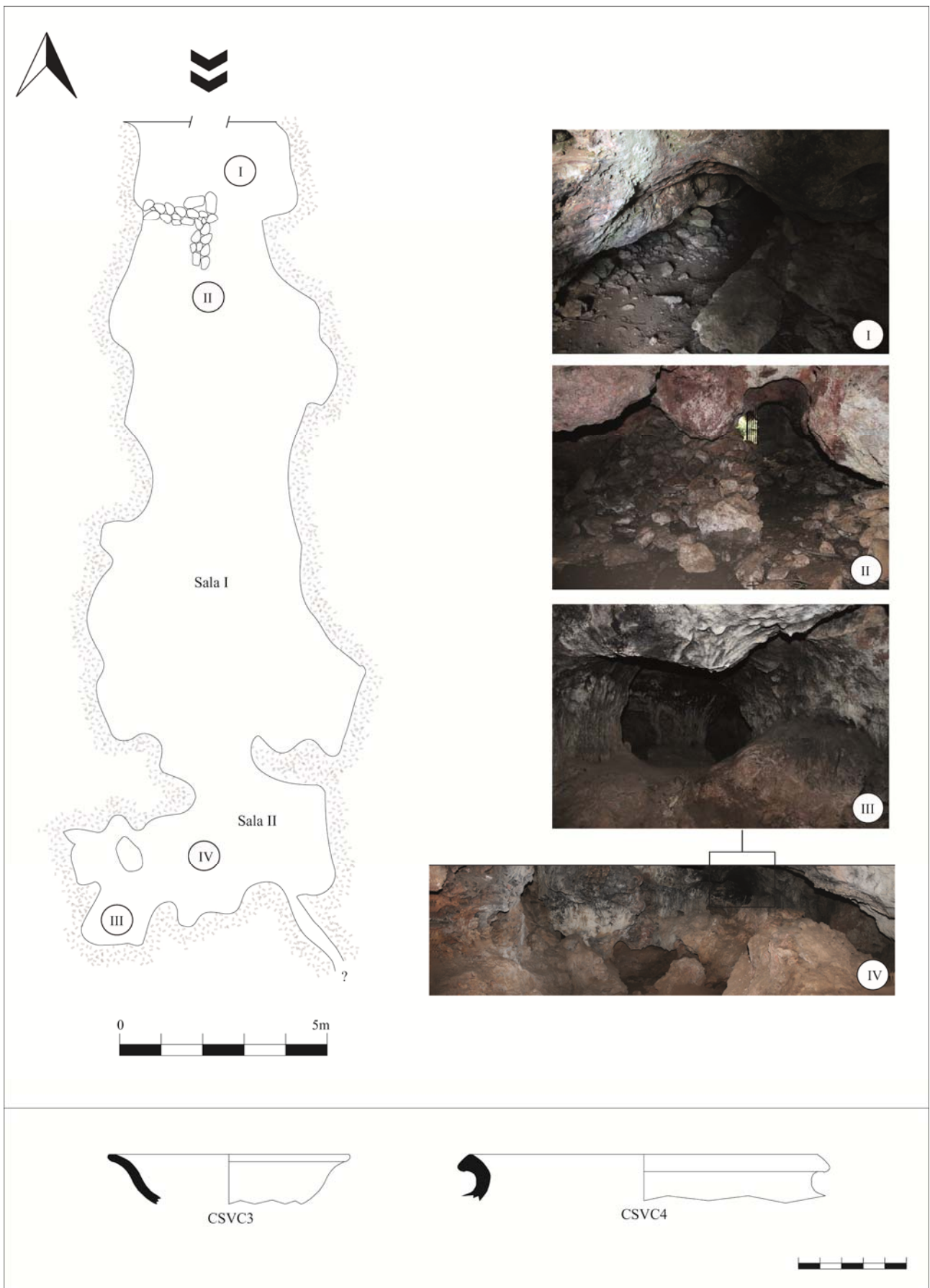


Fig. 4.153. Croquis de la Cueva Santa (a partir de Lorrio *et al.* 2002), con imágenes del interior y cerámicas de cronología ibérica halladas en la prospección de J. Aparicio.



Fig. 4.154. Vista desde la Sala I hacia el muro construido frente a la puerta de acceso.

Tipo	Tipología	NMI	Clase	Grupo	Técnica
Plato	A.III.8.1	1	A	III	T
Olla	B.1	2	B	1	
Olla	Mano	1			M
Total		4			

Fig. 4.155. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva Santa.

Cronología

Las características de los cuatro recipientes revisados no aportan ningún elemento concluyente sobre la cronología aproximada de las frecuentaciones en esta cueva dentro del periodo ibérico (ss. VI-I a.C.).

Interpretaciones previas

Las pocas referencias que se han realizado sobre la cueva la han relacionado con un uso ritual (Fletcher 1975: 105; Serrano y Fernández 1992: 18; Moneo 2003: 198). Sin embargo, tal y como indica Moya (1998: 53), debemos ser conscientes de que, aunque se conozca tradicionalmente a esta cueva como la Cueva Santa, no existen evidencias de una actividad ritual en el interior de la misma. De hecho, en los recientes estudios publicados sobre el territorio ibérico de *Kelin*, se cita la existencia de esta cueva pero siendo prudentes en su interpretación como lugar de culto (Moreno 2010, 2011a; Quixal 2013a, 2015).

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

Aunque en publicaciones previas se ha supuesto su significado ritual basándose en las evidencias de materiales de épocas posteriores, pensamos que, con los datos de los que disponemos, no podemos asegurar el uso que se le dio a esta cavidad en época ibérica.

Sin embargo, si tenemos en cuenta las características físicas del espacio, podemos suponer que no se utilizó como refugio esporádico, ya que la elevada pendiente en el acceso y en la sala I, donde entraría perfectamente la luz natural, dificultaría su uso como hábitat esporádico. De todos modos, con los materiales recogidos hasta la fecha, tampoco podemos afirmar que fuera un espacio ritual. Sin embargo, sería conveniente realizar algún sondeo en la sala II, ya que fue donde documentamos mayor número de cerámicas y restos de fauna en superficie, que nos permitiera conocer mejor el significado de esta cueva en época ibérica.

4.3.12. CPHC: Cueva del Puntal del Horno Ciego II (Villargordo del Cabriel, Valencia)

Localización y características físicas

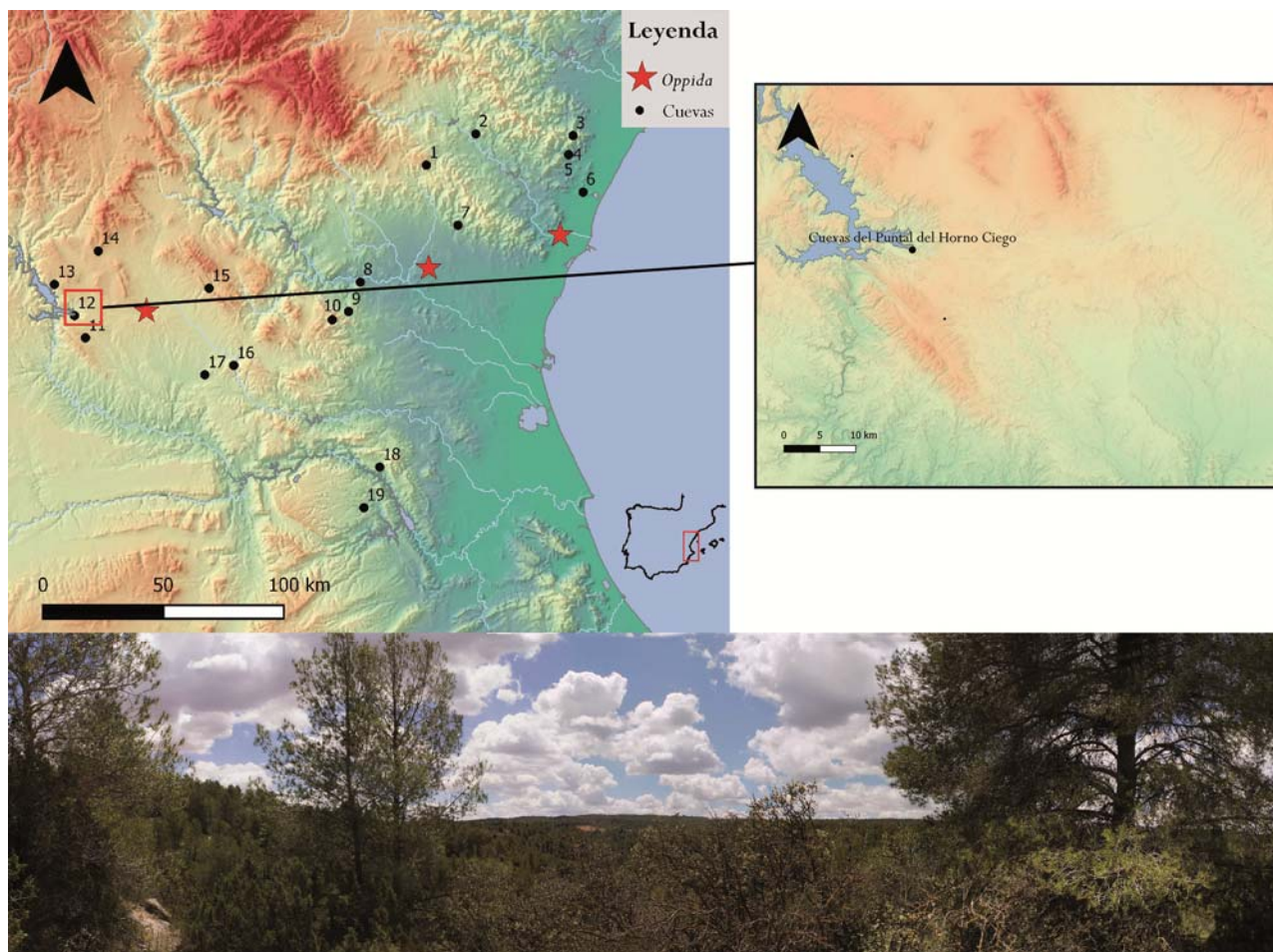


Fig. 4.156. Situación de las Cuevas del Puntal del Horno Ciego y panorámica desde la ubicación de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II.

La Cueva del Puntal del Horno Ciego II se sitúa a unos 780 msnm en la partida del mismo nombre. Se localiza cercana a la cima, en la ladera Sur de uno de los cerros de los Montes de Peñablanca. Desde su localización, se domina visualmente, por una parte, la confluencia del barranco de la Madera y el de la Vid, y, por otra parte, las laderas de Peña Blanca al Sur y del Mulatón al Noroeste (Fletcher 1976: 115; Gil-Mascarell 1977: 706; Martí Bonafé 1990: 144; Lorrio *et al.* 2002) (fig. 4.156).

Con este nombre, también haremos referencia a cinco cuevas distintas, todas localizadas en el mismo cerro. Aquellas en las que se ha producido algún tipo de intervención arqueológica son las conocidas como Cueva del Puntal del Horno Ciego I y II. Se trata de dos cuevas con características físicas muy distintas, que distan unos 100 m la una de la otra. Tal y como indica Lorrio (2001: nota 6), en las sucesivas referencias a estas cavidades encontramos una contradicción. En las primeras publicaciones, se relaciona la Cueva I con un acceso tipo sima y la Cueva II con un acceso más complicado a través de una galería de 10 m (Fletcher 1976: 115-116; Fernández *et al.* 1982: 157-158; Pla 1984: 88; Guaita 1996: 38). Sin embargo, en la publicación específica de

la cueva, así como en las sucesivas referencias, ocurre lo contrario (Martí Bonafé 1990; Serrano y Fernández 1992: 15-18; Moneo 2003: 198; Lorrio 2001: 24; González-Alcalde 2002-2003a: 206, 2002: 184; Lorrio *et al.* 2002; Moreno 2011a: 257; DGPV). Por tanto, mantendremos esta segunda relación, ya que es la que aparece en la publicación específica de la cueva, publicada por Martí Bonafé (1990).



Fig. 4.157. Boca de acceso a la Cueva del Puntal del Horno Ciego I (vista desde el exterior y desde el interior).

La Cueva I cuenta con un acceso complicado, a través de una estrecha boca orientada al Sureste (fig. 4.157), por la que se accede a un pasillo o laminador de unos 10 m de largo (fig. 4.158). Una vez recorrido el laminador, que salva unos 2 m de desnivel, se abren dos salas con varias covachas, gateras y grietas en las paredes, así como numerosas formaciones kársticas (fig. 4.159). El suelo se encuentra cubierto por estalagmitas y estalactitas, así como grandes bloques desprendidos de la bóveda (Fletcher 1976: 116; Gil-Mascarell 1977: 705; Martí Bonafé 1990: 144). Sin embargo, ya no se detectan evidencias de agua en su interior. Es interesante observar como la primera parte de la cueva se encuentra bastante cercana a la superficie, ya que se vislumbran raíces en algunas partes del techo. La diaclasa que forma la cueva se abre en dirección Norte, hacia la localización de la CPHC-V; sin embargo, no se observa una conexión directa con dicha cueva.



Fig. 4.158. Pasillo de acceso o laminador de la Cueva del Puntal del Horno Ciego I (vista desde el exterior y desde el interior).



Fig. 4.159. Vista panorámica de la sala principal de la Cueva del Puntal del Horno Ciego I.

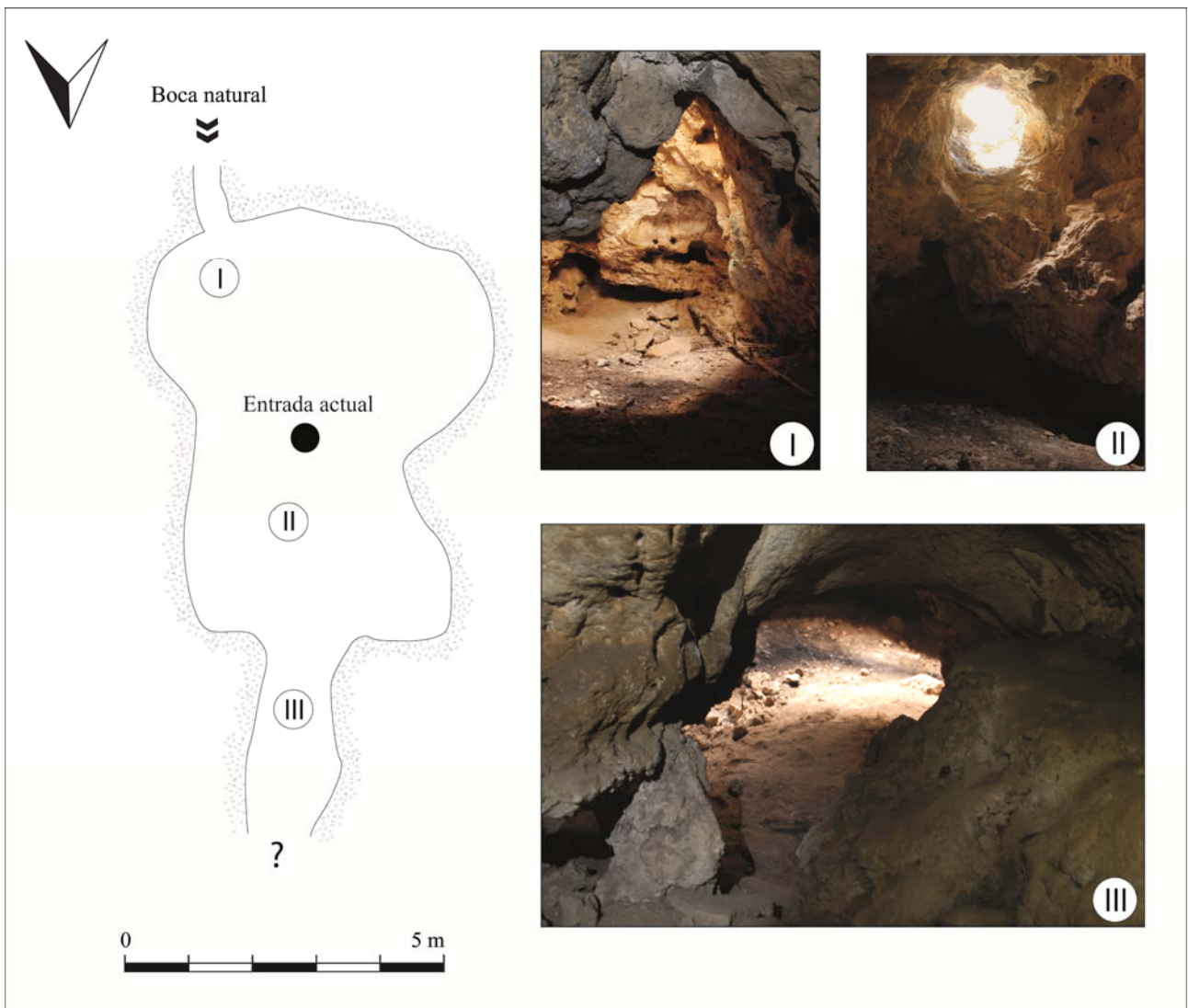


Fig. 4.160. Croquis de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (a partir de Lorrio *et al.* 2002), con imágenes de la sala principal, vista desde distintos puntos.

La Cueva II, por el contrario, cuenta con un acceso menos complicado. Se trata de una cavidad con forma más o menos circular, de unos 4x6 m, con una altura máxima de 4 m (fig. 4.160). La boca natural se localiza en la zona Sur, orientada hacia el Sureste (fig. 4.161: 1 y 2). Sin embargo, esta se encuentra cegada con piedras y tierra, por lo que el acceso actual se realiza por un orificio recortado en la roca de 0,5 m de diámetro y 4 m de caída, situado en la bóveda³⁴ (fig. 4.161: 3 y 4) (Fletcher 1976: 115; Gil-Mascarell 1977: 706; Fernández *et al.* 1982: 157-158; Martí Bonafé 1990: 144). En el interior de la sala, aparte de la sala principal, se abren varias galerías y grietas, tanto hacia el Norte como hacia al Sur, desde donde se observa la luz que entra por la boca de acceso natural de la cavidad.



Fig. 4.161. Acceso natural (1-2) y actual (3-4) a la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (vistas desde el exterior y desde el interior).

Aunque nos centraremos aquí en las cuevas que han sido objeto de alguna intervención arqueológica (CPHC-I y CPHC-II), debemos remarcar que el cerro se encuentra plagado de oquedades. En la visita que realizamos en junio de 2016, pudimos localizar al menos tres cavidades más, en una de las cuales observamos también material arqueológico en superficie (CPHC-III) (figs. 4.156 y 4. 162).

³⁴ En el descenso contamos con la imprescindible ayuda de Paco Blay, quien nos proporcionó el material de escalada necesario (cuerdas, mosquetones, una escalera de espeleología de aluminio...). No es aconsejable adentrarse en esta cueva sin una persona con conocimientos de espeleología.

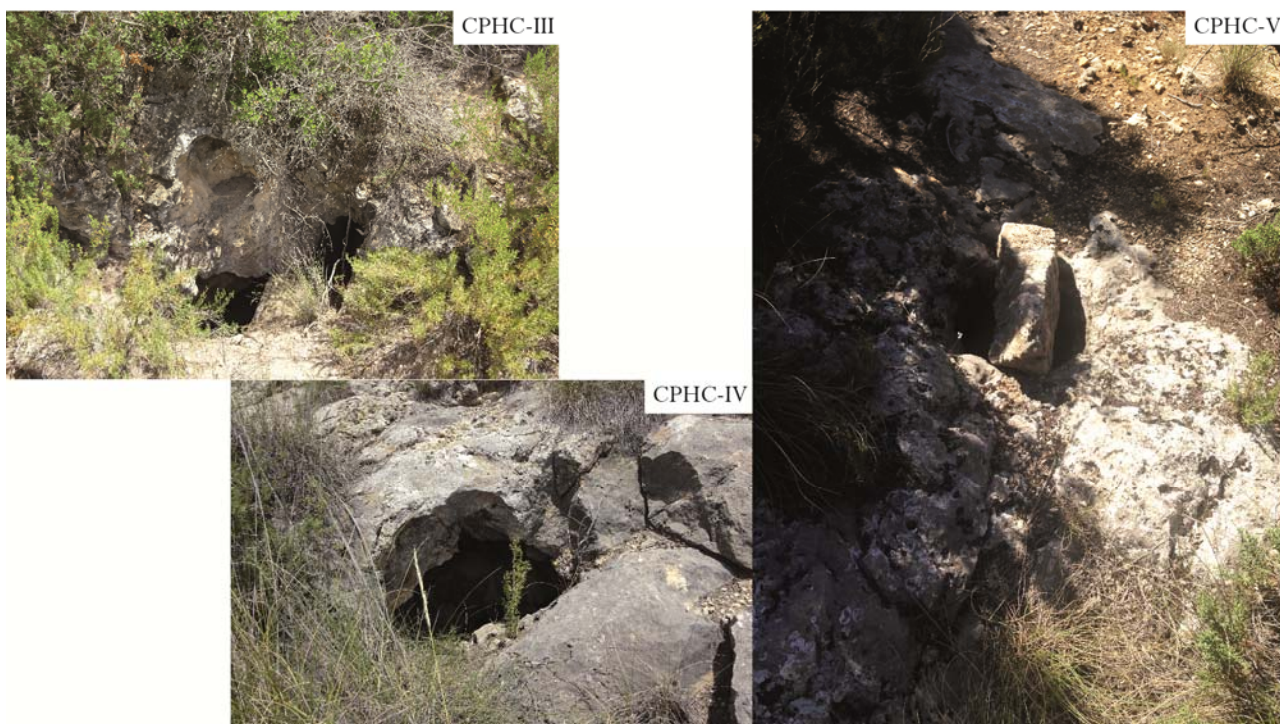


Fig. 4.162. Bocas de acceso al resto de cuevas localizadas en la ladera: CPHC-III, CPHC-IV y CPHC-V (fotografías: D. Quixal).

Intervenciones

El hallazgo de estas cuevas se produjo por parte de unos vecinos de la localidad de Villargordo del Cabriel, entre los que se encontraba J. Santamaría, quien en agosto de 1974 informó al SIP de la recogida de varios vasos ibéricos completos (Fletcher 1976: 115).

La primera intervención arqueológica se llevó a cabo el 23 de agosto de ese mismo año. Se prospectó tanto de la zona cercana a las cuevas como su interior, por parte de M. Gil-Mascarell (UVEG) y J. L. Leandro (SIP). En dicha visita, se observó, en primer lugar, el difícil acceso a la CPHC-I, por el que era necesario arrastrarse para recorrer la galería de unos 10 m hasta llegar a la sala principal. En esta cueva se documentaron cerámicas del bronce en superficie, mezcladas con las numerosas piedras sueltas que cubrían el suelo. Sin embargo, las condiciones de acceso y conservación impidieron su excavación. En segundo lugar, se observó como la CPHC-II se encontraba rellena casi por completo de tierra y piedras. Aunque los vecinos de la localidad habían vaciado parte del relleno (unos 50 cm), tan solo existía un espacio de 1,5 m libre aproximadamente, del que se recogieron tres vasos caliciformes completos. Tras la visita, se ordenó bloquear la entrada de ambas cuevas, debido a la abundancia de materiales existente, así como el peligro de adentrarse en ellas, sobre todo en la CPHC-I (Fletcher 1976: 116).

Fue en septiembre de 1974 cuando se decidió llevar a cabo la excavación de la CPHC-II. Esta intervención fue de gran importancia en su momento, ya que se trató de la primera excavación sistemática de una cueva con materiales de cronología ibérica en territorio valenciano (fig. 4.163) (Gil-Mascarell 1977: 705). Los resultados de esta excavación fueron ampliamente publicados por Martí Bonafé (1990). Esta publicación

refleja perfectamente las características de la excavación, así como de los materiales documentados, por lo que en las siguientes líneas nos limitaremos a destacar, tan solo, los elementos más relevantes de dicha intervención.



Fig. 4.163. Imagen de la excavación de agosto de 1974, en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (Archivo Fotográfico del SIP).

La excavación se dividió en cuatro sectores de superficies irregulares, debido a las características de la cueva. Sin embargo, la mayoría de materiales se hallaron en el sector I y II, debido al buzamiento existente hacia el interior de la cavidad. La potencia estratigráfica alcanza los 310 cm de profundidad, documentándose la roca madre a unos 350 cm. Tal y como se observa en la fig. 4.164, se documentaron cuatro estratos con características distintas, cuyos materiales evidenciaron dos momentos de frecuentación. Un primer momento, documentado en los estratos I, II y III (E-I, E-II y E-III), asociado a época ibérica; y un segundo momento asociado principalmente a la Edad del Bronce, cuyos materiales se documentan al final del E-III y en todo el E-IV (Fletcher 1976: 116-118; Gil-Mascarell 1977; Martí Bonafé 1990). Sin embargo, hay que tener en cuenta que en el E-IV/c5 siguen apareciendo materiales de cronología ibérica, por lo que indican las siglas de los materiales (un caliciforme, un tarrito y dos fusayolas). Además, existen algunos casos, como la urna de orejetas CPHC58, cuyos fragmentos proceden de distintos niveles (E-I/c1-c2; E-II/c3; E-IV/c5) (ver anexo digital).

Estrato	Capa	Potencia (cm)	Características	Materiales ibéricos		Periodo
				NMI	%	
SR		En superficie	(no se indica)	30	24,00%	Época ibérica
E-I	c1	0-55	Tierra suelta de relleno. Abundantes piedras	6	4,80%	
	c2	55-120	Tierra coloración blanca			
E-II	c3	120-155	Tierra diferente coloración. Carbones (sector III: 120-135 cm)	78	62,40%	
E-III	c4	155-180	Tierra rojiza y piedras pequeñas	7	5,60%	Época ibérica/ Edad del Bronce
E-IV	c5	180-205	Tierra fina y blanda, arenosa. Cal	4	3,20%	Edad del Bronce
	c6	205-275	(no se indica)			

Fig. 4.164. Tabla resumen de los niveles de excavación (a partir de Martí Bonafé 1990).

En relación a esta intervención, es interesante señalar dos elementos clave. En primer lugar, debemos tener en cuenta que la boca natural de la cavidad se encontraba cegada por el E-II, donde se documenta la mayoría de material. Este hecho hace pensar que la entrada durante época ibérica se realizaría por la abertura circular localizada en el techo de la bóveda (Gil-Mascarell 1977; Martí Bonafé 1990). Y, en segundo lugar, es interesante indicar que no se documentaron subdivisiones en el interior de la cueva, a excepción de la estructura presente en el E-IV, asociada con un enterramiento de la Edad del Bronce (Fletcher 1976: 116-118; Gil-Mascarell 1977; Martí Bonafé 1990).

Finalmente, en 2002, se visitaron las cuevas dentro del proyecto de prospección del término municipal de Villargordo del Cabriel, por parte de A. Lorrio, G. Molina y T. Pedraz. De esta campaña de prospección derivan los planos de ambas cuevas (fig. 4.160). Sin embargo, no contamos con información sobre la recogida de material en superficie durante esta última intervención.

Materiales

La colección depositada en el MPV, publicada por Martí Bonafé (1990) y que hemos podido revisar, procede de tres de las cuatro intervenciones indicadas con anterioridad. Contamos con dos conjuntos diferenciados. Por una parte, documentamos un conjunto de materiales sin referencia (SR), en el que se incluyen tanto los materiales donados al Ayuntamiento de Villargordo del Cabriel en agosto de 1974 por parte de los vecinos de la localidad (posteriormente cedidos al SIP), como los recogidos en la prospección de finales de agosto de ese mismo año. Por otra parte, documentamos los materiales procedentes de la excavación llevada a cabo en septiembre de 1974, los cuales se encuentran siglados con referencias a los estratos (E), las capas (c) y los sectores (s) donde fueron hallados.

Tal y como hemos indicado con anterioridad, la publicación existente recoge un completo inventario de los materiales documentados (Martí Bonafé 1990). Por lo tanto, nos limitaremos a realizar algunas apreciaciones generales, así como indicar ligeros cambios en el inventario cerámico. Las referencias a los niveles excavados se realizarán tanto en los dibujos como en la tabla del anexo digital. Sin embargo, en el inventario general presentado a continuación realizaremos una valoración del conjunto de materiales de cronología ibérica hallados en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II. A parte de los materiales cerámicos, metálicos y de restos óseos de fauna y humanos, también se recogieron varias muestras de carbones, que se encuentran actualmente en proceso de estudio por P. Vidal.

Material cerámico

Del total de 841 fragmentos asociados a cronología ibérica, documentamos un NMI de 125. La mayoría proceden del E-II (62,40%), mientras que la presencia de materiales en el resto de niveles es mucho más reducida (fig. 4.164).

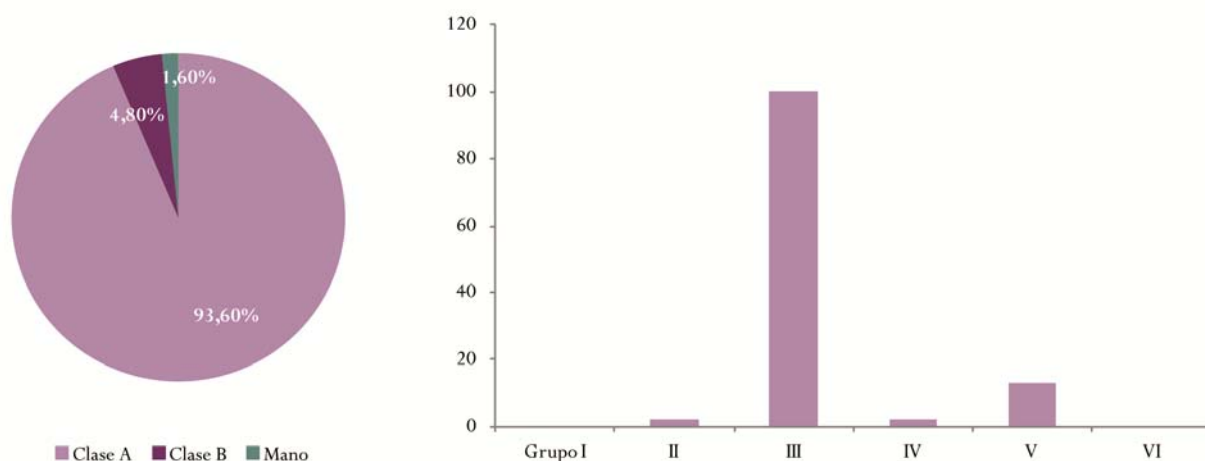


Fig. 4.165. Representación porcentual de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II.

Destacan las cerámicas de Clase A (93,60%), mientras que las cerámicas de clase B y las cerámicas a mano con características y formas propias de la cultura ibérica tan solo representan un 6,40% del conjunto (fig. 4.165). También es interesante observar que la mayoría de recipientes son de cocción reductora (80,80%), como se observa en el ejemplo de los caliciformes (fig. 4.166).



Fig. 4.166. Conjunto de los caliciformes más completos recogidos en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (materiales de exposición, catálogo y almacén del MPV).

Las formas

Las cerámicas de clase A son, por tanto, las más representativas del conjunto. El grupo I, de grandes contenedores, está ausente, mientras que el grupo II está representado por tan solo dos recipientes: una tinajilla y una urna de orejetas. Destacamos el tamaño de tan solo 6,9 cm de altura de la urna de orejetas, cuyos fragmentos se hallaron dispersos entre el E-I, el E-II y el E-IV, mostrando la remoción natural existente en la cavidad (fig. 4.167).

Tipo	Tipología	NMI	NMI-G	Clase	Grupo	Técnica	
Tinajilla	A.II.2.2	1	1	A	II	T	
Urnas de orejetas	A.II.4.1	1	1				
Caliciforme	A.III.4	3	100		A		III
	A.III.4.1	23					
	A.III.4.2	44					
	A.III.4.3	28					
Plato	A.III.8.1	1	2		IV		
Pátera	A.III.8.2	1					
Tarrito	A.IV.5.2	1	13		V		
Fusayola	A.V.8.1.2	1					
	A.V.8.1.3	2					
	A.V.8.1.4	1					
Olla	B.1	5	6	B	1		
Fusayola	B.7.9.1.5	1			7		
Caliciforme	4.2	1	1	MANO		M	
Jarrita		1	1				
Total		125					

Fig. 4.167. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II.

El grupo III es el más destacado del conjunto, ya que representa un 85,47% del total de clase A, con un NMI de 100 (fig. 4.167). Documentamos 98 caliciformes, un plato y una pátera (figs. 4.167-4.173). Es interesante que más de la mitad de estos vasitos (57,14%) presenten orificios pares en el borde de entre 1-3 mm de diámetro, realizados pre-cocción. Sin embargo, tan solo uno de los 56 recipientes que cuentan con estos orificios, presenta una fractura y, por tanto, en dicho caso no podemos descartar que se trate de un agujero de lañado. En el resto de los casos, pudieron funcionar como orificios de suspensión aunque es interesante indicar que tan solo se encuentran en un lado del vaso. Otro elemento a tener en cuenta es la presencia de dos bases de posibles caliciformes, que, aunque no hemos contabilizado para el NMI, son interesantes ya que parecen haber sido recortadas (CPHC113 y CPHC149).

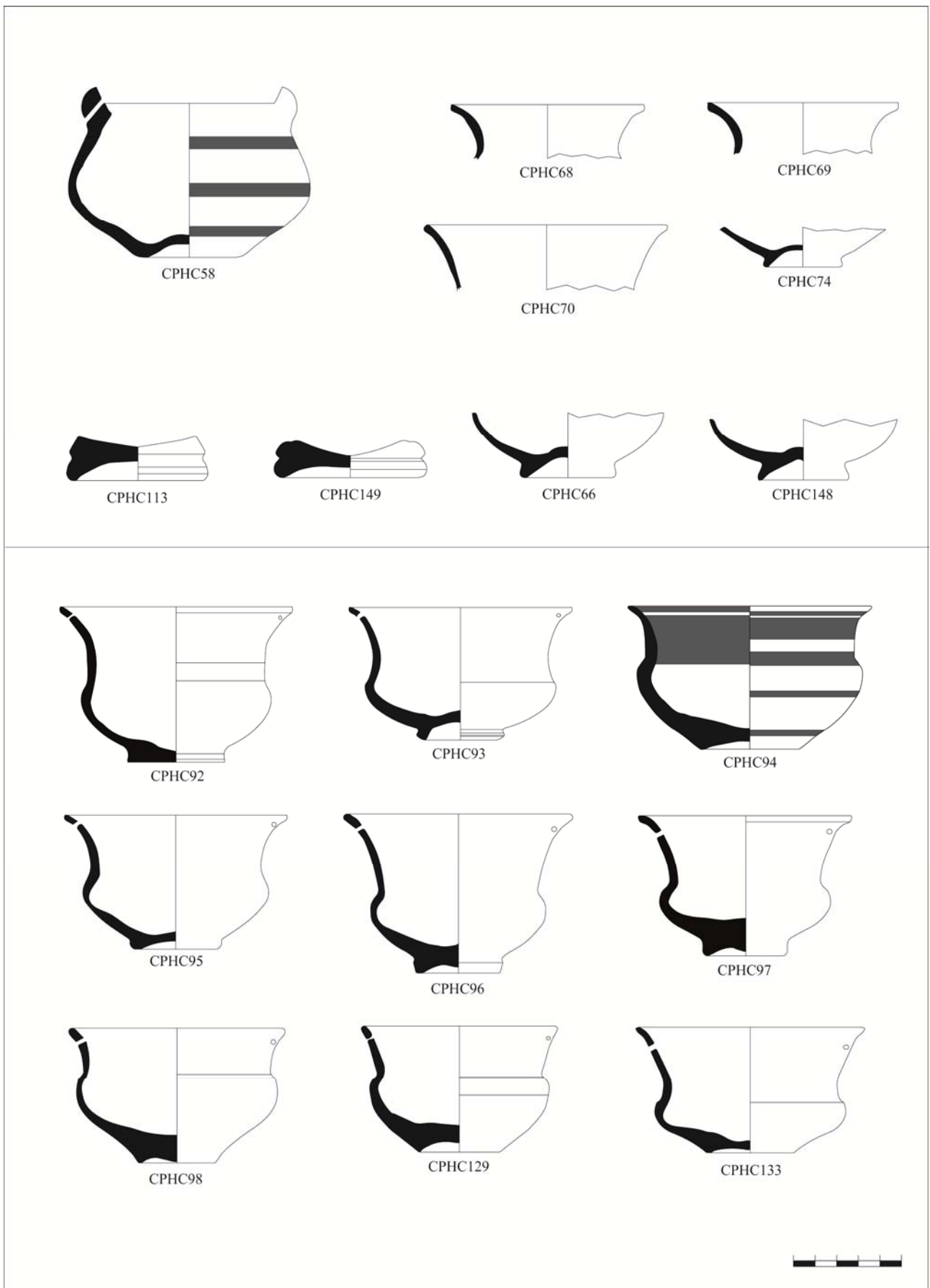


Fig. 4.168. Urna de orejetas procedente del E-I-II-IV; caliciformes (A.III.4) SR (CPHC74) y del E-II; caliciformes SR del subtipo 4.1 (a partir de Martí Bonafé 1990).

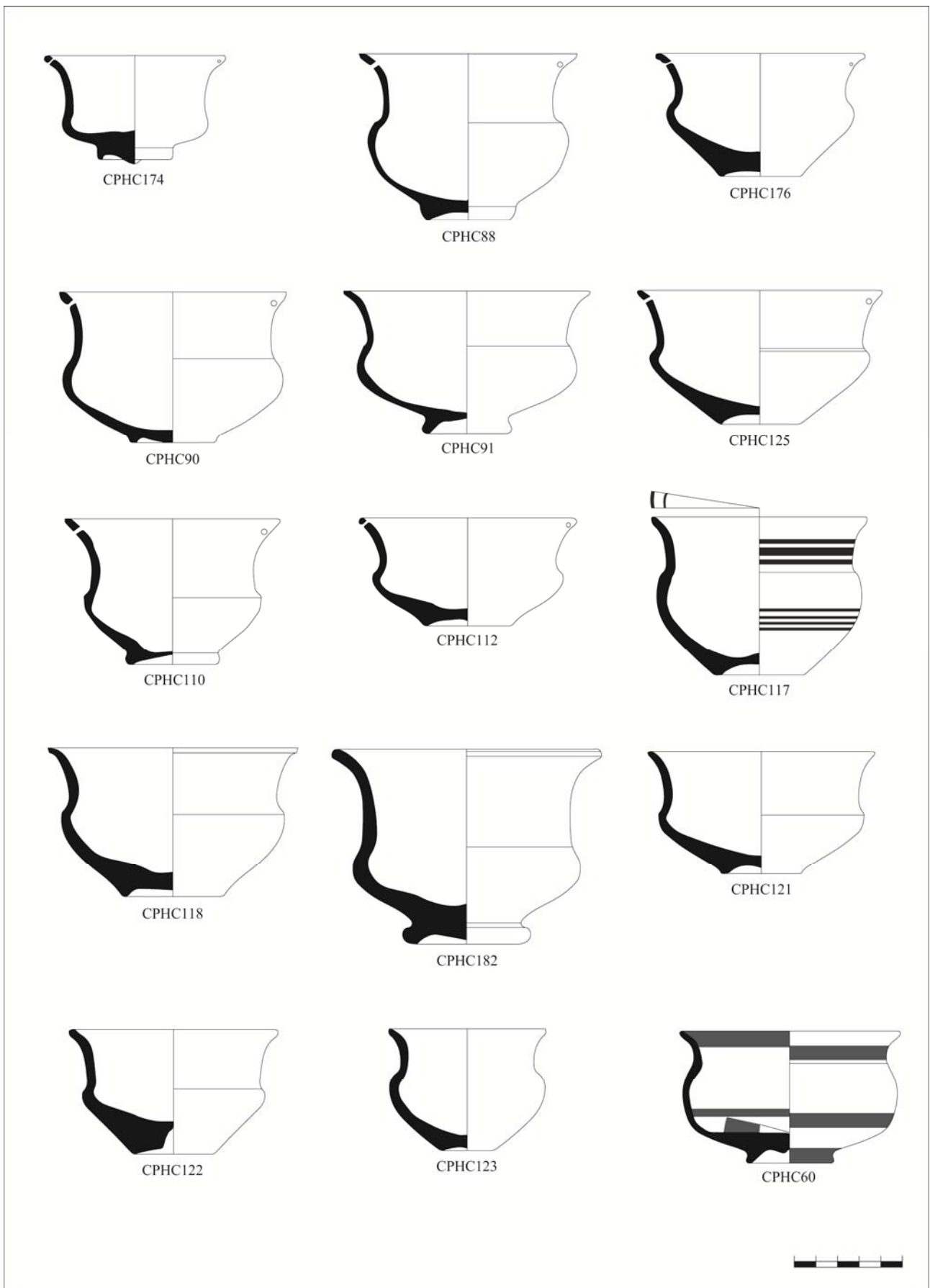


Fig. 4.169. Caliciformes del subtipo 4.1 procedentes del E-II, excepto CPHC174 (E-I) y CPHC60 (E-III) (a partir de Martí Bonafé 1990).

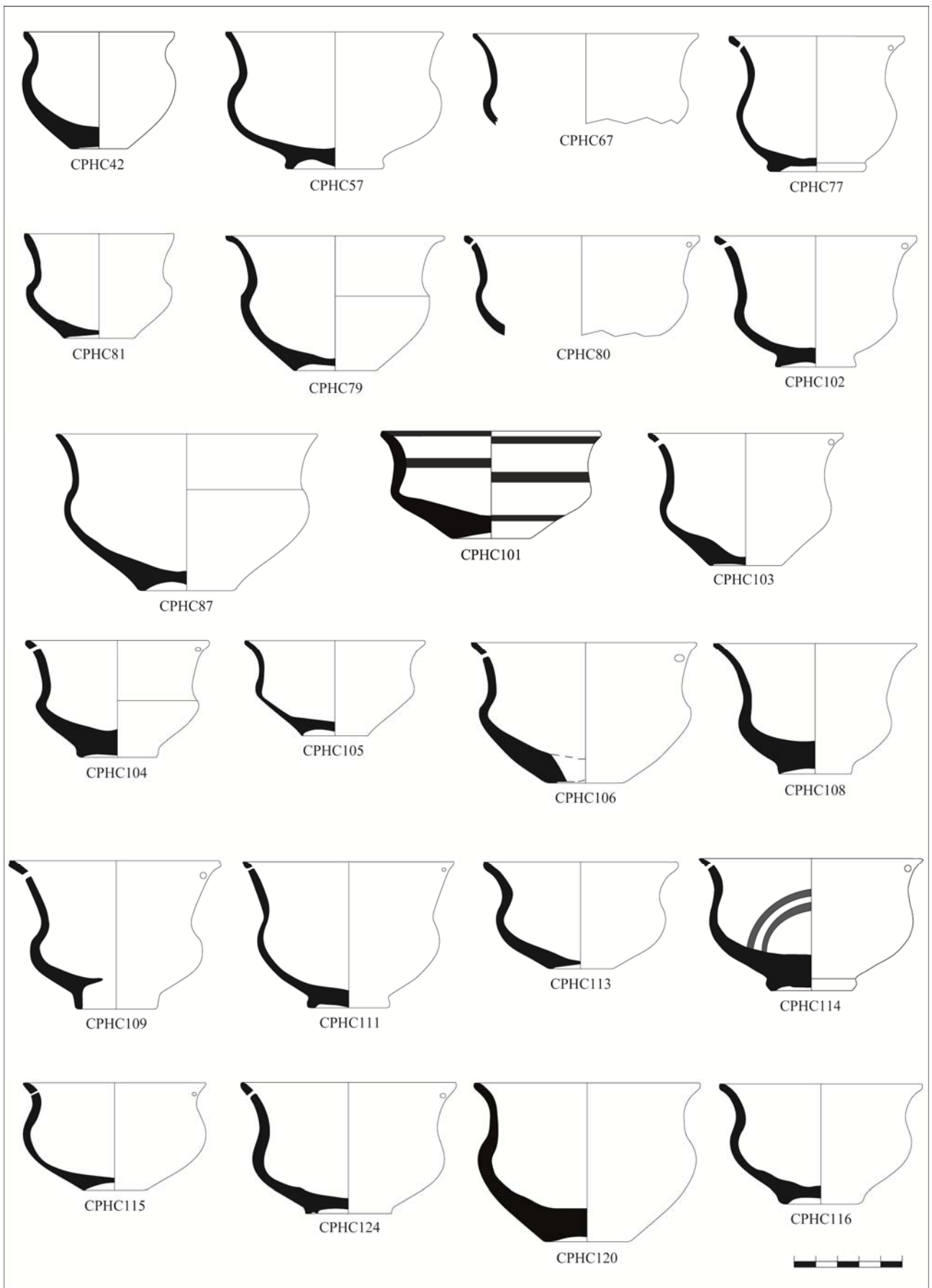


Fig. 4.170. Caliciformes del subtipo 4.2 procedentes del E-II (a partir de Martí Bonafé 1990).

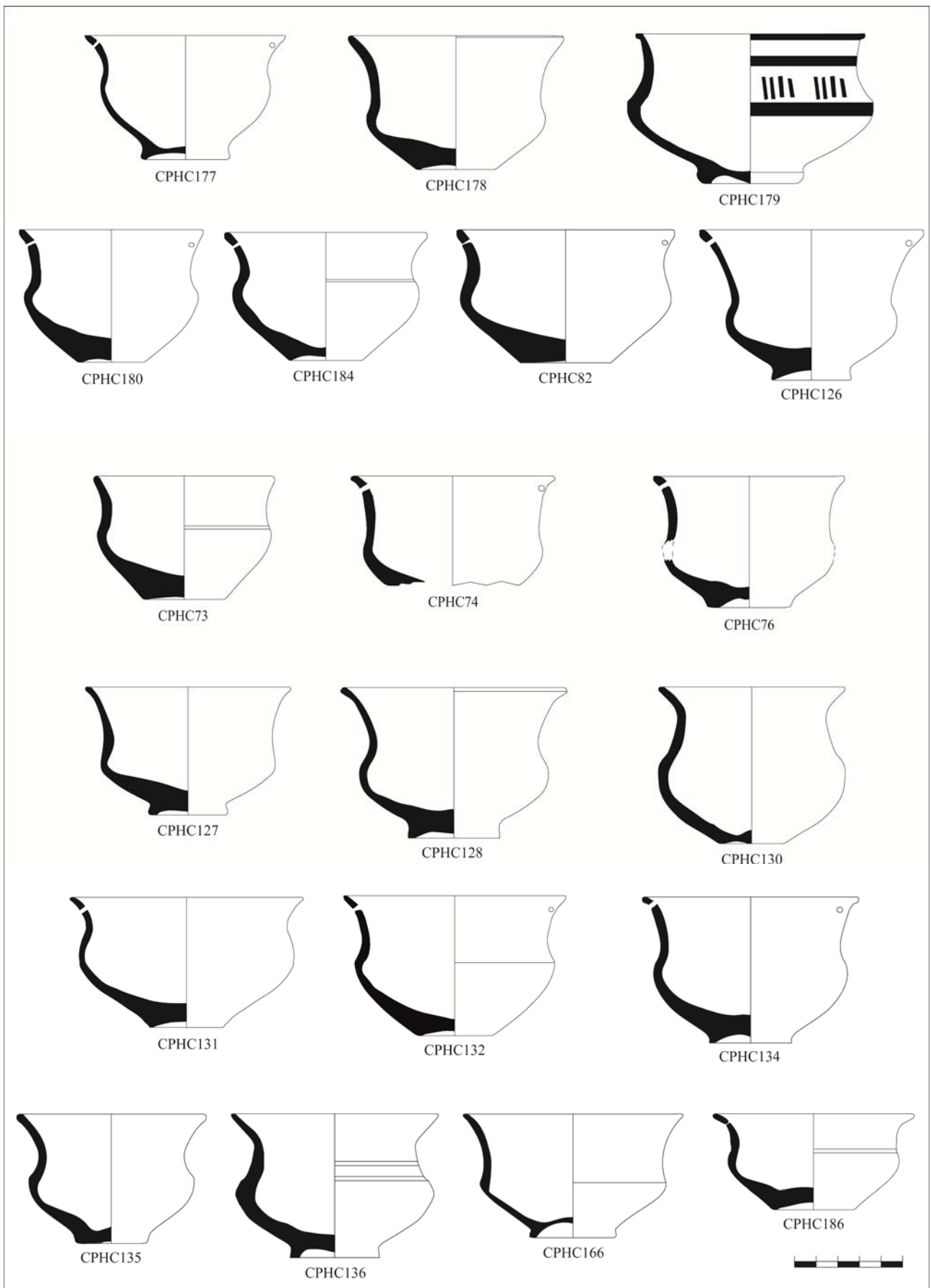


Fig. 4.171. Caliciformes del subtipo 4.2 procedentes del E-II (CPHC177-180,184), del E-III (CPHC82 y CPHC126) y SR (a partir de Martí Bonafé 1990).

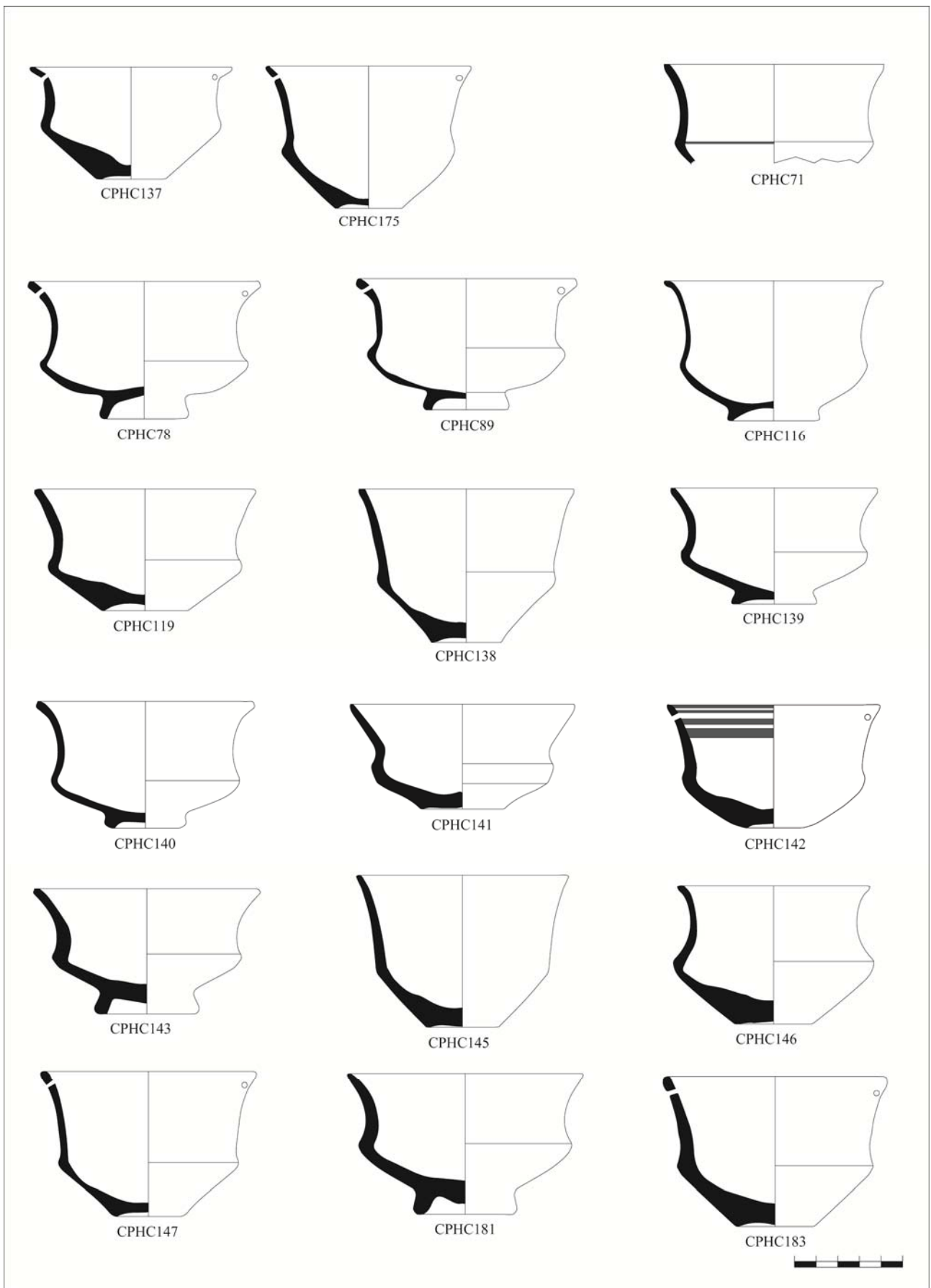


Fig. 4.172. Caliciformes del subtipo 4.3 procedentes del E-II, excepto CPHC137 y CPHC175, que fueron hallados en el E-I (a partir de Martí Bonafé 1990).

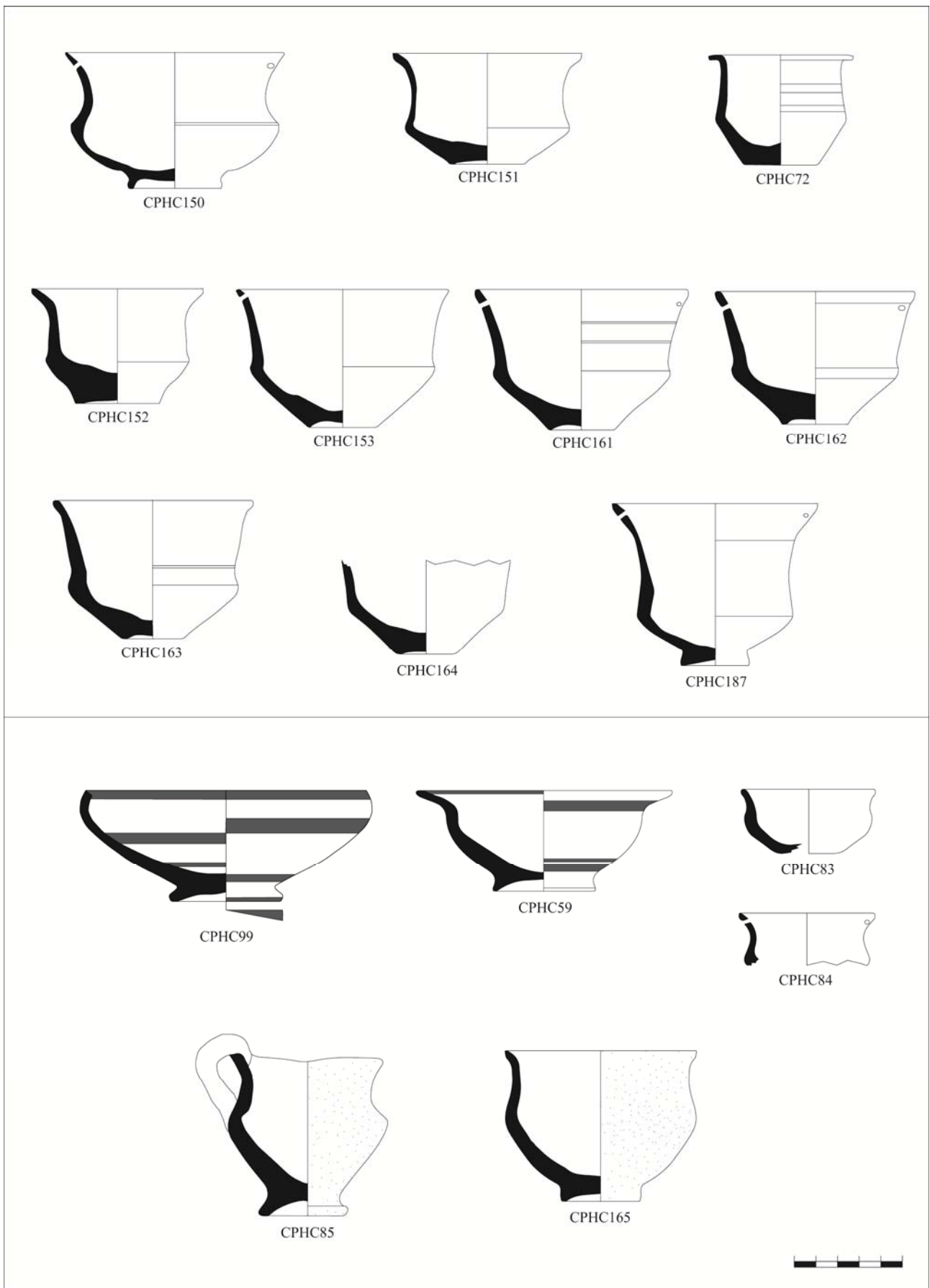


Fig. 4.173. Caliciformes del subtipo 4.3 SR, excepto CPHC150 (E-III), CPHC151 (E-IV) y CPHC (E-II); cerámicas representativas del grupo III.8, del grupo IV y a mano (a partir de Martí Bonafé 1990).

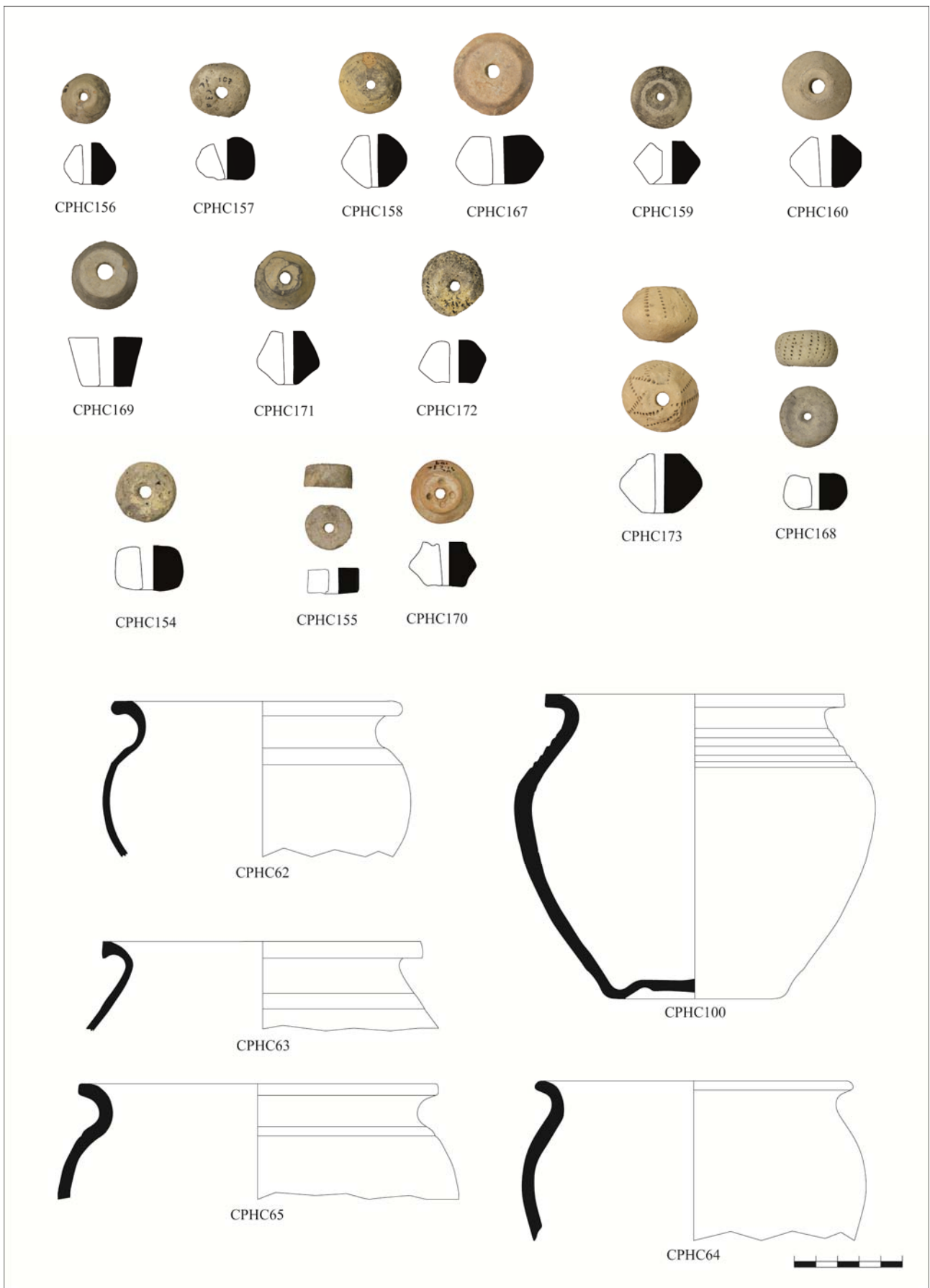


Fig. 4.174. Fusayolas procedentes del E-II, excepto CPHC154 (E-I) y CPHC159-160 (E-IV); ollas B.1 procedentes del E-II (CPHC62 y CPHC100) y del E-III (CPHC63-65) (a partir de Martí Bonafé 1990).

El grupo IV está presente en la cueva por un tarrito y un caliciforme cuyo tamaño se incluye más bien en el subgrupo de miniaturas (fig. 4.173: CPHC83-84). Aunque Martí Bonafé (1990: 153) los incluye en el apartado de copitas (A.IV.3), pensamos que la ausencia de pie en ambos casos impide relacionarlos con dicho subgrupo. Por último, documentamos un total de 13 fusayolas acéfalas de diferentes subtipos (fig. 4.174). Si bien Martí Bonafé (1990: 153) incluye las 14 fusayolas en las cerámicas de Clase A, pensamos que las características de la fusayola (CPHC172) se relacionan más bien con las cerámicas toscas o de Clase B.

Las cerámicas de clase B tan solo representan el 4,80% del total de cerámicas ibéricas. Documentamos cinco ollas y una fusayola acéfala, que hemos incluido en el subtipo de varios, con una numeración similar a las de clase A (fig. 4.174).

Por último, documentamos un vasito tipo caliciforme y una jarrita realizados a mano, pero con características y formas que, como bien indicó Martí Bonafé (1990: 149), se asocian sin ninguna duda a cronología ibérica (fig. 4.174). Aunque este grupo representa tan solo el 1,60% del conjunto de cerámicas ibéricas, destacamos su conservación, en especial de la jarrita, cuyo interior presenta además restos de ocre (fig. 4.175).



Fig. 4.175. Cerámicas a mano con formas ibéricas; detalle del interior de la jarrita CPHC85, tomada con la lupa LeikaM165C del MPV.

Las decoraciones

Del NMI total de 125, tan solo 28 presentan algún tipo de elemento y/o intención decorativa (22,40% del total de cerámicas). El elemento decorativo más abundante son las incisiones y/o impresiones, presentes en un NMI de 12 (42,86% de las cerámicas decoradas). En este grupo se incluyen tanto las incisiones externas presentes en varios caliciformes (CPHC72, CPHC73, CPHC129, CPHC136, CPHC161, CPHC163, CPHC184), como las incisiones y/o impresiones con las que se decoran cinco de las 14 fusayolas de la cueva (fig. 4.176). Tal y como vemos en las figs. 4.174 y 4.176, las fusayolas se decoran con series de puntos incisos tanto en el dorso (CPHC154, CPHC155, CPHC168, CPHC173) como en la parte superior rodeando la perforación (CPHC170).



Fig. 4.176. Conjunto de fusayolas halladas en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II.

El segundo grupo lo protagoniza la decoración pintada a base de bandas y líneas, presente en siete recipientes (25% de las cerámicas decoradas). Es interesante observar como tan solo en un caso se trata de un vaso de cocción reductora (CPHC94), mientras que el resto son cerámicas de cocción oxidante (fig. 4.177). Finalmente, indicar que el caliciforme CPHC60 cuenta con decoración pintada tanto en el exterior como en el interior, realizada sin compás en este último³⁵ (fig. 4.178).



Fig. 4.177. Ejemplos de decoración sobre caliciformes de cocción oxidante (CPHC117 y CPHC179).



Fig. 4.178. Decoración interior realizada sin compás en el caliciforme CPHC60.

El tercer grupo lo conforman aquellas cerámicas que tienen un tratamiento externo o interno de bruñido o espatulado, cuya intención parece más decorativa que utilitaria (fig. 4.179). Este tipo de intención decorativa se documenta en cinco vasos caliciformes de cocción reductora (17,86% de las cerámicas decoradas). Aunque no podemos afirmar su intención decorativa, es interesante plantearse esta posibilidad.

El cuarto y último grupo está representado por los baquetones del fragmento de una posible tinajilla (CPHC86) y en tres de las cinco ollas de clase B (fig. 4.174), que representan el 14,29% del total de cerámicas decoradas.

³⁵ Señalar además, aunque de manera anecdótica, la presencia de una mancha de pintura con huella dactilar en el exterior de dicho vaso.



Fig. 4.179. Caliciformes con un tratamiento externo e interno de bruñido o espatulado. posiblemente con intención decorativa



Fig. 4.180. Imagen de detalle, sin escala, de las termoalteraciones en el interior del caliciforme CPHC135 (arriba) y de los restos de ocre del caliciforme CPHC98 (abajo).

Evidencias de uso

La revisión de los materiales nos ha permitido también documentar algunos elementos que no habían sido recogidos en las publicaciones previas. Es interesante observar cómo varios caliciformes cuentan con superficies alteradas por el fuego (fig. 4.180) o por abrasión (fig. 4.181). Además, algunos vasos tienen restos de ocre en su interior, bien por su uso como contenedores de dicho elemento o bien por la existencia de restos de la pintura con la que se decoraron (fig. 4.180).



Fig. 4.181. Evidencias de uso en el interior de una pátera (CPHC99) y dos caliciformes (CPHC125 y CPHC179), de izquierda a derecha.

Objetos metálicos

Entre los materiales recogidos durante la excavación, también documentamos 47 fragmentos metálicos. La mayoría proceden del E-II, mientras que tan solo 18 fragmentos proceden del E-I (fig. 4.182).

Fig. 4.182. Resumen del inventario de elementos metálicos hallados en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II.

Tipo	Fragmentos	NMI	NMI-M	Material
Hoja de tijera	1	1	8	Fe
Posible puñal	3	1		
Varilla	5	5		
Indet.	31	1		
Posibles pinzas	1	1	6	Br
Fibula (?)	3	2		
Aplique	1	1		
Anillo	2	2		
Total	47	14		

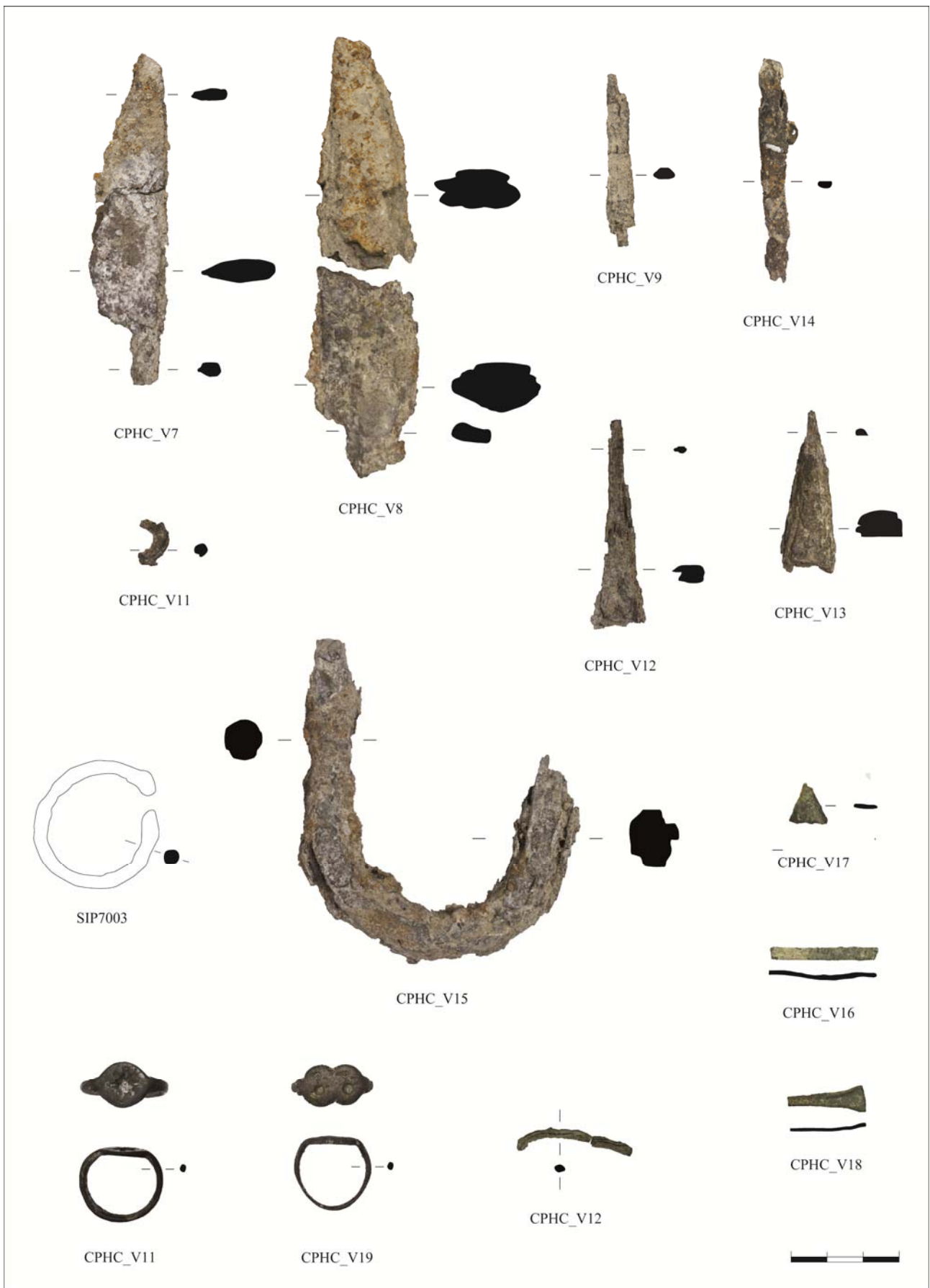


Fig. 4.183. Elementos metálicos hallados en el E-II, excepto CPHC_V8 (E-I/E-II) y CPHC_V13 (E-I); la anilla SIP7003 no se encuentra actualmente depositada en el MPV (a partir de Martí Bonafé 1990).

En hierro, identificamos siete elementos: una hoja de tijera, un posible puñal y cinco varillas (Martí Bonafé 1990: 157) (fig. 4.183). Además, se recogieron otros 31 fragmentos que no hemos podido identificar. En el caso de los elementos en bronce, su conservación es mucho mejor, lo que nos ha permitido identificar, a parte de los dos anillos indicados por Martí Bonafé (1990: 157), unas posibles pinzas (fig. 4.183: CPHC_V15), dos fragmentos pertenecientes a alguna fíbula (fig. 4.183: CPHC_V17 y CPHC_V20) y un aplique (fig. 4.183: CPHC_V16). Destacamos la decoración de los anillos de chatón, uno decorado con un motivo soliforme (fig. 4.183: CPHC_V18) y otro con dos aves pequeñas (fig. 4.183: CPHC_V19). Es interesante cómo ambos anillos parecen haber sido confeccionados con el mismo instrumental, ya que las impresiones que dibujan los ojos de las aves y las que representan el final de cuatro de las ocho líneas radiales son similares (fig. 4.184).



Fig. 4.184. Anillos hallados en el E-II (fotografía tomada con la lupa LeikaM165C del MPV).

Restos óseos

Durante la excavación, también se recogieron numerosos restos óseos, tanto faunísticos como humanos. Los restos de fauna fueron estudiados por I. Sarrión y publicados como un apéndice del estudio de Martí Bonafé (1990). Sin embargo, los restos humanos no han sido publicados, aunque sí fueron objeto de un análisis preliminar por parte de A. Pérez, con la colaboración de S. Sancho. El objetivo era obtener una comparativa con los datos obtenidos del análisis antropológico de la Cueva del Sapo (Machause *et al.* 2014). Por tanto, los datos presentados aquí, aunque preliminares, son una aportación inédita.

Sería interesante realizar un estudio detallado tanto de los restos de fauna como de los restos humanos, al menos aquellos que se hallaron en los niveles de contacto entre materiales de época ibérica y de la Edad del Bronce, así como obtener alguna datación que nos informe sobre la cronología de dichos restos.

Restos de fauna

Del mismo modo que ocurre con la cerámica, la mayoría de los restos de fauna proceden del E-II (66,95%). Tal y como indica Sarrión (1990: 180), la mayoría de restos pertenecen a poblaciones naturales, mientras que los aportes antrópicos serían esporádicos. Destacan, en número, los restos de conejo y perro (fig.

4.185³⁶). Sin embargo, tal y como aclara Sarrión (1990: 180), el número tan elevado de restos de estos animales se asocia a la existencia de un alto porcentaje de representación anatómica y un bajo porcentaje de fragmentación. Sin embargo, asocia la presencia de estos animales (a través de miembros enteros y articulados) a especies naturales, más que a animales ofrendatorios. De hecho, I. Sarrión propone que la presencia de cánidos esté asociada con la oquedad en la bóveda superior que pudo convertirse en una trampa natural para estos animales.

Taxones	NR						NR-Total	%
	E-I	E-II	E-III	E-III/IV	E-IV	Galería		
<i>Capra hircus</i>	1		1				2	0,57%
<i>Ovis aries</i>		1	1			1	3	0,86%
Ovicaprino indet.	2	5	1		2	2	12	3,45%
<i>Canis familiaris</i>	8	75	2	5		3	93	26,72%
<i>Canis lupus</i>		1					1	0,29%
<i>Cervus elaphus</i>	2	4	1				7	2,01%
<i>Oryctolagus cuniculus</i>	7	55	10	13	3	7	95	27,30%
<i>Lepus capensis</i>	5	17	2	3	2		29	8,33%
<i>Bufo bufo</i>	2	4					6	1,72%
<i>Lacerta lepida</i>	4	6		1			11	3,16%
<i>Alectoris rufa</i>		4					4	1,15%
<i>Meles meles</i>		5	1	3			9	2,59%
<i>Vulpes vulpes</i>		4					4	1,15%
<i>Felis sylvestris/catus</i>		1	2				3	0,86%
<i>Sus sp./domesticus</i>		2				1	3	0,86%
<i>Erinaceus europeus</i>	1						1	0,29%
Culebrido		4					4	1,15%
Corvidaz		1					1	0,29%
Restos astillados indet.	4	44	6		5	1	60	17,24%
Total	36	233	27	25	12	15	348	

Fig. 4.185. Cuantificación y representación de especies de la muestra faunística (a partir de Sarrión 1990: cuadro 1).

Alteraciones

Los únicos restos que presentan algún tipo de alteración antrópica pertenecen a ciervos y suidos hallados en el E-II y asociados, por tanto, a momentos de frecuentación ibérica de la cavidad (fig. 4.186). Por una parte, se documentan fracturas en algunas vértebras de ciervo, así como un fragmento basal de asta desmogada con incisiones cercanas a la roseta. Y, por otra parte, se documentan termoalteraciones en dos restos de suidos. Otro tipo de alteraciones como roeduras producidas por mamíferos se documentan en varios restos de cánidos (metapodios y fémures). Por el momento nos es imposible indicar esta información en porcentajes, ya que I. Sarrión no indica el número exacto de fragmentos que cuentan con alteraciones.

³⁶ La información de esta tabla varía ligeramente a la que recoge Sarrión (1990: cuadro 1), ya que hemos modificado el error que existía en la suma del total de restos de *Vulpes vulpes*.

Edades de muerte

En el estudio que publica Sarrión (1990), tan solo se hace referencia al NMI de los cánidos. Basándose en las dimensiones y los estados de soldadura epifisiaria, establece un NMI de cuatro (dos adultos y un juvenil de 12 meses de edad). Aunque no hace apreciaciones del cuarto individuo, sí que especifica que los dos adultos serían perros de raza muy pequeña y robusta, mientras que el juvenil sería un cánido de talla natural (Sarrión 1990: 180) (fig. 4.187).

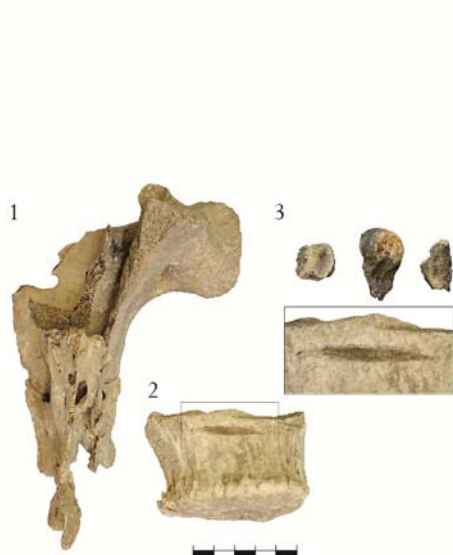


Fig. 4.186. Restos con alteraciones antrópicas. Restos de ciervo con marcas de corte: fragmento basal de asta desmogada (1) y de sacro (2); restos de suidos con termoalteraciones (3).



Fig. 4.187. Restos de cánidos procedentes del E-III (1) y E-IV (2).

Restos humanos

Dentro del conjunto de restos humanos hallados en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, tan solo se documenta una ordenación aparente en aquellos localizados en el E-IV, donde apareció un conjunto de restos humanos sin ajuar depositados en el interior de la estructura de piedra adosada al muro. El resto de huesos aparecen dispersos por todos los niveles y mezclados, la mayoría, con cal (Fletcher 1976: 118; Martí Bonafé 1990: 144). Aparte de los cráneos documentados en los E-III y E-IV, relacionados con el uso de esta cavidad como espacio funerario en la Edad del Bronce, también documentamos restos humanos en los niveles plenamente ibéricos (E-I y E-II) (fig. 4.188), la mayoría de ellos con alta presencia de manganeso derivada de la humedad de la cueva (fig. 4.189). Aunque dicha relación pueda deberse a remociones del sedimento, es interesante plantearse su asociación a momentos de frecuentación ibérica.

Con motivo del estudio antropológico a cargo de A. Pérez de los restos inhumados de la Cueva del Sapo, se llevó a cabo un análisis preliminar de los restos de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (fig. 4.188). La mala conservación de los mismos dificultó en gran medida su estudio; sin embargo, no se observó ningún tipo de marca antrópica, como sí ocurrió en la Cueva del Sapo (Machause *et al.* 2014).

Procedencia	Nº SIP	Taxón	Nº Frags.
E-I, c1	51808	Tibia derecha	1
	51816	Peroné	1
	51796	Húmero	1
		Cúbito derecho	1
E-I, c2	51814	Indeterminables	10
		Coxal	1
		Metatarso	1
		Falange	1
		Radio	1
	51770	Parietal	1
		Húmero derecho	1
		M3 derecho	1
Esquirlas quemadas		4	
E-II, c3	51786	Cráneo (frontal)	1
	51787	Cráneo (parietal derecho)	1
		Hueso largo (frags. diáfisis indet.)	14
		Fémur D (mitad diáfisis)	1
		Metatarso (diáfisis)	1
		Canino inferior izquierdo	1
	51784	Indeterminados	18
		Costillas	7
		Coxal	4
		Metatarso V	1
		Cráneo	9
		Escápula izquierda	1
		Mandíbula	1
Dientes		4	
51806	Indet. (diáfisis)	3	
51783	Fémur izquierdo	1	
Galería interior norte	51780	Parietal	1
		Clavícula izquierda	1
Total			95

Fig. 4.188. Resumen del inventario de restos humanos procedentes de los niveles con materiales ibéricos.



Fig. 4.189. Muestra representativa de restos humanos recogidos en los niveles con materiales ibéricos: frontal (1), clavícula izquierda (2), diáfisis de peroné (3), diáfisis de tibia derecha (4) y diáfisis de fémur izquierdo (5).

Cronología

Los materiales documentados en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II se relacionan con tres momentos distintos de frecuentación. En primer lugar, la presencia, aunque escasa, de industria lítica se ha relacionado con el Musteriense (Paleolítico Medio) (Martí Bonafé 1990: 157). En segundo lugar, parte de los restos humanos, de fauna y de las cerámicas a mano, similares a las que se documentaron en superficie en 1974 en la Cueva del Puntal del Horno Ciego I, se relacionan con la Edad del Bronce (fig. 4.190). Y, finalmente, el gran conjunto de cerámicas a torno, algunas cerámicas a mano con formas del repertorio ibérico, metales y la mayoría de restos de fauna se relacionan con una frecuentación ibérica de la cavidad.



Fig. 4.190. Conjunto de cerámicas a mano con formas y pastas características de la Edad del Bronce.

La homogeneidad de los materiales ibéricos documentados se ha relacionado con momentos del Ibérico Antiguo, entre los ss. V y IV (Martí Bonafé 1990: 160; Mata *et al.* 2001a: 83; Moreno 2011a: 257). Si bien es cierto que no contamos con importaciones ni decoraciones específicas que nos permitan establecer una cronología exacta, existen algunos marcadores, como la presencia de una urna de orejetas, que se encuadra en esta horquilla cronológica, pudiendo incluso remontarse a finales del s. VI a.C. La presencia de cerámica a mano con formas típicas ibéricas ampliaría también el periodo de frecuentación, situándose a grandes rasgos entre los ss. VI-IV a.C.

Interpretaciones previas

Las referencias previas coinciden en la función ritual de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (Gil-Masarell 1977; Martí Bonafé 1990; Serrano y Fernández 1992: 15-18; Domínguez Monedero 1995: 74; Moneo 2003: 198; González-Alcalde 1993b: 70-71, 2002-2003a: 206, 2002: 184, 2005b, 2009; Moreno 2011a: Quixal 2015: 195). Sin embargo, tan solo en una ocasión se relaciona con un posible uso funerario (Fletcher 1976: 118).

El uso ritualizado de este espacio es principalmente evidente a través de la repetición de un elemento ofrendatorio, como son los 98 vasos caliciformes, la mayoría depositados enteros. Aunque también destaca la presencia de cinco ollas utilizadas como posibles contenedores de ofrendas, 14 fusayolas que pudieron relacionarse con un posible significado profiláctico, dos bases recortadas, dos anillos, una jarrita con restos de ocre y restos de ciervo con marcas antrópicas (Martí Bonafé 1990: 153, 157 y 160).

Sin embargo, como bien indica Martí Bonafé (1990: 157), hay que tener en cuenta que en este caso no se elige una cavidad con presencia continuada del agua como ocurre en otros ejemplos del territorio valenciano, sino que, contando con dos cavidades separadas por apenas unos 100 m, el espacio elegido para depositar estas ofrendas en época ibérica fue la cueva que no contaba con fenómenos kársticos activos. Bien es cierto que la CPHC-I no ha sido objeto de ninguna excavación arqueológica, pudiendo presentar también algún tipo de evidencia ritual en su interior.

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

Esta cueva es de los pocos ejemplos que han sido objeto de una excavación arqueológica, así como del estudio específico de los materiales de época ibérica (Gil-Mascarell 1977; Martí Bonafé 1990). Tras nuestra revisión, reafirmamos la interpretación de este espacio como un lugar ritual en época ibérica, tal y como evidencian la repetición de un elemento ofrendatorio como son los caliciformes, con características y tratamientos similares.

Sin embargo, las características físicas del espacio difieren en gran medida del resto de ejemplos conocidos. Si tenemos en cuenta, según se indica en las publicaciones previas, que el acceso en época ibérica se realizaba también por el orificio situado en el techo, esta apertura iluminaría por completo la sala principal. Por tanto, las ofrendas no se depositarían en lugares apartados de la luz natural, como ocurre en otros casos. Si tenemos en cuenta que los materiales ibéricos se documentan al menos hasta los 1,80 m de potencia, el acceso sería algo menos complicado que el actual. Así pues, el nivel de sedimento con restos de enterramientos de la Edad del Bronce se localizaría a una altura mucho más cercana al orificio (desde el cual serían visibles, en época ibérica, estos restos). Bien es cierto que aunque el nivel del suelo estuviera algo más elevado que en la actualidad, el acceso seguiría siendo complicado. Sin embargo, suponemos que, dada la conservación de los vasos que se recogieron en la excavación, estos fueron depositados cuidadosamente y no lanzados a la cueva a modo de pozo ritual.

Es interesante indicar también la ausencia de materiales ibéricos en superficie en la Cueva del Puntal del Horno Ciego I, así como en el resto de cuevas de la ladera. De hecho, es posible que tanto el complicado acceso, como la iluminación natural por el orificio de entrada o la presencia de varios enterramientos de la Edad del Bronce, fueran elementos a tener en cuenta para la elección de la Cueva II como espacio ritual en época ibérica.

4.3.13. CSM: Cueva Santa del Cabriel (Mira, Cuenca)

Localización y características físicas

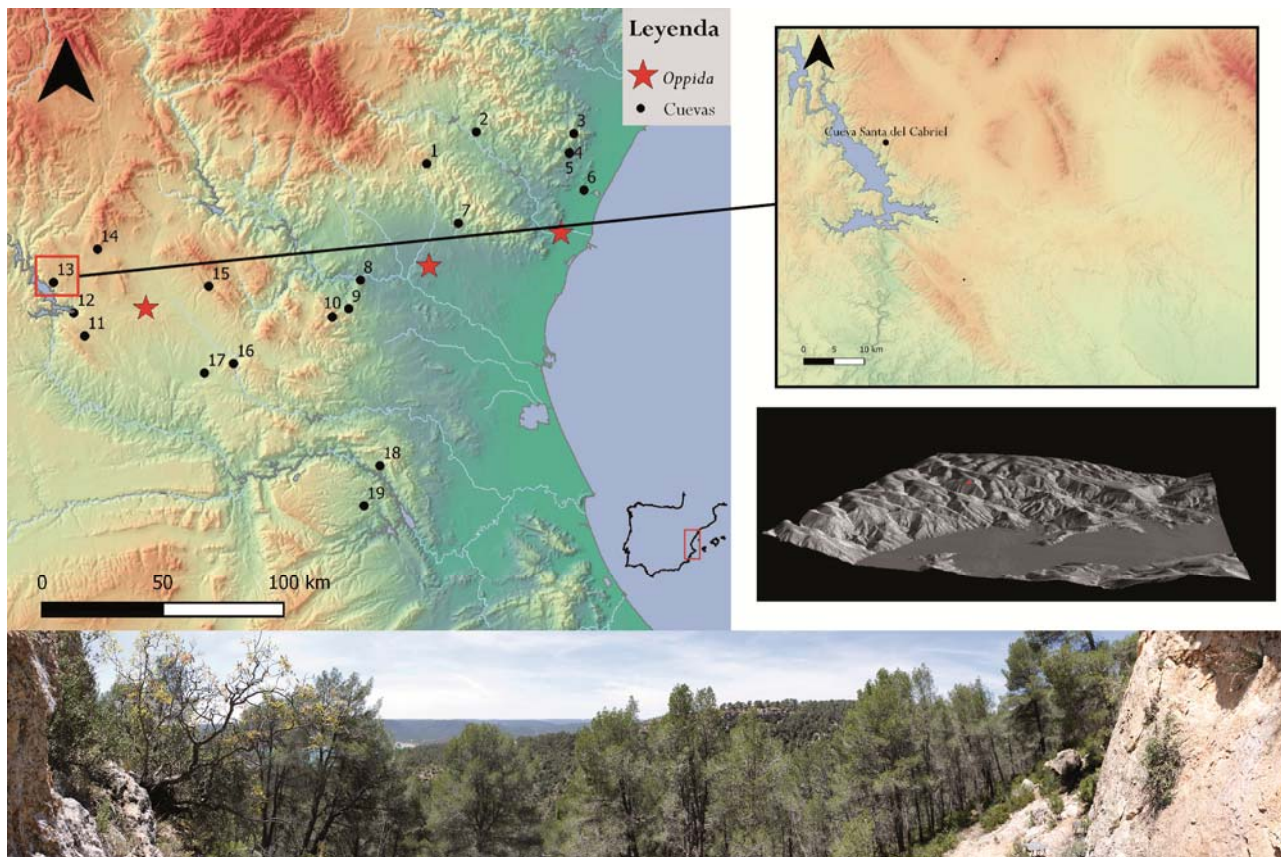


Fig. 4.191. Situación de la Cueva Santa del Cabriel con vista 3D y panorámica del entorno de la cavidad.

La Cueva Santa del Cabriel, también conocida como Cueva Santa de Fuencaliente (Lorrio 2001; Moneo 2001), Cueva Santa de Mira (Quixal 2008) o Cueva Santa II (Mata *et al.* 2001b; Moreno 2010), se encuentra a 860 msnm en el curso medio del Cabriel, concretamente en el Barranco de la Cueva Santa (fig. 4.191). En esta zona, perteneciente a la Serranía baja de Cuenca, se localizaba la aldea de Fuencaliente. Actualmente, se adscribe al término de Mira (Cuenca), localidad situada a unos 17 km de la cavidad. Sin embargo, tiene mucha más relación con la vecina localidad de Fuenterrobles (Valencia), a unos 15 km de la cueva, desde donde todavía se conserva la tradicional romería anual, en la que tuvimos la posibilidad de participar en mayo de 2015³⁷ (Arroyo *et al.* 1997: 205-232; Moya 1998).



Fig. 4.192. Acceso actual a la cueva.

³⁷ Ver cap. 11.

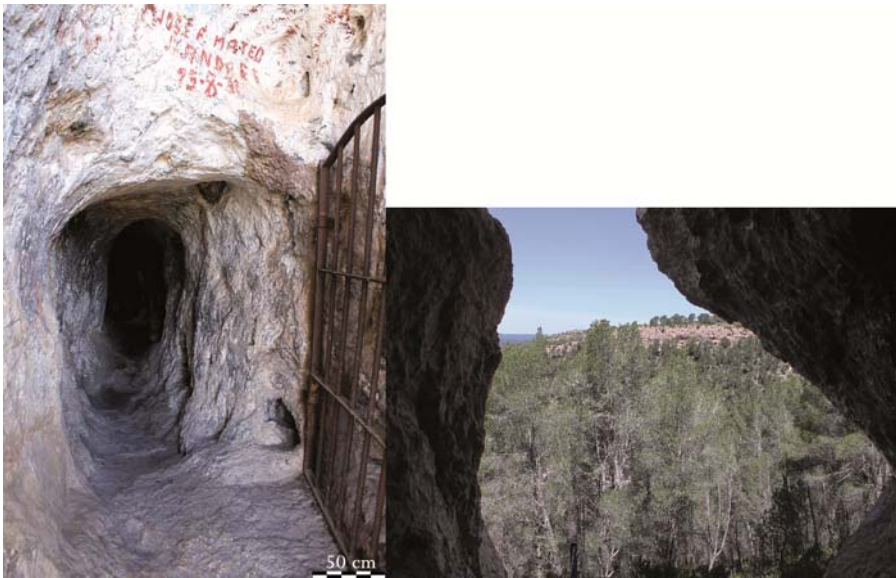


Fig. 4.193. Boca de acceso a la cueva (vista desde el exterior y desde el interior).



Fig. 4.194. Pasillo de acceso a la cueva, vista hacia el interior.

Para acceder a la cueva, la cual se encuentra varios metros por encima del camino actual, se sube un primer grupo de peldaños excavados en la roca y un segundo tramo de escalera metálica (fig. 4.192). La boca de entrada, orientada al Noroeste, está visiblemente retocada dibujando un rectángulo de 1 m de ancho por 1,60 m de alto aproximadamente (fig. 4.193). Tras recorrer un estrecho pasillo de 1-1,20 m de ancho por 11,50 m de largo (fig. 4.194), el cual fue ampliado para facilitar el acceso a la cueva a finales del siglo XVIII, se accede a la sala principal de la cavidad (sala A) (Moya 1998: 30)³⁸ (fig. 4.195). La anchura de esta sala oscila entre los 25 y 30 m y su techo llega a los 10 m de alto (fig. 4.196). Todavía se pueden observar algunas estalactitas en el techo, aunque la mayoría han desaparecido. Por desgracia, una explosión provocada en su interior acabó con gran parte de estos fenómenos kársticos y afectó a la superficie de la sala, provocando grandes desperfectos en varias zonas. Sin embargo, todavía podemos observar las 12 columnas que ocupan la sala principal (fig. 4.197), así como una cubeta natural de planta rectangular en la parte Sur (fig. 4.198).

Conectadas con esta sala, existen otras dos de menor recorrido, las cuales se suelen inundar en periodos de grandes lluvias (Moya 1998: 30). La sala B es un espacio reducido de tan solo 3,50 m de largo por 4,50 m de ancho situado en la parte Este de la cueva, que presenta a su vez dos pequeñas gateras. La sala C, situada al Sur, cuenta con un acceso complicado a través de una abertura de unos 0,70 m de diámetro (fig. 4.199). Se localiza bajo el nivel de la sala principal y cuenta con un recorrido bastante tortuoso, con alturas que varían desde los 3 m hasta los 0,60 m (fig. 4.200). Se comunica tanto con el exterior, a través de una gatera ascendente de unos 15 m de largo, como con la sala principal (Lorrio *et al.* 2006).

³⁸ La constante utilización de esta cavidad ha afectado su conservación, por lo que, evidentemente, las características físicas aquí descritas serían algo diferentes en momentos previos, sobre todo en relación al acceso y la galería de entrada.

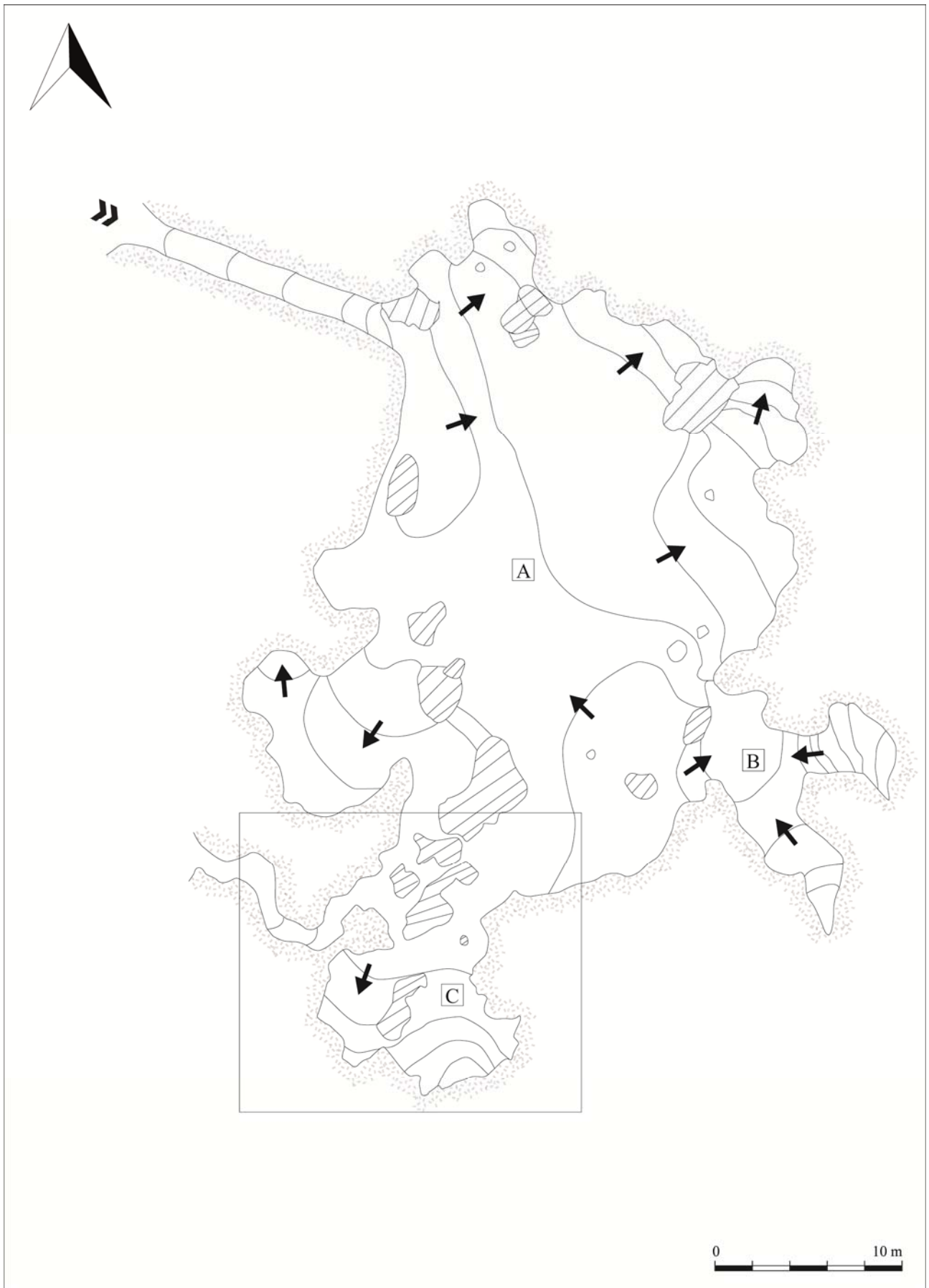


Fig. 4.195. Planta de la Cueva Santa del Cabriel, a partir de Lorrio *et al.* 2006: fig. 2 (el recuadro marca la zona prospectada en 2003).



Fig. 4.196. Vista de la zona Este de la sala principal (A), con iluminación artificial y el altar a la virgen, con motivo de la romería.



Fig. 4.197. Vista de la zona Noreste de la sala principal (A) y de algunas de sus columnas conservadas hoy en día.



Fig. 4.198. Cubeta natural conservada en la zona Sur de la sala principal (A).

Intervenciones

Esta cueva no ha sido objeto de excavaciones arqueológicas; sin embargo, conocemos parte de los materiales depositados allí a través de cinco intervenciones realizadas en su interior. La primera de ellas se llevó a cabo en los años 60, dirigida por el cura de la desaparecida aldea de Fuenaliente. La conocida como “Misión rescate”, formada por colegas de dicha localidad, recogió un conjunto de entre 30 y 40 caliciformes, algunos platos y restos óseos. La mayoría de materiales procedían de la sala C, donde estarían colocados en las grietas de la roca y entre las estalactitas. La buena conservación de los mismos, seguramente se debió a que era de las primeras veces que alguien accedía a dicha sala, ya que había varias leyendas que recomendaban no adentrarse en algunas zonas de la cavidad (Moya 1998: 31).

La segunda noticia sobre la recogida de materiales se produjo en los años 70, cuando se expolió casi por completo la cavidad, colocando explosivos en varios espacios. Los desperfectos afectaron, no solo al sedimento de la cueva, sino también a las propias paredes y la superficie de la misma. A partir de este momento, y coincidiendo con el abandono de la romería a la cueva, se siguieron produciendo expolios de mayor o menor medida (Moya 1998).



Fig. 4.199. Visitantes de la cueva durante la romería de mayo de 2015 accediendo a la Sala C.



Fig. 4.200. Interior de la sala C.

Además de estas intervenciones, bien conocidas por los trabajos previos, la revisión de los fondos del MPV nos ha permitido tener noticia de una prospección realizada el año 1974 por I. Sarrión en la cueva conocida como *de la Virgen Vieja o Cueva Santa, cercana al caserío de Fuencaliente de Mira*³⁹. Aunque existe otra cueva con este nombre, las características del material hallado y la descripción realizada en las notas de I. Sarrión parecen indicar que se trataría de la Cueva Santa del Cabriel.

En cuarto lugar, en el año 1998, C. Mata depositó en el MPV algunos materiales recogidos durante la visita a la cueva, incluida en el proyecto de prospecciones del territorio de los Villares/*Kelin*. Y finalmente, en el año 2003, un equipo de la Universidad de Alicante, dirigido por A. Lorrio, realizó una recogida de materiales en superficie de la sala C (Lorrio *et al.* 2006). Durante nuestra visita a la cavidad en mayo de 2015, nos adentramos en la sala C, donde pudimos observar la existencia de materiales ibéricos en superficie. El sedimento está afectado constantemente, debido a las inundaciones de este espacio en épocas de grandes lluvias.

Materiales

Los materiales ibéricos de la Cueva Santa del Cabriel han sido estudiados y publicados con anterioridad (Lorrio *et al.* 2006), por lo que aquí nos centraremos en describir los materiales inéditos y realizaremos algunas apreciaciones sobre los que ya han sido publicados. Además de los materiales de cronología ibérica que describiremos aquí, cabe indicar que también se conoce la presencia de recipientes de la Edad del Bronce, así como de época romana y medieval.

Los materiales a los que hemos podido acceder para nuestra revisión proceden de diversas fuentes. En primer lugar, hemos revisado la colección de materiales depositados en el Museo de Cuenca, procedentes de una donación de 1977, publicados previamente por Lorrio *et al.* (2006). Además, hemos estudiado los materiales inéditos depositados en el MPV, procedentes de las prospecciones de I. Sarrión (en 1974) y C. Mata (en 1998). Finalmente, esta información se ha complementado por la colección privada de F. Moya, a la que

³⁹ Nota depositada en el MPV junto los materiales recogidos durante esta prospección.

hemos podido acceder, estudiando tanto los materiales revisados por A. Lorrio *et al.* (2006) como los materiales recogidos en años posteriores a 2005. Sin embargo, no hemos podido revisar los materiales recogidos en la prospección de 2003, ya que no se encontraban depositados en el Museo de Cuenca.

Material cerámico

Si tenemos en cuenta el total de cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cueva Santa del Cabriel, sin considerar la procedencia de las misas, el NMI total sería de 223, destacando las cerámicas ibéricas (98,65%), frente a las cerámicas importadas (0,45%) y las cerámicas a mano del Hierro I (0,90%). Dentro del total de cerámicas ibéricas (NMI 220), destacan las cerámicas finas o de Clase A (87,73%), en especial el grupo III (95,34% del total de Clase A) (fig. 4.201).

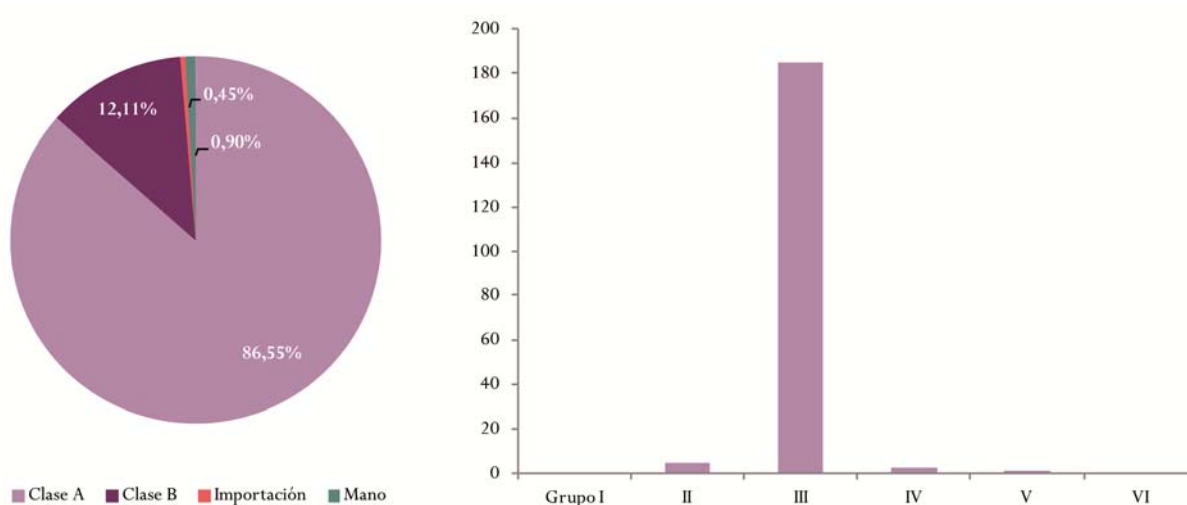


Fig. 4.201. Representación porcentual de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cueva Santa del Cabriel.

A continuación, realizaremos un breve repaso por los materiales estudiados por Lorrio *et al.* (2006), para centrarnos después en el estudio formal y decorativo de los materiales inéditos, recogidos en la prospección de I. Sarrión en 1974.

- Colecciones estudiadas y publicadas por Lorrio *et al.* (2006)

El estudio publicado en 2006 sobre la cueva recoge la revisión de un total de 154 fragmentos de cerámica de diversas cronologías, procedentes de la prospección de 2003, así como de colecciones particulares y de los fondos del Museo de Cuenca. Deducimos, a través del inventario y del material gráfico publicado, que durante la prospección se recogieron 95 recipientes, 73 de los cuales eran ibéricos, todos ellos procedentes de la sala C. Sin embargo, no contamos con estos datos expresados numéricamente para las demás procedencias. Sí que sabemos que, del total de 154 fragmentos, la mayoría proceden de la Edad del Hierro (70,3%) (Lorrio *et al.* 2006: 50).

Si tenemos en cuenta el estudio global presentado, se documentan 73 recipientes de cronología ibérica (fig. 4.202)⁴⁰. La mayoría de cerámicas pertenecen al Grupo A (94,52%), mientras que el grupo B tan solo está presente por 3 ollas de cocina (4,11%) y las importaciones, por dos fragmentos informes (1,37%) (fig. 4.203). Dentro del Grupo A, predominan los caliciformes (44), algunos de ellos completos (fig. 4.204), siguiéndolos en número los platos (21). Destacamos la miniatura de una mano de mortero con cabeza de ave (CSM243), la cual hemos podido revisar, procedente de la Colección privada de F. Moya (fig. 4.205).

Tipo	Tipología	NMI				NMI-G	Clase	Grupo	Técnica
		"Misión rescate"	Lorrio <i>et al.</i> (2006)	Inédito (I. Sarrión: 1974)	Col. Priv. (post. 2005)				
Tinajilla	A.II.2.2			5		5	A	II	T
Grupo III indet.	A.III			1		1		III	
Caliciforme	A.III.4	>30 (?)	36	34	6	92			
	A.III.4.1		3	5	1				
	A.III.4.2		4						
	A.III.4.3		1	2					
Botella	A.III.1.1			1		1			
Plato	A.III.8.1		5	21		89			
	A.III.8.2	>2 (?)	16	27	7				
	A.III.8.3			11	2				
Cuenco	A.III.9			1		1			
Botellita	A.IV.1		3			3	IV		
Mano de mortero	A.V.5.2		1			1	V		
Olla	B.1		3	21	1	25	B	1	
Cazuela	B.2			2		2		2	
Camp A			1			1	IMPORT		
Olla				2		2		M	
Total		>32	73	133	17	223			

Fig. 4.202. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva Santa del Cabriel.

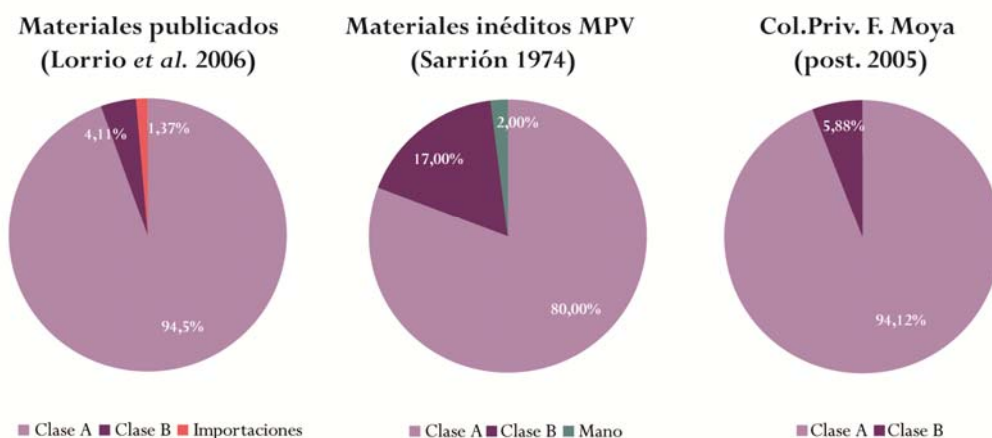


Fig. 4.203. Comparativa de los porcentajes cerámicos procedentes de las distintas recogidas y estudio de materiales.

⁴⁰ Cabe indicar que tras la revisión de los materiales del Museo de Cuenca, el recipiente identificado como *lebes* de cerámica tosca no es realmente ibérico.



Fig. 4.204. Caliciformes completos conservados en el Museo de Cuenca.



Fig. 4.205. Miniatura de mano de mortero con cabeza de ave, procedente de la colección privada de F. Moya.

- Material inédito

El material inédito revisado procede de tres intervenciones diversas: los materiales recogidos por I. Sarrión en 1974, los de la prospección de C. Mata en 1998 y los de la colección privada de F. Moya posteriores al año 2005. Las cerámicas recogidas en 1998 se limitan a fragmentos informes pertenecientes tanto a cerámicas ibéricas como medievales, por lo que no las tendremos en cuenta de cara al recuento general del NMI.

Por lo que respecta a los materiales procedentes de colecciones privadas posteriores a 2005, se trata de pequeños fragmentos recogidos en superficie, la mayoría de ellos informes. Del total de 148 fragmentos, identificamos un NMI de 17. La decoración tan solo está presente en 5 fragmentos, a base de bandas y líneas pintadas. Las formas no difieren en tipo ni representación de lo observado en el resto de conjuntos, ya que predomina el Grupo A sobre el resto (94,12%), en concreto, caliciformes (7) y platos (9) (figs. 4.202 y 4.203).

Sin embargo, el material recogido por I. Sarrion en 1974 es mucho más significativo y diverso. Los 406 fragmentos cerámicos corresponden a un NMI de 133. La mayoría de recipientes son de Clase A o cerámica fina (80%), destacando sobre todo el grupo III (95% del total de Clase A). Mientras que solo el 17% son de Clase B o cerámica tosca y el 2% de cerámicas a mano (fig. 4.203). Gran parte de los fragmentos están afectados por la humedad de la cavidad, y algunos tienen la superficie completamente petrificada (fig. 4.206). Debido a la importancia de este conjunto, nos centraremos a continuación en las características formales y decorativas de este grupo (figs. 4.207 y 4.208).



Fig. 4.206. Concreción y restos orgánicos presentes en el interior del plato CSM66.

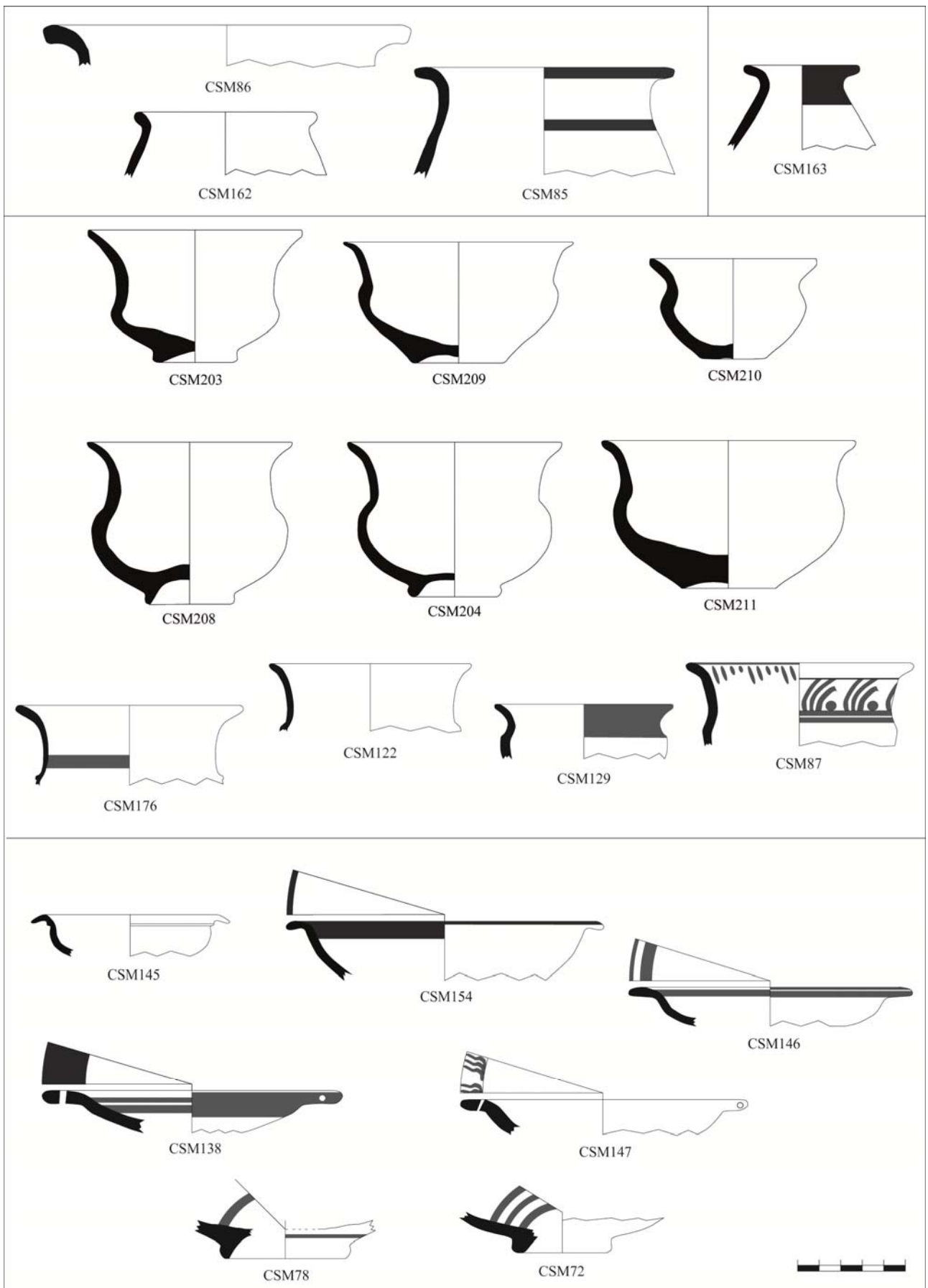


Fig. 4.207. Cerámicas del grupo II y III procedentes de la intervención de I. Sarrión (1974). Tan solo los caliciformes CSM203-204/208-211 proceden de la colección del Museo de Cuenca.

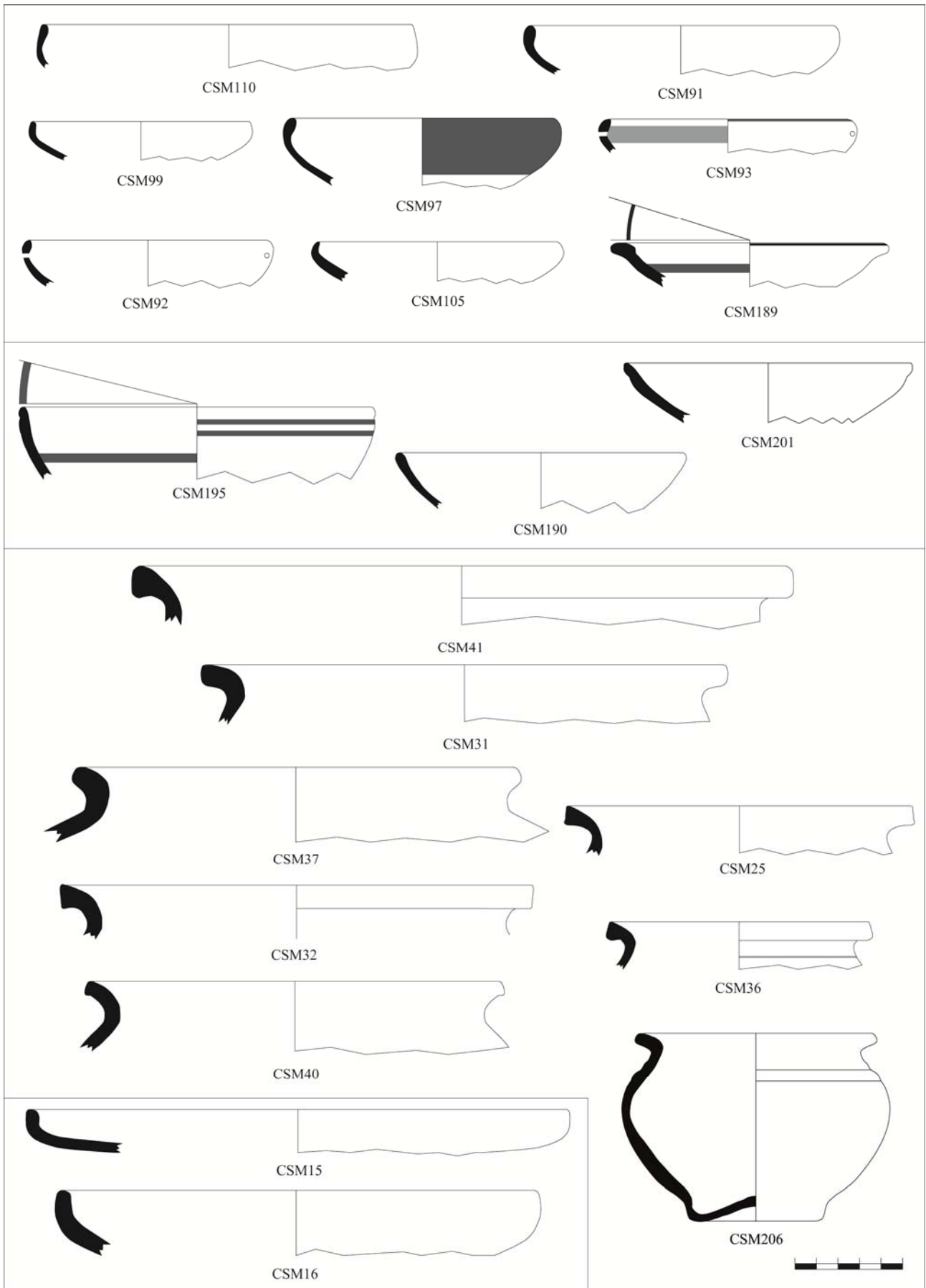


Fig. 4.208. Cerámicas del grupo III y Clase B procedentes de la intervención de I. Sarrión (1974). Tan solo la olla CSM206 procede de la colección del Museo de Cuenca.

Las formas

Las cerámicas finas o de Clase A son las más representativas del conjunto de materiales inédito. Documentamos cinco tipos de los 46 posibles (Mata y Bonet 1992), que suponen un NMI de 108 (308 frags.) (fig. 4.202). El grupo más representativo del conjunto estudiado es la vajilla de mesa, con un NMI de 103.

El grupo I está ausente, mientras que del grupo II documentamos tan solo cuatro recipientes, todos pertenecientes al subtipo de tinajilla sin hombro (fig. 4.207). El grupo III es el más numeroso (figs. 4.207 y 4.208). La mayoría de recipientes de este grupo son caliciformes (41) y platos (59), mientras que solo un recipiente se adscribe al tipo A.III.9. Entre los caliciformes identificamos dos subtipos: cinco recipientes con cuerpo globular y dos carenados. Mientras que entre los platos están presentes los tres subtipos: 21 platos exvasados, 26 páteras y 10 escudillas (fig. 4.209).



Fig. 4.209. Páteras CSM91-109 procedentes de la intervención de I. Sarrión (1974).

Los recipientes de Clase B o cerámicas toscas son menos representativos que los anteriores, con tan solo un NMI de 23 (84 frags.), mayoritariamente ollas (21), aunque también documentamos dos cazuelas.

Por último, dentro del conjunto de cerámicas, también se documentan dos recipientes realizados a mano (11 frags.), cuyas características parecen relacionarse con la Primera Edad del Hierro.

Las decoraciones

Del total de 133 recipientes, recogidos en la intervención de I. Sarrión (en 1974), 24 presentan decoración. La mayoría de fragmentos decorados pertenecen a las cerámicas de Clase A (22 recipientes). En tan solo un fragmento, se aprecia una posible decoración bícroma (CSM93), aunque la diferente tonalidad de la pintura rojiza puede deberse también a la conservación de las cerámicas. En general, los motivos presentes son bandas y líneas de colores rojizos. Tan solo se observan otro tipo de motivos en tres recipientes: unas aspas en el caliciforme CSM87 (fig. 4.207: CSM87), unas melenas o líneas onduladas en el plato con borde exvasado CSM147 (fig. 4.207: CSM147) y una moldura o baquetón en el caliciforme CSM176 y el plato CSM145 (fig. 4.207). La decoración presente tanto en el recipiente de Clase B como en el de cerámica a mano es incisa.

Cerámicas analizadas

La presencia de varios platos con restos de concreción nos posibilitó el análisis del tipo de residuos conservados en su interior. Enviamos a analizar al laboratorio de análisis arqueológicos *Archaechemis* dos de los platos procedentes de los materiales inéditos recogidos en la prospección de I. Sarrión de 1974 (CSM66 y CSM155). Estos fueron analizados por Espectrometría por Infrarrojo Cercano (FT-NIR), para identificar la composición del material situado en la parte interna de las piezas (Gallello *et al.* 2016). Los resultados indicaron la presencia de minerales y compuestos orgánicos en ambas cerámicas. El elemento más representativo es el carbonato de calcio (CaCO₃), así como las resinas naturales de *copal* y *sandarac*. La presencia de carbonato de calcio, silicato y resinas aporta dos opciones. En primer lugar, puede que tenga un significado funcional, es decir, que evidencien restos de una capa de esmalte que cubría las cerámicas. Sin embargo, también es posible que la presencia de resinas se asocie al contenido de estos platos, en el contexto de una práctica ritual.

Otros

Aunque la mayoría de materiales revisados son básicamente cerámicas, en la colección estudiada por Lorrio *et al.* (2006) documentan un recipiente de vidrio y una lámina de hierro. Sin embargo, entre los materiales inéditos del MPV tan solo se documentan siete fragmentos de hierro cuya conservación parece indicar que se trataría de material mucho más moderno.

Restos óseos

Debido a las condiciones de la recogida del material, tanto los restos humanos como la fauna documentada podrían pertenecer a cualquier momento en el que fue frecuentada la cavidad. A continuación realizamos una breve exposición del análisis preliminar. La muestra procede de distintas recogidas de material. Por una parte, contamos con los restos conservados en la colección privada de F. Moya (tanto antes como después de 2005). Y, por otra parte, analizamos también los restos óseos recogidos por I. Sarrión en la prospección de 1974.

Restos de fauna

Aunque las especies no sean representativas debido a las características de la muestra, nos parece interesante indicar al menos el número de individuos identificado, así como las alteraciones que presentan algunos de los restos. Las noticias previas sobre esta cueva tan solo indican que en los años 60 se recogieron algunos restos óseos durante la “misión rescate” llevada a cabo por el cura de Fuencaliente, así como en las posteriores recogidas de material por parte de aficionados.

Taxones	NR			NR-Total	NMI-Total
	SIP (I. Sarrión: 1974)	Col. Priv. (F. Moya: ant. 2005)	Col. Priv. (F. Moya: post. 2005)		
<i>Sus</i> sp.	3			3	1
<i>Ovis aries</i>	1			1	1
Ovicaprino indet.	7		3	10	4
Total domésticos				14	6
<i>Cervus elaphus</i>		1	1	2	1
Leporidae	1		5	6	1
<i>Gallus gallus</i>	9			9	1
<i>Felis silvestris</i>			1	1	1
Avifauna indet.			3	3	1
Total silvestres				21	5
Talla media indet.	10		21	31	
Total	31	1	34	66	11

Fig. 4.210. Cuantificación y representación de especies de la muestra faunística de la Cueva Santa del Cabriel.

El conjunto de restos, objeto del análisis preliminar llevado a cabo por A. Sanchis, asciende a un total de 66 fragmentos, de los cuales se han podido identificar 35 (53%). Aunque la muestra procede de distintas recogidas de material, si valoramos el conjunto de restos, observamos un NMI total de 11 (fig. 4.210). Entre los materiales procedentes de la colección privada de F. Moya, documentamos un total de 35 restos, de los cuales se han podido identificar 14 (40%), pertenecientes tanto a animales silvestres (*Cervus elaphus*, leporidae, *Felis silvestris*), como a individuos domésticos (*Sus* sp., *Ovis aries*, ovicaprino indet. y avifauna indet.). Entre los materiales recogidos por I. Sarrión en 1974, se documentan restos humanos, así como restos óseos de animales. La muestra de fauna asciende a un total de 31 restos, de los cuales se han podido identificar 21 (68%), pertenecientes tanto a animales silvestres (*leporidae*), como domésticos (*Sus* sp., ovicaprino indet. y *Gallus gallus*) (fig. 4.211).



Fig. 4.211. Muestra representativa de los restos de fauna procedentes de la intervención de I. Sarrión (1974).

Edades de muerte

Las características de la muestra tan solo nos han permitido documentar la edad de un individuo neonato de ovicaprino, procedente de la colección privada de F. Moya; y dos individuos infantiles de ovicaprino, entre los recogidos por I. Sarrión.

Alteraciones

Del total de 35 fragmentos procedentes de la colección privada de F. Moya, 26 presentan alteraciones de algún tipo (74%), mayoritariamente termoalteraciones, aunque algunos restos, como los de ovicaprinos y de *Felis silvestris*, presentan también marcas de corte y arrastres dentales. En el caso de los materiales recogidos por I. Sarrión, de la totalidad de 20 fragmentos identificados, 11 (55%) presentan alteraciones de algún tipo. Entre los restos de *Gallus gallus*, documentamos marcas de corte en un fragmento de húmero y en la falange 1. Entre los restos de *Sus* sp., tanto el fragmento de fémur como el de húmero presentan marcas. Por último, documentamos termoalteraciones en la totalidad de restos de ovicaprino. Aunque estos datos sean preliminares y no cuenten con ningún tipo de asociación con otros materiales que nos informe de su cronología, es interesante reflexionar al menos sobre la presencia de este tipo de restos. Por las especies representadas y las alteraciones documentadas, estos pudieron ser evidencias de algún tipo de consumo en la cavidad.

Restos humanos

Aunque debido a las características de la muestra estudiada no podamos asociar la presencia de restos humanos o de fauna con un momento de frecuentación determinado, es interesante, al menos, indicar la presencia de los mismos, así como realizar una clasificación general. Entre los materiales recogidos por I. Sarrión en 1974, se documentan cuatro fragmentos óseos humanos. En el análisis preliminar, llevado a cabo por A. Pérez, se han podido identificar una vértebra lumbar de un subadulto, un posible fragmento de cuerpo vertebral y dos dientes asociados a un individuo infantil de unos 12 años aproximadamente (Uberlaker 1989), un segundo molar superior derecho y un tercer molar inferior, ambos permanentes (fig. 4.212).



Fig. 4.212. Restos humanos procedentes de la intervención de I. Sarrión (1974): vértebra lumbar (1), fragmento de posible cuerpo vertebral (2), segundo molar superior derecho (3) y tercer molar inferior (4).

Cronología

Si observamos el conjunto de materiales, tanto los revisados, como los publicados previamente, estos demuestran que la frecuentación de la cueva fue bastante dilatada en el tiempo, desde el Bronce Final hasta la actualidad. Sin embargo, en época ibérica, los únicos elementos que nos aportan una datación clara serían el fragmento de cerámica ibérica con posible decoración bícroma (s. V- p. s. IV a.C.) y los dos fragmentos de cerámica Campaniense A, que marcarían un momento de frecuentación de la cueva entre los ss. III-I a.C. Según Lorrio *et al.* (2006: 53-55, 62-66), las formas de los caliciformes indicarían una frecuentación entre los ss. VI-V a.C. (A.III.4.2), s. IV a.C. (A.III.4.3) y ss. IV-III a.C. (A.III.4.1.2). Teniendo en cuenta una visión general del conjunto de materiales, podemos indicar que al menos durante los ss. V-III a.C. la cueva fue frecuentada.

Interpretaciones previas

La Cueva Santa del Cabriel es uno de los mejores ejemplos de continuidad ritual de un espacio natural y sus materiales siempre se han relacionado con una actividad de este tipo (Guaita 1996: 143-145; Moya 1998; Moneo 2001: 179, 2003: 169; Lorrio *et al.* 2006). No se recoge en las grandes compilaciones sobre cuevas-santuario de Gil-Mascarell (1975) o en los trabajos de González-Alcalde (1993b, 2002-2003a, 2002, 2005b), ya que estas publicaciones se centran en el actual País Valenciano. Sin embargo, sí que se recoge en los trabajos sobre el territorio de *Kelin*, tanto para los ss. VI-II a.C. (Moreno 2010, 2011a), como para momentos posteriores (Quixal 2008, 2012, 2015). Algunas de sus columnas estalagmíticas se han relacionado con una posible representación de una *divinidad femenina ancestral, celeste y ctónica*, asociada a la representación de un ave sobre la mano de mortero procedente de la Colección Privada de F. Moya (Lorrio *et al.* 2006: 62-66).

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

La acumulación de recipientes del grupo III (vasos y platos principalmente) podría estar indicando algún tipo de pauta ritual. Destacamos, además, la miniatura de la mano de mortero con cabeza de ave, tanto por su simbología como por su uso. En cuanto a las características físicas de la cueva, es interesante valorar la iluminación natural que se produce en su interior en determinados momentos del año. Aunque no contamos con ninguna evidencia clara, la cantidad de material recogido, asociado a una horquilla cronológica muy amplia, puede ser una evidencia indirecta de que las actividades llevadas a cabo en su interior se realizaran esporádicamente, posiblemente en determinados momentos del año. Teniendo en cuenta esto, es interesante observar la iluminación natural que se produce en su interior, durante tan solo unos minutos, en el solsticio de verano (F. Moya c.o.) (fig. 4.213).



Fig. 4.213. Imagen del pasillo de acceso a la cueva tomada durante el solsticio de verano (fotografía: F. Moya).

4.3.14. CMO: Cueva de El Molón (Camporrobles, Valencia)

Localización y características físicas

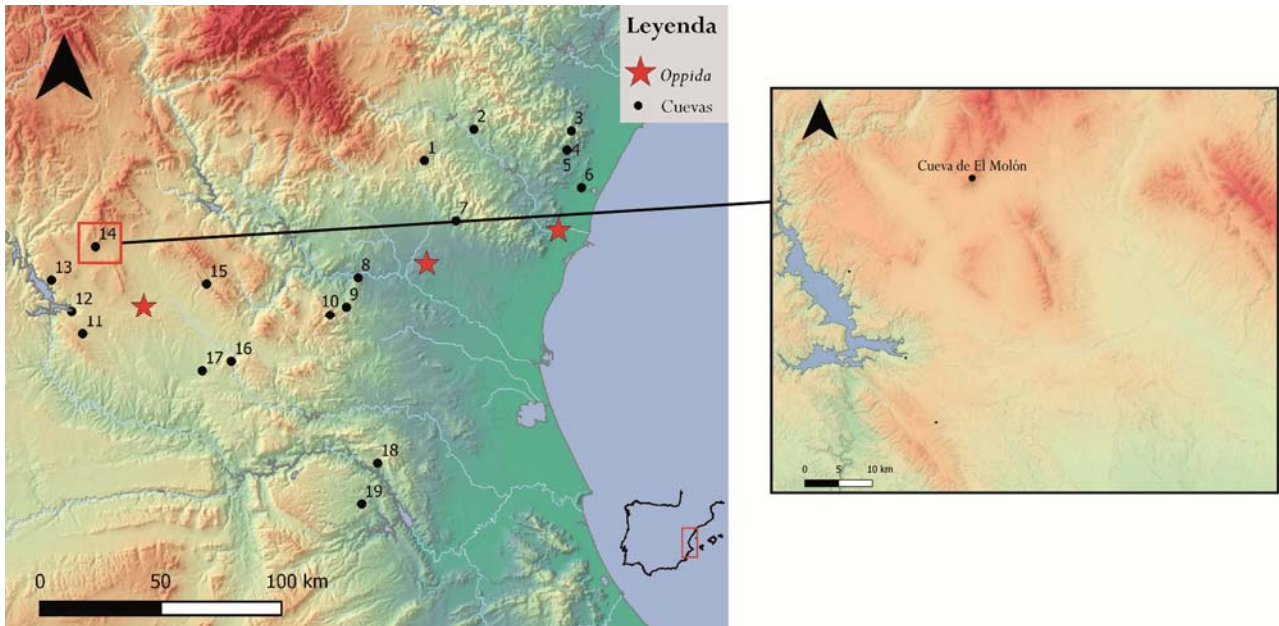


Fig. 4.214. Situación de la Cueva de El Molón.

La Cueva de El Molón se localiza en la ladera Sur del cerro del mismo nombre, situado en un lugar crucial que comunica la serranía de Cuenca con la costa (Donat 1960: 28, 1966: 46; Moneo 2001) (fig. 4.214). Tal y como se observa en la fig. 4.215, la cueva se localiza a 989 msnm, a los pies del poblado de El Molón, con el que tendría una relación directa.



Fig. 4.215. Localización de la cueva a los pies de la ladera Sur del cerro del Molón. Plano extraído de la página web: <https://web.ua.es/es/elmolon/el-parque/la-visita.html> (consultada el 18 de mayo de 2017).

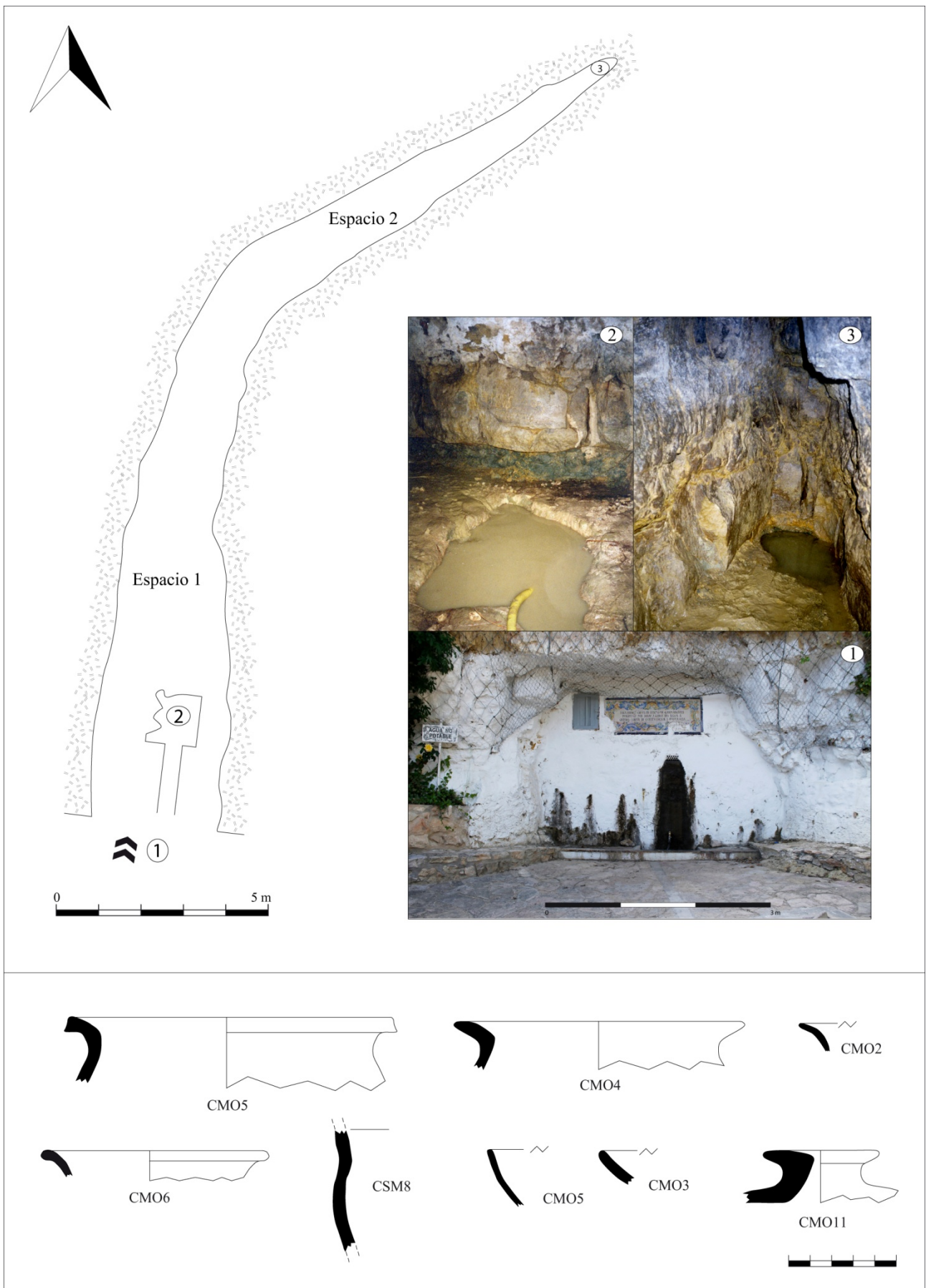


Fig. 4.216. Planta de la cueva y dibujos del material (a partir de Moneo 2001: figs. 1 y 4); (1) Vista actual del acceso a la cueva; (2 y 3) Interior de la cueva (fotografías: A. J. Lorrio).

La boca de acceso, orientada hacia el Suroeste, mide 4,60 m de anchura máxima por 3,20 m de altura máxima. Actualmente, está tapiada y su lugar lo ocupa una fuente, por lo que nos referiremos a la descripción física que citan los investigadores que pudieron acceder al interior de la cavidad, coincidiendo con la limpieza de la fuente en 1996. Al parecer el espacio se divide en dos partes, contando con un recorrido total de 22,82 m. Cuenta con una anchura de entre 1,20 y 3 m y una altura que varía desde los 3,20 m (en la zona de la entrada) hasta el medio metro de altura (en el fondo de la cavidad). Conforme se avanza por la galería, la anchura y la altura de las paredes se va reduciendo. En el primer espacio, orientado hacia el Suroeste, que cuenta con unas dimensiones mayores, se documentó una cubeta rectangular de 1,20 m x 1,26 m tallada en la piedra *con un corte a modo de canal o rebosadero* (Moneo 2001: 174). Al fondo de la cueva, en el segundo espacio, se localiza el manantial que vertería sus aguas en la cubeta de la entrada (Lorrio *et al.* 1999: 308) (fig. 4.216).

Intervenciones

En 1996 se posibilitó el estudio de la cavidad y la recogida de material en superficie con motivo de la limpieza de la fuente, localizada en la zona actual de recreo cercana al Centro de Interpretación del Parque Arqueológico El Molón. Se realizó un croquis de la planta, se documentaron las dos cubetas excavadas en la roca y se recogieron algunos fragmentos informes en superficie tanto de cronología ibérica como medieval (Moneo 2001: 173).

En el año 2000, se realizó un pequeño sondeo en la entrada de la cueva, con el objetivo de hallar más evidencias materiales que permitieran aportar algo de luz sobre la interpretación de este espacio y su relación con el poblado (Moneo 2001).

Materiales

Al no localizar los materiales recogidos en superficie durante la limpieza, ni los recogidos en el sondeo llevado a cabo en la entrada de la cueva, nos limitaremos a hacer referencia al estudio publicados por T. Moneo en 2001. Hay que especificar que aunque se indica la presencia de fragmentos de hierro, estos no se asocian a algún elemento en concreto, ni se recogen en el inventario publicado.

Fig. 4.217. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica (a partir de Moneo 2001).

Tipo	Tipología	NMI	NMI-G	Clase	Grupo	Técnica
Tinajilla	A.II.2.2	3	7	A	II	T
Jarra	A.III.3	1			III	
Caliciforme	A.III.4	1				
Plato	A.III.8.3	2				
Tapadera	B.6	1	1	B	6	
Total		8				

Material cerámico

Se documentan un total de 12 fragmentos informes, que corresponden a un NMI de 8. La mayoría son recipientes de Clase A o cerámica fina (88%), con presencia de los grupos II y III, mientras que tan solo existe un individuo de Clase B o cerámica tosca (13%).

Las formas

Las cerámicas de Clase A son las más representativas del conjunto de materiales. Documentamos 4 tipos de los 46 posibles (Mata y Bonet 1992), que suponen un NMI de 7, estando presentes los grupos II y III (fig. 4.217). Aunque no contamos con bordes o bases de caliciformes, contabilizamos al menos un individuo a partir de los fragmentos informes y semiformes documentados (Moneo 2001: fig. 4.8). Sin embargo, si observamos el dibujo publicado, tanto el fragmento de borde CMO2, identificado como una jarra (Moneo 2001: 180), como el CMO6, identificado como una tinajilla (Moneo 2001: 180), podrían ser más bien por el grosor, la forma y el diámetro, bordes de vasos caliciformes (fig. 4.216).

Las decoraciones

La decoración no destaca en el conjunto de materiales, estando presente tan solo en dos fragmentos informes de vajilla de mesa. Uno perteneciente seguramente a la pared de un caliciforme, decorado con dos líneas paralelas incisas, y otro fragmento informe que pudo formar parte de un plato, decorado con dos líneas pintadas en el interior (Moneo 2001: fig. 4).

Cronología

Aunque Moneo (2001: 179) relaciona la cueva con una frecuentación ibérica durante el s. IV a.C., pensamos que no existen suficientes marcadores cronológicos que nos permitan relacionar los materiales documentados con un periodo en concreto. Así pues, pudo ser frecuentada en cualquier momento durante la larga secuencia documentada en el poblado de El Molón (ss. VII-I a.C.) (Lorrio 2001, 2007).

Además, también se documentan materiales de época alto medieval que se asociarían a la reocupación de El Molón como punto estratégico de vigilancia (Almagro-Gorbea *et al.* 1996: 16). En especial, destaca un fragmento que pudo pertenecer a un *thymiaterium* (Moneo 2001: 175).

Interpretaciones previas

Las publicaciones que mencionan la cueva de El Molón la relacionan con otros abrigos y cuevas cercanas que también cuentan con cubetas labradas en la roca y están asociadas a poblados, como por ejemplo la Cueva del Moro cerca de Meca (Almagro-Gorbea y Moneo 1995) o la Cueva de la Nariz de Umbría del Salchite (Moratalla, Murcia) (Lillo 1983). Según algunos autores, estas cuevas se consideran santuarios de entrada en los que se llevarían a cabo rituales de purificación y lustración antes de entrar al poblado (Moneo

2001: 176, 2003: 198-199) o incluso rituales de iniciación (González y Chapa 1993; Almagro-Gorbea 1997; González-Alcalde 2002: 185-186). La dualidad entre cueva y manantiales estaría relacionada, según estos investigadores, con la orientación de dichas cavidades hacia el ocaso solar (Almagro-Gorbea y Moneo 1995; Lorrio *et al.* 1999: 308; Lorrio 2001: 166). Sin embargo, otros investigadores cuestionan la utilización ritual de esta cueva al compararla con otros ejemplos mucho más evidentes (Mata *et al.* 2001b: 315; Quixal 2015: 195).

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

La ausencia de niveles arqueológicos en el interior de la cueva y el escaso volumen de material recogido en el sondeo realizado en el exterior de la cueva no permiten relacionarla directamente con una actividad ritual. Es posible que el agua recogida en la cubeta fuera utilizada en época ibérica, pero no podemos asegurar que se destinara a un uso ritualizado. Además, aunque no se ha excavado en extensión, en el espacio de la explanada en la que actualmente se localiza el área de recreo cercana al Centro de Interpretación del Parque Arqueológico de El Molón pudo existir algún tipo de estructura de hábitat y/o trabajo asociada a la cavidad y relacionada a su vez con el poblado.

4.3.15. CMAN: Cueva de los Mancebones (Requena, Valencia)

Localización y características físicas

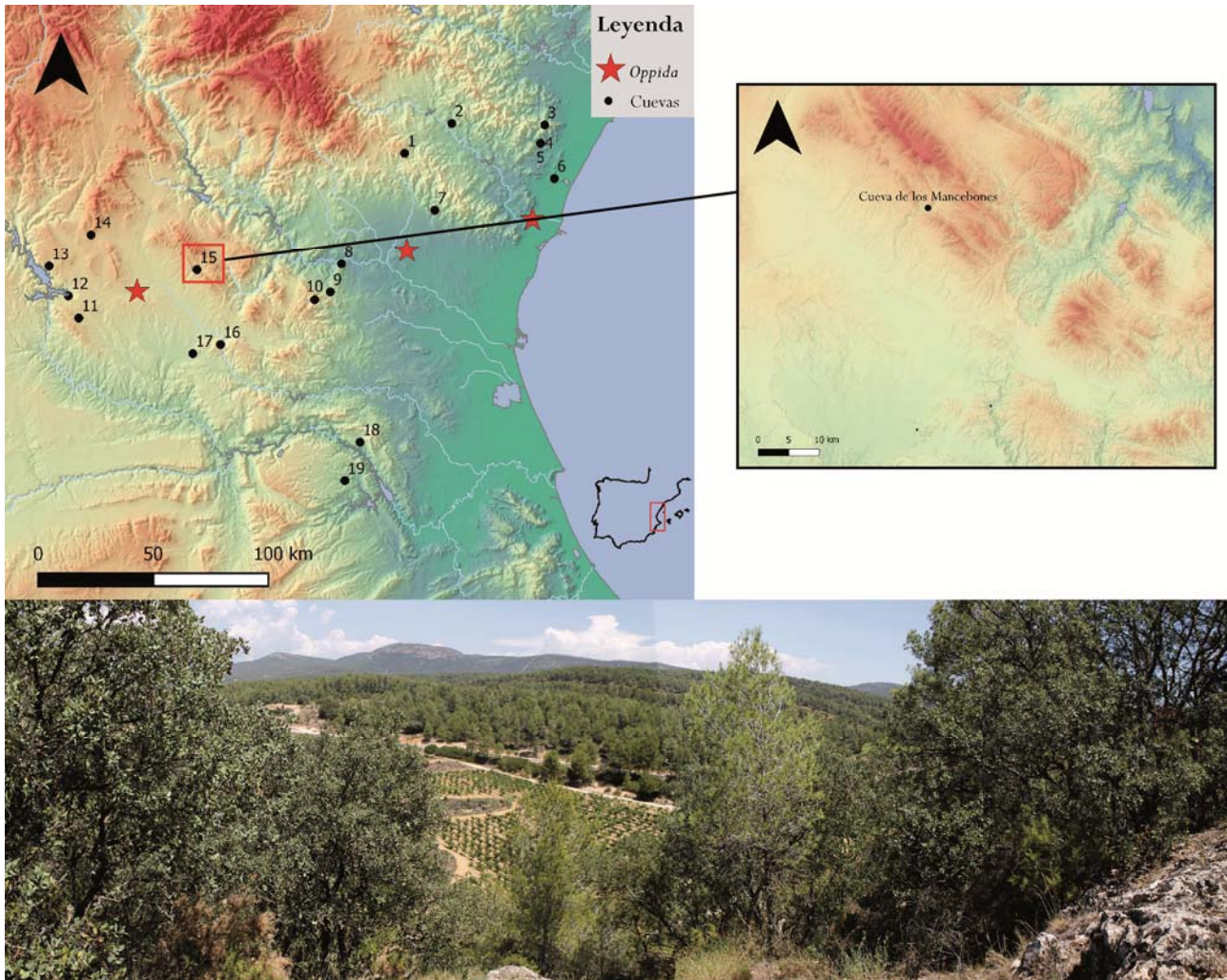


Fig. 4.218. Situación de la Cueva de los Mancebones y panorámica del entorno de la cavidad.

La Cueva de los Mancebones, también conocida como Cueva del Santo Estoletto, Santo Estalote o Cueva de los Amancebados, se sitúa a 889 msnm, sobre el arroyo del Requejo, en el ámbito de la aldea de Estenas (fig. 4.218). Situada en el paraje Mancebones, justo en el límite entre Requena y Utiel, pertenece al término del primer municipio (Donat 1960: 68, 1966: 122; Mas Ibars 1973: 295; Fernández *et al.* 1982: 149).



Fig. 4.219. Localización de la Cueva de los Mancebones.

La entrada de la cavidad, abierta hacia el Noroeste, se sitúa en un escarpe rocoso que buza de Este a Oeste, sobre la Rambla de Estenas (fig. 4.219). La entrada es de unos 2 m de anchura máxima y 1 m de alto (figs. 4.220 y 4.221) y, da paso a la cueva en forma de larga galería con unos 20 m de longitud, con anchuras que oscilan entre 1 y 2 m aproximadamente y alturas entre 1 y 8 m.



Fig. 4.220. Boca de acceso a la Cueva de los Mancebones, vista desde el exterior.



Fig. 4.221. Zona A (entrada y vestíbulo), vista desde el interior.

El espacio interior se divide en tres zonas (fig. 4.222): la zona A (entrada y vestíbulo) (fig. 4.221), zona B (galería de unos 10 m de largo y 0,5 m de ancho) (fig. 4.223) y la zona C (una sala de unos 4x3 m de superficie, situada al fondo de la cavidad, a la que se accede escalando un desnivel de unos 2 m aproximadamente) (figs. 4.224 y 4.225). Fue en esta última zona en la que se recogieron la mayoría de materiales (Gil-Mascarell 1975: 305). Durante la visita pudimos observar que todavía existe material en superficie, tanto cerámicas ibéricas (sobre todo cuerpos de vasos caliciformes) como restos faunísticos. Según las indicaciones de J. M. Martínez, la cueva tendría dos entradas, situándose la más pequeña y antigua de ellas directamente sobre el río (Gil-Mascarell 1975: 305, lám. II.1).

La tradición de visitar la cueva el segundo día de Pascua está afectando en gran medida la conservación de la misma (Fernández *et al.* 1982: 150; R. Martínez c.o.). Actualmente, el suelo de la cavidad se encuentra plagado de residuos y sus paredes están afectadas por la acción humana (fuego, fragmentación de columnas estalagmíticas, grafitis...) (fig. 4.226).

Durante la visita, pudimos observar que existía una entrada principal a la cueva (fig. 4.220) y otra oquedad enfrentada a esta al nivel del suelo y casi completamente colmatada, de un tamaño mucho más reducido, que pudo estar conectada con la cavidad principal y que, por las fotografías que publica Gil-Mascarell en los años 70, sería la misma que se interpreta como una de las antiguas entradas a la cavidad (fig. 4.227).

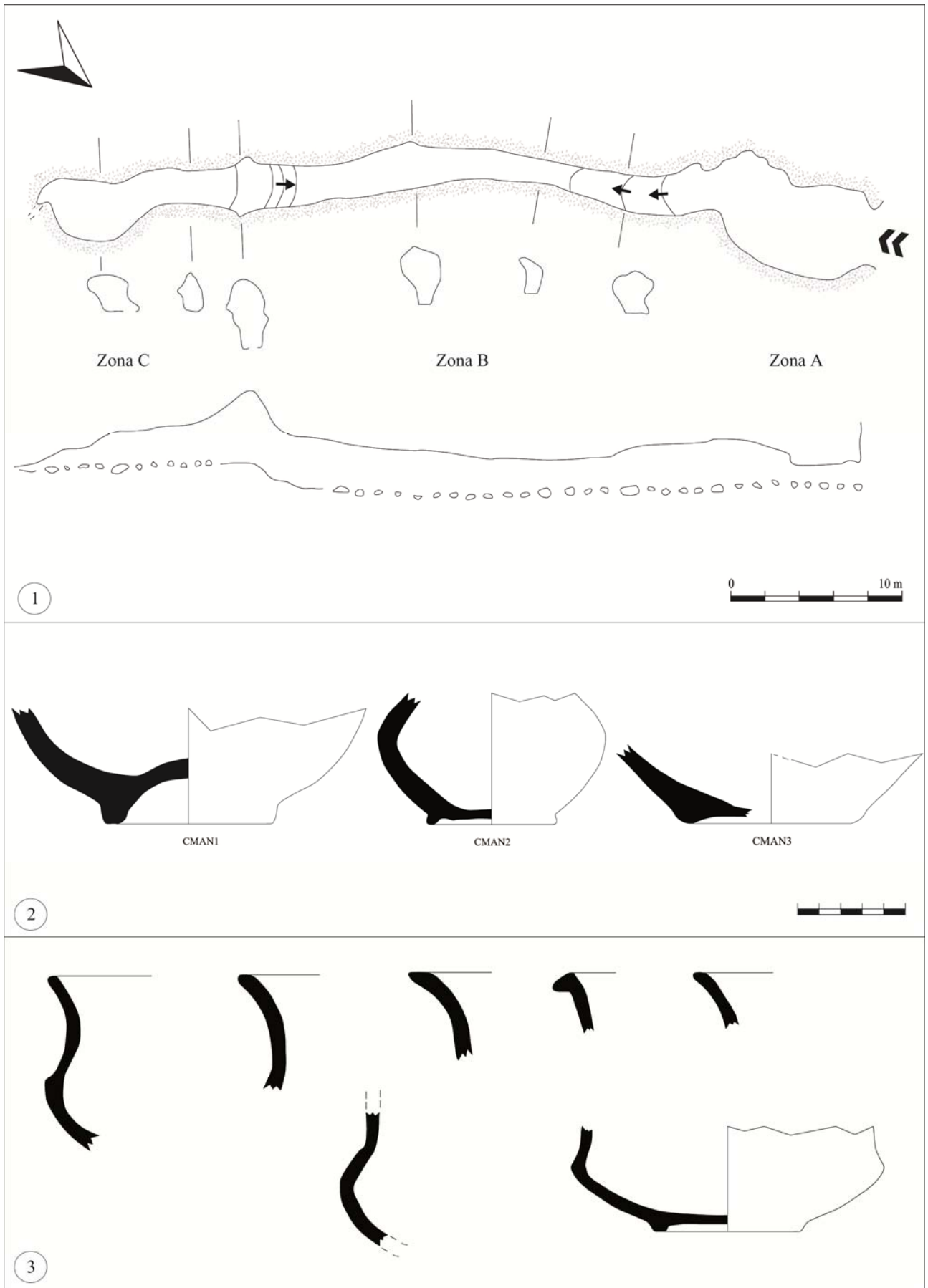


Fig. 4.222. Croquis y sección de la cueva (a partir de Fernández et al. 1982: 149). La entrada y la sala C han sido modificadas siguiendo nuestro croquis (1); Cerámicas depositadas en el MPV (2); Cerámicas publicadas, sin escala, por Gil-Mascarell (1975: fig. 5) (3).



Fig. 4.223. Galería o zona B, vista hacia el exterior y hacia el interior.



Fig. 4.224. Vista desde la galería al acceso a la Sala C.

Intervenciones

Conocida desde finales del s. XIX, cuando fue explorada por el padre Escolapio Leandro Calvo (Fernández *et al.* 1982: 150), esta cueva no ha sido objeto de excavaciones arqueológicas. Sin embargo, sí que se han recogido materiales en superficie y se han hecho algunas rebuscas, pero los materiales hallados se encuentran en manos privadas. La información de la que disponemos se limita a un pequeño sondeo inédito que realizó J. M. Martínez, en el que según cita Gil-Mascarell (1975: 305) se excavaron dos niveles. El primero de ellos sería un nivel removido con materiales ibéricos, mientras que a los 25 cm aproximadamente se detectaría un segundo nivel con enterramientos. Sin embargo, la datación o posible asociación directa de los restos humanos con los materiales ibéricos o de la Edad del Bronce no ha sido publicada.



Fig. 4.225. Vista de la Sala C, una vez escalado el desnivel de 2 m.



Fig. 4.226. Estado actual de algunas de las paredes de la cueva, afectadas por la acción humana.



Fig. 4.227. Oquedad frente a la cueva que pudo formar parte de una de las antiguas entradas, actualmente colmatada.

Materiales

La procedencia de los materiales es diversa. En primer lugar, contamos con los materiales procedentes de una prospección de J. M. Martínez (en 1963) que fueron depositados en el MPV. En segundo lugar, Gil-Mascarell (1975: 305-306) hace referencia a unas cerámicas donadas por J. M. Martínez, alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia. Y en tercer lugar, la Colección Museográfica de Utiel, de reciente inauguración (abril 2015), conserva otro conjunto de materiales de la colección privada de J. M. Martínez en su mayor parte, procedentes seguramente de la intervención realizada al fondo de la cavidad indicada con anterioridad.

Los materiales depositados en el MPV son todo cerámicas (tres bases de caliciformes) (fig. 4.222). Por otra parte, entre los materiales que cita Gil-Mascarell (1975: 305-306) se encontrarían una *gran cantidad de vasos caliciformes de cocción reductora*, así como fusayolas con decoración a base de incisiones. Estas fusayolas, podrían ser las que se exponen actualmente, junto a otros materiales procedentes de la cueva, en la Colección Museográfica de Utiel (fig. 4.228). Sin embargo, la procedencia exacta de la mayoría de materiales expuestos se desconoce.



Fig. 4.228. Fusayolas expuestas en la Colección Museográfica de Utiel, procedentes seguramente de la Cueva de los Mancebones (R. Martínez c.o.).

Por último, además de estas referencias, contamos con otra sobre la presencia de cerámicas grises monócromas en una publicación de Aranegui (1975: 359), sin procedencia clara, así como un adorno realizado sobre pecten (González-Alcalde 2002-2003a: 203).

Material cerámico

Los únicos materiales que hemos podido revisar hasta la fecha proceden del MPV y son en su totalidad cerámicos. Sin embargo, contamos con algunas referencias a los materiales que se encuentran en colecciones privadas.

Las formas

Entre los materiales depositados en el MPV, documentamos tres fragmentos de bases de tres vasos caliciformes de cocción reductora (fig. 4.229). Por lo que concierne al conjunto de materiales que presenta Gil-Mascarell (1975: 306), procedente de una donación personal de J. M. Martínez, desconocemos su localización actual. Sin embargo, a través de los dibujos (sin escala) y el inventario publicados, identificamos un NMI total de 6 caliciformes (40 frags.), en base a los bordes y las bases de subtipo diferenciado (fig. 4.229).

Tipo	Tipología	NMI			NMI-G	Clase	Grupo	Técnica
		Col. Utiel	Gil-Mascarell (1975)	MPV				
Caliciforme	A.III.4		4	3	11	A	III	T
	A.III.4.1	4	1					
	A.III.4.3		1					
Copa	A.III.6	1			9	IV		
Pátera	A.III.8.2	1						
Ungüentario	A.IV.2.2	1						
Miniatura*	A.IV.5.3	8			9	V		
Fusayola*	A.V.8.1.1	1						
	A.V.8.1.2	1						
	A.V.8.3	1						
	A.V.8.1.5	4						
	B.7.9.1.2	1						
	B.7.9.2.2	1			B	7		
Ática*	L 24	1			1	IMPORT		
Total		21	6	3	30			

Fig. 4.229. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica. Los elementos marcados con un * se exponen en la Colección Museográfica de Utiel y se relacionan con la Cueva de los Mancebones, pero no se asegura dicho origen (R. Martínez c.o.).

En cuanto a los materiales depositados en la Colección Museográfica de Utiel, estamos pendientes de realizar un inventario completo junto con R. Martínez. De lo que hay expuesto actualmente en vitrina, tan solo en un caso la guía impresa de la colección asegura que proceden de la Cueva de los Mancebones (fig. 4.229).

Seguramente, las 9 fusayolas y las 8 miniaturas de fusayolas localizadas en la misma vitrina también procedan de la cueva (R. Martínez c.o.). Destacamos la cerámica ática y, sobre todo, las fusayolas en miniatura, único ejemplo de miniaturización de fusayolas documentado en las cuevas estudiadas.

Por tanto, de manera global, aunque pertenezcan a colecciones y momentos diferentes, podemos observar que existe una selección de cerámicas tanto del Grupo III (sobre todo vasos caliciformes) como del grupo V (fusayolas básicamente). Sin embargo no podemos realizar apreciaciones porcentuales como en otros ejemplos.

Las decoraciones

De los materiales revisados, depositados en el MPV, ninguno presenta decoración. De los materiales descritos por Gil-Mascarell (1975: 306), un fragmento informe de cocción oxidante está decorado con dos líneas paralelas en color rojizo. Por último, entre las cerámicas expuestas en la Colección Museográfica de Utiel, 7 de las 9 las fusayolas presentan incisiones decorativas.

Restos óseos

Restos humanos

Aunque no hemos podido revisar los restos humanos que se citan en algunas publicaciones (Gil-Mascarell 1975: 306; Moneo 2003: 197), no descartamos que se puedan relacionar tanto con los materiales prehistóricos, como con los de época ibérica, tal y como ocurre en otras cuevas. Sería interesante poder acceder a estos restos, ya que según la nota depositada en el SIP, al menos un fragmento de cráneo tendría una *muesca circular antigua* (citado en Gil-Mascarell 1971: 424-425), que podría estar relacionado con algún tratamiento especial en época ibérica como ocurre por ejemplo en la Cueva del Sapo (Machause *et al.* 2014)⁴¹.

Cronología

Ni los materiales inéditos revisados, ni los materiales publicados, nos proporcionan datos fiables que permitan acotar la cronología de frecuentación de esta cavidad. Tanto la decoración pintada geométrica del fragmento informe como la decoración incisa presente en la mayoría de fusayolas podrían asociarse con cualquier momento. Además, las formas no son muy variadas y los perfiles que se conservan no están completos. Tan solo si consideramos que la pátera ática L24, conservada en la Colección Museográfica de Utiel, fue hallada en esta cueva, podríamos asegurar al menos que se frecuentó durante el s. IV a.C. Sin embargo, el resto de materiales no nos permiten especificar un momento concreto dentro del amplio periodo de los ss. VI-I a.C.

⁴¹ Estos restos fueron recogidos por J. M. Martínez y actualmente se conservan en la colección privada de Alejandro García (R. Martínez c.o.).

Interpretaciones previas

La existencia de materiales ibéricos se cita ya en las publicaciones de Donat (1960, 1966), pero es Gil-Mascarell (1975: 305-306) quien los asocia con una actividad ritual. Esta interpretación se recoge en las sucesivas recopilaciones de cuevas rituales, como la de Serrano y Fernández (1992: 14-15), y en las publicaciones sobre categorización de espacios rituales, como la de Domínguez Monedero (1995: 73), quien la incluye en el apartado de 3.4.3 *Santuarios Rurales* (Cuevas-Santuario Relacionadas), o de Moneo (2003: 197). Por último, González-Alcalde (1993b: 70, 2002-2003a: 202-206), también la incluye en el grupo de cuevas-santuario, citando los inventarios de Gil-Mascarell (1975).

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

En este caso la información material de la que disponemos es muy limitada. Aún así, existen algunos elementos que podrían ser idóneos para una actividad ritual. En primer lugar, las características físicas de la cueva, con zonas iluminadas, semioscuras y otras con completa oscuridad, tienen un amplio peso a la hora de desarrollar una actividad ritual. En segundo lugar, el lugar de hallazgo de los materiales fue, como en muchos otros casos, la zona más alejada de la entrada y por lo tanto de la iluminación natural. Además, el acceso hasta esta zona se realiza escalando un cierto desnivel.

Es cierto que los materiales documentados no son abundantes ni cuentan con grandes decoraciones figuradas o de gran valor. Sin embargo, parece que, de nuevo, hay una selección y repetición en un tipo: vasos caliciformes y fusayolas. Además, destacamos la presencia de las llamadas “fusayolas votivas” en la Colección Museográfica de Utiel o miniaturas de fusayolas que, aunque tengan esta forma, claramente no serían destinadas al hilado, pudiendo ser depositadas como ofrendas o ser parte de algún elemento de adorno personal.

4.3.16. CAN: Cueva de los Ángeles (Requena, Valencia)

Localización y características físicas

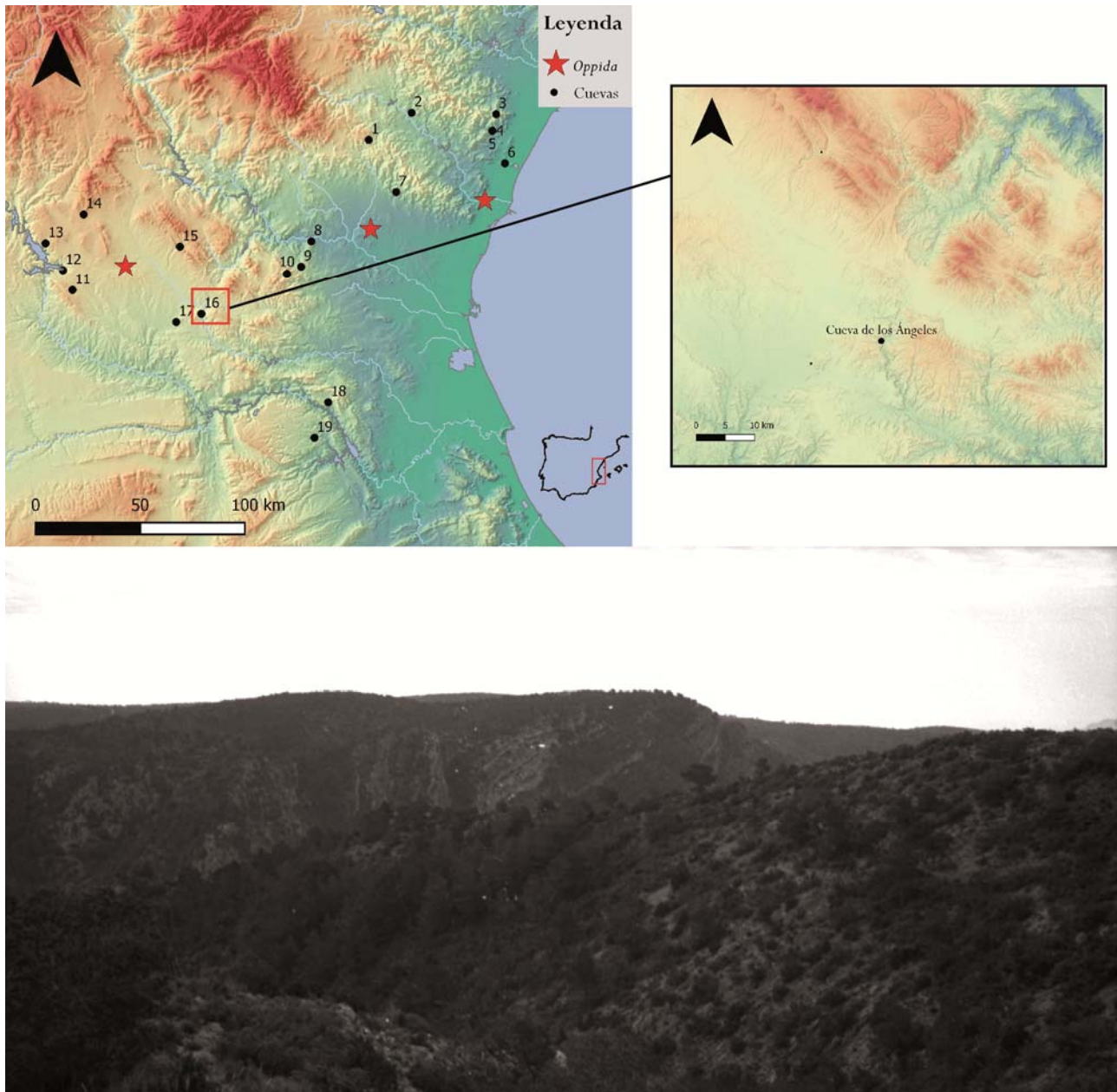


Fig. 4.230. Situación de la Cueva de los Ángeles y panorámica del entorno de la cavidad (Archivo Fotográfico del SIP).

La Cueva de los Ángeles se encuentra en plena Sierra de las Cabrillas, entre el Barranco de las Zorreras y la Casa del Cura, en la vertiente derecha del Barranco de los Conejos, afluente del Río Magro (fig. 4.230). Se localiza a unos 700 msnm, en una zona muy quebrada, cercana al Cerro del Castillejo y a la Fuente de la Peseta (Fernández *et al.* 1982: 143; Martínez y Castellano 1996: 525; Quixal 2008: 157, 2015: 43; DPGV) (fig. 4.231).



Fig. 4.231. Paraje cercano al Barranco de los Conejos. Fotografía tomada durante el tercer intento en localizar la Cueva de los Ángeles en mayo de 2015.

A día de hoy, todavía no hemos podido localizar esta cavidad. Por las informaciones que se han publicado hasta la fecha, se trataría de una pequeña cueva de difícil acceso, cuya entrada fue ensanchada por los cazadores que la descubrieron en los años 40 (Aparicio 1976a, 1976b) (fig. 4.232). Se trataría de una pequeña sala de unos 5x4 m (unos 30m² de superficie) con algunas gateras, estalactitas y estalagmitas en su interior (Fernández *et al.* 1984: 143; Martínez y Castellano 1996: 525) (fig. 4.233).



Fig. 4.232. Miembros del SIP en la visita a la cueva de los años 70: vista de la boca de acceso (Archivo Fotográfico del SIP).



Fig. 4.233. Visita del SIP a la Cueva de los Ángeles de los años 70: vista del interior (Archivo Fotográfico del SIP).

Intervenciones

La cueva, con una entrada de reducidas dimensiones, servía de refugio a animales de pequeño tamaño. Al parecer, los cazadores que la descubrieron agrandaron la boca y se adentraron en la cueva, donde todavía se conservaban *in situ* un número elevado de vasos cerámicos en las oquedades de las paredes (Aparicio 1976a: 15). Tras este hallazgo, las actuaciones clandestinas se fueron sucediendo, removiendo el sedimento. Sin embargo, cuando J. Aparicio y otros miembros del SIP visitaron la cavidad, todavía hallaron en una gatera y en una galería lateral *numerosos fragmentos de vasos caliciformes ibéricos y muchos huesos de animales* (Aparicio 1976a: 15) (fig. 4.234). Desde 1976, la entrada se encuentra cerrada por una reja, con el objetivo de proteger tanto la conservación de la cueva como del sedimento arqueológico (Aparicio 1976b; Fletcher 1976: 123).



Fig. 4.234. Vista de la boca de acceso con la señalización del SIP instalada en la visita de los años 70 (Archivo Fotográfico del SIP).

Materiales

Del mismo modo que ocurre en el caso de la Cueva del Cerro Hueco, que veremos a continuación, los materiales hallados en la Cueva de los Ángeles también fueron llevados al MPV por J. Sáez para su estudio y conservación. En 1973, fueron devueltos a Requena, donde serían expuestos en el Museo Municipal que se estaba creando en aquella época (Fletcher 1975: 115). Por desgracia, se hallan mezclados con los de Cerro Hueco, por lo que existe una constante repetición en la bibliografía publicada, refiriéndose a los mismos materiales para ambas cuevas (Aparicio y Latorre 1977: 31-32; Aparicio 1976a: 15, 1976b: 164, 1997: 348; Serrano y Fernández 1992: 18; González-Alcalde 1993b: 70, 2002-2003a: 204, 2002: 182-183; Domínguez Monedero 1995: 73; Moneo 2003: 197; Quixal 2008: 157, 2015: 43-44, entre otros). Aunque no podamos conocer con certeza dicha adscripción, si observamos una noticia de la Labor del SIP en el año 1972, se cita la visita por parte de J. Aparicio a la Cueva de los Ángeles, en la que se observa *cerámica ibérica y medieval*, mientras que al citar la Cueva del Cerro Hueco se especifica la recogida de *cerámica ibérica y de barniz negro* (Fletcher 1974: 96). Por tanto, lo más probable es que, en el caso de las cerámicas de importación adscritas a ambas cuevas, al menos los materiales recogidos en las visitas realizadas por el SIP provengan de Cerro Hueco. Sin embargo, desconocemos las características de los materiales aportados por aficionados al Museo Municipal de Requena.

Otro dato importante a tener en cuenta es la adscripción de tan solo 10 fusayolas a la Cueva de los Ángeles, mientras que el gran conjunto de fusayolas que se conserva en el Museo de Requena provendría de Cerro Hueco (Aparicio y Latorre 1977: 31; Martínez y Castellano 1996: 525).

Con este panorama de descontextualización y al no tener acceso a los fondos del Museo Municipal de Requena, nos limitaremos a recopilar la historia material publicada sobre esta cavidad. El estudio de los materiales se está llevando a cabo por A. Martínez Valle y esperamos que una revisión detallada ayude a relacionar correctamente los materiales con su cueva correspondiente.

Material cerámico

Como hemos indicado con anterioridad, la bibliografía publicada sobre esta cueva cita la presencia de cerámicas ibéricas y de importación (tanto de cronología ibérica, como romana). Sin embargo, la única

documentación gráfica de dichos materiales la recoge Aparicio (1976a: láms. IV-V). Dichas fotografías, en concreto una base de figuras rojas decorada con un grifo, una base de barniz negro decorada con palmetas y un plato ibérico con decoración geométrica, son las mismas que un año más tarde publica en el Catálogo-Guía del Museo Arqueológico de Requena, en relación a la vitrina N°3, donde se encuentran los materiales de Cerro Hueco (Aparicio y Latorre 1977).

Por tanto, aunque es posible que también se hallaran cerámicas de importación en esta cueva, tal y como se observa en la fig. 4.235, nos hemos limitado a referenciar aquellas cerámicas de las cuales conocemos su procedencia con mayor seguridad. Sin embargo, la tipología es preliminar, ya que no hemos podido revisar los materiales y hemos asociado una tipología por las descripciones realizadas en las publicaciones previas.

Fig. 4.235. Resumen de las referencias bibliográficas sobre el inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica relacionados con la Cueva de los Ángeles.

Tipo	Tipología	NMI	Referencia bibliográfica	Clase	Grupo	Técnica
Caliciforme	A.III.4	2	Aparicio y Latorre (1977: 31)	A	III	T
Jarrita	(?)	1	Gil-Mascarell (1971: 430)			
Copa	A.III.6 (?)	1	Aparicio y Latorre (1977: 31)		V	
Fusayola	A.V.8	10	Aparicio y Latorre (1977: 31)			
Total		14				

Las formas

Sin tener en cuenta los fragmentos informes citados y las cerámicas de importación, observamos que al menos existiría un NMI de 14 (fig. 4.235) (Aparicio 1976a: 15; Aparicio y Latorre 1977: 31-32). En primer lugar, destacar que aunque la existencia de numerosos caliciformes se repite constantemente, tan solo en una publicación se describen con detalle: *2 vasos caliciformes ibéricos de color negruzco. De pequeñas dimensiones* (Aparicio y Latorre 1977: 31). Además de estos dos caliciformes completos, existirían al menos 3 fragmentos más, así como 6 fragmentos de cerámica ibérica sin determinar (Aparicio y Latorre 1977: 31). En segundo lugar, se cita la presencia de una jarrita de cerámica gris, aunque no se describen sus características ni se presenta documentación gráfica de la misma (Gil-Mascarell 1971: 430). En tercer lugar, se documenta una *pequeña copa de cerámica ibérica fuertemente moldurada* (Aparicio y Latorre 1977: 31). Y por último, se nombra la presencia de *numerosísimas fusayolas* (Aparicio 1976a: 15), mientras que en el Catálogo-Guía del Museo Arqueológico de Requena, al parecer tan solo 10 fusayolas provendrían de la Cueva de los Ángeles (Aparicio y Latorre 1977: 31).

Las decoraciones

La decoración estaría presente tanto en algunas de las fusayolas como en fragmentos informes con decoración geométrica (Aparicio y Latorre 1977: 31). También se hace referencia a *un vasito ibérico con decoración geométrica interior y exterior* (Aparicio 1976a: 15). Sin embargo no lo hemos tenido en cuenta, ya que,

al existir decoración interior, pensamos que podría tratarse más bien del plato que se recoge en varias fotografías con procedencia de Cerro Hueco (figs. 4.244 y 4.245).

Restos óseos

Restos de fauna

Uno de los elementos más importantes de esta cavidad, que no suele nombrarse tan repetidamente en las referencias a la misma, es la presencia de un número elevado de restos de fauna. Por desgracia, no hemos tenido acceso a ellos para realizar su estudio preliminar, que nos ayudaría a comprender su relación directa con los numerosos fragmentos de caliciformes con los que se hallaron asociados (Aparicio 1976a: 15). Sin embargo, conocemos la presencia tanto de dos individuos de malacofauna, como 7 molares de caballo y una rótula de una especie indeterminada (Aparicio y Latorre 1977: 32).

Cronología

La escasa cantidad de material recuperado en esta cueva nos impide realizar apreciaciones cronológicas, dentro del amplio periodo entre los ss. VI-I a.C. Si las cerámicas de importación de figuras rojas y barniz negro procedieran de este espacio y no de Cerro Hueco, ayudarían a acotar el periodo de frecuentación en época ibérica. Sin embargo, parece ser que estas cerámicas no corresponderían a la Cueva de los Ángeles.

Interpretaciones previas

El conjunto de referencias realizadas sobre esta cueva relacionan tanto sus características físicas como materiales con una actividad ritual (Gil-Mascarell 1971: 430, 1975: 307; Aparicio y Latorre 1977: 31-32; Aparicio 1976a: 15, 1976b: 164, 1997: 348; Blázquez 1983: 205; Serrano y Fernández 1992: 18; González-Alcalde 1993b: 70, 2002-2003a: 204, 2002: 182-183; Domínguez Monedero 1995: 73; Martínez y Castellano 1996; Moneo 2003: 197; Quixal 2008: 157, 2015: 43-44, entre otros).

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

Ya que nos ha sido imposible localizar esta cueva, no podemos hacer apreciaciones directas sobre sus características físicas. Por lo que respecta a los materiales, carecemos de la información suficiente para realizar apreciaciones sobre un uso ritual de los mismos. Al parecer, existirían acumulaciones de tres elementos: caliciformes, fusayolas y restos de fauna. Pero, por desgracia, no contamos con datos claros que nos permitan conocer con exactitud la cantidad y características de los mismos. Aún así, es interesante observar cómo se repite el tipo de materiales que se documenta en otras cuevas.

4.3.17. CCH: Cueva del Cerro Hueco (Requena, Valencia)

Localización y características físicas

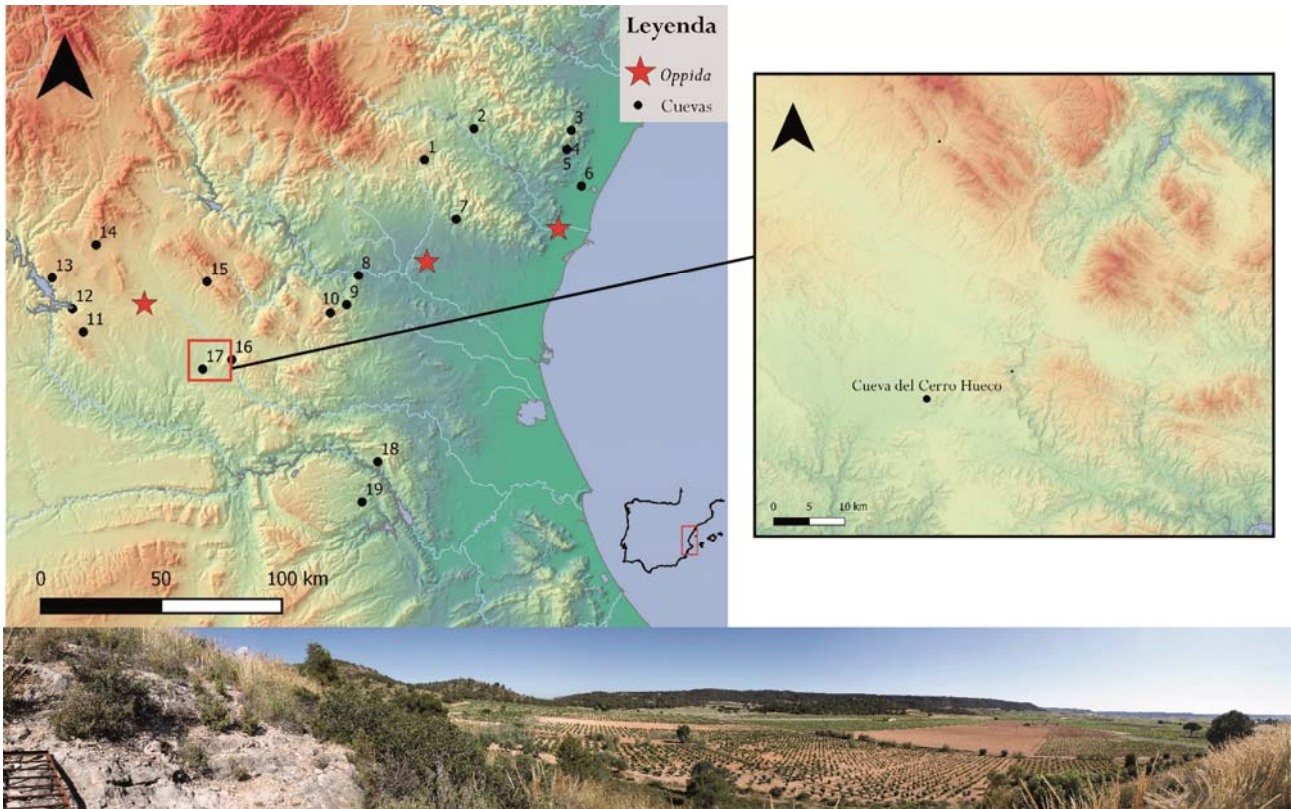


Fig. 4.236. Situación de la Cueva del Cerro Hueco y panorámica del entorno de la cavidad.

La Cueva del Cerro Hueco se sitúa en Las Serratillas, estribaciones de Las Cabrillas, donde el corredor de Hortunas se abre en el llano de Campo Arcís. Localizada a 620 msnm, en la ladera Sur del pequeño cerro del mismo nombre, en el término de Requena (fig. 4.236), su acceso no es visible desde el llano, ya que se trata de una boca tipo sima (fig. 4.237).



Fig. 4.237. Localización de la cueva en el Cerro Hueco.



Fig. 4.238. Boca de acceso a la Cueva del Cerro Hueco (vista desde el exterior y desde el interior).

Es una cavidad de reducidas dimensiones con una boca cuadrangular (1x1 m) (fig. 4.238). Las características del interior de la cavidad han variado estos últimos años, ya que, cuando la visitamos en el mes de mayo de 2015, la galería de unos 10 m de longitud a la que se accede tras pasar la boca se encontraba bloqueada por un desprendimiento. El descenso por la galería se complica en algunas zonas, ya que las dimensiones son bastante reducidas (con anchuras y alturas mínimas entre 0,80-1 m) (fig. 4.239). En nuestra visita, al llegar a los 8 m de recorrido descendente, nos encontramos con que el techo de la cavidad se había desprendido (fig. 4.240). Sin embargo, contamos con descripciones previas que nos informan de que la galería tendría una longitud de 10 m, al final de la cual existirían dos salas: una sala principal, de unos 15x10x2,5 m, y una sala secundaria de 5x5x2 m (Fernández *et al.* 1982: 144-145) (figs. 4.241 y 4.242).



Fig. 4.239. Interior de la galería descendente.



Fig. 4.240. Derrumbe producido al fondo de la galería.

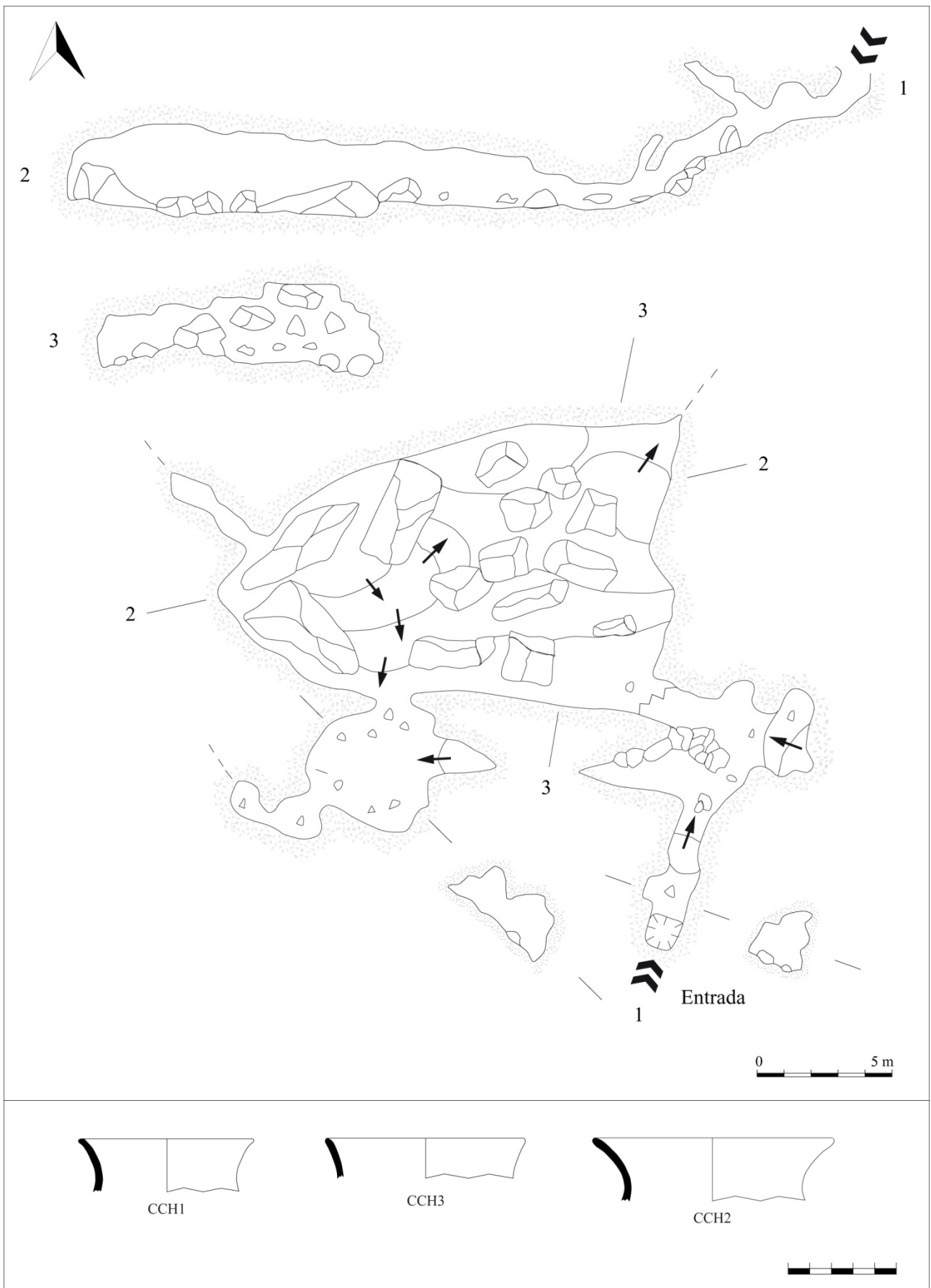


Fig. 4.241. Planta y secciones de la Cueva del Cerro Huevo (a partir de Fernández *et al.* 1982: 144) y caliciformes recogidos en 2004 (a partir de Quixal 2008: fig. 187).



Fig. 4.242. Vista de la sala principal en 2004 (fotografía: D. Quixal).

Desde 1973, la boca se protegió con un muro y una reja metálica (Aparicio 1976b: 164). Cuando la visitamos en mayo de 2015, la reja se encontraba abierta y sin candado. Debido a las condiciones actuales del interior de la cavidad, adentrarse en ella es bastante arriesgado.

Intervenciones

Esta cueva ha sido víctima de numerosos expolios que han ido removiendo sucesivamente el sedimento. Los materiales que se conocen hasta la actualidad fueron recogidos y depositados en el MPV para su estudio por J. Sáez, pero trasladados al Museo Municipal de Requena en 1973, año de su creación (Fletcher 1975: 115). Éstos fueron recogidos en superficie, tanto por el Grupo Arqueológico Requenense (Aparicio 1976a: 15) como por J. Aparicio (Fletcher 1974: 96). Por último, en el marco del estudio del territorio de *Kelin* también se recogieron, en la visita de 2004, algunos fragmentos en superficie (Quixal 2008).

Materiales

Actualmente los materiales se encuentran en fase de estudio por A. Martínez Valle, por lo que aquí nos limitaremos a recopilar el conjunto de informaciones que han sido publicadas hasta la fecha. Aunque nos centraremos en los materiales de cronología ibérica, es interesante indicar la presencia en esta cueva de materiales romanos, en concreto, dos fragmentos de *Terra Sigilata Hispánica* (Gil-Mascarell 1975: 307). Sin embargo, esta frecuentación en época imperial no parece que tuviera relación con una actividad ritual (Quixal 2015: 45).

La problemática principal de los materiales recogidos en los años 70, que se almacenan y, parte de ellos, se exponen en el Museo de Requena, es que se encuentran descontextualizados y mezclados con los de la Cueva de los Ángeles, perteneciente al mismo término (Martínez y Castellano 1996). Sin embargo, gracias a las referencias previas a su depósito en el Museo de Requena y el Archivo Fotográfico del SIP, intentaremos reconstruir la historia material de esta cavidad. Por desgracia, no hemos podido acceder a los materiales y, debido a que la realización de fotografías en el Museo de Requena está prohibida, recogeremos aquí imágenes de los materiales publicados con anterioridad. Tal y como se indica en la fig. 4.243, nos hemos basado en

diferentes publicaciones para realizar el análisis preliminar de los objetos hallados en Cerro Hueco. Siempre que sea posible, se citará tanto el código de inventario que les hemos dado a las piezas como la referencia a la publicación.

Tipo	Tipología	NMI	Referencia bibliográfica	NMI-G	Clase	Grupo	Técnica
Caliciforme	A.III.4	3	Quixal (2008: fig 187)	10	A	III	T
	A.III.4.1	2	Aranegui (1975: lám. II); Cisneros (1983: fig. 1)				
	A.III.4.3	5	Aranegui (1975: lám. II); Aparicio y Latorre (1977: 35); Cisneros (1983: fig. 1)				
Plato	A.III.8	1	Aparicio y Latorre (1977: 33)	2			
	A.III.8.1	1	Aparicio y Latorre (1977: 35); Gil-Masarell (1975: 307)				
Fusayola	A.V.8.1	34	Archivo SIP: 07929-30; Aparicio y Latorre (1977: 34)	36		IMPORT	
	A.V.8.2	2	Archivo SIP: 07929-30; Aparicio y Latorre (1977: 34)				
FR	copa	1	Aparicio y Latorre (1977: 32); Gil-Masarell (1975: 307)	1			
BN	pátera	2	Gil-Masarell (1975: 307)	3			
	copa	1	Aparicio y Latorre (1977: 32)				
MANO		1	Aparicio y Latorre (1977: 32)	1			
Total		53					

Fig. 4.243. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica relacionados con la Cueva del Cerro Hueco.

Sin embargo, en algunas ocasiones la información no es coherente. Un ejemplo lo vemos en las cerámicas de importación o el plato de cerámica ibérica con decoración geométrica. Estas piezas, se asocian con la Cueva del Cerro Hueco en la mayoría de publicaciones (Tarradell 1973: 32; Fletcher 1974; Gil-Masarell 1975: 307; Aparicio y Latorre 1977: 32-35; González-Alcalde 2002-2003a: 203-204, entre otros), mientras que Aparicio (1976a: láms. IV y V) las asocia con la Cueva de los Ángeles. Debido a las noticias previas a esta publicación, las incluiremos en el inventario de Cerro Hueco, siendo conscientes de que esta contradicción puede presentarse en otros casos.

Por último, hay que indicar que tan solo los dibujos realizados por Quixal (2008: fig. 187) cuentan con escala. El resto de fotografías publicadas en Tarradell (1973), Fletcher (1974), Aranegui (1975), Aparicio (1976a), Aparicio y Latorre (1977) y González-Alcalde (2002-2003a) carecen de este tipo de información. Sí que se publican dibujos escalados en el inventario de Martínez Valle y Castellano (1996). Sin embargo, dicha publicación recoge un inventario de 163 fusayolas procedentes tanto de la Cueva de los Ángeles como de la Cueva de Cerro Hueco, sin referencia clara. Desgraciadamente, nos ha sido imposible identificar las fusayolas del Archivo Fotográfico del SIP, con los dibujos publicados por Martínez Valle y Castellano (1996: láms. 1-3).

Material cerámico

Si nos basamos en los materiales que proceden con seguridad de esta cueva, observamos que la mayoría son cerámicos. Identificamos un NMI total de 53, pudiendo aumentar este número hasta 224, si tuviéramos en cuenta un total de 207 fusayolas que se citan en relación a la vitrina N°3 del Museo Municipal de Requena (Aparicio y Latorre 1977: 33)⁴². Del NMI de 53, destacan en número las cerámicas ibéricas (92,45%), en concreto el Grupo V (73,47% del total de cerámicas ibéricas), representado por las fusayolas. Sin embargo, al no tener acceso a los materiales y no contar con fotografías actuales en color, no hemos podido identificar con seguridad si se trataría de cerámicas de Clase A o de Clase B. Del mismo modo, no podemos asegurar el tipo de cocción de las mismas, aunque en algunas publicaciones sí se hace referencia a la cocción reductora de algunos caliciformes hallados en esta cueva (Aranegui 1975: lám. II; Aparicio y Latorre 1977: 32-33).

Las formas

Tal y como hemos indicado con anterioridad, la mayoría de cerámicas son ibéricas. Basándonos en los dibujos y fotografías, hemos podido identificar algunos subtipos (fig. 4.243). Documentamos, principalmente, caliciformes (10), platos (2) y fusayolas (al menos 36) (figs. 4.244 y 4.245). Sin embargo, en el caso de las fusayolas, al tratarse de fotografías cenitales, preferimos no aventurarnos a identificar los subtipos, más allá de indicar que existirían dos del subtipo A.III.V.8.2 o con cabeza (fig. 4.245: CCH32 y CCH41). Además de las cerámicas ibéricas a torno, se cita la presencia de algunos recipientes de cerámica a mano de cronología ibérica, así como cerámicas de importación áticas: dos bases de formas abiertas que parecen retocadas (fig. 4.244: CCH11 y CCH12) y dos páteras L24 y L24/25 (fig. 4.244: CCH54 y CCH55) (Aparicio y Latorre 1977: 32).

Las decoraciones

Si observamos las fotografías y los dibujos publicados, los caliciformes no presentarían decoración (figs. 4.242 y 4.244). Sin embargo, sí que está decorado un plato pintado con motivos geométricos: líneas, bandas y círculos concéntricos (Aparicio y Latorre 1977: 35), cuya pintura al parecer sería bícroma (Gil-Mascarell 1975: 307) (fig. 4.244: CCH10). Por lo que respecta a las fusayolas, de las 36 identificadas con procedencia segura de Cerro Hueco, el 83,33% estarían decoradas (fig. 4.245). Finalmente, entre las cerámicas de importación, la base de una copa de figuras rojas contaría con la representación del cuello de un monstruo, según Aparicio y Latorre (1977: 32), identificado como un grifo por González-Alcalde (2002-2003a: 203) (fig. 4.244: CCH11). Entre las cerámicas de barniz negro, tan solo una se decora con un círculo inciso de *palmetas combinadas enmarcado por un círculo de ovas* (Aparicio y Latorre 1977: 32) (fig. 4.244: CCH12). Por último, destacamos la decoración zoomorfa de la pieza identificada como fusayola (fig. 4.245: CCH49). Sin embargo, no la hemos incluido en el recuento, ya que, por la foto, dudamos de su adscripción a este grupo.

⁴² Debido a la ausencia de documentación gráfica de la totalidad de fusayolas, nos centraremos en aquellas que sabemos con certeza, a través del Archivo Fotográfico del SIP, que proceden de Cerro Hueco.

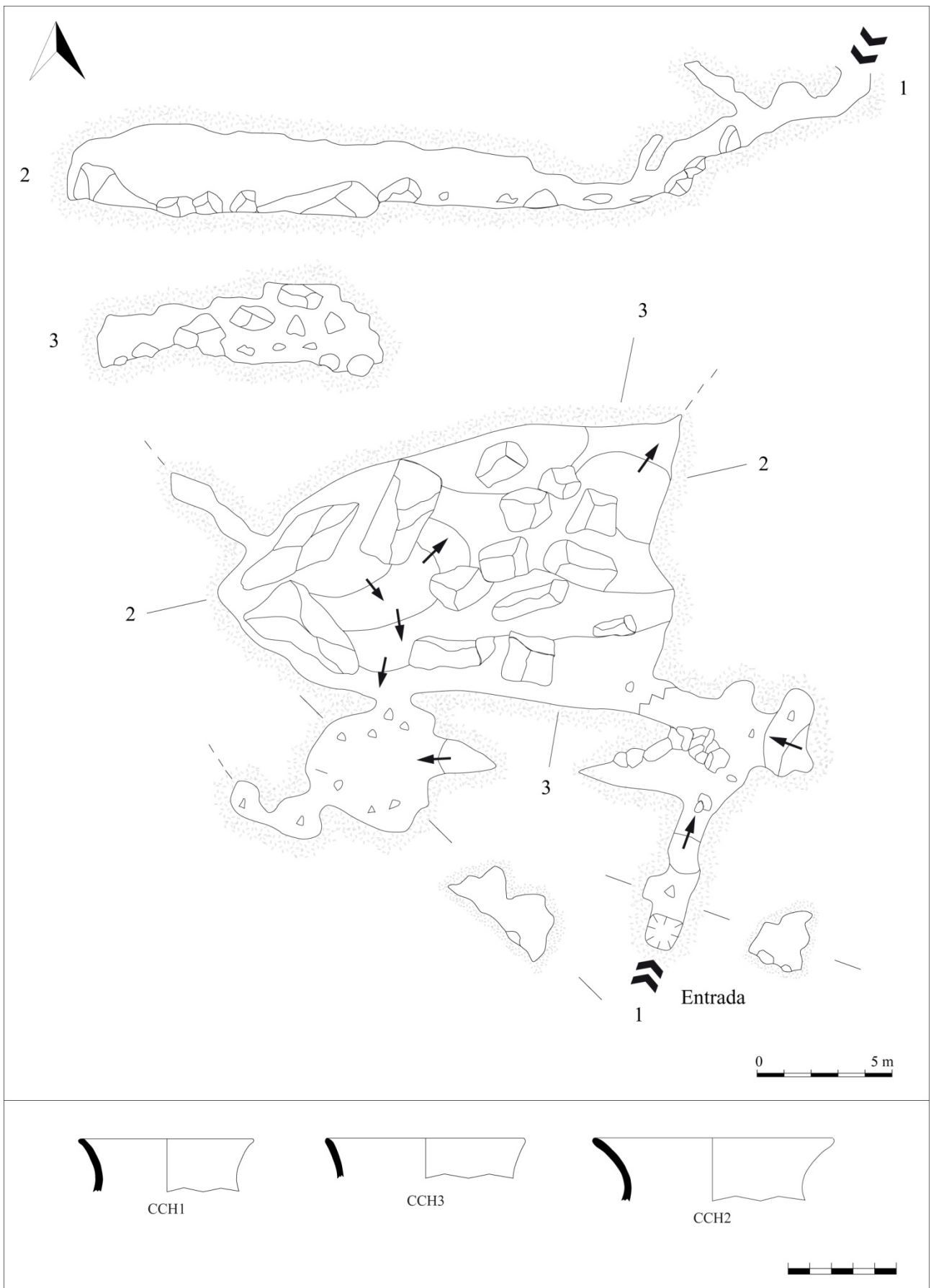


Fig. 4.244. Cerámicas publicadas con procedencia de la Cueva del Cerro Hueco (a partir de Cisneros 1983: fig. 1; Aparicio y Latorre 1977; Archivo Fotográfico del SIP).

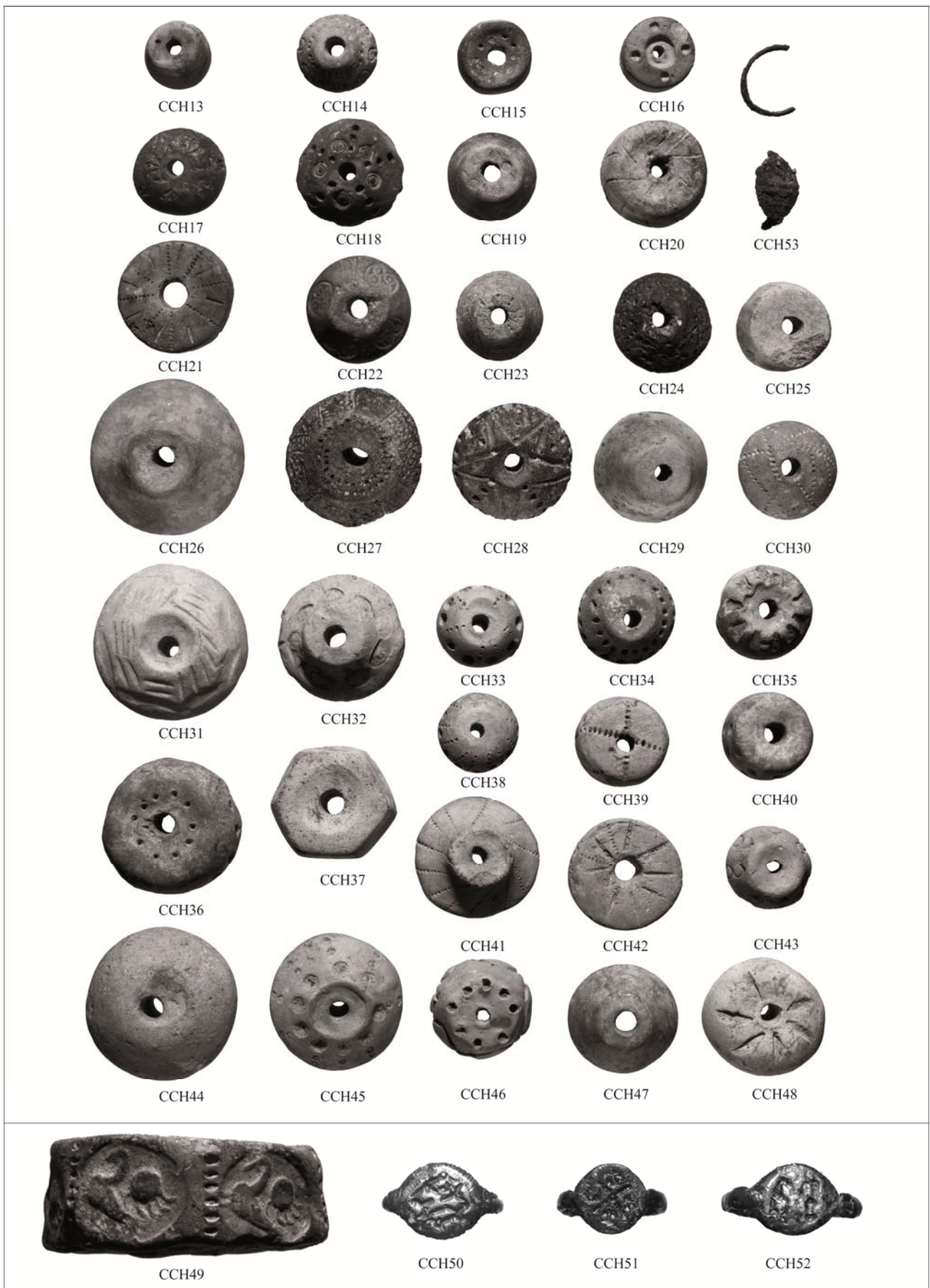


Fig. 4.245. Fusayolas y anillos procedentes de la Cueva del Cerro Hueco (Archivo Fotográfico del SIP).

Objetos metálicos

Aunque la mayoría de materiales son cerámicos, también se documenta la presencia de cuatro anillos de bronce. Según Aparicio (1976a: 16), los tres tendrían un *ancho chatón ovalado* y estarían decorados. En la imagen que publican Aparicio y Latorre (1977: 34) y que se recoge en el Archivo Fotográfico del SIP, tan solo se observan dos fragmentos de una de las sortijas. Sin embargo, en la publicación de Aparicio (1976a: lám. VI), así como en el Archivo Fotográfico del SIP, se recogen los otros tres anillos, aunque su conservación no permite distinguir el motivo decorativo (fig. 4.245: CCH50-54).

Restos óseos

Entre los materiales hallados en Cerro Hueco, también se cita la presencia de restos de fauna, aunque no se especifica NR, NMI, ni se identifican las especies. Tan solo se cita la posible relación de 14 restos de galápagos, *ensartados a modo de collar* (Aparicio y Latorre 1977: 32). Sin embargo, en la ficha del DGPV, se indica la presencia de ovicaprinos, además de fragmentos de restos humanos. Desconocemos donde fueron depositados estos restos, aunque seguramente se encuentren en los almacenes del Museo Municipal de Requena, ya que no fueron depositados en el MPV.

Cronología

Si obviamos la identificación que realiza Aparicio (1976a: lám. IV-V) sobre algunas de las piezas estudiadas, los elementos que nos aportarían una cronología más acertada serían las cerámicas de importación (s. IV a.C.). Aparte de estas, en el conjunto de cerámicas ibéricas, destacamos la presencia de un plato con decoración bícroma (Gil-Mascarell 1975: 307), lo cual concuerda con la cronología que nos aportan las cerámicas de barniz negro y la base de figuras rojas (ss. V-IV a.C.).

Por lo tanto, tal y como se indica en algunas referencias previas sobre esta cueva (Quixal 2015: 45), la frecuentación en época ibérica se enmarcaría entre los ss. V-IV a.C., pudiendo prolongarse hasta el s. III a.C.

Interpretaciones previas

La totalidad de referencias previas sobre esta cueva han relacionado tanto sus características físicas inhabitables como sus materiales con un uso ritual del espacio (Tarradell 1973: 32; Gil-Mascarell 1975: 307; Aparicio 1976a: 15-16; Aparicio y Latorre 1977: 32-35; Blázquez 1983: 205; Serrano y Fernández 1992: 19; González-Alcalde 1993b, 2002-2003a: 202-203; 2002: 181-182; Domínguez Monedero 1995: 73; Martínez y Castellano 1996; Moneo 2003: 197; Quixal 2008: 155-156, 2015: 45, entre otros). Aunque no se ha realizado un estudio detallado de la fauna hallada, ni se ha comprobado la adscripción de la totalidad de los materiales documentados en su interior, Martínez y Castellano (1996) relacionan el conjunto de fusayolas con la abundancia de restos de oveja en yacimientos de la zona como Los Villares/*Kelin* (Caudete de las Fuentes) y la producción de tejido.

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

Es cierto que las características físicas que presenta esta cavidad no parecen relacionarse con un uso de hábitat esporádico. Sin embargo, tan solo contamos con descripciones previas de su interior, ya que cuando la visitamos unas piedras derrumbadas del techo nos impidieron el acceso a la sala principal. De todos modos, es importante recalcar que el acceso tipo sima y el pasillo de unos 10 m que hay que recorrer agachado para acceder a la sala principal no permitiría la entrada de luz natural a dicha sala.

Por lo que corresponde a los materiales hallados, repetimos que no hemos podido acceder a ellos, por lo que nuestras apreciaciones deben ser tomadas como un análisis preliminar de los mismos. Sí que es cierto que, como ocurre en otras cuevas, existe una repetición de elementos ofrendados, en este caso, fusayolas. Si aceptamos que la repetición de ofrendas es uno de los elementos más visibles de una actividad ritualizada, la presencia de 36 o hasta 207 fusayolas, si tenemos en cuenta las referencias previas, sería un elemento a valorar de cara a su uso con un fin ritual. Además, cabe destacar la presencia de cerámicas importadas, una de las cuales cuenta con la representación de un animal mitológico, ampliamente asociado con los rituales de iniciación en la iconografía ibérica. Esta representación se pinta sobre una base, que fue recortada previamente a su depósito en la cueva, perdiendo por tanto su uso como recipiente de consumo.

4.3.18. CCO: Cueva de la Cocina (Dos Aguas, Valencia)

Localización y características físicas

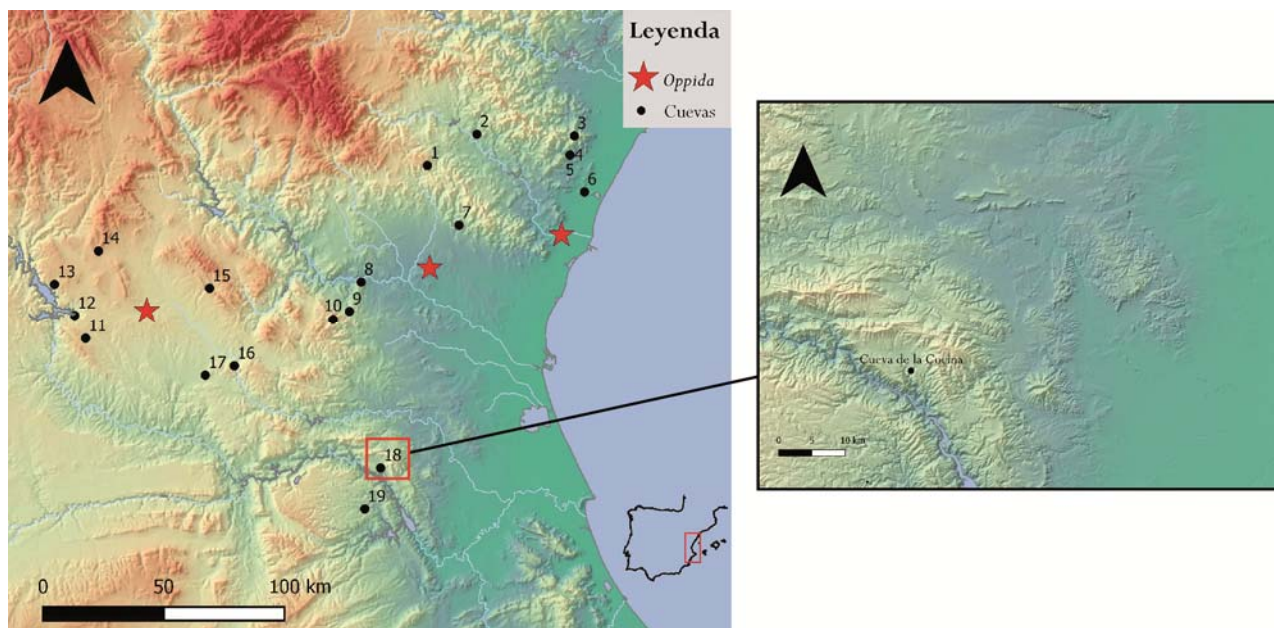


Fig. 4.246. Situación de la Cueva de la Cocina.

La Cueva de la Cocina, a 398 msnm, se localiza en el margen derecho del Barranco de la Ventana, en las últimas estribaciones de la Sierra Martés. Pertenece al término actual de Dos Aguas (figs. 4.246 y 4.247). Su nombre deriva de *una losa colocada a modo de mesa, en el fondo, sobre la que dicen se halló un recipiente cerámico* (Pericot 1946: 42).

La boca de la cueva, orientada al Sureste, es una amplia apertura de unos 12 m de ancho por unos 3 m de alto. Actualmente se encuentra cerrada por una verja (fig. 4.248). Se trata de una amplia sala de 20x15 m que presenta un desnivel hacia la entrada y hacia el fondo, de entre 1-3 m (fig. 4.249). En la superficie actual, se observan algunos bloques desprendidos del techo, el cual alcanza una altura máxima de 5 m en algunas zonas y una altura mínima de 2 m (Donat 1960: 38-39, 1966: 66-67; Fernández *et al.* 1980: 152-153).



Fig. 4.247. Localización de la cueva en el barranco de la campana.



Fig. 4.248. Boca de acceso a la Cueva de la Cocina (vista desde el exterior y desde el interior, fotografía: O. García Puchol).

En la pared norte del fondo de la cueva existen varias galerías secundarias de dimensiones reducidas que, según Pericot (1946: 40), sirvieron de refugio en tiempos modernos. Aparte de estas galerías, existe un corredor artificial de época medieval, en el que tuvimos oportunidad de adentrarnos, de unos 5 m de longitud por 0,60 m aproximadamente de ancho, que conduce a un pozo (Fernández *et al.* 1980: 152-153) (fig. 4.250).

La conservación de la cueva se ve afectada por su uso continuado para el cercado del ganado. De hecho el techo de la cavidad está actualmente ennegrecido (fig. 4.248).



Fig. 4.249. Vista de la cueva desde el interior.

Intervenciones

La presencia de materiales arqueológicos en esta cavidad se documentó en 1940, a raíz del hallazgo de pinturas rupestres en varios abrigos cercanos a la cueva. Fue así como S. Espí (SIP) y su equipo pasaron por la Cueva de la Cocina en su visita al Cinto de las Letras y el Cinto de la Ventana (Pericot 1946: 43). A raíz de esta visita se llevaron a cabo un sondeo en 1940, dirigido por S. Espí, y cuatro campañas de excavación entre 1941 y 1945⁴³, dirigidas por L. Pericot (fig. 4.251). Las intervenciones se centraron en el área de la entrada (unos 85 m²). La mayoría de materiales documentados en estas excavaciones pertenecen a momentos desde el Paleolítico Superior, pasando por el Epipaleolítico, hasta el Neolítico. Sin embargo, en la intervención de 1945 se documentaron algunos fragmentos de cerámica campaniense e ibérica en el primer nivel (Pericot 1946: 47).

⁴³ Para más información sobre estas intervenciones y los materiales de época prehistórica, consultar Pericot (1946) y Fortea (1971).



Fig. 4.250. Corredor artificial y pozo situado al fondo de la cavidad.



Fig. 4.251. Vista de la boca de la cueva hacia el 1945 (a partir de Pascual 2006: fig. 1).

Tras unos años, se retoman las excavaciones, dirigidas en esta ocasión por J. Fortea. Entre 1974 y 1981 se llevaron a cabo un total de ocho campañas de excavación. Estas se localizaron en el interior de la cavidad, al Noroeste de los sondeos de los años 40 (Fortea 1971; Fortea *et al.* 1987; Fumanal 1986).

Finalmente, el verano de 2015 se retomaron las excavaciones bajo la dirección de O. García Puchol, S. McClure y J. Juan Cabanilles (fig. 4.252). A través de varios sondeos y de la revisión de los materiales inéditos de las campañas dirigidas por J. Fortea, se está llevando a cabo una ardua labor que permitirá reconstruir y comprender la secuencia del yacimiento (fig. 4.253) (García Puchol *et al.* 2014, 2015; Pascual Benito y García Puchol 2015).



Fig. 4.252. Vista del interior de la cueva durante la intervención de 2015.

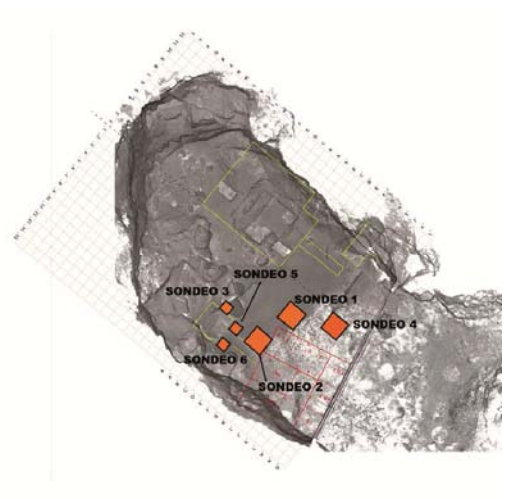


Fig. 4.253. Planta 3D de la cavidad con indicación de las intervenciones actuales (García Puchol *et al.* 2015: fig. 1).

Materiales

En la revisión realizada de los materiales, depositados en el MPV, documentamos tanto materiales cerámicos como metálicos que pudieron pertenecer a momentos de frecuentación ibérica de la cavidad. La mayoría proceden de una de las intervenciones de L. Pericot (en 1945). Sin embargo, es un conjunto muy reducido, por lo que, aunque procedan de momentos distintos, realizaremos una descripción general.

Material cerámico

Del total de 21 fragmentos cerámicos asociados con cronología ibérica, 18 proceden de la intervención dirigida por L. Pericot en 1945 (85,71%), mientras que tan solo 3 fueron recogidos en la intervención dirigida en 1980 por J. Fortea (fig. 4.254).

Tipo	Tipología	NMI	Clase	Grupo	Técnica
Varios	A-Informe	2	A		T
Olla	B.1	1	B	1	
Camp B	L33b/M2973b	1	IMPORT		
Total		4			

Fig. 4.254. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva de la Cocina.

Las formas

Las formas identificadas son solo de dos tipos. Sin embargo, hemos contabilizado un NMI total de 4, al tener en cuenta el tipo de decoraciones de los fragmentos informes y su procedencia. Por una parte, documentamos dos fragmentos de borde de una olla ibérica (B.1) y 5 fragmentos de una pátera de Cales, tipo L31/M2552a o tipo L33b/M2973b. Con el tamaño tan pequeño de los fragmentos, no podemos precisar más. Ambas formas proceden de la intervención de L. Pericot en 1945 (fig. 4.255). Por otra parte, existen 12 fragmentos informes ibéricos decorados que hemos contabilizado con un NMI de 2, tanto de la intervención de 1945 como de la de 1980, y cuentan con características distintas.

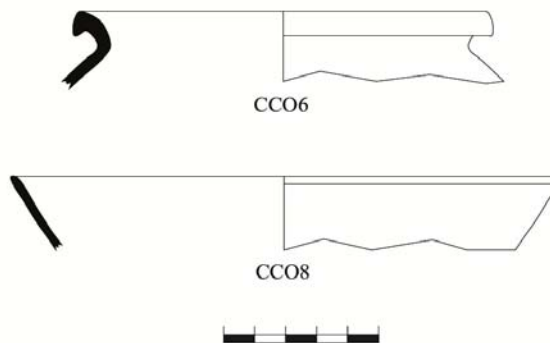


Fig. 4.255. Cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cueva de la Cocina.

Las decoraciones

Los fragmentos informes cuentan con decoración geométrica a base de bandas y líneas, principalmente. Sin embargo, en el único fragmento con decoración bícroma se aprecian tanto bandas como rombos.

Objetos metálicos

Entre los materiales revisados, documentamos 10 fragmentos de hierro. Éstos pudieron estar asociados tanto a los pocos fragmentos de cerámica de cronología ibérica como a los de momentos posteriores (que son mucho más abundantes). Tres pertenecen a una lámina procedente de los niveles superiores de la intervención de J. Fortea en 1976. Los otros 7 se asocian a dos posibles enmangues con apliques (procedentes del nivel E-II de la intervención de 1945 de L. Pericot) (fig. 4.256).

Tipo	Nº	NMI	Fragmentos	Material	Procedencia	Intervención
Lámina	9	1	3	Fe	SR	1976
Posible enmangue	10	1	6		E-IIa, c6	1945
Remache	11	1	1		E-IIa, c4	1945
Total		3	10			

Fig. 4.256. Resumen del inventario de elementos metálicos hallados en la Cueva de la Cocina.

Cronología

Aunque el volumen de materiales de cronología ibérica es muy reducido, y no podemos precisar un momento de frecuentación exacto entre el amplio periodo de los ss. VI-I a.C., es interesante observar cómo existen elementos que se asocian a los ss. V-IV a.C. (decoración bicroma) y, al mismo tiempo, la presencia de cerámica de Cales antigua, fechada entre el 200-130 a.C.

Interpretaciones previas

Generalmente, la mayoría de referencias sobre su uso en época ibérica coinciden en que las características físicas y materiales no permiten indicar un uso ritual del espacio. Tanto Gil-Mascarell (1975: 289-291) como Domínguez Monedero (1995: 75) la incluyen en el grupo de cuevas-refugio. De hecho, Pericot (1946: 43) indica que esta cueva fue utilizada como refugio en varias épocas, así como espacio para cercar el ganado. Sin embargo, tanto González-Alcalde (1993b: 70, 2002-2003a: 208-209, 2005b: fig. 5, 2002: 186-187) como Moneo (2003: 194) la incluyen en el apartado de cuevas-santuario, basándose en los materiales descritos y en la referencia a una piedra hincada interpretada como un altar o betilo vinculado al culto.

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

Teniendo en cuenta el poco volumen de material documentado, en una cueva en la que se han realizado repetidas intervenciones y en diferentes zonas de la misma, es poco probable que fuera utilizada como un lugar ritual. Ni siquiera documentamos material en superficie en las galerías localizadas al fondo, cuyas características se asemejarían más a la localización de ofrendas en época ibérica. Los materiales de cronología ibérica proceden de momentos muy distanciados en el tiempo y su volumen y características no son prueba de una actividad ritual. Además, si observamos sus características físicas, vemos que no es comparable con la mayoría de cavidades en las que se ha identificado una actividad ritual, contando la mayoría del espacio con iluminación natural.

4.3.19. CDO: Cova de les Dones (Millares, Valencia)

Localización y características físicas

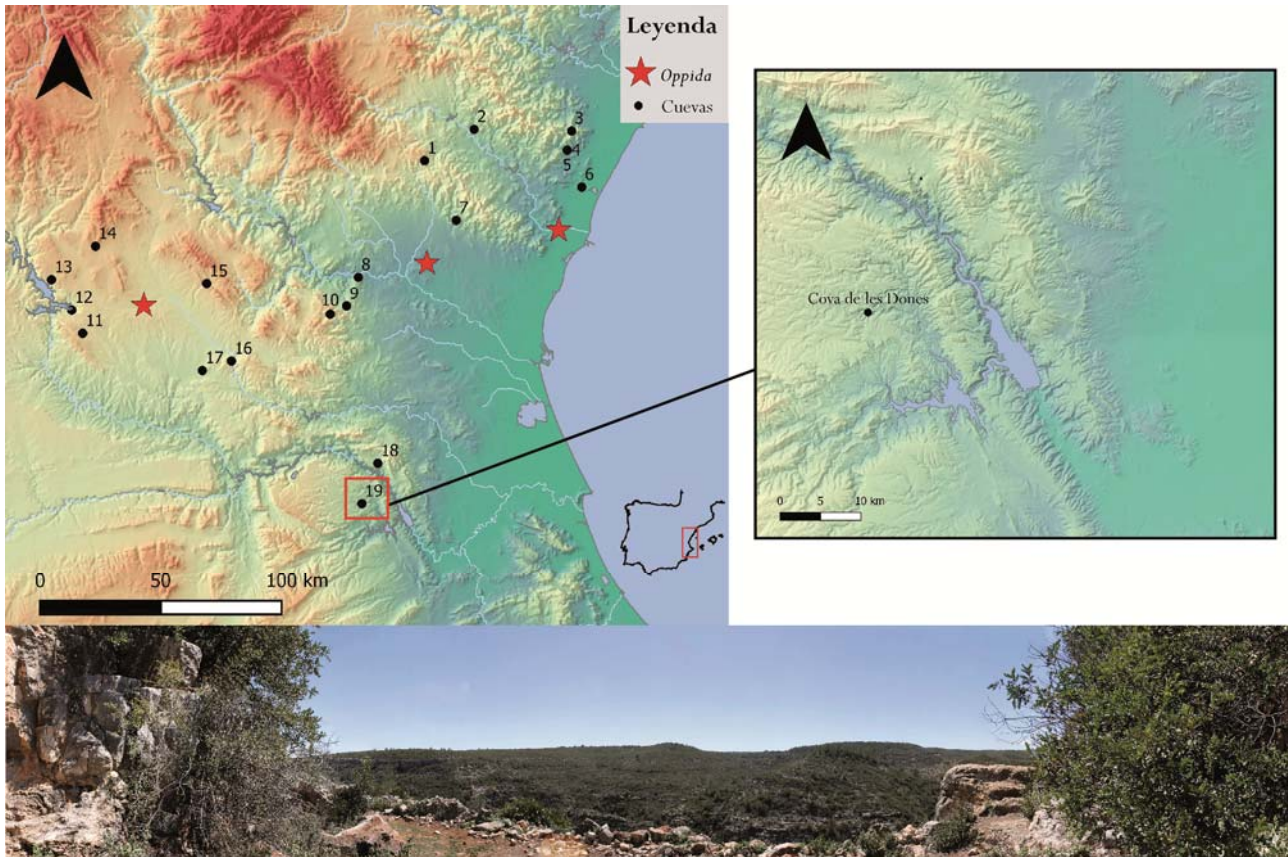


Fig. 4.257. Situación de la Cova de les Dones y panorámica del entorno de la cavidad.

La Cova de les Dones, también conocida como Cueva de las Maravillas o de las Donas (Donat 1959: 259, 1960: 54, 1966: 98-99, 1969: 5), se localiza en el término actual de Millares, en la partida del Collado Moma (fig. 4.257). Situada a unos 430 msnm, sobre uno de los tajos de la Rambla del Zapatero, fue un antiguo río subterráneo (Donat 1960: 54; Aparicio 1976b: 12; Ferrer 2010: 5).



Fig. 4.258. Boca de acceso a la Cova de les Dones (vista desde el exterior).



Fig. 4.259. Boca de acceso a la Cova de les Dones (vista desde el interior).

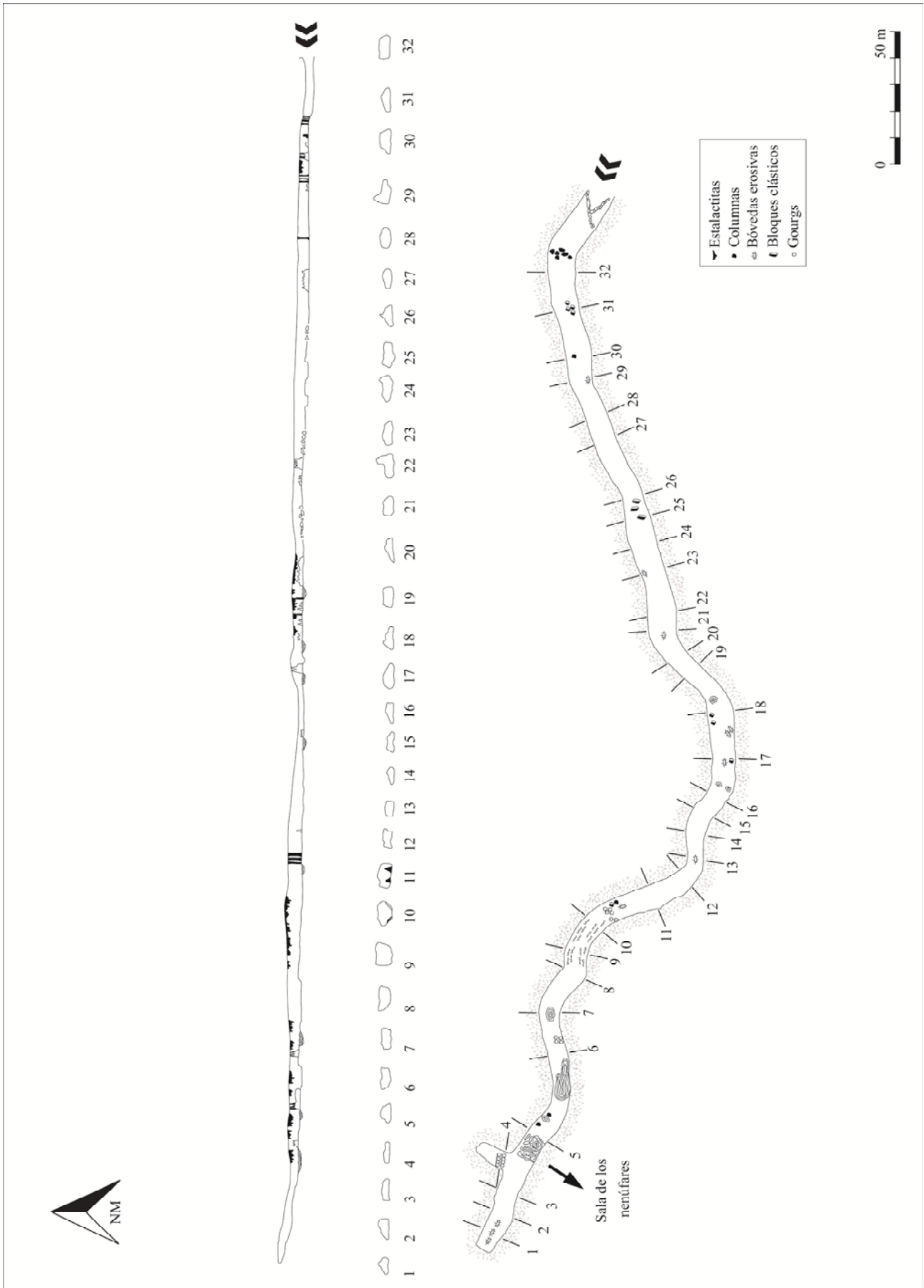


Fig. 4.260. Planta y sección de la cueva (a partir de Donat 1969).

La boca de la cavidad, orientada hacia el Sur, es una apertura de unos 4 m de alto por 10 m de ancho (fig. 4.258). Esta da acceso a un amplio vestíbulo, que se habilitó para cerrar al ganado en distintas épocas (Donat 1960: 54) (fig. 4.259).



Fig. 4.261. Puerta de acceso a la galería (vista exterior e interior).

Al fondo de dicho vestíbulo, se accede a una galería de 480 m de longitud, que se abre hacia el Oeste (fig. 4.260). Desde 1974, el acceso a la galería se encuentra tapiado y cerrado con una puerta (Fletcher 1976: 123; Aparicio 1976a: 165; Ferrer 2010). Sin embargo, actualmente la puerta se encuentra abierta y sin candado (fig. 4.261). El recorrido no presenta grandes desniveles, tratándose de una galería simple que tiene una anchura mínima de 6 m y una anchura máxima de 11 m (fig. 4.262).



Fig. 4.262. Imágenes del interior de la galería.



Fig. 4.263. Algunas evidencias de las formaciones kársticas presentes a lo largo de la galería.

Con una bóveda bastante elevada que alcanza hasta los 6 m en algunas partes, el recorrido se encuentra plagado de formaciones kársticas (estalactitas, estalagmitas, columnas, mantos, coladas, gourgs, etc.) (fig. 4.263), que a veces compartimentan por completo la cueva y cuyas formas asemejan en algunas ocasiones siluetas humanas (fig. 4.264).



Fig. 4.264. Formaciones kársticas con formas antropomorfas.

El techo se encuentra plagado de marmitas de erosión, provocadas por la fuerza del río subterráneo (Ferrer 2010: 17) y grandes depósitos arcillosos, sobre todo al final de la cueva (fig. 4.265) y en algunos recovecos que se abren paso en las paredes de la galería principal (fig. 4.265). Destaca la conocida como *sala de los nenúfares*, un espacio ocupado de pared a pared por un gran gourg, así como otras zonas con agua localizadas en el último tramo de la cueva (fig. 4.266).



Fig. 4.265. Depósitos arcillosos presentes en algunas subgalerías y al final de la galería.

Justo al llegar al final de la cavidad, hacia el Norte, se observa una galería secundaria de unos 13 m de largo (fig. 4.267) (Donat 1969: 18; Ferrer 2010: 35)⁴⁴.



Fig. 4.266. Evidencias de la presencia de agua en la galería. Ejemplo de la conocida como “sala de los nenúfares”.

Las visitas constantes a la cavidad están afectando a su conservación. Las paredes se encuentran repletas de grafitis e innumerables estalactitas y estalagmitas han sido recortadas (fig. 4.268).



Fig. 4.267. Acceso a la sala secundaria de 13 m de largo, situada al final de la cavidad.



Fig. 4.268. Formaciones kársticas afectadas por la afluencia constante de visitas.

⁴⁴ Para más información sobre las características físicas de la cavidad, consultar la publicación de Ferrer (2010), donde se puede observar, además, un magnífico reportaje fotográfico del recorrido de la cavidad realizado entre los años 2008-2009 por V. Ferrer y el Grupo Flash Back Corb.

Intervenciones

La existencia de la cueva se conoce al menos desde el s. XVIII, cuando A. J. Cavanilles realizó una descripción detallada de la misma (Cavanilles 1797: 22-23) (fig. 4.269). Posteriormente, las menciones a la Cova de les Dones se fueron sucediendo (Cavanilles 1803: 182-184; Madoz 1834; Puig y Larraz 1896; Sarthou 1927: 210-211, entre otros). Algunos recogen incluso los nombres que se le dan a parte de sus salas:

En el fondo aparecen varios orificios que dan entrada a diversos compartimentos: uno de ellos, denominado la Escuela, mide unos 10 metros de profundidad y muestra 16 estalagmitas que la fantasía popular hace imaginar otros tantos niños que atentos escuchan al maestro (otra estalagmita de mayor tamaño situada en el sitio principal). Otro departamento se bautizó con el nombre de “la Iglesia”, porque en el fondo muestra un laberinto de finas estalactitas remedando un artístico altar. A un lado, las filtraciones fabricaron un púlpito. Otros departamentos ofrecen menos maravillas naturales, pero mayor profundidad. Es aventurado entrar a visitarla sin guía conocedor de estas grutas, por su laberíntica configuración y difíciles pasos. Los murciélagos suelen constituir otra incomodidad para el visitante. ¡Lástima que por la incultura y el afán de lucro vayan destrozando en un instante lo que la naturaleza hizo con la constancia de muchos siglos, sin que se procure evitar los destrozos consumados en la cueva de les Dones! (Sarthou 1927: 210-211).

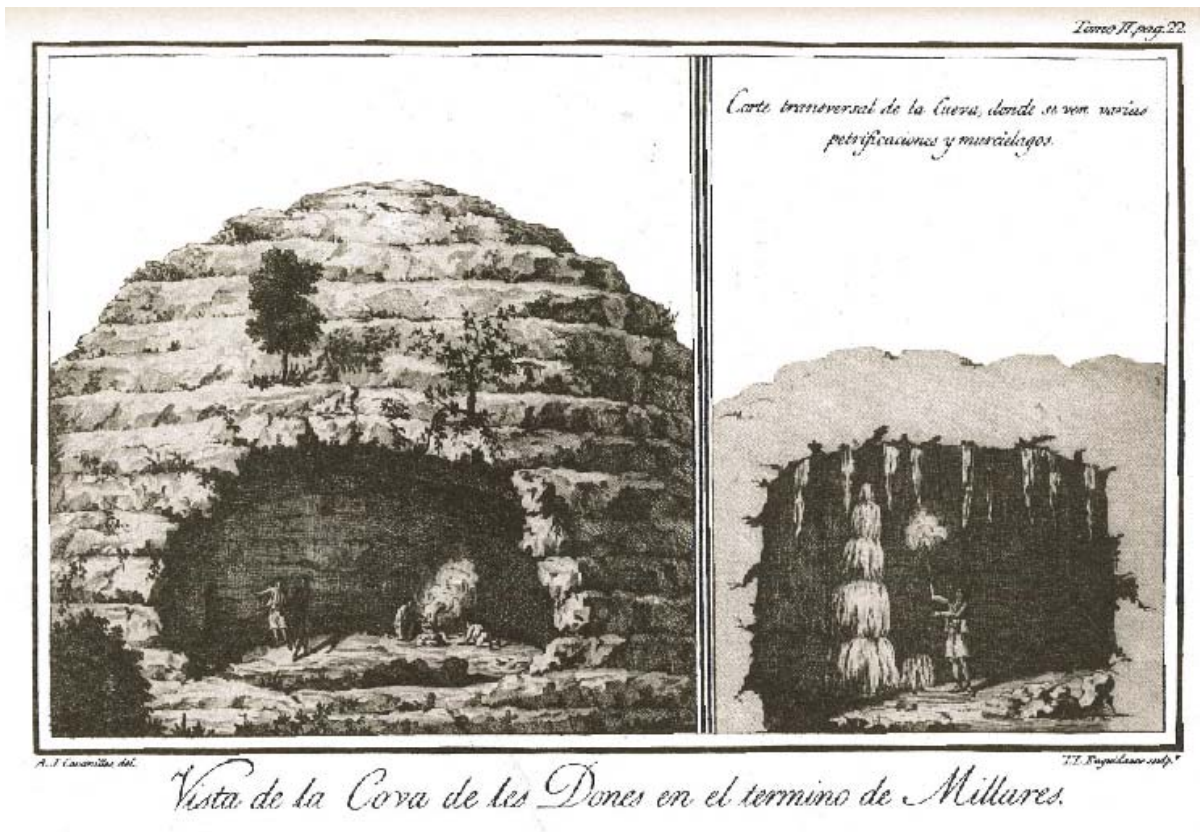


Fig. 4.269. Ilustración de la Cova de les Dones según Cavanilles (1797: 22).

Sin embargo, la presencia de materiales arqueológicos no se documentó hasta el año 1968. Fue I. Sarrion quien informó y depositó en el SIP los materiales hallados en uno de los gourgs de la cavidad. Al año siguiente, J. Aparicio, acompañado por J. Donat y otros miembros del Grupo Espeleológico Vilanova y Piera, visitaron la cavidad (Fletcher 1971: 86-87; Pla 1972: 299; Aparicio 1976b: 10-11). Durante esta visita se recogieron parte de los materiales *depositados a 48 m de la boca de entrada, hallándose amontonados en forma de depósito junto a un yacimiento de agua y mezclados con el fango* (J. Donat c.o. en Gil-Mascarell 1975: 307-309). En concreto, se habla de un conjunto de vasos ibéricos depositados en un antiguo gourg desecado (Aparicio 1976b: 165). Tras estas dos visitas, los miembros del Grupo Espeleológico Vilanova y Piera que realizaban trabajos en la cavidad tuvieron que recoger el resto de materiales en superficie, por la afluencia de visitantes y el peligro de conservación que esto suponía (Aparicio 1976b: 10-11). Años más tarde, en 1974, J. Aparicio realizó otra recogida superficial.

Actualmente dicho conjunto de materiales se halla depositado en el MPV. Desde los hallazgos de finales de los años 60, se generó un gran interés en realizar algún sondeo en la cavidad a partir de las referencias de los últimos hallazgos del Grupo Espeleológico (Aparicio 1976b: 10-11). Sin embargo, parece ser que esto nunca se llevó a cabo. Cuando visitamos la cueva en abril de 2016, observamos la presencia de cerámicas de varias épocas en superficie, tanto a la entrada de la cavidad como en el interior (fig. 4.270).



Fig. 4.270. Cerámicas en superficie presentes en el interior de la galería.

Materiales

En este apartado realizaremos una breve apreciación sobre los materiales de cronología ibérica hallados en la Cova de les Dones, los cuales habían permanecido inéditos hasta la fecha. Aunque no estudiaremos el resto de materiales, indicamos aquí la presencia ya citada por Donat (1969: 23-24) tanto de cerámicas cardiales como de cerámicas de momentos posteriores (época romana y medieval).

Aunque los materiales carecen de estratigrafía, sí que haremos referencia a la información recogida en las fichas de inventario (ver anexo digital). Por las etiquetas, observamos que los materiales depositados en el MPV provienen de cuatro momentos distintos: los recogidos por I. Sarrion en 1968, los que provienen de una primera recogida llevada a cabo por J. Donat en 1969 (1969-1^a), una segunda recogida realizada ese mismo año (1969-2^a) y, por último, los materiales recogidos en una prospección realizada por J. Aparicio en 1974. Además de la colección que se conserva en el MPV, también hemos tenido acceso a la *Col·lecció Paleontològica de José Martínez Royo*⁴⁵ (fig. 4.271).

⁴⁵ Agradecemos a Trini Martínez y Pepe Martínez el habernos facilitado tanto los materiales como el catálogo de los mismos, que en cierto modo nos despertaron la curiosidad por esta cueva. De hecho, en un primer momento no pensábamos incluirla en el catálogo, por situarse en una zona alejada de los territorios ibéricos que estudiábamos.

A continuación, realizaremos un breve resumen sobre el inventario realizado. Como el conjunto de materiales fue recogido en superficie, expondremos un inventario general, indicando la procedencia de los mismos, pero a través de una visión global del conjunto material disponible.

Tipo	Tipología	NMI			NMI-G	Clase	Grupo	Técnica
		J. Donat: (1969)	J. Aparicio (1974)	Col. Priv. J. Martínez				
Ánfora	A.I.1.1	1			1	A	I	T
Tinaja	A.I.2.1	1			3			
	A.I.2.2	2						
Tinajilla	A.II.2.2	1	1		2		II	
Lebes	A.II.6.2	1			1			
Jarro	A.III.2.1	1			1			
Jarra	A.III.3		1		1			
Caliciforme	A.III.4	107	8	3	194		III	
	A.III.4.1	11	1	5				
	A.III.4.2	18	2	4				
	A.III.4.3	23	1	11				
Copa	A.III.6			1	1			
Plato	A.III.8		1		18			
	A.III.8.1	7						
	A.III.8.2	8	1					
	A.III.8.3	1						
Cuenco	A.III.9	1			1			
Botellita	A.IV.1		1		3	IV		
	A.IV.1.1	1						
	A.IV.1.2	1						
Tarrito	A.IV.5.2	3			3			
Fusayola	A.V.8.1.2		1		4	V		
	A.V.8.1.5	2						
	A.V.8.2.2	1						
<i>Kylix-skyphos</i>	A.VI.2			1	1	VI		
Olla	B.1	4	2		6	B	1	
Ática	Asa <i>skyphos</i>			1	2	IMPORT		
	L21			1				
Olla			1		4	M		
Cajita			1					
Cazuela			1					
Tapadera		1						
Total		196	21	29	246			

Fig. 4.271. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cova de les Dones.

Material cerámico

Teniendo en cuenta el total de cerámicas halladas en la Cova de les Dones, contamos con un NMI total de 246 (1852 frags.), destacando las cerámicas ibéricas (99,19%) frente a las cerámicas importadas (0,81%). Dentro del total de cerámicas ibéricas (NMI 244), destacan las cerámicas finas o de Clase A (95,51%), en especial el grupo III (92,31% del total de Clase A). Dentro de este grupo, el recipiente más representativo son los caliciformes, con un NMI de 194 (89,81% del total del grupo III) (fig. 4.272).

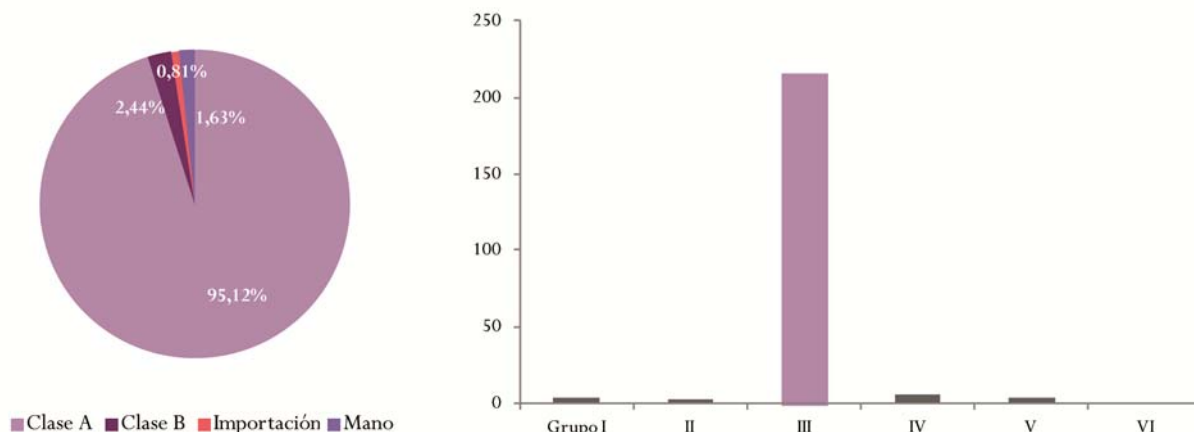


Fig. 4.272. Representación porcentual de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cova de les Dones.

Tal y como hemos indicado en el capítulo 3, el elemento que tenemos en cuenta generalmente para el recuento del NMI son los bordes. Sin embargo, en el caso de los caliciformes de la Cova de les Dones, la fragmentación de los mismos (fig. 4.273) nos ha obligado a calcular el NMI basándonos en perfiles y bases completas. Debido a la cantidad de vasos con un alto nivel de fragmentación y con características similares, hemos optado por dibujar aquellos perfiles que estaban completos, así como los ejemplos de fragmentos más representativos de cada subtipo (figs. 4.274-4.278). La mayoría de estos vasos son de cocción reductora (NMI 189 que representan el 97,42% de los caliciformes) y no presentan ningún tipo de decoración que facilite la identificación de fragmentos de un mismo recipiente.



Fig. 4.273. Ejemplo de la elevada fragmentación presente en la mayoría de caliciformes recogidos en los años 60 por J. Donat y depositados en el MPV.

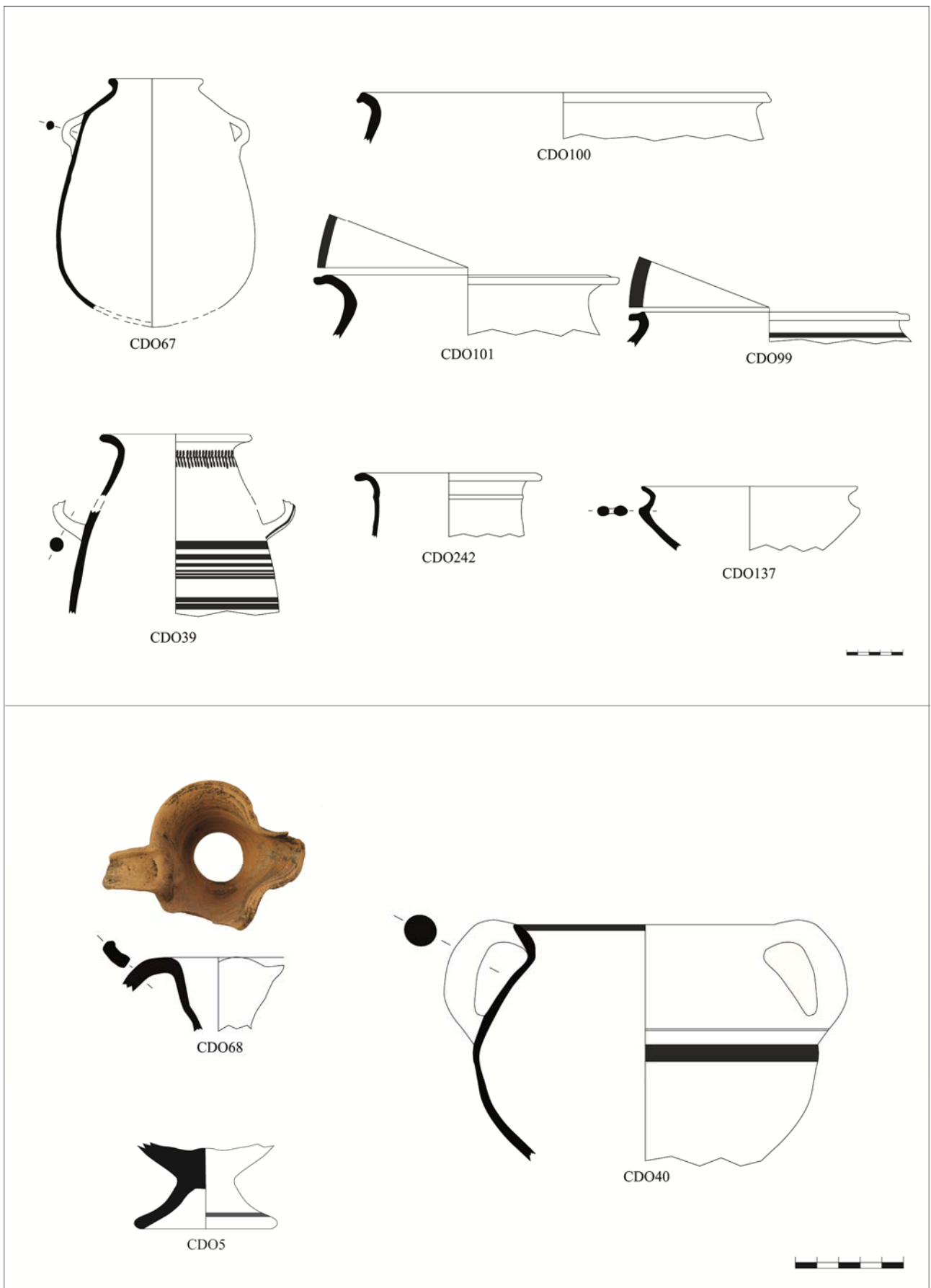


Fig. 4.274. Cerámicas del grupo I, II y III.

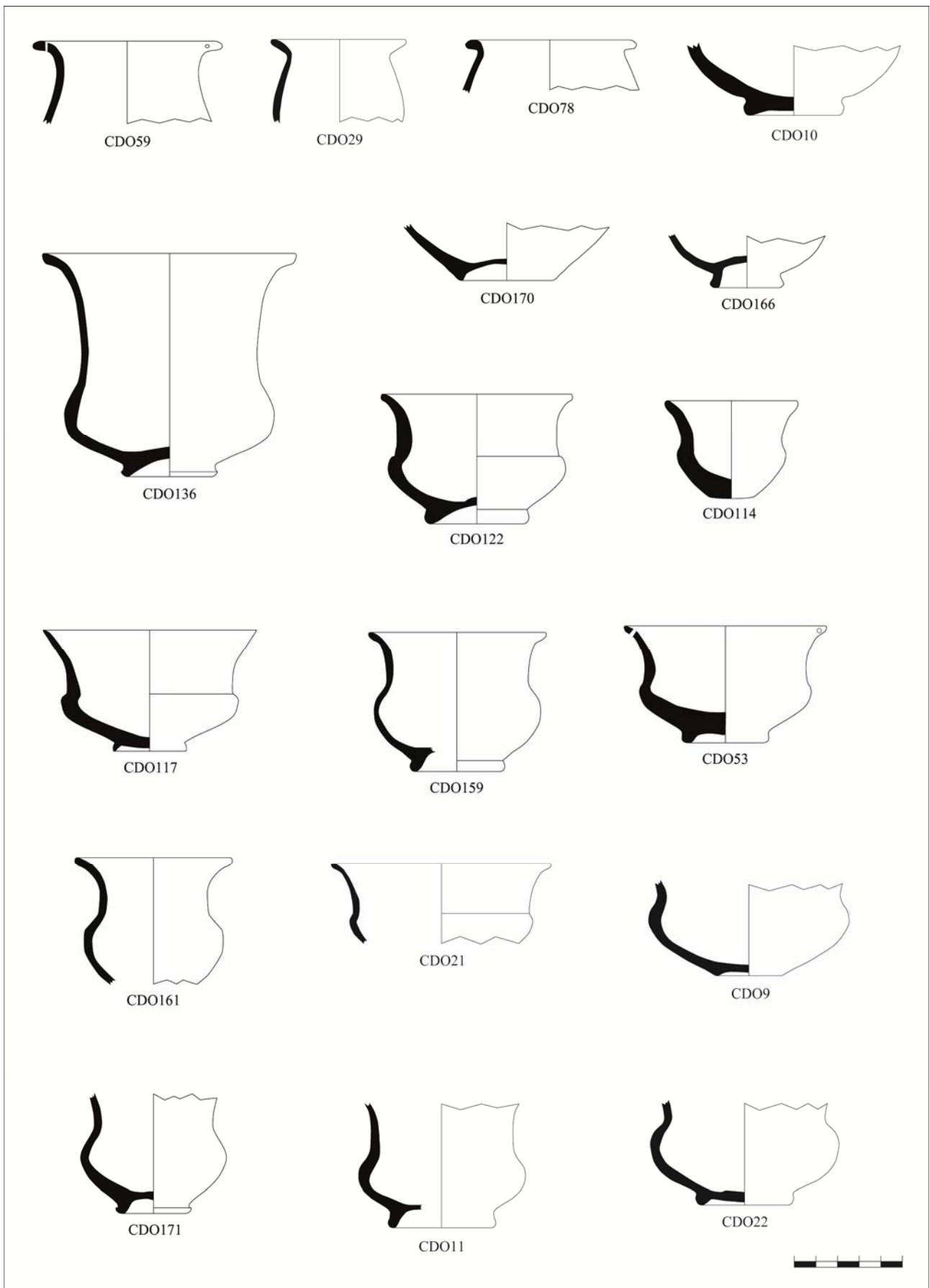


Fig. 4.275. Caliciformes A.III.4 y del subtipo 4.1.

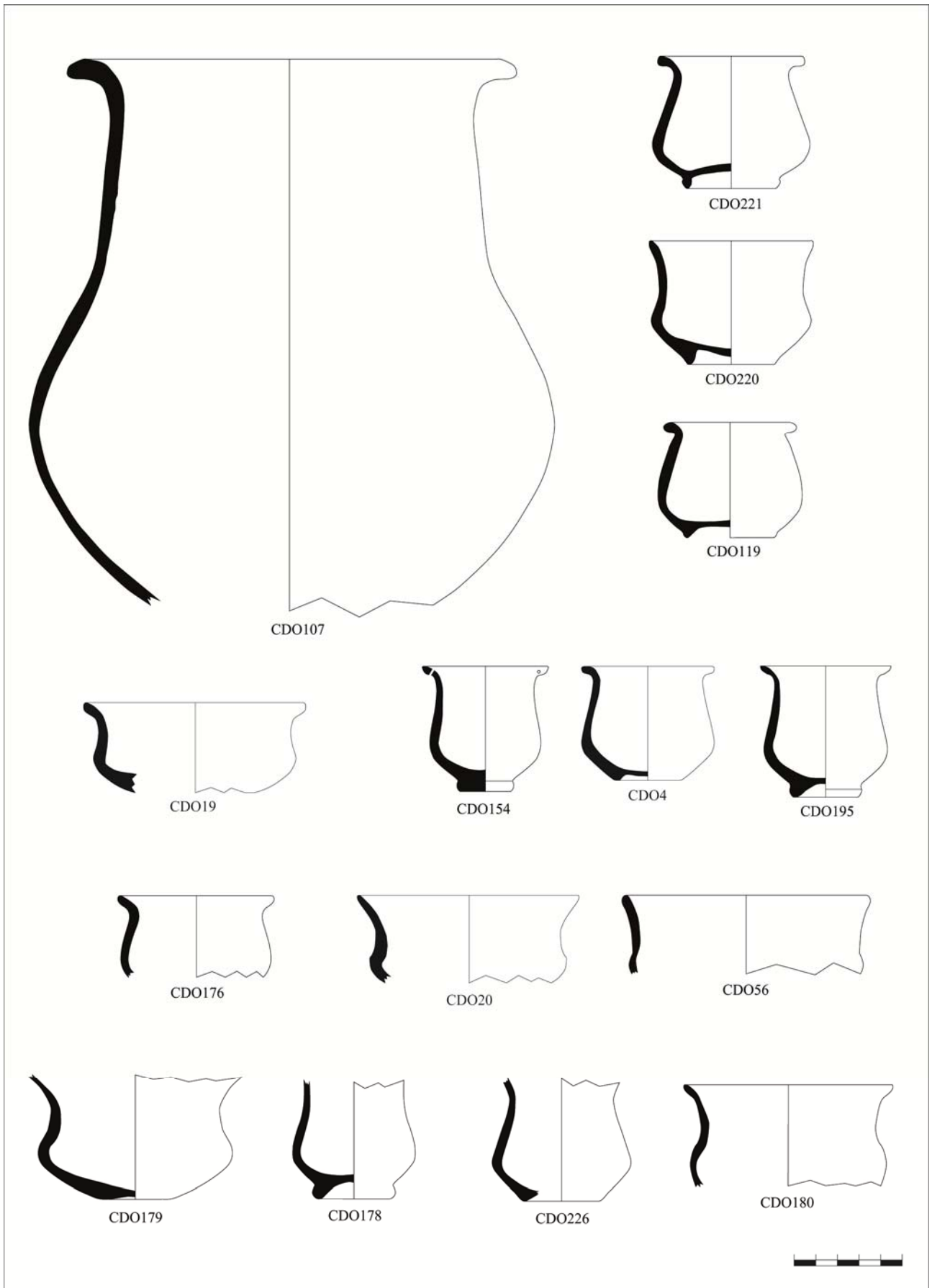


Fig. 4.276. Caliciformes del subtipo 4.2.

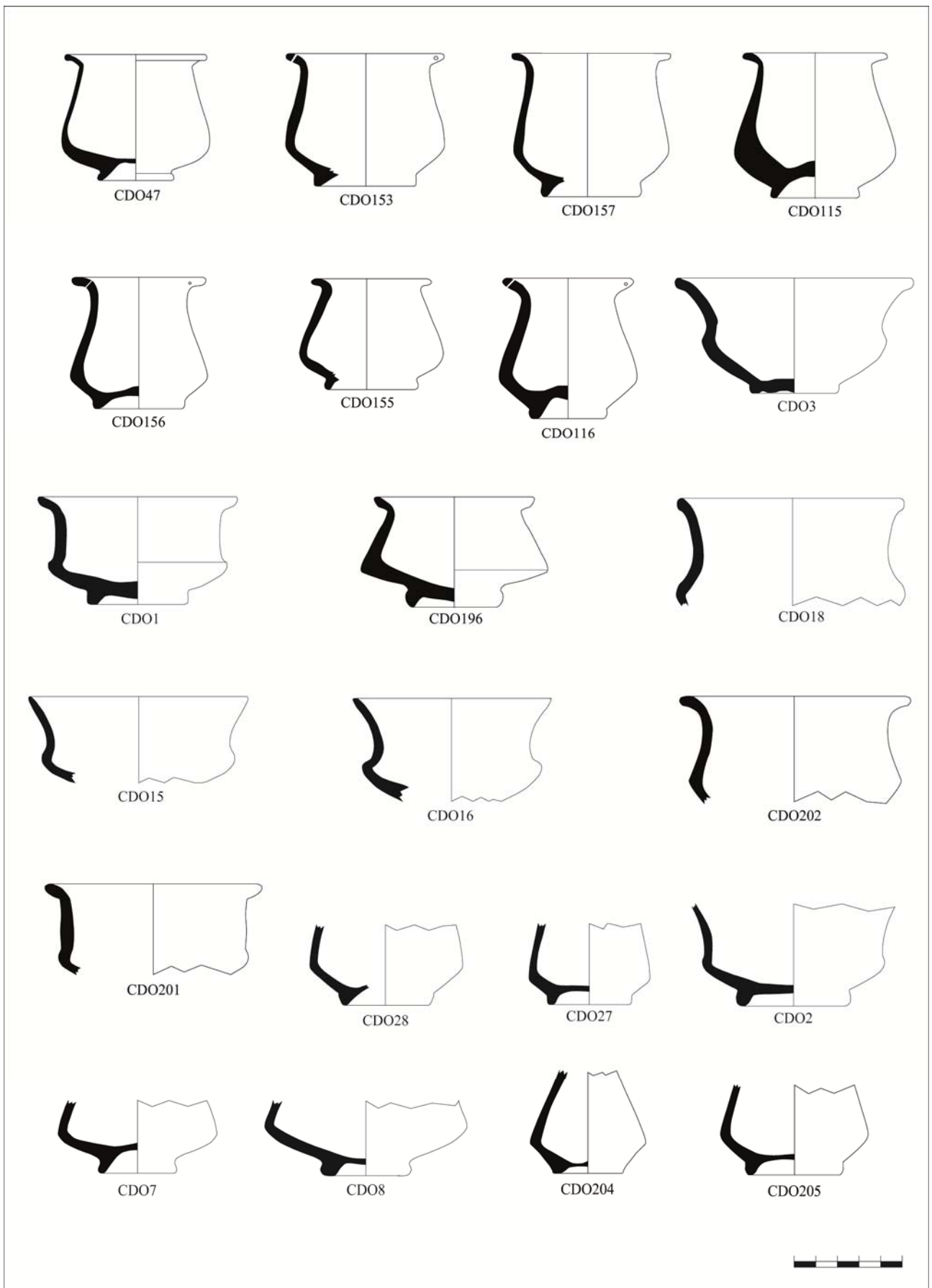


Fig. 4.277. Caliciformes del subtipo 4.3.

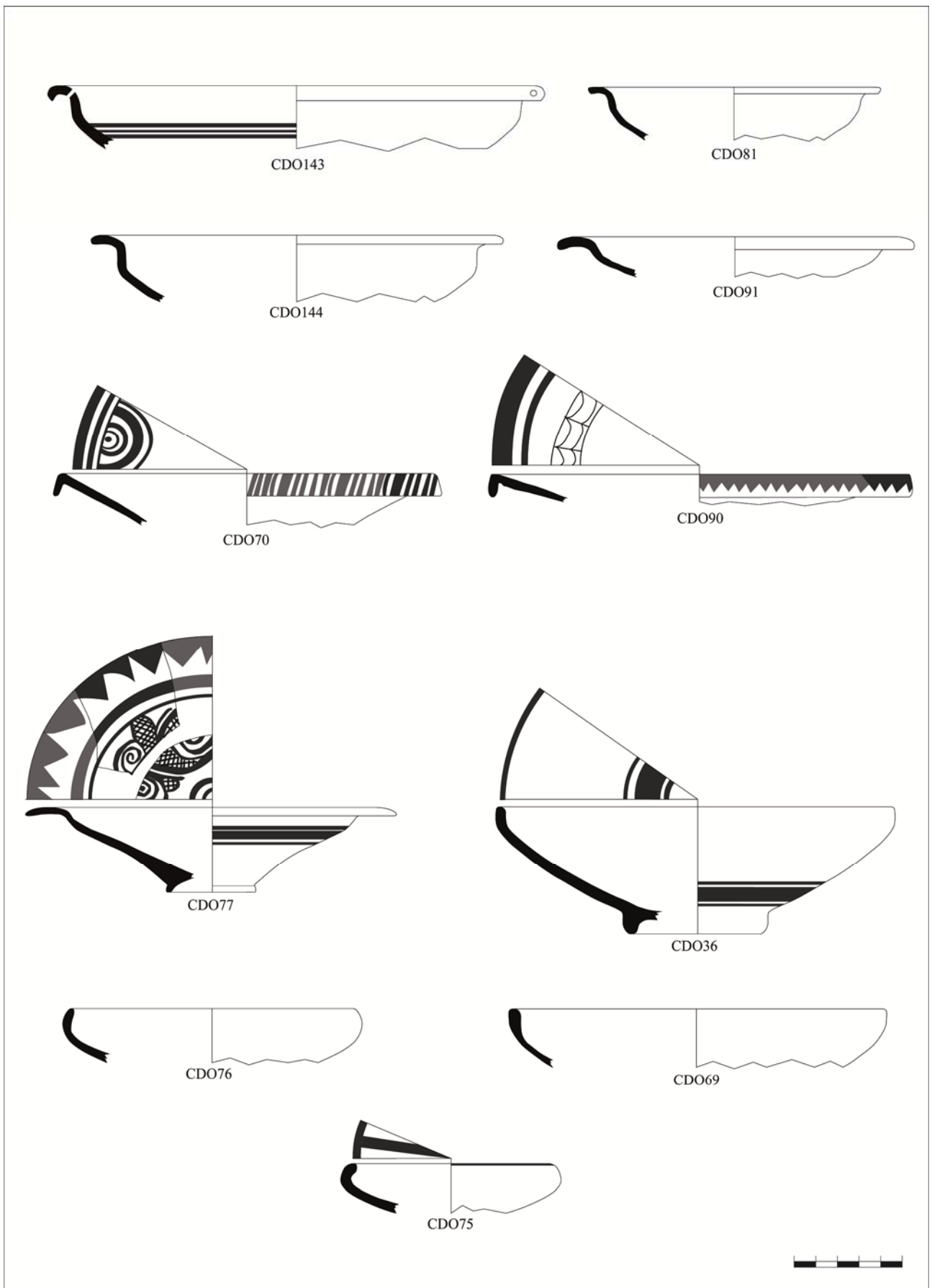


Fig. 4.278. Platos y escudillas (A.III.8.1 y A.III.8.2).

Las formas

Las cerámicas finas o de Clase A son las más representativas del conjunto de materiales. Documentamos 15 tipos de los 46 posibles (Mata y Bonet 1992), que suponen un NMI de 234 (1813 frags.) (fig. 4.271).

El grupo I, de grandes contenedores destinados al almacenaje y al transporte, está representado por un NMI de 4 (1,71% del total de Clase A). Se documentan un ánfora y tres tinajas. El ánfora, aunque no llega a tratarse de una miniatura al superar los 10 cm de altura, tiene unas dimensiones muy reducidas (21 cm alt.) (fig. 4.274).

Del grupo II, se documenta un NMI de 3 (1,28% del total de Clase A): dos tinajillas y un lebes (fig. 4.274).

El grupo III o vajilla de mesa es el más representativo del conjunto, con un NMI de 216 (92,31% del total de Clase A) (figs. 4.274-4.278). Documentamos jarros (1), jarras (1), copas (1), platos (18) y cuencos (1), pero destacan en número los caliciformes (194). En el total de 194, se han identificado los tres subtipos: 17 recipientes del subtipo 4.1 (fig. 4.275⁴⁶), 24 recipientes del subtipo 4.2 (fig. 4.276⁴⁷) y 35 recipientes del subtipo 4.3 (fig. 4.277⁴⁸). Generalmente, presentan alturas y diámetros bastante uniformes (4-6 cm aproximadamente de altura y diámetros 8-10 cm generalmente) (fig. 4.279). Sin embargo, en algunos casos las dimensiones se alejan de la media, con tamaños muy reducidos (ver por ejemplo figs. 4.275: CDO114 y 4.276: CDO4), o mucho mayores de la media (fig. 4.276: CDO107). Por último, del mismo modo que documentamos huellas de uso en el interior de algunos vasitos durante la revisión de los materiales de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, esta cueva también cuenta con algunos ejemplos similares al que se observa en la fig. 4.280, con superficies internas desgastadas por el uso. Además, destaca el elevado nivel de fragmentación, evidenciándose en algunas ocasiones piezas completamente recortadas.



Fig. 4.279. Vasos caliciformes restaurados pertenecientes a la colección privada de J. Martínez.

⁴⁶ Ejemplos de fragmentos característicos de A.III.4 y del subtipo 4.1: CDO10 y CDO166 como ejemplo de una base anillada, CDO170 como ejemplo de una base cóncava, CDO161 como ejemplo de borde, CDO162 como ejemplo de base cóncava y CDO171 como ejemplo de base anillada.

⁴⁷ Ejemplos de fragmentos característicos del subtipo 4.2: CDO176 y CDO180 como ejemplos de borde, CDO179 y CDO226 como ejemplos de base cóncava y CDO178 como ejemplo de base anillada.

⁴⁸ Ejemplos de fragmentos característicos del subtipo 4.3: CDO202 y CDO201 como ejemplos de borde, CDO204 como ejemplo de base cóncava y CDO205 como ejemplo de base anillada.

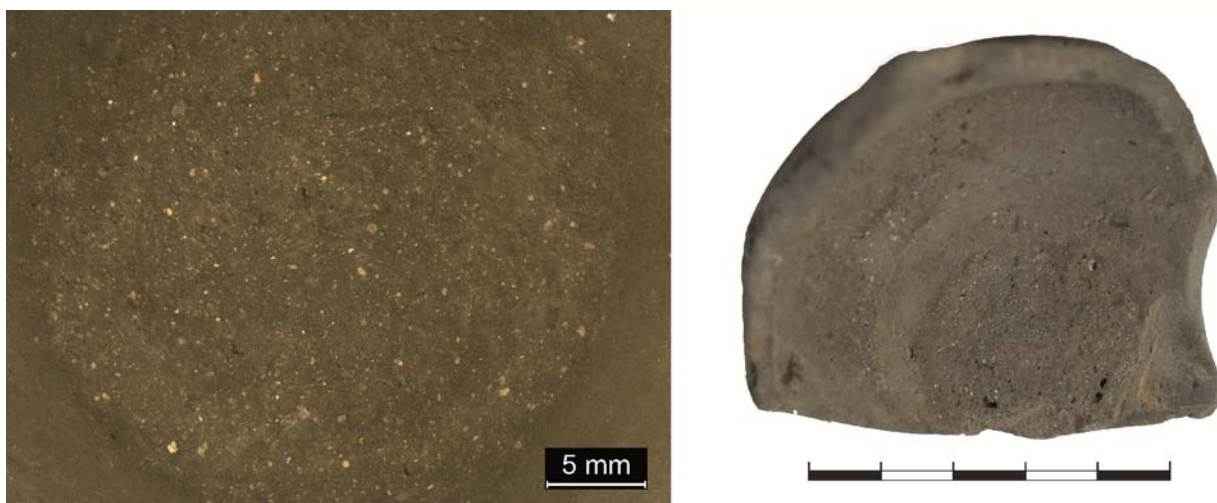


Fig. 4.280. Evidencias de uso en el interior de los caliciformes CDO192 y CDO117 (fotografía de detalle del caliciforme CDO192 tomada con la lupa LeikaM165C del MPV).

Pertencientes al grupo IV, documentamos un NMI de 6 piezas (2,56% del total de Clase A): tres botellitas y tres tarritos (fig. 4.281). Destacamos la conservación del tarrito CDO118, el cual se hallaba almacenado junto a la tapadera CDO123. Sin embargo, desconocemos si fue hallada del mismo modo en la cueva, aunque el diámetro de la tapadera tan solo nos permite relacionarla con alguno de los microvasos de este grupo (fig. 4.282).

Finalmente, el grupo V está representado por 4 fusayolas (1,71% del total de Clase A) y el grupo VI por una imitación de un *kylix-skyphos* (0,43% del total de Clase A) (fig. 4.281).

Las cerámicas toscas o de Clase B tan solo están presentes en el conjunto revisado por 52 fragmentos que suponen un NMI de 6 (2,45% del total de cerámicas). Se trata en su totalidad de ollas, con diámetros entre 10 y 17 cm aproximadamente para los bordes y de entre 4-7 cm para las bases (fig. 4.281).

También documentamos dos recipientes de origen ático: un borde y asa de un *skyphos* (CDO263) y una base de una pátera L21 (CDO23) (fig. 4.281).

Por último, dentro del conjunto de cerámicas ibéricas, documentamos 4 recipientes fabricados a mano. Las características formales y el acabado de las mismas se asocian con el periodo ibérico. Destacamos tanto la tapadera CDO123 indicada con anterioridad (fig. 4.282), así como la cajita CDO25 (fig. 4.281).

Las decoraciones

Del total de 246 recipientes, tan solo 19 (7,72%) cuentan con algún tipo de decoración, siendo la mayoría de éstos de Clase A (17). La decoración presente en una de las ollas de Clase B se limita a una incisión en la parte exterior del cuerpo (fig. 4.281: CDO 108). Sin embargo, en los recipientes y fragmentos informes de Clase A, se trata de decoración geométrica pintada (bandas, líneas, círculos concéntricos, melenas, dientes de lobo...) (fig. 4.283). Los motivos florales tan solo se documentan en la pátera CDO77 (figs. 4.278 y 4.283). Finalmente, la base de L21 (CDO23) presenta decoración tanto en el interior (palmetas y ovas) como en el exterior (círculos concéntricos) (figs. 4.278 y 4.281).

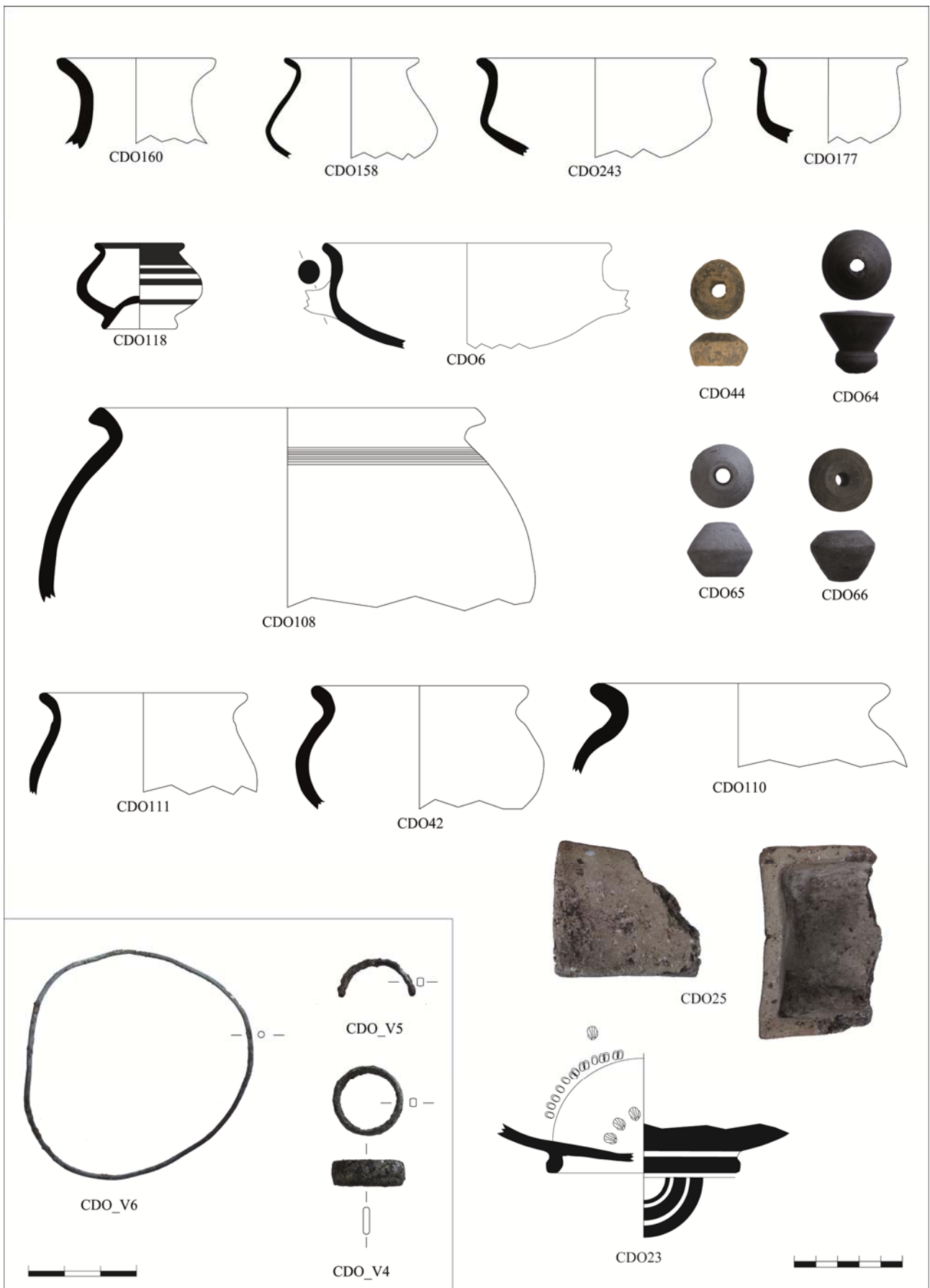


Fig. 4.281. Cerámicas del grupo IV y V, cerámicas de Clase B, cerámicas a mano, cerámicas de importación y elementos metálicos.



Fig. 4.282. Conjunto de vasos casi completos, recogidos por J. Donat (1); posible asociación entre el tarrito CDO118 y la tapadera CDO123 (2).



Fig. 4.283. Ejemplos de algunas de las decoraciones presentes en la cueva (CDO23 fotografía: E. Collado).

Objetos metálicos

Entre los objetos metálicos (fig. 4.284), documentamos tres elementos: una anilla, un anillo y un fragmento perteneciente a otro anillo. Sin embargo, debemos tener en cuenta las características de la recogida de materiales, ya que no contamos con ningún tipo de estratigrafía que nos explique la relación entre los materiales de cronología ibérica con los de épocas posteriores. Así pues, del mismo modo que la fibula tipo Aucissa (Iniesta 1983: 189) recogida por J. Aparicio y depositada en el MPV se asocia con el siglo I d.C., el resto de materiales metálicos pudieron pertenecer tanto a época ibérica como romana.

Tipo	NMI	NMI-M	Material
Anilla	1	3	Br
Anillo	2		
Punzón	1	1	Ht
Posible exvoto	1	1	Pd
Total	5		

Fig. 4.284. Resumen del inventario de materiales metálicos hallados en la Cova de les Dones.

Objetos sobre hueso

Entre los pocos restos de fauna recogidos en la Cova de les Dones, documentamos un punzón sobre diáfisis de un animal de talla media. Su análisis preliminar, a cargo de M. Blasco, ha evidenciado varias marcas de corte, abrasión y de uso (fig. 4.285).



Fig. 4.285. Detalle del punzón CDO_V3, con huellas de uso (1) y marcas de corte y abrasión (2) (fotografías tomadas con la lupa LeikaM165C del MPV).

Otros

Además del conjunto de materiales descritos, nos gustaría indicar también la presencia de un fragmento estalagmítico que en un primer momento no captó nuestra atención, pero que, al observarlo con detenimiento, parece que podría haber sido recortado y depositado como un exvoto al poseer un aspecto antropomorfo o zoomorfo, posiblemente identificado con un ave (fig. 4.286).



Fig. 4.286. Fragmento estalagmítico recortado, con posible forma de ave.

Restos óseos

Aunque la mayoría de materiales recogidos en superficie son cerámicos, también documentamos algunos restos de fauna. Éstos pertenecen a distintos momentos de recogida y depósito en el MPV. Del mismo modo que ocurre en la mayoría de cuevas estudiadas, los restos óseos podrían pertenecer a cualquier momento en el que fue frecuentada la cavidad. Aunque las especies no sean representativas debido a las características de la muestra, nos parece interesante indicar al menos el NMI identificado, así como las alteraciones que

presentan algunos de los restos. A continuación, resumimos los principales resultados obtenidos en el análisis preliminar llevado a cabo por A. Sanchis.

Restos de fauna

Tal y como se refleja en la fig. 4.287, en primer lugar, los restos con número de inventario 47790 proceden de la recogida realizada por J. Donat en 1969. En segundo lugar, contamos con cuatro restos depositados por I. Davidson en 1973, pero desconocemos la fecha de recogida (SIP 51230). Por último, los números 48187 y 48193 proceden de la prospección realizada por J. Aparicio en 1974 (fig. 4.288).

Aunque las noticias previas sobre esta cueva citan el hallazgo de cerámicas ibéricas, sobre todo caliciformes, así como algunos restos de cerámicas con decoración cardial y algunos fragmentos de sílex, son muy pocos los que indican el hallazgo de restos de fauna asociados a estas cerámicas (Aparicio 1976a: 13, 1997: 347; Serrano y Fernández 1992: 21; Aparicio *et al.* 2005: 199-200; González-Alcalde 2002: 194). En algunas publicaciones se habla de la presencia de *abundantes huesos de animales en la acumulación del fondo de la cueva* (Aparicio 1997: 347). Sin embargo, tal y como presentaremos a continuación en los resultados preliminares de la muestra revisada por A. Sanchis, el total de restos depositados en el MPV es de tan solo 24.

Taxones	NR				NR Total	NMI Total
	47790 (Donat: 1969)	51230 (Davidson: 1973)	48187 (Aparicio: 1974)	48193 (Aparicio: 1974)		
<i>Sus</i> sp.	2			1	3	1
<i>Ovis aries</i>				1	1	1
Ovicaprino indet.	5	3	1	1	10	5
Total domésticos					14	7
<i>Lynx</i> sp.		1			1	1
<i>Cervus elaphus</i>			1		1	1
Total silvestres					2	2
Talla media indet.	2		3	3	8	
Total	9	4	5	6	24	9

Fig. 4.287. Cuantificación y representación de especies de la muestra faunística de la Cova de les Dones. Aunque la muestra es muy reducida, se indica un posible NMI general.

Del total de 24 restos, se han podido identificar 16 (66,67%), que corresponderían a un NMI de 9 (fig. 4.287). Documentamos por una parte animales domésticos, como *Sus* sp. (un frag. de húmero; un frag. de ulna), *Ovis aries* (un frag. de astrágalo) y ovicaprino indet. (seis frags. de húmero; un frag. de radio; un frag. de tibia; un frag. de fémur). También documentamos animales silvestres, como *Cervus elaphus* (un frag. de falange 2) y *Lynx* sp. (un frag. de radio).



Fig. 4.288. Restos de fauna recogidos por J. Aparicio (1 y 3), J. Donat (2) y I. Davidson (4), con detalle de algunas de las marcas de corte (5).

Edades de muerte

Las características de la muestra tan solo nos han permitido documentar la edad de muerte de cinco de los nueve individuos. Entre la muestra recogida por J. Donat en 1969, documentamos un individuo infantil de *Ovicaprino* indet. y un individuo adulto-joven/subadulto de *sus* sp., con la parte proximal del húmero sin fusionar. De los restos hallados por J. Aparicio en 1974, identificamos, a través de una tibia, un individuo infantil de *ovicaprino* indet. Finalmente, de la muestra depositada por I. Davidson en 1973, se documentan dos edades distintas entre los restos de *ovicaprino* indet.: un individuo adulto (húmero derecho con el proximal osificado) y un individuo juvenil.

Alteraciones

La mayoría de restos presentan algún tipo de alteración postdeposicional, sobre todo fenómenos que afectan a la conservación de los restos, derivados de la humedad de la cueva. Aunque no contamos con referencias directas del hallazgo de los restos faunísticos, sí que sabemos que la mayoría de cerámicas se localizaron en gourgs desecados, por lo que la conservación en contacto con el agua parece una constante que afecta a los materiales de esta cueva. Además de este tipo de alteraciones, la totalidad de los restos recogidos por J. Aparicio (SIP 48187 y 48193) están termoalterados (fig. 4.288.1 y 4.288.3). Finalmente, del total de 24 restos, cuatro presentan marcas de corte (17%) (fig. 4.288). Entre los restos recogidos por J. Aparicio (en 1974), documentamos un fragmento de ulna de *Sus* sp. que presenta alteraciones de este tipo. Entre la fauna recogida por Donat (en 1969), un húmero derecho y un radio izquierdo de *ovicaprino*, y un fragmento de diáfisis de fémur de *sus* sp., presentan también marcas de corte.

Aunque estos datos sean preliminares y no cuenten con ningún tipo de asociación con otros materiales que nos informe de su cronología, es interesante reflexionar al menos sobre la presencia de este tipo de restos. Por las especies representadas y las alteraciones documentadas, no descartamos que estos restos pudieran ser evidencias de algún tipo de consumo en la cavidad. Sin embargo, no contamos con suficientes datos para afirmar este hecho.

Cronología

Las características de los materiales son bastante diversas. La presencia de dos recipientes de importación ática (CDO23 y CDO263) nos permite asegurar que la cueva fue frecuentada durante el s. IV a.C. Así mismo ocurre con la presencia de cerámicas ibéricas que imitan formas griegas, como en el caso del CDO6. A parte de las imitaciones, existen otros elementos entre las cerámicas ibéricas, que podrían relacionarse con momentos de frecuentación entre el s. IV-III a.C. La presencia de decoración a base de melenas, dientes de lobo y círculos concéntricos se documentan desde el s. IV a.C. Mientras que la presencia de un plato con decoración floral (CDO77) nos indicaría una perduración hasta al menos el s. III a.C.

Por lo tanto, con la información de la que disponemos hasta la fecha, podríamos indicar que la Cova de les Dones fue frecuentada entre los ss. IV-III a.C., pudiendo haber sido visitada con anterioridad en el s. VI-V a.C., si relacionamos la presencia de cerámicas ibéricas a mano con este momento.

Interpretaciones previas

El tipo de materiales recogidos y la localización de los mismos en las sucesivas visitas a la cavidad a finales de los años 60 relacionaron esta cueva con algún tipo de *favissa* (Fletcher 1971: 87) o santuario (Pla 1972: 299). En algunas ocasiones, se ha asociado directamente su uso con una actividad de culto dedicada a alguna divinidad *ctónica*, por su relación directa con el agua (Aparicio 1976b: 165). Se suele incluir en el apartado de cuevas-santuario o rituales de las diversas publicaciones al respecto, tanto por sus características físicas, como por los materiales documentados en su interior (Gil-Mascarell 1975: 307-309; Blázquez 1983: 204-205; Serrano y Fernández 1992: 20-21; González-Alcalde 1993b: 70, 2002-2003a: 212-213, 2005b: fig. 5, 2002: 194; Domínguez Monedero 1995: 73; Moneo 2003: 194-196; Aparicio *et al.* 2005: 199-200, entre otros).

Notas sobre el uso de la cueva en época ibérica

Tanto las características de los materiales como del espacio se vincularían con una actividad ritual. En primer lugar, documentamos la característica repetición de objetos (en este caso caliciformes, la mayoría de cocción reductora). En segundo lugar, estos objetos parece ser que fueron localizados en lugares similares (antiguos gourgs), a una distancia considerable de la entrada de la cavidad, donde la iluminación natural sería inexistente. En tercer lugar, la asociación de estos materiales con la presencia de agua seguramente se vincularía a la actividad ritualizada realizada en el interior de la cavidad. Además, no hay que olvidar la importancia que pudo tener la incorporación del propio espacio de culto, si la estalactita recortada fue una ofrenda más en época ibérica. Por desgracia, desconocemos su contexto de hallazgo, pudiendo haberse recogido tan solo por su forma y no por su asociación directa con los materiales de cronología ibérica. Por último, cabe destacar también la presencia de varias miniaturas, elementos comunes en los contextos culturales, así como recipientes con formas comunes pero de un tamaño mayor al que suelen asociarse.

Por lo que respecta a las características físicas, es una de las cuevas más impresionantes de las que incluimos en este catálogo. Su casi medio km de longitud hace que el adentrarse en su interior sea toda una aventura. Por desgracia, no conocemos la iluminación natural existente, ya que al ser tapiado parte del acceso a la galería, hoy en día tan solo se ilumina parte de la sala de entrada. Sin embargo, suponemos que la luz natural no llegaría mucho más lejos que los 20 m aproximadamente a los que llega ahora. Debemos tener en cuenta también las formaciones kársticas que invaden el espacio, ya que muchas de ellas configuran siluetas que te acompañan a lo largo del viaje hacia el interior.

PARTE III

Interpretación

Capítulo 5

Definiendo e identificando ritualidades

There is no intrinsic or universal understanding of what constitutes ritual (Bell 1997: 164)

Hallar una definición perfecta sobre qué es ritual no es ni posible ni necesario. Sin embargo, sí que es importante exponer qué se entiende por ritual antes de comenzar una investigación de este tipo. Pensamos que el punto de partida para el estudio de las prácticas rituales debe basarse en dos pasos clave (Barret 1991: 1). En primer lugar, el establecimiento de una definición para dicho fenómeno social. Es decir, indicar qué se entiende por ritual, ritualización y prácticas rituales, antes de intentar identificar qué elementos los definen (Humphrey y Laidlaw 1994: 74). Y en segundo lugar, la aplicación de dicha definición a la hora de identificar una diversidad de casos de estudio en un contexto determinado.

En el siguiente capítulo intentaremos, por tanto, exponer qué entendemos por una práctica ritual, así como cuáles son las evidencias que pueden relacionarse con esta práctica en el registro arqueológico. Además, trataremos otras cuestiones que consideramos deben ser aclaradas antes de comenzar el análisis de las evidencias de ritualidad en las cuevas estudiadas.

5.1. ¿Qué entendemos por ritual y ritualización?

El estudio de la ritualidad ha sido abordado desde una gran diversidad de corrientes teóricas con el objetivo de definir su significado (ver Bell 1992, 1997; Insoll 2001, 2004a, 2011a; Kyriakidis 2007; Fogelin 2008; Steadman 2009a; Stephenson 2015, entre otros). Sin embargo, no es nuestro propósito recopilar aquí las distintas apreciaciones que se han hecho, tanto desde la antropología como desde la arqueología, sino indicar qué entendemos por dicho concepto y cómo se utilizará a lo largo de este trabajo. El concepto de *ritual* es algo tan complejo y abstracto como puede ser el de *arte* (Lewis 1980: 9). Cualquiera puede observar, apreciar, participar o crear arte pero, del mismo modo que ocurre con una actividad ritual, para cada persona, el arte puede significar algo diferente. Por tanto, para poder analizar cualquier tipo de contexto ritual, será necesario, en primer lugar, definir con claridad una serie de conceptos clave. La interpretación de estos contextos variará en gran medida dependiendo de las connotaciones que adquieran unos u otros términos (Bell 2007).

El término preferido aquí para hablar de este tipo de actividades será el de *ritualización*, como proceso y como cualidad de una acción. Pensamos que este concepto, generalizado por la antropóloga C. Bell (1992: 88-93), basándose en la teoría de la práctica de Bourdieu (1972), refleja de manera más clara el carácter temporal de estas prácticas (Bourdieu 1972; Grimes 1990; Bell 1992), acciones (Humphrey and Laidlaw 1994: 2) o expresiones (Lewis 1980: 18). La ritualización implica además, cómo ciertas acciones sociales se distinguen estratégicamente de otras (Barret 1988: 31; Bell 1992: 74). En el caso que tratamos aquí, es interesante utilizar este término, ya que los materiales hallados en las cuevas no siempre son objetos votivos *per se*, sino que la mayoría son objetos cotidianos que se ritualizan al ser depositados en un espacio simbólico como

es el interior de una cueva. Sin embargo, se utilizará el término de ritual para aquellos objetos que fueron elaborados con dicho fin, así como al hablar de acciones rituales en general.

Evitaremos el uso de conceptos como religión o religiosidad, ya que se refieren solo a una parte del conjunto de prácticas rituales y las separa de aquello racional, centrándose en lo sagrado (Rappaport 1999: 24-25; Bradley 2003: 12, 2005: 33; Insoll 2004b: 3; Rountree *et al.* 2012). Incluso hoy en día, existe una gran cantidad de ceremonias rituales que no se vinculan directamente con creencias religiosas o elementos sobrenaturales, como por ejemplo fiestas de cumpleaños, graduaciones o bodas (Grimes 1990: 12; Kyriakidis 2007: 294). Rituales tan interiorizados en nuestra cultura, como pueden ser las 12 uvas de Nochevieja, son acciones repetidas con un sentido ritual, pero no religioso.

Es interesante, además, estudiar estas actividades rituales como acciones comunicativas, ya sea con una divinidad o con el resto de participantes. A través de los gestos, los actos, los movimientos, las voces o incluso la música, los participantes establecen una comunicación gestual y activa (Lewis 1980: 36; Bell 1992: 42; Bradley 2005: 33; Stephenson 2015: 7). Nuestro objetivo a la hora de estudiar este tipo de testimonios será, no solo describir las evidencias materiales, sino intentar reconstruir las actividades rituales llevadas a cabo. Entendemos por tanto el ritual como una expresión, en la que la mayoría de ocasiones se utilizan objetos simbólicos o ritualizados para llevarse a cabo (Lewis 1980: 18).

Por otra parte, es importante también recordar que dichas actividades están en constante relación con la vida diaria y que, por tanto, no deben interpretarse como algo completamente alejado de este ámbito. Lejos está la visión tradicional de lo doméstico como diario, familiar y habitual, frente a lo ritual, extraño, inusual y simbólico. Estas prácticas suelen ser actividades cotidianas que, por determinadas razones y en determinados momentos, se formalizan (Lewis 1980: 6; Bell 1992: 70; Brück 1999: 327; Bradley 2003: 11, 2005: 35; Insoll 2004a: 148; entre otros). Tal y como indica Bowie (2006: 141), una actividad cotidiana como comer o vestirse, puede ritualizarse al incorporarse a un contexto social simbólico. Aunque tradicionalmente se separaba el concepto de ritual de aquello considerado funcional (ver Durkheim 1912; Turner 1967, entre otros), una actividad ritualizada no tiene por qué ser vista como una acción excepcional y sin un objetivo práctico. Es cierto que, de manera indirecta, siempre que no comprendemos algo del registro arqueológico, se suele atribuir a una actividad ritual (Whitehouse 1992: 1; Brück 1999: 313; Insoll 2004b: 1). Sin embargo, que no identifiquemos el objetivo de algo, no significa que no tenga, en origen, un sentido práctico (Morley 2007: 205). Aquello que puede parecerse esencialista o no funcional, según los criterios asumidos desde la modernidad, puede tener perfectamente un sentido práctico en otro contexto cultural, cronológico o espacial (Lewis 1980: 13), ya que cualquier actividad humana es situacional. Parte de los elementos que tienen una relevancia en un determinado momento, pueden no ser comprendidos fuera del contexto específico en el que se producen (Bell 1992: 81).

La clave estará, por tanto, en entender las actividades rituales como prácticas formalizadas e integradas en todos y cada uno de los aspectos de la vida diaria. La ritualización se producirá con una determinada y ocasional modificación de la intencionalidad y las características de una acción (Humphrey y Laidlaw 1994: 71). Estos rituales deben ser entendidos como prácticas sociales, individuales o colectivas, que permitan analizar las diferencias entre éstas y otras actividades no tan formalizadas. Siempre teniendo muy presente, además, el contexto espacial y temporal en el que se desarrollan, sin asumir la dicotomía tradicional entre ritual y funcionalidad (Brück 1999; Bradley 2005: 119). Determinados momentos y espacios, así como posturas y gestos, pueden evidenciar una actividad ritualizada (Rappaport 1999: 50). Por ejemplo, una acción tan simple como beber una copa de vino, puede formalizarse a través de un momento, un espacio o un grupo determinado de personas (como puede ser un banquete o incluso un brindis actual), convirtiéndose así en una práctica ritualizada con un sentido simbólico más allá del significado diario de ingerir una bebida. Cualquier acción puede ritualizarse si se somete a una liturgia reconocida socialmente, ya sea una fecha o una asociación con una etapa de la vida o privativa de un grupo (Tomkins 2009: 132-134). Basándonos en los principios teóricos citados, en la fig. 5.1, recogemos algunos de los elementos más importantes que, a nuestro parecer, deben tenerse en cuenta a la hora de abordar la interpretación de un proceso ritual.



Fig. 5.1. Características de un proceso ritual.

5.2. ¿Cómo identificamos una actividad ritualizada en el registro arqueológico?

La diversidad de prácticas rituales provoca contextos arqueológicos muy dispares entre sí. Algunas prácticas rituales serán más sencillas de reconocer en el registro arqueológico, mientras que otras son situacionales y dejan menos evidencias materiales (Steadman 2009b: 38). Desde hace décadas, ha habido varios intentos de desarrollar metodologías rigurosas para identificar las evidencias rituales en el registro arqueológico, entre las que destaca la de Renfrew (1985). Sin embargo, es muy complicado evaluar las condiciones en cada caso, ya que para identificar este tipo de actividades se debe tener en cuenta un conjunto de elementos muy diverso. La presencia de un solo atributo de posible adscripción simbólica nunca será determinante para detectar un uso ritualizado del espacio (Renfrew 1985: 14-26). En muchas ocasiones, lo único que se consigue son generalizaciones que acaban perjudicando en gran medida la interpretación de estas actividades. Como veremos a lo largo de este trabajo, el contexto jugará siempre un papel vital en la interpretación de una acción ritual. No podemos observar dicha acción directamente, pero sí podemos descifrar cómo fue a través de los restos materiales consecuentes y el contexto en el que tuvieron lugar, observando ciertos patrones de funcionamiento (Kyriakidis 2007: 9).



Fig. 5.2. Elementos para identificar una actividad ritualizada (a partir de Bell 1992, 1997).

Tal y como indica Bell (1997: 138), una acción puede convertirse en ritualizada cuando se produce repetidamente, respetando unas normas y un formalismo determinado y siguiendo unas tradiciones marcadas, cargadas de simbolismo. En la definición que recoge la RAE, un ritual es algo *perteneiente o relativo al rito*, el cual se define como una *costumbre o ceremonia* regida por un *conjunto de reglas establecidas para el culto*, reconocidas y transmitidas por la comunidad (Lewis 1980: 21). Sin embargo, aunque la presencia de gran parte de los elementos indicados en la fig. 5.2 facilitaría su identificación (Grimes 1990: 14), una acción no tiene porqué

contar con la totalidad de estos elementos para ser considerada como tal, existiendo diferentes grados o niveles de ritualización de una misma acción. Por tanto, formalidad, tradición y repetición, aunque sean elementos que se suelen detectar con frecuencia en una práctica ritualizada, no son cualidades intrínsecas ni universales (Bell 1992: 91-91), como demuestra claramente la ritualidad funeraria. Tal y como señala Grimes (1990: 13), la identificación de elementos comunes en las actividades ritualizadas, aunque no intrínsecos, permitirán detectar en qué aspectos y en qué medida una acción se ritualiza, teniendo en cuenta no tanto el “qué”, sino el “cómo” y en qué grado. Así pues, no hay un solo tipo de actividad ritual que sea universal y automáticamente reconocida, aunque sí que podemos identificar determinadas acciones que se asocian a lo que entendemos, a grandes rasgos, por ritual (Bowie 2006: 141).

En el registro arqueológico, una de las huellas más visibles es la repetición de ofrendas, aunque son tan solo una parte de la práctica ritual. Tal y como indica Denti (2013: 22), en relación a *l'Archeologie de l'absence*, las ofrendas depositadas de manera deliberada nos permiten “fotografiar” uno de los últimos actos de la acción y estudiar así las acciones y los gestos que los individuos llevarían a cabo en una práctica ritual. No solo importan los objetos *per se*, sino su uso y abandono, que los convierten en testigos de dichas prácticas (Denti 2013: 17).

Por ofrenda entendemos cualquier tipo de elemento que tenga un valor intrínseco para un individuo o una comunidad, a través del cual se pide o se da las gracias. Su valor dependerá de cada acto y tradición propia, estando cargada de una importante implicación social (Barrial 1990: 245-246). Así pues, el valor material, aunque es un marcador, no es inherente de los objetos, sino que son los usuarios los que les aportan un valor mayor o menor. Generalmente, aquellos elementos a los que se les otorga un valor más elevado son los más difíciles de conseguir, pero no siempre es así. Las ofrendas pueden ser tanto objetos inanimados como seres vivos, plantas, perfumes, inciensos o alimentos, los cuales pueden ser sacrificiales o no. Una ofrenda se entiende como sacrificial cuando se destruye o se inutiliza para ser entregada a la divinidad, ya sea por la acción del fuego u otros agentes (Marx 2005: 6; Van Straten 2005: 19; Insoll 2011b: 151). A través de estos actos ofrendatorios, la actividad ritualizada se materializa como evidencia de la comunicación simbólica con las fuerzas sobrenaturales (Cerrillo 1990: 191; Cabrera 2010: 82). En algunas ocasiones, es más evidente la connotación simbólica de las ofrendas al producirse depósitos de objetos votivos o inutilizaciones, pero en muchas ocasiones, los materiales que se hallan en los contextos rituales son los mismos que se utilizan en otros ámbitos. Esto demuestra, por tanto, la cercanía entre ritualidad y vida diaria, dificultando su detección en el registro arqueológico (Bradley 2005: 35). El estudio de las técnicas de ritualización, como la fragmentación o la acumulación, ya sea de objetos singulares o cerámicas utilizadas en contextos domésticos, nos ayudará a aproximarnos al conocimiento de estas actividades (Tomkins 2009: 146).

Tal y como Bradley (2005) titula uno de los apartados de su libro *Ritual and domestic life in Prehistoric Europe*, debemos reflexionar sobre la importancia de lo ordinario (*The importance of ordinary things*). Cualquier tipo de objeto puede ser usado como una ofrenda si se deposita con algún tipo de formalidad (Bradley 2003: 11, 2005: 35). La cultura material debe ser considerada como un elemento activo en la vida de las sociedades

del pasado (Bradley 2005: 119). Para entender qué objetos se ritualizan, deberemos analizar cómo fueron utilizados, con qué formalidad se depositaron y, más importante aún, en qué contexto se produjeron dichas ofrendas (Izquierdo 2003: 118; López-Bertran y Vives-Ferrándiz 2009: 181) (fig. 5.3). Solo así podremos relacionar determinados objetos que no tienen una adscripción ritual evidente con algún tipo de actividad de este tipo. De hecho, aquellos materiales que son considerados utilitarios o domésticos, como los contenedores cerámicos, también se hallan en contextos rituales (Tomkins 2009: 131). Por ejemplo, en nuestra sociedad actual, una vela que fuera fabricada con el objetivo de iluminar o ambientar una estancia, puede ritualizarse al formar parte de otro tipo de actividades. Puede utilizarse como ofrenda en el ámbito religioso o como elemento indispensable en un rito de paso como son los cumpleaños. Un mismo objeto puede adoptar innumerables significados según el interés con el que se haga uso de él o en el contexto en el que sea hallado.

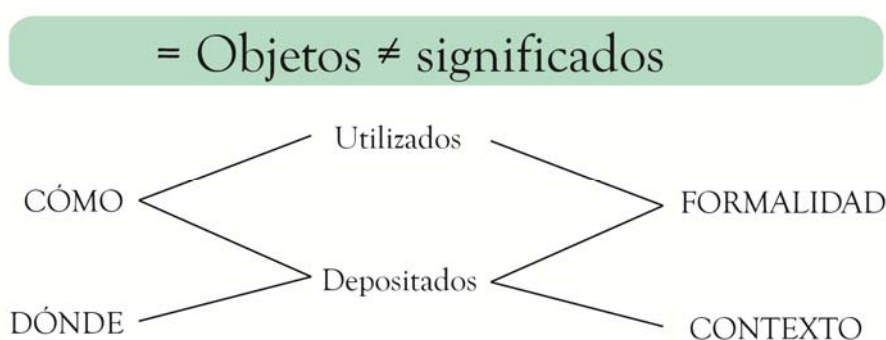


Fig. 5.3. Ritualizando objetos.

Finalmente, hay que aclarar qué entendemos por conceptos como densidad ritual e intensidad de uso. Del mismo modo que existen diferentes grados de ritualización de una misma acción, un espacio puede utilizarse con mayor o menor intensidad. Bell (1997: cap. 6) utiliza el término de *densidad ritual* en antropología para comentar cuándo, en unas sociedades o en determinados periodos históricos, se produce mayor actividad ritual que en otros. Sin embargo, en arqueología, donde la observación directa no es posible, una cantidad mayor de objetos en un espacio ritualizado puede evidenciar tres prácticas: un uso más intenso de dicho espacio durante un periodo determinado, un uso menos intenso pero continuado a lo largo del tiempo o un número más elevado de personas participando en la misma práctica. Algunos investigadores como Moyes (2006: 19-20, 2008) prefieren utilizar el término de *use-intensity* o intensidad de uso, ya que abarca esta cuestión diacrónicamente, centrándose en los materiales arqueológicos. En nuestro caso, será muy complicado definir una densidad o intensidad de uso, ya que muy pocos de los materiales estudiados proceden de excavaciones arqueológicas. Sin embargo, en algunas ocasiones contaremos con esta información en relación al tipo de cerámica utilizado, así como al momento cronológico preciso al que pertenecen la mayoría de materiales. Por tanto, aunque no podamos acercarnos a la densidad/intensidad ritual real, sí que podremos definir, a grandes rasgos, en qué momentos parece haber sido más visitada una cueva o visitada por un mayor número de personas.

5.3. ¿Qué tipos de actividades rituales existen?

Los tipos de actividades rituales son muy variadas. Para comprender algo mejor este tipo de acciones, seguiremos la clasificación realizada por Bell (1997: cap. 4), ya que pensamos que es una de las más acertadas y puede aplicarse a las sociedades del pasado estudiadas a través del registro arqueológico. Su categorización diferencia seis grupos de actividades ritualizadas (fig. 5.4). El primer grupo es el de los ritos de paso (nacimientos, cumpleaños, iniciaciones, matrimonio y muerte). Estas acciones, ampliamente estudiadas por el antropólogo belga A. Van Gennep (1909), marcan un momento de transición o cambio dramático en el que el individuo pasa de un estado social a otro a través de la separación, la transición o liminalidad y la reincorporación. Es en esta liminalidad cuando el individuo alcanzaría el vínculo con su comunidad (Turner 1967, 1969). El segundo grupo es el de los rituales conmemorativos y los relacionados con el calendario. Estas acciones son periódicas y predecibles, estando relacionadas con los cambios estacionales, de clima o calendario, así como la conmemoración de algún acontecimiento importante. El tercer grupo es el de los ritos de intercambio y comunión. En este tipo de actuaciones, se realizan ofrendas y sacrificios para recibir algo a cambio, estableciendo una interacción entre el oferente y la divinidad. El cuarto grupo lo conforman los rituales de aflicción. En estas ceremonias, el objetivo es mitigar el sufrimiento y reducir las influencias negativas (curar, proteger, purificar...). El quinto es el de los banquetes, ayunos y festivales, en los que se fomenta en gran medida la cohesión grupal. Y por último, el sexto grupo lo conforman los ritos políticos. Estas prácticas se desarrollan con el objetivo principal de exhibir y promover el poder político.

Tipos de rituales		Ejemplos y objetivos	Observaciones
1	De paso	Nacimiento, cumpleaños, iniciaciones, matrimonio y muerte	Separación, transición/liminalidad y reincorporación
2	Conmemorativos	Cambios estacionales, de clima o calendario	Periódicas y predecibles
3	De intercambio y comunión	Ofrendas y sacrificios para recibir algo a cambio	Interacción divinidad
4	De aflicción	Mitigar el sufrimiento: curar, proteger, purificar	
5	De comensalidad	Banquetes y ayunos	Fortalece la cohesión grupal
6	Políticos	Exhibir y promover el poder político	

Fig. 5.4. Tipos de actividades rituales (a partir de Bell 1992, 1997).

Sin embargo, esta distinción es tan solo una categorización teórica general, ya que a la hora de la verdad, los distintos grupos de rituales se interrelacionan. Por ejemplo, todos los rituales pueden incluir algún tipo de práctica de comensalidad o de intercambio a través del sacrificio de algún animal y su posterior ingesta. De todos modos, es interesante conocer las distintas opciones básicas a la hora de proponer los posibles usos rituales en las cuevas analizadas (cap. 10).

Capítulo 6

Variables a considerar en la ritualización de un espacio

Rituals, literally, take place (Kyriakidis 2007: 299)

En este apartado, expondremos aquellos patrones o variables que hemos podido detectar en nuestra investigación. Para ello tendremos en cuenta, no solo los materiales, sino también su contexto. Tal y como hemos indicado en nuestra concepción de ritualidad del capítulo anterior, son las acciones las que hacen de un lugar un espacio ritualizado. El registro arqueológico disponible nos informa, indirectamente, de dichas acciones rituales. Por tanto, analizaremos, en primer lugar, el contexto en el que éstas se detectan -las cuevas-; y en segundo lugar, expondremos los patrones materiales de dicha acción, tanto la repetición de objetos como la presencia esporádica de elementos e iconografía que puede interpretarse en clave simbólica. El resto de variables, como los patrones de localización que propondremos en el capítulo 8 u otras cuestiones más abstractas como la memoria ritual o el camino hasta la cueva, que serán tratadas en el siguiente capítulo, también serán un elemento clave a la hora de comprender el simbolismo de estos espacios.

Las tres variables expuestas a continuación se centrarán en los casos estudiados. Sin embargo, en determinadas ocasiones, haremos referencia a algún ejemplo documentado en otras áreas ibéricas bien estudiadas. Estos patrones deben considerarse como simples orientaciones a la hora de analizar estos espacios rituales, sin representar verdades absolutas sobre la totalidad de cuevas con evidencias de ritualidad ibéricas (fig. 6.1).

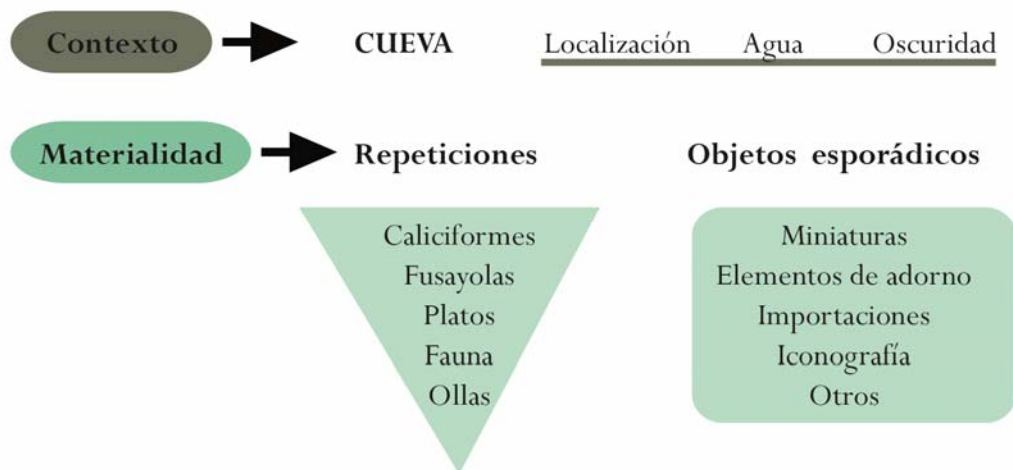


Fig. 6.1. Diagrama resumen de las variables identificadas en el análisis realizado.

6.1. La cueva: un espacio singular

Uno de los elementos esenciales para identificar una práctica ritual es su contexto. El espacio natural de una cueva cuenta con una atmósfera cargada de simbolismo ideal para desarrollar acciones rituales. Siguiendo a Bergvsk y Skeates (2012: 2), en el caso de las cuevas, debemos valorar seis tipos de contextos. En

primer lugar, el contexto arquitectónico, es decir, las características físicas de estos espacios naturales. En segundo lugar, el contexto sedimentológico, que en nuestro caso, por desgracia, suele estar bastante alterado. En tercer lugar, el contexto espacial, teniendo en cuenta las cuevas conectadas con su paisaje arqueológico que analizaremos en el capítulo 8. En cuarto lugar, el contexto cronológico, en nuestro caso los ss. V-III a.C. generalmente. En quinto lugar, el contexto socio-económico, valorando las prácticas rituales como parte de una estrategia social, económica y política del momento. Y en sexto y último lugar, teniendo siempre en cuenta el contexto de la investigación, es decir, la metodología utilizada, sus objetivos, el tipo y el momento de la intervención, factores que influenciarán en gran medida nuestro conocimiento sobre estos espacios. A continuación, nos centraremos en analizar, en la medida de lo posible, los dos primeros contextos: arquitectónico y sedimentológico, ya que el resto de cuestiones se tratarán de manera transversal en otros capítulos.

Las cuevas cuentan con características físicas que las convierten en lugares simbólicos y misteriosos a través del tiempo y el espacio (ver Bonsall y Tolan-Smith 1997; Bradley 2002a; Brady y Prufer 2005; Ustinova 2009; Alfayé 2009: 31-35, 2013; Moyes 2012; Bergsvik y Skeates 2012; Mavridis y Jensen 2013; Dowd 2015; entre otros). A la hora de estudiar una actividad ritual desarrollada en el interior de una cueva, el contexto jugará un papel transcendental. De hecho, en muchas ocasiones existe una excesiva dependencia de los materiales hallados en estos espacios, incluso cuando están descontextualizados (Malone *et al.* 2007), como ocurre en algunos de los casos que estudiamos. Sin embargo, entenderemos las cuevas como algo más que simples *almacenes de valor*, ya que sirvieron como verdaderos escenarios donde experimentar la ritualidad (Tomkins 2009: 146). En numerosas ocasiones, se las ha interpretado como espacios idóneos para desarrollar ritos de paso, como la iniciación, los cuales comienzan con el simbolismo que representa el peregrinaje hasta la cueva. La entrada a una cavidad, la oscuridad de su interior y la luz del exterior representarían las tres fases descritas por Van Gennep (1909): separación, liminalidad y agregación. El acceso a la cavidad se convierte en un umbral real y físico que el iniciado/a debe atravesar para dejar atrás su estado y alcanzar el siguiente, adentrándose en el inframundo. La “invisibilidad” en la oscuridad de una cueva, le transporta a la fase liminal en la cual se produce una muerte simbólica del iniciado/a para renacer y reincorporarse al mundo de los vivos con un nuevo estatus (Turner 1967: 93-111). Así pues, la liminalidad se concibe como una fase, pero también como un estado (Turner 1969: 95). Es una constante, la visión metafórica de las cuevas como útero materno en el que morir para renacer con un nuevo estatus o como entrada al inframundo donde viven los seres sobrenaturales (Whitehouse 1992: 180; Lewis-Williams 2002; Moyes 2012; Bergsvik y Skeates 2012, entre otros).

Sin embargo, estas actividades serían temporales y, evidentemente, no todas y cada una de las cuevas se frecuentan con un objetivo ritual. Aunque cada cueva es diferente, aquellas en las que se han observado evidencias de ritualidad cuentan con determinados elementos en común que son detectables no solo en la cultura ibérica, sino también en otros momentos y ámbitos del Mediterráneo (Whitehouse 1992; Bradley

2002a; Brady y Prufer 2005; Ustinova 2009; Bergsvik y Skeates 2012; Moyes 2012; Dowd 2015, entre otros). Generalmente, las cuevas que presentan evidencias de ritualidad, no suelen ser óptimas para el hábitat, ya sea por la dificultad de adentrarse en ellas o por la oscuridad de sus salas (Gil-Mascarell 1975). Antes de profundizar sobre las características que las convierten en lugares simbólicos, es importante definir qué entendemos por el término de *cueva*. Dentro de esta categoría se suele incluir una gran diversidad de espacios que, a nuestro parecer, no siempre reúnen las características idóneas para ser consideradas como tal. Entendemos por *cueva*, una cavidad subterránea en la que es necesaria la iluminación artificial, diferenciándose por tanto de un abrigo. Compartimos la propuesta de Faulkner (1988), quien indicó que las cuevas están divididas en tres zonas: *light*, *twilight* y *dark zones*. Los abrigos cuentan con las dos primeras, mientras que las cuevas tienen además una zona de oscuridad. La visibilidad será uno de los elementos más importantes a la hora de analizar el registro arqueológico hallado, ya que generalmente las ofrendas se localizan en las partes más alejadas de la entrada y por tanto, las más oscuras.



Fig. 6.2. Diversidad de accesos. Tipo sima: Cueva del Cerro Hueco (1) y Cueva del Puntal del Horno Ciego II (2); acceso ligeramente descendiente: Cueva de la Torre del Mal Paso (3) y Cueva Santa (4); y horizontal: Cueva Merinel (5), Cova de les Dones (6), Cueva de los Mancebones (7) y Cueva Santa del Cabriel (8).

Tal y como hemos visto en el catálogo expuesto (cap. 4), en nuestro caso contamos con cuevas de topografía simple, como la Cueva del Sapo, la Cueva de la Torre del Mal Paso o la Cueva de Cerro Hueco; otras con varias salas como la Cueva Merinel, la Cueva del Murciélago o la Cueva Santa del Cabriel; y otras con un recorrido mucho más largo y formaciones kársticas mucho más complejas, como la Cova de les Dones. La entrada a las mismas también difiere de unas a otras, ya que en algunos casos como la Cueva del Cerro Hueco o la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, el acceso es tipo sima; mientras que otras cuentan con un acceso horizontal ligeramente descendiente (Cueva de la Torre del Mal Paso o Cueva Santa) y otras completamente horizontal al que se puede acceder de pie (Cueva Merinel, Cueva Santa del Cabriel o Cova de les Dones) o agachándose ligeramente (Cueva de los Mancebones) (fig. 6.2). Escenarios muy diversos, pero con elementos importantes en común que le otorgan un *magnetismo espiritual* (Preston 1992).

Del mismo modo que el paisaje no es un simple fondo o decorado en el que se producen las prácticas sociales, sino que jugaría un papel integral en la reproducción del orden social (Van Dommelen 1999: 278), las actividades rituales llevadas a cabo en las cuevas, perderían parte de su significado si no se integrasen en el espacio en el que se producen. Dichos espacios cuentan con características interiores simbólicas como la oscuridad y el agua, así como una localización simbólica en los límites del territorio, generalmente, que será debatida en el capítulo 8.

Oscuridad

La oscuridad es inherente a las cuevas, espacios ideales para desarrollar prácticas rituales determinadas. Es interesante el concepto que propone Bjerck (2012: 59), de las cuevas como *black boxes* en las que las impresiones sensoriales se magnifican, permitiendo la conexión con el más allá. La localización de ofrendas en las zonas más oscuras de las cuevas es un patrón que se repite a lo largo del tiempo y el espacio en distintas culturas (Barnat y Edmons 2002: 125; Moyes 2012; Down y Hensey 2016). Como humanos, compartimos una misma respuesta cognitiva hacia estos espacios (Montello y Moyes 2012: 386). Por tanto, cuando estudiamos las prácticas rituales que se producen en estos contextos, debemos tener en cuenta que la total oscuridad tendría un significado muy importante. Si valoramos por ejemplo los rituales de paso, asociados continuamente a estos espacios, la oscuridad interior ayudaría a perder la identidad previa y pasar de un estado a otro, adoptando un nuevo estado cuando dejas atrás esta oscuridad, como metáfora de la muerte de aquello que te definía socialmente antes de iniciar el ritual. Esta, junto con su equivalente, el silencio, serían dos de los factores esenciales para conectar con el más allá (Hensey 2016: 5). Tal y como veremos en el siguiente capítulo, la *banda sonora* de la práctica ritual, compuesta tanto por el silencio y los sonidos naturales como por los producidos por los participantes, deberán tenerse en cuenta a la hora de comprender el simbolismo de estos espacios.

Agua

La presencia de agua es otro elemento a tener en cuenta a la hora de analizar las prácticas rituales. Sin embargo, pensamos que este elemento, intrínseco a una cueva, no debe sobrevalorarse. Sea cual sea el contexto ritual, las aguas conservan su función desintegradora, purificadora y regeneradora (Eliade 1964: 247). Ya sea a través de manantiales, fuentes naturales o formaciones kársticas, el agua tendría un importante papel en las prácticas rituales ibéricas (Gil-Mascarell 1975: 74). Contamos con numerosos ejemplos de culto a las aguas en la Protohistoria mediterránea, considerando su sentido ritual y salúfero (ver Maggiani 1999; Edlund 1987: 58-60; Haba y Rodrigo 1990; Domínguez Monedero 1997: 397; Cremonesi 1999; Haland 2007; entre otros). La presencia de agua en el interior de una cueva como elemento purificador, formaría parte de los rituales (Moneo 2003: 300). De hecho, contamos con el interesante ejemplo de la Grotta Scaloria (Manfredonia, Foggia, Italia), en la que el hallazgo de vasos cerámicos bajo las estalactitas podría evidenciar la práctica de la recogida de agua en la cueva, para después utilizarla en las libaciones o rituales de comensalidad (Isetti *et al.* 2016: 110, fig. 2.1.11).

La localización de los santuarios ibéricos cerca de estas fuentes de agua es una constante que se ha detectado en numerosos ejemplos (Olmos 1992). En el caso de las cuevas, consideraremos no solo el agua presente en su interior, sino también en el exterior. Tal y como hemos evidenciado en el territorio de *Kelin* (Machause y Quixal e.p.) y veremos en el capítulo 8, la mayoría de las cuevas se localizan próximas a los principales cursos de agua.

Localización

El tercer elemento importante a considerar es la localización de estas cavidades. Aunque no profundizaremos sobre este factor, ampliamente analizado en el capítulo 8, sí que es importante señalar aquí que no todos los espacios naturales simbólicos son escenario de prácticas rituales, sino tan solo aquellos que cuentan con unas condiciones específicas (Bradley 1991: 136-137), entre las que se encuentra su localización.

Generalmente, una de las variables que suele valorarse en relación a las prácticas rituales desarrolladas en las cuevas es su condición de liminalidad (Grau y Olmos 2005; Grau y Amorós 2013). Las cuevas representarían, no solo un espacio de frontera respecto a su entrada, siendo ésta un límite físico entre el mundo terrenal y el inframundo, sino una frontera respecto a su localización en el paisaje. Esta liminalidad les otorgaría una gran carga simbólica, ya que los participantes en el ritual deberían abandonar los límites seguros para adentrarse en el mundo desconocido (Skeates 1991: 127-128; Tomkins 2009: 137; Grau y Amorós 2013: 205). Una vez separados del resto de la comunidad, deberían adentrarse solos en la oscuridad de las cuevas, aumentando así la impresión sensorial que acompañaría a prácticas como los rituales de iniciación (Whitehouse 1992: 179).

En el caso que discutimos aquí, los iberos no llevaron a cabo actividades rituales en todas y cada una de las cuevas que se encontraban en su territorio. Consideramos, por tanto, las cuevas como espacios simbólicos, rituales en ciertas ocasiones, cuando se produce en su interior una acción ritualizada, en un espacio determinado del territorio. Son las acciones, por tanto, las que hacen del lugar un espacio ritualizado, pasando de ser tan solo lugares geográficos en el territorio a construcciones culturales (Skeates 2012b: 27).

6.2. Repetición de objetos: ritualizando lo cotidiano

Al no contar con evidencias constructivas ni, generalmente, con una secuencia estratigráfica clara, la cultura material en sí misma será uno de los pilares básicos para interpretar las actividades que se llevaron a cabo en las cuevas analizadas. Estos materiales son de los pocos “testigos” que nos permiten acceder a una “fotografía” de la escena del ritual, por lo que será importante observar no solo el tipo de materiales, sino su localización, la relación con otros objetos o su posible fragmentación voluntaria (Denti 2013: 17, 22).

Partimos de la premisa de que los materiales hallados en una cueva pudieron tener un uso muy diverso y no siempre implicarían una actividad ritual. Sin embargo, cuando tenemos en cuenta el contexto arqueológico descrito en el apartado anterior, la interpretación de estos objetos es algo más evidente. Así pues, aquellos materiales que se localicen a la entrada de las cavidades podrían ser evidencias de habitación temporal. El dilema se presenta cuando los materiales se encuentran depositados en las salas más alejadas de la entrada, sin iluminación natural y que consideramos inadecuadas para el hábitat, aunque fuera temporal. En dichos casos se abren otras opciones de uso, como por ejemplo una práctica ritual.

Para poder identificar una actividad de este tipo, tendremos en cuenta, en primer lugar, el contexto descrito con anterioridad y, en segundo lugar, los materiales. Estos materiales pueden ser objetos de culto, elementos utilizados durante el ritual, ofrendas en sí mismas, contenedores de ofrendas o incluso ajuares, si se depositan junto a restos humanos, como en el caso de la Cueva del Sapo (Machause *et al.* 2014). Además, no debemos descartar que parte de dichos objetos fueran abandonados en la cueva como *basura ceremonial*, es decir, restos de una liturgia, y no como ofrendas depositadas con cierta intencionalidad (Walker 1995). Así pues, aunque algunos objetos tuvieran una carga simbólica al utilizarse durante el ritual, no significa que se ofrecieran a las divinidades después de ser utilizados. No todo lo que queda en una cueva ha de ser interpretado como un depósito ritual.

La mayoría de materiales que encontramos en las cuevas estudiadas no pueden ser considerados objetos votivos en sí, es decir, confeccionados con el objetivo de ser depositados en un contexto sacro, como pueden ser los exvotos de bronce de las cuevas del Alto Guadalquivir (Rueda 2011). En nuestro caso, mayoritariamente son materiales del día a día que se ritualizan al ser depositados repetidamente con algún tipo

de formalidad (Bradley 2005: 35). Por tanto, el significado estará *determinado por el espacio, el tiempo y el contexto en el que son utilizados* (Alfayé 2007: 73).

A continuación, enumeraremos de manera sintética, basándonos siempre en las cuevas estudiadas en el catálogo, los elementos que aparecen repetidamente en estos contextos. Sin embargo, debemos ser conscientes de que no todas las cuevas analizadas han sido excavadas. Por tanto, no es posible realizar un análisis comparativo en cuanto a densidad de materiales. Nos limitaremos a destacar aquellas concentraciones que se observan en cada una de las cuevas y que, en algunas ocasiones, coincide con ejemplos de otros territorios ibéricos bien estudiados. No es posible realizar una comparativa general con el resto de cuevas con frecuentación ibérica, ya que no todas han sido objeto de una catalogación y un estudio en profundidad y, por tanto, su comparativa tan solo produciría generalizaciones erróneas.

Si tenemos en cuenta aquellas cuevas que presentan un NMI de cerámicas mayor a 10, observamos que el grupo más representativo es la vajilla de mesa (grupo III), a excepción de algunos casos aislados que ya comentaremos y de la Cueva de Cerro Hueco y la Cueva de los Ángeles, donde el grupo que destaca es el de objetos auxiliares, tareas domésticas y artesanales (grupo V), debido a la acumulación de fusayolas. Si prestamos atención a los tipos, observamos que se produce, principalmente, una acumulación de cuatro tipos cerámicos (vasos caliciformes, platos/cuencos, fusayolas y ollas) y de restos de fauna. Las repeticiones de un mismo tipo de material y forma, evidencian una pauta ritual mantenida con el paso del tiempo, aunque dicha pauta no sea similar en el conjunto de cuevas estudiado.

Vasos caliciformes

La presencia sistemática de estos vasos ya fue resaltada por Gil-Mascarell (1975: 320-321), interpretándose en algunas ocasiones como verdaderos marcadores de una actividad ritual en las cuevas de época ibérica (González-Alcalde 2009). Sin embargo, los caliciformes se encuentran en contextos muy diversos, tanto domésticos como rituales. En nuestro caso, no pensamos que se deba considerar la sola presencia de estos vasos como evidencia ritual (Machause *et al.* 2014: 170), pero sí su repetición, como hemos documentado en 5 de las 19 cuevas: Cueva Merinel (42), Cueva del Puntal del Horno Ciego II (99), Cueva Santa del Cabriel (122), Cueva de los Mancebones (9) y Cova de les Dones (194) (fig. 6.3), y se ha evidenciado también en cuevas del área central de la Contestania, como la Cueva de la Moneda (Ibi) (Cerdá 1983) o la Cova de l'Agüela (Vall d'Alcalà) (Amorós 2012). Aunque las concentraciones varían, es significativo el NMI de caliciformes en relación al NMI total de recipientes cerámicos.

En la Cueva Merinel, si tenemos en cuenta tanto los materiales estudiados de primera mano como los publicados por Martínez Perona (1992) que no han sido localizados, los caliciformes (42) representan el 78% del NMI total (54). En la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, si tenemos en cuenta tanto los caliciformes a torno como el recipiente a mano de forma similar, los 99 vasos de este tipo representan el 79% del NMI total

(125). En la Cueva Santa del Cabriel, aunque se producen distintas recogidas en superficie, teniendo en cuenta el recuento general, observamos que los vasos caliciformes (122) representan el 55% del NMI total (223). En la Cueva de los Mancebones, aunque el total de materiales es muy reducido, los caliciformes (9) destacan sobre el NMI total (34), representando un 26%. Finalmente, en el caso de la Cova de les Dones, aunque la fragmentación de estos vasos ha dificultado en gran medida el recuento del NMI, si tenemos en cuenta los elementos más numerosos (las bases), los vasos caliciformes (194) representan el 79% del NMI total (246) (fig. 6.4).

Cuevas	Caliciformes	Total NMI	%
CM	3	4	75%
CTMP	3	40	8%
CAR	0	5	0%
CCB	1	27	4%
COR	1	199	1%
ADLC	13	344	4%
CCA	0	0	0%
CME	42	54	78%
CSAP	1	29	3%
AVA	0	2	0%
CSV	0	4	0%
CPHC	99	125	79%
CSM	122	223	55%
CMO	1	8	13%
CMAN	9	34	26%
CAN	2	14	14%
CCH	10	53	19%
CCO	0	4	0%
CDO	194	246	79%

Fig. 6.3. Tabla resumen de la presencia de caliciformes en relación al NMI total de recipientes cerámicos, resaltadas en color las cuevas a considerar.

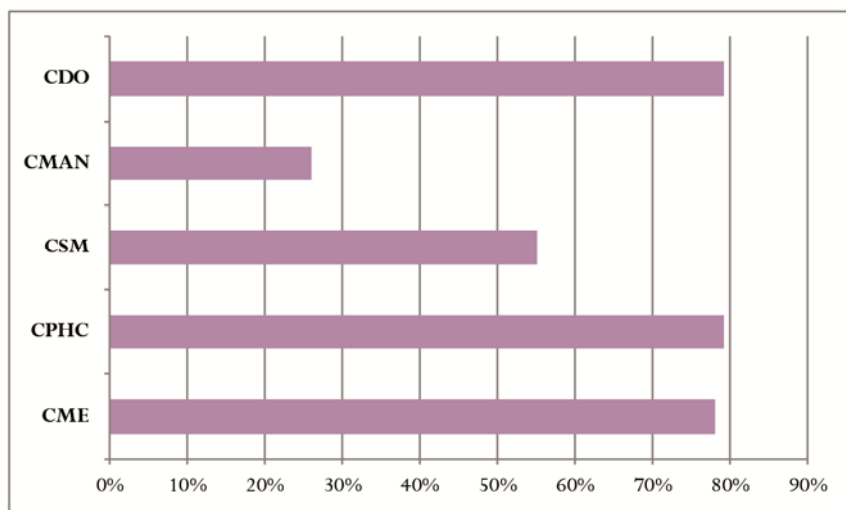


Fig. 6.4. Representación porcentual de la presencia de caliciformes en relación al NMI total en aquellas cuevas en las que existe concentración.

Una vez expuestos los datos con los que contamos, analizaremos los posibles usos de estos vasos (fig. 6.5). Generalmente, se han propuesto tres usos: libaciones, ofrendas en sí mismos o contenedores de ofrendas (Gil-Mascarell 1975: 321; Aparicio 1976a: 23-25; Blázquez 1977: 327, 1983: 206; Lucas 1984: 239; Izquierdo 2003; González-Alcalde 2009, entre otros). A estos usos, se añade la propuesta de Martínez Perona (1992: 270) de ser utilizados, con la ayuda de aceite y una mecha flotante, como quemaperfumes, lamparillas votivas o portadores de luz, con finalidades rituales. Esta última opción se basa en la abundancia de lucernas en cuevas con materiales romanos, como la Sima de l'Aigua (Carcaixent, Valencia), la Cova de les Meravelles (Gandia, Valencia) o la Cueva Santa (Enguera, Valencia), así como las evidencias de fuego que presentan parte de los caliciformes hallados en la Cueva Merinel (Martínez Perona 1992: 273).



Fig. 6.5. Algunas de las concentraciones de vasos caliciformes en las cuevas estudiadas: Cueva Merinel (1), Cueva del Puntal del Horno Ciego II (2), Cueva Santa del Cabriel (3) y Cova de les Dones (4).

En los ejemplos estudiados aquí, es interesante indicar el contraste existente entre la fragmentación presente en los vasos de la Cova de les Dones (fig. 4.273) y la conservación de los de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (fig. 4.166). En el caso de la Cueva Santa del Cabriel, la Cueva Merinel y la Cueva de los Mancebones, documentamos algunos vasos fragmentados y otros completos. Sin embargo, no parece que exista una intencionalidad evidente en depositar los vasos completos o fragmentados. Si entendemos la fragmentación como una evidencia de inutilización para convertir un elemento en ofrenda, del mismo modo que ocurre en

otros contextos rituales (Grinsell 1960; Rapin y Brunaux 1988: 47-53, 109-114; Rapin 1993; Quesada 1997: 641-643; Hamilakis 1998; García *et al.* 1998: 313, 323; Chapman 2000; Kurtz 2003: 301; Gabaldón 2004: 378; Bradley 2005: 142, 151; Chapman y Gaydarska 2007; Olcina *et al.* 2009: 135; Vives-Ferrándiz *et al.* 2015: 299; entre otros), es posible que en el caso de la Cova de les Dones, el elemento ofrendado fuera el propio vaso, mientras que en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, donde la mayoría se conservan completos, prevalecería la importancia de la ofrenda orgánica que contendrían los vasos. Sin embargo, no descartamos que la ofrenda fuera el propio vaso y no su contenido. En el caso de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, es interesante además que varios de los vasos cuenten con manchas de ocre rojo (fig. 4.180). Puede ser que la ofrenda fuera el mismo ocre o que estos vasos sirvieran de recipientes de ocre y otros pigmentos utilizados durante las prácticas rituales para decorar los cuerpos de los participantes o incluso la propia cueva, aunque finalmente se convirtieran en recipiente de una ofrenda orgánica distinta. Whitehouse (1992: 180) relaciona la presencia de ocre rojo en contextos rituales como símbolo de la sangre en el útero materno, el cual quizás se mezclaría con agua u otro fluido para formar un líquido rojo que pudo utilizarse en algún tipo de libación.

Aparte de estas posibilidades, también es interesante reflexionar sobre su uso como contenedores del agua de las cuevas, utilizada posiblemente en las libaciones dedicadas a las divinidades. Aunque no se documenta ningún tipo de altares de libación en las cuevas estudiadas, esta práctica pudo llevarse a cabo en el espacio natural interior. El ejemplo más evidente de la relación de estos vasos y el agua lo encontramos en la Cova de les Dones. Aunque estos fueron hallados completamente fragmentados, pudieron tener varios usos, sirviendo de recipientes para libaciones y posteriormente destruidos y depositados en los antiguos gourgs que ocupaban las salas del fondo de la cueva, manteniendo su relación directa con su uso anterior y consagrándose a través del acto ritual (fig. 6.6).



Fig. 6.6. Reproducción de la ofrenda de vasos en la Sala del Llac de la Cova de la Font Major (l'Espluga del Francolí, Tarragona), imagen extraída de: http://www.covesdelespluga.info/ca/galeria_fotografica.html (consultada el 28 de abril de 2017).

Otro elemento sobre el que es interesante reflexionar, es la existencia de orificios paralelos realizados precoccción en algunos de los bordes de estos vasos. En la Cueva Merinel tan solo uno de los vasos cuenta con estos orificios (CME1). En la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, son 58 los caliciformes que presentan orificios de suspensión. En la Cueva Santa del Cabriel, tan solo uno, procedente de las prospecciones de I. Sarrión (CSM130), los tiene. Mientras que en la Cueva de los Mancebones, ninguno presenta este tipo de orificios. Finalmente, en la Cova de les Dones, 15 bordes cuentan con orificios pares. Por tanto, si tenemos en cuenta el total de vasos caliciformes hallados en cada una de las cuevas, es interesante el porcentaje de vasos con orificios de suspensión en el caso de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (59%). Aunque desconocemos el uso de estos orificios, más allá de suponer que fueran colgados en el interior de la cueva, nos parece relevante destacar la posible selección, al menos en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, de aquellos vasos que presentan orificios precoccción.

Platos y cuencos

Dentro del grupo III, aparte de los caliciformes, si observamos el NMI total de cada cueva, también los platos y cuencos son un elemento abundante (fig. 6.7). Así pues, destacamos el número de estos recipientes en la Cueva del Sapo (8) y la Cueva Santa del Cabriel (90). Evidentemente, el caso más representativo es el de la Cueva Santa del Cabriel, ya que los platos y cuencos representan el 40% del NMI total, mientras que en la Cueva del Sapo, estos representan el 28% (fig. 6.8).

Cuevas	Platos/Páteras /Escudillas	Cuencos	Total	NMI Total	%
CM	0	0	0	4	0%
CTMP	3	1	4	40	10%
CAR	1		1	5	20%
CCB	4		4	27	15%
COR	23	2	25	199	13%
ADLC	47	2	49	344	14%
CCA	0	0	0	0	0%
CME	5		5	54	9%
CSAP	7	1	8	29	28%
AVA	0		0	2	0%
CSV	1	0	1	4	25%
CPHC	2		2	125	2%
CSM	89	1	90	223	40%
CMO	2		2	8	25%
CMAN	1		1	34	3%
CAN			0	14	0%
CCH			0	53	0%
CCO			0	4	0%
CDO	18	1	19	246	8%

Fig. 6.7. Tabla resumen de la presencia de platos y cuencos en relación al NMI total de recipientes cerámicos, resaltadas en color las cuevas a considerar.

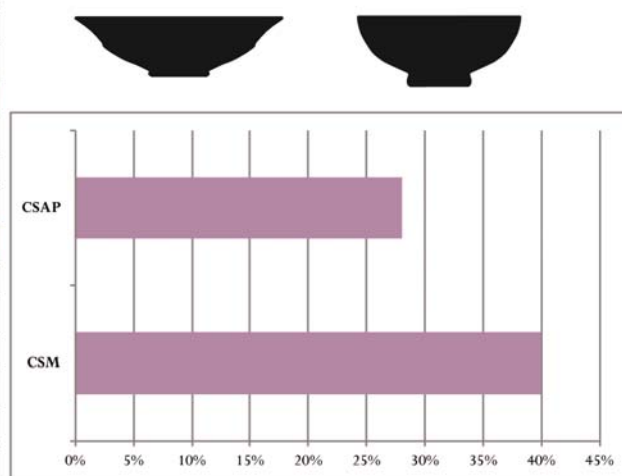


Fig. 6.8. Representación porcentual de la presencia de platos y cuencos en relación al NMI total en aquellas cuevas en las que existe concentración.

Los platos hallados en un contexto cultural pudieron servir para presentar las ofrendas orgánicas, recipientes utilizados durante las prácticas de comensalidad, o incluso servir a modo de fialas en libaciones (Niveau de Villedary 2003: 12). Así pues, la práctica de la libación con páteras se reproduce iconográficamente, por ejemplo, en el sillar de esquina esculpido de Torreparedones (Baena, Córdoba), en la que dos mujeres trasladan el líquido de un vaso a una pátera (Blanco 1988: 221).

Aunque no podamos asegurar su uso, sí que es interesante indicar que no se realiza una selección de platos con grandes decoraciones, sino que aquellos casos en los que estos recipientes cuentan con decoración pintada son muy limitados.

Fusayolas

El segundo elemento más repetido en las cuevas estudiadas, después de la clara acumulación de vasos caliciformes, son las fusayolas. Es interesante indicar además, que esta pauta se observa tan solo en cuevas localizadas en el territorio de *Kelin*. Así pues, destacan en número las fusayolas de la Cueva de los Mancebones (9), la Cueva de los Ángeles (10) y la Cueva del Cerro Hueco (36-200) (fig. 6.9). Estos números son simplemente orientativos, ya que la información con la que contamos está muy fragmentada y no hemos tenido acceso directo a las colecciones de los museos de Requena y Utiel. Sin embargo, si nos basamos en la información recogida por las publicaciones y el Archivo Fotográfico del SIP, vemos que el porcentaje más representativo lo protagonizaría la Cueva del Cerro Hueco (68% del NMI total, el cual aumentaría si se tuviera en cuenta el supuesto total de 200 fusayolas) y la Cueva de los Ángeles (71% del NMI total), aunque el porcentaje también es bastante representativo en la Cueva de los Mancebones (26%). Además, si bien no supera el 20% y, por tanto, no puede ser considerado una concentración según los criterios establecidos aquí, es interesante indicar también la presencia de 13 fusayolas en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (fig. 6.10). Las fusayolas estudiadas cuentan además con dos elementos clave a tener en cuenta. Por una parte, su tamaño (diámetro máximo de 3 cm) y su peso (sobre los 12 g de media). Aunque no hemos podido acceder a las fusayolas de la Cueva del Cerro Hueco y la Cueva de los Ángeles, Martínez Valle y Castellano (1996: 530, cuadro II) indican que el 64% del conjunto cuenta con un peso inferior a 15 g, un peso reducido en comparación a los que documentamos en contextos domésticos. Por otra parte, la mayoría presenta algún tipo de decoración incisa. Aunque no podamos asegurar que fueran objetos votivos en sí, sí que parece existir una selección de aquellas que se depositan en las cuevas. Sin embargo, para realizar afirmaciones de este tipo, sería necesario acceder directamente al conjunto de materiales depositados y llevar a cabo un estudio comparativo en profundidad. Aún así, en relación a las decoraciones, si observamos los casos más representativos, vemos que la mayoría de fusayolas están decoradas: el 83% de las de Cerro Hueco, el 78% de las de Mancebones y el 62% de las del Puntal del Horno Ciego II. Además, en relación al tamaño, no debemos olvidar las miniaturizaciones de fusayolas presentes en la Cueva de los Mancebones.

Cuevas	Fusayolas	NMI Total	%
CM	0	4	0%
CTMP	1	40	3%
CAR	0	5	0%
CCB	1	27	4%
COR	0	199	0%
ADLC	0	344	0%
CCA	0	0	0%
CME	0	54	0%
CSAP	0	29	0%
AVA	1	2	50%
CSV	0	4	0%
CPHC	13	125	10%
CSM	0	223	0%
CMO	0	8	0%
CMAN	9	34	26%
CAN	10	14	71%
CCH	36	53	68%
CCO	0	4	0%
CDO	4	246	2%

Fig. 6.9. Tabla resumen de la presencia de fusayolas en relación al NMI total de recipientes cerámicos, resaltadas en color las cuevas a considerar.

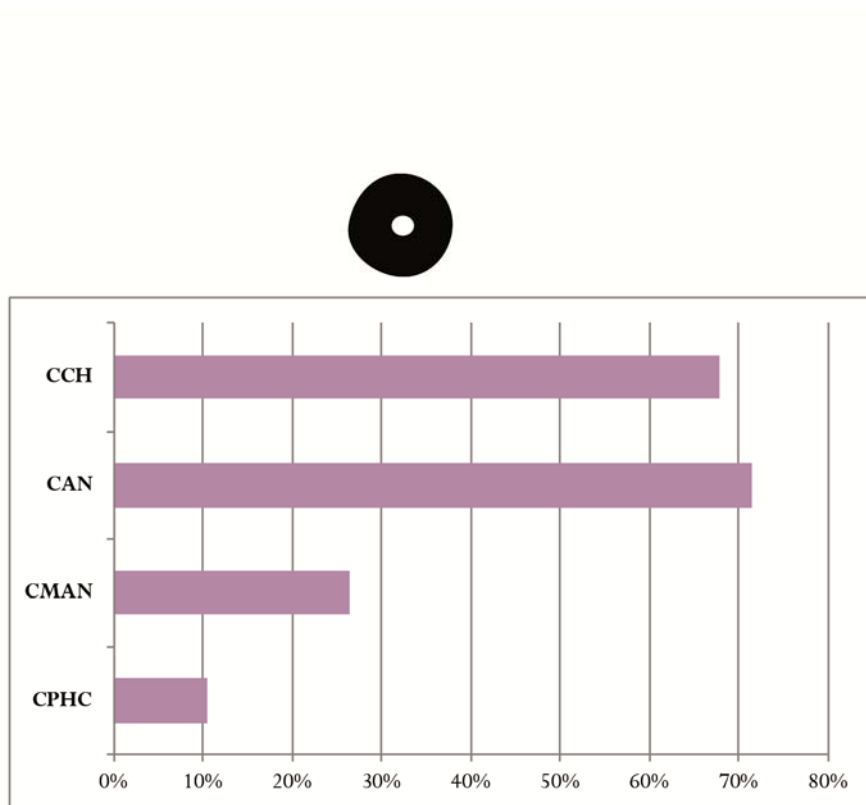


Fig. 6.10. Representación porcentual de la presencia de fusayolas en relación al NMI total en aquellas cuevas en las que existe concentración.

La presencia de fusayolas en cuevas se ha relacionado tanto con la importancia del hilado en esta zona (Martínez Valle y Castellano 1995: 536), como con su ofrenda como cuentas de collar (Quixal 2015: 139). Sin embargo, aunque su tamaño reducido pueda asociarse con las ofrendas de adornos, no hay que olvidar que pudieron ser producidas con el fin principal de confeccionar hilos muy finos utilizados para la elaboración de tejidos de poco grosor (Alfaro 1984: 79; Martínez Valle y Castellano 1996: 530). En cualquier caso, fuera cual fuese su objetivo inicial de producción, no dudamos de que su presencia en cantidades tan elevadas en las cuevas del territorio de *Kelin* tendría un significado simbólico, como se ha documentado en otros contextos culturales del Mediterráneo (Gleba 2009). Así pues, la funcionalidad original de estas piezas iría más allá del procesado textil (Barril y Salve 2003: 383-400). En este sentido, es interesante indicar el hallazgo *in situ* de un fragmento de tejido, enrollado sobre si mismo, en la Cueva de la Nariz (Moratalla, Murcia) (Ocharán y Alfaro 2014). La propuesta interpretativa que se ha planteado es que este tejido estuviera envolviendo alguna ofrenda, del mismo modo que se constató en el Santuario de La Luz (Verdolay, Murcia), en el que se documentaron restos de tejido sobre algunos exvotos (Lillo 1991-1992: 113). Este hallazgo se relaciona además con dos pesas de telar y una fusayola, que aunque no se utilizaran en su confección, a juzgar por su peso, serían evidencias de la importancia del tejido en el conjunto de ofrendas rituales practicadas en este santuario (Ocharán y Alfaro 2014: 46-48).

Ollas

Por último, aunque los porcentajes no puedan compararse con los de los caliciformes, los platos o las fusayolas, es interesante indicar la presencia repetida de ollas en estos contextos (fig. 6.11). Bien es cierto que la única cueva que cuenta con un porcentaje mayor al 20% es la Cueva de la Torre del Mal Paso (9). Sin embargo, también documentamos 32 ollas en la Cova dels Orgues, 4 en la Cueva del Sapo, 5 en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II y 25 en la Cueva Santa del Cabriel (fig. 6.12). Aunque no es uno de los elementos que más se repiten en las cuevas de los territorios de *Kelin*, *Edeta* y *Arse*, nos parece relevante su presencia, ya que la acumulación de ollas es un patrón que se repite en otras cuevas de la actual provincia de Alicante como la Cova dels Pilars (Agres), la Cova de la Moneda (Ibi) o la Cova del la Pastora (Alcoi), en el área central de la Contestania (Cerdá 1983; Grau 1996a; Grau y Olmos 2005; Grau y Amorós 2013; Machause *et al.* e.p.). La existencia de estos recipientes en contextos culturales de este tipo se ha asociado principalmente con su uso como contenedores de ofrendas de productos agrícolas y no como ofrendas en sí mismas (Grau 1996a: 92). Así pues, a juzgar por la ausencia de termoalteraciones y por la diferencia entre el número de ollas y de vajilla para el consumo, parece poco probable que fueran utilizadas para cocinar en estos espacios (Grau y Olmos 2005: 61). En las cuevas analizadas, aunque tampoco documentamos termoalteraciones, no siempre contamos con piezas completas, por lo que no descartamos que se utilizaran en el contexto de prácticas de comensalidad llevadas a cabo en el entorno de las cavidades, aunque también pudieron servir de recipientes de ofrendas.

Cuevas	Ollas	NMI Total	%
CM	1	4	25%
CTMP	9	40	23%
CAR	0	5	0%
CCB	2	27	7%
COR	32	199	16%
ADLC	9	344	3%
CCA	0	0	0%
CME	4	54	7%
CSAP	4	29	14%
AVA	0	2	0%
CSV	2	4	50%
CPHC	5	125	4%
CSM	25	223	11%
CMO	0	8	0%
CMAN	0	34	0%
CAN	0	14	0%
CCH	0	53	0%
CCO	1	4	25%
CDO	6	246	2%

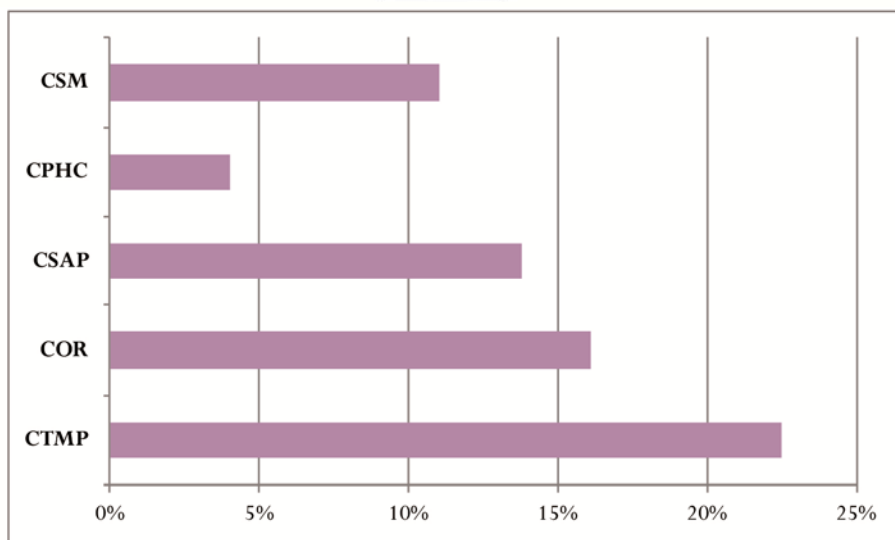


Fig. 6.11. Tabla resumen de la presencia de ollas en relación al NMI total de recipientes cerámicos, resaltadas en color las cuevas a considerar.

Fig. 6.12. Representación porcentual de la presencia de ollas en relación al NMI total en aquellas cuevas en las que existe concentración.

Ofrendas de animales

Finalmente, hay que valorar la presencia de restos de fauna en las cuevas analizadas. Bien es cierto que, aunque la mayoría de cuevas que incluimos en este catálogo cuentan con menciones sobre restos de fauna, tan solo hemos podido acceder a las colecciones de 6 de las 19 cuevas: Cova dels Orgues, Cueva Merinel, Cueva del Sapo, Cueva del Puntal del Horno Ciego II, Cueva Santa del Cabriel y Cova de les Dones. De estas 6, observamos acumulaciones relevantes en 3 de ellas, aunque las especies más representativas son distintas. En el caso de la Cueva del Sapo, existe una selección de ciervos (12) y de ovejas, cabras y ovicaprinos indeterminados (14) (Machause y Sanchis 2015). En la Cueva Merinel existe no solo una selección de especies (ovicaprinos y suidos), sino también de edades y partes del cuerpo (partes craneales de individuos jóvenes, infantiles y neonatos) (Blay 1992) (fig. 6.13). Aunque los resultados del análisis de los restos de fauna de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II son tan solo preliminares, se documenta un importante número de restos de perro (Sarrión 1990: cuadro 1), especie que debe tenerse en cuenta al identificarse también en otras cuevas como la del Sapo (3 individuos) (Machause y Sanchis 2015: 265 y 267).

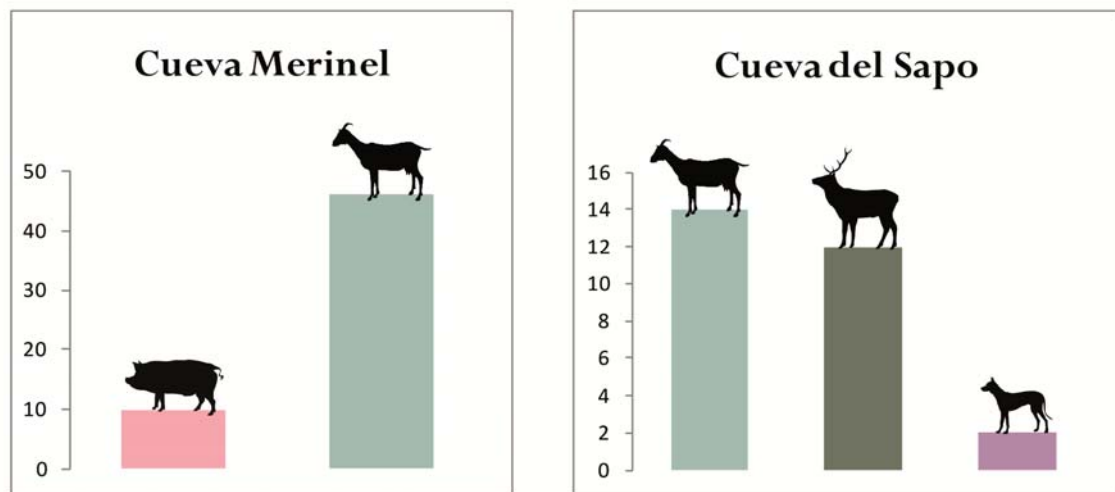


Fig. 6.13. Selección de especies de fauna en la Cueva Merinel (a partir de Blay 1992) y la Cueva del Sapo (a partir de Machause y Sanchis 2015). Siluetas extraídas de <https://www.archeozoo.org>, consultada el 17 de mayo de 2017).

La presencia de restos de fauna en los contextos rituales suele relacionarse generalmente con prácticas de comensalidad (González-Alcalde 2002-2003a: 231), pero no se han realizado estudios en profundidad que detecten termoalteraciones o marcas de corte para demostrar su implicación en comidas rituales. En las cuevas que incluimos en nuestro catálogo, tan solo contamos con dos estudios arqueozoológicos completos: la Cueva Merinel (Blay 1992) y la Cueva del Sapo (Machause y Sanchis 2015). En el primer caso, la representación anatómica y las termoalteraciones presentes en algunos restos parecen indicar que estos animales serían sometidos a una selección determinada, en el marco de una ofrenda y un posible consumo ritual. En el segundo caso, el bajo porcentaje de fragmentación y la alta representación anatómica evidencia principalmente una deposición ritualizada de los ciervos y ovicaprinos.

Lo que nos interesará aquí será la práctica ritual que conllevaría el depósito o el consumo de estos animales. La selección de especies, el traslado de algunos animales y la caza de otros, así como la participación selectiva de los asistentes al ritual en su adquisición, ofrenda y consumo. Todos estos factores se analizarán en el capítulo 10, en el marco de otras prácticas rituales a las que aparecen asociadas.

6.3. Objetos esporádicos representativos

Generalmente, las evidencias materiales más visibles en las cuevas son las grandes acumulaciones de un mismo tipo, ya sean vasos caliciformes, platos, fusayolas, ollas, restos de fauna o incluso exvotos, en otras áreas ibéricas. Sin embargo, existe también otro tipo de objetos que, aunque no se documentan de manera tan evidente, sí que están presentes en varias cuevas y, por tanto, opinamos que deben tenerse en cuenta a la hora de identificar e interpretar las prácticas rituales llevadas a cabo en estos contextos. Aún así, queremos dejar claro que la presencia de los objetos esporádicos que enumeraremos a continuación no son marcadores de una actividad ritual, sino elementos minoritarios. De hecho, estos objetos minoritarios pueden estar marcando prácticas distintas para cada una de las cuevas.

En primer lugar, comenzaremos haciendo mención a aquellos que pensamos que fueron depositados como ofrendas por su valor intrínseco o simbólico, documentados en otros contextos rituales. En este grupo se incluyen: los objetos miniaturizados, las fíbulas, los anillos, las anillas, las importaciones y la iconografía. Y en segundo lugar, indicaremos otros elementos menos numerosos que, aunque no son tan evidentes, deben tenerse en cuenta por su presencia en estos espacios y su posible uso simbólico. Nos referimos a los morteros, mieleras, evidencias epigráficas y estalactitas.

Objetos miniaturizados

De las 19 cuevas, documentamos elementos miniaturizados en 4 de ellas. Aunque el tamaño de los caliciformes hallados es generalmente bastante pequeño, incluimos tan solo en el grupo de miniaturas aquellos cuya altura no supera los 5 cm (Mata y Bonet 1992). Si tenemos en cuenta este criterio, en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, identificamos uno de ellos como una miniatura al tener 6,2 cm de diámetro y apenas 2 cm de altura conservada, que seguramente no superaría los 3 cm de altura máxima si estuviera completo (fig. 6.14.1). Por otra parte, en la Colección Museográfica de Utiel se exponen 8 fusayolas miniaturizadas que seguramente provengan de la Cueva de los Mancebones, donde se depositan además 9 fusayolas de un tamaño regular. Finalmente, aunque no han sido incluidas en el apartado de miniaturas propiamente dicho, es interesante indicar el tamaño reducido de la mano de mortero con cabeza de ave de la Cueva Santa del Cabriel (fig. 6.14.2) y del ánfora de 21 cm de altura de la Cova de les Dones (fig. 6.14.3).

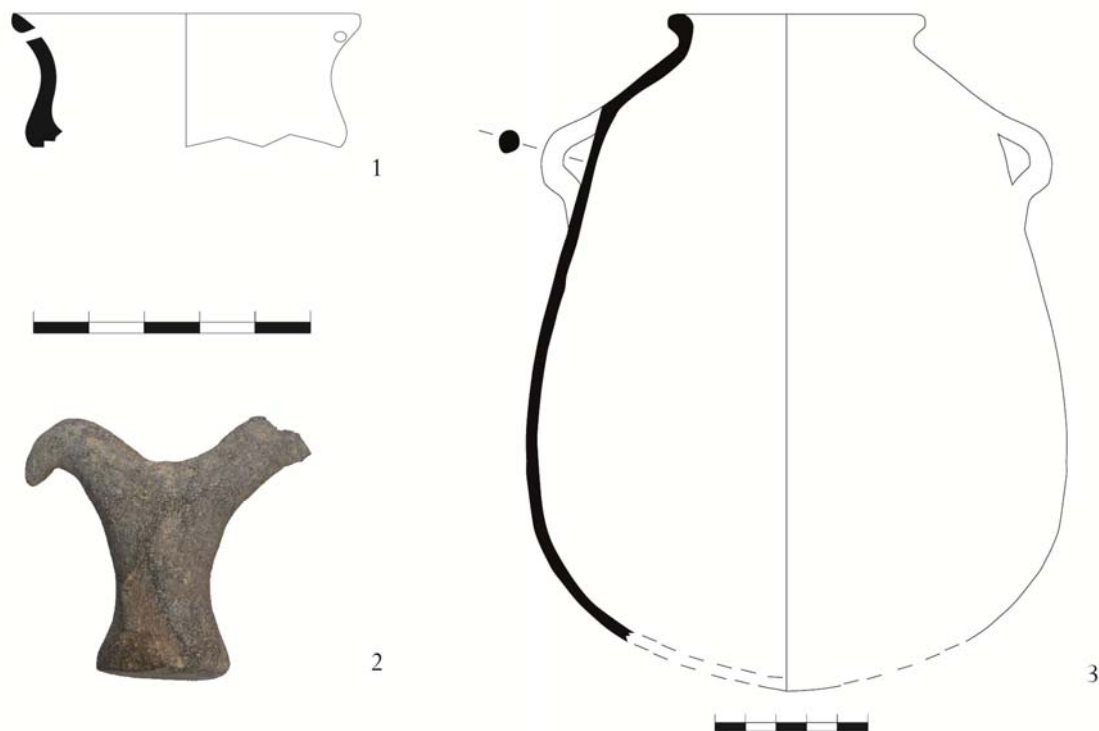


Fig. 6.14. Algunos objetos miniaturizados o de tamaño reducido identificados: caliciforme CPHC84 (1), mano de mortero CSM243 (2) y anforita CDO67 (3).

La presencia de objetos miniaturizados se observa en otros contextos culturales peninsulares, tanto en cuevas (Graells *et al.* 2008: 62; Celestino 1997: 373-377; Cazorla y Celestino 2008: 222), como en otros espacios culturales (Corzo 1991; Segarra 1997: 291-298; Sánchez Gómez 2002: 135; Kiernan 2009; Alfayé 2011: 150-153). No podemos hacer una comparativa general con las cuevas de cronología ibérica, ya que no todas han sido objeto de una catalogación y estudio en profundidad. Sin embargo, es interesante indicar la presencia de objetos miniaturizados en varios casos. Destacan los 900 fragmentos pertenecientes a platos, jarras bitroncocónicas y anforitas de tamaños muy reducidos hallados en la Cova de les Encantades (Cabrera de Mar, Barcelona) (Coll *et al.* 1994: 43, fig.8), así como la decena de jarritas bitroncocónicas de 7 cm de altura máxima o el *kalathos* de tan solo 5 cm de altura, procedentes de la Cova de la Font Major (l'Espluga del Francolí, Tarragona) (Rauret 1962: 252-253). También se depositan objetos miniaturizados, como un caliciforme de 4,5 cm de alto, varios cuencos de unos 2 cm de alto y una anforita en la Cova de les Meravelles (Gandia, Valencia) (Pla Ballester 1945: 196). Tamaños similares tienen algunas de las copas, vasos y páteras de cerámica ibérica y ática halladas en la Cova Fosca (Ondara, Alicante) (González-Alcalde 2002-2003b: 63, fig. 2), por citar algunos ejemplos.

Las miniaturas suelen interpretarse generalmente como elementos sin una funcionalidad destacada en la cultura material. Aun así, más allá de servir como objetos votivos, ofrendas funerarias o juguetes, la miniaturización puede tener un significado funcional mucho más relevante (Knappett 2012: 87). El interés de

estas piezas reside no solo en su depósito como ofrenda, sino también en su uso previo y su significado social. Entendemos por miniatura, un objeto que reproduce a pequeña escala otro objeto manufacturado o natural, cuyo significado y uso puede compartir (Foxhall 2015: 1). Así pues, su reducido tamaño no implica que no tuvieran un objetivo funcional previo a su depósito como ofrenda (López-Bertran y Vives-Ferrándiz 2015: 11). De hecho, en otros contextos se ha propuesto que el uso de objetos miniaturizados completamente funcionales, como los juguetes, se utilizaran para adquirir valores sociales y políticos (Chapa 2003; Sánchez Romero 2010; López-Bertran y Vives-Ferrándiz 2015). Un uso funcional previo que pudo pasar de los contextos domésticos a los rituales y ser depositado finalmente como ofrenda (López-Bertran 2015: 56). Así pues, en los casos estudiados aquí, tanto el vasito como el ánfora pudieron mantener su función original y contener pequeñas cantidades de los mismos líquidos que contenían las piezas de tamaño común o de sustancias distintas. Al ser depositados tras su uso en “mini-libaciones” u otras actividades como el banquete ritual, conmemorarían las prácticas celebradas en dichos espacios (Barfoed 2015: 173-174). En el caso de las cuatro cuevas indicadas, los valores sociales que se transmitirían estarían relacionados tanto con la preparación de alimentos y el servicio de mesa, en el marco de un banquete ritual, como con el tejido, actividades de gran relevancia en la sociedad ibérica.

En otras ocasiones, se ha planteado que estos pequeños recipientes no contendrían las mismas sustancias que sus homólogos en tamaño común, sino que servirían para contener sustancias psicotrópicas (Guerra 2006: 371). Tanto las miniaturas citadas como los tarritos que hallamos en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (1) y en la Cova de les Dones (3) o los ungüentarios, como el que hallamos en la Cueva de los Mancebones (1), pudieron utilizarse para almacenar drogas que fueran consumidas en algún momento clave de la celebración del ritual como *piezas esenciales del culto* (Guerra 2006: 397). Es posible que éstas no fueran ingeridas por la totalidad del grupo que asistiera a los rituales, sino tan solo por un grupo reducido y selecto de participantes. De ser así, es interesante reflexionar sobre la presencia de adormideras representadas en una de las cerámicas de la Cueva de la Torre del Mal Paso, con propiedades medicinales, alucinógenas y narcóticas, cuya interpretación abordaremos más adelante. Lo cierto es que la ingesta de sustancias psicotrópicas en un espacio ya de por sí desconocido y misterioso, como puede ser una cueva, alteraría las percepciones sensoriales de los participantes, permitiéndoles conectar con otras realidades paralelas y mágicas (López-Bertran 2015: 57). Del mismo modo que el alcohol formaba parte de las prácticas de consolidación de las estructuras sociales en la antigüedad (Dietler 1990), las drogas también pudieron utilizarse como elementos de cohesión de determinados grupos o en determinados rituales.

Fíbulas

Aunque la fragmentación de los elementos metálicos nos impide, en la mayoría de casos, identificar los objetos depositados en las cuevas analizadas, sí que contamos con al menos 5 fíbulas en 4 de las cuevas. En la Cueva Merinel y la Cueva del Sapo tan solo contamos con las descripciones previas a la pérdida de las piezas

(Martínez Perona 1992: 269; Portell 1983). En el caso de la Cueva de la Torre del Mal Paso y la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, son fragmentos cuya forma nos indica que podría tratarse de partes pertenecientes a, al menos, 3 fibulas de bronce. Sin embargo, en Mal Paso, no descartamos que parte de los objetos metálicos se asocien con los materiales de época romana, ya que en algunos casos en los que la conservación era bastante buena, sí que hemos identificado, por ejemplo, una fibula tipo Omega.

Este tipo de ofrendas está presente en otras cuevas del mundo ibérico, tanto en grandes acumulaciones, como en la Cueva de la Lobera (Castellar, Jaén) y el Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén) (Rueda 2011: 148); y también como ofrendas esporádicas en otras cuevas como la Cova de la Font Major (l'Espluga del Francolí, Tarragona) (Vilaseca 1969: 200, fig. 46), la Cova Freda (Montserrat, Barcelona) (Colominas 1925: 70-72), la Cova Bolta (Real de Gandia, Valencia) (Gil-Masarell 1975: 313) o la Cova de les Dones/Cova de les Dames (Bussot, Alicante) (López y Valero 2003: 3), entre otras.

La presencia de fibulas en contextos culturales se interpreta como evidencia indirecta de las ofrendas de vestimenta, ya sean mantos o túnicas (Corzo 1991: 402; Izquierdo 2001: 306). Así pues, no solo las fusayolas o las pesas de telar, sino también otros elementos como las fibulas, asociadas a los resultados de la producción textil, pudieron formar parte del conjunto de objetos ofrecidos en las prácticas rituales (Izquierdo 2001: 306). En algunas ocasiones, su simbolismo va más allá de la importancia del tejido en la sociedad ibérica, al contar con formas zoomorfas como una de las fibulas halladas en la Cova Freda de Montserrat (Barcelona), cueva en la que además se documentan inhumaciones posiblemente asociadas a los materiales ibéricos (Font i Serra 1980).

Anillos y anillas

También es interesante la presencia de anillos de bronce, con características diversas, en 5 de las 19 cuevas: Cueva del Cerro Hueco (4) (fig. 6.15.1), Cueva del Puntal del Horno Ciego II (2) (fig. 6.15.2), Cueva de la Torre del Mal Paso (1) (fig. 6.15.3), Cueva Merinel (1) (fig. 6.15.4) y Cova de les Dones (2) (fig. 6.15.5). Todos estos ejemplos evidencian la ofrenda de adornos personales en estos espacios que, aunque no es un patrón repetido en todas las cuevas, debe tenerse en cuenta a la hora de interpretar el carácter privado de algunas de las ofrendas.

Al igual que las fibulas, los anillos son adornos que aparecen en grandes acumulaciones en los santuarios del Alto Guadalquivir (Rueda 2011: 148) y de manera esporádica en otras cuevas. Generalmente son anillos sencillos, aunque en algunas ocasiones se documentan anillos con chatón decorado, similares a los que hemos estudiado aquí, como en la Cova dels Pilars (Agres, Alicante), en la que se representa una figura antropomorfa con las manos destacadas en un anillo y dos aves enfrentadas por el pico en otro (Grau 1996a: 94, fig. 10). González-Alcalde (2006a: 235) cita otro anillo con dos aves en la Cova "C" del Cingle Blanc o del Ruffí (Arbolí, Tarragona), aunque no las incluye en el catálogo general y dudamos de que dicha adscripción sea correcta.

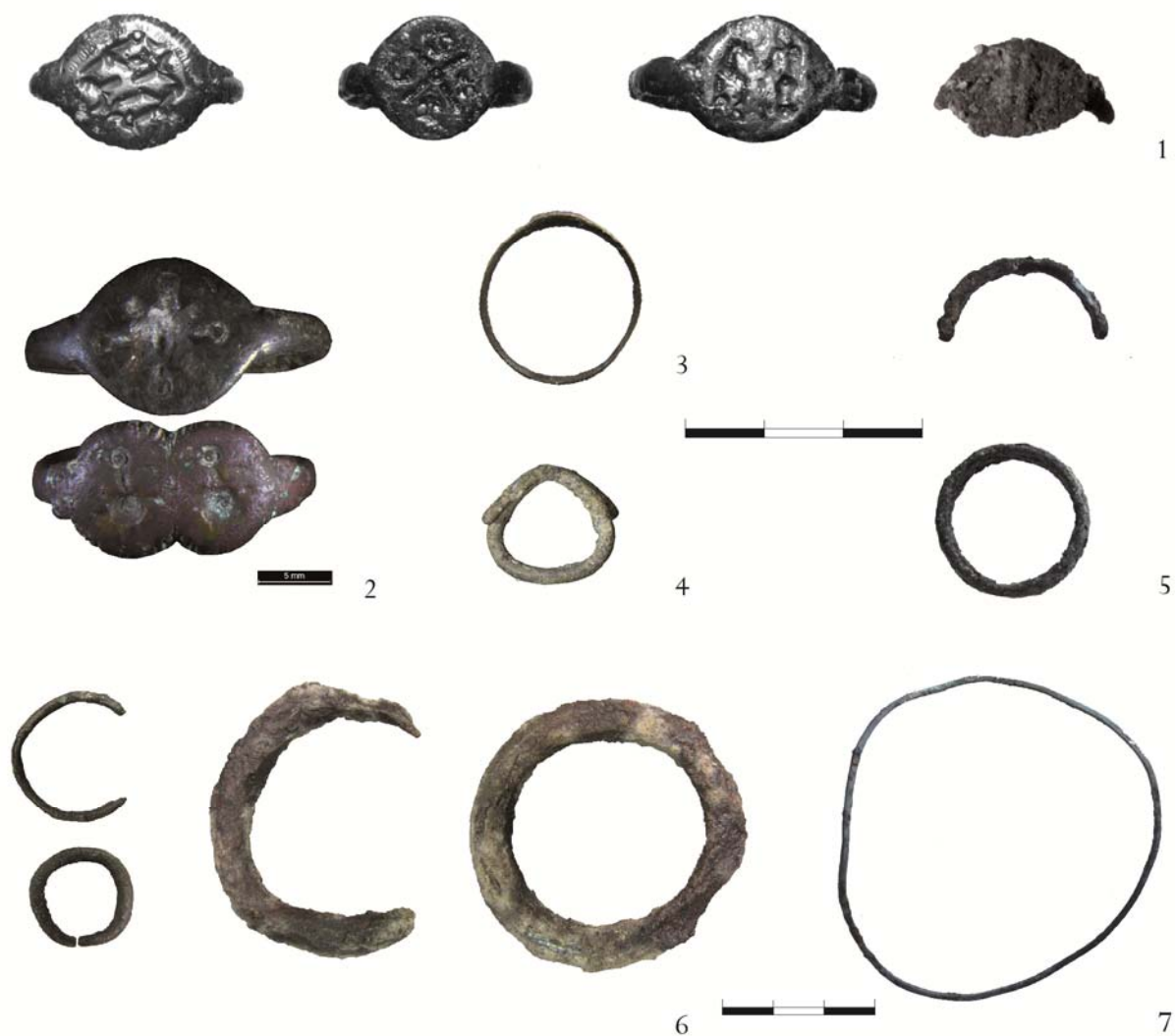


Fig. 6.15. Anillos (1-5) y anillas (6-7) documentados en las cuevas estudiadas: Cueva del Cerro Hueco (1) (Archivo Fotográfico del SIP, sin escala), Cueva del Puntal del Horno Ciego II (2), Cueva de la Torre del Mal Paso (3 y 6), Cueva Merinel (4), Cova de les Dones (5 y 7).

Aparte de los anillos, también hallamos varios tipos de anillas con un tamaño mayor al de los anteriores. Sin embargo, cuatro de ellas (dos de bronce y dos de hierro) se hallan en la Cueva de la Torre del Mal Paso y, tal y como hemos indicado anteriormente, pudieron asociarse con momentos de frecuentación posterior (fig. 6.15.6). También documentamos en la Cova de les Dones, una anilla o arete, pero de un grosor mucho menor al de las anillas de Mal Paso, que pudo servir de brazaletes (fig. 6.15.7). Es interesante indicar que sus características formales son muy similares a las que aparecen en otras cuevas como la Cova dels Pilars (Agres, Alicante) (Grau 1996a: 94, fig. 10), la Cova de la Font Major (l'Espluga de Francolí, Tarragona) (Vilaseca 1969: lám. XVII) o la Sima de l'Aigua (Carcaixent, Valencia) (Aparicio 1997: 348, foto 1).

Aunque no todos los ejemplos indicados cuenten con las mismas características formales, es interesante valorar su presencia en el contexto de las prácticas rituales que se pudieran llevar a cabo en las cuevas. La presencia de este tipo de anillas en la Cova dels Pilars (Agres, Alicante) o en la Cueva de la Lobera (Castellar,

Jaén) se han interpretado como evidencias indirectas de la ofrenda del peinado (Rueda 2013: 370; Rueda *et al.* 2016: 56; Grau y Amorós 2013: 200). Así pues, estos aros o anillas son semejantes a las que se representan en la iconografía ibérica adornando los extremos de las trenzas, los cuales son considerados signos de juventud (Izquierdo 1998-1999). Por tanto, es interesante valorar el simbolismo del aspecto personal de los participantes al iniciar y al finalizar el ritual en estas cuevas (Grau y Amorós 2013: 200).

Importaciones

Evidentemente, el valor que se le otorgue a una ofrenda dependerá del sentido que tenga para la persona o el grupo de personas que la depositen. Sin embargo, existen determinados elementos que, por su origen, se les suele otorgar un valor mayor que al resto de ofrendas. Este es el caso de las importaciones. Sin embargo, el registro material estudiado aquí evidencia que la presencia de importaciones en cuevas es minoritaria y no siempre implica una práctica ritual. Su funcionalidad dependerá tanto de las formas como del contexto al que se asocien.

Tal y como hemos indicado en el capítulo 4 y desarrollaremos en el capítulo 9, pensamos que las cuevas y abrigos de la provincia de Castellón en las que se han identificado importaciones fenicias (Cova de Can Ballester, Cova dels Orgues y el Abric de les Cinc) y griegas (Cova dels Orgues y Abric de les Cinc), no se asocian con actividades rituales. Además, la mayoría de importaciones documentadas en estas cuevas y abrigos son grandes recipientes, *pithoi* y ánforas, principalmente, y no vajilla de mesa como se documenta en otros contextos claramente rituales. Por el contrario, las importaciones griegas halladas en la Cueva de los Mancebones (una pátera L24), la Cueva del Cerro Hueco (cuatro recipientes de origen ático: dos bases de formas abiertas recortadas y dos páteras L24 y L24/25) y la Cova de les Dones (un *skyphos* y una pátera L21), sí que podrían asociarse a una práctica ritual (fig. 6.16). Aunque de cronologías tardías también hemos identificado la presencia de Campaniense A en la Cueva Santa del Cabriel y Campaniense B en la Cueva de la Cocina. Sin embargo, no podemos relacionarlas con un uso ritual en estos momentos.

Las importaciones están presentes en las cuevas de otros territorios, pero siempre de manera puntual. Generalmente, las formas identificadas son páteras y copas de formas similares a las documentadas en las cuevas estudiadas (L21, L24, L25 y L42), como las que se hallaron en la Cova de les Encantades (Cabrera de Mar, Barcelona) (Coll *et al.* 1994: 37-38), la Cova del Volcán del Faro (Cullera, Valencia) (Fletcher y Aparicio 1969: 10; López-Bertrán 2015: 52), la Cova Fosca (Ondara, Alicante) (Gil-Mascarell 1975: 315; López-Bertrán 2015: 53), la Cova de les Dames (Bussot, Alicante) (Grau y Moratalla 1999: nota 2), la Cova de la Pinta (Callosa d'En Sarrià, Alicante) (Gil-Mascarell 1975: 315) o la Cova de la Pastora (Alcoi, Alicante) (Machause *et al.* e.p.), entre otras. Destaca, sin embargo, el ánfora ática de figuras rojas hallada en la Cova dels Pilars (Agres, Alicante), cuya decoración se ha relacionado con los ritos de iniciación desarrollados en esta cueva (Grau 1996a: 86-89; Grau y Olmos 2005).

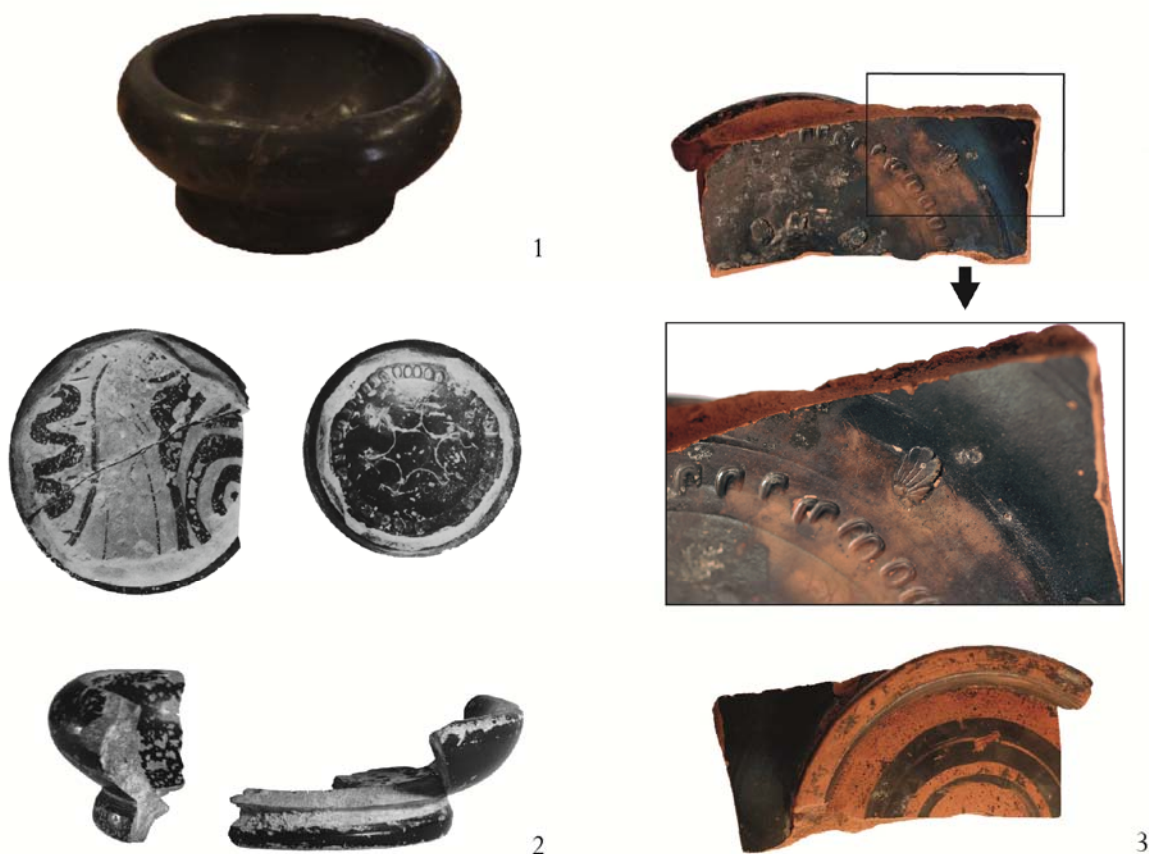


Fig. 6.16. Ejemplos de importaciones en cuevas con evidencias rituales: Cueva de los Mancebones (1), Cueva del Cerro Hueco (2) y Cova de les Dones (3). A partir de Cisneros (1983: fig. 1), Aparicio y Latorre (1977) y Archivo Fotográfico del SIP (2). Varias escalas.

La presencia de cerámicas de importación, mayoritariamente de origen ático, en contextos culturales ibéricos representa un elemento de gran valor y prestigio (Quesada 1994, 1995). Se ha planteado que estas cerámicas se utilizaran, principalmente, para el consumo colectivo y ritualizado del vino entre las élites (Blánquez 1994: 334, 1995: 224; Quesada 1994: 114), pudiendo utilizarse también para libaciones y convertirse en ofrendas, como *fossilización* de las prácticas rituales previas (Ruiz y Rueda 2009: 74). Los ejemplos observados hasta la fecha evidencian la versatilidad de usos que estas cerámicas tendrían, pudiendo incluso perder completamente su funcionalidad como recipientes al ser recortados y depositados como talismanes o recuerdos (Olmos y Tortosa 2009: 63). Este es el caso del medallón recortado que hallamos en la Cueva del Cerro Hueco, decorado con un grifo que aumenta además su simbolismo. Aunque las cuestiones iconográficas de esta base recortada se señalarán en el próximo apartado, es interesante reflexionar aquí sobre su reformulación simbólica. Así pues, la vajilla ática hallada en contextos sacros ibéricos no tiene por qué mantener su uso y significado original, como ocurre por ejemplo en la utilización de cráteres áticos como urnas funerarias en las necrópolis ibéricas (Ruiz y Rueda 2009: 74).

Finalmente, aunque no conocemos el uso de los recipientes de barniz rojo en los contextos rituales, ni tampoco su contenido, es interesante remarcar que este tipo de cerámicas siempre suele aparecer en forma de

botella, con paralelos exactamente iguales en varios poblados del ámbito ibérico (C. Mata c.o.). Estos pequeños recipientes, presentes en la Cueva de la Torre del Mal Paso, pudieron utilizarse como ungüentarios y/o contenedores de perfumes. Sin embargo, su relevancia en estos contextos pudo derivar tanto del contenedor como del contenido.

Evidencias iconográficas

Aunque las evidencias iconográficas documentadas son bastante limitadas, es interesante analizar su simbolismo, ya que también pueden informarnos sobre las prácticas rituales. A continuación, describiremos y analizaremos las representaciones iconográficas más significativas halladas en 4 de las 19 cuevas, teniendo en cuenta, además, su simbolismo en otros contextos rituales.



Fig. 6.17. Evidencias iconográficas de aves procedentes de la Cueva de la Torre del Mal Paso (1), la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (2), la Cueva Santa del Cabriel (3), la Cueva del Cerro Hueco (4) y la Cova de les Dones (5). Varias escalas.

El motivo figurado más común es el **ave**, presente sobre diversos soportes en 4 de las 19 cuevas: Cueva de la Torre del Mal Paso, Cueva del Puntal del Horno Ciego II, Cueva Santa del Cabriel y Cueva del Cerro Hueco. En el caso de la Cueva de la Torre del Mal Paso, el ave protagoniza la decoración de una de las tinajas (CTMP29) (fig. 6.17.1). En el Puntal del Horno Ciego II, es un anillo de bronce el que presenta un

chatón con dos aves (CPHC_V19) (fig. 6.17.2). El ejemplo de la Cueva Santa del Cabriel es una mano de mortero en miniatura con dos apéndices (CSM243). El apéndice conservado representa una cabeza de ave, que seguramente se repitiera en el que está fragmentado (fig. 6.17.3). Y finalmente, en Cerro Hueco se describe y fotografía una supuesta fusayola decorada con una estampilla que representa a un ave junto a un motivo indeterminado (CCH49) (fig. 6.17.4). Además de estos cuatro ejemplos, claramente identificables, en la Cova de les Dones se documentó un fragmento de estalactita cuyo simbolismo comentaremos más adelante, que pudo haber sido recogido por su forma. Sin embargo, esta interpretación es evidentemente más subjetiva que el resto de ejemplos. Personalmente, pensamos que pudo ser recortada y depositada como exvoto al poseer un aspecto antropomorfo o zoomorfo, posiblemente un ave (fig. 6.17.5).

La representación de las aves en cuevas rituales es una pauta que se repite tanto en los ejemplos estudiados aquí como en otras zonas: la Cova dels Pilars (Agres, Alicante) (Grau 1996a: 94), la Cueva de la Nariz (Umbría del Salchite, Murcia) (Lillo 1983; Ocharán 2013, 2015, Sánchez Moral 2016), o el Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén) (Rueda 2013: 364), entre otras. Aunque los soportes son distintos, sobre un anillo, un recipiente cerámico o un exvoto, respectivamente, existe un código temático y simbólico común. Esta pauta puede indicar un ritual, una divinidad, un objetivo y/o un grupo social similar. Además, las aves no están tan solo presentes a través de la iconografía, sino que el registro arqueozoológico también evidencia su presencia en estos contextos. Sin embargo, hasta la fecha, el número de restos y sus características no es lo suficientemente representativo como para considerar su implicación directa en los rituales llevados a cabo en las cuevas estudiadas. Aún así, las últimas investigaciones desarrolladas en la Cueva del Águila (Orcera, Jaén), excavada en octubre de 2015, han evidenciado un depósito intencionado de varias aves en una favissa inalterada (Rueda y Bellón e.p.). Por tanto, sería interesante no solo interpretar la presencia de estas aves como intrusiones, sino replantearse su depósito intencionado en las prácticas rituales ibéricas.

En el marco de las ofrendas producidas en estas cuevas, las cerámicas, anillos, elementos miniaturizados o fusayolas, aumentarían su simbolismo al contener la representación de un ave, ya sea considerada como personificación del poder divino o, simplemente, una mensajera. El simbolismo del ave asociado generalmente con la esfera femenina (Tortosa 1996; Olmos 2000-2001; Prados 2004; Izquierdo 2008: 134-136, 2014) aumentaría además, cuando el soporte sobre el que se representa está, así mismo, relacionado con la imagen de la mujer. Este es el caso de la posible fusayola del Cerro Hueco, cueva en la que además se produce una acumulación de más de 200 fusayolas, elementos exponentes del género femenino (Izquierdo 2008: 127-128).

Aparte de las aves, también contamos con otras imágenes que, aunque no son tan representativas, sí que es interesante destacar su presencia en estos contextos. Uno de los ejemplos más interesantes es la base de copa de figuras rojas hallada en la Cueva del Cerro Hueco, decorada con un prótomo de **grifo** con las fauces abiertas surgiendo de la tierra, rodeado de elementos acuáticos y florales (CCH11) (fig. 6.18.1). La representación de grifos, tanto sobre cerámica griega como indígena, se ha documentado en varios yacimientos

ibéricos, mayoritariamente en contextos rituales y funerarios, con sentido apotropaico (Ramos 1997). Aunque este es el único ejemplo presente en el contexto ritual de una cueva, sí que se han documentado representaciones similares en necrópolis como en el medallón del *kylix* de figuras rojas del enterramiento 4F3 de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete) (Alcalá-Zamora 2003: 104-106, fig. 4.28) o en el del *ustrinum* B-1 de Baza (Granada) (Presedo 1982: 285, fig. 215) (fig. 6.18.2-6.18.3). Además contamos con cinco evidencias más de características similares en los *kylix* 70-73 y 23.366 del pecio de El Sec (Cista de Calvià, Mallorca), atribuidas al grupo del pintor de Viena 116 (Arribas *et al.* 1987: 102-103, fig. 19, láms. XLII-XLIV).

Generalmente, el grifo adopta dos actitudes: protector del ajuar y del difunto en su camino al reino de los muertos o monstruo terrorífico al que el varón debe enfrentarse en un combate heroico (Ramos 1997; Mata *et al.* 2014: 137-141, 188-193). La *grifomaquia* o la lucha del hombre contra seres fantásticos y feroces, en general, es uno de los relatos heroicos que se repiten en la iconografía ibérica, siempre relacionada con los varones. En el contexto de una cueva, este ser fantástico podría representar el *demon* o monstruo al que debía enfrentarse el iniciado para superar la prueba a la que era sometido (apéndice de González Alcalde en Grau y Olmos 2005).

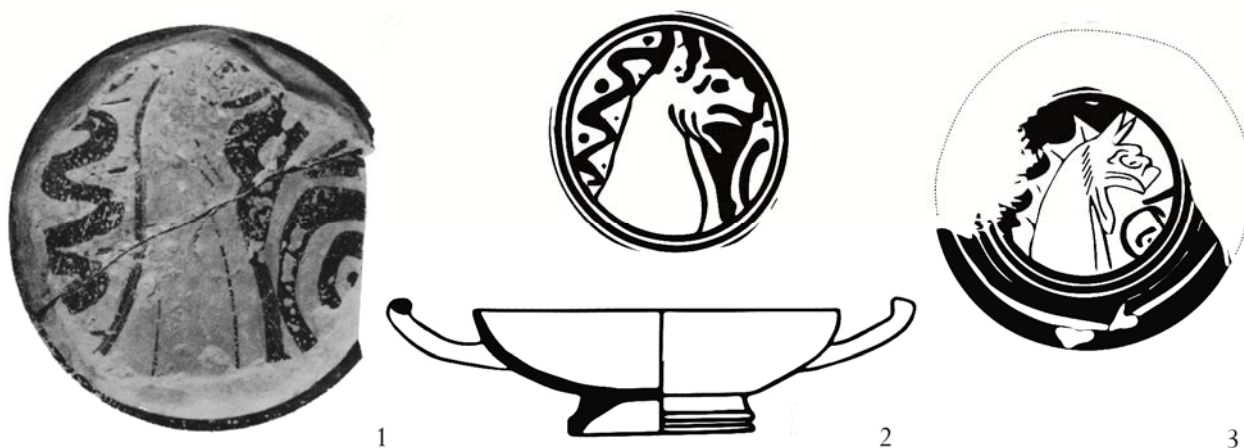


Fig. 6.18. Evidencias iconográficas de grifos en las cuevas estudiadas (1: Cueva del Cerro Hueco) y paralelos procedentes de otros yacimientos: 2. Necrópolis de Pozo Moro (a partir de Alcalá-Zamora 2003: fig. 4.28A.1); 3. Necrópolis de Baza (a partir de Presedo 1982: fig. 215). Varias escalas.

El tercer ejemplo iconográfico es el depósito de un plato de **peces** en la Cueva de la Torre del Mal Paso (CTMP53) (fig. 6.19). Se conservan dos peces que se desplazan hacia la derecha, de cuerpo reticulado y finos trazos representando sus aletas. Del mismo modo que los grifos y las aves se interpretan en algunos contextos como seres conectados con el mundo supraterráneo, los peces también se han relacionado con el más allá en el imaginario ibérico (Aranegui 1996). Bien es cierto que no todos los contextos en los que se hallan son funerarios o culturales. Sin embargo, su representación junto con elementos vegetales, como las hojas cordiformes, se ha interpretado como una posible concepción del orden del universo y tránsito a la otra vida. Los peces, conocedores del camino, se convierten en talismanes y acompañan al difunto al más allá atravesando

los mares (Aranegui 1996: 411, 2005: 188-189). En el caso de Mal Paso, este plato pudo ser depositado como ofrenda en relación a los restos de inhumaciones previas, en el marco de una memoria ancestral creada, tal y como veremos en el siguiente capítulo.



Fig. 6.19. Plato de peces hallado en la Cueva de la Torre del Mal Paso.

Por último, dentro del conjunto de cerámicas con decoración vegetal, nos gustaría destacar las seis cápsulas de **adormidera** de uno de los grandes recipientes hallados en la Cueva de la Torre del Mal Paso (CTMP23): cápsulas solitarias y coronadas por radios que representan el disco estigmático y pedúnculos ondulados con dos trazos en la base de algunas de ellas (fig. 6.20). Este es uno de los pocos ejemplos en los que hemos podido identificar la especie vegetal representada. Las características formales de las decoraciones vegetales ya se han indicado en el catálogo, entre las que destacan por calidad, cantidad y complejidad, las de Mal Paso. Generalmente identificamos hojas cordiformes o de hiedra y algunas herbáceas. Aquí es interesante reflexionar sobre el simbolismo de las cápsulas de adormidera en el contexto cultural de una cueva. La información iconográfica y arqueobotánica, así como las narraciones mitológicas y los escritores clásicos, demuestran su consumo desde la Prehistoria, ya sea para utilizar su aceite o para extraer su opio o látex, con fines narcóticos, analgésicos y sedantes (González-Wagner 1984: 33; Izquierdo 1997: 67; Guerra 2002: 50; Juan-Tresserras 2002: 262; Guerra y López 2006: 12). Se piensa que serviría, entre otros, para facilitar el tránsito a la muerte y calmar las dolencias, afrontar el combate o incluso para luchar contra la tristeza (Mata *et al.* 2010: 144).

Aunque los hallazgos arqueobotánicos de *Papaver somniferum* L. no son muy abundantes en los yacimientos ibéricos, documentándose tan solo en dos poblados, el Castellet de Bernabé y *Kelin* (Mata *et al.* 2010: 139), sí que contamos con una interesantísima fuente de información iconográfica que demuestra que esta planta era conocida y valorada en el imaginario ibérico (Guerra 2006: 350). Aún así, en algunas ocasiones

es muy complicado diferenciarlas de las granadas, cuyo tamaño es mayor y su forma es más redondeada, pero el resto de sus características son muy similares (Tortosa 1996: 184; Izquierdo 1998-1999: 139).

Es interesante remarcar aquí que las representaciones de adormideras se asocian generalmente con imágenes femeninas en contextos funerarios o rituales. De hecho, se ha propuesto que determinadas mujeres fueran las administradoras de estas drogas, ya que son ellas las que aparecen mayoritariamente en las representaciones iconográficas y además se conocen ejemplos en los que las portan directamente, como en el caso de la Dama de la Adormidera de la Alcudia de Elche (Alicante) (Benoit 1957; Guerra 2006: 392; Mata *et al.* 2010: 144; Izquierdo 2012: 289 y 292). En el Mediterráneo Antiguo, estas plantas simbolizaban dos elementos completamente distintos. Por una parte, eran vistos como símbolos de abundancia, fertilidad, amor y vida, seguramente por la abundancia de sus semillas, asociados a divinidades femeninas; pero por otra, también se relacionaban con el mundo ctónico, como símbolos de la muerte y la resurrección, debido a sus propiedades somníferas (Izquierdo 1997: 91-92; Becerra 2006: 14; Guerra 2006: 140).



Fig. 6.20. Ejemplo de las adormideras representadas en uno de los grandes recipientes hallados en la Cueva de la Torre del Mal Paso.

En el caso de Mal Paso, es posible que el depósito de una cerámica decorada con estos motivos simbolizara el mundo de los muertos al que se conecta de manera directa al contar con varias inhumaciones de momentos previos, las cuales serían visibles durante el uso de este espacio en época ibérica. Sin embargo, tampoco descartamos que su presencia iconográfica en estas cuevas indique un consumo durante las ceremonias

rituales, el cual produciría un estado de tránsito o éxtasis, facilitando así el acercamiento a las divinidades (González-Wagner 1984: 32; Guerra y López 2006: 19). La ausencia de datos arqueobotánicos impide demostrar una hipótesis de este tipo, aunque recientemente se ha propuesto como evidencia indirecta del consumo de drogas, la presencia de ungüentarios o pequeños recipientes hallados en espacios rituales (Guerra 2006: 369-371), los cuales sí que documentamos en otras cuevas como por ejemplo la Cova de les Dones (tres tarritos), la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (un tarrito) y la Cueva de los Mancebones (un ungüentario).

Además, es interesante reflexionar sobre el simbolismo de la cápsula de adormidera no solo cuando se representan aisladas, como en el ejemplo de Mal Paso, sino también cuando aparecen asociadas a algún animal o ser humano. Los ejemplos de este tipo muestran que las adormideras se asocian a las aves mayoritariamente, así como a la representación del género femenino (Izquierdo 1997: 75, 2008: 131-134; Mata *et. al.* 2010: 144). Un ejemplo lo vemos en el *kalathos* de la Serreta, decorado con una gran ave en medio de un jardín en el que brotan adormideras (Grau 1996b: 89, figs. 2 y 17). En el caso que presentamos aquí, hay que recalcar que el recipiente decorado con las cápsulas de adormidera comparte espacio con la tinaja decorada con un ave, por lo que aunque estuvieran en recipientes distintos, pudieron compartir simbolismo en el contexto ritual de una cueva. Nuestra propuesta es que la presencia de inhumaciones de momentos previos, influyera en las prácticas rituales llevadas a cabo en este espacio cercano al poblado.

El último motivo a tener en cuenta es el que documentamos en uno de los anillos de bronce de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (CPHC_V18) (fig. 6.15.2). Este motivo puede ser identificado como un **soliforme** o puede representar también un elemento floral, similar al que se representa en la fusayola de Cerro Hueco, junto al ave (CCH49). Sin embargo su identificación es bastante complicada. Es interesante indicar, de todos modos, que de tratarse de una representación del astro solar, esta pudo estar en relación con la iluminación de ambas cavidades, con acceso tipo sima, en determinado momento del día o del año, como analizaremos en el capítulo 10.

En definitiva, imágenes del mundo cotidiano (aves, peces, plantas...) e imágenes de un mundo fantástico (grifo), que invaden la esfera ritual. Aunque no sean considerados elementos simbólicos *per se* y su número sea bastante reducido, su selección para ser depositados en el espacio cultural de una cueva, así como su significado en otros contextos, evidencia una implicación directa en el simbolismo del acto ritual en conexión con el más allá.

Otros

Aparte de los objetos esporádicos más representativos que hemos enumerado, también queremos indicar la presencia de otros elementos que, aunque no son tan numerosos, también debe tenerse en cuenta su presencia en estos espacios y su posible uso simbólico.

En primer lugar, es interesante destacar la presencia de recipientes para la preparación de alimentos como los **morteros** o las manos de mortero hallados en 5 de las 19 cuevas. Estos recipientes pudieron utilizarse para la preparación de alimentos consumidos en el banquete ritual u otras sustancias ingeridas o destinadas a la libación. Pero también pudieron servir para la preparación de sustancias psicotrópicas como se ha planteado en otros contextos culturales (Sherratt 1991: 53; López-Bertran 2007: 153). Los morteros, con estrías internas o con piedrecitas incrustadas, están presentes en dos cuevas claramente rituales: Cueva del Sapo (1) (fig. 6.21.1) y Cueva de la Torre del Mal Paso (1) (fig. 6.21.2). A estos, se une la presencia de una mano de mortero de reducidas dimensiones en la Cueva Santa del Cabriel (fig. 6.21.2). Si observamos el registro material del resto de cuevas ibéricas, vemos que el mortero no es para nada una forma común. De hecho, tan solo existe una referencia dudosa en relación a un mortero o lebrillo en la Cova de les Meravelles (Xaló, Alicante), considerada un espacio de refugio (2002-2003b: 60). De todos modos, la bibliografía citada no permite adscribirlo a época ibérica (Boronat 1983: 59; Molina 1998: 79-86). Por tanto, aunque de manera anecdótica, estos recipientes de molienda formarían parte de las prácticas rituales desarrolladas en al menos dos de las cuevas analizadas.



Fig. 6.21. Morteros hallados en las cuevas con claras evidencias de actividad ritual: Cueva del Sapo (1) y Cueva de la Torre del Mal Paso (2).

En segundo lugar, aunque tan solo se documentan tres **mieleras** en una de las cuevas estudiadas y no se cita la presencia de recipientes con resalte similar en la bibliografía consultada para el resto de territorios ibéricos, nos parece interesante resaltar su presencia en la Cueva de la Torre del Mal Paso (fig. 4.33). El pequeño reborde se rellenaría con agua para impedir que insectos como las hormigas alcanzasen el producto

almacenado, al mismo tiempo que se evitaría que los líquidos contenidos se derramaran por las paredes del recipiente (Fletcher 1953b; Broncano y Blázquez 1985: 273; Morais 2006: 150-151). La miel es un producto de gran importancia en la dieta diaria. Este alimento fue utilizado en la preparación de perfumes, ungüentos y aceites aromáticos; gracias a sus propiedades antisépticas, fue utilizado como medicamento y conservante, tanto de alimentos como de cadáveres (Bonet y Mata 1995). Además, se consideraba un producto lujoso y divino, relacionado con la inmortalidad, depositado como ofrenda durante algunas actividades rituales (Vázquez 1991: 69). En el contexto de una cueva, la presencia de estos recipientes relacionados con la miel pudieron adquirir distintos significados, siendo esta una ofrenda en sí misma, utilizada en libaciones como se documenta en el pozo votivo de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia) (Ramallo y Brotons 1997: 265) o, incluso, utilizándose como sustancia aromática.

En tercer lugar, también nos parece relevante la presencia de **evidencias epigráficas** en las cuevas estudiadas, aunque sean muy limitadas (fig. 6.22). Del conjunto analizado, destacamos la tapadera cerámica con epígrafes ibéricos de la Cueva de la Torre del Mal Paso (Fletcher 1953a: lám. IV) (fig. 6.22.1). Además de esta tapadera, Moneo (2003: 42) indica la existencia de inscripciones grabadas en una de las fusayolas de la Cueva del Cerro Hueco. Aunque no hemos podido estudiar los materiales de dicha cueva, en los dibujos que publican Martínez Valle y Castellano (1996: lám. 3), la única fusayola que parece contar con algún carácter ibérico sería la número 70 (...Ki/Gi...N/I...R⁴⁹), aunque los autores no las identifican como tal (fig. 6.22.2).



Fig. 6.22. Evidencias epigráficas identificadas en la Cueva de la Torre del Mal Paso (1, 3 y 4) y la Cueva del Cerro Hueco (2).

⁴⁹ Agradecemos a J. Torregrosa su ayuda en la transcripción a partir de Martínez Valle y Castellano (1996: lám. 3).

En muchas ocasiones, las evidencias epigráficas se hallan en lugares destinados a actividades rituales o espacios con un importante valor colectivo, pudiendo ser muestra del tipo de ofrenda, rogativa, agradecimiento o conmemoración realizada allí, así como del propietario o el destinatario, entre otras opciones (Vizcaíno 2010: 185). La presencia de letreros inscritos sobre una pieza cerámica denota la singularidad de la misma, conservando posiblemente la memoria de aquello que simboliza. En la inscripción de Mal Paso, aunque muy mal conservada, se lee "...ATEUIA SABIR...ASÓRTONA..."⁵⁰(Fletcher 1985: 24). El elemento ORTIN aparece como formador de nombres personales, tanto como prefijo como sufijo (Unterman 1990: 398; Silgo 1992: 571; Velaza 2006: 250). Por lo tanto, ASORTONA o ASORTIN, según se lea, podría ser un nombre propio como aparece en una estela de Canet (Silgo 1992: 139; Oliver 1978: 273). Aunque en otras ocasiones se ha interpretado como "para asor" (Oliver 1978: 273). La información de la que disponemos hasta ahora no nos permite asegurar que se trate de una inscripción votiva, pero no debemos olvidar la relevancia que aportaría la epigrafía como evidencia ritual del conjunto. Además, la localización de dicha inscripción en una tapadera, siempre que no fuera utilizada con otros fines, contaría con una importante visibilidad. Esta podría estar relacionada con la funcionalidad y el uso de la cerámica en un contexto ritual, ya sea como tapadera de algún recipiente, contenedor o portador de ofrendas, o una ofrenda en sí misma.

La epigrafía en los recipientes cerámicos documentados en la Cueva de la Torre del Mal Paso no se reduce tan solo a esta tapadera, ya que algunos de los motivos que se incluyen en la decoración de parte de los recipientes podrían interpretarse también como signos ibéricos. Tanto el posible signo aislado "M" (CTMP23 y CTMP 44)⁵¹ (fig. 6.22.3), como el posible signo "Te" integrado en dos de las adormideras de la decoración (fig. 6.20), pudieron ser evidencias de la incorporación del signario ibérico al lenguaje pictórico, ya sea como elementos decorativos, marcas de propiedad, autoría u otras razones (Vizcaíno 2010: 74, 77-78; Silgo 1992). Estas evidencias, aunque no son comparables a los testimonios de ritualidad epigráfica identificados en espacios rupestres de la Celtiberia (Alfayé y Marco 2008; Alfayé 2009, 2013), demuestran una selección de piezas con motivos epigráficos para ser depositadas en un contexto ritual.

Si consultamos la bibliografía publicada sobre las cuevas con materiales ibéricos de otros territorios, observamos que la presencia epigráfica no es ni mucho menos una constante en los conjuntos materiales. Sin embargo, en la recopilación que realiza González-Alcalde (2006a) sobre las cuevas de Cataluña, se citan varias evidencias como un vaso con un grafito ibérico en la Cova Freda (Montserrat, Barcelona) (González-Alcalde 2006a: 199), una jarrita bitroncocónica con el grafito "IL" y dos fragmentos de cerámica gris con una inscripción ("AKAUATA") en la Cova de la Font Major (l'Espluga de Francolí, Tarragona) (González-Alcalde 2006a: 224-225) y un *graffiti* sobre un ánfora vinaria de la Cova "C" del Cingle Blanc o del Rufí (Arbolí, Tarragona) (González-Alcalde 2006a: 230). Si bien no son un elemento que se repita en estos contextos

⁵⁰ Otros leen: ...A.TE.URSABI...ASORTONA (Maluquer 1968: n° 173) o]*ETE.LAS***ASORTINA[(Unterman 1990: 397).

⁵¹ Este signo aislado se documenta en otros vasos de *Edeta*, *Kelin* y *Arse* (Bonet 1995: fig. 15 y 73; Vizcaíno 2010: fig. 4, entre otros).

culturales, sí que documentamos evidencias epigráficas en otros espacios naturales como algunos de los abrigos de los territorios orientales ibéricos, que han sido interpretados en clave ritual. Sin embargo, hemos decidido no tratar este tipo de contextos debido a la ausencia de materiales asociados. Simplemente nos limitaremos a recordar el supuesto valor sacro que se ha adscrito a estas evidencias datadas a partir del s. III a.C. (Pérez Ballester 1992; Fletcher y Silgo 1996-1997; Moneo 2003: 42; Silgo y Martínez Perona 2012; Campmajo 2012; Ferrer i Jané y Avilés 2016, entre otros).

Finalmente, nos gustaría hacer mención a la importancia que tendría la inclusión del espacio natural en las prácticas rituales. Nos referimos al depósito de **estalactitas** como parte de la ofrenda, recortadas y localizadas junto al resto de materiales. En concreto, nos referimos a una estalactita que a nuestro parecer tiene una forma natural que se asemeja a un ave. Esta fue hallada en el conjunto del centenar de vasos caliciformes recogidos por J. Donat y su equipo en la Cova de les Dones (figs. 4.286 y 6.17.5). No contamos con información detallada de dicha recogida que nos permita asegurar que esta estalactita formara parte del depósito ibérico, ya que simplemente pudo ser recogida por su original forma. Aún así, nos parece interesante indicar su presencia en este contexto ritual en el que evidentemente el agua se integraría en las prácticas rituales desarrolladas en el interior de la cueva, ya que la mayoría de vasos se hallaron acumulados en antiguos gourgs desecados.

Capítulo 7

Ritualizando el espacio y el tiempo

Una vez expuestas las variables contextuales y materiales detectables en el registro arqueológico, nos adentraremos en otras cuestiones más abstractas, que aunque no sean tan fácilmente demostrables, sí pensamos que deben indicarse. Nos referimos a cuestiones como las sensaciones experimentadas cuando se viaja hasta una cueva, se recorre su interior y, en algunas ocasiones, se comparte el espacio con otras prácticas rituales previas cuyo rastro todavía es visible.

En las siguientes líneas, comentaremos estas cuestiones y compartiremos nuestras propias sensaciones. Aunque esta aportación sea superficial y no desarrollemos estos temas más allá de una mera aproximación, seguiremos trabajando en esta línea en un futuro próximo, ya que pensamos que este tipo de enfoques son un interesante apoyo para interpretar los contextos rituales.

7.1. El viaje hasta la cueva

The act of moving may be as important as that of arriving (Tilley 1994: 31)

El viaje desde el poblado hasta la cueva debió tener un simbolismo muy importante en el imaginario ibérico. A través del viaje y el movimiento ritualizado, se produciría una *apropiación del paisaje sagrado* (Alfayé 2010a: 181). La práctica ausencia de poblamiento alrededor de la mayoría de las cuevas estudiadas, que analizaremos en el capítulo siguiente, al menos núcleos de tamaño significativo, es una evidencia indirecta de estos viajes. Una acción tan cotidiana como la de caminar, se ritualiza al dirigirse hacia los límites del territorio, a un lugar sagrado y con un objetivo simbólico.

Este tipo de viajes rituales, sean denominados peregrinaciones o no, han sido estudiados desde campos tan diversos como la sociología, la antropología o la arqueología (ver Turner 1974; Turner y Turner 1978; Eade y Sallnow 1991; Morinis 1992; Graham-Campbell 1994; Coleman y Elsner 1995; Dillon 1997; Coleman 2002; Coleman y Eade 2004; Elsner y Rutherford 2006; Caseau *et al.* 2006; Cummings y Johnston 2007; Gibson 2007; López-Bertran 2011a; Alfayé 2010a; Marco *et al.* 2010; Ledo 2012; Coleman 2013, entre otros). No es nuestro interés entrar en el debate sobre cuestiones como la universalización y la aplicación de este término a culturas y momentos cronológicos distintos, las connotaciones cristianas del término, u otras cuestiones como la distancia mínima que debe recorrerse para considerarse peregrinación (Coleman 2002; Alfayé 2010a: 178). Por más que existan distintas opiniones sobre las connotaciones de este término, la mayoría de investigadores coinciden en que una peregrinación implica un viaje y un destino sagrado. Nos centraremos, por tanto, en estas dos cuestiones, con el objetivo de comprender este tipo de viajes rituales y su simbolismo en época ibérica.

Tal y como indica Stoddart (1997), para estudiar el fenómeno de la peregrinación se deben considerar cuatro elementos esenciales: el destino, la distancia, la magnitud y la motivación. En nuestro caso, el **destino**

sagrado se simboliza en las cavidades. Ya hemos expuesto en el capítulo anterior, los elementos intrínsecos con los que cuentan las cuevas y que les aportan un simbolismo único. Este poder de atracción ha perdurado a través del tiempo, tal y como demuestran las prácticas funerarias desarrolladas durante la Prehistoria (Soler 2002) y su perduración como espacios de culto incluso en la actualidad (Moya 1998; Lorrio *et al.* 2006). Por tanto, aunque en los casos aquí analizados no existan evidencias arquitectónicas de ningún tipo, el propio espacio natural es un contexto idóneo para desarrollar prácticas rituales y provocar el contacto con el más allá, convirtiéndose en verdaderos *imanes espirituales* (Preston 1992: 33).

La **distancia** es otro dato a tener en cuenta en este tipo de viajes. Tal y como veremos en el siguiente capítulo, la mayoría de cuevas estudiadas se encuentran en los límites del territorio, por lo que para acceder a ellas, sería necesario realizar desplazamientos de cierta distancia. Aunque estos viajes fueran a escala local o regional y no puedan compararse con las grandes peregrinaciones como, por ejemplo, el Camino de Santiago actual (Alfayé 2010a: 178), consideramos que el mero hecho de salir del hábitat hasta un punto alejado del paisaje, con el objetivo de realizar algún tipo de práctica ritual en un contexto natural, debió tener una carga simbólica muy elevada (Turner y Turner 1978). De hecho, tal y como indica Alfayé (2010a: 178), las fuentes literarias, epigráficas y arqueológicas, muestran que los viajes sagrados en la antigüedad implicarían distancias que podrían durar entre uno y tres días. Evidentemente, no podemos conocer la **magnitud** de estos fenómenos arqueológicamente. La intensidad o la frecuencia de uso de estos espacios no tienen por qué ser una evidencia directa del número de personas que viajaron hasta ellos. Puede ser que los rituales realizados en el interior de las cuevas estuvieran reservados a determinados grupos, a juzgar por la escasez de materiales. Sin embargo, las peregrinaciones hasta el espacio ritual pudieron protagonizarse por un grupo más numeroso que el que se adentrara después en la cueva. Del mismo modo que tendremos en cuenta las actividades que se realizarían en el interior, también debemos considerar aquellas que se produjeron en el camino, así como en el área de su entrada. Estos espacios abiertos estarían menos limitados socialmente que el interior, en los que las zonas más oscuras y complicadas pudieron restringirse a determinados grupos según el estatus, la edad o el género. En algunos ejemplos, como las cuevas rituales de Mesoamérica, se han documentado incluso modificaciones arquitectónicas que restringirían el acceso a las salas más remotas (Brady 2000a: 220; Askey y Moyes 2015: 112).

Finalmente, la **motivación** que movería a un individuo o a un grupo de personas a desplazarse hasta la cueva, aunque pudo variar con el paso del tiempo, será otro de los elementos a tener en cuenta para considerar en el viaje ritualizado. Morins (1992: 10-14) establece diferentes tipos de motivaciones para clasificar las peregrinaciones, ya sea para encontrarse con la divinidad (devocional), para cumplir un objetivo determinado, como por ejemplo curarse de una enfermedad (instrumental), para cumplir con un ciclo ritual o calendario festivo (normativa), para seguir la regla de una determinada sociedad o religión (obligatorio), para transformar el estatus (iniciática) o incluso aquellos que no tienen una motivación concreta pero visitan el santuario por

curiosidad (errante). Sin embargo, no es tan sencillo clasificar las distintas motivaciones para realizar un viaje ritualizado a un lugar simbólico en la antigüedad (Elsner y Ruthenfort 2006; Alfayé 2010a: 180). Aunque el destino sea común, las motivaciones pudieron ser complementarias y variar con el paso del tiempo (Shadow y Rodríguez 1990; Nordin 2009: 197). Por ello, aquí nos centraremos en analizar de manera global el simbolismo y significado de dicho viaje, sin entrar en cuestiones de clasificación.

Entendemos las peregrinaciones a las cuevas como viajes ritualizados hacia los límites del territorio, protagonizados por un grupo de personas con un destino común -la cueva-, y con un objetivo común -participar u observar las prácticas rituales en el emplazamiento natural de la cavidad-. El registro material hallado parece indicar que las actividades rituales desarrolladas, al menos en el interior de las cuevas, serían bastante homogéneas en cada cueva. Así pues, tal y como hemos comentado en el capítulo anterior, se repiten varios patrones materiales, como las ofrendas o el uso de vasos caliciformes, platos, fusayolas, ollas, etc. Este registro material pudo implicar que las personas que visitaron estas cuevas, aunque tuvieran motivaciones distintas, seguirían la norma de ofrenda que se mantuviera en una u otra cueva.

Los viajes rituales se han relacionado históricamente con el peligro, el esfuerzo y la determinación (Turner 1974; Turner y Turner 1978). Bien es cierto que las personas que viajaran por primera vez a las cuevas, lugares alejados del ámbito conocido y seguro del poblado, pudieron experimentar temores hacia lo desconocido. Tal y como recuerda Alfayé (2010a: 178), el propio término de peregrino significa “extranjero”, *aquel que abandona temporalmente su vida ordinaria y emprende un viaje (de duración variable) hacia un sitio de especial significado religioso*. Sería en dichos territorios desconocidos dónde el visitante experimentaría su contacto con las divinidades y desarrollaría unas prácticas rituales determinadas. Sin embargo, aquellas personas que repetirían el viaje tendrían otro tipo de reacciones, relacionadas más bien con la expectación y la memoria de retomar los pasos que años atrás siguieron sus antepasados o con la tradición en la que ellos mismos participan al volver a visitar un lugar sagrado (Coleman 2002: 364; Bradley 2002a: 28).

En el caso de las cuevas, los viajes debieron ser guiados por alguna persona que conociera la ubicación de las mismas, ya que no cuentan con la monumentalización de los santuarios construidos, sino que en muchas ocasiones, su acceso no es visible hasta situarse a pocos metros de la misma. Estas personas pudieron ser especialistas en el ritual (López-Bertran 2011b; González-Alcalde 2011) o simplemente familiares o personas del grupo que conocieran la ubicación de las cuevas y guiaran a los participantes. Consideramos, además, que durante el camino, el sentido de identidad y pertenencia a un grupo o estatus social se vería acrecentado. Puede ser que el objetivo principal del viaje no sea la *communitas* como opinan Turner y Turner (1978), sin embargo, en cierto modo, la realización de un viaje hacia un lugar sagrado vincularía de alguna manera a aquellas personas que participaran en él. Cada persona pudo tener unos objetivos distintos, pero en algún momento compartirían un camino común, sintiéndose parte de la comunidad. Tal y como indica Nordin (2009), las peregrinaciones son rituales de interacción, viajes durante los cuales los propios participantes interactúan con el

medio, así como con el resto de participantes. Pero además, a través de la peregrinación a los *territorios de gracia*, se establecería la comunicación con lo divino (Morinis 1992: 18-25; Alfayé 2010a: 179). Según Turner (1969, 1979), la peregrinación sería un tipo de rito de paso, en el que se cruzarían fronteras y se abandonaría el estatus. Como rito de paso, la peregrinación se convertiría en la fase y el estado liminal, en el que existiría una separación física de los sujetos rituales del resto de la sociedad (Turner 1979: 18). Al perder el estatus, *they are dead to the social world, but alive to the asocial world* (Turner 1979: 19). Sin embargo, basándose en ejemplos etnográficos diversos, algunos autores opinan que el peregrinaje no puede entenderse como un fenómeno transcultural (Sallnow 1981; Eade y Sallnow 1991; Coleman 2002). Estos investigadores plantean que los viajes no fortalecerían el sentido de comunidad, sino que pudieron tener significados diferentes y ser *contestados* de distintas formas (Eade y Sallnow 1991). Por tanto, aunque tengamos en cuenta diversos factores que pudieron influenciar en el desarrollo de los viajes ritualizados, deberemos observar cada ejemplo de manera aislada, teniendo en cuenta las estructuras sociales e ideológicas de cada cultura y momento cronológico.

Una de las claves del proceso de peregrinación es el movimiento entre el ámbito familiar (humano, social, imperfecto y mundano) y lo desconocido, fuera de los límites del territorio (divino, ideal, perfecto y milagroso) (Morinis 1992: 26; Breton 2011). Así pues, estos *kinetic rituals* (rituales cinéticos) no solo se desarrollarían en el camino de ida hasta el espacio sagrado, sino también en el destino, dentro y fuera de la cueva, así como desde el destino hasta el punto de origen, transformando cognitivamente el paisaje a través del movimiento (Morinis 1992: 17; Bender 2001; Coleman 2002: 361-363; Coleman y Eade 2004:1; Cummings y Johnston 2007: 2; López-Bertran 2011a: 99). A través de un acto cotidiano como es caminar, se transformaría el *espacio diario en un espacio connotado* (González *et al.* 2014: 164). Los movimientos personificados en el espacio natural añadirían simbolismo al paisaje, construyendo historias espaciales, un simbolismo intangible que tan solo puede recuperarse a través de la repetición y la memoria (Tilley 1994: 27-28; López-Bertran 2011a: 99).

Una vez expuesto el estado de la cuestión sobre la peregrinación desde distintas corrientes investigadoras aplicadas a áreas geográficas y culturales diversas, nos centraremos en los viajes ritualizados hacia las cuevas ibéricas. Tal y como hemos indicado en el capítulo 2, la mayoría de estudios sobre las cuevas ibéricas han estado centrados principalmente en su registro material y, en algunas ocasiones, en sus características físicas, sin abordar cuestiones sobre su localización en relación al poblamiento circundante. Sin embargo, en la última década, los estudios territoriales sobre este tipo de contextos han demostrado que para visitar las cuevas alejadas de los principales núcleos de poblamiento, sería necesario un desplazamiento considerable (Grau 2002; Grau y Olmos 2005; Rueda 2011; Grau y Amorós 2013). Estos viajes exigirían un esfuerzo físico, lo cual purificaría al devoto y facilitaría el contacto con el más allá (Coll *et al.* 1994: 61). En casos como la Cueva de la Lobera (Castellar, Jaén), se ha visto que su concepción como espacios de culto suprarregional implicaría una peregrinación desde los distintos lugares de hábitat en determinadas fechas (Rueda 2011: 165-171) (fig. 7.1).

Puede que las cuevas que estudiamos aquí no fueran grandes centros de peregrinaje (al no tener una acumulación masiva de materiales, construcciones o entradas monumentales), pero sí que debió ser importante el viaje, físico y espiritual, realizado hasta la cueva (López-Bertran 2011a: 85). Tal y como indica Grau (2015: 119-119), la localización de dichas cuevas implica que seguramente serían visitadas por personas provenientes de diferentes *oppida*, las cuales participarían en un viaje ritualizado hasta el lugar sagrado. A través de este viaje y la participación en las prácticas rituales desarrolladas en las cuevas, se potenciaría la cooperación, la cohesión grupal y la construcción de una identidad común (Alfayé 2010a: 183; López-Bertran 2011a: 103; Kantner y Vaughn 2011: 66). Pero además, estos desplazamientos colectivos servirían para crear, expresar y actualizar los vínculos socio-políticos de la comunidad (Alfayé 2010a: 183).



Fig. 7.1. El viaje ritualizado en los santuarios del Alto Guadalquivir. Imagen extraída del vídeo realizado por A. Sánchez Molina para la exposición del Museu de Prehistòria *Imatges per a les divinitats* (Vives-Ferrándiz 2013): <https://www.youtube.com/watch?v=wmp6FcZBQY8>

Por tanto, es interesante valorar más allá de las ofrendas materiales e indagar en las impresiones que tendrían las personas que viajaran y visitaran estas cavidades. En nuestro caso, hemos contado, evidentemente, con las facilidades de la sociedad moderna para acercarnos a las cuevas: calzado y ropa adecuada, información geográfica, iluminación artificial, conocimiento previo sobre cada una de las cuevas... La mayoría de caminos eran accesibles en coche y la distancia que debíamos recorrer a pie era mínima (a excepción de casos aislados como la Cueva Merinel que después comentaremos). Sin embargo, las impresiones serían completamente distintas si participáramos en romerías a pie como las que se producen hoy en día a enclaves simbólicos como la Cueva Santa del Cabriel (Mira, Cuenca) o la Ermita de la Magdalena (Castellón de la Plana), por citar dos ejemplos. Debemos valorar, por tanto, las visitas a estas cuevas como ocasiones especiales, repetidas o no anualmente, que implicarían un esfuerzo al tener que recorrer a pie o con ayuda de un animal de transporte, distancias de más de 2 horas.

También es interesante considerar las ofrendas y rituales que pudieron hacerse en el camino (Nordin 2009: 197), así como aquellas que pudieron llevarse como recuerdo de la cueva (Mazumbar y Mazumbar

2004), aunque nunca podamos contar con este tipo de información arqueológica. Del mismo modo que actualmente nosotros nos traemos *souvenirs* de nuestros viajes para recordar el lugar que hemos visitado, algunos autores han propuesto que los visitantes de estos espacios pudieron llevarse consigo partes de la cueva como ocurre por ejemplo en el caso de la *Grotta Scaloria* (Manfredonia, Foggia, Italia) (Isetti *et al.* 2016) o incluso, como se hacía hasta hace pocos años en la Cueva Santa del Cabriel (Arroyo *et al.* 1995: 219). Además, debemos considerar que no todos los elementos utilizados en el ritual serían depositados como ofrendas o dejados como *basura ceremonial* (Walker 1995). Supongamos que un vaso que se utiliza en el día a día en un poblado, se porta durante el viaje para ser utilizado en una libación, por ejemplo, con el agua que se acumula en las zonas más recónditas de una cueva. Dicho vaso pudo destruirse tras su utilización para ser ofrecido a los dioses a través de su inutilización; pudo depositarse completo como ofrenda o recuerdo de dicha visita o actividad; pero también pudo volver a transportarse al poblado, donde retomaría de nuevo su función cotidiana o sería recordado con el simbolismo de haber participado en una práctica ritual en el contexto sagrado de una cueva. Así pues, un objeto puede dotarse de ritualidad de manera temporal a través de su purificación, aunque posteriormente recupere su uso habitual (Alfayé 2007: 73).

Por último, es importante valorar también el viaje sensorial protagonizado por los participantes en la peregrinación hasta una cueva (Nordin 2011). Elementos como la música, el vestido o el transporte de elementos pesados, deben ser tenidos en cuenta. Por una parte, la música pudo marcar el ritmo hacia la cueva, del mismo modo que pudieron existir bailes y cantos que se reproducirían durante el viaje y en la culminación del ritual, tal y como se ha planteado en contextos fenicio-púnicos (López-Bertran y García-Ventura 2008: 31, 2012: 401). Por otra parte, aunque en nuestro caso no contamos con información iconográfica de los oferentes, los exvotos de las cuevas del Alto Guadalquivir (Prados 1992; Rueda 2011) nos muestran que seguramente los visitantes se vestirían de manera especial para visitar estos santuarios (Alfayé 2010a: 182). Debemos pensar además, que deberían cargar con todo tipo de elementos que fueran necesarios en el ritual, así como aquellos que depositaran como ofrendas (no solo materiales cerámicos o metálicos, sino también orgánicos). Las evidencias de grandes contenedores en estas cuevas, como las tinajas, implican un contenido de entre 50-60 litros que debió ser muy pesado (Vives-Ferrándiz *et al.* 2007). Además, en el caso de la Cueva Merinel por ejemplo, donde se han documentado ofrendas de cerdos y ovicaprinos, estos animales también debieron llevarse hasta la cueva; así como flores o aceites que pudieron utilizarse en el ritual para ambientar el espacio o depositarse también como ofrenda. En el caso de la Cueva del Sapo, además de los restos de ciervos y ovicaprinos ofrendados (Machause y Sanchis 2015), la cueva también se utilizó como espacio funerario, por lo que debemos pensar que el difunto debió trasladarse también desde el lugar de su muerte hasta la cueva (aunque puede plantearse que muriera durante el ritual desarrollado en torno a la misma). Todos estos ejemplos nos muestran que hay que mirar más allá de las evidencias materiales observadas en el registro arqueológico, ya que detrás de dichas evidencias se esconde algo mucho más complejo que se nos escapa.

7.2. Sensaciones en la oscuridad

Sounds of water dripping, hitting stones, or landing in pools are an unremitting soundtrack to time in a cave
(Faro 2013: 167)

Aparte del contexto físico, es necesario también considerar las experiencias sensoriales y emocionales que tienen lugar durante las prácticas rituales llevadas a cabo en una cueva en la que existen restricciones de aire, luz y espacio (ver Whitehouse 1992, 2001; Lewis-Williams 2002; Skeates 2007, 2012a; Betts 2003; Montello y Moyes 2012; Rueda y Bellón e.p., entre otros). Corrientes interpretativas como la arqueología de los sentidos nos aportan un nuevo punto de vista a la hora de analizar los contextos arqueológicos, ya que ayudan a entender cómo los sentidos y las sensaciones influirían en la construcción de la vida de las personas del pasado (Tarlow 2000; Hamilakis 2002, 2011, 2013; Houston y Taube 2000; Skeates 2012a, entre otros).

Debemos valorar sensaciones como el alivio cuando la entrada de la cueva es finalmente visible tras un largo viaje, la emoción de entrar en un lugar nuevo, pero también el miedo a la oscuridad y a lo desconocido. Cuando la luz de la entrada se disipa y te pierdes en la oscuridad de la cueva, no consigues orientarte ni temporal ni espacialmente, el olor a humedad, el sonido de las gotas cayendo de las estalactitas... generan una atmósfera como si el tiempo estuviera congelado en una realidad paralela. Todas estas sensaciones son algo que se debe tener en cuenta al estudiar contextos rituales, aunque no podamos detectarlos directamente en el contexto arqueológico, sí que las sentimos cuando visitamos estos espacios e influenciarían seguramente las actividades llevadas a cabo en el pasado (Whitehouse 1992, 2001; Skeates 2007, 2012a; Hamilakis 2011, 2013). Tal y como indica Whitehouse (2001), son importantes las experiencias emocionales individuales que se producen en una práctica ritual. Sin embargo, debemos ser conscientes de que en algunos casos las respuestas psicológicas de las personas que visitaron dichas cuevas hace 2500 años serían diferentes. Seguramente estarían más acostumbradas a la oscuridad o la semioscuridad, la iluminación sería menos potente que la que tenemos hoy en día y es posible que el consumo de algún tipo de sustancia psicotrópica les produjera sensaciones distintas (Whitehouse 2016: 34). Aún así, el miedo a lo desconocido jugaría un papel transcendental en estas experiencias.

Evidentemente, no podemos saber lo que sentirían las personas que visitaron las cuevas hace 2500 años, del mismo modo que no podemos saber lo que siente cualquier otra persona al adentrarse en dichos espacios en pleno s. XXI. Sin embargo, expresaremos aquí lo que sentimos en primera persona al encontrar, adentrarnos y salir de estos espacios por primera vez: *una* persona en *una* ocasión específica. Las sensaciones no solo varían entre distintas personas, su edad, su género, su agilidad física o su salud, sino que una misma persona puede tener diferentes sensaciones si es la primera vez que visita una cueva, si vuelve a visitar la misma cueva en otro momento de su vida o si es la primera ocasión que visita una cueva en concreto, pero ya ha

visitado otras (Betts 2003: 112). Además, también dependerá de la intención o motivación con la que realiza su visita.

En primer lugar, es importante pensar en el camino desde los poblados hasta las cuevas. Seguramente, en cada una de las visitas existiría alguna persona que conociera el camino, bien fuera un especialista en el ritual o alguna persona que haya participado en prácticas rituales anteriores en ese mismo espacio (Whitehouse 2001; López-Bertran 2011a). En nuestro caso, evidentemente, antes de visitar las cuevas que se incluyen en este estudio, contábamos con la geolocalización de las fichas de DGPV y prospecciones anteriores, en el caso del territorio de *Kelin*. Además, en la mayoría de ocasiones, hemos contado con la ayuda de personas que ya habían visitado la cueva con anterioridad, ya que en casos como la Cueva del Sapo, la Cueva del Cerro Hueco o la Cueva de la Torre del Mal Paso, habría sido casi imposible localizarlas, dado que la entrada no es visible ni desde la base de la montaña, ni cuando te encuentras a pocos metros de la misma. Además, en algunas ocasiones, como en la Cueva de los Mancebones o la Cueva Merinel, fue bastante complicado encontrarlas, ya fuera por incoherencias en los datos aportados por las fichas, o por la vegetación abundante que escondía en algunas ocasiones las bocas de las cuevas. Mientras que en el caso de la Cueva de los Ángeles, después de tres intentos, todavía no hemos logrado encontrarla. De las 19 cuevas que incluimos en este capítulo, la Cueva Merinel fue sin duda una de las que más nos impresionó, no solo por su interior, sino por lo que nos costó encontrarla (fig. 7.2). Aunque contamos con la ayuda de F. Blay, quien había participado además en la campaña de excavación dirigida por J. V. Martínez Perona, los cambios en el paisaje y los años transcurridos desde aquella campaña de excavación, dificultaron nuestra búsqueda.



Fig. 7.2. Buscando la Cueva Merinel (marzo de 2015).

Tras cuatro largas horas caminando por el barranco de Merinel, vislumbramos las tres bocas de entrada a la cueva al otro lado del barranco. Lo primero que sentí fue, claramente, alivio al localizar finalmente la cueva. En segundo lugar, curiosidad, por ver cómo sería el interior y poder recorrer todos sus recovecos (siempre teniendo la esperanza de documentar algún depósito votivo in situ, algo que por el momento no hemos tenido la suerte de ver). En tercer lugar, preocupación por las personas que me acompañaban, al ver que debíamos descender hasta la base del barranco para luego seguir escalando hasta llegar a la boca de la cueva. Cuando por fin nos encontramos frente a la boca principal, la expectación siguió aumentando hasta que nos adentramos en la oscuridad de la sala principal. Al descender ligeramente por la entrada, observamos como el techo mostraba evidencias de haber servido como refugio durante décadas. De hecho, Paco Blay nos dijo que durante los años 1936-1937, se utilizó como comuna anarquista del mismo modo que otras cavidades del barranco, como la Cueva Vizcaíno. Cuando dejamos atrás la luz de la entrada y llegamos hasta el centro de la sala principal, observamos cómo el espacio se dividía en distintas salas que se abrían desde el centro. La inmensidad, tanto de la sala principal como de una de las salas secundarias, te hacía sentirte perdido en el interior de la cueva. Por desgracia, el flash de mi cámara no podía captar la profundidad de aquellas salas, por lo que me limité a localizar en el terreno, el lugar que aparecía situado sobre el plano donde se habían documentado los materiales de época ibérica y registrarlos gráficamente. Una vez acabada la documentación fotográfica básica de la cueva, recorrí todas y cada una de las salas. Es en esos momentos cuando tienes una sensación de paz, tranquilidad y calma al “escuchar el silencio” interrumpido por el sonido de las gotas que caen de las estalactitas. Al adentrarse en la oscuridad, sentidos como el olfato o el oído se acrecientan. Cualquier sonido nos parece el doble de alto y podemos incluso llegar a oler el agua. Esta sensación aumenta cuando te encuentras sola. Personalmente, pierdo completamente la noción del tiempo. Las horas parecen minutos en la oscuridad de una cueva...

Comparto estas sensaciones, totalmente personales y subjetivas, para poder valorar otras cuestiones que no son detectables en el registro arqueológico, pero que también han de tenerse en cuenta a la hora de analizar una práctica ritual. En primer lugar, el viaje a una cueva desde el poblado, con mayor o menor dificultad, debió ser una práctica ritual en sí misma. Así pues, un mismo camino puede ser concebido de manera diferente por dos personas. A aquella persona que ya conozca la localización exacta, probablemente el camino de ida se le hará más corto. Sin embargo, cuando no estamos familiarizados con la localización de un lugar, siempre parece estar más alejado de lo que realmente está. El camino hasta una cueva sería, por tanto, la primera fase de una práctica ritual mucho más compleja que un simple depósito votivo. En segundo lugar, la entrada a la cueva contaría también con una importante carga simbólica al marcar un límite entre lo conocido y

lo desconocido (Whitehouse 2001). En tercer lugar, el miedo a entrar en la cueva dependería de cada persona, pero seguramente todas aquellas que se adentraran en las salas más profundas, sentirían en algún momento temor a los animales que podían habitar dichos espacios, murciélagos principalmente, y temor a la oscuridad conforme se alejasen de la luz de la entrada. Bien es cierto que en la actualidad las linternas consiguen alumbrar gran parte del espacio, pero no iluminan la totalidad de una sala. Si tenemos en cuenta la iluminación que podrían aportar lámparas de grasa o aceite vegetal, evidentemente la iluminación sería escasa. La desorientación del desconocimiento del espacio, acrecentada por la oscuridad, es algo que también se sentiría. De hecho, la morfología de algunas cuevas ayuda a generar esta sensación de desorientación. Cuando nos encontrábamos, por ejemplo, en las salas inferiores de la Cueva Santa del Cabriel, perdimos la orientación por completo y nos costó volver a encontrar la salida a la sala principal. Estuvimos dando vueltas en un espacio muy reducido y no nos sirvió escuchar de donde se percibían las voces de las personas que se encontraban en la sala principal, ya que las paredes parecían hacer rebotar el sonido. Así pues, la acústica de una cueva también debió influenciar en la práctica ritual (Scarre y Lawson 2006; Eneix 2014). Todos los espacios, sean o no naturales, tienen propiedades acústicas que serían percibidas por las personas que los visitaron en la antigüedad, de hecho, algunos lugares pudieron ser elegidos por sus cualidades acústicas, las cuales serían un ingrediente esencial en la práctica ritual (Scarre 2006: 1). En el caso de la misa actual llevada a cabo en la Cueva Santa del Cabriel, la acústica de la cueva cuando cantamos los mayos a la virgen, fue una de las cosas que más me impresionó⁵². De hecho, dicha acústica jugaría un papel importante en el simbolismo de este espacio, ya que existiría un gran contraste entre la concepción del sonido entre el exterior y el interior. La sonoridad de las voces en el interior, así como los ruidos producidos por el agua, el aire u otros elementos que pudieron percibirse como voces del más allá, ayudarían a conectar con el mundo simbólico (Lawson *et al.* 1998: 112; Sabom 2007: 50). Tal y como indica Sabom (2007: 53), en relación a las propiedades acústicas de algunas cuevas de Belize, los propios turistas que las visitan hoy en día llegan a confundir el sonido producido por el agua que fluye en su interior con voces de mujeres cantando⁵³. La música, por ejemplo, también pudo ayudar a crear una atmósfera ritual (López-Bertran y García-Ventura 2008: 31). Sería interesante desarrollar estudios arqueoacústicos, como los que se están realizando, por ejemplo, en relación a la localización del arte rupestre (Díaz-Andreu *et al.* 2015), para observar si la localización de las ofrendas en las cuevas ibéricas no solo se relaciona con las partes más oscuras, sino con otros factores como la sonoridad.

Debemos tener en cuenta también el olor que tendrían aquellas cuevas que cuentan con restos humanos y de fauna de momentos previos o, incluso, de época ibérica. El mal olor afectaría de algún modo a las sensaciones percibidas durante la práctica ritual, así como otras sustancias que se quemaran u ofrecieran (Malone *et al.* 1993; Bartosiewicz 2003). El tacto también se agudizaría, sobre todo en aquellas cuevas en las

⁵² Ver cap. 11.

⁵³ <http://www.theoceanadventure.com/JSIE/JS20.html> (consultada el 23 de marzo de 2017).

que debes arrastrarte para poder acceder. Así pues, aquellas partes que llevaran descubiertas rozarían las rocas y el agua que invaden el espacio.

Es cierto que cuando visitamos estos lugares en la actualidad con iluminación artificial estamos perdiendo parte de su historia sensorial (Hensey 2016: 3). Sin embargo, gracias a esas luces que iluminan partes del espacio, vemos formas humanas en las formaciones kársticas que ocupan algunas cuevas (fig. 7.3). En nuestro caso, una de las visitas más interesantes en este aspecto fue la Cova de les Dones.



Fig. 7.3. Ejemplo de formaciones kársticas antropomorfas de la Cova de les Dones.

Por primera vez, no contábamos con un guía que hubiera visitado la cueva con anterioridad. Tan solo contábamos con las descripciones sobre el camino y sobre el interior de la cueva por parte de algunos compañeros. Aún así, decidimos hacer la visita a la Cova de les Dones, ya que por las orientaciones que nos dieron, parecía una cueva bastante sencilla en la que se podía acceder caminando y sin grandes obstáculos hasta las últimas salas, situadas a unos 500 metros de la entrada. Desde donde dejamos el coche hasta la entrada de la cueva, tan solo caminamos unos 10 minutos, nada que ver con las horas que nos costó localizar la Cueva Merinel, por ejemplo. La boca de la cueva es en parte un abrigo y actualmente, la entrada se encuentra cegada por un muro y una puerta instalada por el SIP en los años 70. Sin embargo, ya en el abrigo de acceso, iluminado por la luz natural, te sentías resguardado del calor de una mañana del mes de Abril. Una vez preparamos todo el equipo, traspasamos la puerta construida por los ganaderos y nos adentramos en la galería principal. Evidentemente, la iluminación natural sería mucho mayor antes de que se construyera el muro y la puerta que cierran la galería, ya

que hoy en día la luz natural tan solo ilumina los seis u ocho primeros metros. Conforme nos alejamos de la luz de la entrada, comenzamos a escuchar cómo revoloteaban los murciélagos y como un acto reflejo, los cuatro nos cubrimos las cabezas con las capuchas. Seguimos caminando por la galería, que tenía un recorrido bastante simple: unos 10 metros de ancho por unos 6 metros de alto aproximadamente. Sin embargo, conforme nos adentrábamos más en la cueva, las formaciones kársticas eran más numerosas. A unos 100 metros de la entrada, contemplamos una estalagmita cuya forma parecía representar una persona sentada en un trono. De hecho, en aquel momento comentamos que las personas que realizaron la ofrenda de casi 200 caliciformes en las salas situadas al fondo de esta cueva, se adentrarían con una iluminación mucho más débil que la nuestra, pero igualmente admirarían, con ayuda de lámparas de grasa o aceite vegetal, las formaciones kársticas. Posiblemente por la autosugestión, desde aquel momento todas las estalactitas y estalagmitas nos parecían formas humanas o animales, espectros del pasado definidos a contraluz. Al llegar casi al final de la cueva, tuvimos que escalar ligeramente para poder continuar avanzando. El suelo estaba resbaladizo por el goteo constante de las estalactitas. La batería de las linternas comenzaba a descargarse y, personalmente, empezaba a sentir un miedo que no había sentido en ninguna de las otras cuevas que habíamos visitado. Por un momento, decidimos apagar las linternas para sentir lo que se sentiría en la completa oscuridad de aquella cueva, pero no duramos ni 10 segundos con las luces apagadas. La oscuridad nos sigue asustando incluso siendo adultos... Tras aproximadamente una hora, ya que íbamos parando repetidamente para tomar notas y registrar gráficamente algunas partes de la cueva, llegamos casi al final del recorrido y nos encontramos con un obstáculo: la conocida como sala de los nenúfares. El agua cubría de parte a parte la galería, con bastante profundidad, sin poder ver el fondo. En un primer momento pensé que habíamos llegado al fin de nuestro viaje, sin embargo, me decidí a pasar porque ya que habíamos llegado hasta allí, no podíamos no llegar hasta el final. En cierto modo, ver que yo pude pasar, pegada a la pared, sin apenas meter los pies en el agua, tranquilizó a los demás (no sin maldecir en varias ocasiones el haberse dejado convencer). Una vez superado este obstáculo, seguimos caminando unos metros hasta que vimos el depósito arcilloso que marcaba el final de la cueva. Fue en este momento cuando escuchamos lo que nos pareció el tarareo de una niña cantando. Evidentemente, solo nosotros cuatro confiamos en nuestro oído, porque siempre que compartimos esta historia nos tachan de locos. Sin embargo, sabemos lo que escuchamos. Pudo ser el sonido del aire al encontrarnos más cerca de la superficie, algún animal o incluso el agua, lo que sí que es cierto es que en aquel momento, lo único que queríamos hacer era salir de aquella cueva lo más rápido posible. Afortunadamente, yo era la que caminaba en primer lugar. El recorrido de 500 m que hicimos en unas 2 horas, se transformó en 20 minutos de silencio y marcha

rápida temiendo, además, por la batería de las linternas cuya luz tenía cada vez menos potencia. El momento en el que vislumbramos la luz que entraba por la boca de la cueva, el sentimiento de alivio fue generalizado. Salimos a la luz del día y de pronto sentimos cómo retomábamos el aire puro del exterior. No me había dado cuenta hasta aquel momento, pero me faltaba el aire y mis manos estaban heladas. La luz y la variedad de colores del paisaje contrastaban con la oscuridad y monotonía del interior. Habíamos conseguido volver a la superficie. Lo conocido. Lo seguro. La luz.

De nuevo, comparto estas experiencias completamente subjetivas para abordar cómo las formaciones kársticas y otros elementos intrínsecos de las cuevas pudieron influir en las sensaciones experimentadas en su interior. Aunque no tenemos evidencias arqueológicas directas en los casos que estudiamos aquí, las formaciones kársticas también jugarían un papel importante en el desarrollo de una práctica ritual. Así pues, Rutkowski (1986) ha propuesto, en el caso de las cuevas de Creta, que las estalactitas, las estalagmitas y las rocas que ocupan el espacio, serían elementos esenciales para elegir unas cuevas y no otras como espacios rituales. En su caso, propone que estas formaciones kársticas pudieron ser concebidas como representaciones de las divinidades a las que se dedicaban los rituales (Rutkowski 1986: 50-52). Además, algunas de ellas están recortadas, por lo que se ha propuesto que se concebirían como imágenes de culto, ya que también se encuentran depositadas en los santuarios al aire libre (Rutkowski 1986: 50-52). Incluso es posible que se llevaran a los poblados o los santuarios como evidencias de haber realizado dicho viaje, como “objetos de memoria” (Coleman y Elsner 1995: 6). En nuestro caso, tan solo contamos con el ejemplo de la Cova de les Dones (fig. 4.286), en el que el equipo de J. Donat recogió, junto con el centenar de vasos caliciformes, un fragmento de estalactita. Además, a nuestro parecer, este fragmento tiene forma de ave, animal simbólico en el ideario ibérico, tal y como se ha comentado en el capítulo anterior (Prados 2004; Olmos y Tortosa 2010). Recientemente, Rueda y Bellón (e.p.) han publicado la evidencia de cómo una cueva se integra en la práctica ritual, con el ejemplo de la Cueva del Águila (Orcera, Jaén), en el que se han documentado estalagmitas recortadas de la propia cueva depositadas junto con las ofrendas de cerámicas y de alimentos. Por tanto, vieran o no seres sobrenaturales en las estalactitas y estalagmitas de las cuevas, lo que sí parece es que esta no sería simplemente un escenario donde se produciría la práctica ritual, sino que se integraría e influenciaría de un modo u otro en las actividades desarrolladas allí.

7.3. Memoria ritual

La reutilización de espacios rituales a lo largo de la Prehistoria y de la Historia es una constante que se ha detectado durante las últimas décadas en numerosos contextos arqueológicos, tanto peninsulares (Caamaño y Criado 1992; Lorrio y Montero 2004; García Sanjuán *et al.* 2007; García Sanjuán y Díaz-Guardamino 2015;

Aranda 2012; entre otros), como extra peninsulares (Alcock 1991, 2002; Parker 1993; Antonaccio 1995, 2016; Murray 1995; Hingley 1996; Williams 1998; Bradley 1993, 2002a, 2002b; Bradley y Williams 1998; Broadman 2002; Van Dyke y Alcock 2003; Yoffee 2007; Díaz-Guardamino *et al.* 2015; entre otros). No solo los monumentos megalíticos, sino también las cuevas artificiales o naturales, se convierten en *contenedores de memoria* (Aranda 2012: 259).

De las 19 cuevas estudiadas, 14 presentan evidencias de una frecuentación anterior (fig. 7.4). Sin embargo, la presencia de restos humanos en 8 de las 19 cuevas pudo estar en relación con cualquiera de los momentos de frecuentación. En el caso de la Cueva del Sapo, hemos comprobado que parte de los restos humanos se asocian con época ibérica (Machause *et al.* 2014) y el resto, con una perduración de su uso como espacio funerario en época altomedieval. En los otros 7 casos, no contamos con dataciones que nos aseguren la cronología de estos restos. Aún así, las características estratigráficas de tres de ellas parecen relacionarlos con un uso sepulcral previo: durante el Calcolítico en el caso de la Cueva de la Torre del Mal Paso (Jordá 1958; Soler 2002: 78-93), durante la Edad del Bronce en el caso de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (Martí Bonafé 1990: 144) y en un momento indeterminado previo a la Edad del Bronce en el caso de la Cueva del Murciélago (Palomar 1986: 82). En el resto de ejemplos (Cueva Merinel, Cueva Santa del Cabriel, Cueva de los Mancebones y Cueva del Cerro Hueco), los restos humanos no se asocian directamente ni a los materiales ibéricos, ni a los restos de frecuentaciones previas o posteriores.

ID	Nombre	Frecuentación anterior	Frecuentación posterior	Restos humanos
CM	Cueva del Murciélago			
CTMP	Cueva de la Torre del Mal Paso			
CAR	Cova de l'Armela			
CCB	Cova de Can Ballester			
COR	Cova dels Orgues			
ADLC	Abric de les Cinc			
CCA	Cova del Cavall			
CME	Cueva Merinel			
CSAP	Cueva del Sapo			
AVA	Abrigo de las Vacas			
CSV	Cueva Santa			
CPHC	Cueva del Puntal del Horno Ciego II			
CSM	Cueva Santa del Cabriel			
CMO	Cueva de El Molón			
CMAN	Cueva de los Mancebones			
CAN	Cueva de los Ángeles			
CCH	Cueva del Cerro Hueco			
CCO	Cueva de la Cocina			
CDO	Cova de les Dones			

Fig. 7.4. Evidencias de frecuentación previa y posterior, con especial interés en la presencia de restos humanos.

La presencia de materiales de cronología posterior en espacios funerarios prehistóricos ha sido interpretada en varias ocasiones como simples intrusiones o con un interés meramente destructivo (García Sanjuán *et al.* 2007: 121). Sin embargo, es necesario considerarlos como resultado de un uso cultural programado, influenciado no solo por el contexto arquitectónico, sino también por la memoria ritual que demuestran los materiales de momentos previos (García Sanjuán *et al.* 2007: 121).

La carga simbólica que tendría la presencia de restos humanos en las prácticas rituales ibéricas ha sido recientemente reflejada en el caso de las cuevas del área central de la Contestania (Grau y Amorós 2013: 200-201, 206). La presencia de cerámicas de la Edad del Bronce en la Cova dels Pilars (Agres, Alicante), la Cova de l'Agüela (Vall d'Alcalà, Alicante) y la Cova de la Moneda (Ibi, Alicante), así como de restos humanos, ayudaría a hacer perdurar la memoria ritual de estos espacios. Suponiendo que los restos humanos se asociaran a las cerámicas de la Edad del Bronce, estos pudieron ser visibles en época ibérica, estableciéndose *un vínculo de estas cuevas con el tiempo de los ancestros* (Grau y Amorós 2013: 206). También en esta área, en la Cova de la Pastora (Alcoi, Alicante), se documentan materiales fenicios, ibéricos y romanos, junto a los enterramientos del Neolítico a la Edad del Bronce. Este uso funerario previo, potenciaría su simbolismo ritual (Lorrio y Montero 2004: 109-110; García Sanjuan *et al.* 2007: 111; Machause *et al.* e.p.).

Nunca sabremos si el uso de cuevas sepulcrales prehistóricas en época ibérica se debió a la memoria de los antepasados o por simple descubrimiento fortuito. Sin embargo, lo que nos interesa analizar aquí es la implicación simbólica que estos restos tendrían en las prácticas rituales ibéricas. Tal y como indican Gosden y Lock (1998: 4), existen básicamente dos modos de reutilizar el paisaje: por una parte, puede producirse una repetición y mantenimiento de los elementos rituales, en los que un mismo grupo o parte del grupo visita regularmente un espacio; y por otra, la reutilización puede deberse a la identificación de evidencias rituales antiguas a las que se les da un nuevo uso y nuevos valores. Así pues, estas reutilizaciones ocuparían el mismo espacio ritual, pero no siempre mantendrían la misma práctica. Aunque las evidencias de reutilización se concentren sobre todo en espacios funerarios, esta no se dedicaría siempre a los difuntos. Este es el caso de los ejemplos expuestos aquí: cuevas con restos humanos, posiblemente anteriores, en los que se depositan ofrendas como consecuencia de una práctica ritual. Estas reutilizaciones implican la apropiación de un paisaje, espacio o monumento que evoca indirectamente acontecimientos del pasado. Sin embargo, tal y como indica Bloch (2012: 189-190), no hay que confundir la evocación con otro tipo de recuerdos que permanecen en la memoria directa de los individuos que visitan dicho paisaje, espacio o monumento. En nuestro caso, aunque consideremos las cuevas como *contenedores de memoria* (Aranda 2012: 259), nos referimos a una memoria figurada o creada, no a una memoria individual y permanente.

Las características del registro arqueológico disponible hasta la fecha nos impiden conocer la relación existente entre las ofrendas ibéricas y los restos humanos. En otros contextos del Mediterráneo, se asocia este tipo de relaciones con la creación de ancestros ficticios en diferentes épocas (Antonaccio 1995, 2016: 118-

119). Así pues, en el caso de Grecia, Antonaccio (2016: 119) propone que aunque no exista continuidad directa con los restos humanos de la Edad del Bronce, los antepasados serían buscados, inventados, reclamados y recuperados. Sin embargo, otros investigadores como Whitley (2002: 123-124) opinan que la veneración de los ancestros, real e identificable, necesita continuidad, al menos, en la memoria, y por lo tanto, en el caso de Grecia, las reutilizaciones de espacios rituales de la Edad del Bronce se relacionarían con antiguos dioses o habitantes míticos de la zona.

Ya sean considerados ancestros, antiguos dioses o héroes míticos, lo que es evidente es que la presencia de restos humanos en estas cavidades influiría en las prácticas rituales llevadas a cabo allí. Según Bradley (2002b: 122-123), la razón de estas reutilizaciones pudo deberse a la interpretación, a la confrontación o a la legitimación. Sin embargo, el uso y la reinterpretación de restos del pasado en un nuevo imaginario pudieron llevar implícito un interés de legitimación. El proceso de reinterpretación implicaría un cambio en la práctica, pero basándose igualmente en el pasado, el cual otorga autoridad a la nueva tradición (Bradley 1993: 115-116). El pasado puede utilizarse para legitimar el presente, aunque dicho pasado nunca existiera y sea un pasado mítico o inventado (Mills y Walker 2008: 8). Generalmente, las reutilizaciones de espacios funerarios anteriores se han asociado con estrategias de legitimación política (Bradley 1987: 10; 2002b: 122-123; Parker 1993: 226; Murray 1995: 140; Antonaccio 1995, 2016: 118-119; Weiss-Krekci 2016: 172). Las tumbas de los ancestros se consideran fuentes de poder, especialmente en momentos de conflicto social y cambio, así como marcadores territoriales para reforzar el sentido de comunidad (Alcock 1991: 447, 455). Sin embargo, en el caso de la cultura argárica, Aranda (2012: 258) propone que la reutilización de espacios rituales de las sociedades neolíticas y calcolíticas, estaría en relación con una resistencia cultural e ideológica frente al proceso de jerarquización social creciente.

En las cuevas que estudiamos aquí, es posible que los restos funerarios se reinterpretaran como reliquias de un tiempo mítico, aportando sacralidad al espacio ritual (Grau y Amorós 2013: 206). Aunque no existiera una historia genealógica en la que identificaran directamente los restos humanos de las cuevas con antepasados conocidos, sí que pudieron generar historias míticas sobre ellos, a través de la creación de un pasado evocado (Gosden y Lock 1998: 2). Tal y como propone González-Alcalde (2006b: 250), es posible que la reutilización de estas cuevas como centros rituales sirviera para reivindicar sus orígenes y legitimar el poder a través de las inhumaciones de los antepasados heroizados. En el caso de las reutilizaciones celtibéricas, se ha propuesto que estas frecuentaciones anteriores ayudaran a ritualizar la memoria del paisaje (Alfayé 2011: 162-163).

Por tanto, no solo el espacio de la cueva contiene memoria, sino que esta también se materializa a través de los depósitos arqueológicos, consecuencia directa de las prácticas rituales desarrolladas (Hallam y Hockey 2001: 26; Mills y Walker 2008: 16). Las ofrendas ibéricas halladas en las cuevas con un uso previo pudieron dedicarse a los ancestros, a los héroes divinizados o simplemente depositarse junto a las evidencias de

ritualidad previa, sin ninguna conexión simbólica ancestral. En otros contextos se ha propuesto la utilización como amuletos durante las prácticas rituales desarrolladas siglos después (Hingley 1996: 232). Lo que es evidente es que el uso ritual de un mismo lugar durante siglos, aunque sea de manera intermitente, renovaría la memoria del lugar, manteniendo su sentido sacro (Van Dyke y Alock 2003: 6; Kyriakidis 2007: 299; Fernández-Götz 2016: 173). Por tanto, aunque no exista continuidad en el culto, la sacralidad del lugar permanecería a través de la práctica ritual continuada, sea funeraria o no; continuidad en el paisaje y en el espacio, vinculándose con el pasado, pero también cambio, al reelaborar el simbolismo de la práctica ritual (Aranda 2012: 269). A través del *reciclaje simbólico* intencionado se configuran espacios de memoria compartida (Alfayé 2011: 162).

El único ejemplo, confirmado hasta la fecha, de utilización de una cueva como espacio funerario en época ibérica es la Cueva del Sapo. Sin embargo, es una de las pocas cuevas que no cuentan con materiales previos a su frecuentación en época ibérica (fig. 7.4). Los ejemplos de reutilización de cuevas sepulcrales del Calcolítico o la Edad del Bronce, o incluso de simples frecuentaciones prehistóricas sin un uso definido, se utilizan en época ibérica como espacios para depositar ofrendas. Es posible que asumieran espacios sagrados prehistóricos en su imaginario y les rindieran culto (García Sanjuán *et al.* 2007: 122). No descartamos que los rituales y las ofrendas se dedicaran a los ancestros, identificados a través de los restos humanos o restos de otro tipo.

Por tanto, las cuevas, como espacios sagrados, aunque no cuentan con la monumentalidad arquitectónica construida, son un claro ejemplo de espacios rituales reutilizados. Tal y como indican García Sanjuán y Díaz-Guardamino (2015: 198), el fenómeno de reutilización de construcciones o espacios prehistóricos es un fenómeno social, ideológico y religioso en el que todavía es necesario profundizar, pero en el que comienzan a observarse patrones y elementos en común en contextos muy diversos.

Capítulo 8

Las cuevas integradas en el paisaje simbólico

The landscape is always in the nature of “work in progress” (Ingold 1993: 162)

Una vez expuestas las características materiales de cada una de las cuevas (cap. 4) y valorados los elementos que tienen en común y que evidencian actividades rituales en algunas de ellas (caps. 6 y 7), en el siguiente capítulo nos centraremos en analizar su integración en el paisaje simbólico. Tal y como se ha indicado en la introducción, uno de los objetivos principales de esta tesis es no solo valorar la materialidad de los espacios rituales analizados, sino tener en cuenta también otros aspectos como su localización e influencia en la articulación del territorio al que se adscriben. Sin embargo, el análisis territorial del paisaje ritualizado que planteamos aquí tan solo pretende aportar resultados preliminares y posibles vías de trabajo para futuras investigaciones.

En la primera parte de este capítulo recogeremos los principales resultados del análisis territorial, exponiendo tanto la fase teórica (formulación de hipótesis), como la empírica (análisis para contrastar las hipótesis planteadas). En primer lugar, resumiremos las bases teóricas y metodológicas utilizadas. En segundo lugar, propondremos la adscripción territorial y los patrones locacionales de las cuevas analizadas. Y finalmente, plantearémos un análisis algo más completo del caso de *Kelin*, centrándonos básicamente en cuestiones de visibilidad y accesibilidad.

En la segunda parte del capítulo, valoraremos e interpretaremos los resultados obtenidos en el análisis específico del caso de *Kelin*. Debemos tener presente, no obstante, que nuestra fuente principal de información para analizar el paisaje simbólico son las cuevas, las cuales hemos estudiado, localizado y visitado personalmente. Para el resto de evidencias rituales en el paisaje, se hará referencia a los ejemplos identificados en la bibliografía citada en el capítulo 2. Evidentemente, existen interminables formas de simbolismo que no han sido identificadas hasta la fecha, al no dejar huellas en el registro arqueológico o no haber sido identificadas al proceder los datos de un registro sesgado producto de la prospección superficial. De todos modos, planteamos una primera aproximación del paisaje simbólico, prestando especial atención a nuestro objeto de estudio: las cuevas.

8.1. Bases teóricas

¿Qué entendemos por paisaje arqueológico?

Partimos de la base de que los paisajes no son espacios neutros ni invariables, sino que son espacios socialmente construidos (Criado 1991: 7; Bender 1993: 2). Son las personas las que, a través de las acciones sociales, políticas, económicas y/o simbólicas, modifican el espacio físico (*space*) y lo convierten en lugares con significado (*place*) (Casey 1996; Anschuetz *et al.* 2001: 161; Moreno 2011a: 5). En otras palabras, *el paisaje es el espacio pensado* (Parcero 2002: 16). Por tanto, no es solo un espacio de fondo de la acción humana, sino que es partícipe, interactivo, dinámico, estratigráfico y está en constante cambio (Van Dommelen 1999: 278;

Anschuetz *et al.* 2001: 160-161; Wheatley y Gillings 2002: 10). El tiempo y el espacio son tanto productos como productores de la acción social (Knapp y Ashmore 1999: 10; Orejas 1995: 115) y es a través de esta acción social, que el paisaje natural se transforma en paisaje cultural (Criado 1991: 9; Boone 1994: 7), con el que los agentes sociales se identifican y al que pertenecen (Ingold 1993: 154).

La herramienta de análisis: los Sistemas de Información Geográfica (SIG)

Los Sistemas de Información Geográfica (SIG a partir de ahora) son una de las innovaciones tecnológicas, aplicables a la arqueología, más importantes de las últimas décadas. Nos permiten tanto registrar evidencias arqueológicas y visualizarlas a través de mapas temáticos, como relacionar capas de información y llevar a cabo análisis espaciales automatizados más o menos complejos (Wheatley y Gillings 2002: 9; Conolly y Lake 2006: 21). Sin embargo, no debemos olvidar que son herramientas que nos ayudan a representar una realidad paralela, pero no serán nunca una representación exacta de la realidad. Tan solo generan modelos ideales que nos permiten interpretar la ordenación del paisaje arqueológico. Por tanto, aunque cuentan con ciertas limitaciones (Claxton 1995; González 1998) y sus debilidades todavía siguen presentes, los SIG son una herramienta de análisis espacial de gran valor, siempre que sean entendidos de este modo y no como una finalidad en sí mismos (González 1998: 75).

Desde las primeras aplicaciones de análisis espaciales en arqueología, desarrolladas a partir de los años 70 en EE.UU., han sido numerosos los congresos y reuniones vinculados a la aplicación de los SIG en la arqueología del paisaje (ver Valdés *et al.* 1995; Aldenderfer y Maschner 1996; Maschner 1996; Johnson y North 1997; Gillings *et al.* 1999; Wescott y Brandon 1999; Lock 2000; Grau 2006; Mayoral y Celestino 2011; entre otros). En algunas ocasiones, estas se han centrado en casos de estudio determinados, ya sea en territorio norteamericano (Allen *et al.* 1990), europeo (Lock y Stancic 1995) o español (Baena *et al.* 1997). Son trabajos de referencia también, otro tipo de publicaciones centradas en cuestiones plenamente metodológicas, a las que nos referiremos constantemente en el siguiente apartado (Wheatley y Gillings 2002; Conolly y Lake 2006; Conolly 2008; entre otros).

8.2. Apuntes metodológicos para el análisis territorial

Para desarrollar este análisis territorial hemos seguido, a grandes rasgos, el diseño metodológico propuesto por Parcero y Fábrega (2006), ya que consideramos que es uno de los trabajos más explícitos y claros sobre la aplicación de los SIG en arqueología⁵⁴. Así pues, nos basaremos en una *secuencia de modelo-*

⁵⁴ Parte del planteamiento teórico-práctico de este análisis fue la base de uno de los ejercicios finales presentados en el Curso de Postgrado “La aplicación de las Tecnologías de Información Geográfica en Arqueología”, organizado por el Instituto de Arqueología de Mérida (IAM CSIC) y el Instituto de Ciencias del Patrimonio (INCIPIT-CSIC), para el cual contamos con la orientación de César Parcero y Pastor Fábrega.

contrastación, a través de la cual plantearémos un modelo hipotético que comprobaremos o reformularemos, así como determinadas preguntas que intentaremos responder en el contexto del modelo propuesto.

El objetivo general de este análisis es conocer la localización de las cuevas en el paisaje y su relación con el resto de asentamientos. La propuesta que realizamos es una aproximación desde la arqueología del paisaje al estudio de estos espacios rituales. El proyecto que proponemos se basará tanto en un análisis locacional para el conjunto de cuevas, como en un análisis de visibilidad y accesibilidad en el caso de *Kelin*.

Basándonos en los ejemplos observados en otros territorios ibéricos (Grau y Olmos 2005; Grau 2010; Grau y Amorós 2013), la hipótesis de partida se centra en que las cuevas destinadas a una actividad ritual son aquellas que se localizan en los límites del territorio, marcadores del paisaje sacro. Así pues, partimos de la idea de que la elección de determinadas cuevas no es aleatoria, sino que estaría influenciada por intereses de control territorial. Para contrastar dicho modelo a través del análisis territorial, nos hemos basado en cuatro elementos clave:

- 1- Creación de una **cartografía temática** que permita realizar un análisis locacional de las cuevas estudiadas y su relación con el resto de yacimientos de cronología similar.
- 2- Propuesta sobre su **adscripción** a los territorios de *Kelin*, *Edeta* o *Arse*.
- 3- Contrastación de la hipótesis de partida sobre la localización de las cuevas en los **límites del territorio**.
- 4- En el caso del territorio de *Kelin*, análisis de otros factores como la **visibilidad** o la **accesibilidad**.

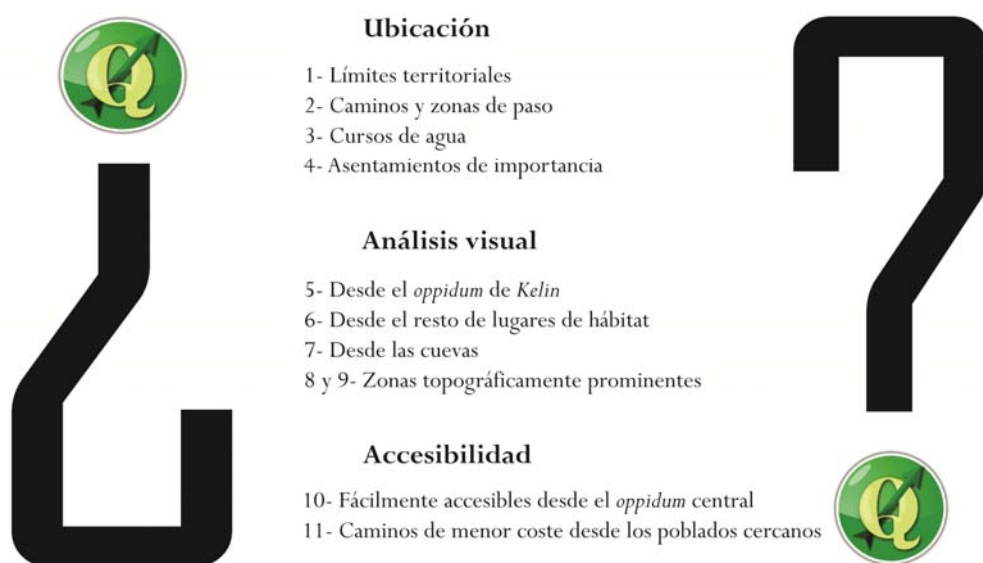


Fig. 8.1. Preguntas planteadas en el análisis territorial.

Para el caso específico de *Kelin*, hemos realizado un total de 11 preguntas clave (fig. 8.1) que responderemos en el apartado 8.4. Del mismo modo que plantean Rueda *et al.* (2008: 25) para las cuevas del Alto Guadalquivir, a través de este tipo de preguntas, intentaremos comprender la elección de determinadas cuevas para desarrollar actividades rituales y su papel en la ordenación del territorio ibérico.

Software y datos utilizados

El *software* utilizado para este análisis ha sido QGIS⁵⁵, un *software* libre y de código abierto que permite crear, editar, visualizar, analizar y publicar información geoespacial, en una gran variedad de sistemas operativos (Windows, Mac, Linux...). En nuestro caso, hemos utilizado la versión 2.18.4-*Las Palmas de G.C. with GRASS*, en Windows 10. Esta versión incluye herramientas de SAGA y GRASS, a las que iremos haciendo referencia cuando sea necesario.

En cuanto a los datos utilizados para la creación de los archivos vectoriales de localización de yacimientos, estos provienen tanto de fuentes directas como secundarias. En el caso de las referencias UTM de las cuevas analizadas, fueron tomadas con un Sistema de Posicionamiento Global (GPS 60 de Garmin) en cada una de las bocas de acceso a las mismas, tal y como hemos explicado en el capítulo 3 (fig. 3.7.1). Sin embargo, para el resto de coordenadas, adquirimos dicha información de las fichas de DGPV y de visores como el del Institut Cartogràfic Valencià, a través de su portal Terrasit⁵⁶, así como de otros proyectos de prospección y tesis doctorales (Moreno 2011a; Quixal 2015; Albelda 2017).

Las capas ráster utilizadas, como Modelos Digitales del Terreno (MDT), provienen del Instituto Geográfico Nacional (IGN), a través de su centro de descargas⁵⁷. Hemos fusionado las distintas capas ráster utilizadas con la herramienta *Ráster-Miscelania-Combinar*, disponible en QGIS. Dependiendo del detalle requerido, hemos utilizado una resolución u otra: MDTs con paso de malla de 200 m en el caso de los mapas de ubicación generales (a nivel provincial) y MDTs con paso de malla de 25 m en los mapas de cuevas aisladas recogidos en el catálogo, los mapas de territorios ibéricos y los análisis de visibilidad y movilidad, en los que se requería un detalle mayor.

La red hidrográfica y otros recursos vectoriales como l'Albufera o los mares, fueron descargados de la página del Ministerio de Agricultura y Pesca, Alimentación y Medio Ambiente (MAPAMA), tanto de las Infraestructuras de Datos Espaciales (IDE)⁵⁸ como de la Confederación Hidrográfica del Júcar⁵⁹.

⁵⁵ <http://www.qgis.org/es/site/> (consultada el 29 de abril de 2017).

⁵⁶ <http://terrasit.gva.es/es/ver> (consultada el 29 de abril de 2017).

⁵⁷ <http://centrodedescargas.cnig.es/CentroDescargas/index.jsp> (consultada el 29 de abril de 2017).

⁵⁸ <http://www.mapama.gob.es/es/cartografia-y-sig/ide/descargas/default.aspx> (consultada el 29 de abril de 2017).

⁵⁹ <http://aps.chj.es/down/html/descargas.html> (consultada el 29 de abril de 2017).

Apuntes metodológicos para el análisis de visibilidad

La visibilidad es uno de los factores que más importancia suele tener en los análisis del paisaje arqueológico, incluso antes de la existencia de los SIG (Moseley 1975; Bernabeu *et al.* 1983). La importancia de estos análisis deriva de la relevancia del control visual, percibido como un elemento clave de control social y político, que define los territorios políticos (Criado 1993a; Wheatley y Gillings 2000: 3; Grau 2002: 26; Van Leusen 2002; Lake y Woodman 2003).

En relación al poblamiento ibérico, se comenzó valorando la visibilidad como factor estratégico y defensivo (Bernabeu *et al.* 1986; Ruiz y Molinos 1984, 1993). Nuestro interés aquí es valorar la variable de visibilidad a la hora de construir y delimitar el paisaje sacro. Así pues, además de la cuestión estratégica, también es interesante tener en cuenta el valor simbólico del control visual y la visibilización de un espacio sacro como punto de referencia en el paisaje (Grau 2010: 105). Entendemos visibilización como la capacidad de un elemento, ya sea natural o construido artificialmente, de ser percibido visualmente (Criado 1999: 34). Aunque la voluntad de visibilizar o invisibilizar la acción social puede ser consciente o inconsciente (Criado 1993b: 45), es interesante analizar sus características.

Para el estudio del caso de *Kelin*, prestaremos atención a tres cuestiones: visibilidad, visibilización e intervisibilidad (ver Criado 1993b; Wheatley 1995, Lake *et al.* 1998; Van Leusen 1999; Wheatley y Gillings 2000; Llobera 2003; Zamora 2006; entre otros). Para ello, utilizaremos tanto cálculos de visibilidad (*Viewshed*), como cálculos de visibilidad múltiple (*Multiple Viewshed*), siempre basándonos en la localización de los yacimientos de interés y el MDT. A grandes rasgos, lo que permiten los SIG es trazar líneas imaginarias desde un punto hasta los obstáculos encontrados en la topografía aportada a través del MDT. El resultado será tanto mapas vectoriales de líneas de visión (positivas o negativas), como mapas ráster de visibilidad binaria, basados en un simple algoritmo en el que a las zonas visibles se les da un valor de 1, mientras que a las zonas no visibles se las identifica con el valor 0 (Conolly y Lake 2006: 295).

La línea de visión (*Line of Sight*) es la línea que enlaza dos puntos del paisaje donde no existen obstáculos de visibilidad, ni por el terreno, ni por cualquier otro componente (Wheatley y Gillings 2000: 2; Conolly y Lake 2006: 295; Conolly 2008: 588-590). Sin embargo, que exista visibilidad desde un punto hacia otro punto, no significa que exista intervisibilidad (Wheatley y Gillings 2000: 7). En el caso de las cuevas, por ejemplo, sería posible que un poblado determinado se viera desde una cueva, mientras que la cueva no pueda ser vista desde el poblado. Por otra parte, la cuenca o campo visual (*Viewshed*) nos permite calcular las áreas potencialmente visibles desde un determinado punto, sumando distintas líneas de visión (Conolly y Lake 2006: 295; Conolly 2008: 588-590) o desde varios puntos agrupados (*Multiple viewshed*). Mientras que la cuenca de visibilidad acumulada (*Cumulative viewshed*) calcula el número de veces que una localización determinada es vista desde un conjunto de puntos, como resultado de la adyacencia de diferentes cuencas de visibilidad individuales,

aportando un rango de mayor o menor visibilidad (Wheatley 1995: 173; Llobera 2006: 112). Así pues, estos cálculos nos permiten analizar la visibilidad existente entre un conjunto de yacimientos, teniendo siempre en cuenta las condiciones del paisaje natural en el que se insertan (Wheatley y Gillings 2002: 206).

Evidentemente, como cualquier cálculo realizado con los SIG, los análisis de visibilidad son tan solo modelos de las zonas potencialmente visibles que simplifican una realidad mucho más compleja, en la que influyen una gran variedad de factores. Tal y como indica Zamora (2006: 42), debemos tener en cuenta factores como el interés selectivo por los objetos visuales, los desplazamientos, el uso de estructuras o posiciones elevadas para observar, las emociones que se sienten al observar el paisaje o la organización cultural del espacio. Además, al hablar de visibilidad, debemos tener en cuenta que no es lo mismo visión (posibilidad de ver del observador) que percepción (objeto visible y comprensible) (Llobera 2001, 2003; Fontijn 2007). De todos modos, aunque estos cálculos no permitan valorar directamente todos estos factores y cuenten con limitaciones, como por ejemplo la vegetación, la claridad del objeto de fondo o las dinámicas temporales como el clima o las estaciones (Wheatley y Gillings 2000: 5-8), nos aportan interesantes resultados a tener en cuenta para el estudio de la organización territorial de las sociedades del pasado.

En nuestro caso, hemos calculado la visibilidad mediante QGIS, sobre un MDT de 25x25 m de resolución. Para ello hemos tenido en cuenta variables como la altura del observador (1'70 m de media) y un radio máximo de visibilidad efectiva de 15 km, tal y como se ha aplicado en otros estudios territoriales sobre esta zona (Moreno 2011a: 134; Quixal 2015: 171). Así pues, aunque la solución del cálculo evidencie que hay una gran superficie con zonas visibles desde un punto determinado, esto no implica que el ojo humano sea capaz de distinguir y percibir todos aquellos elementos visibles en el terreno. Según explica Higuchi (1983: 13-14) en relación a la observación del ojo humano en un paisaje arbolado, este puede reconocer entidades individuales como los árboles y sus hojas en una distancia corta; puede identificar el paisaje pictórico, es decir, el contorno de los árboles y el bosque, pero no elementos individuales en una distancia media; y tan solo puede detectar un área arbolada sin contornos claros en el caso de las distancias largas.

Debemos recalcar que las localizaciones desde y hacia las cuales hemos realizado los cálculos de visibilidad, se referencian tan solo con un punto, tomado en la boca de entrada, en el caso de las cuevas⁶⁰. Somos conscientes de la representación simplista de un yacimiento con un solo punto. En el caso de las cuevas, nos interesa la localización de su boca, sin embargo, sería conveniente definir en un futuro el diámetro conocido de, al menos, los poblados más relevantes que se incluyen en el análisis territorial. Además, también sería interesante aportar otro tipo de información como por ejemplo, el alzado de las murallas, en el caso de los poblados fortificados, teniendo en cuenta que las condiciones de visibilidad mejorarían al situarse en una altura más elevada y, por tanto, los resultados del análisis de visibilidad serían distintos. Aparte de ampliarse este

⁶⁰ Evidentemente, en los cálculos que se basan en datos ráster, el SIG toma como referencia la celda del MDT donde se sitúa el punto que localiza la cueva.

análisis a otros territorios en los que existieran cuevas con bocas de acceso visibles, sería interesante indicar la altura del punto observado, es decir, la altura de cada una de las bocas, o calcular la altura media entre los ejemplos analizados. Sin embargo, en el caso de *Kelin*, tanto Cerro Hueco como Puntal del Horno Ciego II tienen un acceso en sima; la boca de la Cueva Santa del Cabriel se orienta hacia el actual embalse de Contreras y no hacia el interior del territorio de *Kelin*; en el caso de la Cueva de los Mancebones, su boca, de apenas 1 m de altura, se orienta hacia una pared rocosa y no hacia la rambla de Estenas. Y finalmente, las características específicas de la boca de la Cueva de los Ángeles nos son desconocidas al no haberla localizado, aunque las descripciones previas hablan de una boca de reducidas dimensiones ensanchada ligeramente por sus descubridores y por tanto, no pensamos que esta fuera visible a más de unos metros, sobre todo si tenemos en cuenta la vegetación que poblaría el área cercana, tal y como se observa en las imágenes del Archivo Fotográfico del SIP.

Apuntes metodológicos para el análisis de movilidad

Junto con la visibilidad, el estudio del movimiento de los grupos sociales en su entorno es otro de los aspectos fundamentales a tratar en la arqueología del paisaje (Grau 2011). A través de los SIG, podemos realizar simulaciones de movimiento y calcular costes energéticos y temporales en función de factores físicos y culturales. Estas simulaciones, nos permiten trazar, además, rutas óptimas entre dos puntos dependiendo del coste mínimo de recorrido de la superficie de fricción (Van Leusen 1999, 2002; Wheatley y Gillings 2002: 151-159; Conolly y Lake 2006: 282-292).

Evidentemente, como en cualquier análisis desarrollado con SIG, los resultados no serán una representación de la realidad. Aparte de que las condiciones del paisaje físico pueden haber variado, es muy complicado poder valorar otro tipo de factores del paisaje cultural que también influirían en el desplazamiento por el terreno, ya sean límites de capacidad, de adaptación o de autoridad (Llobera 2000: 66-67). En el caso de contar con este tipo de información, la aproximación realizada mediante los SIG, deberá contrastarse con otros datos geográficos y arqueológicos (Bermúdez 2006: 91).

Aunque el eje principal de nuestro análisis del territorio se centra básicamente en los cálculos de visibilidad, también nos parece interesante marcar los primeros pasos de cara a una aproximación sobre los itinerarios óptimos. Así pues, calcularemos los costes de recorrer el paisaje y los caminos de acceso óptimos desde los poblados a las cuevas situadas en el territorio de *Kelin* y viceversa. Sin embargo, en un futuro, sería conveniente valorar también las accesibilidades restringidas. En este sentido, si aceptamos la premisa planteada en otros estudios sobre la localización en los confines del territorio de las evidencias rituales en cuevas (Grau y Olmos 2005; Grau 2010; Grau y Amorós 2013), será interesante delimitar a través de los SIG las áreas de difícil acceso, tanto desde el *oppidum* central, como desde el resto de núcleos de poblamiento, y comprobar así si la accesibilidad puede considerarse un factor negativo o positivo para la el uso simbólico de una cueva.

Para llevar a cabo los análisis de accesibilidad, nos basaremos en los resultados obtenidos en los últimos trabajos sobre este territorio (Moreno 2011a; Quixal 2015), que analizan las áreas de captación y explotación de los poblados centrales del territorio de *Kelin*, así como los caminos óptimos, teniendo en cuenta tanto la distancia (Chisholm 1968; Higg y Vita Finzy 1972) como otras variables naturales y culturales.

A grandes rasgos, el análisis de la superficie de costes (*Cost Surface Analysis*) nos informa del coste o gasto energético de desplazarse desde un punto de origen a un área determinada. Evidentemente, partimos del principio de que dos localizaciones que están a una distancia similar, pueden no ser igualmente fáciles de alcanzar debido a la pendiente del terreno, así como a obstáculos naturales, artificiales o incluso sociales (Wheatley y Gillings 2002: 151). Por tanto, es necesario valorar no solo la distancia, sino también la facilidad o la dificultad para recorrer dicha distancia.

Para conocer el esfuerzo o el coste de la circulación humana, debemos conocer, por tanto, las características básicas de la superficie recorrida. El factor esencial que determina dicho coste es la pendiente (Gilman y Thornes 1985; Vicent 1991). A través de los SIG y basándonos en la información que nos aporta un MDT, podremos conseguir un mapa de fricciones o costes que nos proporcione información sobre el coste que supone atravesar cada una de las celdas del mapa. Para ello, se analizan las dificultades de recorrido por una superficie, en función de las características del terreno (MDT), sin tener en cuenta barreras naturales o artificiales, como ríos o construcciones. Este tipo de información vectorial complementaria se tendrá en cuenta en futuros trabajos. Evidentemente, el coste dependerá tanto del medio de transporte como de los atributos de cada celda, según la pendiente o los obstáculos con los que pueda contar cada una de las celdas (Grau 2002: 27; Conolly y Lake 2006: 282). A partir de estos mapas de costes, se pueden trazar caminos óptimos, es decir, recorridos más cómodos que aprovechan pasos naturales y zonas con menor pendiente, para alcanzar una localización determinada.

Aparte de la pendiente, otra de las variables más significativas que se tiene en cuenta para calcular el coste, es la dirección del desplazamiento. Dependiendo de si se valora o no dicha variable, se calculan mapas de costes isotrópicos o anisotrópicos. La diferencia principal entre ambos mapas es que mientras que el coste anisotrópico valora la dirección del viaje, el coste isotrópico no le presta atención (Wheatley y Gillings 2002: 151; Conolly y Lake 2006: 282; Conolly 2008: 590). En nuestro análisis de accesibilidad a las cuevas, nos interesa tanto el viaje de ida como el de vuelta. Es decir, tanto el coste del desplazamiento desde los poblados a las cuevas, como de las cuevas a los poblados. Por tanto, no tendremos en cuenta la dirección del movimiento y calcularemos el coste isotrópico.

Para obtener un mapa de costes, necesitamos generar previamente un mapa de pendientes (herramienta *Ráster-Análisis del Terreno-Pendiente* de QGIS). Una vez contamos con el mapa de pendientes, utilizando la calculadora ráster, podemos crear el mapa de costes. La fórmula que hemos utilizado para

conseguir el mapa de costes ha sido la elaborada por Uriarte (2005: 613). Esta fórmula se basa en los datos obtenidos en la definición de áreas de captación de Gilman y Thornes (1985: 36-38):

$$"MDT" * 0.02777 * "Mapa de Pendientes" + 0.6115 * "MDT".$$

Teniendo estos datos, podremos recrear pautas de movilidad y accesibilidad en el terreno y trazar los caminos de menor coste. Estos cálculos se han llevado a cabo con el geoproceto de QGIS *Least Cost Path* (SAGA), a partir de un mapa de costes acumulado (*r. cost*). El resultado de este cálculo será un mapa que nos indique qué recorrido es el menos costoso para llegar desde el punto de origen hasta el punto de destino indicado (Conolly y Lake 2006: 291).

8.3. Adscripción territorial y patrón locacional de las cuevas estudiadas

La localización aislada de las cuevas ya ha sido representada cartográficamente en el capítulo 4. En este apartado, nos centraremos en situar el conjunto de cuevas, proponer su adscripción territorial y analizar los patrones locacionales observados. Nuestro interés desde un principio ha sido estudiar un número reducido de cuevas situadas en términos actuales cercanos a los territorios ibéricos de *Kelin*, *Edeta* y *Arse*. Por tanto, evidentemente, la mayoría de las cuevas se asociarán a estos territorios. Sin embargo, en aquellos casos en los que no podamos plantear claramente dicha relación, nos limitaremos a indicar su no adscripción a los territorios estudiados, ya que por el momento no contamos con información suficiente como para asociarlos a otras áreas territoriales bien definidas.

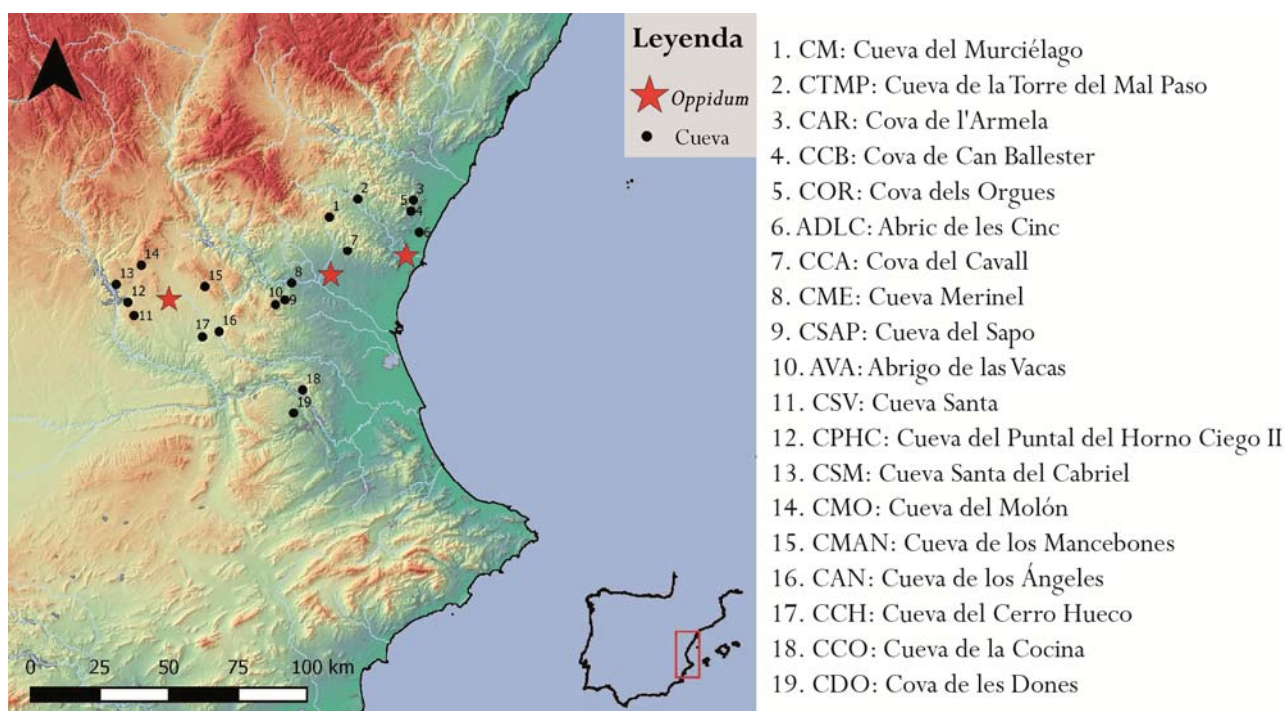


Fig. 8.2. Localización de las cuevas incluidas en el catálogo.

Tal y como se observa en la fig. 8.2, las cuevas elegidas para este estudio aparecen ordenadas en el catálogo de Norte a Sur. Evidentemente, la Cueva de la Cocina (18) y la Cova de les Dones (19), añadidas a última hora en la revisión, quedan completamente alejadas de las áreas de estudio y no serán incluidas en el análisis territorial. Sin tener en cuenta estas dos cuevas, vemos claramente tres agrupaciones. A primera vista, se observa una primera agrupación de las cuevas 1-6/7 al Noroeste del *oppidum* de *Arse*; una segunda agrupación al Noreste (7) y al Suroeste (8-10) del *oppidum* de *Edeta*; y una tercera concentración que delimita el territorio de la ciudad de *Kelin* (11-17).

Cuevas y abrigos con materiales ibéricos localizados en el área cercana al territorio de *Arse*

Si nos centramos en el área del *oppidum* de *Arse* (fig. 8.3), al Sur de la provincia de Castellón y Norte de la provincia de Valencia, observamos que la mayoría de cuevas seleccionadas se sitúan alrededor del valle del Palancia, entre la sierra d'Espadà (Norte) y la sierra Calderona (Sur).

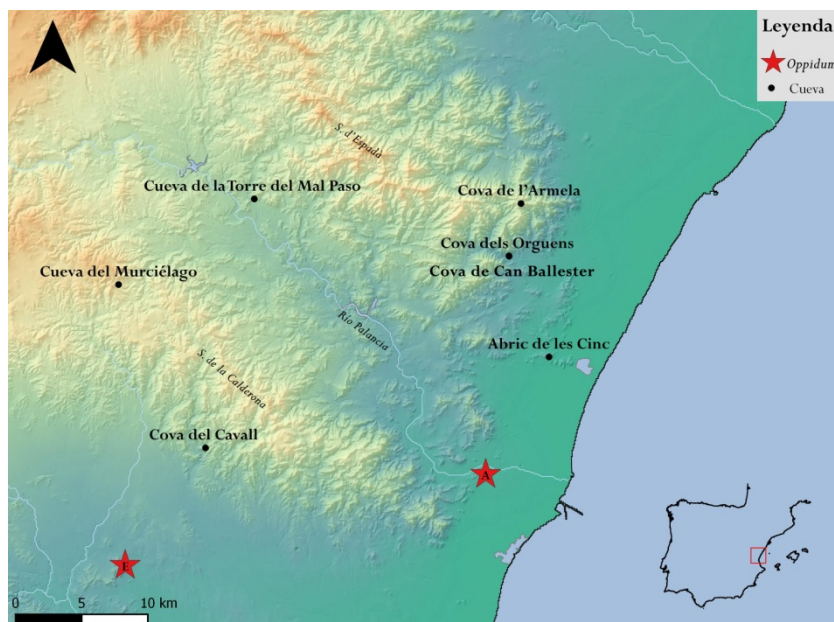


Fig. 8.3. Cuevas y abrigos con materiales ibéricos localizadas en el área cercana al territorio de *Arse*.

Centrándonos en cada una de las cuevas, hay que indicar que la Cova del Cavall parece asociarse más bien con el territorio de *Edeta*, ya que se ubica en la vertiente meridional de la Calderona, cercana al fortín edetano del Puntal dels Llops (Olocau). En segundo lugar, la Cueva del Murciélago y la Cueva de la Torre del Mal Paso, situadas en el curso alto del valle del Palancia, se encuentran bastante alejadas de la ciudad de *Arse*, por lo que no pensamos que se asocien directamente a su territorio, sino más bien a un núcleo ibérico localizado seguramente en el área cercana a Segorbe (Martí Bonafé 1998: 205-206). Finalmente, las cuevas situadas al Noreste, en el término actual de La Vall d'Uixó, podrían formar parte del control de *Arse*, según se considere el papel de la Punta d'Orleyl (La Vall d'Uixó). Así pues, tal y como se ha indicado en el capítulo 2, en algunas ocasiones se ha propuesto que el control de *Arse* sobrepasara el término de Almenara, asumiendo los yacimientos de La Vall (Aranegui 1994a: 70, 2004: 44). Sin embargo, tanto los estudios sobre el poblado y la necrópolis de la Punta d'Orleyl (Gusi 1975, 1979; Lázaro *et al.* 1981; García Fuertes 1998; García y Morano

2013), como los del poblado de Sant Josep (Rosas 1991, 1981, 1984, 1995), consideran a la Punta como capital de su propio territorio, independiente de *Arse*. Los últimos trabajos sobre esta zona (Albelda 2015, 2017) proponen que sería el área de Almenara la que marcaría el límite territorial de *Arse*, con la que existe una clara relación visual (Arasa 2001: 130). Sin embargo, no es nuestro objetivo aquí debatir la integración o no de los yacimientos de La Vall d'Uixo en el territorio de *Arse*.

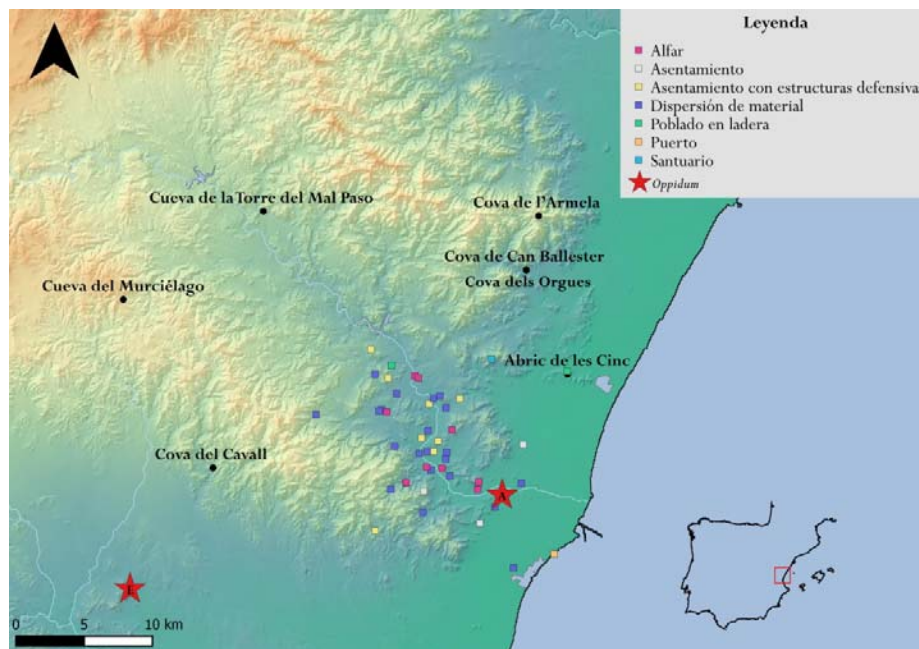


Fig. 8.4. Principales yacimientos pertenecientes al territorio de *Arse* (a partir de Martí Bonafé 1998 y Albelda 2017).

En todo caso, los estudios territoriales sobre esta zona no aportan datos suficientes para conocer su evolución cronológica. Por tanto, tal y como se observa en la fig. 8.4, hemos hecho referencia al conjunto de yacimientos y dispersiones de materiales en superficie que se mencionan, a grandes rasgos, en las tesis de Martí Bonafé (1998) y Albelda (2017), sin realizar agrupaciones cronológicas al carecer de estos datos en la mayoría de ocasiones. Lo que nos interesa de momento aquí, es mostrar que las cuevas localizadas al Sur de la provincia de Castellón no estarían bajo el control de *Arse*. Tan solo el Abric de les Cinc formaría parte del límite territorial de esta ciudad ibérica. Sin embargo, el territorio de *Arse* carecería de evidencias materiales en cuevas o abrigos que ritualizaran sus límites territoriales. Tal y como indica Martí Bonafé (1998: 186-187) y corroboran las últimas investigaciones al respecto (Albelda 2017), el único espacio ritual extraurbano asociado a este territorio sería el santuario ibero-romano de Muntanya Frontera (Tarradell 1979; Nicolau 1998; Ledo 2009; Aranegui *et al.* e.p.), localizado en el límite Norte. La función de ritualización de las fronteras, en este caso, no sería protagonizada por las cuevas, sino por este santuario. Mientras que el resto de prácticas rituales se centralizarían en la ciudad de *Arse*, de confirmarse la existencia de un santuario ibérico previo a la Segunda Guerra Púnica (Aranegui 1994a) (fig. 8.5).

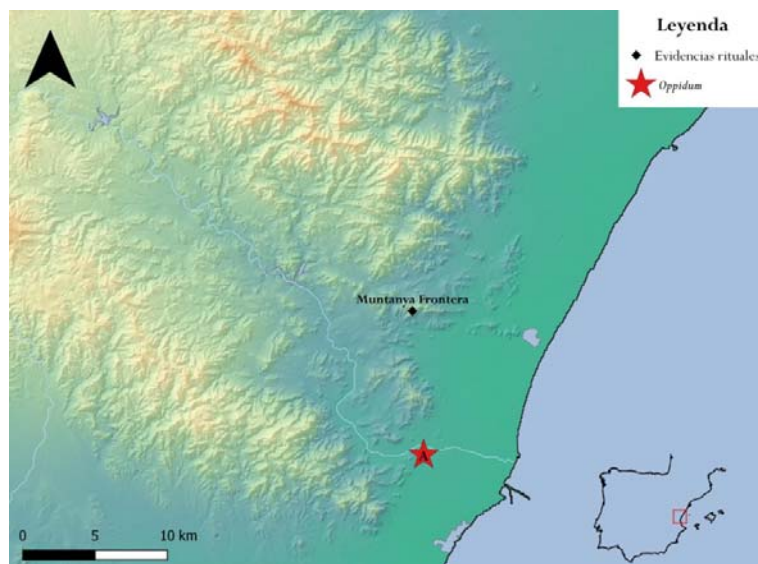


Fig. 8.5. Evidencias de prácticas rituales en el territorio de Arse.

Por último, aunque no pertenezcan al territorio político de Arse, es interesante remarcar que en esta zona se observa un patrón locacional que se repite en al menos dos ocasiones, pero que es distinto al que veremos en los territorios de Edeta y Arse. Tanto la Cueva de la Torre del Mal Paso (con evidencias rituales entre los ss. III-I a.C.), como las cuevas de La Vall d'Uixó (sin claras evidencias rituales), se encuentran localizadas a pocos metros de un poblado. Esta localización derivaría de la cronología de su frecuentación, en el primer caso, y de su uso en relación a las actividades productivas del hábitat permanente, en el segundo caso.

Cuevas y abrigos con materiales ibéricos localizados en el área cercana al territorio de Edeta

Si nos basamos en los últimos estudios realizados sobre la organización territorial de Edeta, llevados a cabo por H. Bonet, C. Mata y A. Moreno (2007, 2008), observamos que la mayoría de yacimientos asociados a Edeta se encuentran delimitados por la sierra Calderona (Noreste), la cubeta de Villar del Arzobispo (Oeste) y el río Turia (Sur) (fig. 8.6).

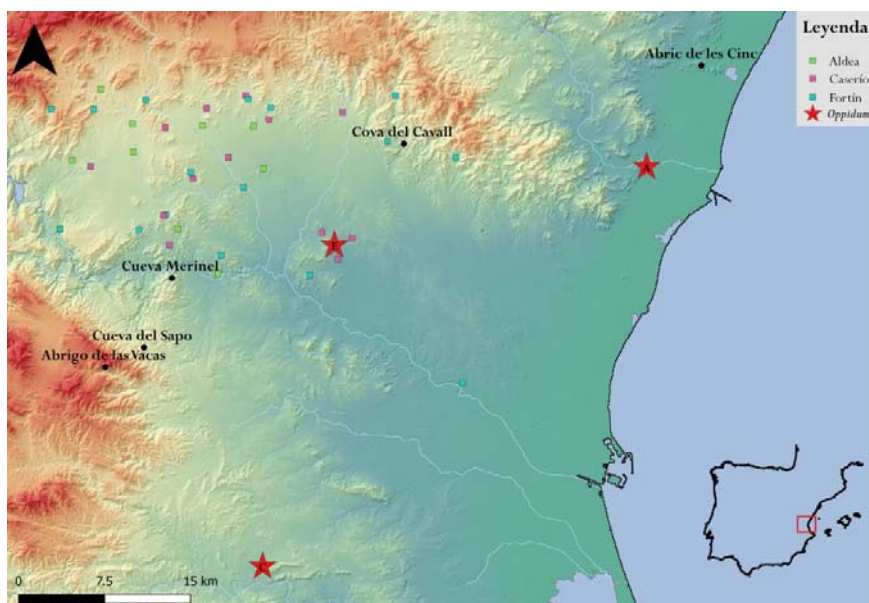


Fig. 8.6. Principales yacimientos pertenecientes al territorio de Edeta (a partir de Bonet *et al.* 2007: fig.1, 2008: fig. 1).

En esta zona, se documentan tres cuevas y un abrigo: la Cova del Cavall, en la vertiente meridional de la Calderona, desde donde existe una conexión visual directa con el fortín del Puntal dels Llops; y la Cueva Merinel, la Cueva del Sapo y el Abrigo de las Vacas, localizados al Sur del río Turia y, por tanto, en el límite Suroeste del territorio de *Edeta* (fig. 8.7). Aunque la ubicación de la Cueva del Sapo o el Abrigo de las Vacas se aleje algo más de dicha frontera Sur, su cercanía y su contacto visual en el caso del Sapo, nos incitan a pensar que se relacionaría con *Edeta*. Su conexión con el territorio de La Carència no puede plantearse con los datos con los que contamos en la actualidad (Albiach 2013), aunque dudamos que el control de este *oppidum* alcanzara un área tan extensa.

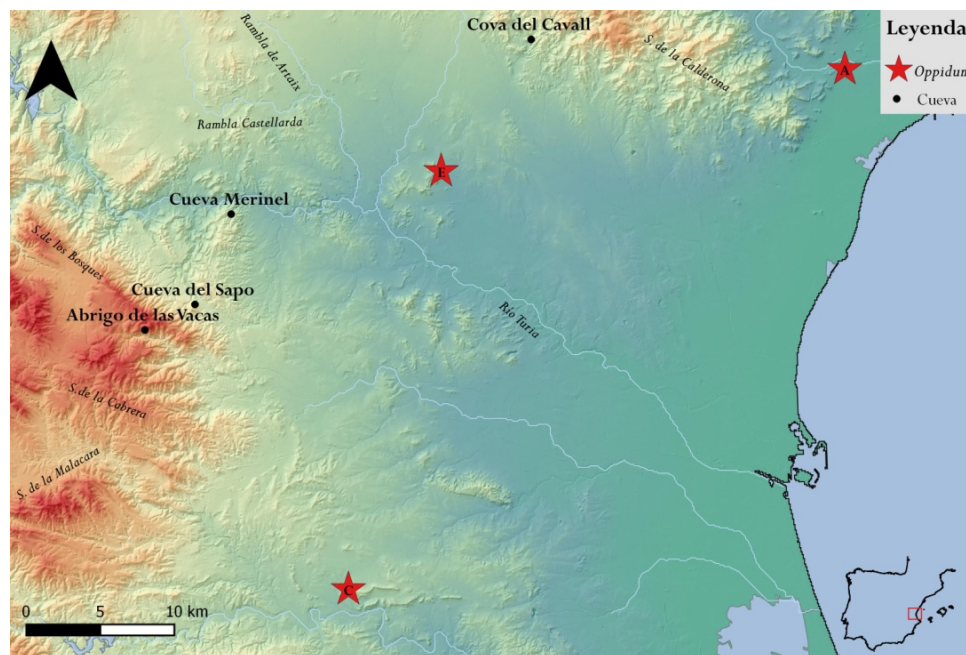


Fig. 8.7. Cuevas y abrigos con materiales ibéricos localizadas en el área cercana al territorio de *Edeta*.

Si nos centramos en los dos ejemplos que fueron claramente escenario de prácticas rituales (la Cueva Merinel y la Cueva del Sapo), es interesante reflexionar sobre el significado que tendrían, no solo como espacios sagrados, sino como marcadores territoriales frente al territorio vecino de La Carència. Conviene recalcar que aunque son cuevas que se sitúan a tan solo 6 km de distancia, el uso que se hizo de estos espacios fue distinto. En el caso de Merinel, una cueva de grandes dimensiones y varias salas, encerrada en el barranco y con reducida visibilidad desde su boca, tiene materiales que evidencian una pauta ritual marcada por el depósito de vasos caliciformes (casi 50), la ofrenda de elementos simbólicos como un anillo, una fíbula y una cuenta de pasta vítrea, pero sobre todo, destaca por el sacrificio animal con una marcada selección de edades (neonatos e infantiles), especies (cerdos y ovejas) y partes del cuerpo (craneales). En el caso del Sapo, una cueva de reducidas dimensiones con una galería descendente simple, que se sitúa casi en la cima de un monte desde donde existe una visibilidad bastante amplia, destaca por la presencia de un ritual funerario único, así como por la ofrenda sin evidencias de consumo de ciervos y ovicaprinos. Dos pautas distintas que pueden estar hablando de la diversidad ritual dentro de un mismo territorio o entre dos territorios distintos. Lo que es interesante en ambos casos es la elección de estas cuevas y no otras, situadas, por ejemplo, en el límite Oeste del territorio de

Edeta (cubeta del Villar), indicando el interés por ritualizar las fronteras entre *Edeta* y La Carència⁶¹. Aun así, si se confirmara el significado ritual de las inscripciones ibéricas halladas en el Abrigo Tarragón (Villar del Arzobispo, Valencia) (Pérez 1992: 295; Silgo *et al.* 2012; Ferrer i Jané e.p.), la ritualización de las fronteras estaría de nuevo presente en el límite Oriental (fig. 8.8)

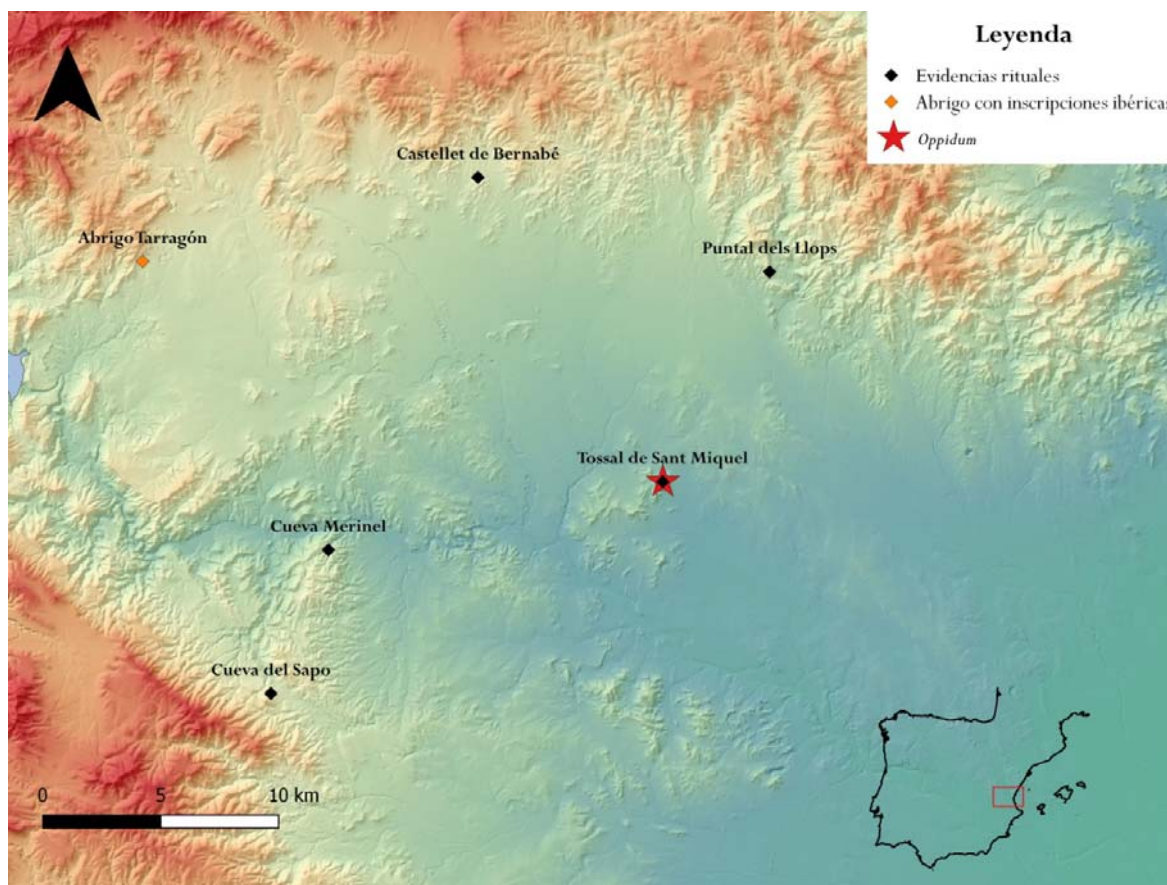


Fig. 8.8. Evidencias de prácticas rituales en el territorio de *Edeta*.

Finalmente, es interesante remarcar también cómo las funciones rituales, ya sean de carácter familiar o comunitario, han sido identificadas en poblados o fortines situados en el límite Norte del territorio: el Castellet de Bernabé (Llíria, Valencia) y el Puntal dels Llops (Olocau, Valencia) (Bonet 1995b; Bonet 2010) (fig. 8.8). Mientras que en el límite Sur, estas funciones las protagonizarían los espacios rituales extraurbanos de la Cueva Merinel y la Cueva del Sapo. Finalmente, otros lugares de culto de carácter colectivo serían centralizados por la ciudad de *Edeta*. De hecho, se ha planteado que las vinculaciones territoriales se verían reforzadas a través de dichas prácticas desarrolladas en el *oppidum* central, en las que participarían habitantes de todo el territorio

⁶¹ No se incluyen en este estudio las cuevas con materiales ibéricos del término de Andilla (Covachos de Pascua Gil, Cueva de la Calera y Cueva de las Collalbas), ya que están muy alejadas del límite occidental de *Edeta*. Aún así, no descartamos revisar sus materiales y realizar un estudio completo de su localización y características físicas en un futuro, aunque las referencias en las fichas de DGPV sobre sus materiales no son muy abundantes ni concluyentes sobre su uso en época ibérica.

(Bonet y Mata 1997b: 140). La polarización ritual ejercida por la ciudad de *Edeta* explicaría, por tanto, el número reducido de lugares de culto extraurbanos, representados por tan solo dos cuevas, en comparación con otras áreas como la de *Kelin*.

Cuevas con materiales ibéricos localizadas en el área cercana al territorio de *Kelin*

Finalmente, el caso del territorio de *Kelin* destaca por la elevada concentración de materiales en cuevas situadas en los límites territoriales. Así pues, a simple vista, observamos que las siete cuevas incluidas en esta revisión se distribuyen por los extremos naturales de la Meseta de Requena-Utiel (fig. 8.9). Concretamente, localizadas en tres puntos cardinales: Cueva de los Mancebones y Cueva de El Molón al Norte; Cueva del Cerro Hueco y Cueva de los Ángeles al Este; y Cueva Santa del Cabriel, Cueva del Puntal del Horno Ciego II y Cueva Santa al Oeste.

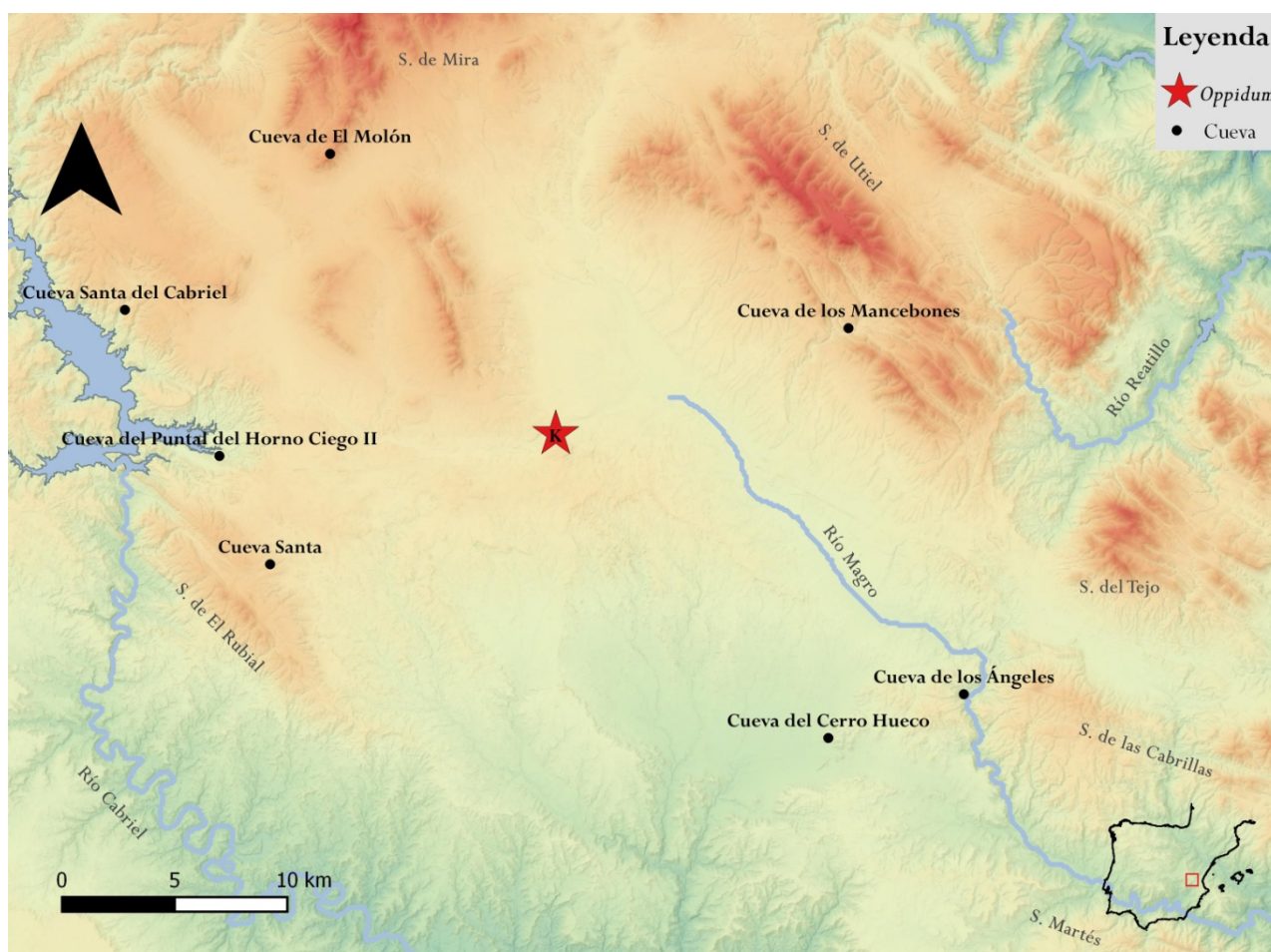


Fig. 8.9. Cuevas con materiales ibéricos localizadas en el territorio de *Kelin*.

Afortunadamente, tal y como hemos indicado en el capítulo 2, el poblamiento ibérico de esta zona es ampliamente conocido gracias al proyecto dirigido por C. Mata (*El poblamiento ibérico de la Plana de Utiel*) y las tesis derivadas del mismo (Moreno 2011a; Quixal 2015). Basándonos en los datos de dicho proyecto, vemos que justo el área central enmarcada por las cuevas coincide con la zona donde existe una mayor densidad de ocupación ibérica durante el Ibérico Pleno (fig. 8.10).

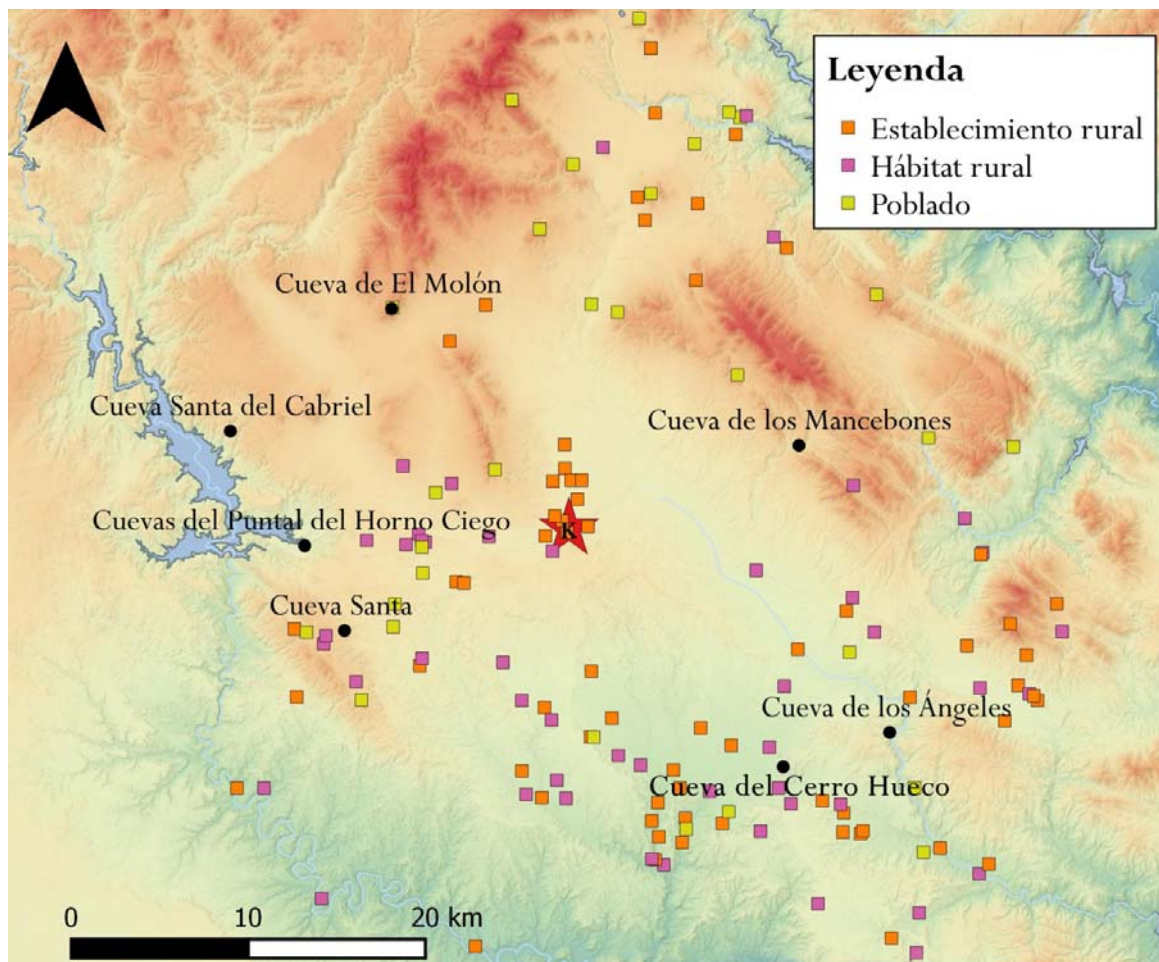


Fig. 8.10. Principales yacimientos pertenecientes al territorio de *Kelin*.

De cara al análisis territorial que realizaremos en el siguiente apartado, nos centraremos en las cinco cuevas que, actualmente, presentan claras evidencias de una actividad ritual: Cerro Hueco, Cueva de los Ángeles y Cueva de los Mancebones en Requena; Puntal del Horno Ciego II en Villargordo del Cabriel y la Cueva Santa del Cabriel en Mira.

Dejaremos de lado, por tanto, otras cuevas con evidencias dudosas o poco significativas, tanto cuantitativa como cualitativamente: la Cueva de El Molón (Camporrobles) y la Cueva Santa (Villargordo del Cabriel). En el caso de la Cueva de El Molón, la escasa cantidad de materiales hallados en los sondeos realizados a la entrada de la misma y la imposibilidad de desarrollar nuevas intervenciones arqueológicas en su interior al encontrarse cerrada por una fuente, nos impide proponer un uso ritual. De documentarse nuevas evidencias

rituales en su entorno, estas estarían evidentemente relacionadas con el poblado ibérico de El Molón, cercano a la cueva. Sin embargo, en el caso de la Cueva Santa, aunque su densidad material actual no nos permite realizar una interpretación sobre su uso en época ibérica, sus características físicas (dos salas con formaciones kársticas e innumerables oquedades), las evidencias en superficie, la presencia de sedimento arqueológico y su localización en el límite Suroeste del territorio de *Kelin*, son elementos a tener en cuenta de cara a futuros estudios sobre el uso ritual de este espacio.

Finalmente, hay que aclarar que no hemos incluido en la revisión otras cuevas situadas en Cuenca, que también pertenecerían al territorio de *Kelin*, como la Cueva del Collado de la Plata (Aliaguilla) o la Cueva de la Tejada (Garaballa). Debido a la ausencia de referencias claras sobre sus materiales, en el primer caso, y de resultados completos de sus excavaciones, en el segundo caso, hemos preferido dejarlas aparte. Sin embargo, en el caso de la Cueva de la Tejada, sí que tuvimos la posibilidad de revisar los materiales ibéricos procedentes de la primera intervención, dirigida en 2003 por J. M. Martínez García, los cuales se encuentran depositados en el Museo de Cuenca. La cantidad y tipología de los mismos (99 fragmentos, NMI: 8) no son suficientes para conocer el tipo de actividades llevadas a cabo en esta cueva. A la espera de la publicación de los resultados inéditos de las recientes intervenciones llevadas a cabo estos últimos años bajo la dirección de J. V. Pérez de la Sierra (M. Barril c.o.), hemos decidido posponer la revisión completa de esta.

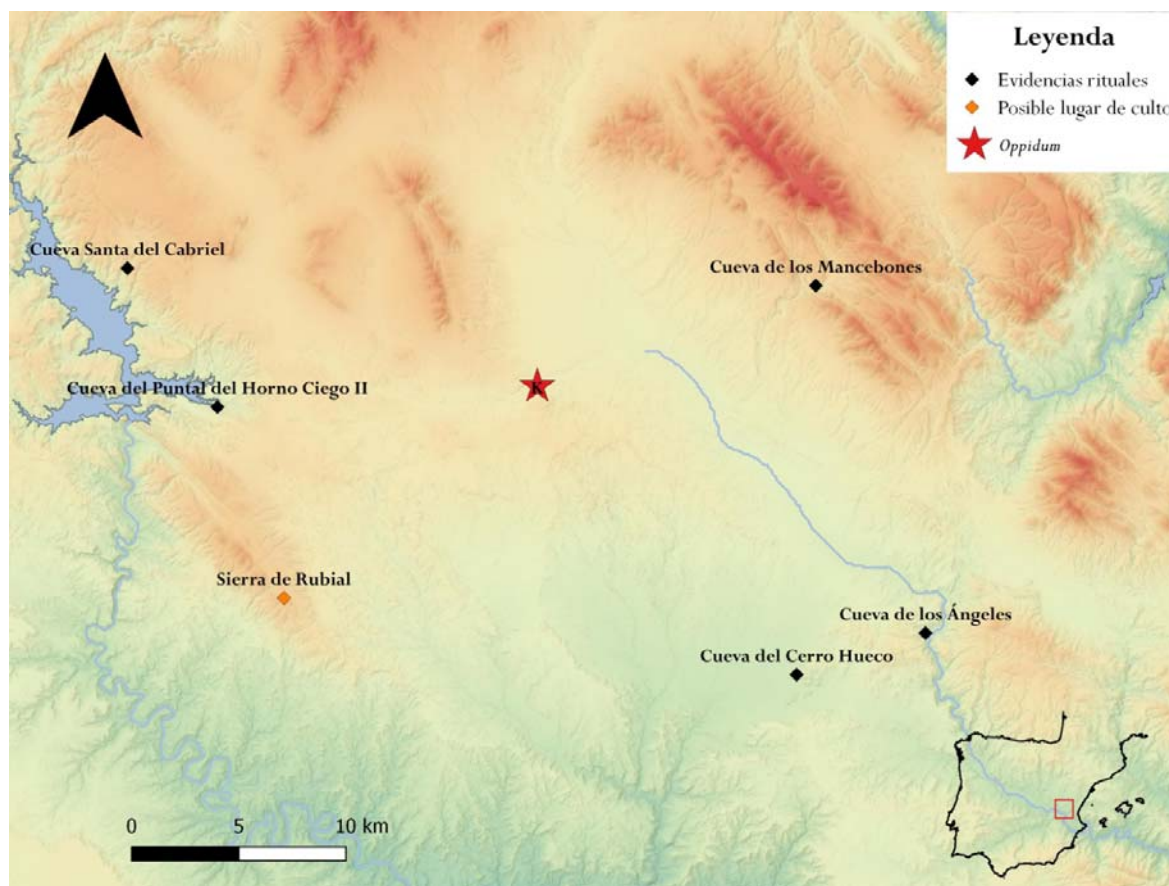


Fig. 8.11. Evidencias de prácticas rituales en el territorio de *Kelin*.

Aparte de estas evidencias, en el yacimiento de los Villares se hallaron varios materiales fuera de contexto que podrían provenir de ámbito sacro y/o funerario, como las terracotas, las joyas, un caldero de bronce y varios vasos con decoración figurada (Mata 1991: 129-137; Martínez Valle 2013: fig. 11). También se documentan depósitos votivos en el Cabriel, asociados al carácter sacro otorgado a las aguas durante la antigüedad (Edlund 1987: 58-60; Domínguez Monedero 1997: 397): varios conjuntos de monedas (Martínez Valle 1995), una figurita de barro cocido indeterminada (Martínez Valle 2001) y un casco de tipo Montefortino (Quixal 2015: 196). Finalmente, se ha identificado también un posible espacio cultural al aire libre en la Sierra de Rubial (fig. 8.11). Esta interpretación se debe al hallazgo de ocho plaquitas de plata grabadas con figuras humanas (Martínez García 2013). Según las fichas de DGPV, el yacimiento se encuentra en la cima del Cerro de las Tres Cruces o del Peñón Hundido, donde se documentó una estructura cuadrangular, abundante material cerámico y las plaquitas de plata, las cuales se vinculan con un posible lugar de culto. Aún así, al proceder de colecciones privadas y no conocer con exactitud el lugar de hallazgo de estos materiales, no aseguramos su identificación con un espacio ritual. De contar con más hallazgos que corroboren esta afirmación, sería interesante valorar su localización en el límite Oeste/Suroeste del territorio, frente a *Ikalesken* (fig. 8.12).

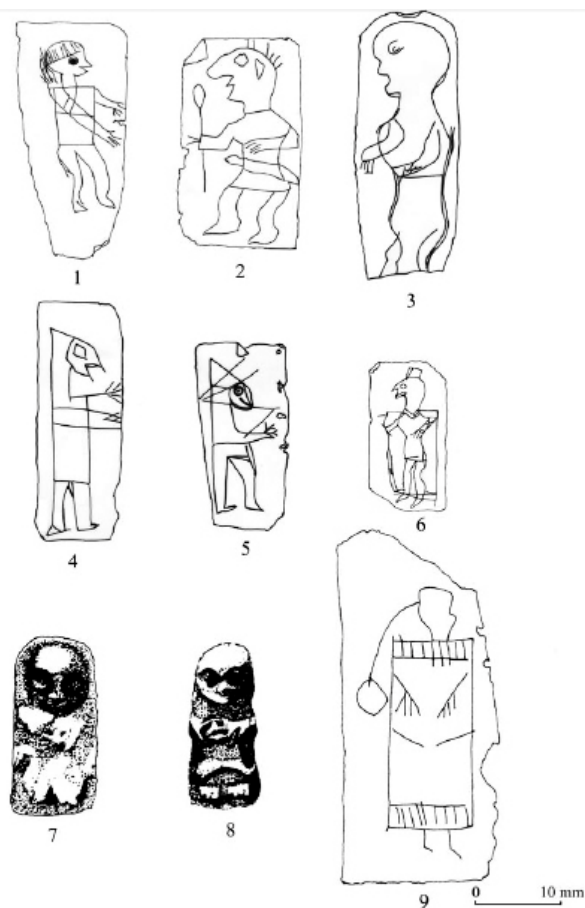


Fig. 8.12. Plaquitas de plata halladas en la Sierra de Rubial (1-8) y en el Punto de Agua (9) (Martínez Valle 2013: fig. 7).

Por tanto, a juzgar por las contadas evidencias rituales al aire libre en el territorio de *Kelin*, las cuevas serían los espacios rituales por excelencia, localizadas en los límites oriental, septentrional y occidental, marcando la frontera frente a La Carència (Este), *Edeta* y Cerro Viejo (Norte) e *Ikalesken* (Sur).

8.4. Análisis del caso específico de *Kelin*

La actual Meseta de Requena-Utiel es una de las zonas mejor conocidas en la arqueología ibérica valenciana. Conformó el territorio de la antigua ciudad de *Kelin* (Caudete de las Fuentes), la cual tuvo una ocupación ininterrumpida entre los ss. VII-I a.C. (Mata *et al.* 2001a; Moreno 2011a; Quixal 2015). La

De cara al análisis territorial, nos basaremos en modelos de arqueología del territorio de esta zona ya publicados (Moreno 2011a; Quixal 2015). En primer lugar, indicaremos la ubicación de las cuevas en tres zonas determinadas y las posibles vías de comunicación identificadas con las que se relacionan. En segundo lugar, realizaremos distintos cálculos de visibilidad, teniendo en cuenta no solo la ubicación exacta de las cuevas, sino los puntos topográficamente prominentes en el paisaje que las rodean. Finalmente, nos centraremos en las tres áreas definidas dentro de este territorio, y aplicaremos varios cálculos de accesibilidad para observar la relación de cada una de las cuevas con los poblados cercanos.

Del conjunto de las cinco cuevas incluidas en este análisis, dos se sitúan en el límite oriental (Cueva del Cerro Hueco y Cueva de los Ángeles), una en el límite septentrional (Cueva de los Mancebones) y dos en el límite occidental (Cueva Santa del Gabriel y Cueva del Puntal del Horno Ciego II) (fig. 8.15) (Machause y Quixal e.p.). Manteniendo estos tres grupos, describiremos las características principales de cada uno.

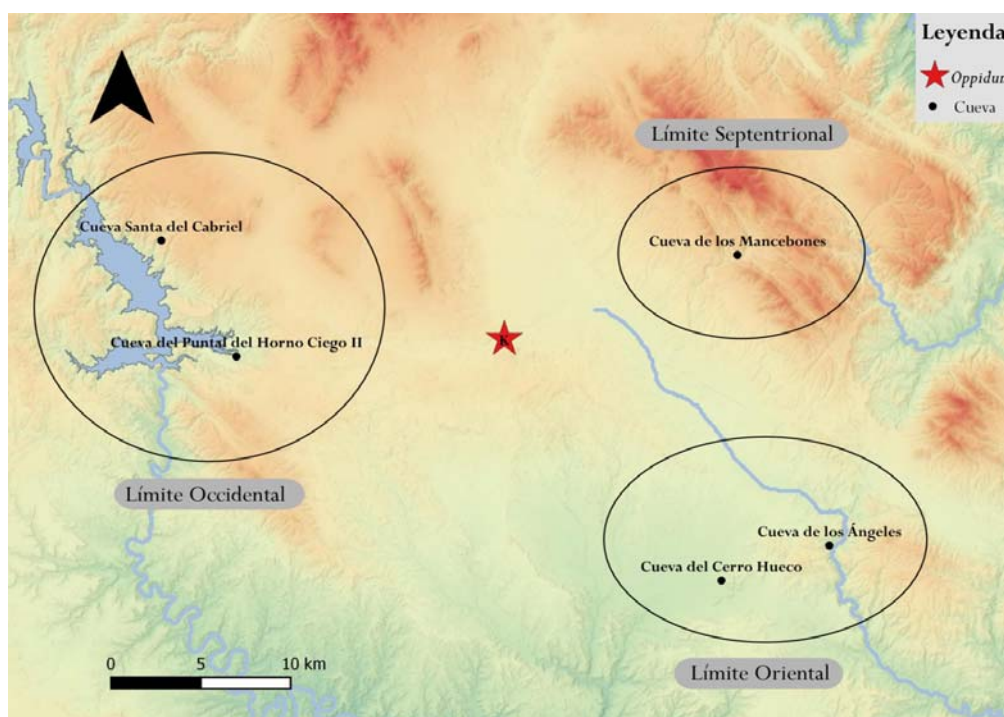


Fig. 8.15. Cuevas con evidencias rituales localizadas en los límites occidental, septentrional y oriental del territorio de Kelin.

Límite oriental

En el límite oriental, marcado por la Sierra de las Cabrillas, la Sierra Martés y el valle del Magro, se sitúan la Cueva del Cerro Hueco y la Cueva de los Ángeles, a corta distancia la una de la otra. Las prospecciones llevadas a cabo en esta zona, durante las campañas de 2007 y 2008 (Quixal *et al.* 2007), permitieron visitar otras cavidades, como las cuevas del Crisuel y del Cura, en la rambla de la Fuen Vich o la Cueva de la Güija, a los pies de la atalaya del Puntal de Eduardo, sin identificar material en superficie en ninguna de ellas. Sí que se documentaron materiales arqueológicos en una pequeña covacha cerca de la Fuente de la Peseta y la Cueva de los Ángeles, en uno de los parajes más abruptos del río, en cuya boca se recogieron

varios fragmentos cerámicos ibéricos. Sin embargo, debido a sus características físicas y el escaso material recogido, no ha sido incluida en ningún estudio.

Por una parte, la Cueva del Cerro Hueco se sitúa en Las Serratillas, estribaciones de Las Cabrillas, donde el corredor de Hortunas se abre en el llano de Campo Arcís. Cuenta con un poblamiento bastante denso a su alrededor. Si observamos el área inmediata, existen diversos yacimientos ibéricos de escasa entidad como La Tejería II, al Norte, y Cerro Gallina y Pozo Robledo al Sur (fig. 8.16). Sin embargo, el núcleo de poblamiento más estable y mayor entidad se sitúa en Los Alerises, cerca de la aldea de La Portera, justo en la cabecera del corredor de Hortunas (Quixal 2012: 190). Además, esta cueva se localiza entre dos poblados fortificados de gran importancia: el Cerro de la Cabeza, al Suroeste (Quixal *et al.* 2010) y el Castellar de Hortunas o Cerro Santo, al Sureste (Quixal 2015: 41-42), aunque este último se encuentra más alejado, fuera del *buffer* de 5 km. La Cueva de los Ángeles, por su parte, situada junto al curso del río Magro, no cuenta con un poblamiento tan denso como Cerro Hueco, seguramente por el carácter agreste del paisaje (tramo del río que se encaja en la sierra de Las Cabrillas, antes de abrirse en el corredor de Hortunas). Tal y como se observa en la fig. 8.16, el yacimiento más próximo es la atalaya del Puntal del Eduardo, situada al Sur de la cueva, desde donde existe un importante control visual del valle.

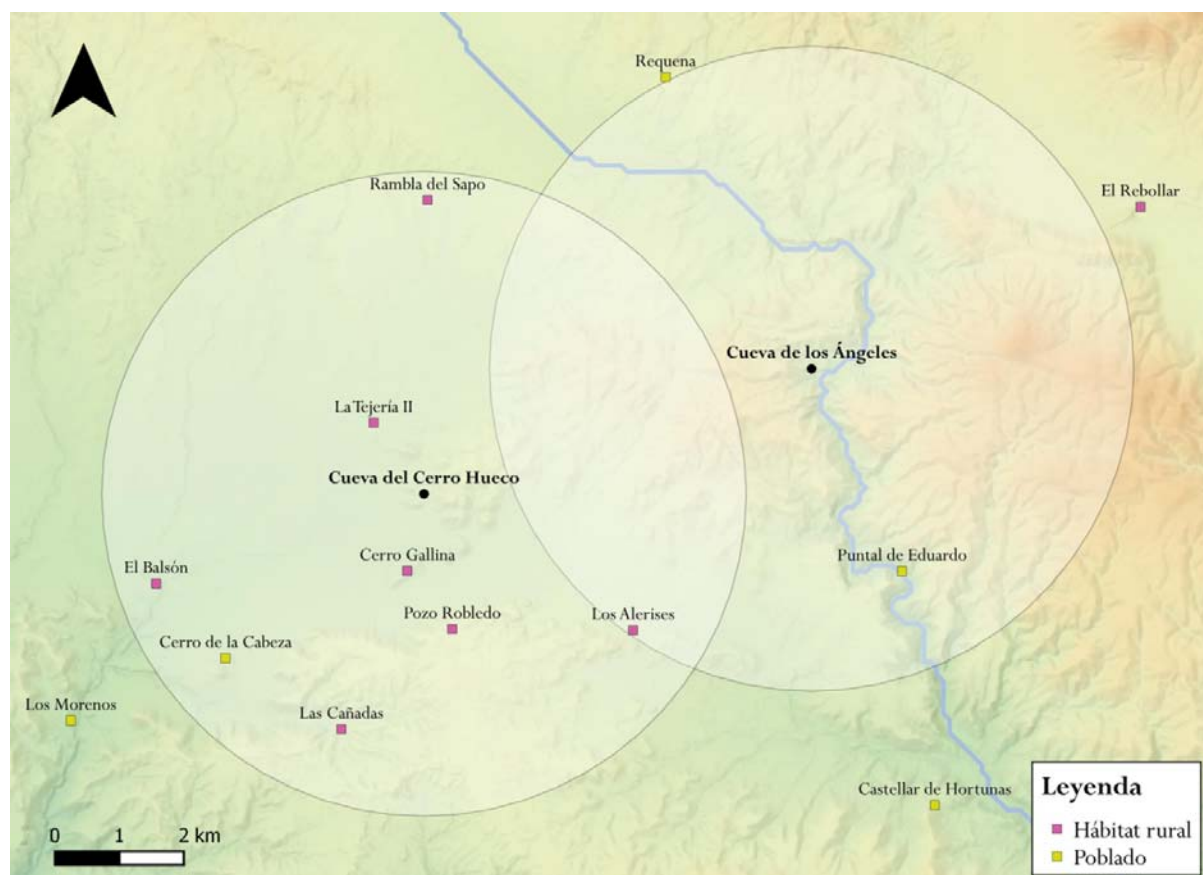


Fig. 8.16. Límite oriental: poblamiento cercano a las cuevas de Cerro Hueco y los Ángeles (*buffer* de 5 km).

Es interesante remarcar que este límite oriental, asociado directamente con el valle del Magro y el corredor de Hortunas, fue una vía de comunicación tanto entre los territorios ibéricos de *Kelin* y La Carència, así como entre la costa y el interior meseteño (Quixal 2013b). Tal y como veremos en el capítulo siguiente, la ubicación de estas dos cuevas en un área fronteriza como esta influirá en su interpretación, no solo por estar ubicadas en zonas de paso, sino por ser espacios que delimitarían simbólicamente la frontera entre dos territorios ibéricos.

Límite septentrional

En el límite septentrional, asociado con la sierra de Utiel, se localiza la Cueva de los Mancebones. Tal y como hemos descrito en el capítulo 4, esta se sitúa cercana a la rambla de Estenas, hacia la que se orienta la boca, en el paraje del Requejo. Aunque no es un área muy poblada en época ibérica, es interesante destacar la ubicación, a apenas 5 km al Noroeste del poblado fortificado de La Mazorra, desde donde existe un importante control visual sobre el llano de Utiel (Quixal 2015: 172) (fig. 8.17). Al Sur, se documentan evidencias de habitación en la Umbría de la Esterilla. Y algo más alejado, al Este de la cueva, se sitúa el poblado fortificado de Los Chorrillos, el cual presenta también evidencias de fortificación.

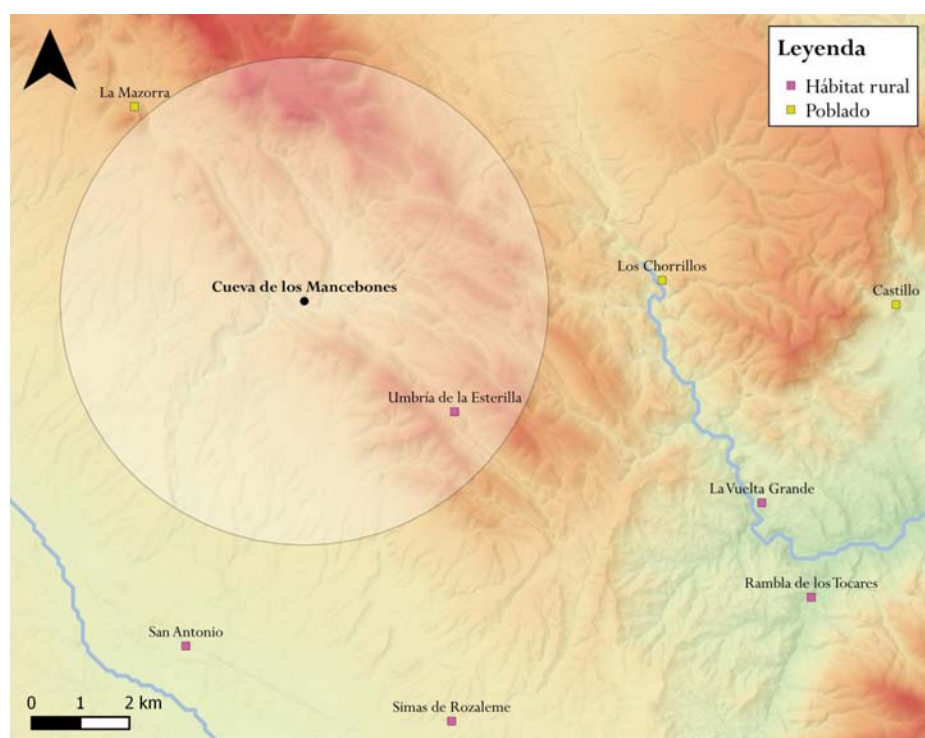


Fig. 8.17. Límite septentrional: poblamiento cercano a la Cueva de los Mancebones (*buffer* de 5 km).

Este límite, sin embargo, no se relaciona directamente con vías de comunicación identificadas, como ocurre en el caso del límite oriental. Aún así, es importante destacar su ubicación en uno de los límites naturales de la Meseta de Requena-Utiel, frente a los territorios vecinos de *Edeta* y Cerro Viejo (Moreno 2011a: 38-40; Quixal 2015: 162).

Límite occidental

Finalmente, en el límite occidental del territorio, marcado por la sierra de El Rubial y el río Cabriel, se ubican dos cuevas: la Cueva Santa del Cabriel y la Cueva del Puntal del Horno Ciego II. Este límite, delimitado por el curso del río Cabriel, es uno de los más claros del territorio de *Kelin* (Moreno 2011a: 38-40). El río crea una profunda depresión y marca un claro límite tanto en el lado occidental de la meseta como en el meridional. Así pues, de cara a la interpretación simbólica de estas dos cuevas, será interesante destacar su importancia como área fronteriza frente al territorio de *Ikalkusken/Ikalesken* (Iniesta, Cuenca) (Martínez Valle 1995).

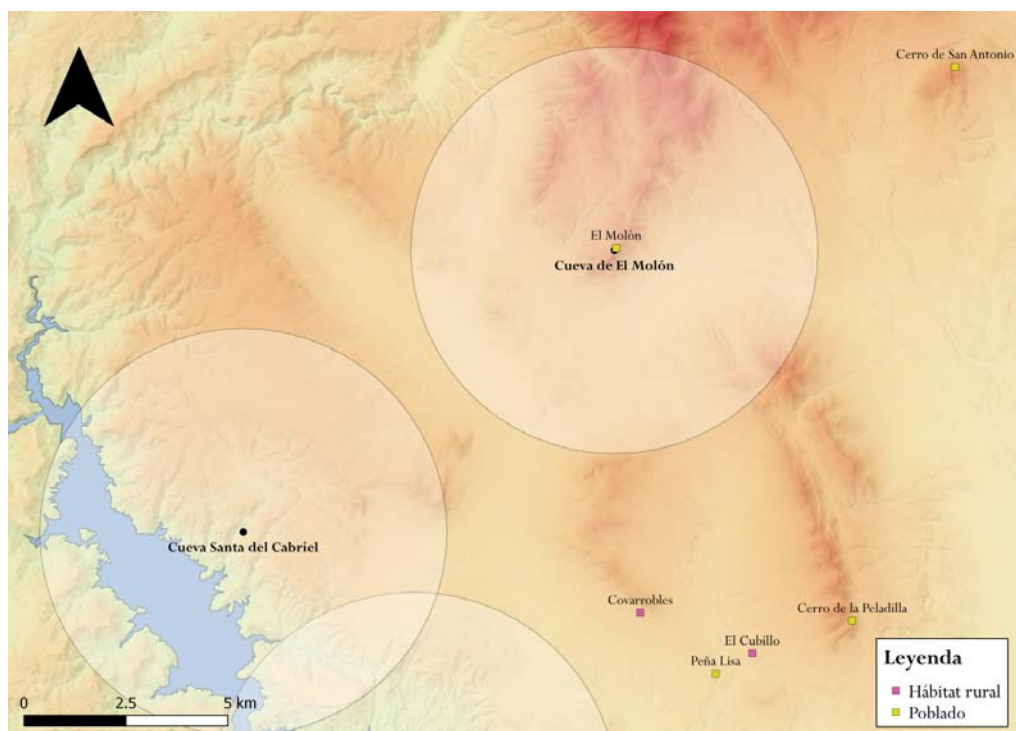


Fig. 8.18. Límite occidental: poblamiento cercano a la Cueva Santa del Cabriel (*buffer* de 5 km).

En el caso de la Cueva Santa del Cabriel, destaca la ausencia de poblamiento durante el Ibérico Pleno, tal y como ya se indicó en la publicación de esta cueva (Lorrio *et al.* 2006: 66). Así pues, el poblado ibérico más cercano es El Molón, a unos 11 km de distancia al Noreste, a los pies del cual se encuentra la Cueva de El Molón, que no incluimos en este análisis por las razones expuestas anteriormente (fig. 8.18). Es cierto que existen otras evidencias de frecuentación en un área más cercana a la cueva, en el paraje de las Casas del Alabú o Alaud (Mira, Cuenca) (donde, de hecho, se celebra actualmente la comida posterior a la romería). Sin embargo, al incluir tan solo evidencias de una cronología plena (V-III a.C.) para el estudio territorial, hemos desestimado la referencia a dicho yacimiento. A partir de los materiales documentados en superficie, esta ubicación se asociaría con una primera frecuentación en el s. VI a.C. y una segunda ocupación en el ibérico final (II-I a.C.) y época romana (I-II d.C.) (Quixal 2015: 92). De todos modos, teniendo en cuenta la dilatada cronología de los materiales hallados en la Cueva Santa del Cabriel, aunque la mayoría se asocian al Ibérico Pleno, habría que valorar su relación, en otros momentos, con el hábitat localizado en las Casas del Alabú.

Tampoco en el caso de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II existe un poblamiento muy denso. Bien es cierto que esta cueva, situada a 6 km al Sur de la anterior, se encuentra más cercana a algunos poblados como Los Chanes I o Los Aldabones (a unos 6-8 km de la cueva) (fig. 8.19). Sin embargo, el resto de evidencias más cercanas, como el Camino de la Casa Zapata o la Cuesta de los Civiles, cuentan con un material mucho más reducido (Moreno 2011a: 247-252). En relación a esta cueva, es interesante destacar su localización cercana al vado del Pajazo, uno de los pasos principales sobre el río Cabriel. Este vado pudo servir de vía de comunicación entre la Meseta de Requena-Utiel y la Meseta castellana (Moreno 2011a: 119-120; Quixal y Moreno 2011: 18-19; Quixal 2015: 166)

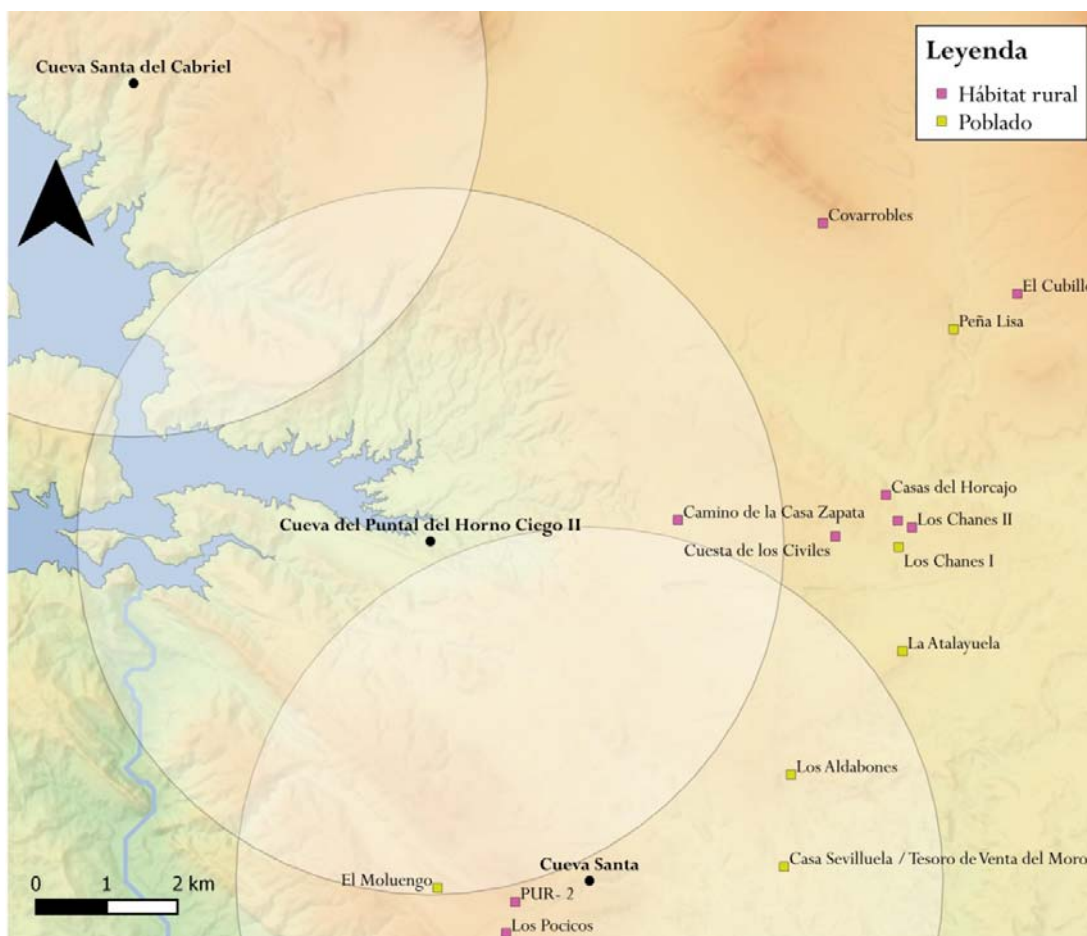


Fig. 8.19. Límite occidental: poblamiento cercano a la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (*buffer* de 5 km).

Finalmente, aunque no vayamos a incluirla en el análisis territorial, es interesante indicar que la Cueva Santa de Villargordo se sitúa en el límite Suroeste del territorio, cercana a un asentamiento rural de gran importancia: El Moluengo (Quixal 2015: 72) (fig. 8.19). De documentarse evidencias de una actividad ritual en un futuro, sería interesante tener en cuenta su localización en un área liminal.

Preguntas y respuestas para el análisis territorial

Una vez descrita su ubicación y siguiendo la metodología expuesta en el apartado 8.2, responderemos de manera resumida a las preguntas suscitadas en relación a la ubicación en el territorio, la visibilidad y la accesibilidad (fig. 8.1). Sin embargo, cuestiones de carácter más interpretativo en relación a las respuestas, serán ampliadas en el apartado 8.5.

- **Ubicación en el territorio**

PREGUNTA 1: ¿Se encuentran en los límites territoriales?

RESPUESTA 1: Las cinco cuevas analizadas se ubican en los límites territoriales (fig. 8.15). Tal y como han indicado los estudios previos sobre estas cuevas (Quixal 2008: 157-160, 2012: 202, 2015: 195-196), esta es una variable fundamental y compartida por todas las cuevas con evidencias de ritualidad en el territorio de *Kelin*. Tanto Cerro Hueco y los Ángeles en el límite oriental, como Mancebones en el límite septentrional y la Cueva Santa del Cabriel y Puntal del Horno Ciego II, en el límite occidental, se sitúan en los confines del territorio ibérico de *Kelin*, frente a otros territorios como *Edeta* y La Carència (Este), Cerro Viejo (Norte) e *Ikalesken* (Oeste) (Moreno 2011a; Quixal 2015).

PREGUNTA 2: ¿Se localizan cercanas a caminos y zonas de paso?

RESPUESTA 2: Su localización cercana a caminos y zonas de paso no es un patrón compartido por las cinco cuevas analizadas (fig. 8.20). Sí ocurre esto en las cuevas situadas en los límites oriental y occidental, las cuales se relacionan con las principales vías de comunicación que articulan el territorio y permiten la comunicación con otros territorios vecinos. Así pues, la Cueva del Cerro Hueco y la Cueva de los Ángeles (límite oriental) se relacionan directamente con la importante vía de comunicación del valle del Magro. Por su parte, la Cueva Santa del Cabriel y la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (límite occidental), se encuentran cerca de uno de los principales pasos de esta zona: el Pajazo. Sin embargo, la Cueva de los Mancebones (límite septentrional) no se relaciona de manera directa con ninguna vía de comunicación identificada.

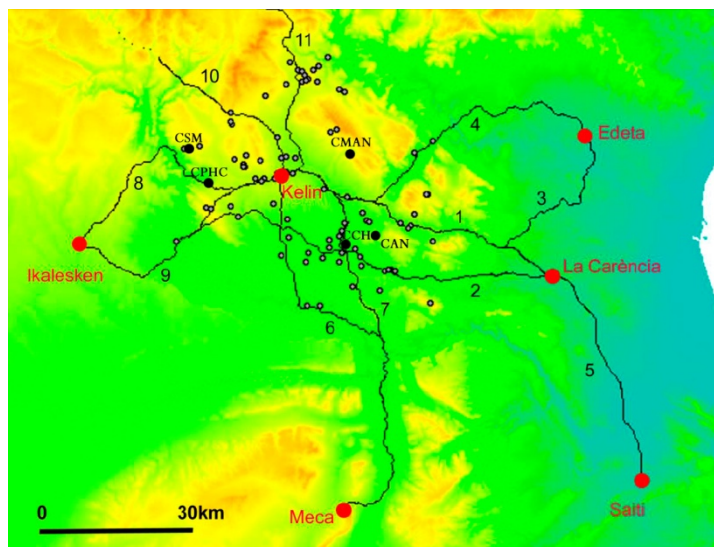


Fig. 8.20. Localización de las cinco cuevas en relación a las principales rutas entre *Kelin* y las ciudades ibéricas vecinas (a partir de Quixal 2015: fig. 222)

PREGUNTA 3: ¿Se ubican próximas a cursos de agua?

RESPUESTA 3: La mayoría de las cuevas analizadas se encuentran cercanas a los principales cursos de agua de la zona. En el límite oriental, la Cueva de los Ángeles mira directamente hacia el río Magro, que transcurre a apenas 200 m. En el límite septentrional, la Cueva de los Mancebones se sitúa sobre la rambla de Estenas, a unos 280 m. Y en el límite occidental, la Cueva Santa del Cabriel y el Puntal del Horno Ciego II se localizan cercanas al curso del río Cabriel (actualmente ocupado por la superficie que ocupa el embalse de Contreras).

PREGUNTA 4: ¿Se localizan cercanas a asentamientos de importancia?

RESPUESTA 4: No se localizan cercanas a asentamientos de importancia y, de hecho, suelen situarse en áreas con una densidad de poblamiento muy baja (excepto en el caso de la Cueva del Cerro Hueco: fig. 8.16). Así pues, el mejor ejemplo lo vemos en la Cueva Santa del Cabriel, a la que no parece asociarse ninguna evidencia de habitación durante el Ibérico Pleno (fig. 8.18).

- **Análisis de visibilidad**

PREGUNTA 5: ¿Son visibles desde el *oppidum* de *Kelin*?

Evidentemente, ya sabíamos que la respuesta a esta pregunta era negativa. Sin embargo, del mismo modo que con otras de las preguntas propuestas en este trabajo, nos interesaba demostrarlo a través de los SIG. Para ello hemos calculado la visibilidad existente desde *Kelin*, a través de la herramienta *Viewshed* de QGIS, basándonos en el MDT y en la localización del punto central y de las cinco cuevas. De este modo, el programa traza, en primer lugar, las líneas de visión desde *Kelin* hacia las cuevas y aporta una capa vectorial con líneas de verdadero o falso dependiendo si existe o no visibilidad. En segundo lugar, realizamos un cálculo similar, pero precisando que queremos un resultado ráster binario, en el que se indique qué celdas son visibles desde un punto determinado (*Kelin*). Las celdas visibles tendrán valor de 1 y las no visibles tendrán valor de 0. Generalmente, las distancias máximas aplicadas a los cálculos de visibilidad efectiva son de 15 km. Sin embargo, en este caso, si realizábamos el cálculo con un radio de búsqueda limitado a 15 km, había tres cuevas que no se contemplaban en el análisis. Por tanto, tan solo en este caso, hemos preferido ampliar el radio a 25 km para demostrar la visibilidad existente entre el *oppidum* central y las cuevas, aunque no fuera efectiva. La otra variable que hemos tenido en cuenta ha sido la altura del observador (1'70 m).

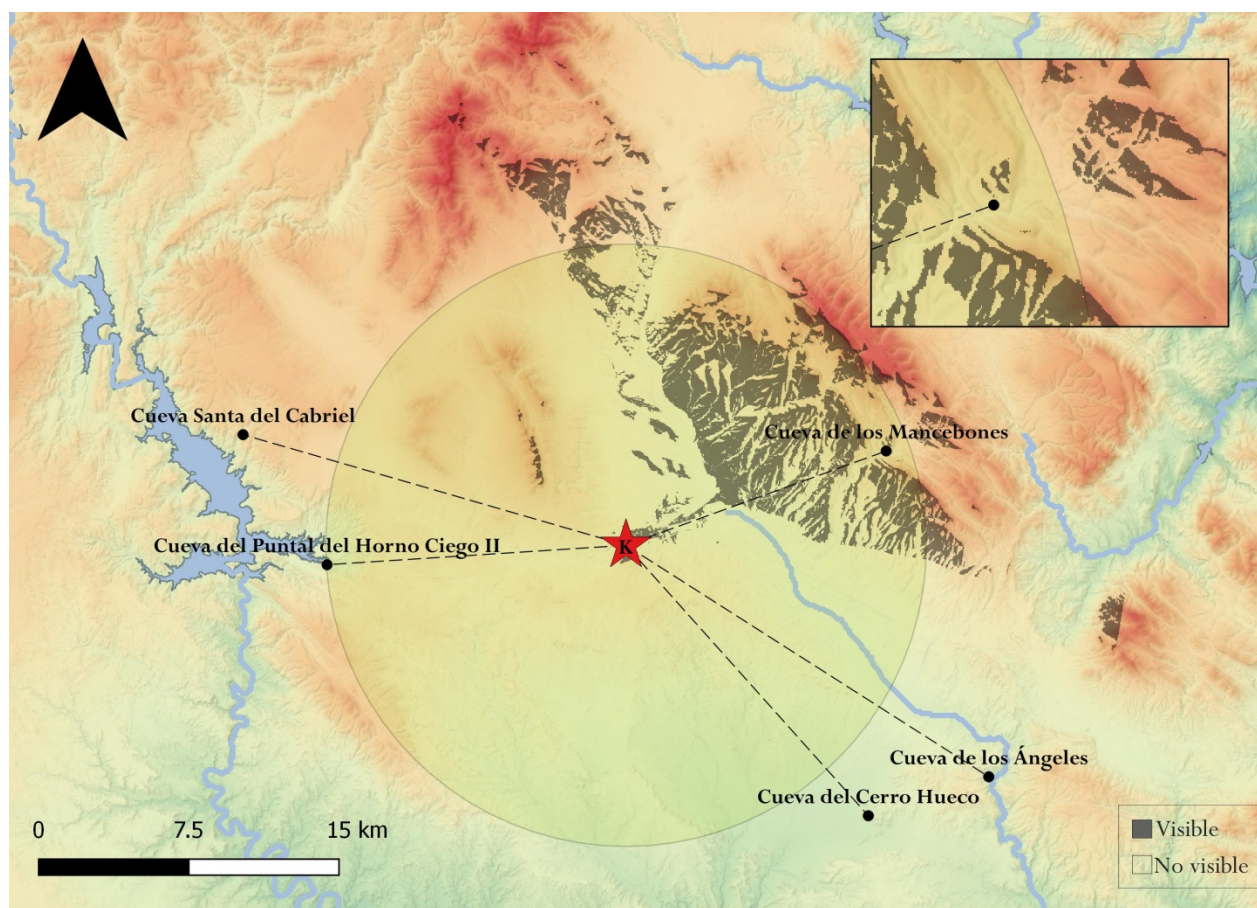


Fig. 8.21. Visibilidad desde el *oppidum* de *Kelin* con detalle del área cercana a la Cueva de los Mancebones y las líneas de visión negativas (*buffer* 15 km).

RESPUESTA 5: Tal y como se observa en la fig. 8.21, ninguna de las cuevas es visible desde el *oppidum* central. Las líneas de visibilidad trazadas tienen resultados negativos. Tan solo dos de ellas, la Cueva de los Mancebones y la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, se encuentran en el área de 15 km, marcada por el *buffer* (fig. 8.21). Si nos fijamos en el mapa ráster que nos muestra la visibilidad existente desde *Kelin*, observamos que la zona más visible sería el área Noreste del territorio, donde se sitúa la Cueva de los Mancebones. Aun así, tal y como se ve en la imagen de detalle, esta cueva, situada en el *buffer* de 15 km de visibilidad media, se localiza en una ubicación no visible desde el yacimiento de los Villares (fig. 8.21).

PREGUNTA 6: ¿Son visibles desde el resto de lugares de hábitat?

Para responder a esta pregunta, hemos calculado la visibilidad múltiple desde los poblados y los hábitats rurales incluidos en el análisis, teniendo en cuenta tanto las líneas de visibilidad como la visibilidad binaria. Hemos utilizado, de nuevo, la herramienta *Viewshed* de QGIS, teniendo en cuenta tanto la ubicación de los lugares de hábitat y las cuevas, como la altura media del observador (1'70 m).

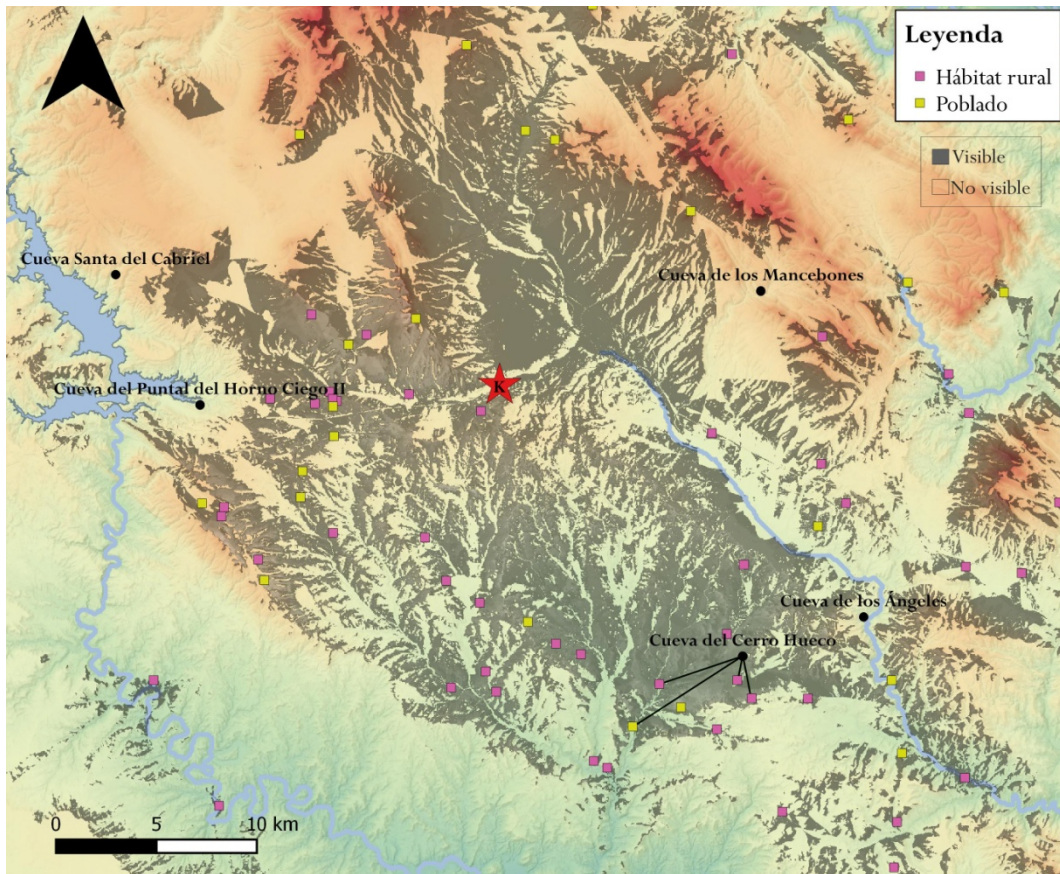


Fig. 8.22. Visibilidad múltiple desde el resto de lugares de hábitat, con las líneas de visión positivas.

RESPUESTA 6: Tal y como observamos en la fig. 8.22, al tener en cuenta la totalidad de yacimientos de hábitat, evidentemente se multiplican las zonas visibles. Aún así, tan solo la ubicación de una de las cuevas parece visible (Cerro Hueco) (fig. 8.23). Esto tiene sentido, ya que este ejemplo es el que tiene un poblamiento más denso alrededor. Aún así, debemos tener en cuenta que aunque su ubicación sea visible, su boca no lo es, ya que en este caso el acceso se realiza tipo sima.

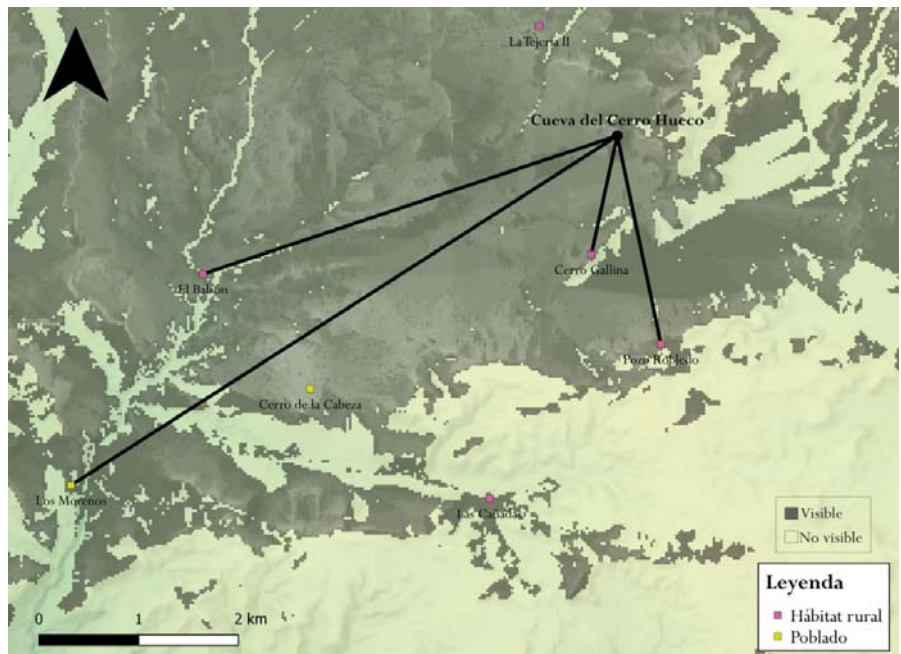


Fig. 8.23. Visibilidad múltiple desde los lugares de hábitat, con las líneas de visión positivas en relación a la Cueva del Cerro Hueco.

PREGUNTA 7: ¿Son visibles el *oppidum* central y el resto de lugares de hábitat desde las cuevas?

Para responder a esta pregunta, hemos calculado la visibilidad múltiple desde las cuevas. De nuevo, hemos utilizado la herramienta *Viewshed* de QGIS, teniendo en cuenta tanto la ubicación de las cuevas y el resto de yacimientos, como la altura media del observador (1'70 m). En este caso, hemos añadido una altura para los elementos observados, teniendo en cuenta que existirían construcciones, ya fueran casas o murallas, que facilitarían la visibilidad. Al tratarse de un análisis preliminar, no hemos especificado qué evidencias de hábitat cuentan con fortificaciones y cuáles no. Por tanto, nos limitaremos a indicar una altura de 3 m, teniendo en cuenta al menos la altura de las casas.

RESPUESTA 7: Evidentemente, al haber visitado las cinco cuevas que incluimos en este análisis, ya intuíamos que la respuesta a esta pregunta sería negativa en todos los casos, menos en el ejemplo de Cerro Hueco. Así pues, tal y como se observa en la fig. 8.24, la visibilidad desde la mayoría de las cuevas es bastante limitada, hecho que se relaciona directamente con su ubicación en el paisaje descrita con anterioridad.

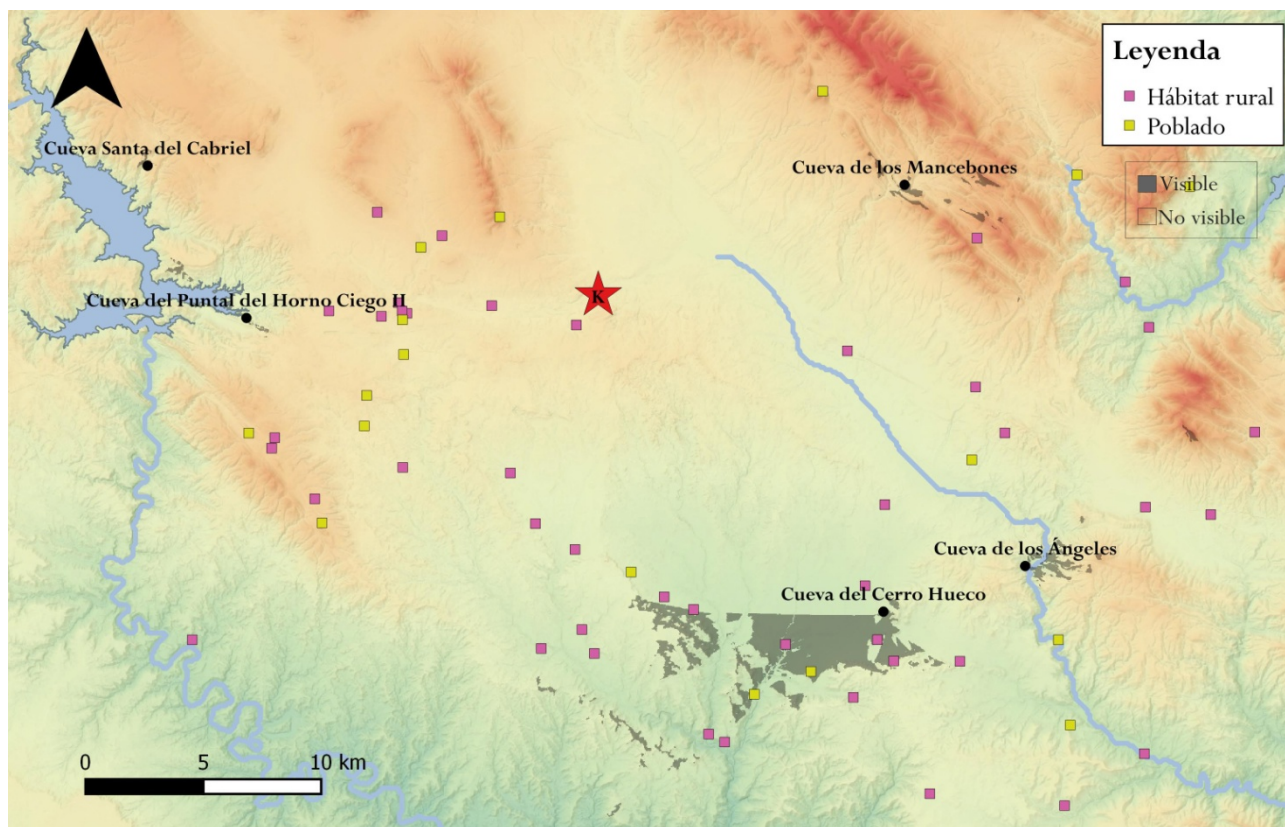


Fig. 8.24. Visibilidad múltiple desde las cuevas.

El caso más evidente es el de las cuevas localizadas en el límite occidental, la Cueva Santa del Cabriel y la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (fig. 8.25). Sin embargo, la visibilidad desde las cuevas situadas en los límites septentrional y oriental es algo mejor (fig. 8.26). En el caso de Cerro Hueco, el único ejemplo que está situado en la ladera de un pequeño cerro desde donde existe un amplio campo visual y en un área de poblamiento

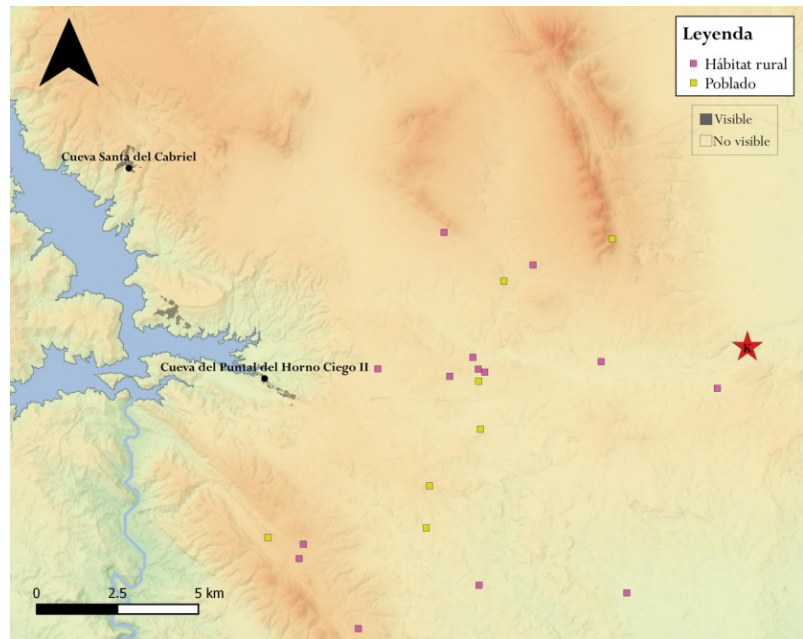


Fig. 8.25. Visibilidad múltiple desde las cuevas del límite occidental.

relativamente denso en comparación al resto de cuevas, sí que existiría visibilidad hacia los yacimientos más cercanos como Cerro Gallina o Pozo Robledo, incluso hacia otros más alejados como El Balsón o Los Morenos (fig. 8.27). Tal y como hemos visto en la pregunta 6, esta cueva es la única que era visible desde los lugares de hábitat, hecho que se repite si realizamos la pregunta opuesta, existiendo por tanto intervisibilidad. Evidentemente, la visibilidad desde Cerro Hueco es posible porque hemos añadido una altura media del observador. La boca tipo sima no sería visible desde los espacios de hábitat cercanos, pero al tener en cuenta la altura media de una persona, el programa nos indica que los visitantes de Cerro Hueco, desde la ubicación de la boca, sí tendrían un amplio campo visual del hábitat circundante, como pudimos comprobar durante nuestra visita a la cavidad.

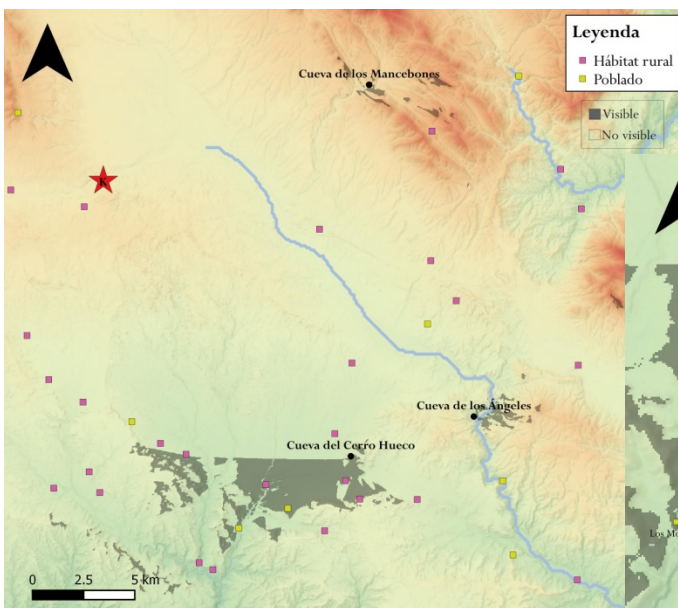


Fig. 8.26. Visibilidad múltiple desde las cuevas de los límites septentrional y oriental.

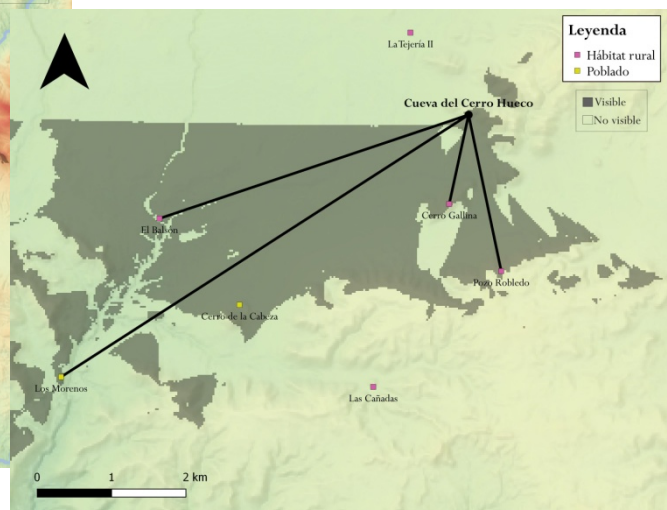


Fig. 8.27. Detalle de la visibilidad existente desde la Cueva del Cerro Hueco, con las líneas de visión positivas hacia los lugares de hábitat cercanos.

PREGUNTA 8: ¿Son visibles las zonas topográficamente prominentes cercanas a las cuevas desde el oppidum de Kelin?

Para poder responder, tanto a esta pregunta como a la siguiente, necesitamos conocer cuáles son las zonas topográficamente prominentes, es decir, los picos más altos del paisaje cercano a las cuevas. Para ello, hemos realizado un cálculo a través del geoproceso de QGIS *r.param.scale* (GRASS), que nos permite extraer parámetros de terreno de un MDT. El resultado de este cálculo es una capa ráster que clasifica las formas del terreno y está codificada en 6 categorías desde los llanos hasta los picos más altos (llanuras, depresiones, canales, zonas de paso, cordales y picos). Para interpretar mejor los datos, hemos vectorizado la superficie que nos interesa observar (*r.to.vect*). En este caso, hemos optado por vectorizar tan solo el área que se encuentra en un *buffer* de 1 km alrededor de cada una de las cinco cuevas. De este modo, seleccionando tan solo los polígonos localizados en celdas previamente identificadas como picos y observando los mapas de visibilidad resultantes de los cálculos previos, podremos observar si estas se encuentran en áreas visibles desde el *oppidum* central.

RESPUESTA 8: Evidentemente, tal y como hemos visto en la pregunta 5, la visibilidad desde la localización del *oppidum* central se limita hacia el área Noreste. Si tenemos en cuenta las zonas prominentes localizadas en un radio de 1 km alrededor de las cuevas, observamos que tan solo existiría visibilidad en el caso de la Cueva de los Mancebones (fig. 8.28).

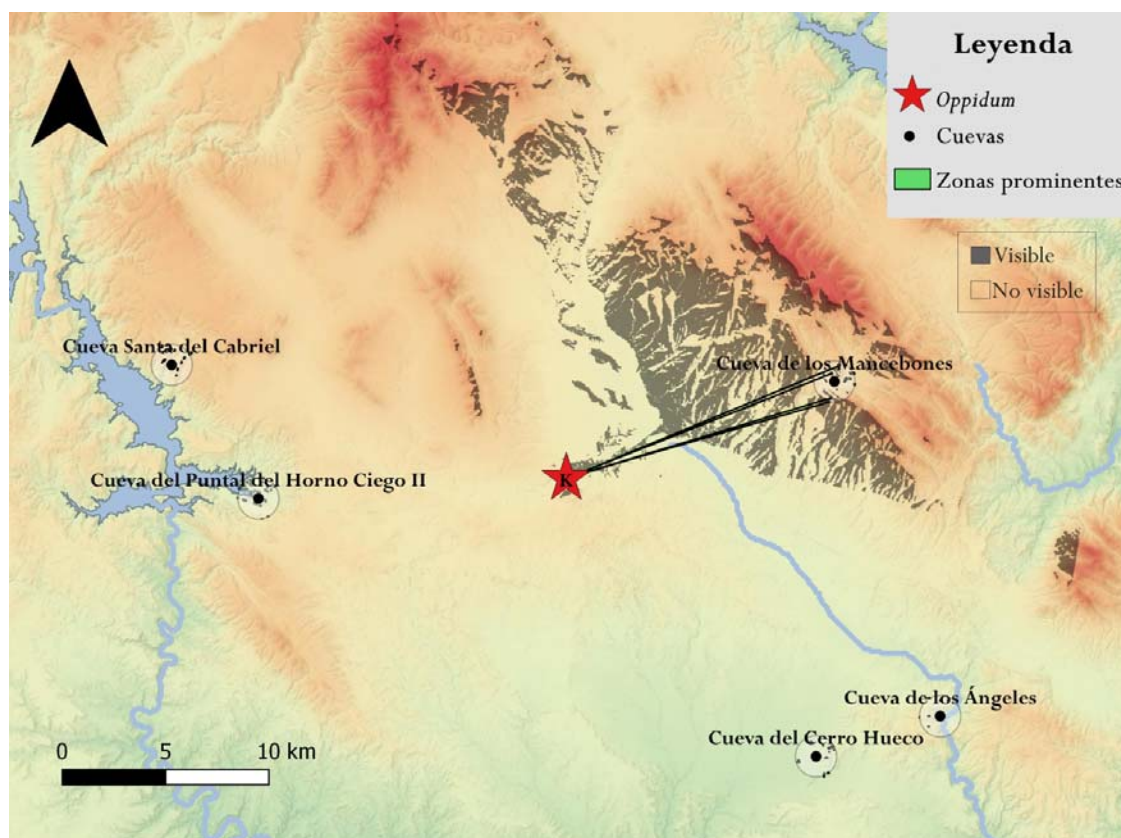


Fig. 8.28. Visibilidad desde el *oppidum* de Kelin, con las líneas de visión positivas en relación a las zonas topográficamente prominentes del área cercana a la Cueva de los Mancebones (*buffer* de 1 km alrededor de las cuevas).

Sin embargo, no serían visibles desde *Kelin* ni las zonas prominentes cercanas a las cuevas situadas en el límite occidental (fig. 8.29), ni las del área oriental (fig. 8.30). Tan solo existiría visibilidad desde *Kelin* hacia el área septentrional. Tal y como se observa en la fig. 8.31, existen cuatro líneas de visión positivas entre el yacimiento de los Villares y las zonas prominentes localizadas en un radio



Fig. 8.29. Visibilidad desde el oppidum de *Kelin* hacia el límite occidental (buffer de 1 km alrededor de las cuevas).

de 1 km alrededor de la Cueva de los Mancebones. Por tanto, en este caso, aunque la ubicación de la cueva no es visible desde el oppidum central, al menos cuatro localizaciones cercanas a la misma sí que serían visibles. De todos modos, debemos tener en cuenta que la distancia entre *Kelin* y el paraje donde se encuentra el primer elemento prominente en el paisaje cercano a la Cueva de los Mancebones es de 13 km y, por tanto, la visibilidad, aunque fuera efectiva, sería limitada.

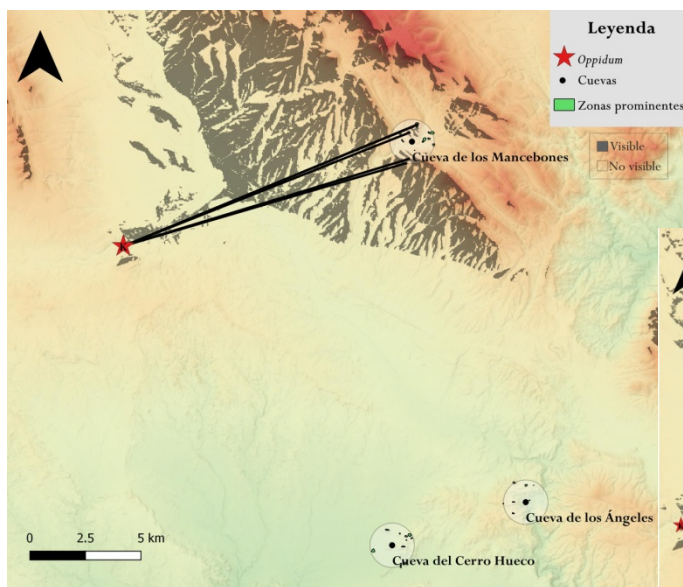


Fig. 8.30. Visibilidad desde el oppidum de *Kelin* hacia el límite septentrional y oriental, con las líneas de visión positivas hacia las zonas prominentes (buffer de 1 km alrededor de las cuevas).

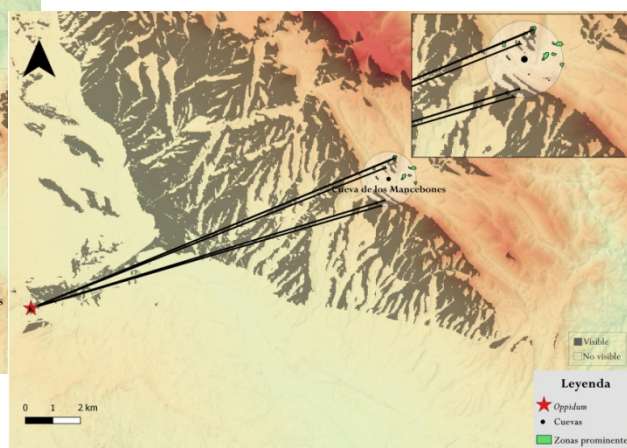


Fig. 8.31. Visibilidad desde el oppidum de *Kelin* hacia el límite septentrional, con detalle de las zonas prominentes en un buffer de 1 km de la Cueva de los Mancebones.

PREGUNTA 9: ¿Son visibles las zonas topográficamente prominentes cercanas a las cuevas desde los lugares de hábitat situados en el área circundante?

Para responder a esta pregunta, necesitamos los mismos datos que en la pregunta anterior. Sin embargo, en lugar de prestar atención a la visibilidad existente desde el *oppidum* central, nos interesa tener en cuenta el mapa de visibilidad múltiple desde el resto de lugares de hábitat.

RESPUESTA 9: Del mismo modo que hemos planteado en la pregunta 6, aunque la visibilidad múltiple desde los lugares de hábitat es bastante amplia, la ubicación de las cuevas no es visible (excepto la de Cerro Hueco). Sin embargo, al realizar el cálculo teniendo en cuenta las zonas topográficamente prominentes cercanas a las mismas, observamos que el resultado cambia ligeramente. Es cierto que en el caso del límite oriental, las zonas prominentes cercanas a la Cueva Santa del Gabriel y la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, siguen sin ser visibles desde los lugares de hábitat (fig. 8.32).



Fig. 8.32. Visibilidad múltiple desde los lugares de hábitat hacia el límite occidental, con *buffer* de 1 km y referencia a las zonas prominentes alrededor de las cuevas.

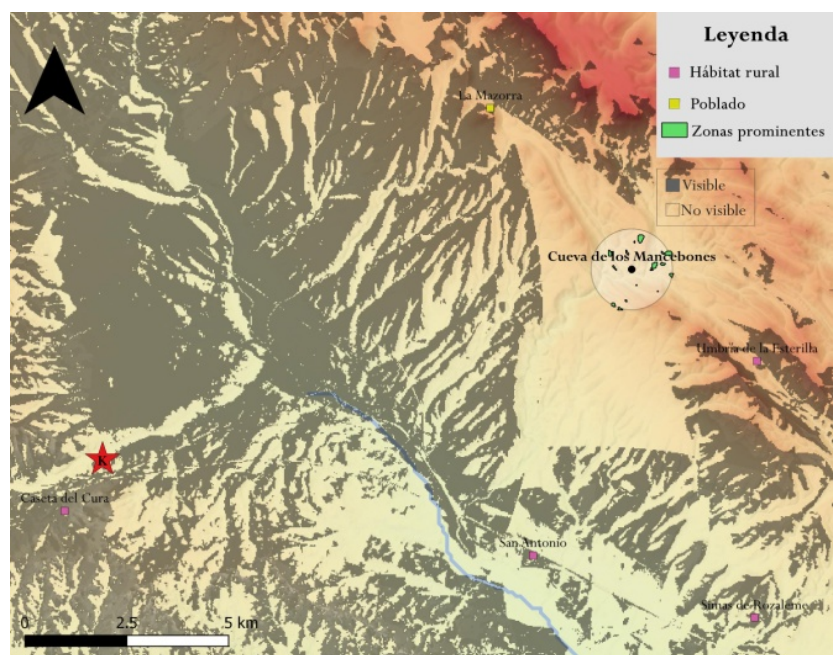


Fig. 8.33. Visibilidad múltiple desde los lugares de hábitat hacia el límite septentrional, con *buffer* de 1 km y referencia a las zonas prominentes alrededor de la Cueva de los Mancebones.

En el caso de la Cueva de los Mancebones, al no tener en cuenta la visibilidad existente desde el *oppidum* central, calculada en la pregunta anterior, esta zona tampoco se encuentra en la línea de visión de los lugares de hábitat cercanos (fig. 8.33). Sin embargo, los resultados son distintos en el caso del límite oriental. Tal y como se observa en la fig. 8.34, las líneas de visión entre los lugares de hábitat y los lugares prominentes en un área de 15 km alrededor de Cerro Hueco y los Ángeles se multiplican. Evidentemente, al existir más zonas prominentes en el área cercana a Cerro Hueco y un poblamiento más denso, la visibilidad será mayor en esta zona, limitándose a cinco el número de picos cercanos a la Cueva de los Ángeles que son visibles (fig. 8.35). Es interesante destacar, por tanto, que aunque en el caso de la Cueva del Cerro Hueco, la boca tipo sima no sería visible, tanto la localización de su acceso como el punto más alto del cerro donde se localiza, sí que son visibles desde el área circundante.

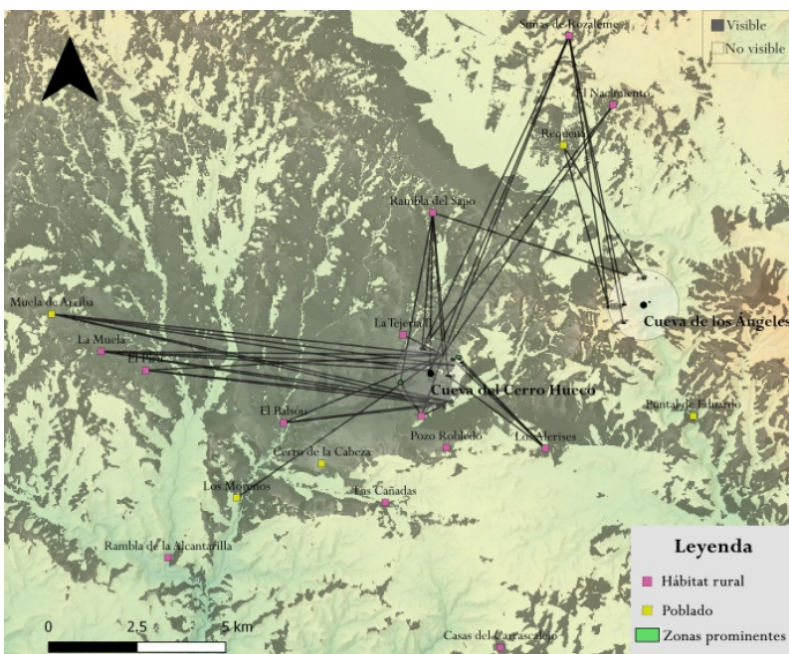


Fig. 8.34. Visibilidad múltiple desde los lugares de hábitat hacia el límite oriental, con *buffer* de 1 km, referencia a las zonas prominentes alrededor de las cuevas y líneas de visión positiva.

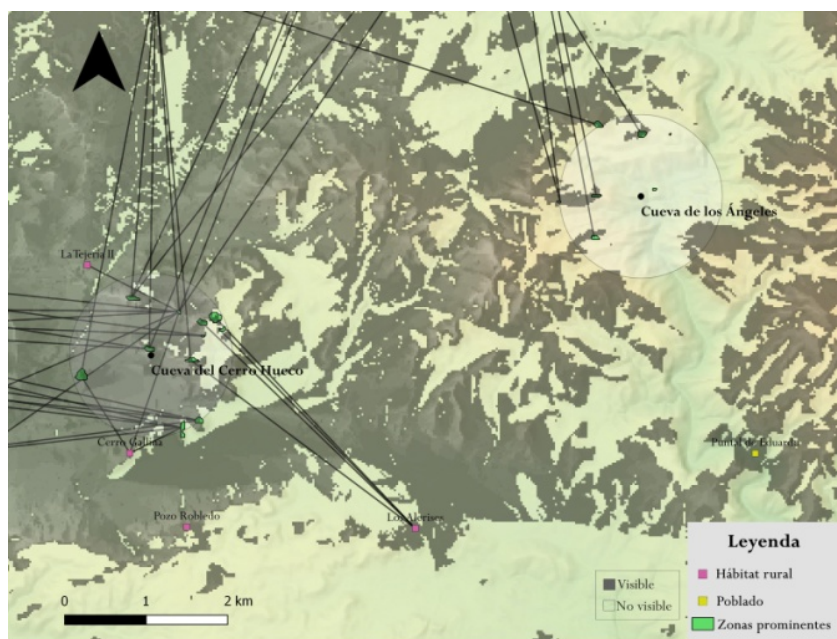


Fig. 8.35. Detalle de la visibilidad múltiple desde los lugares de hábitat hacia el límite oriental, con *buffer* de 1 km, referencia a las zonas prominentes alrededor de las cuevas y líneas de visión positiva.

- **Análisis de movilidad**

Finalmente, con el objetivo de realizar una primera aproximación sobre los itinerarios óptimos, nos planteamos dos preguntas básicas sobre la accesibilidad de las cuevas desde el *oppidum* central y desde los poblados cercanos.

PREGUNTA 10: ¿Las cuevas serían fácilmente accesibles desde el *oppidum* central?

Esta pregunta puede ser valorada si contamos con los caminos de menor coste desde el *oppidum* de *Kelin*. Para ello, necesitamos dos elementos clave: un mapa de costes y la localización del yacimiento de los Villares. Para obtener un mapa de costes necesitamos contar, en primer lugar, con un mapa de pendientes. Para ello, hemos utilizado la herramienta de QGIS *Ráster-Análisis del Terreno-Pendiente*, para la cual tan solo necesitamos indicar la capa de altitud de referencia (MDT) (fig. 8.36).

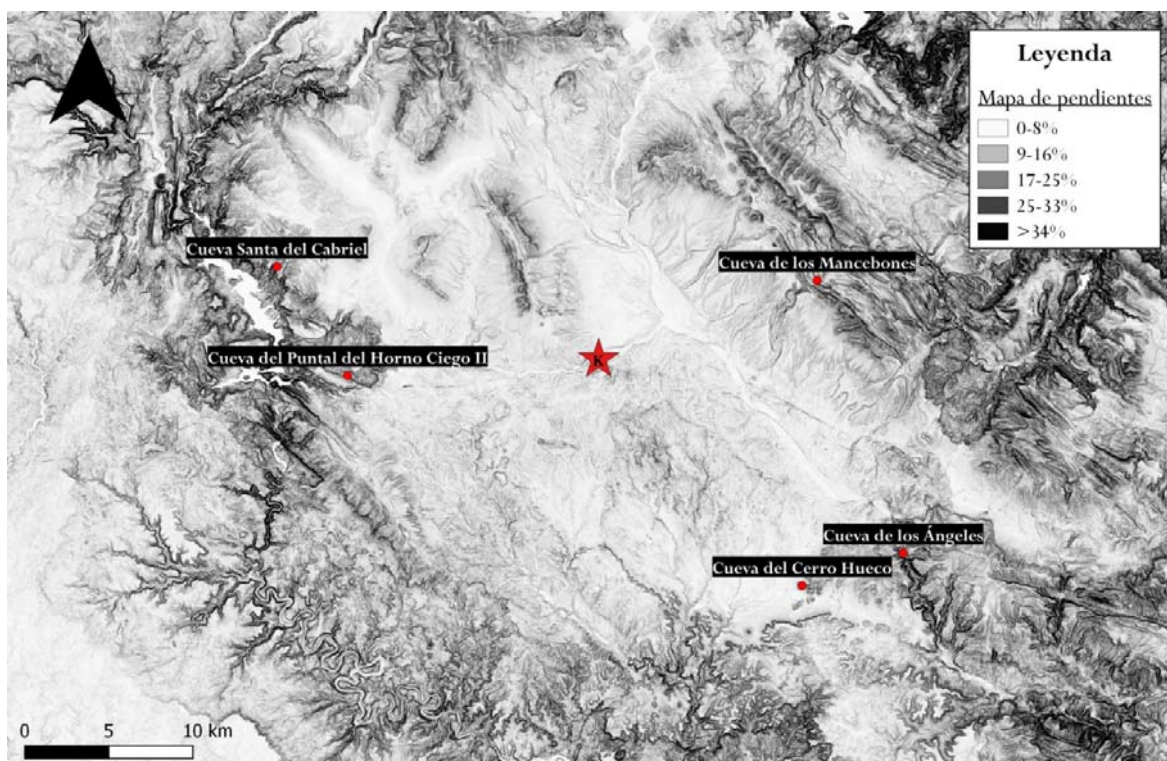


Fig. 8.36. Mapa de pendientes del territorio de *Kelin*.

Una vez contamos con el mapa de pendientes, utilizando la calculadora ráster, hemos creado el mapa de costes. La fórmula que hemos utilizado para conseguir el mapa de costes ha sido la indicada en el apartado 8.2: $"MDT" * 0.02777 * "Mapa\ de\ Pendientes" + 0.6115 * "MDT"$ (Uriarte 2005: 613). Seguidamente, hemos creado un mapa de costes acumulado, con el geoproceto de QGIS *r.cost* (GRASS), basándonos en el mapa de costes creado e indicando tanto el punto de origen (*Kelin*), como los puntos de llegada (cuevas) (fig. 8.37). Por último, a través de la herramienta de *Least cost paths*, hemos trazado los caminos de menor coste desde el *oppidum* central hacia las cinco cuevas.

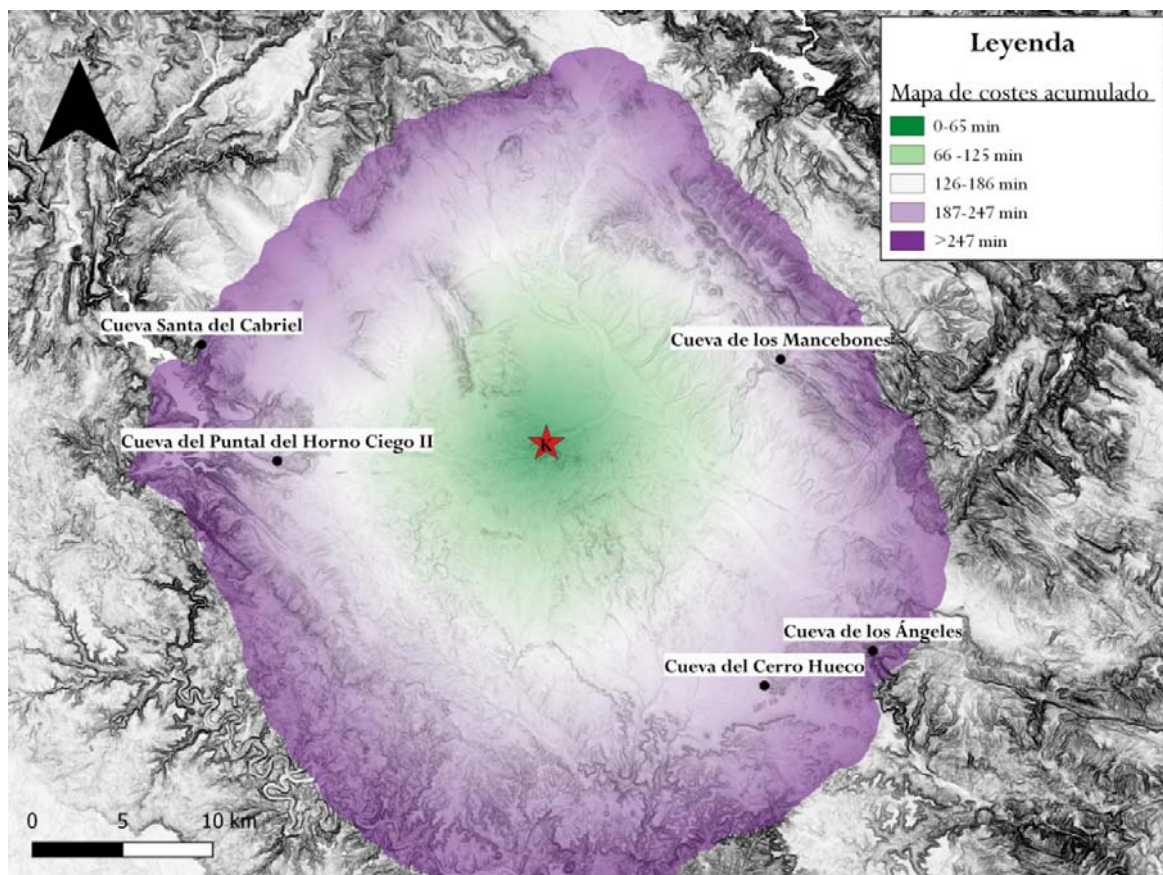


Fig. 8.37. Mapa de costes acumulado desde el *oppidum* central.

RESPUESTA 10: A pesar de su relativa accesibilidad, las cuevas no están en el entorno inmediato del *oppidum*, ya que se encuentran a más de 1 hora de recorrido a pie (fig. 8.37). Sin embargo, sí que serían accesibles en una jornada diaria. Si observamos los valores asociados al mapa de costes acumulado desde *Kelin* a las cuevas, vemos que estas se encuentran entre 173 y 246 minutos de distancia (entre 2 horas y media y 4 horas aproximadamente) (fig. 8.38).

Destino	Mapa de pendientes (%)	Minutos	Horas y minutos	Distancia Menor Coste (km)
Cueva Santa del Cabriel	51,8	246	4h y 6 min	22,22
Cueva del Puntal del Horno Ciego II	14,8	173	2h y 53 min	15,87
Cueva del Cerro Hueco	32,5	187	3h y 7 min	18,48
Cueva de los Ángeles	49,8	227	3h y 18 min	22,94
Cueva de los Mancebones	19,9	162	2h y 42 min	15,13

Fig. 8.38. Costes desde el *oppidum* central hacia las cuevas, expresados en minutos, horas y kilómetros.

Evidentemente, al conocer la distancia aproximada a la que se sitúan las cuevas, sabíamos que estas no se encontraban en el entorno inmediato del *oppidum*. Sin embargo, al trazar los caminos de menor coste, hemos podido ver que aunque las cuevas se encuentren entre 15 y 22 km del *oppidum* central (figs. 8.38 y 8.39), estas serían accesibles en una jornada diaria. Tal y como se observa en la tabla, las cuevas más fácilmente accesibles desde *Kelin* serían la Cueva de los Mancebones (con un camino de menor coste de 15,13 km) y la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (con un camino de menor coste de 15,87 km), ambas localizadas a apenas 3 h de recorrido (fig. 8.39). Mientras que el resto de cuevas cuenta con accesos que exigen un esfuerzo mayor. Sin embargo, el resultado obtenido al calcular el camino de menor coste de la Cueva del Cerro Hueco nos muestra que al basarse en un modelo actual del terreno, en el que existe un claro camino que conecta Utiel con la pedanía requenense de El Pontón (V-810), el acceso actual sería mucho más sencillo que en época ibérica. Por último, la Cueva de los Ángeles (con un camino de menor coste de 22,94 km) y la Cueva Santa del Cabriel (con un camino de menor coste de 22,22 km), accesibles en unas 4 horas aproximadamente, serían las que se encuentran en zonas con un acceso más complicado desde el *oppidum* central. En el caso de la Cueva de los Ángeles, evidentemente, el camino de menor coste circula cercano a al río Magro, sin embargo, en términos reales y a juzgar por el paisaje del paraje que envuelve a esta cueva, sería más fácilmente accesible desde el llano.

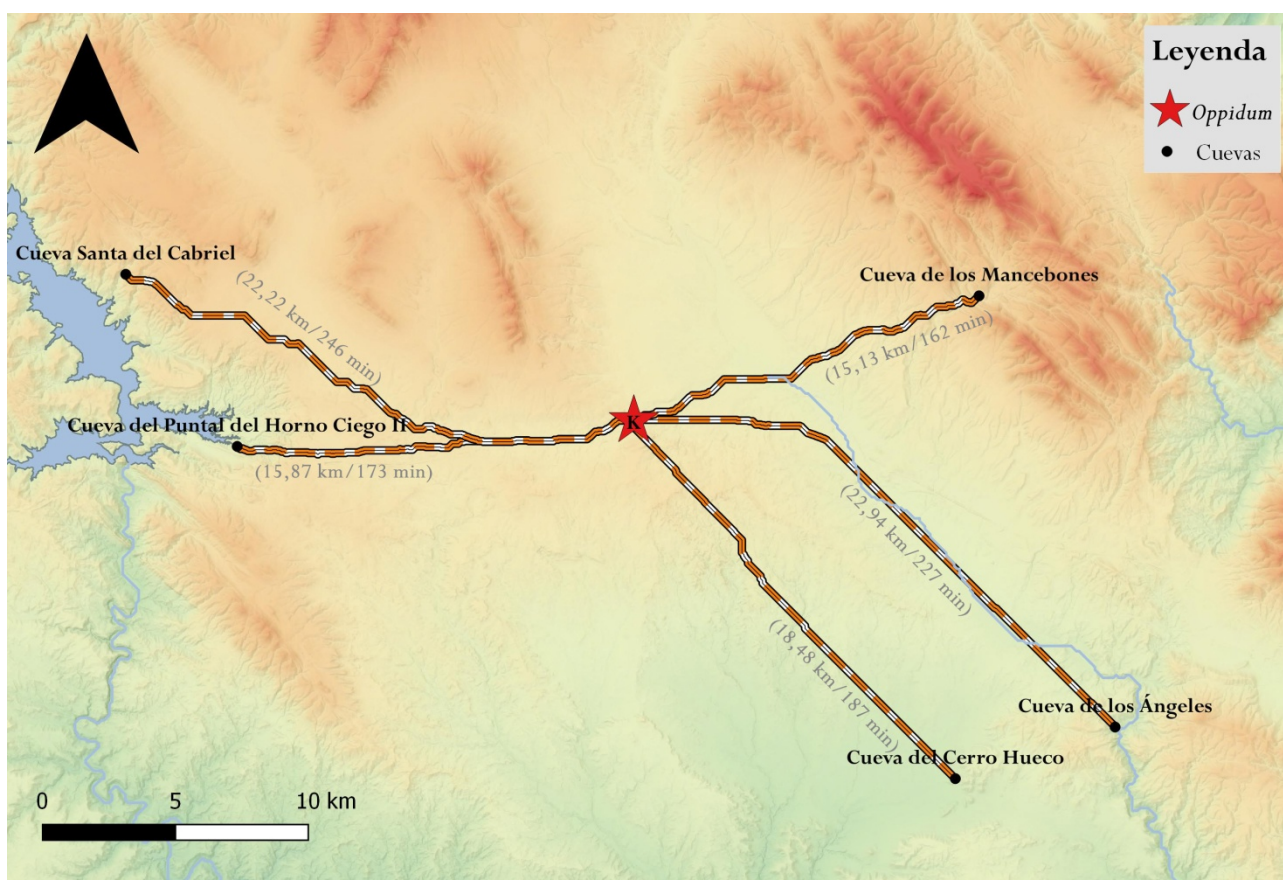


Fig. 8.39. Caminos de menor coste desde el *oppidum* central hacia las cuevas.

PREGUNTA 11: ¿Cuáles son los caminos de menor coste para acceder a las cinco cuevas desde los poblados cercanos?

Para poder responder a esta última pregunta, necesitamos un mapa de costes acumulado desde cada una de las cinco cuevas (*r.cost*). Basándonos en estos mapas, trazaremos caminos de menor coste desde los poblados más cercanos hasta cada una de las cuevas. En el caso de Cerro Hueco, calcularemos los accesos desde el Cerro de la Cabeza y el Castellar de Hortunas (fig. 8.16); en la Cueva de los Ángeles, calcularemos los accesos desde Requena y desde el Puntal de Eduardo (fig. 8.16); en Mancebones, calcularemos el camino de menor coste desde La Mazorra (fig. 8.17); en el caso de la Cueva Santa del Cabriel, calcularemos los accesos desde los dos poblados de mayor importancia de la zona: el Molón y el Moluengo (figs. 8.18 y 8.19); y desde este último, trazaremos también el acceso más sencillo hacia la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (fig. 8.19).

Origen	Destino	Minutos	Horas y minutos	Distancia Menor Coste (km)
Cerro de la Cabeza	Cueva del Cerro Hueco	33 min		4,15
Castellar de Hortunas		84	1 h y 24 min	10,09
Requena	Cueva de los Ángeles	53 min		5,57
Puntal de Eduardo		41 min		3,93
La Mazorra	Cueva de los Mancebones	75	1 h y 15 min	5,59
El Molón	Cueva Santa del Cabriel	159	2 y 39 min	12,12
El Moluengo		Cueva del Puntal del Horno Ciego II	149	2 h y 29 min
	68		1 h y 8 min	5,33

Fig. 8.40. Costes desde los poblados cercanos hacia las cuevas, expresados en minutos, horas y kilómetros.

RESPUESTA 11: Al calcular los caminos de menor coste desde los poblados cercanos, observamos que, evidentemente, la cueva que tiene un acceso más sencillo es aquella que tiene un poblamiento más denso a su alrededor: la Cueva del Cerro Hueco, accesible en media hora desde el Cerro de la Cabeza (figs. 8.40 y 8.41). En el caso de la Cueva de los Ángeles, habría que valorar su accesibilidad en un futuro, teniendo en cuenta el obstáculo que supone el río Magro (fig. 8.42), ya que en la zona cercana a los Ángeles, el río transcurre muy encajado y es difícilmente transitable, tal y como hemos podido observar en los sucesivos intentos por localizar esta cueva. Sin embargo, a juzgar por la localización aproximada conocida, esta sería fácilmente accesible desde el llano. Al realizar este mismo cálculo teniendo en cuenta este obstáculo, el resultado cambiaría sustancialmente, aumentando el coste del desplazamiento.

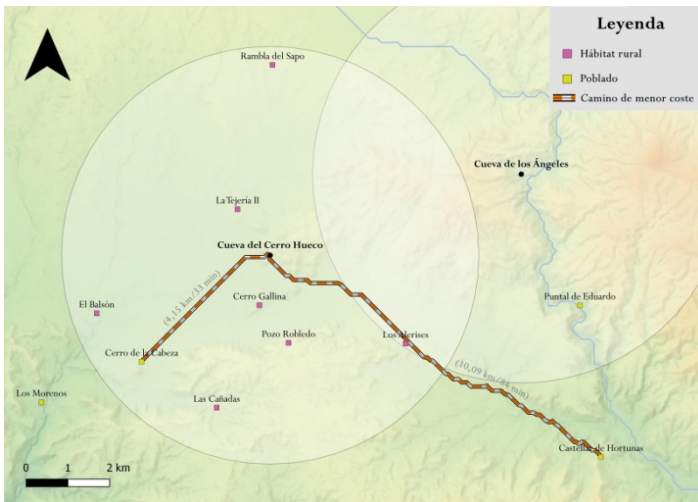


Fig. 8.41. Caminos de menor coste desde los poblados cercanos a la Cueva del Cerro Hueco.

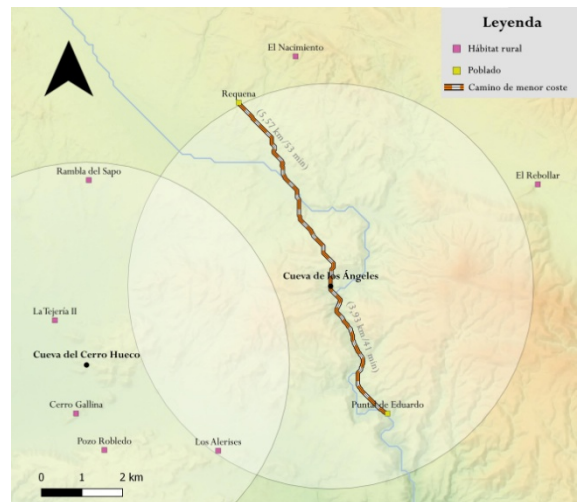


Fig. 8.42. Caminos de menor coste desde los poblados cercanos a la Cueva de los Ángeles.

El acceso a la Cueva de los Mancebones desde el poblado de La Mazorra sería relativamente sencillo, con un camino paralelo a la rambla de Estenas de apenas una hora de recorrido (figs. 8.40 y 8.43). También en el caso de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, el acceso desde el Moluengo podría realizarse en apenas una hora de recorrido (figs. 8.40 y 8.44). Sin embargo, el acceso a la Cueva Santa del Cabriel es el que requiere un esfuerzo mayor (fig. 8.40). Esto tiene sentido, si recordamos el resultado de la pregunta 4, en la que se veía que esta cueva era la única que no se localizaba cercana a ningún asentamiento de importancia, al menos de cronología plena (fig. 8.18).

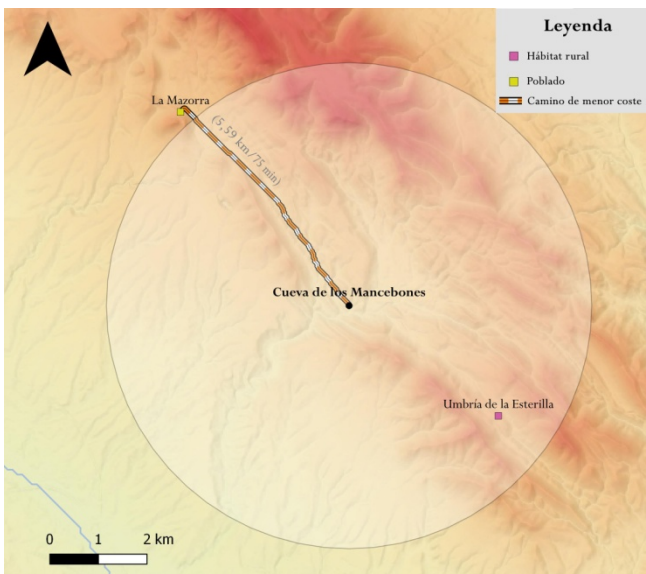


Fig. 8.43. Camino de menor coste desde el poblado cercano a la Cueva de los Mancebones.

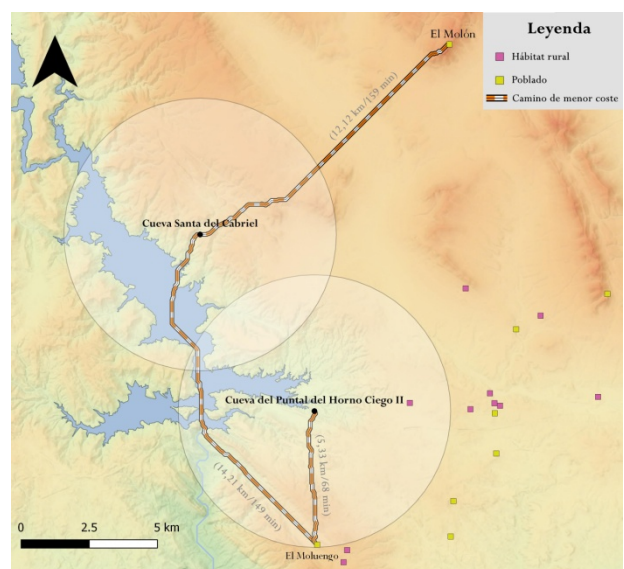


Fig. 8.44. Caminos de menor coste desde los poblados cercanos a la Cueva Santa del Cabriel y la Cueva del Puntal del Horno Ciego II.

En definitiva, la respuesta a estas 11 preguntas nos ha permitido realizar una primera aproximación al análisis territorial del caso de *Kelin*. Los resultados obtenidos nos muestran que las cuevas con evidencias rituales de *Kelin* se localizan en los límites territoriales, la mayoría cercanas a vías de paso y cursos de agua, y alejadas de asentamientos de importancia. Su ubicación no les otorga una visibilidad óptima del paisaje circundante y, evidentemente, tampoco son visibles desde los lugares de hábitat cercanos, con la excepción de Cerro Hueco. Por tanto, la visibilización de estos espacios rituales no parece un factor determinante para su elección. Finalmente, hemos podido precisar que, aunque las cuevas no se encuentran en el entorno inmediato del *oppidum* central ni del resto de lugares de hábitat, existen caminos cuyo recorrido sería asumible, generalmente, en una jornada de viaje.

8.5. Gente en el paisaje: experimentando el paisaje simbólico en *Kelin*

El entorno simbólico es uno de los elementos clave que configuran la construcción social del paisaje. Así pues, tal y como indica Prados (2012: 124), la percepción de los paisajes por parte de las comunidades es un factor clave para comprender su significado simbólico. Tanto los paisajes sacros terrestres, en los que se incluirían las cuevas, como los paisajes sacros subterráneos, marítimos o celestes, nos ayudan a comprender las sociedades que los construyen (Prados 2012: 124).

Para analizar simbólicamente el paisaje, debemos tener presente que este es construido, conceptualizado e ideacional (Knapp y Ashmore 1999: 6-12): construido a través de las acciones humanas; conceptualizado a través de su uso que le aporta significado; e ideacional al ser imaginado y simbolizado, adquiriendo un sentido espiritual. Tal y como indica Parceró (2002: 18), podemos identificar, por tanto, cuatro dimensiones principales del paisaje. Una dimensión ambiental, una dimensión económica o subsistencial, una dimensión socio-política y una dimensión simbólica. Es en esta dimensión simbólica, parte compleja y esencial del paisaje social (Criado 1999: 7), en la que centramos nuestro análisis.

Un breve recorrido por la valoración del paisaje simbólico en arqueología

La lectura simbólica del paisaje comienza a potenciarse, a nivel internacional, desde los años 90. Esta se desarrolla desde enfoques postprocesualistas, fenomenológicos principalmente, basados en la percepción subjetiva y actual del medio, aceptando que el espacio no puede existir al margen de las actividades en las que está involucrado (Tilley 1994). Sin embargo, la metodología de estos estudios ha sido ampliamente criticada al basarse en apreciaciones subjetivas sobre las propias experiencias de los investigadores al moverse por el paisaje e intentar interpretar así, la percepción y experimentación de los grupos del pasado (Llobera 1996; Fleming 1999; Brück 2005). Aún así, estas y otras investigaciones, desarrolladas desde distintas corrientes y aplicadas a

áreas geográficas y momentos cronológicos diversos, han ayudado a valorar la importancia del paisaje como un elemento simbólico más en las sociedades del pasado (Alcock 1993, 2002; Derks 1997; Bradley 1998; Crumley 1999; Brady y Ashmore 1999; Barret 1999; Brady 2000b; Bender 2001; Betts 2003; Ashmore 2008, entre otros).

En lo que concierne a la arqueología española, el paisaje simbólico comenzó a valorarse a finales de los años 90. Los estudios territoriales que se desarrollaron desde finales de los 70 y principios de los 80, cuando comienzan a analizarse los yacimientos como parte de un poblamiento complejo y jerarquizado (Ruiz 1978; Burillo 1980; Ruiz y Molinos 1984), no siempre tienen en cuenta su simbolismo. Poco a poco, se presentan importantes investigaciones sobre territorios ibéricos, en coloquios como el de Arqueología Espacial de Teruel (Burillo 1984) o jornadas como las del Mundo Ibérico celebradas en Jaén (1985) (Ruiz y Molinos 1987; Bernabeu *et al.* 1987)⁶². Sin embargo, son muy pocos los estudios centrados en el uso simbólico del espacio en la configuración del paisaje social. Las primeras menciones sobre este tema se hallan en el 5º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial (Teruel, 1998), donde F. Criado y M. Santos coordinan una sesión destinada al estudio de los espacios simbólicos (Burillo 1998: 503-663). Aunque principalmente, los ejemplos que se exponen se centran en la monumentalización megalítica del paisaje, también se presentan otros trabajos que destacan el valor de la localización de elementos escultóricos o el arte rupestre en la configuración del paisaje. Estos investigadores, junto con Parceró, desarrollan interesantes aproximaciones sobre la arqueología simbólica del paisaje en ámbito gallego (Santos *et al.* 1997; Parceró *et al.* 1998a, 1998b).

Si nos centramos en los ejemplos actuales sobre el análisis del paisaje simbólico en época ibérica, cada vez son más numerosas las investigaciones que tienen en cuenta los factores simbólicos como variables principales para estructurar el territorio. Este es el caso de los santuarios oretanos, tanto en el territorio de Úbeda la Vieja/*Iltiraka*, en el valle del Jandulilla con El Pajarillo de Huelma primero (Molinos *et al.* 1998; Ruiz *et al.* 2001: 13-17; Ruiz y Molinos 2008: 61-62; Ruiz 2009), como en el *pagus* de Castulo, a partir de la segunda mitad del s. IV a.C., con los santuarios rupestres de El Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén) y los Altos del Sotillo (Castellar, Jaén) (Ruiz *et al.* 2001; Ruiz y Molinos 2008; Rueda *et al.* 2008; Rueda 2011). Lo mismo ocurre con los espacios simbólicos bastetanos: primero con las necrópolis y, a partir de los ss. V-IV a.C., con espacios de culto al aire libre, como Pedrarias, Taale o Cuesta Blanca, que sancionan las fronteras de los *oppida* de Molata de Casavieja, Tutugi y Basti, respectivamente (Adroher 2005; Rodríguez-Ariza *et al.* 2008; Adroher y Caballero 2008, 2012). En el caso de los santuarios del valle del Quípar, se valora su relación con el curso fluvial, puntos estratégicos desde donde existe un importante control visual del entorno (López-Mondéjar 2010). También se valoran los espacios cultuales en la ordenación del territorio del área central de la Contestania ibérica: las cuevas durante el Ibérico Pleno y santuarios territoriales como la

⁶² Para conocer un resumen historiográfico sobre las aportaciones sobre arqueología espacial y arqueología del paisaje ibérico, ver Grau (2002: 20-21) y Moreno (2011: 12-14), entre otros.

Serreta durante el Ibérico Final (Grau 2000, 2002, 2010; Grau y Olmos 2005; Grau y Amorós 2013), por citar algunos ejemplos.

En el caso específico de las cuevas, ya desde los primeros estudios, Gil-Mascarell (1975: 327-328) hacía mención a su localización en el paisaje y a la ausencia generalizada de poblamiento a su alrededor, considerándose en aquellos momentos como verdaderos *centros de atracción*. Afortunadamente, la fase actual de la investigación presta mucha más atención al simbolismo, no solo material, sino también territorial de estos espacios. Así pues, ya no importa solo el qué (materialidad) y el cuándo (temporalidad), sino también el porqué de determinadas cuevas. Esta pregunta puede ser contestada cuando se estudian estos espacios territorialmente, ya que *es en el ámbito de cada territorio donde cobra sentido la articulación de los elementos simbólicos del paisaje* (Grau y Amorós 2013: 186).

Si nos centramos en las últimas investigaciones sobre cuevas analizadas desde una perspectiva territorial, contamos principalmente con dos áreas que han generado interesantes análisis: el área central de la Contestania (Grau 2000, 2010; Grau y Olmos 2005; Amorós 2012; Grau y Amorós 2013) y el *pagus* de Castulo (Ruiz *et al.* 2001; Rueda *et al.* 2008; Rueda 2011, Rueda y Bellón e.p.). Aunque la materialidad de las prácticas rituales identificada no es comparable y se asocian con momentos cronológicos distintos y territorios de tamaños diversos, ambos ejemplos comparten la variable territorial. Así pues, su localización en lugares de paso y límites culturales, económicos y políticos, se valora como un elemento intrínseco al significado simbólico de estos espacios, que articularían el territorio de un área determinada.

Por una parte, las cuevas del área central de la Contestania cuentan con características bastante similares a los casos que analizamos aquí, aunque se trate de un área territorial de tamaño más reducido. Son cavidades con un registro material caracterizado por la repetición de recipientes cerámicos, como los caliciformes y las ollas, principalmente, aunque también se documentan otros elementos como anillos o aretes de bronce (Grau 1996a, 2000: 230-237, 2002, 2010; Grau y Olmos 2005; Amorós 2012; Grau y Amorós 2013). Estas han sido analizadas territorialmente, observando que su localización responde a determinados patrones espaciales: ubicadas en los relieves periféricos, en relación con caminos naturales y vías de comunicación, en la periferia de los espacios locales, en zonas inhabitadas y, por tanto, sin relacionarse directamente con ningún núcleo de poblamiento cercano (Grau 2000: 236; Grau y Olmos 2005: 68-73; Grau y Amorós 2013: 201-203). Además, aunque su visibilidad sea limitada, generalmente, las bocas de las cuevas se orientan hacia los territorios a los que pertenecen, es decir, a las zonas desde donde serían visitadas (Grau y Amorós 2013: 199). En el caso específico de la Cova dels Pilars (Agres, Alicante), situada en el límite entre el territorio de dos *oppida* (Covalta y Mariola), se ha visto que existiría una intensa relación con el primer poblado, desde donde la cueva sería visible y a la que se podría acceder en tan solo una hora de camino (Grau y Olmos 2005: 70). Es interesante, además, señalar en este caso la existencia de varias cavidades cercanas a este *oppidum* que podrían haberse utilizado también como espacios rituales en época ibérica, como la Cova Alta o la

Cova Bolumini. Sin embargo, la elección de unas cuevas y no otras, parece vincularse directamente a su situación en los límites territoriales y su relación con las vías de paso (Grau y Olmos 2005: 71).

Por otra parte, los santuarios del Alto Guadalquivir: el abrigo de Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén) y la Cueva de la Lobera (Castellar, Jaén), destacan por el conjunto de miles de exvotos de bronce, ofrenda material fundamental en las prácticas rituales desarrolladas en el territorio de Cástulo (Ruiz *et al.* 2001, 2010; Ruiz y Molinos 2008; Rueda *et al.* 2008; Rueda 2011). Estos santuarios rupestres cuentan, además, con restos arquitectónicos de las terrazas y bancales que definen los espacios y facilitan el acceso a ambos santuarios, así como un pozo votivo a los pies del abrigo de Collado de los Jardines. Sobre esta área destaca el interesante trabajo de Rueda (2011), en el que se analizan diacrónicamente distintos modelos culturales que se suceden y configuran la organización territorial e ideológica del Alto Guadalquivir desde el s. IV a.C. hasta el I d.C. Considerando tanto cuevas como otros centros rituales en la evolución del paisaje sagrado, se analizan visibilidades, relaciones con las vías de comunicación, hitos territoriales y vacíos de poblamiento. En el caso de las cuevas, la elección de Collado de los Jardines y la Lobera para desarrollar actividades rituales, vendría ligada a su situación en un enclave topográfico destacado, su control visual y su cercanía a las vías de comunicación (Rueda 2011: 101-102).

Finalmente, es interesante destacar los últimos trabajos de excavación en la Cueva de la Piedra del Águila (Orcera, Jaén). Aunque todavía se encuentra en estudio, los primeros resultados evidencian prácticas rituales asociadas con el s. III a.C., protagonizadas por las ofrendas de alimentos quemados *in situ* y ofrecidos en depósitos subterráneos elaborados con dicho objetivo (Rueda y Bellón e.p.). Por su localización, esta cueva sería un santuario extraurbano de carácter local dependiente del territorio del *oppidum* de Bujalame (Puerta de Segura, Jaén), al Sur del cual se localiza, coincidiendo además con una frontera natural (Rueda y Bellón e.p.).

En otras zonas, aunque en menor profundidad, también se han propuesto modelos similares en los que las cuevas se localizan en los límites territoriales. Este es el caso de las cuevas de *Kelin* (Quixal 2012: 197, 2015: 194-197), en el que centramos nuestro análisis, o las cuevas del Garraf, situadas entre los territorios de la Cesetania y la Layetania (Ros 2003, 2005). En esta línea, destaca el análisis territorial de González Reyero *et al.* (2014) sobre las Cuevas de la Nariz en Umbría del Salchite (Moratalla, Murcia). La elección de este espacio para desarrollar prácticas rituales vendría condicionado por su importante control visual, su visibilización desde el *oppidum*, su situación de liminalidad y su cercanía al río que vertebra el territorio (González Reyero *et al.* 2014: 165).

Las cuevas como ejes del paisaje simbólico

Prestando atención a los resultados obtenidos en el análisis territorial de las cuevas de *Kelin*, interpretaremos en clave simbólica tanto su materialidad como su ubicación, visibilidad y accesibilidad (fig. 8.45).

Las cuevas como ejes del paisaje simbólico en *Kelin*

- Caliciformes y fusayolas
- Límites del territorio
- Alejadas de asentamientos de importancia
- Cercanas a caminos, cursos de agua y zonas de paso
- Invisibilización
- Movilidad ritual: >160 min desde el *oppidum* central
> 30 min desde los poblados cercanos

Fig.8.45. Las cuevas como ejes del paisaje simbólico en *Kelin*: principales variables identificadas.

Imágenes y objetos en el espacio

Si prestamos atención a las ofrendas documentadas en las cinco cuevas analizadas⁶³, observamos que existen claramente dos pautas rituales: la ofrenda de fusayolas y de vasos caliciformes. Además, es interesante indicar la repetición de evidencias iconográficas relacionadas con el ave en tres de las cinco cuevas. En el caso de las ofrendas cerámicas, aunque están presentes en las cinco cuevas, es interesante destacar que las fusayolas son la ofrenda por excelencia de las del límite oriental (Cerro Hueco y Ángeles), mientras que los vasos caliciformes se acumulan en las cuevas del límite septentrional (Macebones) y occidental (Puntal del Horno Ciego II). En el caso de la Cueva Santa del Cabriel, se produce una repetición tanto de vasos como de platos.

Por tanto, cinco cuevas distintas, pero con pautas similares que indican la pertenencia a un modelo territorial común.

Localización liminal: una variable clave

En relación a su ubicación, observamos que las cinco cuevas se localizan en los límites del territorio, alejadas de asentamientos de importancia y a más de 30 min de las evidencias de hábitat más cercanas, por tanto, alejadas del entorno destinado a las actividades cotidianas. Cuatro de ellas, además, se sitúan cercanas a caminos, cursos de agua y zonas de paso. Por tanto, la localización de las cinco cuevas en los límites

⁶³ Ver caps. 4 y 6.

territoriales es una variable clave para comprender su uso ritual, político y social. Tanto Cerro Hueco y los Ángeles en el límite oriental, Mancebones en el límite septentrional y la Cueva Santa del Cabriel y Puntal del Horno Ciego II, en el límite occidental, se sitúan en los confines del territorio ibérico de *Kelin*, frente a otros territorios como *Edeta* y La Carència (Este), Cerro Viejo (Norte) e *Ikalesken* (Oeste) (fig. 8.15). Del mismo modo que se ha visto en otros ejemplos ibéricos (Grau 1996a, 2002, 2010; Grau y Olmos 2005; Rueda *et al.* 2008; Amorós 2012; Grau y Amorós 2013; Rueda 2011; González Reyero *et al.* 2014), las cuevas de *Kelin* sacralizarían los límites territoriales, lo desconocido.

Los confines se han identificado repetidamente como espacios simbólicos en distintas áreas y cronologías (Parcero *et al.* 1998b: 513-514; Parcero 2002: 255; De Polignac 1984: 42; Edlund 1987; Antonaccio 1994; Wright 1994), ya sean evidencias físicas en el paisaje o fronteras conceptuales (Mann 1993; Barrie 1996). Así pues, el espacio se ocupa no solo funcionalmente, sino también simbólicamente, articulando el territorio que le define (Santos *et al.* 1997: 77). Las fronteras pueden estar definidas por factores arquitectónicos, demográficos o internos (Ruiz y Molinos 1989, 2002). Sin embargo, hay que valorar otros factores más abstractos como son los elementos sagrados que también definen los territorios políticos, culturales y económicos (Ruiz y Molinos 2012: 209 y 226). Tal y como plantea Grau (2012b: 37), debemos valorar los aspectos simbólicos como elementos *inherentes a la construcción física de un territorio*, ya que a través de hitos singulares se consagran, en muchas ocasiones, los límites territoriales.

La ausencia de espacios de hábitat relevantes en relación a las cinco cuevas analizadas es otra de las variables más importantes de este análisis (figs. 8.16-8.19). Esta característica ya fue detectada en trabajos anteriores (Gil-Mascarell 1975: 324-325; Lorrio *et al.* 2006: 67-69; Quixal 2012: 197, 2015: 194-197), relacionándose con el carácter aglutinador y de centros de atracción que tendrían estas cuevas (Gil-Mascarell 1975: 325). Sin embargo, si nos basamos en la cantidad de materiales detectada en las cuevas de *Kelin*, descartamos que se trate de grandes centros de peregrinación destinados a un culto extendido. Aún así, sí que serían espacios compartidos por una población reducida proveniente de distintos lugares de hábitat, aunque no dudamos que el origen principal sea el *oppidum* central.

Invisibilización de los espacios sacros

Tal y como hemos visto en el apartado 8.4, la visibilidad no sería un factor positivo para la elección de cuevas como espacios rituales en el territorio de *Kelin*, ya que su localización no suele ser visible ni desde los poblados cercanos ni, evidentemente, desde el *oppidum* central (figs. 8.21-8.22). Sin embargo, aunque no fueran directamente visibles, compartimos la opinión de Grau (2010: 110-11) en que su situación sería identificada y reconocida por las comunidades. Por tanto, los resultados negativos también son importantes. La no visibilidad nos puede estar indicando que las cuevas en las cuales se producen actividades rituales en *Kelin* no

se sitúan en *zonas preferentes* de los asentamientos (Parceró 2002: 194), sino en lo desconocido y alejado del espacio habitual y propio.

Las estrategias de visibilización, tanto de inhibición u ocultación voluntaria como de exhibición o monumentalización, son elementos de gran valor interpretativo a la hora de analizar el paisaje simbólico (Criado 1991: 24-25). Al contrario que ocurre en otros casos, donde las cuevas se convierten en verdaderos hitos visuales del paisaje, como en las Cuevas de la Nariz (Moratalla, Murcia) (González Reyero *et al.* 2014: 156) o los santuarios rupestres del Alto Guadalquivir (Rueda 2011: 165-171), las cuevas del territorio de *Kelin* no parece que se eligieran por su visibilidad ni visibilización. En otros casos en los que ha sido analizado este factor como en la Cova dels Pilars (Agres, Alicante) (Grau y Olmos 2005: 68-73; Grau 2010: 110), también se evidencia que a pesar de existir interrelación visual entre los demás yacimientos, no se produce una visibilización de la cueva desde el territorio circundante.

El paisaje puede contar tanto con una memoria visible a través de las construcciones que perduran, como con una memoria invisible que yace en el imaginario de la población y tiene la capacidad de personificar recuerdos (Holtorf y Williams 2006: 240). Por tanto, los espacios simbólicos *invisibles* también tendrían un importante valor en el imaginario colectivo, pudiendo ser igual o incluso más importantes que los grandes monumentos sagrados (Fontijn 2007:70). Aunque no se visibilizara la entrada de las cavidades, la memoria simbólica seguiría existiendo. Además, no hay que olvidar el paisaje que envuelve a los lugares rituales, el cual guarda una importante huella en la memoria (Gosden y Lock 1998: 5). Así mismo, es importante valorar otro tipo de simbolismo visual, como el que existiría al ascender desde la base de las laderas donde se hallan las cuevas, las cuales se esconden en el paisaje hasta que el visitante no se encuentra a pocos metros de su boca.

A través de la consecución de actividades rituales en el paisaje, se sancionan determinados elementos, materiales o inmateriales, al vincularse con esferas sobrenaturales (Parceró 2002: 249). Esta apropiación simbólica desemboca en una *singularización* de los lugares ritualizados (Parceró 2002: 251). En nuestro caso, al producirse la utilización de determinadas cuevas como espacios rituales, estas se convierten en lugares singulares en el paisaje. Sean fácilmente visibles o no, perduren o no todos los restos de dicha actividad, se realicen o no ofrendas materiales detectables en la actualidad, el recuerdo de una práctica ritual yace en la memoria de aquellos que la conocen, la realizan, la repiten, la transmiten y la recuerdan. El paisaje se modifica, por tanto, no solo a través de evidencias físicas, sino también a través de acciones sociales, ideológicas y simbólicas (Deetz 1990: 2).

Las cuevas, como espacios naturales, se convierten a través de las prácticas rituales, en lugares con un significado simbólico añadido. Sin embargo, su ubicación no debe ser necesariamente visibilizada para adquirir dicha importancia simbólica en el imaginario colectivo. Al contrario, su invisibilización podría estar ampliando su *magnetismo* ritual.

Si valoramos los resultados obtenidos en el análisis preliminar de accesibilidad, expuestos en el apartado 8.4, observamos que aunque las cuevas no fueran fácilmente accesibles desde el *oppidum* central, al no encontrarse en su entorno inmediato, los costes y las distancias serían asumibles. Los recorridos serían superiores a dos horas y media, por lo que para visitar cualquiera de las cinco cuevas desde la ciudad de *Kelin*, sería necesario un día entero de viaje (ida y vuelta) o incluso dos días, si tenemos en cuenta la distancia y el coste existente entre el yacimiento de los Villares y la Cueva de los Ángeles o la Cueva Santa del Cabriel (fig. 8.39). Con esto no queremos decir que las cuevas se visitaran solo desde el *oppidum* central, sino simplemente indicar que de ser así, serían viajes que necesitarían un esfuerzo extra y tendrían, seguramente, un gran valor simbólico. Si valoramos su accesibilidad desde los poblados más cercanos, evidentemente el viaje no sería tan costoso (fig. 8.40). Aun así, al localizarse alejadas generalmente de asentamientos de importancia, serían recorridos que implicarían un esfuerzo, aunque no comparable al realizado desde el *oppidum* central.

Por el momento, no podemos valorar la variable de accesibilidad o inaccesibilidad para elegir unas cuevas y no otras. Sin embargo, ha sido interesante tener en cuenta su accesibilidad desde el *oppidum* central, la cual requiere evidentemente mucho menos esfuerzo si se cuenta con la ayuda de animales de transporte. En futuros trabajos, analizaremos detenidamente el acceso desde cada uno de los núcleos de poblamiento circundante, para obtener una idea más completa de la movilidad ritual existente en el caso de *Kelin*.

Tal y como plantean Rueda y Bellón (e.p.) para los santuarios oretanos, la movilidad ritual varía dependiendo de la escala. Así pues, no es lo mismo la movilidad necesaria para acceder a los santuarios territoriales de Castulo, en los que el viaje puede conllevar hasta 40 km y, por tanto, varias jornadas, que la movilidad necesaria para visitar el santuario extraurbano de la Piedra del Águila (Orcera, Jaén), situada a apenas 10-11 km del *oppidum* (Bujalame) y el resto de asentamientos. En nuestro caso, deberemos valorar dicha movilidad ritual dependiendo del lugar de origen, sea el *oppidum* central o el resto de poblados más cercanos a las cuevas.

Con los datos preliminares con los que contamos hasta ahora, es interesante reflexionar sobre los viajes, de menor o mayor duración dependiendo de la procedencia de los visitantes. Lo que es evidente al observar la situación de las cuevas de *Kelin*, es que el viaje en sí mismo sería una de las prácticas rituales clave en la utilización sagrada de las cuevas⁶⁴. La elección de determinadas cuevas y no otras más cercanas a los asentamientos reflejaría un interés por marcar los límites territoriales, reservados a determinadas prácticas rituales (Grau y Olmos 2005: 71). A través de los viajes ritualizados, se potenciaría tanto la cohesión grupal y la identidad común como las relaciones socio-políticas de la comunidad (Alfayé 2010: 183; López-Bertran 2011a: 103).

⁶⁴ Ver cap. 7 (apartado 7.1).

El paisaje ritual como factor de identidad social

Tal y como evidencia De Polignac (1984) en Grecia, Edlund (1987) en Etruria o Wartrous (1996) en Creta, los espacios rituales situados en los confines del territorio tendrían, no solo una función ritual, sino también una función social y política. El uso de espacios naturales para desarrollar prácticas rituales serviría tanto para cohesionar los lazos entre los habitantes de un territorio como para establecer relaciones políticas con otros territorios y delimitar sus fronteras.

Por tanto, estos espacios rituales jugarán un papel vital en la creación y mantenimiento de la *identidad social* (Parcero 2002: 251; Grau 2012a). Siguiendo a Knapp y Ashmore (1999: 15), existe una gran diversidad de maneras de identificar un paisaje como propio a través del simbolismo ritual. Partiendo desde marcadores naturales simbolizados, como pueden ser las rocas, pasando por los depósitos de ofrendas y las construcciones de santuarios, hasta llegar a fenómenos intangibles recordados en la memoria y transmitidos oralmente, se consigue que un paisaje se convierta en identitario.

En los paisajes ibéricos, se ha propuesto que la *ritualización de los límites* formara parte de una estrategia política e ideológica, vinculada a las formaciones sociales (Grau 2010: 108-109). Estos espacios reforzarían la configuración política del paisaje, el cual sería construido y modificado con intereses políticos y sociales (Grau 2010: 108, 2012a: 240; Rueda 2011: 165; Grau y Rueda 2012: 101; Prados 2012: 123). Es, por tanto, a través de la participación en las actividades rituales cómo se crea, mantiene y expresa la identidad (Lewis 1980: 12; Knapp 1999: 248).

En el caso de las cuevas de *Kelin* y otras cuevas rituales alejadas de los asentamientos de importancia, la identidad social vendría reforzada no solo por las prácticas rituales desarrolladas en el destino, sino también durante el propio viaje. Al desplazarse por caminos familiares, recuperando recuerdos e historias, las personas también crean el sentido de pertenencia a una comunidad (Bender 2001: 83).

Es interesante valorar también la situación de cuatro de las cinco cuevas cercanas a las vías de paso más importantes del territorio. Tal y como indica Rueda (2011: 101), la localización de espacios de culto territoriales junto a las principales vías de comunicación es una evidencia que documentamos repetidamente en el registro arqueológico. Es posible que estas vías de paso tuvieran una significación social y ritual determinada en aquellas zonas en las que se pasara cerca de una cueva ritual. En otros territorios ibéricos se ha valorado la sacralización de estas vías de paso a través de las cuevas (Grau 2000: 219) en un culto relacionado con la circulación y la protección de los viajeros. En este sentido, es interesante indicar el caso que estudia Fairén (2006: 38) en relación a los abrigos con pinturas rupestres, en los que propone que no se localizarían en puntos de paso sino que serían *lugares de destino en sí mismos*.

En *Kelin*, la elección de las cuevas que se sitúan en las vías principales del territorio vendría ligada al interés por sacralizar las fronteras, las cuales son atravesadas, evidentemente, por las vías que comunican con otras zonas. El desarrollo de prácticas rituales en estas cuevas derivaría de su cercanía a dichos límites y, por ende, a las vías de paso que comunican el territorio de *Kelin* con los demás territorios ibéricos.

Capítulo 9

Propuesta para la clasificación de cuevas con materiales ibéricos

Nuestro objetivo en este capítulo se centra en establecer una clasificación provisional, basándonos en las pautas detectadas en las cuevas estudiadas. Hasta ahora, hemos ido dando pinceladas sobre el uso de cada una de las cuevas. Sin embargo, a continuación, realizaremos una propuesta global y ordenada.

Tal y como hemos visto en el capítulo 2, las cuevas han sido tenidas en cuenta en los diversos estudios sobre lugares sacros de época ibérica (Lucas 1981; Oliver 1997; Domínguez Monedero 1995, 1997; Prados 1994, Bonet y Mata 1997a; Moneo 2003, entre otros), incluyéndose, generalmente, en la categoría de lugares de culto extraurbano (Domínguez Monedero 1995, 1997; Moneo 2003) (fig. 9.1). Sin embargo, sin menospreciar la utilidad de estas clasificaciones siempre necesarias, pensamos que su esquematismo, al no basarse en estudios directos y completos, impide establecer una diferenciación entre las distintas actividades, rituales o no, que se produjeron en estos espacios.

En nuestro caso, queremos dejar claro que la clasificación que proponemos a continuación se basa tan solo en los ejemplos de este trabajo. Partimos de la base de que no todas las evidencias se relacionan con prácticas rituales. En primer lugar, identificaremos aquellas cuevas que pueden relacionarse con una actividad ritual. En segundo lugar, plantearemos qué tipo de funciones podrían estar ejerciendo aquellas que no presentan evidencias claras de una actividad de este tipo. Y finalmente, expondremos otros casos cuyas características no concuerdan con ninguna de las dos opciones anteriores y, por tanto, su actividad es indeterminada. Esta propuesta de clasificación se basa, por tanto, en los materiales, las características físicas y la localización de estos espacios expuestos en los capítulos anteriores.

9.1. Cuevas relacionadas con una actividad ritual

De las 19 cuevas analizadas, 9 se relacionan con una actividad ritual (fig. 9.2). Dentro de este conjunto, existe una gran diversidad tanto en la localización como en las características físicas, la materialidad y la frecuentación de cada una de ellas.

Si nos basamos en su **localización en el paisaje**, se evidencian dos tipos de espacios de culto: extraurbanos y periurbanos. Tal y como hemos indicado en los capítulos anteriores, la mayoría de las cuevas analizadas se sitúan en espacios extraurbanos. Sin embargo, también contamos con algunos ejemplos que se sitúan en el entorno inmediato al área urbana de un poblado determinado. Por tanto, basándonos en la localización de las cuevas analizadas proponemos dos categorías:

- Cuevas como espacios de culto extraurbano, en el entorno de varios lugares de hábitat.
- Cuevas como espacios de culto periurbano, vinculados a un poblado determinado.

AUTOR	AÑO	CLASIFICACIÓN		
		CATEGORÍAS PRINCIPALES	SUBCATEGORÍAS	
R. Lucas	1981	<i>Loca Sacra Libera</i>		
		Santuarios		
		Templos		
L. Prados	1994	Cuevas		
		Santuarios rurales		
		Santuarios protourbanos		
		Santuarios de ámbito territorial		
		Templos		
		Capillas domésticas		
A. Oliver	1997	Edificaciones en lugares de culto aislados		
		Edificaciones en lugares de culto urbanos		
		Lugares de culto no edificados		
		Otros lugares de culto		
H. Bonet y C. Mata	1997	Necrópolis		
		Santuarios		
		Abrigos		
		Cuevas-santuarios		
		Capillas y altares domésticos		
A. Domínguez Monedero	1995	Lugares de culto urbanos	Templos o santuarios cívicos	
			Capillas domésticas	
	1997	Lugares de culto extraurbanos	Santuarios empóricos	
			Santuarios suburbanos o peri-urbanos	
			Santuarios de carácter supraterritorial	
		Santuarios rurales		
T. Moneo	2003	Santuarios urbanos	Santuarios domésticos o dinástico-gentilicios	
				Dinásticos
				Gentilicios
				<i>Templa</i> urbanos
				Recintos sacros
				Templo de tipo "clásico"
				Santuarios de entrada
				Intramuros
				Extramuros, <i>ad portam</i> o portuarios
				Santuarios palatinos
Santuarios extraurbanos	Santuarios comunitarios	Cuevas-santuario		
		Abrigos-santuario		
		Santuarios de control territorial		
		Santuarios supraterritoriales		
<i>Heroa</i> y santuarios funerarios	<i>Heroa</i>	Intraurbanos		
		Extraurbanos		
		Santuarios en necrópolis		
		Santuarios necrolátricos e inhumaciones infantiles		
Estructuras sacras ibéricas de tipo incierto				
I. Grau	2002	Lugares de culto urbano		
		Lugares de culto peniurbano		
		Lugares de culto extraurbanos		
		Necrópolis		

Fig. 9.1. Principales clasificaciones existentes sobre los lugares de culto, con la categoría en la que se incluyen las cuevas resaltada.

La cantidad de materiales documentada no nos permite considerar estos espacios como grandes santuarios territoriales relacionados con un culto suprarregional. Por ello, nos hemos limitado a diferenciar entre las cuevas periurbanas y las extraurbanas. De contar en un futuro con nuevos datos sobre la relación territorial del conjunto de cuevas, así como sobre la movilidad ritual necesaria, podríamos proponer diferencias entre las cuevas extraurbanas, dedicadas a cultos locales y localizadas a distancias diarias, y las territoriales, dedicadas a cultos suprarregionales y localizadas a distancias de varios días, tal y como se ha propuesto en el caso del Alto Guadalquivir (Rueda y Bellón e.p.).

Tipo	Localización	Cuevas	Uso	Frecuentación principal
Cuevas con evidencias de actividad ritual	Extraurbanas	Cueva Merinel	Prácticas rituales	V-III a.C.
		Cueva del Sapo		
		Cueva del Puntal del Horno Ciego II		
		Cueva Santa del Cabriel		
		Cueva de los Mancebones		
		Cueva de los Ángeles		
		Cueva del Cerro Hueco		
	Cova de les Dones			
Periurbanas	Cueva de la Torre del Mal Paso	III-I a.C.		
Cuevas sin evidencias de actividad ritual	Periurbanas	Cova de Can Ballester	Uso en relación a las actividades productivas del hábitat permanente	Desconocida
		Cova dels Orgues		
		Abric de les Cinc		
	Extraurbanas	Cova de l'Armela	Hábitat esporádico o refugio	
		Cueva del Murciélagu		
Cueva de la Cocina				
Cuevas con actividad no determinada		Cueva Santa	Indeterminado	
		Cova del Cavall		
		Cueva de El Molón		
		Abrigo de las Vacas		

Fig. 9.2. Propuesta de clasificación: categorías y ejemplos identificados.

De todos modos, esta clasificación se basa en la frecuentación principal de las cuevas, es decir, en la asociación cronológica de la mayoría de sus materiales. Con esto queremos dejar claro que no descartamos que la presencia de materiales de cronologías previas o posteriores a la fase plena en las cuevas extraurbanas pudiera asociarse con otro tipo de actividades no rituales. Así mismo, suponemos que la cercanía a un poblado determinado, como ocurre en Mal Paso, sugiere un uso directo y principal por los habitantes de dicho lugar de hábitat, aunque no descartamos que fuera visitado por los habitantes de otros poblados cercanos.

Si tenemos en cuenta las **características físicas** de las ocho cuevas con evidencias rituales que hemos podido visitar, observamos que no todas responden a las descripciones tradicionales: lugares de difícil acceso, con trazados laberínticos y relación directa con fuentes de agua (Gil-Mascarell 1975)⁶⁵.

⁶⁵ Ver cap. 2 (apartado 2.1).



Fig. 9.3. Localización de las cuevas con evidencias rituales visitadas en barrancos de difícil acceso (1. Cueva Merinel y 2. Cueva Santa del Cabriel), con acceso en sima (3. Cueva del Sapo, 4. Cueva del Cerro Hueco y 5. Cueva del Puntal del Horno Ciego II) y cuevas con un acceso descendiente u horizontal relativamente sencillo (6. Cueva de la Torre del Mal Paso, 7. Cueva de los Mancebones y 8. Cova de les Dones).

En relación al acceso, observamos, básicamente, cuatro categorías: cuevas ubicadas en barrancos de difícil acceso (Cueva Merinel) (fig. 9.3.1), cuevas con acceso ascendente (Cueva Santa del Cabriel) (fig. 9.3.2), cuevas con acceso en sima que, evidentemente, implica un esfuerzo mayor (Cueva del Sapo, Cueva del Cerro Hueco y Cueva del Puntal del Horno Ciego II) (fig. 9.3.3-9.3.5) y cuevas con un acceso relativamente sencillo, al tratarse de accesos horizontales en un paisaje abrupto pero sencillo (Cueva de la Torre del Mal Paso, Cueva de los Mancebones y Cova de les Dones) (fig. 9.3.6-9.3.8).

En relación a los trazados laberínticos o confusos, tan solo documentamos galerías que podrían considerarse “laberínticas” en el caso de la sala C de la Cueva Santa del Cabriel (fig. 9.4.1). También cuentan con una planta algo más compleja, con varias salas diferenciadas, la Cueva Merinel (fig. 9.4.2) y la Cueva del Cerro Hueco, a la que se accede serpenteando por una galería de unos 10 m (fig. 9.4.8). La Cova de les Dones, por su parte, aunque se trate de una galería simple, cuenta con un recorrido de casi 500 m, ligeramente sinuoso y ascendente (fig. 9.4.4). Sin embargo, pensamos que estas tres cuevas no pueden considerarse laberínticas, ya que su propia distribución natural nos dirige automáticamente hasta las salas principales y el final de la cavidad. En el resto de casos, se trata de cuevas con una sola galería descendente (Cueva del Sapo) o ascendente (Cueva de la Torre del Mal Paso y Cueva de los Mancebones), que acaban en una sala más o menos amplia (fig. 9.4.5-9.4.7); o cuevas como la del Puntal del Horno Ciego II, con una sala principal de la que salen dos salas de reducidas dimensiones, una a cada lado (fig. 9.4.3). Por tanto, la característica básica tradicional de cuevas con trazados laberínticos, al menos en las ocho cuevas con evidencias rituales visitadas, no sería aplicable al 100%.

Por último, es evidente que la mayoría de las cuevas están relacionadas con el agua desde su formación (Renault 1970; Klimchouk 2003; White y Culver 2012). Sin embargo, no todas las que presentan evidencias rituales cuentan actualmente con grandes formaciones estalagmíticas o presencia de agua en su interior. De las ocho cuevas rituales visitadas, tan solo la Cueva Merinel, la Cueva Santa del Cabriel y la Cova de les Dones presentan formaciones kársticas complejas (fig. 9.5). Sobre todo, destaca esta última, la cual en sus últimos metros de recorrido cuenta con formaciones estalagmíticas de gran tamaño y amplios gourgs que ocupan todo el ancho de la galería (figs. 4.262-4.267). En el resto de cuevas, aunque las formaciones kársticas no son tan complejas, su relación con el agua sería indirecta. Así pues, tal y como hemos visto en el capítulo 8, las cinco cuevas con evidencias rituales del territorio de *Kelin* están próximas a cursos de agua. La Cueva de la Torre del Mal Paso, por su parte, se localiza en el valle del río Palancia, y la Cueva Merinel y la Cueva del Sapo se encuentran a pocos kilómetros del río Turia.

La diversidad está presente no solo en sus características locacionales y físicas, sino también en la **materialidad** de cada una de ellas. Tal y como hemos expuesto ampliamente en el capítulo 6, observamos distintos patrones materiales que se repiten en algunas zonas, pero que son únicos en otras. Estas pautas podrían derivar tanto de las actividades rituales practicadas como de su asociación territorial. Sin embargo, no parecen estar en relación con las características físicas.

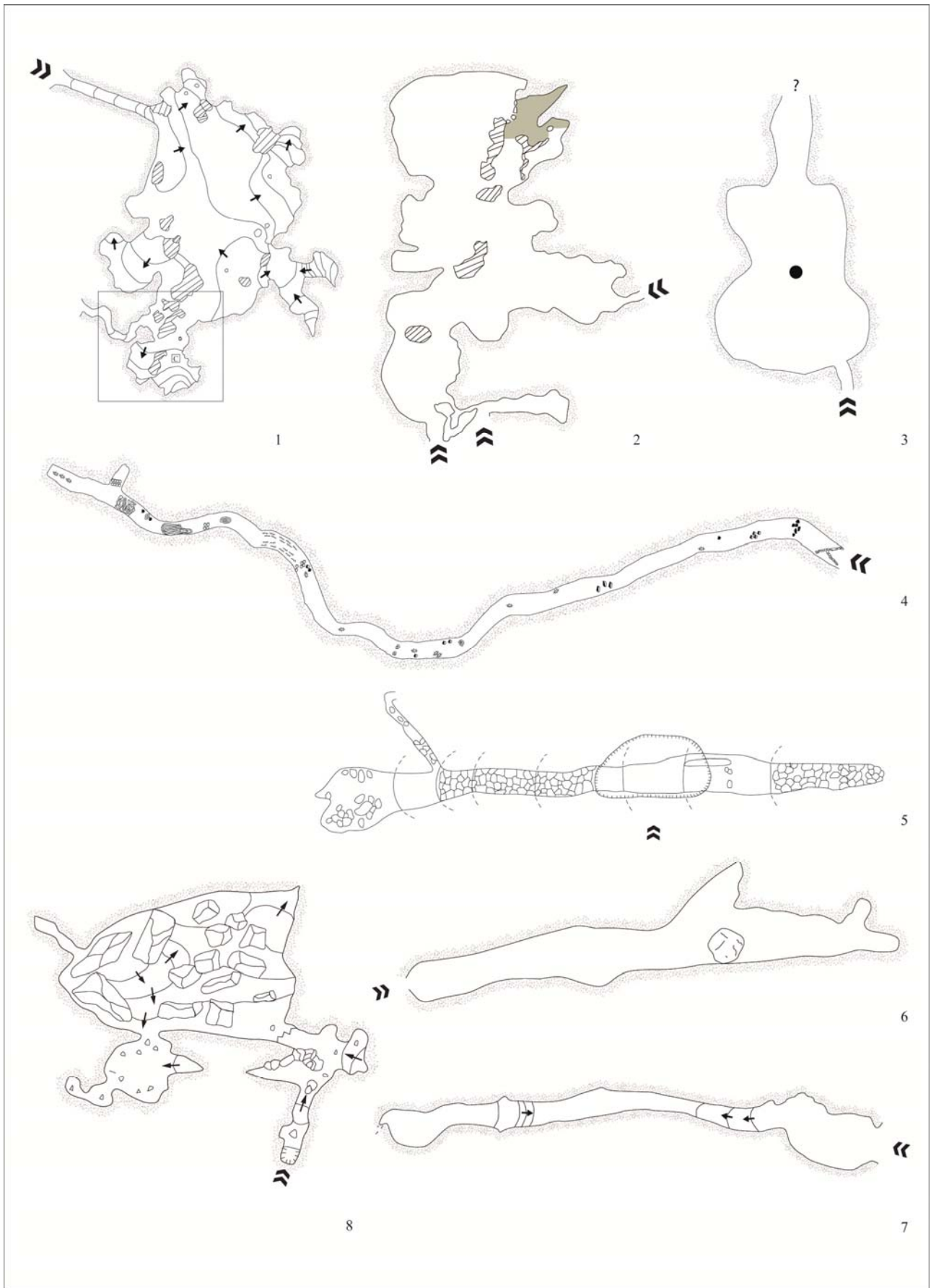


Fig. 9.4. Plantas de las cuevas con evidencias rituales visitadas: Cueva Santa del Cabriel (1), Cueva Merinel (2), Cueva del Puntal del Horno Ciego II (3), Cova de les Dones (4), Cueva del Sapo (5), Cueva de la Torre del Mal Paso (6), Cueva de los Mancebones (7) y Cueva del Cerro hueco (8). Varias escalas y orientaciones (a partir de las figs. 4.29, 4.111, 4.126, 4.160, 4.195, 4.222, 4.241 y 4.260).

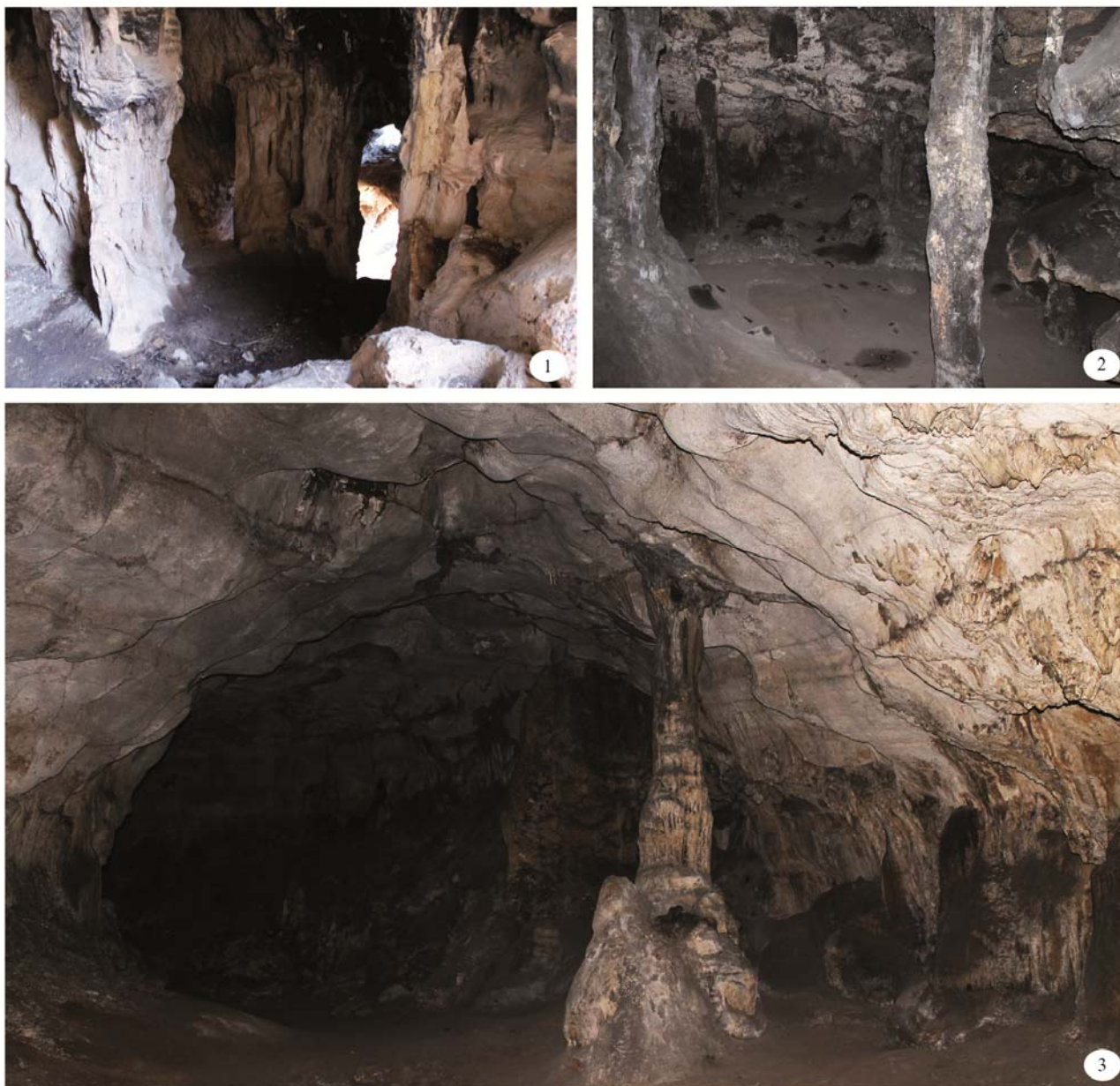


Fig. 9.5. Algunas de las formaciones kársticas más complejas de las cuevas con evidencias rituales visitadas: Cueva Merinel (1), Cueva Santa del Cabriel (2) y Cova de les Dones (3).

Si prestamos atención a la **cronología** que nos aportan los materiales documentados en las nueve cuevas con evidencias rituales, observamos que generalmente la horquilla cronológica se centra en el Ibérico Pleno (ss. V-III a.C.) (fig. 9.6)⁶⁶. Aún así, en algunos casos, la presencia de cerámicas ibéricas a mano nos indica una frecuentación esporádica anterior (Cueva del Puntal del Horno Ciego II); y, en algunos casos, se continúa la frecuentación hasta el Ibérico Final (Cueva Santa del Cabriel). Lo que nos interesa destacar aquí es que el único caso de un espacio de culto en cueva periurbano se asocia claramente con una cronología final (Cueva de la Torre del Mal Paso). Por tanto, en los ejemplos estudiados, se observa que el culto extraurbano se produciría durante

⁶⁶ Para conocer los detalles sobre los elementos que aportan una cronología aproximada, consultar el apartado *cronología* de cada una de las cuevas en el cap. 4.

los ss. V-IV/III a.C., mientras que la cueva periurbana tan solo se frecuentaría con un interés ritual durante los ss. III-I a.C.

Existe, por tanto, una clara diversidad en la localización, las características físicas y la materialidad, aunque relativa homogeneidad en la frecuentación de las cuevas con evidencias de una actividad ritual.

Cuevas con evidencias rituales	Cronología				
	VI a.C.	V a.C.	IV a.C.	III a. C.	III-I a.C.
Cueva de la Torre del Mal Paso					
Cueva Merinel					
Cueva del Sapo					
Cueva del Puntal del Horno Ciego II					
Cueva Santa del Cabriel					
Cueva de los Mancebones					
Cueva de los Ángeles		?			
Cueva del Cerro Hueco					
Cova de les Dones					

Fig. 9.6. Cronología aproximada de las cuevas con evidencias rituales.

9.2. Cuevas sin evidencias de actividad ritual

Una de las hipótesis que más nos interesaba comprobar era si todas las cuevas en las que se habían documentado materiales ibéricos fueron en algún momento espacios rituales. Por ello, decidimos revisar desde cero todos y cada uno de los materiales hallados en una selección de cuevas, para conocer directamente los materiales y el contexto de estos espacios. Aunque nuestro trabajo se centre en las cuevas como espacios rituales en época ibérica, nuestro interés secundario ha sido aproximarnos al resto de actividades que se desarrollaron en estos lugares naturales.

En su momento, Gil-Mascarell (1975) ya evidenció que la cantidad de materiales y las características físicas de algunas cuevas parecían relacionarse más con el refugio que con una actividad ritual. En nuestra revisión, hemos comprobado que no todas las cuevas se frecuentan con un interés ritual (fig. 9.2). Ha sido muy interesante, sobre todo, la visita a cada una de las cuevas, ya que pensamos que más allá de los materiales, la propia cavidad es una interesante fuente de información. Evidentemente, es muy complicado indicar objetivamente las características físicas o locacionales que hacen de una cueva un espacio susceptible de albergar prácticas rituales. En el capítulo 6 (apartado 6.1), ya hemos indicado algunas de las características básicas que hacen de algunas cuevas espacios verdaderamente singulares. En las siguientes líneas, intentaremos explicar el porqué de asociar unas cuevas determinadas con actividades distintas a las rituales. Para ello, prestaremos

atención tanto a su localización en el territorio como a su materialidad. Por el momento, las categorías propuestas son:

- Cuevas con un uso relacionado con las actividades productivas del hábitat permanente, cuando se encuentran a pocos metros de los espacios de hábitat; sus características son óptimas para el almacenaje o hábitat secundario y sus materiales aunque sean abundantes, no muestran pautas rituales de acumulación de determinados elementos.
- Cuevas como espacios de hábitat esporádico o refugio, cuando se encuentran alejadas de los espacios de hábitat; sus características son óptimas para el refugio y sus materiales son muy escasos.

Hay que especificar que, en nuestro caso, consideramos condiciones de habitabilidad cuando se trata de cuevas con accesos sencillos y salas horizontales, con luz natural. Los casos más evidentes son los de la sala principal de la Cueva del Murciélago y de la Cueva de la Cocina (fig. 9.7.1-9.7.2), así como la Cova de Can Ballester u otras cuevas de La Vall d’Uixó que actualmente son espacios utilizados para la restauración y el ocio turístico. En el caso del Abric de les Cinc, son evidentes sus condiciones de habitabilidad, ya que al tratarse de un abrigo, recibe luz natural durante todo el día y, además, su superficie es relativamente llana (fig. 9.7.3).

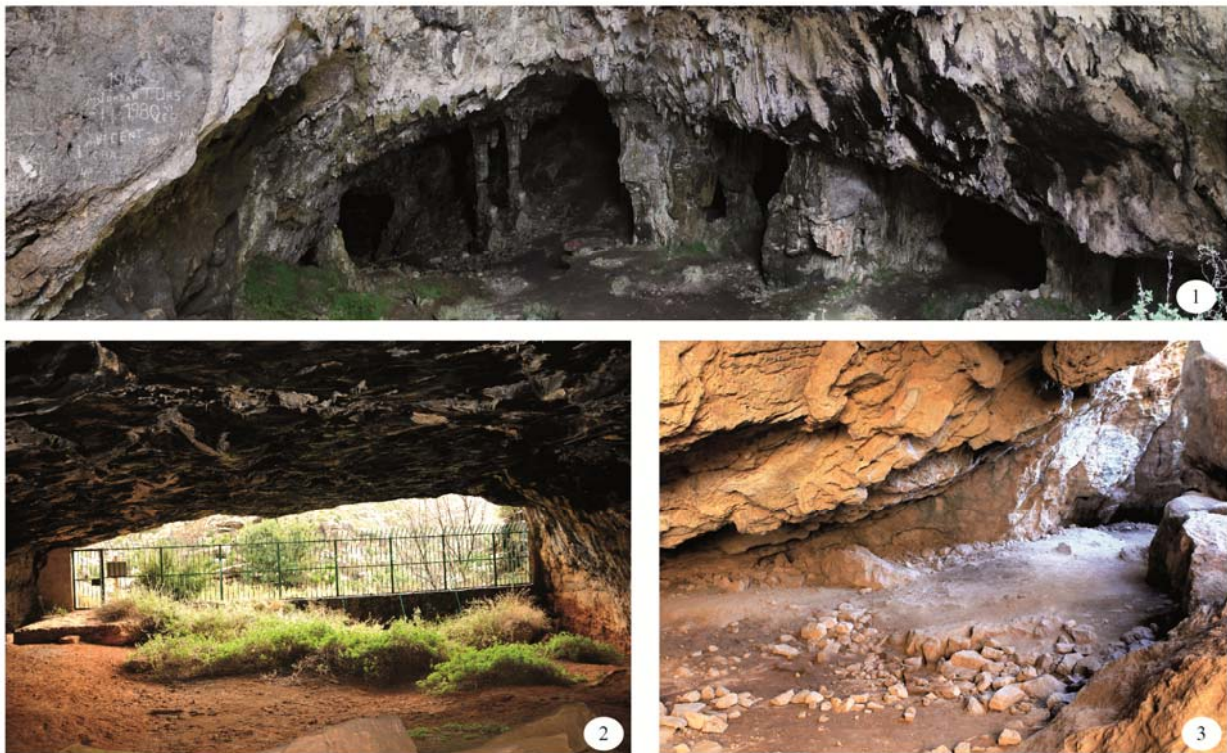


Fig. 9.7. Cuevas con condiciones de “habitabilidad”: Cueva del Murciélago (1), Cueva de la Cocina (2) (fotografía: O. García Puchol) y el Abric de les Cinc (3).

Sin embargo, hay algunas cuevas que, aunque presenten características óptimas para el refugio en alguna de sus salas y el registro material sea escaso, podrían presentar evidencias de prácticas rituales en un futuro. Este es el caso, por ejemplo, de la Cueva del Murciélago, cuyas características físicas de las salas más profundas son

semejantes a las de otras cuevas en las que sí se ha identificado una actividad ritual, como por ejemplo la Cueva Merinel. Tal y como hemos indicado en repetidas ocasiones, pensamos que de producirse una intervención arqueológica en las salas más alejadas de la boca de entrada, podría demostrarse un uso ritual de esta cavidad.

Por lo que respecta a la materialidad de las cuevas con evidencias de hábitat esporádico, observamos que ésta es escasa, tanto en el caso de la Cueva del Murciélago (NMI total: 4) como en la Cova de l'Armela (NMI total: 5) y la Cueva de la Cocina (NMI total: 4). Sin embargo, tan solo en el último caso se han producido repetidas excavaciones en toda su superficie que aseguran que la frecuentación ibérica sería tan solo esporádica. En el Murciélago, tan solo se produjeron dos sondeos, y en l'Armela, no se ha producido ninguna excavación arqueológica (fig. 9.8). Por tanto, de llevarse a cabo nuevas intervenciones que aportaran más datos de época ibérica en estos espacios, su clasificación podría variar.

Relacionadas con el hábitat temporal o permanente		NMI Total	Intervenciones arqueológicas en su interior	Intervenciones arqueológicas en su exterior
Extraurbanas	Cueva del Murciélago	4	2 sondeos (1985-1986)	
	Cova de l'Armela	5		
	Cueva de la Cocina	4	Excavaciones desde 1940 hasta la actualidad	
Periurbanas	Cova de Can Ballester	27		Covachos (1977)/ Paseo (1994)
	Cova dels Orgues	199		Paseo y zona de entrada (1994)
	Abric de les Cinc	344	2 sondeos (1973 y 1977)	

Fig. 9.8. Intervenciones arqueológicas y NMI total de las cuevas con evidencias de hábitat temporal o permanente.

En el caso de las cuevas asociadas con los espacios de hábitat, el volumen de materiales es mucho mayor. Así pues, teniendo en cuenta tan solo los recipientes cerámicos y obviando los restos metálicos y de fauna, observamos un NMI total de 27 para la Cova de Can Ballester, 199 para la Cova dels Orgues y 344 para el Abric de les Cinc (fig. 9.8). Evidentemente, el número tan elevado de estos dos últimos ejemplos deriva de la realización de intervenciones arqueológicas en su interior, en el caso del Abric de les Cinc, y en la zona cercana a la entrada, en el caso de la Cova dels Orgues. Si prestamos atención a los restos materiales hallados en estas 3 cuevas, es interesante indicar que aunque en todas se documentaron importaciones, no se trata de recipientes destinados al servicio de mesa, como ocurre en las cuevas con claras evidencias de actividad ritual⁶⁷. En cuanto al

⁶⁷ Ver cap. 6 (apartado 6.3).

resto de materiales, en la Cova de Can Ballester no se produce una clara repetición de ningún recipiente en concreto, aunque, evidentemente, esto puede derivar del expolio al que fue sometida. Destaca, sin embargo, la repetida presencia de ánforas, tinajas y tinajillas en la Cova del Orgues (fig. 4.78) y el Abric de les Cinc (fig. 4.94). Aunque no descartamos por completo que estos materiales formen parte de una pauta ritual, hay que indicar que el resto de cuevas con claras evidencias de ritualidad no muestran este tipo de concentraciones. Por tanto, nuestra interpretación a fecha de hoy, las incluye en la categoría de espacios dependientes de un hábitat permanente.

Sin embargo, planteamos nuestras dudas en relación al caso concreto de la Cova dels Orgues. Nuestra primera impresión es asociar esta cueva, situada a los pies de Sant Josep, con una actividad de almacenaje o hábitat dependiente del poblado. Sin embargo, las altas concentraciones de determinados materiales cerámicos y de restos de fauna (partes craneales de ganado ovicaprino, bovino y porcino: figs. 4.87-4.88) podrían estar indicando algún tipo de actividad ritual, aunque no fuera tan evidente como en otros casos. De todos modos, con los datos con los que contamos hasta la fecha, no nos aventuramos a incluirla en el apartado de espacios de culto periurbanos.

9.3. Cuevas con actividad no determinada

Finalmente, indicaremos otros casos cuyas características materiales o físicas no nos permiten incluirlas en ninguna de las categorías descritas con anterioridad.

Por una parte, contamos con ejemplos en los que, aunque los materiales sean escasos y las cuevas no se localicen cercanas a ningún espacio de hábitat, sus características físicas no parecen óptimas para el refugio y, por tanto, no pueden incluirse en la categoría de hábitat temporal o refugio. Este es el caso de la Cueva Santa o la Cova del Cavall. Aunque los materiales no sean suficientes para considerar su uso ritual en el primer caso (NMI total: 4), y sean inexistentes en el segundo caso, tampoco pensamos que deban incluirse en ninguna de las otras categorías. Para realizar afirmaciones de este tipo, sería necesario contar con información arqueológica más completa. La Cueva Santa cuenta con características físicas (dos salas con formaciones kársticas e innumerables oquedades), evidencias en superficie, sedimento arqueológico y localización en el límite Suroeste del territorio de *Kelin*, que nos inclinan a pensar que este espacio pudo servir como lugar de culto en época ibérica. Sin embargo, no podemos corroborar esta afirmación, por el momento, debido a la falta de materiales. En el caso de la Cova del Cavall, aunque parece evidente que no serviría como refugio, por la peligrosidad de sus salas y simas, la ausencia total de materiales ibéricos nos impide interpretar su uso en época ibérica. Aún así, si se produjeran nuevos hallazgos de esta época, sería interesante valorar su situación y conexión visual directa con el fortín edetano del Puntal dels Llops (Olocau).

Por otra parte, contamos con casos como la Cueva de El Molón, la cual se ha relacionado en repetidas ocasiones con un santuario de entrada al poblado del mismo nombre (Moneo 2001). Sin embargo, el número tan limitado de materiales, documentados en su gran mayoría en el sondeo realizado en el exterior de la cueva (NMI total: 8), impide plantearnos su uso ritual y, por tanto, su inclusión en la categoría de espacios de culto periurbano. Las cubetas halladas en su interior pudieron pertenecer a época ibérica y ser utilizadas con fines rituales, sin embargo, por el momento, los materiales hallados no permiten asegurar esta interpretación.

Finalmente, el Abrigo de las Vacas, ya hemos indicado que por sus características físicas no puede incluirse en este tipo de contextos. Además, los materiales a los que se hace referencia proceden de la ladera y no del propio abrigo, impidiéndonos incluirla en la categoría de espacios de hábitat temporal.

Por tanto, aunque su interpretación pueda variar en un futuro dependiendo de nuevos datos, con la información que contamos, podemos afirmar que de las 19 cuevas estudiadas, 9 presentan claras evidencias de haber sido utilizadas como espacios rituales en época ibérica: 8 extraurbanas y 1 periurbana. Por otra parte, 6 pueden ser interpretadas como espacios de hábitat temporal (3) o dependientes de un hábitat permanente (3), mientras que el resto de ejemplos no podrían incluirse con total seguridad en las categorías indicadas (fig. 9.2). Sin embargo, tal y como hemos indicado al principio de este capítulo, esta clasificación se basa tan solo en un número de ejemplos limitado y es provisional, ya que no todas las cuevas cuentan con registros materiales similares.

Capítulo 10

Prácticas rituales identificadas en las cuevas analizadas:
el qué, el cuándo y el quién

Every object tells a story (O'Connor 2015: 2)

Cada uno de los objetos hallados en los contextos arqueológicos cuenta una historia y, con ella, genera cientos de preguntas. Para resolver alguna de estas preguntas, partimos de la base de que los materiales hallados en los contextos sacros son, generalmente, evidencias arqueológicas directas de la exhibición u ofrenda (“el qué”), mientras que tan solo representan evidencias indirectas de las acciones e instrucciones de la práctica ritual (“el cómo”) (Whitehouse 1992: 140-141). Será a través de las huellas dejadas por dichas actividades como intentaremos reconstruir algunas de las prácticas rituales acontecidas en las cuevas analizadas y contribuir así al conocimiento sobre ritualidad ibérica.

Tal y como remarcaron Cerrillo (1990), Chapa (1990) o Prados (1994), entre otros, los estudios sobre ritualidad ibérica tienen claras limitaciones, tanto materiales como las producidas por la propia investigación. Uno de los problemas principales que suele señalarse en la mayoría de estudios de esta temática es el excesivo interés por la vertiente artística de determinados objetos votivos (bronces, esculturas de piedra o terracotas), que eclipsaba las investigaciones tradicionales, dejando de lado el resto del registro material. La búsqueda de divinidades, que no tienen porqué representarse iconográficamente, o la enumeración de hallazgos aparecidos en espacios de culto, ha monopolizado la historiografía sobre ritualidad ibérica. En el caso de las cuevas, uno de los problemas básicos que ya hemos indicado en varias ocasiones es el peligro de las generalizaciones que impiden conocer la diversidad existente en la ritualidad practicada en estos espacios naturales. *Más allá del caliciforme* y de los ritos de paso, las cuevas como espacios rituales en época ibérica esconden una infinidad de evidencias culturales compartidas pero también individuales (Machause *et al.* 2014: 174).

A pesar de los numerosos trabajos sobre las prácticas rituales en época ibérica (ver un resumen en Moneo 2003: 29-37), todavía existen grandes interrogantes por responder. Para avanzar en su conocimiento, los estudios deben centrarse en una escala microespacial, identificando una a una las evidencias rituales. Tan solo si conocemos el registro material completo (tanto elementos cerámicos, de bronce y piedra, como restos orgánicos) y su contexto, podremos ampliar dicha escala y establecer patrones territoriales que ayuden a comprender la diversidad ritual ibérica.

Las fuentes literarias que informan sobre estas prácticas son escasas, tardías y externas a la sociedad ibérica. Además, ninguna de ellas menciona las actividades rituales acontecidas en las cuevas. La iconografía ibérica no cuenta con representaciones del contexto arquitectónico donde se desarrollan estas prácticas, excepto en contados casos, como en el relieve iberorromano de Torreparedones (Baena, Córdoba) (Serrano y Morena 1988; Morena 2010: 30-32). Sin embargo, es interesante destacar aquí la importancia simbólica que tendrían las cuevas en el imaginario ibérico como demuestra la terracota hallada en la necrópolis de La Albufereta (Alicante) (fig. 10.1).



Fig. 10.1. Cueva votiva en terracota L-127A-30 procedente de la necrópolis de la Albufereta (Alicante), vista frontal (1) y cenital (2), y dibujo de E. Verdú (3) (Archivo Fotográfico del MARQ).

Esta pieza, de apenas 12 cm de altura, representa una cueva modelada a mano con una amplia entrada, rodeada de protuberancias cónicas o cilíndricas perforadas que servirían para colocar objetos como espigas, flores, ramitas (Lafuente 1944: 78, 1952: 170; Pla Ballester 1980b: 270-271), para realizar libaciones (Olmos 2007: 381), o incluso para insertar pequeñas velas o antorchas (Rubio 1986: 216; Marín Ceballos 1987: 60). De hecho, tal y como indica Verdú (2014: 1876), la pieza presenta huellas de fuego, lo cual podría ser el resultado de su uso como soporte lumínico. Esta pieza única fue hallada en la tumba L-127A (“gran sepultura”), asociada a elementos cargados de un gran simbolismo entre los que destacan, en número, 17 ungüentarios y 10 fusayolas. Este hallazgo demuestra la relación entre las creencias funerarias y los abrigos o cuevas naturales como espacios de tránsito (Olmos 2007: 381; Verdú 2014: 1136-1140, 1868-1880).

La presencia de actividades rituales en cuevas ibéricas se ha identificado, principalmente, de dos modos distintos: con la deposición repetida de ofrendas cerámicas y adornos metálicos, en la mayoría de cuevas del Este peninsular, concentradas en los ss. V-IV a.C.; y con la deposición de múltiples exvotos en las cuevas del Alto Guadalquivir, de frecuentación algo más tardía (ss. IV-III a.C.) (Aranegui 2012: 151-152). Generalmente, estas cuevas suelen relacionarse con rituales de paso, sobre todo prácticas de iniciación (González y Chapa 1993: 172; González-Alcalde 1993b: 68, 2006b; Grau y Olmos 2005: 68; Grau y Amorós 2013: 204). Los ritos de paso conforman una multitud de prácticas que ritualizan las etapas del ciclo vital y aprendizaje social, en los que los protagonistas mueren simbólicamente para renacer en un nuevo estado o etapa social (Van Genep 1909). Desde el nacimiento hasta la muerte, los grandes momentos de cambio en la vida de un individuo, perteneciente a un determinado estamento próximo al poder, serían celebrados a través de ceremonias rituales en momentos y espacios determinados. Estas prácticas suelen relacionarse con espacios liminales, apartados de la vida doméstica del poblado (Moreau 1992: 220). La localización y características físicas de las cuevas han hecho que se consideren escenarios ideales para celebrar ceremonias iniciáticas, en distintos periodos y áreas geográficas (Whitehouse 1992; Heyden 2005; Brady y Prufer 2005; Ustinova 2009). En la cultura ibérica se ha planteado que el simbolismo de las cuevas y otros santuarios territoriales, localizados en los confines, potenciaría el desarrollo de este viaje simbólico hacia lo silvestre y lo desconocido, donde los iniciados podrían alcanzar su nueva condición social (Grau y Amorós 2013: 204-205), rituales de paso que en el caso específico de las cuevas del Alto Guadalquivir se fosilizan a través de la gestualidad de los exvotos de bronce (Ruiz y Rueda 2014).

La ritualización de determinadas etapas del ciclo vital jugaría un papel esencial en la sociedad ibérica, basada en una estructura temporal (Moneo 2003: 395; Rueda 2011: 120, 2013: 353). Ritos como la iniciación guerrera, el paso de edad, los ritos nupciales, de fecundidad y fertilidad o los ritos de gestación, marcarían la evolución social y vital de los linajes (Rueda 2013: 353-356). En concreto, los ritos de paso de edad simbolizan el momento en el que los jóvenes están preparados para *adquirir el papel que la sociedad les asigna*, estén

relacionados con el ciclo biológico y reproductivo, en el caso de las mujeres, o con el ciclo reproductivo y la pedagogía guerrera, en el caso de los hombres (Rueda 2013: 357).

Aunque es posible que algunas cuevas se destinaran a desarrollar rituales iniciáticos de jóvenes guerreros (González-Alcalde 1993b), pensamos que no es conveniente la generalización de este tipo de afirmaciones. Diversidad de participantes, por tanto, que guiados por múltiples intereses y causas, experimentaron y visitaron las cuevas a través de distintas prácticas rituales (Alfayé 2010a: 217).

10.1. Prácticas rituales propuestas

A continuación, propondremos algunas de las prácticas rituales que deducimos se producirían en las cuevas analizadas. Para ello, nos basaremos tanto en las funciones de los materiales como en su contexto. Gran parte de los usos ya han sido expuestos en el capítulo 6, en relación a las pautas materiales. Por tanto, aquí nos centraremos en remarcar de manera general, en primer lugar, prácticas como las libaciones, las ofrendas de elementos cerámicos y de indumentaria o los sacrificios, que estarían presentes en innumerables rituales; y, en segundo lugar, profundizaremos en tres ejemplos rituales en el ámbito de la comensalidad, la caza y el ámbito funerario.

Elementos cerámicos: utensilios rituales y ofrendas

Generalmente, en las cuevas con una actividad ritual, existe una pauta clara en la que se reiteran sistemáticamente un mismo tipo de práctica u ofrenda. Esta pauta se hace evidente en el registro cerámico a través de la repetición de vasos caliciformes, platos y fusayolas, principalmente, y ollas, en menor medida.

Las ofrendas son una parte fundamental de la materialización de la práctica ritual, reflejo indirecto de la fase final de las ceremonias acontecidas (Rueda 2011: 106). Sin embargo, la ofrenda de un recipiente cerámico como un vaso o un plato, conllevaría seguramente un uso previo a su depósito en un espacio cultural. Tal y como plantean Molinos y Rueda (2011: 229), en relación a los vasos y las esculturas del santuario de Torreparedones (Baena, Córdoba), tanto la llegada al espacio sagrado como la libación y la ofrenda posterior, que pudo implicar una fragmentación ritual, formarían parte de las acciones protagonizadas por estos recipientes (fig. 10.2). Por tanto, es muy complicado determinar si el valor del acto ofrendatorio derivaría del contenido o del continente. De hecho, los enseres utilizados en el desarrollo de prácticas rituales, como recipientes para libaciones o lanzas utilizadas para cazar animales silvestres sacrificados, adoptarían un simbolismo como ofrendas, fosilizando la actividad en la cual han servido (Rueda 2011: 131, 158). Del mismo modo, otros objetos como las fusayolas pudieron ser evidencias de la importancia simbólica del tejido, elementos utilizados en la confección de algún tejido ofrendado a la divinidad, o no haber sido utilizados más allá de su depósito como ofrendas (Vílchez 2015).

la llegada al santuario



¿la libación?



la ofrenda



Fig. 10.2. Prácticas rituales protagonizadas por los vasos en el santuario de Torreparedones (a partir de Molinos y Rueda 2011: 229; Rueda 2013: fig. 7).

Ya hemos indicado en numerosas ocasiones la multifuncionalidad de los objetos cerámicos, que pudieron tener decenas de usos distintos antes de ser abandonados o depositados como ofrendas. Como si de personas se tratase, el uso de los objetos evoluciona y se adapta a una multitud de contextos y situaciones, considerándose en ocasiones como verdaderos protagonistas de un rito de paso (Fogelin y Shiffer 2015). Evolución y variedad de significados y usos que observamos en las cuevas analizadas aquí, en las que la diversidad de ofrendas puede ser una evidencia directa de la amplitud de prácticas rituales. Tanto la repetición de objetos como los objetos esporádicos representativos marcan prácticas rituales distintas.

Aunque en la mayoría de casos desconocemos su contenido, en ejemplos como la Cueva Merinel, sobre el que nos centraremos más adelante, parte de los restos de fauna se encontraban en el interior de los vasos y platos depositados (F. Blay c.o.). Aparte de las víctimas sacrificiales, tanto los vasos como los platos suelen relacionarse con una de las acciones presente en un gran número de ceremonias rituales: la **libación** (Lafuente 1952: 170; Blázquez 1977: 327; Llobregat 1981: 163-164). Esta práctica, ampliamente documentada en el mundo ibérico a través de esculturas y altares de libación (Serrano y Morena 1988; Ramallo y Brotons 1997: 265; Seco 1999), protagonizaría gran parte de las ceremonias (Moneo 2003: 374-375). En el caso de las cuevas, el contenido principal de estas libaciones pudo ser la propia agua de la cueva, en aquellos casos en los que estuviera disponible, cuyas características se considerarían sagradas (Blázquez 1977: 327; Llobregat 1981: 163-164) (fig. 10.3). También se ha planteado la existencia de libaciones con vino⁶⁸, miel, aceite o hidromiel, e incluso con la propia sangre derramada por los animales sacrificados (Lafuente 1952: 170;

⁶⁸ Aunque es posible que se produjera el consumo exclusivo del vino en determinados actos sociales, pensamos que no sería el líquido más común en las libaciones. De utilizarse, habría que plantearse si estas libaciones las realizarían personas pertenecientes a determinados grupos sociales y/o de género, ya que, por ejemplo, en las prácticas rituales romanas, el vino utilizado en libaciones no podía ser manipulado por las mujeres (Aulio Gelio, *NA*, X, 23, 1).

Blázquez 1977: 327; Moneo 2003: 375). En aquellos casos en los que se han realizado análisis químicos, como en el depósito votivo bajo el pavimento del templo romano de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia), se ha identificado la libación de leche y miel, tanto en el pozo votivo como en una de las pateritas ibéricas depositada en una de las grietas de la pared (Ramallo y Brotons 1997: 265). En nuestro caso, los análisis químicos de dos platos hallados en la Cueva Santa del Cabriel no han sido concluyentes en cuanto a su contenido orgánico. Sin embargo, la presencia de dos mieleras en la Cueva de la Torre del Mal Paso puede ser una evidencia indirecta del uso de este producto en prácticas rituales como la libación. Si nos centramos en los vasos, es cierto que de las cinco cuevas con concentraciones de caliciformes, tan solo en la Cova de les Dones hay un ánfora (de tamaño reducido). Lo que sí observamos en ellas es la presencia de tinajas y tinajillas, que pudieron llevarse como recipientes de transporte de las sustancias, líquidas o sólidas, que se consumieran o utilizaran en los rituales. Sea como fuere, estas libaciones pudieron hacerse sobre la tierra, sobre los animales sacrificados, sobre otros recipientes cerámicos o sobre los propios participantes. Tras el vertido ritual de líquidos o la utilización de los recipientes cerámicos para cualquier otro fin como las prácticas de comensalidad, estos serían ocasionalmente objeto de una fragmentación ritualizada, como ocurre en la Cova de les Dones.



Fig. 10.3. Recreación del depósito de vasos en la Cova de la Font Major (L'Espluga del Francolí, Tarragona). Ilustración de F. Riart (a partir de Genera i Morells 2015: fig. 87).

Ofrenda de indumentaria: cambio de apariencia

Carecemos de información iconográfica que nos informe sobre la indumentaria propia de los visitantes a estas cuevas, las ofrendas de elementos asociados con la vestimenta, como las fibulas, las anillas o anillos, pueden ser indicativos de cambios de apariencia que se producen previa, durante o posteriormente a una práctica ritual determinada. Tal y como indica Rueda (2011: 154), basándose en la información que aporta el atuendo de los exvotos, tras finalizar ceremonias como los ritos de paso, los participantes abandonarían determinadas prendas que se asociaban con un estado previo. El cambio simbólico, por tanto, se representaría a través de un cambio de apariencia físico, necesario para ser reconocidos socialmente en una nueva etapa (Prados 1997: 277; Rueda 2011: 154).

Sacrificios de animales

Generalmente, el protagonismo de las ofrendas rituales en las cuevas ibéricas suele venir de la mano de las cerámicas. Las evidencias orgánicas, como los restos de fauna, también nos aportan información sobre las prácticas rituales acontecidas; sin embargo, pese a su presencia en diversos contextos rituales no siempre se le ha dado la importancia que se merecen (Mata *et al.* 2014: 184). Tan solo a través de un estudio arqueozoológico completo que analice la disposición de los restos, su contexto y las alteraciones producidas sobre los huesos, podremos conocer el tratamiento ritual al que fueron sometidos estos animales (Cabrera 2010: 282-297; Appleby y Miracle 2012; Belarte y Valenzuela 2013).

En la sociedad ibérica, eminentemente agrícola y ganadera, los animales tendrían una gran importancia socioeconómica, pero también simbólica (Oliver 1996; Colominas 2008). El depósito ritual de animales, generalmente domésticos, en lugares de hábitat y en necrópolis, suele interpretarse tanto como evidencias de rituales de comensalidad como de ofrendas a las divinidades o a los difuntos (ver Morales *et al.* 1983; Monraval y López 1984; Barrià i Jové 1990; Miró y Molist 1990; Miró 1992; Oliver 1996; Barberà i Farràs 1998; Iborra 2004; Valenzuela 2008; Cabrera 2010; Albizuri 2011; Belarte y Chancelles 2011; Gómez Bellard 2011; Belarte y Valenzuela 2013, Mata *et al.* 2014: 179-202; entre otros). En otras ocasiones, se ha planteado el simbolismo de su muerte como transmisión simbólica de vida a nuevas construcciones (Belarte y Sanmartí 1997: 7-8) o incluso como sustituto de la muerte ritual de un recién nacido (Oliver y Gómez 1989: 61; Agustí y Casellas 1999: 311).

La existencia de restos de animales en cuevas está ampliamente documentada en todo el territorio ibérico, interpretados frecuentemente como restos de comidas rituales (González-Alcalde 2002-2003a: 231). Sin embargo, tan solo han sido estudiados en profundidad en dos casos, los cuales se incluyen en los territorios estudiados aquí: Cueva Merinel (Blay 1992) y Cueva del Sapo (Machause y Sanchis 2015), realizándose una simple identificación de especies en el caso de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (Sarrión 1990). Si nos centramos en las dos cuevas analizadas en profundidad, observamos dos comportamientos bastante dispares. Por una parte, en la Cueva Merinel, existe un sacrificio de medio centenar de animales domésticos (10 cerdos y 46 ovicaprinos), algunos de ellos termoalterados, en los que existe una clara selección de edades y partes del cuerpo (Blay 1992). Este depósito se acompaña de una importante acumulación de vasos (30-50 caliciformes), así como algunos platos (5). El ritual consistiría en la decapitación de ovejas, cabras y cerdos jóvenes, cuyos restos cefálicos se depositarían junto a los vasos cerámicos, siendo el resto de partes del cuerpo objeto de un tratamiento diferenciado (Blay 1992: 286), posiblemente consumidos como parte de prácticas de comensalidad, a juzgar por la elevada fragmentación. Por otra parte, en la Cueva del Sapo, destaca la inmolación de ciervos (12) y del grupo formado por ovejas, cabras y ovicaprinos indeterminados (14), de distintas edades. Sin embargo, en este caso el interés principal no parece haber sido ni la selección de edades, ni el consumo de los animales depositados, puesto que las termoalteraciones y la fragmentación de los huesos son

mínimas. Si bien no descartamos un consumo parcial, el objetivo central sería el de depositar estos animales como ofrendas a las divinidades o a los difuntos (Machause y Sanchis 2015: 267-271).

También se recogieron restos de fauna en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, la Cueva Santa del Cabriel y la Cova de les Dones, pero carecemos de un estudio en profundidad que nos permita conocer con exactitud su relación con las prácticas rituales acontecidas. En el caso del Puntal del Horno Ciego II, aunque desconocemos datos como el NMI, la fragmentación o las alteraciones, es interesante indicar la presencia de restos de ovicaprinos y suidos (Sarrión 1990) que como en Merinel, se asocian a una importante acumulación de vasos caliciformes.

Hay que recordar que no se documentan aras o altares de sacrificio en las cuevas analizadas. Sin embargo, la inmolación y descuartizado de los animales pudo realizarse en una superficie precedera, creada por ejemplo por una simple acumulación de piedras (Chapa 2006: 166) o incluso sin ayuda de ningún soporte, tal y como muestran ejemplos iconográficos únicos como el “sacrificador de Bujalamé” (Olmos *et al.* 1992: 146; Olmos 1999: 85.4, 2002; Bellón *et al.* 2015) (fig. 10.4) o la pátera de Tivissa (Blázquez 1977: 221; Marín Ceballos 1983; Olmos 1999: 85.3).



Fig. 10.4. Escena de sacrificio de un pequeño carnero: el Sacrificador de Bujalamé (La Puerta de Segura, Jaén) (Fotografías R. Fernández Ruiz, Archivo MAN) (a partir Mata *et al.* 2014: fig. 294).

No debemos olvidar que los sacrificios serían una experiencia sensorial muy significativa (Hamilakis y Konsolaki 2004: 135). De valorar este tipo de prácticas rituales en el interior de las cuevas, debemos tener en cuenta tanto su simbolismo, como la experiencia sensorial que produce. Así pues, si el descuartizado y el sacrificio a través del fuego se produjeron en el interior de cuevas como la de Merinel, es interesante plantearse

cómo sería apreciada esta práctica, tanto por las personas encargadas de llevarla a cabo como por los observadores. El sonido que emitirían las víctimas durante su muerte, el olor de la carne ofrecida quemándose por la acción del fuego o la imagen de la cueva iluminada por las llamas del sacrificio, son elementos que, aunque no detectemos directamente en el registro arqueológico, deben tenerse en cuenta a la hora de reconstruir las prácticas rituales acontecidas.

Sea como fuere, es evidente que los sacrificios de determinados animales, llevados a cabo en momentos específicos y siguiendo unas pautas formalizadas, serían uno de los actos centrales de las ceremonias rituales ibéricas (Chapa 2006: 165), los cuales pueden detectarse en algunas cuevas, conformando, en algunas ocasiones, el prelude de un banquete ritual.

Rituales de comensalidad

Ciertas evidencias materiales y restos de fauna con marcas de consumo indican que en determinadas cuevas, una de las prácticas giraría en torno a la comensalidad. La comida y la bebida han sido protagonistas de numerosas actividades rituales a través de la historia (Dietler 2001), especialmente las bebidas alcohólicas que contribuirían a intensificar las experiencias emocionales de los participantes (Dietler 1990, 2006; Arnold 1999, 2001). Así pues, actos tan cotidianos y necesarios para la subsistencia como comer o beber, se convierten en actos ritualizados al desarrollarse con un simbolismo y un formalismo determinado, en un espacio y un momento clave (López-Bertran y Vives-Ferrándiz 2009: 165-169).

Numerosas aportaciones desde la antropología y la sociología han puesto en relevancia la comensalidad como una actividad ritual centrada en el consumo comunal de bebida y comida, con motivo de una ocasión especial (Dietler 1996, 2001). Sin embargo, más allá del mero hecho de consumir los alimentos, la comensalidad se entiende como un acto social que permite negociar dinámicas socio-políticas y económicas y establecer así conexiones sociales (Appadurai 1981; Dietler 1996, 1999, 2001, 2005, 2011; Potter 2000; Dietler y Hayden 2001, entre otros). Comida y bebida en comunidad se convierten por tanto en un rito de agregación o unión temporal de los participantes (Van Gennepe 1909: 49).

Esta práctica puede ser detectada en el registro arqueológico teniendo en cuenta tanto los materiales como el propio contexto. Así pues, la acumulación de residuos orgánicos (restos de fauna o vegetales), el uso de recipientes u otros instrumentos identificables, las características formales y decorativas de los recipientes, así como análisis de contenido, son las fuentes principales de información que permiten identificar una comida ritualizada (Sardà y Diloli 2009: 38; Sardà 2010: 44).

En nuestro caso, una de las evidencias más claras de prácticas de comensalidad es la acumulación de residuos orgánicos: animales consumidos. Las alteraciones antrópicas presentes en los restos de fauna, ya sea a través de instrumentos de corte o del fuego, informan sobre el tratamiento al que fueron sometidos. Sin

embargo, de las dos cuevas objeto de un estudio arqueozoológico exhaustivo (Cueva Merinel y Cueva del Sapo), tan solo podemos proponer el objetivo principal de consumo en el primer caso, donde los restos de animales domésticos cuentan con un alto nivel de fragmentación (Blay 1992). En el Sapo, sin embargo, el interés principal no parece haber sido el consumo, ya que la mayoría de los restos no cuentan ni con marcas de corte ni con termoalteraciones (Machause y Sanchis 2015: 267-271).

Evidentemente, los datos con los que contamos actualmente son escasos. Aún así, pensamos que es interesante plantear la posible existencia de prácticas de comensalidad en este tipo de contextos (Sardà 2010: 56). Los recipientes cerámicos que documentamos en las cuevas podrían ser tanto ofrendas en sí mismos o contenedores de ofrendas como recipientes para libaciones, pero además, podrían haber sido utilizados como contenedores de alimentos y bebidas consumidas previas a su abandono, depósito o fragmentación ritual. Así pues, podríamos relacionar con prácticas de comensalidad recipientes asociados a la preparación, el contenido, el servicio y el consumo de alimentos y bebidas. Ollas, morteros, ánforas, tinajas, jarros y jarritas, vasos, platos, cuencos y escudillas, identificados en la mayoría de las cuevas, podrían ser evidencias secundarias del consumo de alimentos y bebidas. De hecho, la presencia de vajilla de mesa importada suele relacionarse con el consumo colectivo y ritualizado del vino entre las élites (Blánquez 1994: 334, 1995: 224; Quesada 1994: 114). Sin embargo, no siempre son necesarios recipientes ni alimentos excepcionales y prestigiosos. Elementos de uso común como el agua o animales domésticos de consumo diario, pueden adquirir un significado ritual en el marco de un contexto simbólico (Sardà y Diloli 2009: 22; López-Bertran y Vives-Ferrándiz 2009: 179).

De valorar este tipo de prácticas, deberíamos plantearnos también el lugar donde se desarrollarían (en el interior o en el exterior de las cuevas) y las sensaciones que generarían. Así pues, es interesante valorar la comensalidad más allá del consumo de comida y bebida, y tener en cuenta otras cuestiones como el intercambio de sensaciones y recuerdos, ya que la ingesta de alimentos es un claro estímulo de experiencias sensoriales (Seremetakis 1994: 4; López-Bertran 2007: 159; Sutton 2010; Hamilakis 2015). Sin embargo, esta experiencia cambiaría por completo de realizarse en el interior de una cueva, donde la oscuridad priva la vista y el resto de sentidos se intensifican (Tolan-Smith y Bonsall 1997: 218; López-Bertran 2007: 144). El olor, el gusto y el tacto al consumir un alimento en la oscuridad o la semioscuridad de una cueva, no tendrían comparación con las sensaciones experimentadas en el exterior. La multisensorialidad que explotan los alimentos puede informarnos de los *paisajes sensoriales* experimentados por los participantes en las prácticas rituales (López-Bertran y Vives-Ferrándiz 2009: 182-184).

Incluso hoy en día, gran parte de ceremonias simbólicas y actos sociales concluyen con prácticas comunitarias de consumo (Demarrais *et al.* 1996: 17; Sardà 2010: 40). Un ejemplo bastante cercano lo vimos en la romería actual a la Cueva Santa del Cabriel, la cual concluye en una comida comunitaria⁶⁹.

⁶⁹ Ver cap. 11.

Caza ritualizada

No todas las ceremonias sacrificiales implican un consumo del animal tras su inmolación. En algunas ocasiones, la importancia de la práctica reside en la deposición ritualizada de los restos, evidenciando normalmente huesos escasamente fragmentados, con una disposición cuidada y en conexión anatómica parcial (Cabrera 2010: 191-198; Albizuri 2011). Sin embargo, para demostrar este hecho, es necesario desarrollar un análisis arqueozoológico en profundidad (Appleby y Miracle 2012). Con el objetivo de potenciar este tipo de estudios, realizamos un análisis completo de los restos de fauna hallados en la Cueva del Sapo (Machause y Sanchis 2015). Aunque desconocíamos la disposición de los restos, sí que detectamos una fragmentación mínima y una representación anatómica bastante amplia que informa de dos prácticas complementarias: una ofrenda, sin un interés cárnico principal, de animales domésticos (ovicaprinos) y silvestres (ciervos), y una caza, seguramente ritual, previa al depósito de estos últimos. Es en esta segunda práctica en la que centraremos este epígrafe.

Las ofrendas cárnicas de animales salvajes no fueron comunes ni en el mundo ibérico ni en otras culturas coetáneas (Méniel 1992; Oliver 1996; Auxiette 2013). De hecho, en los yacimientos ibéricos, ya sean basureros domésticos, depósitos rituales, ofrendas o restos de comidas rituales, la mayoría de depósitos de fauna están protagonizados por especies domésticas: ovicaprinos y suidos, principalmente (Morales *et al.* 1983; Monraval y López 1984; Barrial i Jové 1990; Miró y Molist 1990; Blay 1992; Miró 1992; Oliver 1996; Iborra 2004; Valenzuela 2008; Albizuri 2011; Belarte y Valenzuela 2013, entre otros). Por ello, es tan relevante su elevado número en un espacio como la Cueva del Sapo. El interés explícito por sacrificar animales silvestres que implican una caza, y no animales domésticos que pueden hallarse fácilmente en los poblados, evidenciaría una relevancia mayor del acto ritual (Méniel 2012: 11). Los ciervos del Sapo pudieron ser depositados como trofeos de caza, una actividad que denota un elevado prestigio en el marco de la práctica cultural, como se evidencia en algunos yacimientos franceses de la Edad del Hierro (Méniel *et al.* 2005: 133; Méniel 2012: 13). Así pues, proponemos que en el caso de la Cueva del Sapo, el acto ritual residiera tanto en la caza, desarrollada en las inmediaciones de la cueva, como en el depósito de los restos y la ofrenda de parte de armamento utilizado en esta actividad, como por ejemplo el regatón de lanza (fig. 4.137). Fueran quienes fueran sus protagonistas en cada caso, lo que es evidente es que en ciertos momentos, la caza sería el eje vertebrador de importantes ceremonias rituales. En estas ceremonias, los cazadores contarían seguramente con la ayuda de perros, tal y como nos informa la iconografía ibérica (Mata *et al.* 2014: 52-53). En este sentido, es interesante destacar en este mismo depósito ritual, la presencia de al menos dos perros, que pudieron ser sacrificados al concluir el ritual de caza.

En el caso específico del Sapo, no debemos olvidar además el resto de prácticas rituales evidenciadas. La ofrenda de ciervos y ovicaprinos pudo dedicarse, o al menos, estar relacionada directa o indirectamente con el ritual funerario acontecido entre los ss. IV-III a.C. que analizamos a continuación.

Ritual funerario

Aparte de la caza ritualizada, el ejemplo de la Cueva del Sapo nos informa de otra práctica excepcional: un ritual funerario de inhumación de al menos un individuo adulto femenino (s. IV-III a.C.) (Machause *et al.* 2014). Generalmente, la presencia de restos humanos en cuevas con materiales ibéricos suele considerarse una mera intrusión producida por las alteraciones postdeposicionales, relacionando los restos humanos con prácticas funerarias de momentos previos al s. VI a.C. Con el objetivo de otorgarle la relevancia merecida a estas evidencias, propusimos un análisis antropológico completo, llevado a cabo por A. Pérez (Machause *et al.* 2014; Machause y Pérez en preparación), cuya interpretación ampliaremos en las siguientes líneas.

Es cierto que no siempre contamos con datos estratigráficos fiables que confirmen la asociación de restos humanos con época ibérica u otros momentos de frecuentación. Sin embargo, en nuestro análisis hemos optado por, al menos, indicar la presencia de estos restos, realizar un análisis preliminar (identificación anatómica y características básicas), siempre que ha sido posible, y plantear su probable asociación con los materiales ibéricos. El único ejemplo que cuenta con una datación radiocarbónica es el de la Cueva del Sapo. En el resto de los siete casos, o bien se asocian claramente con enterramientos de momentos previos, como los de la Cueva del Murciélago (Palomar 1986: 82), la mayoría de restos de la Cueva de la Torre del Mal Paso (Jordá 1958; Soler 2002: 78-93) y de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (Martí Bonafé 1990), o bien su presencia se podría relacionar con cualquiera de los momentos de frecuentación (Cueva Merinel, Cueva Santa del Cabriel, Cueva de los Mancebones y Cueva del Cerro Hueco). Sin embargo, en aquellos niveles alterados, como el sDn1 de la Cueva de la Torre del Mal Paso o los niveles E-III y E-IV de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, los materiales ibéricos se entremezclan con parte de los restos humanos y es lícito plantearse su posible asociación con época ibérica. En el caso específico de la Cueva Merinel, aunque el volumen de restos es mínimo (4 fragmentos), es interesante indicar que están afectados por los mismos procesos postdeposicionales que los restos de fauna y, seguramente, pertenecieran a un mismo momento de frecuentación. Además, tanto los restos humanos como los restos de fauna se hallaron en contacto directo con los materiales ibéricos. Aunque este conjunto tan solo ha sido objeto de un estudio preliminar, es interesante remarcar la identificación de un individuo subadulto. De confirmarse la cronología ibérica de estos restos inhumados, la pauta ritual de selección de edades no estaría presente tan solo en los animales, sino también en los restos humanos.

En otras zonas, tan solo se ha identificado la conexión directa de restos humanos con materiales ibéricos en la Cova Freda (Montserrat, Barcelona), donde se identificaron tres individuos inhumados junto a materiales de cronología ibérica (Font i Serra 1980). Sin embargo, estos restos no han sido objeto de datación radiocarbónica que confirme dicha asociación. Del mismo modo, se cita la presencia de restos humanos en relación con materiales ibéricos en la Cova Boltà (Real de Gandia, Valencia) (Aparicio 1997: 352-353), la Cova Bernarda (Palma de Gandia, Valencia) (González-Alcalde 2002-2003a: 221) o la Cueva del Colmenar (Domeño, Valencia) (González-Alcalde 2002-2003a: 202), entre otros. Aunque ninguno de estos ejemplos ha

sido objeto ni de un análisis antropológico, ni de una datación radiocarbónica, que nos permita descartar su asociación con momentos anteriores o posteriores.

Volviendo al único caso en el que sí se ha realizado dicho análisis y se ha podido confirmar además su cronología ibérica, analizaremos el ritual funerario que se llevó a cabo en la Cueva del Sapo. El conjunto de restos humanos evidencia un depósito secundario de al menos dos individuos, uno femenino y otro seguramente masculino, ambos adultos jóvenes. Aquí nos centraremos en el individuo femenino, ya que es el único que ha aportado una cronología plenamente ibérica (ss. IV-III a.C.). Las dataciones de la mandíbula y el radio con marcas *perimortem* de un individuo seguramente masculino, han demostrado que esta cueva se utilizó como lugar de enterramiento también en la horquilla cronológica entre los ss. V/V-VII d.C. En este sentido, es interesante remarcar la perduración del ritual funerario perpetuado en el siglo IV-III a.C. y repetido 10 siglos después, manteniendo, parece ser, el tratamiento funerario de los restos. Así pues, el radio con marcas que ha sido objeto de datación se asociaría a un momento de frecuentación posterior de la cavidad. Mientras que los otros tres restos con marcas, un cráneo de un individuo femenino⁷⁰ y dos falanges, podrían pertenecer al ritual funerario practicado durante época ibérica. Aunque no valoraremos aquí el tratamiento *perimortem* de los restos (ver Machause *et al.* 2014: 172-173), sí que valoraremos la elección de una cueva como escenario de un ritual funerario de inhumación en época ibérica.

La práctica funeraria identificada en la Cueva del Sapo es única hasta la fecha, siendo excepcional no solo por el contexto (una cueva), sino por el tratamiento de los restos (inhumación). Los conjuntos ibéricos de restos de individuos adultos inhumados son generalmente partes craneales provenientes, mayoritariamente, de contextos de hábitat, desde el Norte del País Valenciano hasta el Sureste de Francia (ver Benoit 1969; Campillo 1976-78; Oliver 1995; Sala 1996: 19-21; Agustí 1997, 2002; Belarte y Sanmartí 1997; Ramos 1997: 34-35; Agustí y Martín 2006; Roure y Pernet 2011: 113-164; entre otros). Generalmente, se asocian con un culto a los antepasados, cuando se ubican bajo el pavimento de las casas (Pons 1997; Martín *et al.* 1997: 47-54; Martín y Caravaca 1998: 62-63); con prácticas de exhibición de cráneos de enemigos, como medida punitiva o política, mostrados en ocasiones como trofeos de guerra (Oliver 1995: 35-41; Rovira 1998: 173-177); o incluso por ser de origen extranjero (Sala 1996: 20). De todos modos, no hay que olvidar el posible significado polisémico de parte de las prácticas rituales, siendo posible que un mismo acto obtenga distintos significados (Roure y Pernet 2011: 141). El resto de evidencias detectadas son inhumaciones infantiles en necrópolis y espacios domésticos, interpretados en el segundo caso como víctimas substitutorias de ovicaprinos a los que otorgan protección (Barrial i Jové 1989: 13).

Sin embargo, en el caso de la Cueva del Sapo no podemos asegurar una selección craneal, ni se trata de un contexto urbano. Entonces ¿por qué se eligió la inhumación en lugar de la cremación? ¿Fue por su edad, su

⁷⁰ Actualmente, esperamos el resultado de esta última datación, enviada al CNA de Sevilla, ya que puede ampliar a 3 el NMI.

género, su origen, las especiales circunstancias de su muerte o fue por su estatus social? La excepcionalidad de este caso en el área ibérica impide realizar comparaciones con otros ejemplos similares y responder, por tanto, a estos interrogantes. A continuación, valoraremos la existencia de este tipo de prácticas funerarias atípicas en otros contextos y su posible significado.

Las prácticas funerarias más comunes detectadas en el registro arqueológico son la inhumación y la cremación. Sin embargo, no debemos olvidar que existe una larga lista de posibilidades que no dejarían evidencias en el registro arqueológico (Oestigard 2000; Sprague 2005; Rebay-Salisbury 2015), como por ejemplo la exposición de los cadáveres, consumidos por animales carroñeros y/o agentes naturales o costumbres que implicaran arrojar los cuerpos inhumados o cremados a las aguas (Ruiz Zapatero y Lorrio 1995). Los individuos cuyo tratamiento funerario difiere de los enterramientos normativos documentados en un periodo y cultura específico son conocidos en la investigación arqueológica como *deviant social persona*: individuos que son enterrados siguiendo prácticas funerarias atípicas o extraordinarias (Saxe 1970: 10-12; Shay 1985; O'Shea 1984; Murphy 2008, entre otros). Evidentemente, aunque las prácticas funerarias generalizadas, como la cremación en las necrópolis ibéricas, sean entendidas como “normales”, no implica que representen a la totalidad de la población (Holloway 2008: 132).

A la hora de analizar un depósito funerario, contamos con tres factores esenciales: la posición, el tratamiento y la localización del cuerpo. Observando estas características se establece qué prácticas son comunes en una cultura determinada y qué prácticas son atípicas (Murphy 2008). La adopción de tratamientos funerarios anómalos puede reflejar la exclusión o la repulsa del difunto de un grupo social (Villes 1987; Delattre 2000; Zaroni 2011; Sacarino y Zaroni 2014). Sin embargo, también es posible que el tratamiento especial sea una señal del importante estatus social en vida o de la identidad social adquirida por las circunstancias de su muerte (ver Hetz 1907; Ucko 1969; Saxe 1970; Binford 1971; Shay 1985; Murphy 2008; Alfayé 2010a: 216; Perego *et al.* 2015; entre otros), así como por formar parte de una muerte ritualizada (Marco 1999; Alfayé 2010b: 223-225; Niveau de Villedary 2014). Del mismo modo que hay cientos de maneras de morir, hay cientos de maneras de ser enterrado. Un tratamiento diferencial puede deberse, por tanto, a una cuestión del *modus vivendi* (estatus, origen, edad...) o del *modus moriendi* (muerte prematura, muerte violenta...) (Oliver 2002-2003; Murphy 2008).

Volviendo al caso específico detectado en la Cueva del Sapo, no solo el tratamiento diferencial, sino también la localización del difunto informa sobre su carácter atípico. En la península ibérica, las cuevas fueron utilizadas en el Calcolítico y el Bronce como lugares de enterramiento (Soler 2002). Sin embargo, cuando hablamos de época ibérica, la existencia de un ritual funerario en cueva se aleja del tratamiento estándar. La exclusión de la práctica funeraria regular se constata no solo al inhumar el cadáver, sino también al alejarlo completamente de los lugares de hábitat y no enterrarlo en las necrópolis cercanas a estos, muy escasas, por otra parte, en el área de estudio. Este tratamiento especial puede derivar de un estatus determinado, pero

también de las circunstancias de su muerte, ya fuera en un lugar cercano o alejado de la cueva. Si nos planteamos esta segunda opción, es interesante valorar el simbolismo del viaje en el que se trasportó el cadáver hasta un espacio con un elevado significado cultural. No hay que olvidar que en este mismo lugar se ha detectado la ofrenda de ciervos y ovicaprinos, parte de los cuales pudieron ofrecerse en el marco del ritual funerario.

Tal y como se ha indicado en relación a otras culturas y momentos cronológicos, asumir que un tratamiento funerario representa a toda la sociedad es un error (Bradley 1995; Brown 1995; Chapman 2005: 37; Weiss-Krejci 2011: 69). Asumiendo que las necrópolis no representan al conjunto de la población, el ejemplo del Sapo es una variante más que añadir a la lista de prácticas funerarias ibéricas.

10.2. Hipótesis sobre la temporalidad de las prácticas rituales

Aparte de proponer qué rituales se produjeron en las cuevas estudiadas, otras preguntas que nos planteamos son: cuándo y con qué asiduidad se llevaron a cabo. Sin embargo, conocer la densidad o intensidad de uso de un espacio ritual es algo muy complicado, sobre todo cuando nos basamos en contextos que no han sido objeto de una excavación arqueológica.

El volumen de materiales hallado en aquellas cuevas que han sido excavadas en su totalidad, como por ejemplo la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, no parece evidenciar una práctica ritual intensiva. Poniendo esta cueva como ejemplo, frecuentada entre los ss. V-IV a.C., vemos que tanto el NMI de elementos cerámicos (125) y de elementos metálicos (14), así como el número de restos de fauna (348), serían pruebas de varias visitas a la cavidad. En estas visitas, se seguiría un claro patrón de ofrendas en lo que concierne a las evidencias cerámicas, protagonizadas por los 99 vasos caliciformes (el 79% de los elementos cerámicos). A la hora de interpretar, tanto la temporalidad como el protagonismo de las prácticas rituales que veremos más adelante, la ofrenda de un vaso, así como su uso previo en libaciones o consumo de bebidas, puede representar tanto a un solo individuo como a un grupo determinado de personas. Por tanto, aunque la frecuentación de esta cavidad en un periodo de 200 años es evidente, desconocemos el volumen o densidad de dicha frecuentación. Así pues, pudo tratarse tanto de dos o tres visitas protagonizadas por un número elevado de personas, como de cientos de visitas anuales protagonizadas por un número reducido de personas o por un grupo amplio que hicieron ofrendas conjuntas. Sin embargo, pensamos que un vaso sugiere más bien un acto individual, tal vez ofrecido por alguien representativo de una comunidad.

Del mismo modo que planteamos en el caso de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, debemos valorar el resto de evidencias rituales identificadas en las cuevas analizadas. Aunque no podamos asegurar una temporalidad determinada, los marcadores cronológicos nos informan, generalmente, de una frecuentación concentrada entre los ss. V-III a.C. (fig. 9.5). Nuestra propuesta es que estas prácticas no fueran excesivamente repetidas en el tiempo, ni extendidas a toda la población, sino que se trate de rituales específicos en momentos

determinados. Aún así, evidentemente, no podemos asegurar que estas y otras cuevas no fueran visitadas en otros periodos sin dejar muestras en el registro arqueológico.

Las cuevas elegidas para desarrollar prácticas rituales son generalmente aquellas alejadas de los lugares de hábitat, al menos por lo que concierne al Ibérico Pleno⁷¹. El volumen de materiales asociado a momentos previos y posteriores es inexistente o muy reducido. Con esto no afirmamos que las 8 cuevas en las que se evidencian prácticas rituales durante los ss. V-III a.C. no fueran utilizadas con ese mismo fin en otros momentos. Tan solo indicamos que el volumen de materiales asociado con el s. VI y los ss. III-I a.C. no nos permite realizar una interpretación clara sobre su uso en estos momentos⁷². Con la información de la que disponemos hasta la fecha, nuestra propuesta es que la actividad ritual en estos espacios se concentrara entre los ss. V-III a.C. El s. V a.C. marca el inicio de los procesos de territorialización, mientras que el s. III a.C. y el abandono mayoritario de la frecuentación ritual de estos espacios naturales coincide con la presencia romana. Es muy llamativo, además, cómo en el caso específico de *Kelin*, cuevas y atalayas suelen compartir secuencias de ocupación. Aunque se trate de lugares con una funcionalidad muy diferente, ambos deben ser comprendidos dentro de una estrategia territorial conjunta.

Otra situación completamente distinta es la que se observa en el caso aislado de la Cueva de la Torre del Mal Paso, ya que tal y como hemos visto en capítulos anteriores, se localiza a apenas 10 m del poblado y sus materiales se asocian con el Ibérico Final. Estas características podrían relacionarse no tanto con el territorio ibérico al que se adscriba, sino a la cronología de su uso. Así pues, la mayoría de cuevas situadas en los límites territoriales no presentan materiales más allá del s. III a.C., mientras que la frecuentación ritual de Mal Paso se concentra en el Ibérico Final. Este hecho puede derivar del interés de sacralizar las fronteras durante el Ibérico Pleno. Mientras que, a partir del s. III a.C., el cambio en el patrón organizativo ibérico dejaría en desuso estos espacios y las prácticas rituales se centralizarían. Es interesante, por tanto, recalcar que el único ejemplo de una práctica ritual periurbana se asocia a una cronología final. Este hecho refuerza la hipótesis de la elección de determinadas cuevas como espacios rituales basándose en intereses de redes territoriales entre los ss. V-III a.C.

Si prestamos atención a la valoración de la evolución diacrónica en otros territorios ibéricos, observamos que los lugares culturales no son agentes pasivos en el paisaje, sino que son el reflejo directo de los cambios sociales, económicos y políticos de una comunidad. Por tanto, el culto en un lugar ritual puede ir evolucionando paulatinamente, influenciado por cambios internos o externos, para dejar de ser frecuentado en un momento determinado como respuesta directa de los cambios sociales acontecidos. En esta corriente, es interesante la visión diacrónica que aportan estudios como el del Santuario de La Luz (Murcia), en el Valle del Segura (López-Mondéjar 2016), para el Ibérico Final, o el de los lugares de culto del área central de la Contestania (Grau 2000, 2010; Grau y Amorós 2013). En este segundo ejemplo, las cuevas utilizadas con fines rituales, situadas en los límites territoriales, servirían para afianzar dichas fronteras en un momento

⁷¹ Ver cap. 8.

⁷² Ver cap. 9.

determinado y asociados a una identidad comunitaria determinada, con el interés de favorecer la agregación social (Grau 2000: 220, 2010: 112; Grau y Amorós 2013: 203). La razón de su abandono o frecuentación más esporádica a partir del siglo III a.C. en la mayoría de ellas, estaría asociada con un cambio político y social, relacionado con un momento en el que las prácticas rituales se centralizan en santuarios urbanos como La Serreta (Alcoi, Alicante) (Grau 2010: 114). Una localización determinada, para unas prácticas específicas y en un momento clave para la consolidación política.

En el marco de la temporalidad de las prácticas rituales ibéricas, disciplinas como la arqueoastronomía o astronomía cultural pueden aportar un *rayo de luz* informativo. El objetivo principal de esta disciplina es averiguar el nivel de conocimientos astronómicos de las sociedades antiguas, el cual influiría en su ordenación económica, social y ritual (Belmonte 2000: 14; Esteban 2003: 309). Tal y como reflejan Cerdeño *et al.* (2006: 14), en muchas sociedades del pasado, se le otorgaba cierto carácter sacro a elementos como el cosmos, incontrolable, pero vital para la subsistencia.

En los estudios sobre ritualidad ibérica, desde finales de los 90, se comenzó a valorar la existencia de marcadores astronómicos, tanto en cuevas (Esteban *et al.* 2014a, 2014b; Esteban y Ocharán 2016) como en otros contextos sacros (Esteban y Cortell 1997; Esteban 2002; Pérez Ballester y Borreda 2004; Esteban y Moret 2006, Esteban y Benítez de Lugo 2016; Ruiz *et al.* 2015). Estos análisis, dirigidos mayoritariamente por C. Esteban, valoran tanto la orientación de las estructuras arquitectónicas de santuarios y tumbas como el horizonte que los rodea, evidenciando que los elementos astronómicos fueron importantes para su diseño y localización, al menos a partir del s. IV a.C. Generalmente, se ha observado que los edificios de culto ibéricos cuentan con un patrón de orientación definido, similar a los templos púnicos o los griegos de la Magna Grecia y Sicilia. La mayoría tienen una relación astronómica, orientándose hacia el orto o el ocaso solar sobre elementos destacados del horizonte en los equinoccios o una fecha cercana a estos (Esteban 2002, 2003, 2013, 2016).

Basándose en las evidencias arqueoastronómicas identificadas, Esteban plantea la existencia en época ibérica de un calendario que organizara, tanto las actividades de subsistencia como las simbólicas (Esteban y Cortell 1997: 136; Esteban y Moret 2006: 176; Esteban 2013: 480). A través de la orientación y la observación cercana de los equinoccios y los solsticios, reafirma la importancia que estos momentos del año tendrían en la ritualidad ibérica (Esteban y Moret 2006: 177). De hecho, basándose en un estudio estadístico de lugares culturales de distintos territorios, sugiere la existencia de prácticas rituales asociadas a los ciclos de la naturaleza y la estacionalidad, como festividades agrarias (Esteban 2013: 480-481, 2016: 297). Esta estacionalidad se basaría en la observación constante de los astros y su relación con elementos del horizonte, a través de la cual se establecería un cómputo de tiempo o calendario que regularía la vida de la comunidad (Esteban y Cortell 1997: 136; Esteban y Moret 2006: 176; Chapa y Mayoral 2007: 27-33; Prados 2012: 127).

Si aceptamos la existencia de tal calendario, debemos plantearnos otra cuestión que vendría ligada a la ordenación, tanto temporal como organizativa, de las prácticas rituales: la existencia de un **cuerpo**

sacerdotal o especialistas que se ocuparan, temporal o continuamente, de este tipo de cuestiones (Esteban 2013: 481, 2016: 303; Esteban *et al.* 2014a: 100; Esteban y Benítez de Lugo 2016: nota 8). La planificación del calendario de celebraciones, la ordenación y el mantenimiento de los lugares de culto o el desarrollo de determinadas prácticas rituales como el sacrificio, serían algunas de las tareas a desarrollar por dichos especialistas (Chapa y Madrigal 1997; Crespo 1997; Chapa 2006; González-Alcalde 2011).

La existencia de sacerdotes en el mundo ibérico ha sido planteada en numerosas ocasiones (Nicolini 1969: 64, 1998; Ruano 1987: 179; Aranegui 1994c: 307; Prados 1996: 141; Chapa y Madrigal 1997, Nicolini 1998; Moneo 2003: 383-386; Chapa 2006; entre otros). Generalmente, para formar parte de este personal especializado, sería necesario pertenecer a la clase aristocrática (Aranegui 1994c: 133; Prados 1996: 141; Delgado 2000; Moneo 2003: 385; Chapa 2006: 158; González-Alcalde 2011: 138), teniendo un importante papel no solo ideológico, sino también político, social y económico, que se transmitiría hereditariamente (Chapa y Madrigal 1997: 192).

Estos sacerdotes se han relacionado iconográficamente con las figuras de bronce con tonsura, sin actitud oferente y portando objetos implicados en prácticas rituales, como los cuchillos sacrificiales (Cabré 1922: 163-170; Lantier 1922; Nicolini 1969: 65, 1998; González Navarrete 1987: 102-106; Chapa y Madrigal 1997: 192-193; entre otros). Sin embargo, es posible que en la mayoría de lugares sagrados, las labores rituales de estos especialistas fueran temporales y, por tanto, no existieran unos atributos determinados, a través de los cuales podamos identificar iconográficamente a este cargo (Chapa 2006: 158). De hecho, recientemente se ha propuesto que tanto el rico atuendo como el peinado del tipo formal de exvotos relacionados tradicionalmente con una función sacerdotal, sean una representación de los ritos nupciales (Rueda 2013: 376-377).

De todos modos, tal y como plantea López-Bertran (2011b: 57) en el caso de los santuarios púnicos, debemos tener en cuenta que el concepto de sacerdotes está ligado a un pensamiento moderno y, aunque fuera aplicable a los santuarios urbanos, no tiene porqué extrapolarse a todos los lugares de culto. En el caso de los espacios rituales rurales, como las cuevas alejadas de los lugares de hábitat sin estructuras que evidencien un hábitat temporal, es complicado pensar que existieran personas que se asociaran directamente con estos espacios. No dudamos, sin embargo, que existieran especialistas en el ritual que guiaran en el camino hacia las cuevas y coordinaran y protagonizaran prácticas rituales como el sacrificio de los animales.

Volviendo a las observaciones astronómicas, se ha planteado que los encargados pudieron ser tanto sacerdotes como miembros de la élite política que observaran la posición del sol respecto al relieve montañoso u otros elementos destacados en el horizonte durante los ortos y los ocasos (Esteban 2002: 98, 2013: 481, 2016: 303; Chapa 2006: 170; Esteban *et al.* 2014a: 100). A través de fenómenos lumínicos, como por ejemplo las hierofanías producidas por la iluminación solar, la clase dirigente, garante de la comunidad, escenificaría su control sobre las fuerzas de la naturaleza (Esteban 2013: 481; Ruiz *et al.* 2015).

Fig. 10.5. Hierofanía identificada en la Cueva de la Lobera (Esteban *et al.* 2014: fig. 6).



Sin embargo, hasta la fecha, tan solo se han publicado dos análisis arqueoastronómicos en cuevas: la Cueva de la Lobera (Castellar, Jaén) (Esteban *et al.* 2014a, 2014b) y la Cueva de la Nariz (Umbría del Salchite, Moratalla, Murcia) (Esteban y Ocharán 2016). En ambos casos se han establecido marcadores basados en la iluminación de las zonas internas: durante los ocasos solares en los equinoccios, en el primer caso, y durante el solsticio de invierno en el segundo caso. En la Cueva de la Lobera, la luz que se adentra durante la puesta de sol alrededor de los equinoccios ilumina el área interior. Este fenómeno produce, además, una mancha de luz proyectada por la apertura de la roca, modificada antrópicamente, que produciría una hierofanía (Esteban *et al.* 2014a: 91). Esta forma se ha vinculado con los exvotos con cofia depositados en la cavidad (fig. 10.5). La importancia de este tipo de fenómenos se ha llegado a relacionar con la elección de esta cueva como lugar de culto (Esteban *et al.* 2014a: 99-100). Lo más interesante de este fenómeno, a nuestro parecer, es su limitada duración y el hecho de que tan solo pueda ser presenciado por un grupo de apenas 10 personas. Por su parte, en la Cueva de la Nariz, el *espectáculo de luz* se produciría sobre las cubetas y canales artificiales excavadas en la roca (Esteban y Ocharán 2016) (fig. 10.6). Esta cueva, además, se orienta hacia el punto del horizonte donde se produce la puesta de sol en el solsticio de invierno (Esteban y Ocharán 2016: 189). Es interesante indicar que, aunque tan solo se trata de dos ejemplos aislados, los dos cuentan con características similares. Al estar ambas bocas orientadas hacia el Oeste, el fenómeno de iluminación instantáneo se produce durante la puesta de sol, lo que evidencia que parte de las celebraciones tendrían lugar al caer el día (Esteban y Ocharán 2016: 195). En ambos casos, las prácticas rituales se relacionan con el poder fecundador de los rayos solares, que iluminan el interior de la cueva. El simbolismo de una fecundación periódica se vincula con una divinidad femenina, relacionada con el mundo celeste y el ciclo de la naturaleza (Esteban *et al.* 2014a: 102). En el caso específico de la Cueva de la Nariz, la divinidad se asocia con la imagen conocida como la “diosa de los lobos”, representada en una de las cerámicas halladas en la cueva (Lillo 1983; Ocharán 2013).

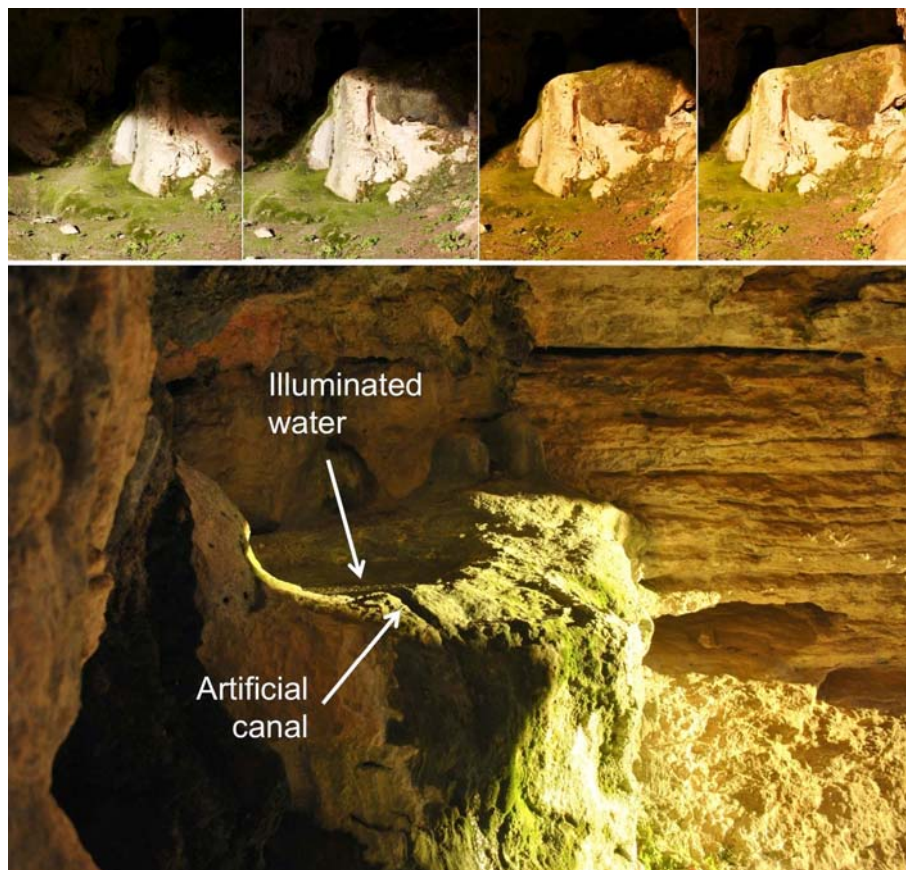


Fig. 10.6. Efecto de iluminación identificado en el solsticio de invierno en la Cueva de la Nariz (Umbria del Salchite, Murcia) (Esteban y Ocharán 2016: fig. 4).

Por el momento, no contamos con observaciones de este tipo en relación a las cuevas estudiadas. Es cierto que en aquellos casos en los que se trata de bocas y no simas, la orientación de las mismas es bastante diversa: Noroeste (Cueva Santa del Cabriel y Cueva Mancebones), Oeste (Cueva de la Torre del Mal Paso), Sur (Cova de les Dones) y Sureste (Cueva Merinel) (fig. 10.7). En relación a la orientación Noroeste, sí que se ha observado un fenómeno singular que ha sido remarcado en el caso de la Cueva Santa del Cabriel, en la que durante el solsticio de verano, la luz solar entra por el pasillo de 10 m de acceso a la cavidad e ilumina la sala principal (F. Moya c.o.) (fig. 10.8).

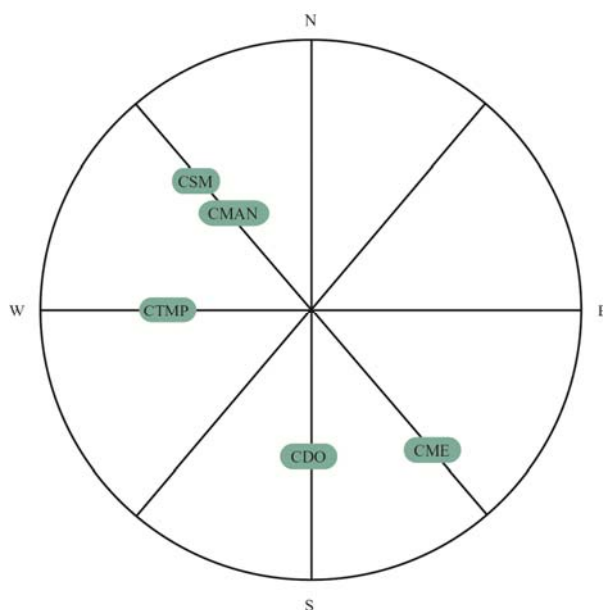


Fig. 10.7. Orientaciones de las bocas con evidencias rituales visitadas.



Fig. 10.8. Imagen del pasillo de acceso a la Cueva Santa del Cabriel en la que se observa cómo la luz solar ilumina su acceso durante el solsticio de verano (fotografía: F. Moya).

Si tenemos en cuenta el volumen reducido de materiales hallados en estas cuevas, no descartamos que las prácticas rituales desarrolladas en su interior fueran cíclicas y se asociaran con determinados momentos anuales, como los equinoccios. Sin embargo, por el momento no podemos asegurar este tipo de temporalidad estacional. Aún así, pensamos que es una línea de investigación que puede aportar datos interesantísimos sobre la estacionalidad de las prácticas rituales (Cerdeño *et al.* 2006: 21; Esteban 2009: 73). De hecho, un claro ejemplo podemos observarlo en el interesante estudio del depósito votivo de El Amarejo (Bonete, Albacete), donde se identificaron varias capas periódicas de ofrendas incineradas, entre las que destacan las bellotas a medio madurar, característica propia del equinoccio de otoño (Broncano 1989: 33). Esta información arqueológica, junto al marcador del orto equinoccial sobre una de las montañas más destacadas de su horizonte (Esteban 2002: 84-86), sugieren la periodicidad de las prácticas rituales unidas a dicho depósito votivo.

En este marco, es interesante valorar también la iconografía presente en determinados elementos hallados en las cuevas analizadas, como por ejemplo en una de las fusayolas de Cerro Hueco y en el chatón de uno de los anillos del Puntal del Horno Ciego II (fig. 10.9). Aunque la identificación de ambos motivos es compleja, nuestra propuesta es que se trate de la representación de un motivo floral o solar. De ser así, habría que valorar el simbolismo del sol en relación con la iluminación de la cavidad en determinados momentos del día o del año. En el caso de Cerro Hueco, es más arriesgado valorar este tipo de fenómenos, ya que aunque es posible que la galería de acceso de unos 10 m dejara pasar la luz del sol en momentos determinados del día, actualmente no podemos observar directamente dicho fenómeno por el desprendimiento existente. Sin embargo, en el Puntal del

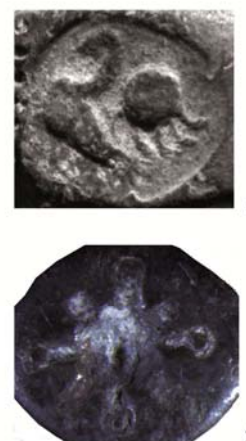


Fig. 10.9. Símbolos soliformes o florales presentes en la Cueva del Cerro Hueco (1) y la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (2).

Horno Ciego II, la luz solar sería capaz de iluminar la sala principal, cuando este se localizara justo encima de la apertura circular por la que se accede a la cueva (fig. 10.10). Es interesante remarcar, además, que se elige esta cueva y no la Cueva del Puntal del Horno Ciego I, que se sitúa a tan solo 100 m de la cueva II, la cual cuenta con importantes formaciones kársticas. Nuestra propuesta es que la elección de esta cueva derive bien de la iluminación natural de la misma en determinados momentos del día o bien de la abundante presencia de restos humanos de momentos previos.



Fig. 10.10. Acceso a la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, iluminado por luz natural.

El simbolismo de los astros reflejado a través de la iconografía ha sido indicado en otros yacimientos en los que sí se ha producido un análisis arqueoastronómico, como por ejemplo en las rosetas que decoran algunos platos del Tossal de Sant Miquel (Aranegui *et al.* 1997: 56; Esteban y Moret 2006: 174) o en el reciente estudio arqueoastronómico del Cerro de las Cabezas, en el que se identifican tres piezas en las que se podrían estar representando estrellas (Benítez de Lugo 2004: 43-46, 51, 55; Esteba y Benítez de Lugo 2016: fig. 2).

Evidentemente, las visitas a las cavidades incluidas en este estudio se realizaron durante el día y en jornadas en las que contábamos con condiciones climáticas óptimas para la salida al campo. Sin embargo, otro elemento que sería interesante valorar sería la visita nocturna a estas cavidades, ya que nuestra percepción cambiaría por completo. Aunque estas y otras cuestiones sobre la temporalidad (día/noche, estacionalidad, asiduidad...) se escapan de nuestro entendimiento, son temas sobre los que es necesario reflexionar, ya que influirían en las prácticas rituales desarrolladas.

10.3. Los protagonistas de las prácticas rituales: clase social, género y edad

Una vez propuestas las posibles prácticas desarrolladas y su temporalidad, nos preguntamos quiénes son las personas que protagonizan dichas prácticas y cuál fue su escala de participación. Estas cuestiones son también complejas y difíciles de detectar en el registro arqueológico. Si intentamos conocer el número de personas que participaron en los rituales, nos encontramos ante un problema principal: ¿qué representan las acumulaciones de objetos? Evidentemente, están indicando que existe un patrón ritual. Sin embargo, esta repetición puede relacionarse tanto con el número de personas que participaron como con la repetición de la acción por un número limitado de protagonistas (López-Bertran y Vives-Ferrándiz 2009: 165). Por tanto, un solo objeto, como por ejemplo un vaso, puede representar a una persona o a un grupo determinado de personas. Lo que es evidente es que el depósito intencionado de objetos, sean o no votivos *per se*, materializan el interés por *pervivir en el espacio sagrado* (Rueda 2008: 62), dejando constancia de la práctica ritual practicada. Sin embargo, a diferencia de los exvotos de bronce que representan a los participantes, los recipientes cerámicos no constituyen ofrendas personalizadas tan evidentes. Aun así, la memoria de los participantes se transmite a través de los objetos que transportaron, utilizaron y depositaron como ofrenda en el contexto sacro, ya sea individual o colectivamente.

Del mismo modo que se ha planteado en otras culturas y áreas de estudio (Whitehouse 1992: 133; Askey y Moyes 2015; Dowd 2016: 67), las características de algunas cuevas y el volumen de materiales pueden indicar que tan solo determinadas personas acceden a las zonas más profundas, donde se realizan las ofrendas. Así pues, en un mismo contexto ritual, existirían diferencias entre las personas que accederían hasta las zonas más oscuras, con una carga simbólica superior, y aquellas que llegarían solo hasta la entrada de la cueva o las primeras salas, con luz natural (Moyes 2006: 45). En nuestro caso, es posible que las actividades desarrolladas en el interior, con una visibilidad limitada, se restringieran a un grupo reducido. Aún así, no descartamos que un grupo más amplio acudiera en peregrinación hasta la cueva y participara en las prácticas rituales comunitarias llevadas a cabo en el exterior, como la comensalidad. Un mismo espacio, por tanto, pero una gran diversidad de rituales colectivos e individuales (Prados 2012: 126-127).

Por otra parte, es interesante indicar que el acceso a algunas cuevas como, por ejemplo, el pasillo de la Cueva de los Mancebones o de la Cueva Santa del Cabriel, así como la galería descendente de la Cueva del Cerro Hueco o el orificio de entrada de la Cueva de Puntal del Horno Ciego II, evidencian que los visitantes se adentrarían de uno en uno. Es posible que el depósito de las ofrendas se realizara también de manera individual o que por el contrario, una vez estuvieran todos los participantes en el interior, procedieran a realizar la pertinente libación y/o depósito votivo. Lo que es interesante remarcar aquí, es que la propia morfología de las cuevas guiaría en algunas ocasiones los movimientos personificados por los protagonistas del ritual.

Otra de las cuestiones que nos planteamos es la existencia de patrones de conducta determinados, con implicaciones de clase social, el género y la edad. El volumen y las características de los materiales hallados tan solo son muestra indirecta de las acciones y los protagonistas, ya que no contamos con representaciones iconográficas humanas que ayuden a identificar a los protagonistas de las prácticas rituales. Aún así, es interesante plantearse cuestiones de este tipo, sin olvidar que tanto hombres como mujeres de distintos grupos de edad pudieron compartir determinadas prácticas rituales y determinados espacios destinados a actividades diversas (Rueda 2007: 232).

Si prestamos atención a la iconografía presente en otras cuevas y espacios culturales, observamos que prácticas tan comunes en la ritualidad ibérica como la **ofrenda del vaso o la libación** suelen relacionarse iconográficamente con las mujeres (Izquierdo 2003: 121, 2008: 138) (fig. 10.11). Sin embargo, existen casos aislados en los que los portadores de vasos o cuencos son representaciones masculinas individuales o acompañados de mujeres. Por ejemplo, uno de los exvotos de la Colección Gómez-Moreno de la Fundación Rodríguez-Acosta de Granada (Rueda 2015: fig. 17) representa a un personaje masculino portando un vaso globular, y una de las esculturas del santuario del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete) muestran a dos portadores: un hombre y una mujer (Ruano 1987: 261; Ruiz Bremón 1989: n° 155). Por tanto, aunque parezca una práctica femenina generalizada, no podemos asociarla a un género determinado. Sí que planteamos, sin embargo, que posiblemente tan solo determinadas personas, elegidas como protagonistas del ritual, fueran quienes practicaran esta libación, incluyéndose de este modo en la comunidad (Strang 2005: 108).



Fig. 10.11. Algunos ejemplos escultóricos de mujeres como portadoras de vasos, procedentes del santuario ibérico del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete), expuestos en el MAN (montaje de elaboración propia).

En cuanto a la **ofrenda de fusayolas**, su asociación con el género femenino es innegable. Tanto las evidencias iconográficas como su depósito en tumbas osteológicamente identificadas como femeninas, convierten a estos objetos en verdaderos indicadores de género (Izquierdo 2001: 298, 2008: 127-129; Rafel 2007; Rísquez y García Luque 2012; entre otras). Uno de los ejemplos más representativos es el de la tumba femenina número 200 de la necrópolis del Cigarralejo (Mula, Murcia), con un depósito de elementos asociados con el cuidado personal y la actividad textil, y el ámbito doméstico en general, entre los que destaca la acumulación de 56 fusayolas (Rísquez y García Luque 2012: 261, fig.1).

Sin embargo, tal y como recuerda Prados (2007: 219), no solo es importante detectar la presencia de la mujer en este tipo de contextos, sino también especificar de qué mujer estamos hablando, ya que en el mundo ibérico, tanto las imágenes como los rituales funerarios con ajuares abundantes representarían generalmente a las élites (Aranegui 2011: 152). El tejido fue una actividad productiva de gran valor, no solo económicamente, sino que también tuvo importantes connotaciones sociales, políticas y religiosas entre los iberos y otros pueblos del Mediterráneo (Buxton 1994: 133-134; Masvidal *et al.* 2000; Izquierdo 2001: 287; Prados e Izquierdo 2002-2003: 217; Foley 2003: 118-119; Larsson 2013). La calidad de los tejidos ibéricos es mencionada por Plinio, tanto del lino (*NH*, VIII, 80) como de la lana (*NH*, XIX, 9). Los productos podían convertirse en elementos de intercambio, prestigio, estatus, e incluso ofrendas rituales (Prados e Izquierdo 2002-2003: 217-218). De hecho, su fama en la península ibérica es conocida a través de la cita atribuida a Eforo (*FHG*, III, 456) sobre la exposición anual de telas tejidas por las mujeres, en las que un grupo de varones elegiría los mejores trabajos (Izquierdo 2001: 291). Así pues, es interesante reflejar que la actividad textil aparece representada, mayoritariamente, en viviendas de alto rango, lo que ha inducido a pensar que aunque el control de esta artesanía no fuera exclusivamente aristocrática, sí que sería una de las tareas que denotarían relevancia social (Guérin 2005: 261). Indicadores, por tanto, de identidad de género, pero también de identidad social en algunos casos (Rafel 2007; Rísquez y García Luque 2012).

En el marco de los rituales de paso, mientras la formación guerrera y de caza fue fundamental para los jóvenes pertenecientes a la clase aristócrata, tal y como veremos más adelante, una de las tareas formativas esenciales de las jóvenes iberas estaría relacionada con el hilado y el tejido, como se identificó en una de las tinajas del Tossal de Sant Miquel de Liria (Valencia), donde esta escena ritual se sanciona además por la presencia de un ave (Izquierdo y Pérez Ballester 2005: 99). La transformación del hilo en tejido se convierte, por tanto, en una metáfora sobre el propio rito de paso representado (Izquierdo y Pérez Ballester 2005: 100). Es posible que la ofrenda de estas piezas en cuevas fueran evidencias de los ritos de paso de edad femeninos, momento en el que las mujeres adultas cambiaran su indumentaria y asumieran labores de prestigio asociadas con la confección de telas (Vilchez 2015: 288).

Por lo que respecta a las imágenes en las cuevas analizadas, debemos recordar la presencia repetida de **aves** en diversos soportes y cronologías. En el repertorio ibérico contamos con numerosos ejemplos de estos

animales, asociadas tanto a figuras femeninas como masculinas (Mata *et al.* 2014: 70-73). Sin embargo, en la esfera ritual se relacionan mayoritariamente con las mujeres, convirtiéndose en mensajeras de las divinidades que mantienen contacto con el más allá (Tortosa 1996, 2015: 100; Olmos 2000-2001; Prados 2004; Izquierdo 2008: 134-136, 2014). Estas aves, ofrecidas o acompañantes, aparecen tanto en la escultura, en los exvotos de bronce y la cerámica ibérica, como en elementos asociados con las mujeres (Mata *et al.* 2014: 214; Gualda 2015). Así pues, son un claro símbolo de la divinidad femenina vinculada a la fertilidad (Olmos y Tortosa 2010: 243). Sin embargo, su presencia en contextos rituales como en las cuevas analizadas aquí puede simbolizar tanto el género del oferente como el de la divinidad a la que se ofrece el objeto (Aranegui 2010). En cualquier caso, tanto la representación de aves como la presencia de fusayolas demuestran la participación indiscutible del género femenino en las prácticas rituales (Izquierdo y Prados 2004; Prados 2007, 2008) y, en concreto, en las cuevas (Rueda 2007).

Otra de las representaciones iconográficas más interesantes en estos contextos culturales es la representación de **adormideras** en una de las cerámicas de la Cueva de la Torre del Mal Paso. Del mismo modo que las aves, estas plantas también se asocian a imágenes femeninas, en contextos funerarios o rituales (Benoit 1957; Guerra 2006: 392; Mata *et al.* 2010: 144; Izquierdo 2012: 289, 292). En este sentido, nos interesa reflexionar sobre sus suministradores y consumidores. Aunque no tenemos constancia directa de estas plantas en los espacios analizados, su ausencia puede estar relacionada por el sesgo en el registro arqueológico producido por las metodologías antiguas. Si aceptamos que sustancias psicotrópicas como la planta de la adormidera pudieron utilizarse durante las prácticas rituales (González-Wagner 1984: 32; Guerra y López 2006: 19), nuestra pregunta es: ¿se trataría de un consumo generalizado o selecto? Guerra (2006: 393) propone que su empleo estaría reservado para un grupo determinado de personas, seguramente por clase social, aunque también es posible que se limitara su consumo según el género o la edad. De hecho, estas plantas psicotrópicas, *piezas esenciales del culto*, pudieron ser parte importante de las redes comerciales controladas por las clases dirigentes (Guerra 2006: 394). En el contexto de una cueva, es interesante plantearse la relación de estas plantas como imágenes que simbolizan ritos de paso como la muerte, los nacimientos, la adolescencia o el matrimonio (Izquierdo 1997: 94). Así pues, se ha propuesto que aunque fueran las mujeres las que las administraban, por su relación iconográfica constante, es posible que fueran los hombres, durante los rituales de paso, los que las consumieran en un ambiente liminal (Mata *et al.* 2010: 144). Un ejemplo iconográfico de esta asociación lo vemos en la falcata de la Serreta (Alcoi, Alicante) (Moltó y Reig 1996: 132), o en la lucha ritual del vaso de este mismo yacimiento (Olmos y Grau 2005: lám. VII), en el que el escudo tiene forma de adormidera (Mata *et al.* 2010: 137).

Por otra parte, conviene preguntarse quiénes participarían en prácticas comunales como la **comensalidad**. Aunque la participación en este tipo de actividades pudo ser muy amplia, en varias ocasiones se ha planteado que el consumo de ciertos productos como el vino estaría reservado a determinados grupos

sociales. Si bien su consumo estaba más o menos extendido en la sociedad ibérica, las celebraciones rituales en torno al vino, en las que se utilizaría principalmente vajilla griega, estarían restringidas, como muestras de prestigio y diferenciación social (Blázquez 1994: 334, 1995: 240; Quesada 1994: 114-116).

El comercio de vasos griegos es claramente selectivo, ya que en los yacimientos ibéricos predominan las formas abiertas, generalmente vasos para beber y comer (Rouillard 1994: 267; Dietler y Hayden 2001). Sin embargo, el uso que los iberos le daban a la vajilla ática difiere del original (Rouillard 1991: 180-190). No descartamos que los recipientes hallados en las cuevas formaran parte de un consumo ritualizado del vino o de la cerveza en el transcurso de las prácticas desarrolladas en su interior y exterior. Sin embargo, tanto en Mancebones (una pátera) como en Cerro Hueco (dos páteras) y Dones (un *skyphos* y una pátera), los recipientes que pudieron utilizarse para el consumo o la libación son muy limitados y estarían reservados para un grupo de participantes selecto. De ser depositados como ofrendas privadas, tanto los recipientes como las bases recortadas pudieron ser elementos de un prestigio mayor en comparación al resto de materiales indígenas a los que se asocian (vasos caliciformes, páteras y fusayolas, principalmente).

Fig. 10.12. Recreación del microcosmos de la fibula de Braganza: océano, tierra y mundo subterráneo (Perea *et al.* 2007: 20), en la que se plasma el enfrentamiento del joven contra las fieras, en un universo salvaje y desconocido.



Mientras prácticas como el sacrificio, consumo y ofrenda de animales puede relacionarse con cualquier género y edad, actividades como la **caza ritualizada** del ciervo que identificamos en el Sapo pudo tener unos protagonistas selectos. En varias ocasiones, se ha propuesto que la formación de cazadores y luchadores formara parte del aprendizaje de determinados jóvenes, los cuales recorrerían los límites silvestres del territorio doméstico para practicar las artes de la caza (Almagro-Gorbea 1997: 115; Chapa 2003: 134; Chapa y Olmos 2004: 52) y enfrentarse a fieras diversas (González y Chapa 1003; Perea *et al.* 2007) (fig. 10.12).

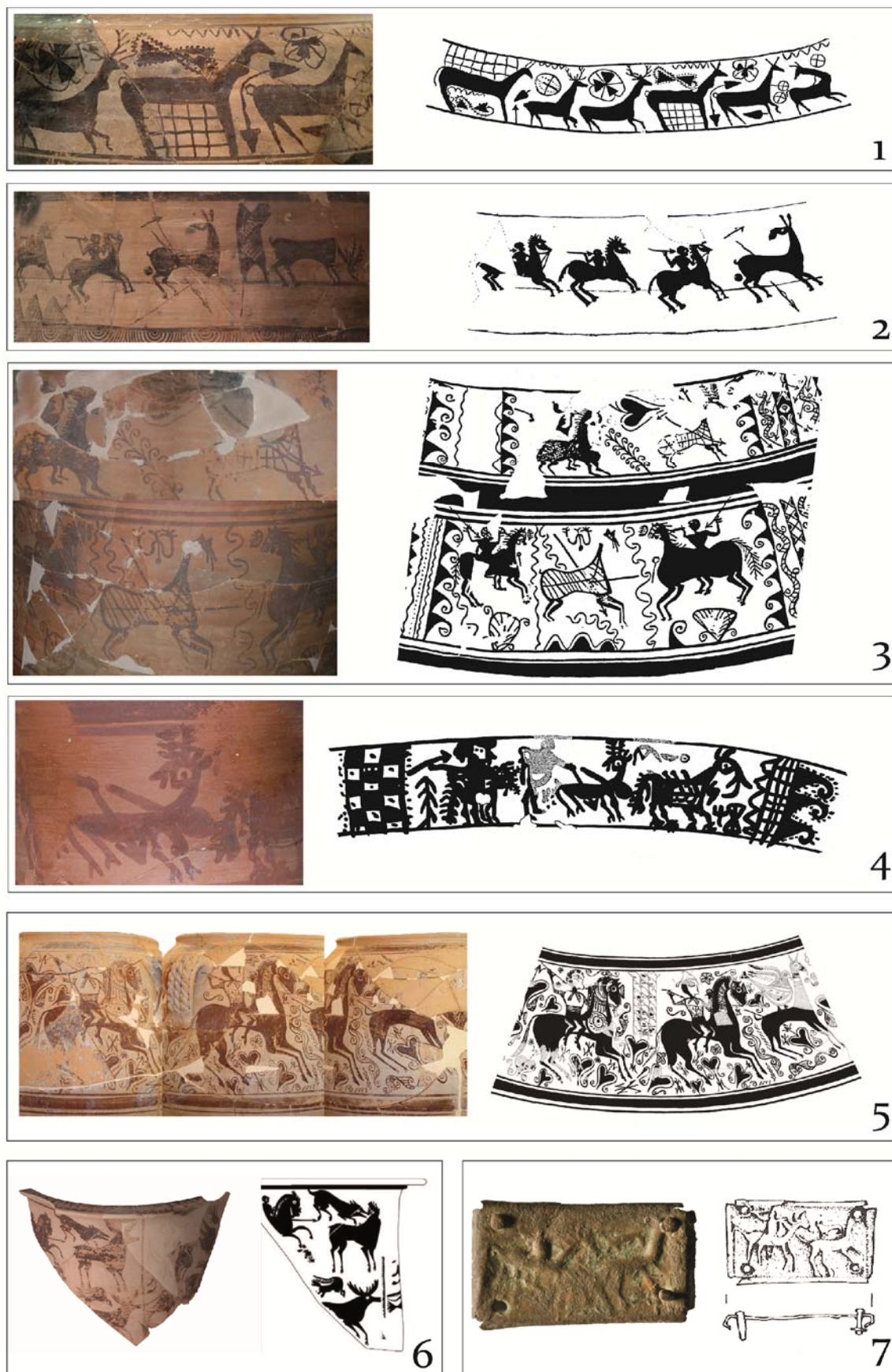


Fig. 10.13. Ejemplos de evidencias iconográficas de la caza del ciervo en *Edeta/Tossal de Sant Miquel* (Llíria, Valencia) (Bonet, 1995; fotografías: J. Salazar y Archivo Fotográfico del SIP) (1-4), *La Serreta* (Alcoi, Alicante) (Olmos y Grau 2005: fig. 87 y lám. VII) (5), *El Castellillo* (Alloza, Teruel) (dibujo M. M. Fuentes; fotografía: Museo de Teruel) (6) y *Alberri* (Concentaina, Alicante) (Abad *et al.* 1993: fig.3.3; fotografía: Centre d'Estudis Contestans) (7) (escalas diversas) (a partir de Machause y Sanchis 2015: fig. 6).

Sin embargo, esta formación no sería propia de toda la población, sino tan solo de las familias destacadas, expresando ideológicamente la diferenciación de los grupos aristocráticos (Grau 2014: 359). La mayoría de jóvenes, de un rango social inferior, se dedicarían al trabajo desde su infancia y no participarían en este tipo de actividades (Chapa 2003: 134). Varios ejemplos en la iconografía vascular ibérica muestran que los protagonistas de dicha caza serían hombres, generalmente representados con atributos relacionados con una etapa juvenil (fig. 10.13), interpretados en algunas ocasiones como la representación de una de las fases principales de los rituales iniciáticos masculinos (Olmos y Grau 2005: 92-94). Estas actividades cinegéticas, de un importante rol social y simbólico, fueron una de las pruebas más valoradas en los rituales de iniciación del mundo griego. Si el iniciado demostraba su valentía, enfrentándose a las bestias en los bosques y montañas alejados de los límites de la ciudad, y salía victorioso, podría convertirse en un gran guerrero (Moreau 1992).

Nuestra propuesta es que posiblemente la caza ritualizada llevada a cabo en las inmediaciones de la Cueva del Sapo se reservara a determinados grupos de edad (jóvenes), género (masculino) y clase social (aristocracia), convirtiéndose en una de las prácticas rituales principales de los ritos de iniciación guerrera. Sin embargo, esta hipótesis no anula la participación de otros géneros o grupos de edad en la posterior ofrenda de los ciervos cazados y los ovicaprinos aportados a la cavidad. En el marco de los rituales de iniciación en cuevas, es interesante también remarcar evidencias iconográficas que aunque no sean indígenas, aportan significado a las prácticas desarrolladas en estos contextos. Nos referimos a la representación de un grifo en el medallón ático de la Cueva del Cerro Hueco, ser fantástico que pudo representar el *demon* o monstruo del lugar al que debía enfrentarse el iniciado para superar la prueba a la que era sometido (apéndice de González Alcalde en Grau y Olmos 2005).

Por otra parte, la **ofrenda de indumentaria o de adornos del peinado** representada en las cuevas analizadas por fíbulas, anillos o anillas, pudo ser el reflejo de rituales de paso de edad, tanto masculinos como femeninos. Las fíbulas en contextos culturales se ha interpretado como evidencia indirecta de las ofrendas de vestimenta (Corzo 1991: 402, 2000: 151; Izquierdo 2001: 306). Prendas como mantos o túnicas, que posiblemente se diseñaran y utilizaran expresamente en determinadas ceremonias convirtiéndose en elementos clave de la práctica ritual, serían verdaderos exponentes de rango de los grupos protagonistas (Izquierdo 2001: 303-304). El desprendimiento de elementos asociados con una etapa determinada de la vida de un individuo simbolizaría el abandono de dicha etapa y el inicio de una nueva fase social dentro de la comunidad (Rueda 2013: 368-374). Así pues, actos ritualizados como el corte de cabello, documentado también en otros contextos culturales (Torelli 1984: 34), se conciben como un paso simbólico a una condición social nueva, seguramente asociada con los rituales de nupcias (Rueda 2008: 68) (fig. 10.14).



Fig. 10.14. Recreación de la ofrenda de las trenzas como rito de paso femenino. Dibujo M. J. López Taberner (Rueda *et al.* 2016: 21)

Los **elementos miniaturizados** podrían ser el reflejo de pasos de edad de la infancia a la pubertad. Así pues, si relacionamos estas piezas con el aprendizaje (Chapa 2003; Sánchez Romero 2010; López-Bertran y Vives-Ferrándiz 2015), es interesante reflexionar sobre el protagonismo de los niños en las prácticas rituales. Las miniaturas pudieron ser depositadas en las cuevas como ofrendas integradas en un rito de paso que marcaría el final simbólico de la etapa de aprendizaje (López-Bertran 2015: 57). Aunque los ajuares miniaturizados no son frecuentes en el ámbito ibérico, cuando se documentan en contextos funerarios se asocian con enterramientos de niños, como en el caso de la tumba 214 de El Cigarralejo (Mula, Murcia) (Cuadrado 1987: 396) o en la tumba 63 de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) (García Cano 1997: 192, 1999: 78-79). En el segundo ejemplo, es interesante destacar además la presencia de una mano de mortero con dos cabezas de ave, similar a la que hallamos en la Cueva Santa del Cabriel.

Todos estos ejemplos muestran, por tanto, que las cuevas analizadas pudieron ser escenarios de rituales de paso muy variados, desde iniciación guerrera para los jóvenes (caza del ciervo e imágenes como el grifo) y rituales de paso de edad femenino y masculino (cambios de indumentaria y ofrendas varias), hasta rituales funerarios (inhumación de determinados individuos). Sin embargo, prácticas como la ofrenda de elementos cerámicos, el sacrificio y ofrenda de animales, las prácticas de comensalidad o las libaciones, pudieron formar parte de una gran diversidad de rituales, tanto masculinos como femeninos, todos ellos encabezados, no olvidemos, por el viaje ritualizado desde los lugares de hábitat hasta las cuevas.

A juzgar por el volumen de materiales, la participación en estas prácticas rituales parece restringida, por lo que proponemos que se reservaran a grupos determinados, seguramente de alto rango. Si observamos otros contextos culturales, mientras que en los espacios domésticos se desarrollarían cultos familiares más austeros, los cultos comunitarios se desarrollarían en otros espacios sagrados del territorio (Bonet y Mata 1997a: 140), reservados a una élite. A través de estos rituales, se legitimaría el orden político y se promovería

el sentido de comunidad (Rueda 2011: 169; Prados 2012; Grau 2015: 112). Bien es cierto que las características de los materiales, a excepción de objetos esporádicos como las importaciones, no parecen tener un valor material elevado. Sin embargo, pensamos que el valor que se le otorga a una ofrenda es algo muy personal y variable. Por tanto, aunque los recipientes cerámicos depositados en las cuevas analizadas no tengan un valor material comparable al de las piezas de bronce o las joyas de gran valor documentados en otros espacios rituales, el espacio, la persona, el momento y la formalidad de su depósito les aporta un simbolismo clave.

Por lo que concierne al género de los protagonistas, aunque no se aprecia estrictamente una diferenciación de géneros según cuevas, sí que existe un predominio de prácticas y ofrendas asociadas con la esfera femenina (ofrendas de fusayolas o representaciones iconográficas de aves y adormideras) y otras que generalmente se relacionan con las mujeres (ofrendas de vasos y libaciones) (fig. 10.15). Sin embargo, la presencia esporádica de estos elementos asociados con la esfera masculina impide afirmar que el protagonismo fuera únicamente femenino. Además, no hay que olvidar que en muchos casos es posible que tanto hombres como mujeres compartieran determinadas prácticas rituales (Rueda 2007: 228). Otra opción sería plantearse si estas ofrendas representarían no solo a los oferentes, sino a la divinidad a la que se destinan, y por ello la mayoría se relacionan con el mundo femenino. Por el momento, estos y otros interrogantes planteados a lo largo de este trabajo quedan a disposición de investigaciones futuras.

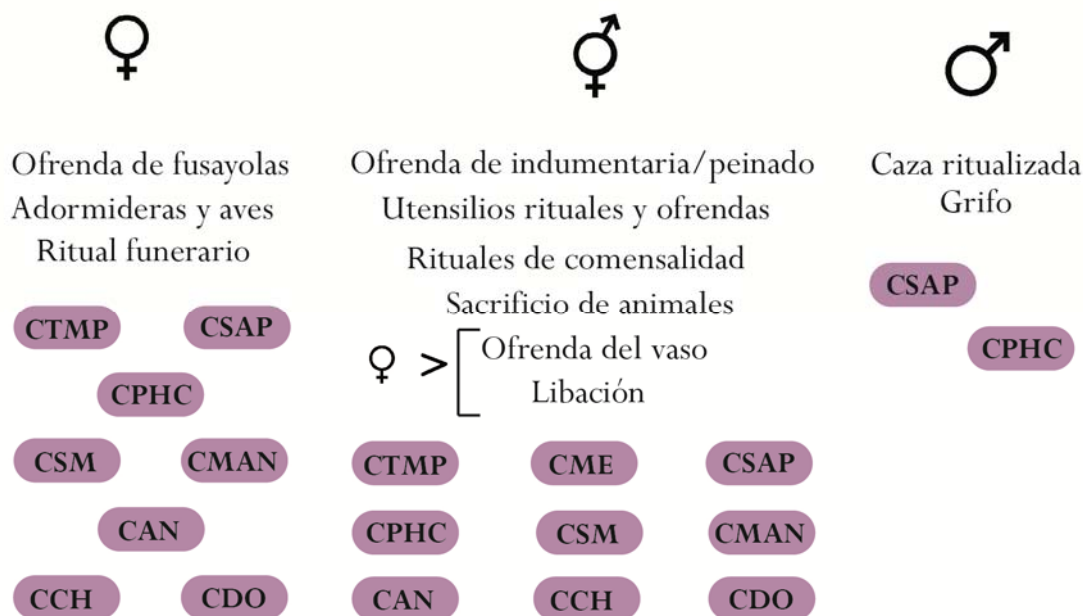


Fig. 10.15. Principales prácticas rituales identificadas y su relación de género.

Capítulo 11

Las cuevas como espacios rituales a lo largo de la Historia

Las cuevas son espacios naturales con un simbolismo que no solo fue reconocido por los iberos, sino que su magnetismo ritual fue percibido antes y después de su uso en época ibérica. De hecho, esta fuerza simbólica ha continuado presente con el paso de los siglos. Diferentes periodos, diferentes personas y diferentes culturas y creencias, pero un nexo común: las cuevas.

De las 19 cuevas estudiadas aquí, 12 presentan evidencias de una frecuentación posterior a la cultura ibérica (fig. 7.4). Sin embargo, tan solo en tres de ellas, las características del material han permitido interpretar su uso en épocas históricas. Así pues, en el caso de la Cueva de la Torre del Mal Paso, ya demostramos que este espacio fue utilizado como un taller de falsificación monetaria en el s. XVII (Machause y Gozalbes 2014). Mientras que en casos como la Cova del Cavall y la Cueva Santa del Cabriel, los materiales de época histórica se han relacionado con un uso ritual (Aparicio 1976a: 19; Moya 1998). En el caso de la Cova del Cavall, no contamos con suficiente información como para profundizar en su uso como lugar de culto hasta el s. XV, cuando la supuesta escultura de un caballo fue destruida por el papa Calixto III y se prohibió seguir rindiendo culto en la cueva (Escolano 1879: 557-358). Sin embargo, la abundancia de cerámicas de este momento, todavía visibles en superficie, podrían ser evidencias de la visita continuada a este espacio. La Cueva Santa del Cabriel, por el contrario, sí que cuenta con suficientes evidencias de su uso continuado y su sentido ritual en época histórica, al menos a partir del s. XV (Moya 1998; Lorrio *et al.* 2006).

Basándonos en este ejemplo bien estudiado (ver Arroyo *et al.* 1995: 205-232; Moya 1998; Lorrio *et al.* 2006), realizaremos algunos apuntes sobre la perduración del culto y el simbolismo de las cuevas en época histórica. Esta cuestión exige un estudio en profundidad, el cual sobrepasa los objetivos de este trabajo. Sin embargo, será uno de los temas sobre el que centraremos nuestras vías de estudio en un futuro próximo.

11.1. La Cueva Santa del Cabriel (Mira, Cuenca): espacio de culto ibérico y cristiano

La Cueva Santa, no es solo un lugar, es una sensación, es un sentimiento y es una emoción
(Moya 1998: 17)

La Cueva Santa del Cabriel es uno de los mejores ejemplos de continuidad de uso, generalmente relacionada con una actividad ritual intermitente (Guaita 1996: 143-145; Arroyo *et al.* 1995: 205-232; Moya 1998; Moneo 2001: 179, 2003: 169; Lorrio *et al.* 2006). Aunque ya hemos demostrado su uso ritual en época ibérica, las evidencias materiales romanas e islámicas son tan escasas que no puede afirmarse su continuidad ritual (Lorrio *et al.* 2006: 58-59, 70). De hecho, se ha propuesto que debido al despoblamiento de la zona en época islámica, la cueva se utilizara solo como refugio (Moya 1998: 73-74). Su uso ritual se retomó con la reconquista cristiana, sobre todo a partir de los ss. XIV-XV, momento en el que se depositan en la cueva numerosos recipientes de los talleres de Paterna y Manises (Moya 1998: 75-77; Lorrio *et al.* 2006: 59).

Tal y como recoge el cronista oficial de Fuentesrobles, F. Moya, en una interesante publicación sobre esta cueva, el origen del culto cristiano en la Cueva Santa del Cabriel se relaciona con una aparición mariana que presenció un pastor en su entorno (Moya 1998: 81-89). Desde aquel momento este espacio comenzó a ser visitado por cientos de fieles procedentes de distintos pueblos que, año tras año, fueron añadiendo valor simbólico al lugar. Sin embargo, a partir del s. XVII su importancia decayó frente a otros santuarios de la zona como el de la Cueva de Tejeda (Garaballa, Cuenca) o el Santuario de Nuestra Señora del Remedio (Utiel, Valencia). Cada vez era menor el número de pueblos que visitaban la cueva en romería, aumentando los cultos locales, hasta que en el s. XX, tan solo el pueblo de Fuentesrobles mantuvo esta fiesta. Aunque la romería se interrumpió en varios momentos (Guerra Civil, años 50, construcción del pantano de Contreras...), la tradición se recuperó en 1985 (Moya 1998: 90-92).



Fig. 11.1. Indicaciones hacia la cueva desde Fuentesrobles y las Casas del Alabú.

La romería que se lleva a cabo anualmente para visitar la cueva y celebrar una misa en su interior, ha permitido mantener en la memoria la veneración de dicho espacio en distintas épocas, culturas y creencias. En ella se venera a la Virgen, protectora de los campos y los ganados. Tal y como pudimos comprobar en mayo de 2015, cuando participamos en esta tradición, los habitantes de Fuentesrobles se desplazan hasta las casas del Alabú, donde dejan los coches e inician una marcha de unos 20 minutos hasta llegar a la cueva (fig. 11.1). La

mayoría de gente opta por esta opción, siendo muy pocos los que mantienen la tradición de antaño, cuando la romería se realizaba a pie o a caballo desde el pueblo de Fuenterrobles, situado a 15 km de la cueva (fig. 11.2).



Fig. 11.2. Visitantes en la romería de 2015 accediendo a la cueva.

Hoy en día, tanto los más mayores como los porteadores de la Virgen se acercan en coche hasta el camino de descenso que lleva a la cueva, a unos 5 minutos de la boca. Aunque una pequeña imagen permanece todo el año en el altar de la cueva, la imagen principal de la Virgen se traslada desde la iglesia parroquial de Fuenterrobles hasta la cueva, donde permanece durante la misa. Después, se transporta a las casas del Alabú, donde se celebra la comida tradicional posterior a la romería.

La atmósfera y la sonoridad de la cueva invaden a los presentes, creyentes o no, que la visitan el segundo domingo de mayo. Uno de los momentos más emotivos de la misa es el momento en el que la totalidad de los visitantes a la cueva participan en los Mayos a la Virgen⁷³. A través de estos, se ruega y se da las gracias a la Virgen, se pide agua para la prosperidad de los campos y protección para las cosechas, el ganado y las personas (Pardo y Oller 1997: 209-210):

⁷³ Los sucesivos Mayos a la Virgen, cantados desde 1946, con letra de Miguel López, y sus variantes se recogen en varias publicaciones como Arroyo *et al.* (1995: 310-317), Pardo y Oller (1997: 205-246) o Moya (1998: 119-139).

Hoy es día de alegría
hoy es día de contento;
regocijos en la tierra,
regocijos en el cielo.

En el término de Mira
hay una paloma blanca
que se llama Catalina
Virgen de la Cueva Santa.

Virgen de la Cueva Santa
más hermosa que ninguna,
lleva a la cabeza el Sol
y a los pies tiene la Luna.

Del pueblo de Fuenterrobles
venimos a venerarte,
a pedirte protección,
a cantarte y a rogarte.

Virgen de la Cueva Santa
entre peñas y peñascos
envíanos el rocío
que se nos secan los campos.

Virgen de la Cueva Santa
entre peñas y peñascos
hoy te daremos las gracias
que has regado nuestros campos.

Virgen de la Cueva Santa
tú que has bajado del Cielo
al pueblo de Fuenterrobles
lo tienes por compañero.

Entre nardos y claveles,
entre azucenas y rosas.
Virgen de la Cueva Santa
eres tú la más hermosa.

Virgencita, Virgen Santa
entre todas la más buena
bendita sea la hora
en que viniste a la Cueva

Virgen de la Cueva Santa
adorada entre barrancos,
danos la salud cumplida,
para cantarte a otro año.

Tras la misa, los más pequeños recorren los recovecos de la cavidad, como ya es tradición (fig. 11.3). Para terminar, todos los participantes se reúnen en el paraje de las casas del Alabú y celebran allí la comida de la romería (fig. 11.4). Año tras año, esta visita se repite y, aunque no cuenta con la concurrencia de años anteriores, se mantiene la tradición en torno a la Cueva Santa.



Fig. 11.3. Los más pequeños adentrándose en las salas más recónditas de la cueva al acabar la misa.



Fig. 11.4. Paraje de las Casas del Alabú, donde tras acabar la misa en la cueva, se trasporta a la Virgen y se realiza la tradicional comida de la romería.

Es interesante remarcar también que los fieles no solo veneraban la imagen de la Virgen, sino que la propia cueva se incluía también en las prácticas religiosas. Así pues, estos confiaban en el poder salutar de sus aguas, almacenadas en las piletas naturales o excavadas en la roca. Incluso se solía recoger parte de esta agua, considerada bendita, para quienes no podían visitar el santuario (Arroyo *et al.* 1995: 220). De hecho, hasta hace unas décadas, todavía se llevaba a los niños a la cueva para ser bendecidos con su agua (F. Moya c.o.), práctica que tiene lugar en otros espacios como la Cueva Santa de Altura. Además, desde el s. XVIII existía la costumbre de recortar las estalactitas y estalagmitas de la cueva para colocarlas en los balcones de las casas en los días de tormenta, extendiendo así esta protección mágica contra las enfermedades, hechizos o malos espíritus (Arroyo *et al.* 1995: 219). Este simbolismo perduró hasta finales del s. XX, cuando en 1997, se tomó una piedra de la cueva, la cual sería la primera piedra de la nueva ermita que albergaría la imagen de la Virgen en Picassent, donde la mayoría de habitantes de la desaparecida aldea de Fuencaliente, cercana a la Cueva Santa, se habían trasladado al construirse el embalse de Contreras (Moya 1998: 164).

Es evidente que, aunque el entorno sea el mismo, no podemos hacer una comparativa directa de las prácticas rituales ibéricas y las ceremonias religiosas que se producen hoy en día. Aún así, del mismo modo que propone Arazola (2013) para el santuario de la Virgen de la Cabeza (Andújar, Jaén), es interesante reflexionar sobre el espacio utilizado, los participantes, los rituales y las ofrendas depositadas. Si observamos el ejemplo de la Cueva Santa del Cabriel, nos parece relevante indicar que actualmente el espacio utilizado durante la

ceremonia religiosa es la sala principal de la cueva, la cual cuenta con una somera iluminación artificial el día de la romería (fig. 11.5). De época ibérica, sin embargo, la mayoría de hallazgos materiales se produjeron en la sala secundaria, de acceso más complicado y sin ningún tipo de iluminación natural (fig. 4.200). Aún así, debemos ser conscientes de que al no producirse ninguna excavación arqueológica y ser un espacio frecuentado y expoliado desde hace centurias, la información de la que disponemos es evidentemente parcial. Además, no descartamos que aunque las ofrendas se depositaran en la sala secundaria, reservada posiblemente a rituales privados, la sala principal se utilizara para los rituales públicos. De todos modos, tal y como hemos visto en el capítulo 7, un elemento crucial para el desarrollo de prácticas rituales ibéricas en cuevas es la oscuridad. Sin embargo, en el caso de las ceremonias cristianas en las que se adora una imagen sagrada, la iluminación y el espacio desde donde observar a la Virgen son elementos necesarios para desarrollar el culto.



Fig. 11.5. Visitantes en la misa oficiada en la romería de 2015.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que los participantes en la romería actual son bastante numerosos, más de un centenar de personas, aunque tan solo unas 50 participaron en la misa desarrollada en el interior de la cueva en el año 2015. El volumen de materiales que evidencian un culto en época ibérica no parece indicar que el número de participantes fuera muy elevado, sino más bien un grupo reducido y selecto de personas. Por otra parte, la localización de la cueva implica un esfuerzo relativo para acceder a ella. Sin embargo, los viajes ritualizados serían de distinta envergadura dependiendo del poblamiento que ocupara la zona en distintas épocas. Aún así, a juzgar por el volumen de materiales ibéricos, no parece que fuera un gran centro de peregrinación, como sí lo fue entre los ss. XIV y XVII. En tercer lugar, conocemos muy poco sobre las ceremonias rituales practicadas durante época ibérica. Bien es cierto que tal y como se ha indicado en el capítulo 10, tanto los viajes ritualizados, las prácticas de comensalidad y las ofrendas cerámicas, orgánicas y de

indumentaria, como la música que acompañaría estas prácticas rituales, serían elementos fundamentales de la liturgia. Si observamos las ceremonias llevadas a cabo en la actualidad, no difieren tanto de las que se pudieron celebrar en estos mismos espacios milenios atrás. La romería hasta la cueva, las ofrendas, la misa, los cantos o Mayos a la Virgen, incluso la comida en las Casas del Alabú, son prácticas bastante similares. Bien es cierto que las ofrendas actuales se limitan a flores y velas, que no dejan ninguna huella en el registro arqueológico (fig. 11.6). Es más, este ejemplo nos sirve para reflexionar sobre la cantidad de actividades, rituales o no, que se pueden realizar en el interior de una cueva a lo largo de los siglos y las pocas evidencias que dejan en el registro arqueológico. Aún así, es interesante observar cómo se siguen utilizando elementos como el agua o el fuego; se sigue dando importancia al viaje ritualizado hasta el destino sagrado a través de la romería o peregrinación; y el simbolismo del espacio se incluye también en la práctica ritual a través de sus aguas y de la recuperación de estalactitas como elementos protectores.



Fig. 11.6. Ofrendas lumínicas a la Virgen.

11. 2. Cristianizando entornos naturales

La cristianización de las cuevas es un hecho común en toda la península ibérica, ya que de este modo, antiguos lugares asociados con el culto pagano se purificaban a través de ceremonias cristianas. La mayoría de advocaciones marianas derivan de la aparición de la Virgen o el hallazgo milagroso de una imagen en entornos relacionados con formas religiosas paganas, como cuevas, fuentes o árboles (Arroyo *et al.* 1995: 226). No es nuestro objetivo aquí enumerar los cientos de cuevas naturales que se utilizan actualmente como lugar de culto cristiano. Sin embargo, es interesante remarcar cómo un mismo espacio simbólico, ya sea por tradición o por sus características intrínsecas, es escenario de manifestaciones rituales y/o religiosas con el paso de los siglos.

Si reflexionamos sobre algunos de estos ejemplos, observamos que se producen principalmente tres casos: cuevas rituales en época ibérica cuyo simbolismo indirecto perdura en época histórica; cuevas que aunque no cuentan con claras evidencias de uso en épocas previas, se visitan en romerías cristianas; y cuevas que tienen evidencias de cultos prehistóricos o protohistóricos, que aunque no se utilizan actualmente como espacios sagrados, sí que existe un sentimiento o simbolismo asimilado en el que se venera a las divinidades del pasado. A continuación, indicamos algunos ejemplos para comprender mejor nuestra reflexión.

La Cueva Santa del Cabriel sería un buen ejemplo para el primer caso, ya que aunque no existe una continuidad de culto constante, su simbolismo vuelve a valorarse a partir del s. XV. Otro ejemplo que hemos tenido la posibilidad de revisar directamente, aunque finalmente decidimos no incluirlo en el catálogo, sería la Cueva de la Tejeda o Cueva del Ganado (Garaballa, Cuenca). Los pocos materiales depositados en el Museo de Cuenca procedían de una intervención llevada a cabo por J. M. Martínez García en 2003, mientras que aquellos recogidos durante las intervenciones de estos últimos años bajo la dirección de J. V. Pérez de la Sierra permanecen todavía inéditos (M. Barril c.o.). De confirmarse su uso ritual en época ibérica, algo que no podemos asegurar hoy en día con los materiales disponibles, sería interesante valorarlo también como ejemplo de uso ritual intermitente. Así pues, es ampliamente conocido el santuario mariano de Tejeda la Vieja, cuyo culto comenzó a principios del s. XIII, cuando se produjo la aparición de la Virgen, se dice que en un tejo cercano a la cueva o en la misma cueva. Allí se erigió primero una sencilla ermita en honor a la Virgen y una iglesia y un convento después (Sacristán y Pérez de la Sierra 2004: 21-42). Sin embargo, el culto que se ha desarrollado alrededor de la cueva ha producido muchas más construcciones, algo que no ocurrió en la Cueva Santa de Cabriel, donde el carácter natural del espacio continúa teniendo un importante significado.



Fig. 11.7. Interior de la Cueva Santa de Altura.

Lo mismo ocurre en la Cueva Santa de Altura (Castellón) (fig. 11.7). Esta cueva sería el ejemplo de espacios naturales que aunque no cuentan con claras evidencias de uso en épocas previas, se visitan en romerías cristianas, como en la que tuvimos posibilidad de participar en mayo de 2017 (fig. 11.8). Este culto se relaciona con la aparición de la Virgen en la Cueva del Latonero o Cueva Santa⁷⁴ a principios del s. XVI. Su popularidad hizo que poco a poco se fueran erigiendo construcciones auxiliares como el altar y la capilla en su interior, así como la ermita que envuelve la cueva y una hospedería y un restaurante en sus inmediaciones, las cuales son objeto de un proyecto de rehabilitación en la actualidad.



Fig. 11.8. Imágenes de la romería desde Alcublas a la Cueva Santa (6 de mayo de 2017).

Al contrario de lo que ocurre actualmente con la Cueva Santa del Cabriel, cuya romería tan solo se ha mantenido desde Fuentesrobles, en el caso de la Cueva Santa de Altura existen varias romerías procedentes de 18 pueblos distintos desde el mes de mayo hasta el mes de octubre de cada año⁷⁵. La romería desde Alcublas, en la que participamos, se celebra el primer sábado del mes de mayo y es una de las más multitudinarias⁷⁶. En ella se porta, desde la iglesia de Alcublas hasta el Santuario de la Cueva Santa, una de las imágenes de la Virgen. Tal y como dicta la tradición, a las 8 de la mañana, los quintos del pueblo vestidos de militares recogen la

⁷⁴ Para más información sobre la historia de la cueva y su romería, visitar la página oficial del santuario: <http://www.santuariocuevasanta.org> (consultada el 29 de abril de 2017).

⁷⁵ <http://www.santuariocuevasanta.org/index.php/home/calendario-de-romerias> (consultada el 9 de mayo de 2017).

⁷⁶ La información que recogemos sobre la romería procede tanto de nuestra observación directa como de la facilitada por Guillermo Tortajada, y otros alcublanos con los que pudimos hablar durante la romería.

imagen de la Virgen en la iglesia del pueblo. El atuendo se debe a que antiguamente eran los hombres que concluían el servicio militar los encargados de portar a la Virgen. Durante la romería, que recorre unos 12 km por la CV-245, se producen cuatro paradas de distinta duración: una en la ermita de Santa Bárbara, una en el “Descansador”, una a 1 km del santuario para rezar el rosario y la última, a pocos metros de la cueva, donde se realiza el intercambio de varas. Nada más comenzar la romería, al llegar a las afueras de Alcublas, se visita la ermita de Santa Bárbara, donde el cura del pueblo suplica a la Virgen una buena peregrinación. Trascorridos unos 6 km aproximadamente, se produce el almuerzo y el tradicional reparto de huevos en una zona conocida como el “Descansador”. Cuentan que el origen de la tradición de repartir huevos duros para reponer fuerzas viene de los alcublanos que se fueron a vivir a Valencia y que cada año volvían a su pueblo natal para participar en la romería. Actualmente, es el ayuntamiento quien mantiene esta tradición. Tras el almuerzo, se retoma la romería. A 1 km aproximadamente del santuario, algunos de los participantes esperan a los porteadores, para acompañar a la Virgen mientras rezan el rosario (fig. 11.8). La última parada se produce a apenas unos metros de la cueva, donde el alcalde de Altura ofreció la vara a la alcaldesa de Alcublas, simbolizando la propiedad del santuario durante ese día (fig. 11.9). Desde allí, la banda de Alcublas preside el ascenso de la Virgen al santuario, donde se celebra la misa (fig. 11.10). La fiesta concluye con una tradicional comida en el paraje de la cueva y la vuelta a pie desde el santuario a Alcublas.



Fig. 11.9. Intercambio de varas entre los alcaldes de Altura y Alcublas, celebrado a pocos metros del Santuario de la Cueva Santa.



Fig. 11.10. Imágenes de la misa celebrada en el interior de la Cueva Santa.

El tercero y último de los casos comentados son las cuevas que tienen evidencias de cultos prehistóricos o protohistóricos en los que no ha perdurado el simbolismo ritual. Aunque actualmente no sean espacios cristianos sagrados, sí que se produce una apropiación simbólica de la cueva. Este es el caso de Es Cuieram (San Joan, Ibiza), una cueva con evidencias de prácticas rituales púnicas entre los ss. IV-II a.C., entre las que destacan las más de un centenar de terracotas representando a la diosa Tanit (Aubet 1982; Ramón 1982; Gómez Bellard y Vidal 1999: 111-113; Morales 2003). Tal y como se observa en la fig. 11.11, algunos visitantes hoy en día depositan sus ofrendas en la sala principal de la cueva, alrededor de una reproducción de la diosa Tanit. Del mismo modo que ocurre en otros ejemplos en los que se asocian objetos arqueológicos como imágenes religiosas actuales (Vizcaíno 2015b: 210), la imagen del panteón púnico se asimila debido al simbolismo actual del espacio y a la memoria ritual de la cueva.

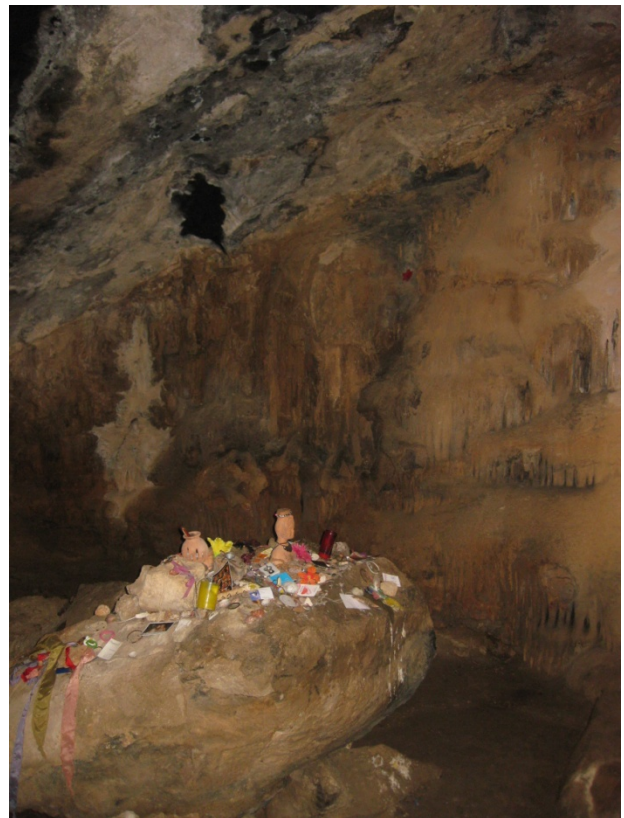


Fig. 11.11. Ofrendas actuales depositadas en la Cueva de Es Cuieram (junio de 2012).

Tres casos muy distintos pero que comparten el simbolismo natural de una cueva. Simbolismo reconocido desde la Prehistoria y que se mantiene hasta nuestros días, reforzado además en aquellos espacios en los que las evidencias arqueológicas demuestran su uso ritual desde hace milenios.

PARTE IV

Reflexiones finales

Capítulo 12

Final remarks and future work

Reflexiones finales y perspectivas de futuro

As stated in the introduction, the main objective of this dissertation was to analyse different examples of caves that were used as ritual spaces during the Iberian Iron Age. To this effect, we went through a limited sample of caves and shelters located in the current provinces of Castellón and Valencia. Based on the innovative study of Milagro Gil-Mascarell (1975), 40 years later, we re-studied the phenomenon of the Iberian sanctuary caves (*cuevas-santuario*) with new objectives, methodology and theoretical framework.

As if it were a recipe, a complete archaeological analysis must have a combination of different ingredients or analysis levels. In our case, the starting point are the materials, the offerings or the waste of the ritual practices. However, this is only part of the *ritual recipe*. To the study of the materiality, we add the context and the physical characteristics, such as the territorial study. Only with the complete *recipe*, we will be able to develop a real analysis.

Following the line of research of the last studies about Iberian rituality in caves, we emphasised the features found in the analysed spaces to delve not only into the common elements but also into their differences. By doing so, we avoided contributing to the generalization which these places of worship have been subjected to and that has created, in many cases, an erroneous view when analysing very different realities belonging to different territories within the same category.

Therefore, in order to globally study a ritual phenomenon, firstly, one should pay attention to each of the specific cases and address the study regionally to, secondly, understand its meaning in a global and territorial framework. The examples chosen for this dissertation have been the caves and shelters with evidence of Iberian attendance close to the Iberian territories of *Kelin*, *Edeta* and *Arse*. One of our main interests has been to include these ritual spaces in the territorial configuration and thus, not only compare the votive contexts but also their location in the landscape. Obviously, we are aware that despite their proximity, those spaces have a different spatial planning. In fact, that is the reason why we decided not to focus solely on the caves of a particular territory, but to analyse several examples that would allow us to detect differences depending on their location and chronology.

The main hypothesis to prove on this dissertation was that the materiality and the physical and locational characteristics of the assessed caves reveal spaces where various ritual practices took place. Through a micro-spatial scale analysis, we tried to answer, principally, seven questions or hypothesis (fig. 12.1). However, we should be aware that our vision is partial, as most of the materials come from prospecting works or donations. Our objective has been to provide reliable information about the current state of the data, in order to keep moving forward and take part archaeologically in those contexts that were truly interesting.

The materiality and the physical and locational characteristics of the assessed caves reveal spaces where various ritual practices took place?

- QUESTIONS
- 1 Every cave with Iberian materials are ritual spaces?
Are there different functionalities based on the physical, material and locational characteristics?
 - 2 The identified ritual activity responds to constant or variant material patterns?
What elements are ritualised?
 - 3 Are the calix-form vases or imports real indicators of ritual activities in caves?
 - 4 Are there locational patterns depending on the Iberian territories and the chronology of use?
 - 5 Can we value other ritual practices beyond the ones identified inside the caves?
Can we assert the existence of pilgrimages? When and how often were the caves visited?
 - 6 Were all the caves used for initiation rites or were they devoted to various rites of passage?
 - 7 Who were the main figures of the ritual practices developed in these caves?

Fig. 12.1. Main questions of the dissertation

Final remarks and future work

In accordance with the results of this dissertation, it has been proved that the materiality and the physical and locational characteristics of the assessed caves reveal spaces where various ritual practices took place. Even though in chapter 10 we made a general assessment of the array of caves analysed, we will now summarise the most relevant conclusions, focusing on different issues. Returning to the main questions or hypothesis posed in the introduction of this dissertation (translated in fig. 12.1) we can conclude that:

- 1- Evidently, not every cave with Iberian materials is proof of a ritual activity. Caves have certainly been symbolic places throughout prehistory and history: different periods, different people and different cultures and beliefs, but a common link: caves. However, not all of them became ritual spaces, only those caves where a ritualised action took place can be considered as a cultural space. When it comes to analysing ritual evidence in caves of the Iberian Iron Age, it should be taken into account both the multifunctionality of the materials and their chronology, and the physical characteristics of the context and its location in the landscape. Based on the studied cases, we suggested different functionalities depending on the materiality, chronology, physical characteristics and location. However, this is a simple classification proposal. It is not until we have increased the sample with examples of different areas and characteristics, that we can create a useful and reliable classification.

The materiality and the physical and locational characteristics of the assessed caves reveal spaces where various ritual practices took place

- R** 1 Not every cave with Iberian materials are ritual spaces.
- E** 2 The identified ritual activity responds to various material patterns and may imply the ritualization of daily elements.
- S** 3 The very presence of elements as calix-form vases or imports should not be regarded as direct indicators of a ritual activity.
- P** 4 There are locational patterns that depend on the Iberian territories and the chronology of use.
- O** 5 The importance of the ritual practices in caves does not only lie in the destination, but also in the trip.
- N** 6 Not every cave was used for initiation rites.
- S** 7 The ritual practices developed in caves were led by specific social groups.
- E**
- S**

Fig. 12.2. Main proven hypothesis throughout the dissertation

- 2- One of the more visible signs in the archaeological record to identify a ritual activity is the existence of a standardised offering repository. The guidelines we identified throughout this investigation have showed, however, that the use and deposit of exceptional or votive objects is not necessary, and that daily objects are also ritualised when placed in the context of a certain practice and ritual space. From vases, plates, spindle whorls and pots, to animal offerings and other sporadic items as fibulae, rings and pins, imports and iconographic evidence, all can be used in a ritual practice.
- 3- Based on the reviewed examples, we cannot assure the existence of markers as calix-form vases or imports whose mere presence indicates the ritual use of a cave. However, the accumulation of certain elements such as calix-form vases, plates, spindle whorls, pots or fauna remains will let us read, in a symbolic way, these objects full of multifunctionality. Obviously, not everything found in a cave must be interpreted as a ritual deposit. Based on the physical characteristics of the cave, the place of the finding and the material pattern, we can value its possible use or meaning in the context of a ritual practice, be it as cult objects, ritual instruments, offerings in themselves, offering containers or even trousseaux or ceremonial waste.

- 4- In the same way as not all the Iberian territories share a territorial pattern, ritual practices in caves not always respond to the same interest in consecrating borders. This diversity may respond both to a territorial pattern and to a particular chronology. In the cases analysed here, we observed that the liminal location of the caves with ritual evidence is indeed a clear variable in *Edeta* and *Kelin*; whereas in *Arse*, there is no cave with clear evidence of a ritual practice, neither in the territorial limits nor close to the central *oppidum*. In the specific case of the *Kelin* territory, its analysis allowed us to prove that the caves with ritual evidence are located within the territorial limits, most of them close to pathways and water courses and distant from important settlements. Besides the liminality, another perceived variable was its invisibility, which could increase its spiritual magnetism and help to acquire and maintain its symbolism in the collective imagination. However, these characteristics have been observed with regard to caves with a main attendance between the 5th and 3rd centuries BC. The situation changes when we analysed the only example of ritual presence in caves during the Late Iberian Iron Age (3rd-1st centuries BC), a period in which the interest in consecrating borders disappears and the cave selected is not distant from the habitat place, but situated few meters away from the village. This fact reinforces the hypothesis of the choice of certain caves as ritual spaces based on territorial network interests between the 5th and 3rd centuries BC. A certain location for specific practices and a key moment for the political consolidation.
- 5- The territorial analysis of *Kelin* also showed that caves are situated neither in the immediate surroundings of the central *oppidum* nor in the rest of the habitat places. Therefore, it is interesting not only to value the ritual practices directly observed in the archaeological record of the ritual space, but also a whole set of practices that begin with the ritualised trip to the caves, during which one goes through feelings full of symbolism. However, for now we are not able to know when those practices took place, as we do not have any analysis of organic or archaeoastronomical elements that allow us to get closer to the temporality of that attendance. With regard to the frequency, while the low amount of materials seems to indicate that the practices were not widespread or constantly repeated, we do not have enough data to tackle a ritual density or intensity in the analysed sample of caves.
- 6- With regard to the ritual practices developed in those spaces, we observed that the analysed examples could be used for very diverse rites of passage and not only as initiation centres. We identified both warrior initiation rites through hunting and coming of age rites of passage for girls and boys through clothing changes and several offerings. Lastly, we also propose the use of some caves as funeral places for the burial of certain people. However, some of the identified

practices through the archaeological record in the analysed caves, such as the offering of ceramic elements, the animal sacrifice and offering, the commensality practices or libations, could be part of a wide variety of rituals.

- 7- Judging by the amount of materials, the participation in the ritual practices would be reserved to certain groups, probably of a high social status. Through these practices, the political order would be legitimised and the sense of community would be promoted.

Therefore, the caves as ritual spaces in the Iberian Iron Age hide plenty of common cultic proofs but also individual, which result in different patterns and practices (fig. 12.2).

The analysis of 19 case studies, 9 of which we have related to a ritual practice, has allowed us to reply to most of the queries we proposed, opening also new questions and analysis paths. In order to answer those questions in the near future, we will extend the sample of analysed caves. Firstly, we will include the caves from the territory of *Saiti*, as we were forced to postpone its study due to its amount. Secondly, we will observe and compare our results with examples from other areas, not only from the Iberian culture but also from other Mediterranean towns. In fact, the specific analysis of parallels in other cultures, which was not within the main interests of this dissertation, will provide an interesting source of information for the analysis of the identified material, chronological and territorial patterns. In addition, we will try to address other matters such as the ritual endurance or the abandonment of some of these spaces during the Roman presence.

As for the territorial analysis, our objective is to apply a similar analysis as the one conducted in the territory of *Kelin* for the case of *Edeta*. This will allow us to check if *Cueva del Sapo* and *Cueva Merinel*, both ritual spaces belonging to this territory, have visibility and accessibility characteristics similar to those of *Kelin*, since their location in the landscape is similar. Also, it would be advisable to extend and improve some of the obtained results, by adding variables that provide more accurate data. The results we have so far open different ways to interpret the symbolic landscape, by mainly valuing its location in the territorial limits and its relative invisibility. It would be interesting, for example, to analyse territorially the array of caves of each of the studied territories (whether or not they have Iberian materials) and to observe if there are variables in the choice of some particular caves to develop ritual activities, according to their location in the territory and their visibility and accessibility characteristics. With regards to the visibility analysis, it would be advisable to define the known area of, at least, the most relevant villages included in the territorial analysis in order to calculate visibilities not only from one point, but from different points; it would also be interesting to provide other information as, for example, the elevation of the walls, in the case of fortified villages, bearing in mind that the visibility conditions would improve in a higher altitude. It would also be advisable to make calculations of cumulative visibility that would allow us to observe those areas visible from more habitat places and, by doing so, we could check if, as the analysis done so far seem to show, caves are not situated in visible areas, whether

they are minority or majority visibilities. Also, if we extend this analysis to other territories where there are caves with visible manholes, it should be stated the height of the observed point, that is to say, the height of each of the manholes, or calculate the average height of the analysed examples. Regarding the accessibility, we think it would be interesting to extend its analysis by relating all the caves with the settlement, taking into account a set of elements much more complete than the ones suggested in this first approach, such as the route of the waterways. As for the presentation of geographic data, in the future, we will unify the cartography and prepare 3D maps of the location of each cave, with the goal of improving the visualization of its surroundings and thus prove the diversity of landscapes in which these ritual spaces are framed. Therefore, these and other questions that have come up during the development of the territorial analysis and that we could not address due to our limited time, made us consider interesting analysis paths for future research.

Likewise, we believe it is fundamental to value the symbolic implication of some caves whose evidence was not conclusive to prove their use during the Iberian Iron Age. We refer to cases such as *Cueva del Murciélago* (Altura) or *Cueva Santa* (Villagordo del Cabriel), which should be subjects of an archaeological intervention that would allow us to go deeper into their interpretation.

Therefore, our future research will be focused on developing all these questions, as well as delving into more abstract ones, such as the feelings experienced during the trip and visit to these ritual spaces or the endurance of the ritual symbolism throughout history.

In short, responses that during these four years have caused dozens of new questions that we hope we can keep answering.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, L.; SALA, F. (1993): *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, Serie de Trabajos Varios del SIP 90, Diputación Provincial de Valencia.
- ADROHER, A. (2005): Un nou model de sacralitat ibèrica: els espais rituals bastetans, *Cota Zero* 20, 5-9.
- ADROHER, A.; CABALLERO, A. (2008): Los santuarios al aire libre en el entorno de Basti (Baza, Granada), en A. Adroher y J. Blázquez (eds.), *Primer Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*, Serie Varia 9, Madrid, 215-228.
- ADROHER, A.; CABALLERO, A. (2012): Santuarios y necrópolis fuera de las murallas: el espacio periurbano de los oppida bastetanos, en C. Belarte y R. Plana (eds.), *El paisatge periurbà a la Mediterrània occidental durant la protohistòria i l'antiguitat*, Actes del Col·loqui Internacional (Tarragona, 6-8 maig del 2009), ICAC, Tarragona, 231-244.
- AGUSTÍ, B. (1997): Lesiones rituales y signos de violencia en dos poblados ibéricos del nordeste peninsular, en VVAA., *IV Congreso Nacional de Paleopatología*, San Fernando, Cádiz, 273-276.
- AGUSTÍ, B. (2002): Les dades antropològiques, en E. Pons (dir.), *Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà). Un complex arqueològic d'època ibèrica (Excavacions 1990-1998)*, Sèrie Monogràfica 21, Museu d'Arqueologia de Catalunya, Girona, 561-564.
- AGUSTÍ, B., CASELLAS, S. (1999): Els dipòsits d'infants i d'ovicaprins, en A. Martín, R. Buxó, J. B. López y M. Mataró (dirs.), *Excavacions arqueològiques a l'illa d'en Reixac (1987-1992)*, Monografies d'Ullastret 1, Girona, 311-312.
- AGUSTÍ, B.; MARTÍN, A. (2006): Actes de violencia en el període iber. El cas d'Ullastret i altres poblats catalans, *Cypsela* 16, 51-64.
- ALBELDA, V. (2015a): Almenara (Castelló): un punto clave en el golfo de València, en C. Aranegui (coord.), *El sucronensis sinus en época ibérica*, SAGVNTVM-PLAV Extra 17, Valencia, 65-74.
- ALBELDA, V. (2015b): El Grau Vell (Sagunt, València): una salida al mar en el norte de la Edetania, en C. Aranegui (coord.), *El sucronensis sinus en época ibérica*, SAGVNTVM-PLAV Extra 17, Valencia, 89-98.
- ALBELDA, V. (2017): *El hàbitat costero edetano (ss.VI-I a.C.)*, Tesis doctoral inédita, Universitat de València.
- ALBELDA, V.; MACHAUSE, S. (2015): L'Abric de les Cinc (Almenara): ¿Cuál fue su uso durante los siglos VII-IV a.C.?, en C. Aranegui (ed.), *El sucronensis sinus en época ibérica*, SAGVNTVM-PLAV Extra 17, Valencia, 75-88.
- ALBIACH, R. (coord.) (2013): *L'oppidum de la Carència de Torís i el seu territori*, Serie de Trabajos Varios del SIP 116, Diputación de Valencia.
- ALBIZURI, S. (2011): Depósitos de ovicaprinos en ámbito doméstico ibérico. El ejemplo del poblado de Ca n'Oliver (Cerdanyola del Vallès, Barcelona), *Archaeofauna* 20, 85-101.
- ALCALÁ-ZAMORA, L. (2003): *La necrópolis ibérica de Pozo Moro*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- ALCOCK, S. E. (1991): Tomb Cult and the Post-Classical Polis, *American Journal of Archaeology* 95, 447-467.
- ALCOCK, S. E. (1993): *Graecia Capta: The Landscapes of Roman Greece*, Cambridge University Press.
- ALCOCK, S. E. (2002): *Archaeologies of the Greek Past: Landscape, Monuments and Memories*, Cambridge University Press.
- ALDENDERFER, M.; MASCHNER, H. D. G. (eds.) (1996): *Anthropology, Space and Geographic Information Systems*, Oxford University Press, New York.
- ALEMÁN, I.; BOTELLA, M. C.; RUIZ, L. (1997): Determinación del sexo en el esqueleto postcranial. Estudio de una población mediterránea actual, *Archivo Español de Morfología* 2, 69-79.
- ALFAYÉ, S. (2007): Usos y contextos de los vasos plásticos zoomorfos de la Cèltica Hispania: verter, sacrificar, silbar..., *SALDVIE* 7, 71-91.
- ALFAYÉ, S. (2009): *Santuarios y rituales en la Hispania Cèltica*, BAR Internationa Series 1963, Archaeopress, Oxford.
- ALFAYÉ, S. (2010a): Hacia el lugar de los dioses: aproximación a la peregrinación religiosa en la Hispania indoeuropea, en F. Marco, F. Pina y J. Remesal (eds.), *Viajeros, peregrinos y aventureros en el mundo antiguo*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 177-218.
- ALFAYÉ, S. (2010b): Ritos de sangre: sacrificios cruentos en los ámbito celtibérico y vacceo, en F. Burillo (coord.), *Ritos y mitos*, VI Simposio sobre Celtiberos (Daroca, 2008), Zaragoza, 219-238.
- ALFAYÉ, S. (2011): *Imagen y ritual en la cèltica peninsular*, Toxosoutos, Serie Keltia, A Coruña.
- ALFAYÉ, S. (2013): Dinámicas rituales en las cuevas y abrigos de la Celtiberia, en C. Rísquez y C. Rueda (eds.), *Santuarios iberos: Territorio, ritualidad y memoria*, Actas del Congreso Internacional "El Santuario de la Cueva de La Lobera de Castellar. 1912-2012" (Jaén, 4-6 octubre 2012), Asociación para el desarrollo rural de la Comarca de El Condado, Jaén, 385-396.
- ALFAYÉ, S.; MARCO, F. (2008): Religion, language and identity in Hispania: Celtiberian and Lusitanian Rock inscriptions, en R. Häussler (ed.), *Romanisation et épigraphie. Études interdisciplinaires sur l'acculturation et l'identité dans l'Empire romain*, Montagnac, 281-306.
- ALLEN, K. M. S.; GREEN S. W.; ZUBROW, E. B. W. (eds.) (1990): *Interpreting Space: GIS and Archaeology*, Taylor & Francis, London.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1997): Lobos y ritos de iniciación en Iberia, en R. Olmos y J. A. Santos (eds.): *Iconografía ibérica, iconografía itálica. Propuestas de interpretación y lectura*, Coloquio Internacional

- (Roma 11-13 noviembre de 1993), Serie Varia 3, CSIC, Universidad Autónoma de Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; GÓMEZ, R.; LORRIO, A. J.; MONEO, T. (1996): El poblado ibérico de El Molón, Camporrobles, Valencia, *Revista de Arqueología* 181, 8-17.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MONEO, T. (1995): Un posible abrigo-santuario en Meca (Ayora, Valencia), *Verdolay* 7, 251-258.
- ALMARCHE, F. (1918): *La Antigua Civilización Ibérica en el Reino de Valencia*, Valencia.
- ALTUNA, J. (1980): Historia de la domesticación animal en el País Vasco. Desde sus orígenes a la Romanización, *Munibe* 32, 1-163.
- AMORÓS, I. (2012): La Cova de l'Agüela (Vall d'Alcalà, Alicante). Una cueva-santuario en el corazón de la Contestania Ibérica, *Alberri* 22, 51-93.
- ANSCHUETZ, K.; WILSHUSEN, R. H.; SCHEICK, C. L. (2001): An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions, *Journal of Archaeological Research* 9 (2), 157-211.
- ANTONACCIO, C. M. (1994): Placing the Past: The Bronze Age in the Cultic Topography of Early Greece, en S. E. Alcock y R. Osborne (eds.), *Placing the Gods: Sanctuaries and Sacred Space in Ancient Greece*, Clarendon Press, London, 79-104.
- ANTONACCIO, C. M. (1995): *An Archaeology of Ancestors: Tomb Cult and Hero Cult in Early Greece*, Rowman and Littlefield publishers, Lanham, Maryland.
- ANTONACCIO, C. M. (2016): Achieving Ancestorhood in Ancient Greece, en E. Hill y J. B. Hageman (eds.), *The Archaeology of Ancestors. Death, Memory, and Veneration*, University Press of Florida, 102-123.
- APARICIO, J. (1976a): El culto en cuevas en la región valenciana, *I Revista de la Universidad Complutense* XXV (101), *Homenaje a García y Bellido*, 9-30.
- APARICIO, J. (1976b): Memoria de los trabajos realizados para el cierre de yacimientos arqueológicos en la provincia de Valencia, durante 1973, *Noticario Arqueología Hispánico, Prehistoria* 5, 158-166.
- APARICIO, J. (1989): Cerámica pintada de la Cova del Cavall de Liria, *Arse: Boletín anual del Centro Arqueológico Saguntino* 24, 817-820.
- APARICIO, J. (1991): Campaniforme cordado de la Cueva Merinel (Bugarra, Valencia), *Lauro: Quaderns d'Història i Societat* 5, 131-139.
- APARICIO, J. (1997): El culto en cuevas y la religiosidad protohistórica, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18, 345-358.
- APARICIO, J.; SAN VALERO, J.; MARTÍNEZ, J.; MOROTE, G.; MARTÍNEZ, J.; LÓPEZ, P.; SÁNCHEZ, J.; MARTÍNEZ, J.; MARTÍNEZ, F.; ESTEVE, C. (1983): Actividades arqueológicas desde 1979 a 1982, *Varia* II, Departamento de Historia Antigua, Valencia, 375-378.
- APARICIO, J.; LATORRE, F. (1977): *Catálogo-guía del museo arqueológico de Requena (Valencia, España)*, Requena.
- APARICIO, J.; MOROTE, J. G.; SILGO, L.; CISNEROS, E. (2005): *La Cultura ibérica. Síntesis histórica*, Sección de estudios arqueológicos valencianos, Valencia.
- APARICIO, J.; SAN VALERO, J.; MARTÍNEZ, J.; MOROTE, G.; MARTÍNEZ, J.; LÓPEZ, P.; SÁNCHEZ, J.; MARTÍNEZ, J.; MARTÍNEZ, F.; ESTEVE, C. (1984): Actividades arqueológicas durante 1983, *Varia* III, Departamento de Historia Antigua, Valencia, 293-402.
- APPADURAI, A. (1981): Gastro-Politics in Hindu South Asia, *American Ethnologist* 8, 490-511.
- APPLEBY, J. E. P.; MIRACLE, P. T. (2012): Sacred Spaces, Sacred Species. Zooarchaeological Perspectives on Ritual Use of Caves, en H. Moyes (ed.), *Sacred Darkness: a Global Perspective on the Ritual Use of Caves*, University Press of Colorado, Boulder, 275-284.
- AQUILÉ, X.; GARCÍA, J.; GUITART, J. (2000): *La cerámica de vernís negre dels segles II i I a.C. Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica*, Taula rodona (Empúries, 4 i 5 de juny de 1998), Patronat Municipal de Cultura, Mataró.
- ARANDA, A. (2012): La memoria como forma de resistencia cultural. Continuidad y reutilización de espacios funerarios colectivos en época argárica, en E. García Alfonso (ed.), *Movilidad, contacto y cambio*, II Congreso de Prehistoria de Andalucía (Antequera, 15-17 de febrero de 2012), Junta de Andalucía, Antequera, 255-277.
- ARANEGUI, C. (1975): La cerámica gris monocroma: puntualizaciones sobre su estudio, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 11, 333-379.
- ARANEGUI, C. (1976): Las excavaciones del Grau Vell y el puerto de la ciudad de Arse-Saguntum, *Saitabi* XXVI, 41-46.
- ARANEGUI, C. (1979): Hallazgo de una necrópolis ibérica en la mina (Gátova), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 6, 269-286.
- ARANEGUI, C. (1981): Las influencias mediterráneas al comienzo de la Edad del Hierro, en M. Gil-Mascarell y C. Aranegui, *Bronce Final y el comienzo de la Edad del Hierro en el País Valenciano*, Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia 1, 41-66.
- ARANEGUI, C. (1982): *Excavaciones en el Grau Vell (Sagunto, Valencia) (campanas de 1974 y 1976)*, Serie de Trabajos Varios del SIP 72, Diputación Provincial de Valencia.
- ARANEGUI, C. (1991): Puerto de Arse-Saguntum, en C. Aranegui (coord.), *Saguntum y el mar*, Catálogo de exposición, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, Generalitat Valenciana, Valencia, 57-60.
- ARANEGUI, C. (1994a): De la ciudad ibérica a la ciudad romana: Sagunto, en VVAA., *XIV Congrés Internacional d'Arqueologia Clàssica* (Tarragona, 5-13 de setembre de 1993), Tarragona, 15-20.

- ARANEGUI, C. (1994b): El círculo del Sudeste y el comercio entre iberos y griegos, *Huelva Arqueológica* XII (1), 297-318.
- ARANEGUI, C. (1994c): Iberia Sacra Loca. Entre el Cabo de la Nao, Cartagena y el Cerro de los Santos, *Revista de Estudios Ibéricos* 1, 115-138.
- ARANEGUI, C. (1995): Los iberos y los auspicios. A propósito de un vaso decorado de la antigua Edeta, *Kolaios* 4, 39-52.
- ARANEGUI, C. (1996): Los platos de peces y el más allá, *Complutum Extra* 6 (1), 401-414.
- ARANEGUI, C. (1997): La favissa del santuario urbano de Edeta-Liria (Valencia), *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18, 103-113.
- ARANEGUI, C. (2004): *Sagunto*. Oppidum, emporio y municipio romano, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- ARANEGUI, C. (2006): *Corpus Vasorum Hispanorum*. Cerámica del Cerro de San Miguel. Liria, en H. Bonet, M. J. de Pedro, A. Sánchez y C. Ferrer (coords.), *Arqueología en blanco y negro. La labor del SIP (1927-1950)*, Valencia, 197-202.
- ARANEGUI, C. (2010): El lenguaje del prestigio: a propósito de la Dama de Baza, en T. Chapa y M^a. I. Izquierdo, *La Dama de Baza. Un viaje en femenino al más allá*, Actas del Encuentro Internacional Museo Arqueológico Nacional (27 y 28 de noviembre de 2007), Madrid, 185-194.
- ARANEGUI, C. (2011): Lo divino en femenino, en J. Blázquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares (Madrid, del 8 de julio al 16 octubre de 2011), Madrid, 133-158.
- ARANEGUI, C. (2012): *Los iberos ayer y hoy*. *Arqueologías y culturas*, Marcial Pons Historia, Madrid.
- ARANEGUI, C. (2014): Saguntum, en M. H. Olcina Domènech (ed.), *Ciudades Romanas Valencianas*, Actas de las Jornadas sobre Ciudades Romanas Valencianas (MARQ 3-4 diciembre 2013), Alicante, 107-122.
- ARANEGUI, C. (2015): Sagunto en la encrucijada: Topografía de las fortificaciones del "oppidum", en J. P. Bellón, A. Ruiz, M. Molinos, C. Rueda y F. Gómez (eds.), *La segunda guerra púnica en la península ibéricas: Baecula*, *Arqueología de una batalla*, CAAI Textos, Universidad de Jaén, 91-106.
- ARANEGUI, C., BONET, H., MARTÍ BONAFÉ, M^a A., MATA, C., PÉREZ BALLESTER, J. (1997b): La cerámica con decoración figurada y vegetal del Tossal de Sant Miquel (Lliria, València): una nueva propuesta metodológica, *Actas del Coloquio Internacional Iconografía Ibérica. Iconografía itálica. Propuestas de interpretación y lectura. Serie Varia*, 3, Madrid.
- ARANEGUI, C., MATA, C., PÉREZ BALLESTER, J. (1997): *Damas y caballeros en la ciudad ibérica: las cerámicas decoradas de Lliria (Valencia)*, Editorial Cátedra, Madrid.
- ARANEGUI, C.; CHINER, P.; HERNÁNDEZ, E.; LÓPEZ PIÑOL, M.; MANTILLA, A. (1985): El Grau Vell de Sagunt. Campaña de 1984, *SAGVNTVM-PLAV* 24, 117-127.
- ARANEGUI, C.; DE JUAN, C.; FERNÁNDEZ IZQUIERDO, A. (2004): *Saguntum* como puerto principal, una aproximación a la náutica, *Mediterrane Occidentale Antique*, Soveria Mannelli, 75-100.
- ARANEGUI, C.; IZQUIERDO, M^a. I.; HERNÁNDEZ, E.; GRAELLS I FABREGAT, R. (en prensa): La romanización de los bronceos ibéricos: el conjunto de Muntanya Frontera de Sagunto (Valencia), en L. Prados y C. Rueda (eds.), *Homenaje a Gerard Nicolini*, UAM, Casa Velázquez.
- ARANEGUI, C.; MARTÍ BONAFÉ, M. A^a. (1995): Cerámicas procedentes de un alfar ibérico localizado en el Pla de Piquer (Alfara de Algimia), cerca de Sagunt (Valencia), *SAGVNTVM-PLAV* 28, 131-149.
- ARASA, F. (2001): *La romanització a les comarques septentrionals del litoral valencià. Poblament ibèric i importacions itàliques en els segles II-I a.C.*, Serie de Trabajos Varios del SIP 100, Diputación Provincial de Valencia.
- ARASA, F. (2014-2015): Luí Cebrián Mezquita: l'arqueologia en l'obra d'un destacat representant de la Renaixença, *Saitabi* 64-65, 183-202.
- ARAZOLA, V. (2013): La pervivencia de rasgos de las prácticas rituales ibéricas veinticinco siglos después: El Santuario de la Virgen de la Cabeza (Andújar, Jaén), en C. Rísquez y C. Rueda (eds.), *Santuarios iberos: Territorio, ritualidad y memoria*, Actas del Congreso Internacional "El Santuario de la Cueva de La Lobera de Castellar. 1912-2012" (Jaén, 4-6 octubre 2012), Asociación para el desarrollo rural de la Comarca de El Condado, Jaén, 413-431.
- ARGENTE, J. L. (1974): Las fibulas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita (Guadalajara), *Trabajos de Prehistoria* 31, 143-216.
- ARNOLD, B. (1999): "Drinking the Feast": Alcohol and the Legitimation of Power in Celtic Europe, *Cambridge Archaeological Journal* 9 (1), 71-93.
- ARNOLD, B. (2001): Power Drinking in Iron Age Europe, *British Archaeology* 57, 12-19.
- ARRIBAS, A.; TRÍAS, M^a. G.; CERDÁ, D.; DE HOZ, J. (1987): *El barco de El Sec (Calvià, Mallorca)*. Estudio de los materiales, Universitat de les Illes Balears, Ajuntament de Calvià.
- ARROYO, F.; MOTA, F.; CAÑADA, R. J. (1995): *Fuenterrobles. Memoria de un pueblo*, Ayuntamiento de Fuenterrobles, Utiel.
- ARSKEY, M.; MOYES, H. (2015): Ancient Maya Ritual Pathways: Performing Power Outside the Cave at Las Cuevas, Belize, en R. Cook, K. Edwards y C. Hughes (eds.), *Breaking Barriers: Proceedings of the 47th Annual*

- Chacmool Archaeological Conference* (Calgary, Alberta, Canada, November 7-9, 2014), University of Calgary, 106-117.
- ASHMORE, W. (2008): Visions of the Cosmos: Ceremonial Landscapes and Civic Plans, en B. Davis y J. Thomas (eds.), *Handbook of Landscape Archaeology*, Left Coast Press, Walnut Creek, CA, 167-175.
- AUBET, M. A. (1982): *El santuario de Es Cuieram*, Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza 8, Ibiza.
- AUXIETTE, G. (2013): Évolution des dépôts du Néolithique à l'Antiquité tardive: un premier état des lieux, en G. Auxiette y P. Méniel (coords.), *Les dépôts d'ossements animaux en France, de la fouille à la interprétation*, Actes de la Table Ronde de Bibracte, 15-17 octobre 2012, Éditions Monique Mergoïl, Montagnac, 167-176.
- AYLLÓN, R. (2013): Renovarse o morir. Las cuevas santuario del noreste peninsular a partir del s. III a.C., en C. Rísquez y C. Rueda (eds.), *Santuarios iberos: Territorio, ritualidad y memoria*, Actas del Congreso Internacional "El Santuario de la Cueva de La Lobera de Castellar. 1912-2012" (Jaén, 4-6 octubre 2012), Asociación para el desarrollo rural de la Comarca de El Condado, Jaén, 271-288.
- BADAL, E.; HEINZ, C. (1991): Méthodes utilisées en Anthracologie pour l'étude de sites préhistoriques, en W. H. Waldren, J. A. Ensenyat y R. C. Kennard (eds.), *Recent developments in Western Mediterranean prehistory: archaeological techniques, technology and theory*, IInd Deya Conference (Mallorca, 1988), BAR International Series 573, Archaeopress, Oxford, 17-47.
- BAENA, J.; BLASCO, C.; QUESADA, F. (eds.) (1997): *Los SIG y el análisis espacial en Arqueología*, Universidad Autónoma de Madrid.
- BALLESTER, I. (1946): Un donativo interesante al Museo de Prehistoria, *Archivo de Prehistoria Levantina* II, 352.
- BALLESTER, I. (coord.) (1947): *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1946*, Diputación de Valencia.
- BALLESTER, I. (coord.) (1948): *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1947*, Diputación de Valencia.
- BALLESTER, I. (coord.) (1949): *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su museo en los años 1940 a 1948*, Valencia.
- BALLESTER, I.; FLETCHER, D.; PLÁ, E.; JORDÁ, F.; ALCÁCER, J. (1954): *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel de Liria*, Madrid.
- BARBERÀ I FARRÀS, J. (1998): Los depósitos rituales de restos de óvidos del poblado ibérico de la Peña del Moro en Sant Just Desvern (Baix Llobregat, Barcelona), en C. Aranegui (coord.), *Los Iberos. Principes de Occidente: estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Actas del Congreso Internacional (Barcelona, 12-14 de marzo de 1998), Centro cultural de la Fundació "la Caixa", Barcelona, SAGVNTVM-PLAV Extra 1, Valencia, 129-136.
- BARFOED, S. (2015): The significant few. Miniature pottery from the Sanctuary of Zeus at Olympia, *World Archaeology* 47 (1), 170-188.
- BARNATT, J.; EDMONDS, M. (2002): Places Apart: Caves and Monuments in Neolithic and Earlier Bronze Age Britain, *Cambridge Archaeological Journal* 12 (1), 113-129.
- BARRACHINA, A.; HERNÁNDEZ, E.; LÓPEZ PIÑOL, M.; MANTILLA, A.; VENTO, E. (1984): Excavaciones en El Grau Vell, *SAGVNTVM-PLAV* 18, 205-228.
- BARRET, J. C. (1988): The living, the Dead and the Ancestors: Neolithic and Early Bronze Age Mortuary Practices, en J. C. Barrett y I. A. Kinnes (eds.), *The Archaeology of Context in the Neolithic and Bronze Age. Recent Trends*, Department of Archaeology and Prehistory, University of Sheffield, 30-41.
- BARRET, J. C. (1991): Towards an Archaeology of Ritual, en P. Garwood, D. Jennings, R. Skeates y J. Toms (eds.), *Sacred and Profane. Proceedings of a Conference on Archaeology, Ritual and Religion* (Oxford 1989), Oxbow Books, Oxford, 1-9.
- BARRETT, J. C. (1999): The Mythical Landscapes of the British Iron Age, en W. Ashmore y A. B. Knapp (eds.), *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*, Blackwell, Oxford & Massachusetts, 253-265.
- BARRIAL I JOVÉ, O. (1989): El paradigma de les "inhumacions infantils" i la necessitat d'un nou enfocament teòric, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 14, 9-18.
- BARRIAL I JOVÉ, O. (1990): El ritual de sacrifici en el mundo ibérico catalán, *Zephyrus* XLIII, 243-248.
- BARRIE, T. (1996): *Spiritual Path, Sacred Place: Mith, Ritual and Meaning in Architecture*, Shambhala, Boston.
- BARRIL, M.; SALVW, V. (2003): Los grandes desconocidos de los ajueres de las necrópolis celtibéricas de Aguilar de Anguita (Guadalajara): bolas, fusayolas y otros posibles elementos simbólicos, en E. García-Soto y M. A. García Valero, *Actas del primer simposio de arqueología de Guadalajara*, Homenaje a Encarnación Cabré, Guadalajara, 383-400.
- BARTOSIEWICZ, L. (2003): There's Something Rotten in the State...': Bad Smells in Antiquity, *European Journal of Archaeology* 6 (2), 175-195.
- BECERRA, D. (2006): La adormidera en el Mediterráneo oriental: planta sagrada, planta profana, *Habis* 37, 7-16.
- BELARTE, C.; VALENZUELA, S. (2013): Zooarchaeological Evidence for Domestic Rituals in the Iron Age Communities of North-Eastern Iberia (Present-Day Catalonia) (Sixth-Second Century BC), *Oxford Journal of Archaeology* 32 (2), 163-186.

- BELARTE, M. C.; SANMARTÍ, J. (1997): Espais de culte i practiques rituals a la Catalunya protohistòrica, *Quaderns de Prehistòria de Castelló* 18, 7-32.
- BELARTE, M.; CHANCELLES, C. A. (2011): Les manifestations de pratiques rituelles en contexte domestique en Ibérie et en Gaule méditerranéenne, en R. Roure y L. Pernet (eds.), *Des Rites et des Hommes. Pratiques symboliques des Celtes, des Ibères et des Grecs en Provence, en Languedoc et en Catalogne*, Éditions Errance, Paris, 165-188.
- BELÉN, M.; ESCACENA J. L. (1992): Las necrópolis ibéricas de Andalucía Occidental, en VVAA., *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis* (Madrid 1991), Madrid, 509-529.
- BELL, C. (1992): *Ritual Theory, Ritual Practice*, Oxford University Press.
- BELL, C. (1997 [2009]): *Ritual: Perspectives and Dimensions*, Oxford University Press.
- BELL, C. (2007): Response: Defining the Need for a Definition, en E. Kyriakidis, *The Archaeology of Ritual*, Cotsen Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles, 277-288.
- BELLÓN, J. P.; GÓMEZ, F.; RUIZ, A. (2015): El sacrificador de Bujalame y los iberos de la Sierra de Segura, en A. Ruiz y M. Molinos (eds.), *Jaén, tierra ibera: 40 años de investigación y transferencia*, Universidad de Jaén, 237-253.
- BELMONTE, J. A. (2000): *Arqueoastronomía Hispánica. Prácticas astronómicas en la Prehistoria de la Península ibérica y los archipiélagos balear y canario*, Equipo Sirius, (2ª edición), Madrid.
- BELTRÁN, P. (1947): La estela ibérica de Sinarcas, *Boletín de la Real Academia Española* XXVI (cuaderno CXXI), 245-259.
- BELTRÁN, P. (1956): Excavaciones en Sagunto (Valencia), *Noticario Arqueológico Hispánico* III-IV, Cuadernos 1-3, 1954-55, 131-168.
- BELTRÁN, P. (1972): *Excavaciones en Sagunto (Valencia), 1954-55*, Obra completa I, Antigüedad, Zaragoza, 782-828.
- BENDER, B. (1993): *Landscape: politics and perspectives*, Berg, Providence & Oxford.
- BENDER, B. (2001): Landscapes on-the-Move, *Journal of Social Archaeology* 1 (1), 75-89.
- BENITEZ DE LUGO, L. (2004): La Arqueología del Culto ibérica en la Oretania septentrional, *Ars: Boletín anual del Centro Arqueológico Saguntino* 38, 29-62.
- BENOIT, F. (1957): La "Dama de Elche" aux pavots, *Archivo de Prehistoria Levantina* VI, 149-152.
- BENOIT, F. (1969): Gorgone et "tête coupée" du rite au mythe, *Archivo Español de Arqueología* 42, 81-93.
- BERGSVIK, K. A.; SKEATES, R. (eds.) (2012): *Caves in Context: the Cultural Significance of Caves and Rockshelters in Europe*, Oxbow Books, Oxford.
- BERMÚDEZ, J. (2006): El análisis de las redes viarias en la antigüedad a partir de las posibilidades que ofrecen los SIG. Rutinas para el cálculo acumulado de vías óptimas con el programa IDRISI, en I. Grau (ed.), *La aplicación de los SIG en la arqueología del paisaje*, Serie Arqueología, Publicaciones Universidad de Alicante, 91-98.
- BERNABEU, J.; BONET, H.; GUÉRIN, P.; MATA, C. (1986): Análisis microespacial del poblado ibérico del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia), *Arqueología Espacial* 9, 321-337.
- BERNABEU, J.; BONET, H.; MATA, C. (1987): Hipótesis sobre la organización del territorio edetano en Época Ibérica Plena: el ejemplo del territorio de Edeta/Llíria, en A. Ruiz y M. Molinos (coords.), *Iberos, Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico* (Jaén, 1985), Jaén, 137-156.
- BERTÓ, E. (1988): El Grau Vell, Sagunt, el Camp de Morvedre, *Memòries Arqueològiques a la Comunitat Valenciana 1984-1985*, Seminar Press, Nueva York, 208-243.
- BETTS, E. (2003): The Sacred Landscape of Picenum (900-100 BC). Towards a Phenomenology of Cult Places, en J. B. Wilkins y E. Herring (eds.), *Inhabiting Symbols: Symbol and Image in the Ancient Mediterranean*, Accordia Research Institute, vol. 5, University of London, 101-120.
- BINFORD, L. R. (1971): Mortuary Practices: Their Study and Their Potential, *Memoirs of the Society for American Archaeology* 25, 6-29.
- BINFORD, L. R. (1981): *Bones: Ancient Men and Modern Myths*, Academic Press, New York.
- BJERCK, H. B. (2012): Phenomenological Perspectives on Anthropomorphic Cave Paintings in Norway, en K. A. Bergsvik y R. Skeates (eds.), *Caves in Context: the Cultural Significance of Caves and Rockshelters in Europe*, Oxbow Books, Oxford, 48-64.
- BLANCO, A. (1988): Las esculturas de Porcuna III. Animalia, *Boletín de la Real Academia de la Historia* 185 (2), 205-234.
- BLÁNQUEZ, J. M. (1994): El impacto del mundo griego en los pueblos ibéricos de la Meseta, en P. Cabrera, R. Olmos y E. Sanmartí (coords.), *Iberos y griegos: lecturas desde la diversidad*, Actas del Simposio Internacional de Ampurias (3-5 de abril de 1991), Huelva Arqueológica XIII (1), Diputación Provincial de Huelva, 319-354.
- BLÁNQUEZ, J. M. (1995): El vino en los rituales funerarios ibéricos, en S. Celestino (ed.), *Arqueología del vino, los orígenes del vino en occidente* (2ª edición: 2009), Serie Varia 10, Madrid, 217-244.
- BLAY, F. (1992): Cueva Merinel (Bugarra). Análisis de la fauna, en J. Juan Cabanilles (coord.), *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla*

- Ballester, Serie de Trabajos Varios del SIP 89, Diputación Provincial de Valencia, 283-287.
- BLÁZQUEZ, A.; GARAY, P.; MEDINA, R. (1994): Estudio de la Cova de Sant Josep (La Vall d'Uixó, Comarca de la Plana Baixa). Parte I: Topografía, *Lapias* 23, 19-34.
- BLÁZQUEZ, J. M^a. (1977): *Imagen y Mito. Estudios sobre religiones antiguas mediterráneas e ibéricas*, Ediciones Cristiandad, Madrid.
- BLÁZQUEZ, J. M^a. (1983): *Primitivas religiones ibéricas*. tomo II: Religiones prerromanas, Ediciones Cristiandad, Madrid.
- BLOCH, M. (2012): *Anthropology and the Cognitive Challenge*, Cambridge University Press.
- BOARDMAN, J. (2002): *The Archaeology of Nostalgia. How the Greeks Re-created their Mythical Past*, Thames & Hudson, Londres.
- BOESSNECK, J. (1980): Diferencias osteológicas entre ovejas (*Ovis aries* L.) y cabras (*Capra hircus* L.), en D. Brothwell y E. Higgs (comps.), *Ciencia en Arqueología*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 338-366.
- BONET, H. (1991): El poblado ibérico de La Aceña (Villar del Arzobispo), en VVAA., *VII Reunión Nacional sobre Cuaternario. Guía de excursiones*, Valencia, 96-98.
- BONET, H. (1995a): *El Tossal de Sant Miquel de Lliria: la antigua Edeta y su territorio*, Diputación de Valencia.
- BONET, H. (1995b): Lugares de culto y ritos de influencia púnica en la edetania ibérica, en M. H. Fantar y M. Ghaki (coords.), *Actes du IIIe Congrès International des Études Phéniciennes et Puniqes* (Tunis, 11-16 novembre 1991), vol. I, Institut National du Patrimoine, Tunis, 175-186.
- BONET, H. (2000): Un nivel del Ibérico Antiguo en La Seña (Villar del Arzobispo, Valencia), en *Scripta in honorem Enrique A. Llobregat Conesa*, Instituto Alicantino de Cultura "Juan Gil-Albert", Alicante, 307-324.
- BONET, H. (2006): Tres modelos de arquitectura defensiva y protección del territorio. Edeta, Kelin y La Bastida de les Alcusses, en A. Oliver Foix (coord.), *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*, Sociedad Castellonense de Cultura, Castellón de la Plana, 13-46.
- BONET, H. (2010): Ritos y lugares de culto de ámbito doméstico, en T. Tortosa Rocamora y S. Celestino Pérez (eds.), *Debate en torno a la religiosidad protohistórica*, Instituto de Arqueología de Mérida, Mérida, 175-201.
- BONET, H.; GUÉRIN, P. (1989): Habitats et organisation du territoire édétanien jusqu'au debut du IIe s. av. J.-C., en VVAA, *Habitats et structures domestiques en Méditerranée occidentale durant la Protohistoire (Pays valencien, Catalogne, Midi de la France, Cote ligure italienne)* (Arles-sur-Rhône, 19 au 21 octobre 1989), Pré-actes, Aix-en-Provence, 80-84.
- BONET, H.; GUÉRIN, P. (1991): Edeta/Lliria y su territorio durante el periodo Ibérico Pleno (S. IV-II a.C.), en VVAA., *VIII Reunión Nacional sobre Cuaternario, Guía de excursiones*, Valencia, 85-87.
- BONET, H.; MATA, C. (1981): *El poblado ibérico del Puntal dels Llops (El Colmenar) (Olocau, Valencia)*, Serie de Trabajos Varios del SIP 71, Diputación Provincial de Valencia.
- BONET, H.; MATA, C. (1988): Imitaciones de cerámica campaniense en la Edetania y Contestania, *Archivo Español de Arqueología* 61 (nº 157-158), 5-38.
- BONET, H.; MATA, C. (1991): Las fortificaciones ibéricas en la zona central del País Valenciano, en N. Molist y E. Sánchez (coords.), *Fortificacions. La problemàtica de l'Ibèric Ple (segles IV-III a.C.)*, Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa, 6-9 de desembre de 1990), Manresa, 11-35.
- BONET, H.; MATA, C. (1995): Testimonios de apicultura en época ibérica, *Verdolay* 7, 277-283.
- BONET, H.; MATA, C. (1997a): Lugares de culto edetanos. Propuesta de definición, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18, 115-146.
- BONET, H.; MATA, C. (1997b): La cerámica ibérica del siglo V a.C. en la Edetania, *Recerques del Museu d'Alcoi* 6, 31-47.
- BONET, H.; MATA, C. (2001a): *El Puntal dels Llops. Un fortín edetano*, Serie de Trabajos Varios del SIP 99, Diputación Provincial de Valencia
- BONET, H.; MATA, C. (2001b): Organización del territorio y poblamiento en el país Valenciano entre los siglos VII al II a.C., en L. Berrocal-Rangel y P. Gardes (eds.), *Entre Celtas e Iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*, Real Academia de la Historia, Casa Velázquez, Madrid, 175-186.
- BONET, H.; MATA, C. (2008): Las cerámicas ibéricas. Estado de la cuestión, en D. Bernal y A. Ribera (eds.), *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, 147-169.
- BONET, H.; MATA, C.; GUÉRIN, P. (1990): Cabezas votivas y lugares de culto edetanos, *Verdolay* 2, 185-199.
- BONET, H.; MATA, C.; MORENO, A. (2007): Paisaje y hábitat rural en el territorio edetano durante el Ibérico Pleno (siglos IV-III a.C.), en A. Rodríguez e I. Pavón (eds.), *Arqueología y la tierra: Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, IV Cursos de Verano Internacionales de la Universidad de Extremadura (Castuera, 5-8 de Julio de 2005), Universidad de Extremadura, Cáceres, 247-276.
- BONET, H.; MATA, C.; MORENO, A. (2008): Iron Age Landscape and Rural Habitat in the Edetan Territory, Iberia (4th-3rd centuries BC), *Journal of Mediterranean Archaeology* 21 (2), 165-189.
- BONET, H.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2003): La organización territorial en el País Valenciano entre los

- siglos VI y I a.C. Panorama actual y reflexiones para el debate, en O. Mercadal (coord.), *Món ibèric als Països Catalans, XIII Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, homenatge a Josep Barberà i Farràs (Puigcerdà, 14 i 15 de novembre de 2003), Institut d'Estudis Ceretans, Puigcerdà, 667-692.
- BONET, H.; VIVES-FERRÁNDIZ, V. (eds.) (2011): *La Bastida de les Alcusses: 1928-2010*, Museu de Prehistòria de València, Diputació de València.
- BONSALL, C.; TOLAN-SMITH, C. (eds.) (1997): *The Human Use of Caves*, BAR International Series 667, Archaeopress, Oxford.
- BOONE, J. L. (1994): Is It Evolution Yet?: A Critique of "Darwinian Archaeology", *Paper presented at the 59th Annual Meeting of the Society for American Archaeology*, Anaheim.
- BORDIEU, P. (1972): *Esquisse d'une théorie de la pratique précédé de Trois études d'ethnologie kabyle*, Droz, Genève.
- BORONAT, J. de Dios (1983): Cova de les Meravelles (Jalón-Alicante), *Varia II*, Departamento de Historia Antigua, Universidad de Valencia, 43-77.
- BOTELLA, M. C.; ALEMÁN, I. (1998): Las huellas del canibalismo, *Archivo Español de Morfología* 3, 75-86.
- BOTELLA, M. C.; ALEMÁN, I.; JIMÉNEZ, S. A. (1999): *Los huesos humanos. Manipulación y alteraciones*, Ediciones Bellatera, Barcelona.
- BOTELLA, M. C.; JIMÉNEZ, S. A.; ALEMÁN, I.; DU SOUICH, PH.; GARCÍA, C. (2000): Evidencias de canibalismo en el Neolítico español, en L. Caro, H. Rodríguez, E. Sánchez, B. López y M. J. Blanco (eds.), *Tendencias actuales de Investigación en la Antropología Física Española*, Universidad de León, 43-56.
- BOWIE, F. (2006): Ritual Theory, Rites of Passage, and Ritual Violence, en F. Bowie, *The Anthropology of Religion. An Introduction* (Second Edition), Blackwell Publishing, Oxford, 138-173.
- BRADLEY, R. (1987): Time Regained: the Creation of Continuity, *Journal of the British Archaeological Association* 140, 1-17.
- BRADLEY, R. (1991): Ritual, Time and History, *World Archaeology Chronologies* 23 (2), 209-219.
- BRADLEY, R. (1993): *Altering the Earth: The Origins of Monuments in Britain and Continental Europe*, Society of Antiquaries of Scotland, Monographies Series Number 8, Edinburgh.
- BRADLEY, R. (1995): Foreworld: Trial and Error in the Study of Mortuary Practices. Exploring the Regional Dimension, en L. A. Beck (ed.), *Regional Approaches to Mortuary Analysis*, Plenum Press, New York, 5-9.
- BRADLEY, R. (1998): *The Significance of Monuments: On the Shaping of Human Experience in Neolithic and Bronze Age Europe*, Routledge, London & New York.
- BRADLEY, R. (2002a): *An Archaeology of Natural Places*, Routledge, London & New York.
- BRADLEY, R. (2002b): *The Past in Prehistoric Societies*, Routledge, London & New York.
- BRADLEY, R. (2003): A Life Less Ordinary: The Ritualization of the Domestic Sphere in Later Prehistoric Europe, *Cambridge Archaeological Journal* 13 (1), 5-23.
- BRADLEY, R. (2005): *Ritual and Domestic Life in Prehistoric Europe*, Routledge, London & New York.
- BRADLEY, R.; WILLIAMS, H. (eds.) (1998): The Past in the Past: The Reuse of Ancient Monuments, *World Archaeology* 30.
- BRADY, J. E. (2000a): Cuevas, peregrinaciones y arqueología, *Los Investigadores de la Cultura Maya* 8 (II), 220-227.
- BRADY, J. E. (2000b): Early Political Appropriation of the Sacred Landscape, en P. R. Colas, K. Delvendahl, M. Kuhmert y A. Schubart (eds.), *The Sacred and the Profane: Architecture and Identity in the Maya Lowlands*, 3rd European Maya Conference (University of Hamburg, November, 1998), Acta Mesoamericana vol. 10, Verlag Anton Saurwein, Markt Schwaben, Germany, 129-136.
- BRADY, J. E.; ASHMORE, W. (1999): Mountains, Caves, Water: Ideational Landscapes of the Ancient Maya, en W. Ashmore y A. B. Knapp (eds.), *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*, Blackwell, Oxford & Massachusetts, 124-145.
- BRADY, J. E.; PRUFER, K. M. (eds.) (2005): *In the Maw of the Earth Monster. Mesoamerican Ritual Cave Use*, University of Texas Press.
- BRETON, J. (2011): Ritual Movement Through Greek Sacred Space: Towards an Archaeology of Performance, en A. Chaniotis (ed.), *Ritual Dynamics in the Ancient Mediterranean: Agency, Emotion, Gender, Reception*, Heidelberger Althistorische Beiträge und Epigraphische Studien 49, Franz Steiner, Stuttgart, 313-346.
- BRONCANO, S. (1989): *El depósito votivo ibérico de El Amarejo. Bonete (Albacete)*, Excavaciones Arqueológicas en España 156, Ministerio de Cultura, Madrid.
- BRONCANO, S.; BLÁNQUEZ, J. J. (1985): *El Amarejo (Bonete, Albacete)*, Excavaciones Arqueológicas en España 139, Madrid.
- BROTHWELL, D. R. (1987): *Desenterrando huesos. La excavación, tratamiento y estudio de restos del esqueleto humano*, México.
- BROWN, J. A. (1995): On Mortuary Analysis. With Special Reference to the Saxe-Binford Research Program, en L. A. Beck (ed.), *Regional Approaches to Mortuary Analysis*, Plenum Press, New York, 3-26.
- BRÜCK, J. (1999): Ritual and rationality: some problems of interpretation in European archaeology, *European Journal of Archaeology* 2 (3), 313-344.

- BRÜCK, J. (2005): Experiencing the Past? The Development of a Phenomenological Archaeology in British Prehistory, *Archaeological Dialogues* 12 (1), 45-72.
- BURILLO, F. (1980): *El valle medio del Ebro en época ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Huerca y Jiloca Medio*, Institución Fernando el Católico, Tesis Doctorales XXXVIII, nº 751, Zaragoza.
- BURILLO, F. (1992): Las necrópolis de época ibérica y el ritual de la muerte en el valle Medio del Ebro, en VVAA., *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis* (Madrid 1991), Madrid, 563-586.
- BURILLO, F. (coord.) (1984): *Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos. Del Bronce Final a época Ibérica*, Arqueología Espacial 4.
- BURILLO, F. (coord.) (1998): *Arqueología del Paisaje. Comunicaciones presentadas al 5º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial a celebrar en Teruel del 14-16 de septiembre de 1998*, Arqueología Espacial 19-20, Teruel.
- BURRIEL, J. M.; MATA, C. (2013): L'oppidum ibèric d'El Tòs Pelat de Moncada (L'Horta Nord, València), *Monte Catano* 14, 75-98.
- BUXTON, R. (1994): *Imaginary Greece. The Contexts of Mythology*, Cambridge University Press.
- CAAMAÑO, J. M.; CRIADO, F. (1992): La Medorra de Fanegas (Sobrado Dos Monxes, Coruña). Un monumento megalítico reutilizado en época romana, *Brigantium* 7, 7-89.
- CABRÉ, E.; MORÁN, J. A. (1979): Ensayo tipológico de las fibulas con esquema de la Tène en la Meseta Hispánica, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 11-12, 10-26.
- CABRÉ, E.; MORÁN, J. A. (1982): Ensayo cronológico de las fibulas con esquema de la Tène en la Meseta Hispánica, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 15, 4-27.
- CABRÉ, J. (1922): La tonsura ibérica, *Actas y Memorias de la Sociedad española de Antrpología, Etnografía y Prehistoria I*, 163-170.
- CABRERA, A. (2010): *El ritual del sacrificio de animales en la cultura ibérica. Una perspectiva arqueológica*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid.
- CALVO, M. (1995): Estudio antropológico de los restos óseos infantiles, en H. Bonet, *El Tossal de Sant Miquel de Lliria: la antigua Edeta y su territorio*, Valencia, 489-494.
- CALVO, M. (2003): Estudio antropológico de los restos óseos infantiles, en P. Guérin, *El Castellet de Bernabé y el horizonte ibérico pleno edetano*, Serie de Trabajos Varios del SIP 101, Diputación Provincial de Valencia, 353-362.
- CAMPILLO, D. (1976-1978): Abrasiones dentarias y cráneos enclavados del poblado de Ullastret (Baix Empordà, Gerona), *Ampurias* 38-40, 317-326.
- CAMPMAJO, P. (2012): *Ces pierres qui nous parlent: Les gravures rupestres de Cerdagne (Pyrénées orientales) de la fin de l'Âge du fer à l'époque contemporaine*, Éditions Trabucaire, Perpignan.
- CANELA, J. (2014): *Evolució del poblament i el paisatge a la Cesserània Occidental durante el 1r mil·leni a.C.*, Tesis doctoral inédita, Universitat Rovira i Virgili.
- CASABO, J.; ROVIRA, Mª. L. (1990-1991): La industria lítica de la Cova de Can Ballester (La Vall d'Uixó, Castellón), *LVCENTVM IX-X*, 7-24.
- CASEAU, B.; CHEYNET, J.-C.; DÉROCHE, V. (2006): *Pèlerinages et lieux saints dans l'antiquité et le Moyen Âge. Mélange offerts à Pierre Maraval*, Collège de France, CNRS, Centre de Recherche d'Histoire et civilisation de Byzance, Monographies 23, Paris.
- CASEY, E. S. (1996): How to Get from Space to Place in a Fairly Short Stretch of Time: Phenomenological Prolegomena, en S. Feld y J. H. Basso (eds.), *Senses of Place*, Santa Fe, New Mexico, School for Advanced Research Press, 13-52.
- CAVANILLES, A. J. (1797 [1991]): *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*, Castellón, tomo II, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Castellón.
- CAVANILLES, A. J. (1803): Descripción de la cueva llamada "de les Dones", que está en el Reyno de Valencia y término de Millares, en *Anales de Historia Natural*, tomo VI, Madrid, 182-184.
- CAZORLA, R.; CELESTINO, S. (2008): La Cueva del Valle (Zalamea de la Serena, Badajoz): un santuario rupestre en la comarca de la Serena, *SPAL* 17, 207-231.
- CELESTINO, S. (1997): Santuarios, centros comerciales y paisajes sacros, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18, 359-389.
- CERDÀ, F. (1983): Contribución al estudio arqueológico de la Foia de Castalla (Alicante), *LVCENTVM II*, 69-90.
- CERDÀ, F. (1996): La Cova de la Moneda (Ibi, Alacant): una cova-santuari ibérica a la Foia de Castalla, *Recerques del Museu d'Alcoi V*, 199-202.
- CERDEÑO, Mª. L.; RODRÍGUEZ-CADEROT, G.; MOYA, P. R.; IBARRA, A.; HERRERO, A. (2006): Los estudios de arqueoastronomía en España: estado de la cuestión, *Trabajos de Prehistoria* 63 (2), 13-34.
- CERRILLO, E. (1990): Arqueología de las religiones primitivas y arqueología de las religiones organizadas, *Zephyrus XLIII*, 189-192.
- CHABAL, L. (1997): *Forêts et sociétés en Languedoc (Néolithique final, Antiquité tardive). L'anthracologie, méthode et paleoecologie*, Documents d'Archéologie Française 63, Paris.
- CHAPA, T. (1990): Algunas consideraciones sobre el estudio de los santuarios ibéricos, *Zephyrus XLIII*, 249-251.
- CHAPA, T. (2003): La percepción de la infancia en el mundo ibérico, *Trabajos de Prehistoria* 60 (1), 115-138.

- CHAPA, T. (2006): Sacrificio y sacerdocio entre los iberos, en J. L. Escacena y E. Ferrer (eds.), *Entre Dios y los hombres: el sacerdocio en la antigüedad*, SPAL Monografías VII, Sevilla, 157-180.
- CHAPA, T. (2011): El increíble monstruo creciente: el tema del combate entre el héroe y el lobo en la iconografía ibérica, en A. Perea (ed.), *La fibula Braganza*, CSIC, Madrid, 189-204.
- CHAPA, T.; MADRIGAL, A. (1997): El sacerdocio en época ibérica, *SPAL* 6, 187-203.
- CHAPA, T.; MAYORAL, V. (2007): *Arqueología del trabajo. El ciclo de la vida en un poblado ibérico*, Akal, Arqueología 7, Madrid.
- CHAPA, T.; OLMOS, R. (2004): El imaginario del joven en la cultura ibérica, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 34 (1), 43-83.
- CHAPMAN, J. (2000): *Fragmentation in Archaeology. People, Places and Broken Objects in the Prehistory of South-Eastern Europe*, Routledge, London & New York.
- CHAPMAN, J.; GAYDARSKA, B. (2007): *Parts and Wholes. Fragmentation in Prehistoric Context*, Oxbow Books, Oxford.
- CHAPMAN, R. (2005): Mortuary Analysis: a Matter of Time?, en G. F. M. Rakita, J. E. Buikstra, L. A. Beck y S. R. Williams (eds.), *Interacting with the Dead: Perspectives on Mortuary Archaeology for the New Millennium*, University Press of Florida, 25-40.
- CHISHOLM, M. (1968): *Rural Settlement and Land Use*, Routledge, Londres.
- CLAXTON, J. B. (1995): Future Enhancements to GIS: Implications for Archaeological Theory, en G. Lock y Z. Stancic (eds.), *Archaeology and Geographical Information Systems: A European Perspective*, Taylor & Francis, London, 335-348.
- COLEMAN, S. (2002): Do you Believe in Pilgrimage? *Communitas*, Contestation and Beyond, *Anthropological Theory* 2, 355-68.
- COLEMAN, S. (2013): Ritual Remains: Studying Contemporary Pilgrimage, en F. Boddy y M. Lambek (ed.), *A Companion to the Anthropology of Religion*, Wiley Blackwell, Chichester, England, 294-308.
- COLEMAN, S.; EADE, J. (eds.) (2004): *Reframing Pilgrimage. Cultures in Motion*, Psychology Press, Londres.
- COLEMAN, S.; ELSNER, J. (1995): *Pilgrimage. Past and Present in the World Religions*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.
- COLL, R.; CAZORLA, F.; BAYES, F. (1992): Una covasantuari ibérica en el Maresme: la cova de les Encantades de Montcabrer (Cabrera de Mar). Consideracions preliminars, *Sessió d'Estudis Mataronins* 9, 29-38.
- COLL, R.; CAZORLA, F.; BAYES, F. (1994): El santuari iberic de la Cova de les Encantades del Montcabrer (Cabrera de Mar, el Maresme). Estudi preliminar, *Laietania* 9, 35-85.
- COLOMINAS, J. (1925): *Prehistoria de Montserrat*, Monestir de Montserrat.
- COLOMINAS, L. (2008): Els animals en el conjunt de les pràctiques socials desenvolupades a l'establiment rural de Mas Castellar (Pontós, Girona), *Cypsela* 17, 219-232.
- COMINO, A.; QUEVEDO, A. (2012): Cálculo de la capacidad de una mielera ibérica del poblado de Los Nietos (Cartagena, s. IV a.C.), *Boletín EX OFFICINA HISPANA (SECAH)* 4, 4-7.
- CONOLLY, J. (2008): Geographical Information Systems and Landscape Archaeology, en B. Davis y J. Thomas (eds.), *Handbook of Landscape Archaeology*, Left Coast Press, Walnut Creek, CA, 583-595.
- CONOLLY, J.; LAKE, M. (2006 [2009]): *Sistemas de información geográfica aplicados a la arqueología*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- CORELL, J. (1993): El culto a Liber Pater en el sur del Conventus Tarraconensis según la epigrafía, en VVAA, *Col·loqui Internacional d'Epigrafia, Culte i Societat en Occident* (Tarragona 6-8 Octubre 1988), Tarragona, 125-143.
- CORZO, R. (1991): Piezas etruscas del santuario de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz), en J. Remesal y O. Musso (coords.), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Universitat de Barcelona, 399-410.
- CORZO, R. (2000): El santuario de La Algaida (Salúcar de Barrameda, Cádiz) y la formación de sus talleres artesanales, en B. Costa y J. H. Hernández (eds.), *Santuarios Fenicio-Púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas*, XIV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnicas (Eivissa, 1999), Ibiza, 147-181.
- CREMONESI, R. G. (1999): Alcune osservazioni sui culti delle acque e sulla frequentazione delle grotte dal Neolitico all'età del Rame, en M. Pacciarelli y G. Sassatelli, *Grotte, Acque, Dei. Culti in grotta e delle acque dall'eneolitico all'età ellenistica* (Atti del Convegno: Imola, 11-12 gennaio 1997), *Ocnus* 7, 159-165.
- CRESPO, S. (1997): Sacerdotes y sacerdocio en las religiones de Hispania prerromana y romana, *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones* 2, 17-37.
- CRIADO, F. (1991): Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje, *Boletín de Antropología Americana* 24, 5-29.
- CRIADO, F. (1993a): Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje, *SPAL* 2, 9-55.
- CRIADO, F. (1993b): Visibilidad e interpretación del registro arqueológico, *Trabajos de Prehistoria* 50, 39-56.
- CRIADO, F. (1999): Del Terreno al Espacio: Planteamientos y Perspectivas para la Arqueología del Paisaje, *CAPA* 6, 1-82.

- CRUMLEY, C. L. (1999): Sacred Landscapes: Constructed and Conceptualized, en W. Ashmore y A. B. Knapp (eds.), *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*, Blackwell Publishing, Oxford, 269-276.
- CUADRADO, E. (1953): Materiales ibéricos: cerámica roja de procedencia incierta, *Zephyrus IV*, 267-310.
- CUADRADO, E. (1969): Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico, en VVAA., *V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular: Tartessos y sus problemas* (Jerez de la Frontera, 1968), Universidad de Barcelona, 257-290.
- CUADRADO, E. (1978): Fíbulas de la Tène en 'El Cigarralejo', *Trabajos de Prehistoria* 35, 307-336.
- CUADRADO, E. (1987): *La Necrópolis Ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*, Bibliotheca Praehistorica Hispana XXIII, CSIC, Madrid.
- CUMMINGS, V.; JOHNSTON, R. (2007): Leaving Place: an Introduction to Prehistoric Journeys, en V. Cummings y R. Johnston (eds.), *Prehistoric Journeys*, Oxbow Books, Oxford, 1-7.
- CUNHA, E.; BACCINO, E.; MARTRILLE, L.; RAMSTHALER, F.; PRIETO, J.; SCHULIAR, Y.; LYNNERUP, N.; CATTANEO, C. (2009): The problem of aging human remains and living individuals: a review, *Forensic Science International* 193, 1-13.
- DACOSTA, Y. (1991): *Initiations et sociétés secrètes dans l'antiquité greco-romaine*, L'Ille Verte, Berg International Éditeurs, Paris.
- DE JUAN, C. (2002): Primera aproximación a la infraestructura portuaria saguntina, *SAGVNTVM-PLAV* 34, 115-126.
- DE LA PINTA, J.; ROVIRA, J.; GÓMEZ, R. (1987-88): Yacimientos arqueológicos de Camporrobles (Plana de Utiel, Valencia) y áreas cercanas: una zona de contacto entre la Meseta y áreas costeras, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 13, 291-332.
- DE LUIS, S. (2013): *Aproximación al uso ritual de las cuevas en la Edad del Hierro*, Trabajo Final de Máster inédito, Universidad Autónoma de Madrid.
- DE LUIS, S. (2014): Aproximación al uso ritual de las cuevas en la Edad del Hierro: el caso del Cantábrico Centro-Oriental (Península Ibérica), *MUNIBE Antropología-Arkeologia* 65, 137-156.
- DEETZ, J. (1990): Landscapes as Cultural Statements, en W. M. Kelso y R. Most (eds.), *Earth Patterns: Essays in Landscape Archaeology*, University Press of Virginia, Charlottesville and London, 2-4.
- DELATTRE V. (2000): Les inhumations en silos dans les habitats de l'Âge du fer du Bassin parisien, en S. Marion y C. Blancquaert (eds.), *Les installations agricoles de l'Âge du fer en France septentrionale*, Presses de l'ENS, Études d'histoire et d'archéologie 6, Paris, 299-311.
- DELGADO, J. A. (2000): *Sacerdocios y sacerdotes de la Antigüedad Clásica*, Ediciones del Orto, Madrid.
- DEMARRAIS, E.; CASTILLO, L.; EARLE, T. (1996): Ideology, Materialization and Power Strategies, *Current Anthropology* 37 (1), 15-31.
- DENTI, M. (2013): Pour une archéologie de l'absence. Observations sur l'analyse intellectuelle et matérielle de la céramique en contexte rituel, en M. Denti y M. Tuffreau-Libre (eds.), *La Céramique dans les contextes rituels. Fouiller et comprendre les gestes des anciens. Actes de la table ronde de Rennes (16-17 juin 2010)*, Presses Universitaires (Archéologie & Culture), Rennes, 13-23.
- DERKS, T. (1997): The Transformation of Landscape and Religious Representations in Roman Gaul, *Archaeological Dialogues* 4 (2), 126-63.
- DÍAZ-ANDREU, M.; GARCÍA BENITO, C.; MATTIOLI, T. (2015): Arqueoacústica, un nuevo enfoque en los estudios arqueológicos de la Península Ibérica, *LA LINDE* 5, 14-38.
- DÍAZ-GUARDAMINO, M.; GARCÍA SANJUÁN, L.; WHEATLEY, D. (eds.) (2015): *The Lives of Prehistoric Monuments in Iron Age, Roman, and Medieval Europe*, Oxford University Press.
- DÍES, E.; BONET, H.; ÁLVAREZ, N.; PÉREZ JORDÁ, G. (1997): La Bastida de les Alcusses (Moixent): resultados de los trabajos de excavación y restauración. Años 1990-1995, *Archivo de Prehistoria Levantina XXII*, 215-295.
- DIETLER, M. (1990): Driven by Drink: The Role of Drinking in the Political Economy and the Case of Early Iron Age France, *Journal of Anthropological Archaeology* 9, 352-406.
- DIETLER, M. (1996): Feasts and Commensal Politics in the Political Economy: Food, Power, and Status in Prehistoric Europe, en P. Wiessner y W. Schiefelhövel (eds.), *Food and the Status Quest: An Interdisciplinary Perspective*, Oxford, 87-125.
- DIETLER, M. (1999): Rituals of commensality and the politics of state formations in the "princely" societies of early Iron Age Europe, en P. Ruby (dir.), *Les princes de la Protohistoire et l'émergence de l'État*, Actes de la table ronde internationale de Naples (27-29 octobre 1994), Publications du Centre Jean Bérard, Nápoles, 135-152.
- DIETLER, M. (2001): Theorizing the Feast: Rituals of Consumption, Commensal Politics, and Power in African Contexts, en M. Dietler y B. Hayden (eds.), *Feasts: Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics, and Power*, Smithsonian, Washington DC, 65-114.
- DIETLER, M. (2005): *Consumption and Colonial Encounters in the Rhône Basin of France: A Study of Early Iron Age Political Economy*, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne 21, Lattes, Montpellier.

- DIETLER, M. (2006): Alcohol: Anthropological/ Archaeological Perspectives, *Annual Review of Anthropology* 35, 229-249.
- DIETLER, M. (2011): Feasting and Fasting, en T. Insoll (ed.), *Oxford Handbook of the Archaeology of Ritual and Religion*, Oxford University Press, 179-194.
- DIETLER, M.; HAYDEN, B. (2001): Digesting the Feast: Good to Eat, Good to Drink, Good to Think. An Introduction, en M. Dietler y B. Hayden (eds.), *Feasts: Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics and Power*, Smithsonian Institution Press, Washington & London, 1-22.
- DILLON, J. M. (1997): *Pilgrims and Pilgrimage in Ancient Greece*, Routledge, London & New York.
- DODSON, P.; WEXLAR, D. (1979): Taphonomic Investigations of Owl Pellets, *Paleobiology* 5 (3), 275-284.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (1995): Religión, rito y ritual durante la Protohistoria peninsular. El fenómeno religioso en la cultura ibérica, en W. H. Waldren, J. A. Ensenyat y R. C. Kennard (eds.): *Ritual, Rites and Religion in Prehistory*, IIIrd Deya International conference of Prehistory (Deià, Mallorca, 25-30 de septiembre de 1993), vol. II, BAR International Series 611, Archaeopress, Oxford, 21-91.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (1997): Los lugares de culto en el mundo ibérico: espacio religioso y sociedad, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18, 391-404.
- DONAT, J. (1959): Cueva de les Dones, *Revista Speleón* X, julio-diciembre, 3-4, 259.
- DONAT, J. (1960): *Catálogo de simas y cavernas de la provincia de Valencia*, Grupo espeleológico Vilanova y Piera, Diputación provincial de Valencia.
- DONAT, J. (1966): *Catálogo espeleológico de la provincia de Valencia*, Memorias del Instituto Geológico y Minero de España, tomo LXVII, Tip. Lit. Coullaut, Madrid.
- DONAT, J. (1969): *La Cova de les Dones: Millares (Valencia)*, Grupo Espeleológico Vilanova y Piera, Institución Alfonso el Magnánimo, Diputación de Valencia.
- DONAT, J. (1973): Cueva de los Murciélagos, en M. A. Mas Ibars (dir.), *Gran Enciclopedia de la región valenciana*, tomo VII, Valencia, 255.
- DONAT, J.; GASCÓ, F. (1963): La Cova del Cavall de Liria, Valencia, *Archivo de Prehistoria Levantina* X, 227-252.
- DOWD, M. (2015): *The Archaeology of Caves in Ireland*, Oxbow Books, Oxford.
- DOWD, M. (2016): In Search of Darkness: Cave Use in Late Bronze Age Ireland, en M. Down y R. Hensey (eds.), *The Archaeology of Darkness*, Oxbow Books, Oxford, 63-74.
- DOWD, M.; HENSEY, R. (eds.) (2016): *The Archaeology of Darkness*, Oxbow Books, Oxford.
- DUARTE, F. X.; GARIBO, J.; MATA, C.; VALOR, J.; VIDAL, X. (2000): Tres centres de producció terrissera al territori de *Kelin*, en C. Mata y G. Pérez Jordà (eds.), *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants*, III^a Reunió sobre Economia en el Món Ibèric (València, 1999), SAGVNTVM-PLAV Extra 3, Valencia, 231-239.
- DUMÉZIL, G. (1966): *La religion romaine archaïque, suivi d'un appendice sur la religion des Étrusques*, Payot, Paris.
- DURKHEIM, E. (1912 [2003]): *Las formas elementales de la vida religiosa*, Akal, Madrid.
- EADE, J.; SALLNOW, M. (eds.) (1991): *Contesting the Sacred: The Anthropology of Christian Pilgrimage*, Routledge, London & New York.
- EDLUND, I. E. M. (1987): *The gods and the place: Location and function of sanctuaries in the countryside of Etruria and Magna Graecia (700-400 B.C.)*, Acta Instituti Romani Regni Sueciae 43, Stockholm.
- EDLUND-BERRY, I. E. M. (2011): Introduction, en N. T. de Grummond y I. Edlund (eds.), *The Archaeology of sanctuaries and ritual in Etruria*, Journal of Roman Archaeology, Supplementary Series 81, Porstmouth, Rhode Island, 7-16.
- ELIADE, M. (1965 [1974]): *Tratado de historia de las religiones I*, Ediciones Cristiandad, Madrid.
- ELSNER, J.; RUTHERFORD, I. (eds.) (2006): *Pilgrimage in Graeco-Roman and Early Christian Antiquity: Seeings Goods*, Oxford University Press.
- ENEIX, L. C. (ed.) (2014): *Archaeoacustics: The Archaeology of Sound*, Publication of Proceedings from the 2014 Conference in Malta, OTSF, Florida.
- ESCOLANO, G. (1879 [1610]): *Décadas de la Historia insigne y coronada ciudad y reino de Valencia*, tomo II, Terraza, Aliena y Compañía Editores, Valencia.
- ESTEBAN, C. (2002): Elementos astronómicos en el mundo religioso y funerario ibérico, *Trabajos de Prehistoria* 59, 81-100.
- ESTEBAN, C. (2003): La Arqueoastronomía en España, *Anuario del Observatorio Astronómico del Instituto Geográfico Nacional* 52, 309-322.
- ESTEBAN, C. (2009): La astronomía cultural, ¿es interdisciplinar? Reflexiones de un astrofísico, *Complutum* 20 (2), 69-77.
- ESTEBAN, C. (2013): Arqueoastronomía y religión ibérica, en C. Rísquez y C. Rueda (eds.), *Santuarios iberos: Territorio, ritualidad y memoria*, Actas del Congreso Internacional "El Santuario de la Cueva de La Lobera de Castellar. 1912-2012" (Jaén, 4-6 octubre 2012), Asociación para el desarrollo rural de la Comarca de El Condado, Jaén, 465-484.
- ESTEBAN, C. (2016): Equinoctial Markers in Protohistoric Iberian Sanctuaries, *Mediterranean Archaeology and Archaeometry* 16, 297-304.
- ESTEBAN, C.; BENÍTEZ DE LUGO, L. (2016): Orientaciones astronómicas en el oppidum oretano del

- Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real), *Trabajos de Prehistoria* 73 (2), 268-283.
- ESTEBAN, C.; CORTELL, E. (1997): Consideraciones arqueoastronómicas sobre el santuario ibérico de la Serreta, *Recerques del Museu d'Alcoi* 6, 131-140.
- ESTEBAN, C.; MORET, S. (2006): Ciclos de tiempo en la cultura ibérica: la orientación astronómica en el templo del Tossal de Sant Miquel de Lliria, *Trabajos de Prehistoria* 63 (1), 167-178.
- ESTEBAN, C.; OCHARÁN, J. A. (2016): Winter Solstice at the Iberian Cave-Sanctuary of La Nariz, en F. Silva, K. Malville, T. Lomsdalen y F. Ventura (eds.), *The Materiality of the Sky, SEAC 2014 Proceedings*, Sophia Centre Press, Ceredigion, 189-198.
- ESTEBAN, C.; RÍSQUEZ, C.; RUEDA, C. (2014a): Una hierofanía en el santuario ibérico de Castellar (Jaén), *Archivo Español de Arqueología* 87, 91-107.
- ESTEBAN, C.; RÍSQUEZ, C.; RUEDA, C. (2014b): An evanescent vision of the sacred? The equinoctial sun at the iberian sanctuary of Castellar, *International Journal Mediterranean Archaeology and Archaeometry* 14 (3), 99-106.
- FAIRÉN, S. (2004): ¿Se hace camino al andar? Influencia de las variables medioambientales y culturales en el cálculo de caminos óptimos mediante SIG, *Trabajos de Prehistoria* 61 (2), 25-40.
- FARO, E. (2013): Caves In The Ritual Landscape Of Minoan Crete, en F. Mavridis y J. Tae Jensen (eds.), *Stable Places and Changing Perceptions: Cave Archaeology in Greece*, BAR International Series 2558, Archaeopress, Oxford, 166-175.
- FAULKNER, C. H. (1988): Painters of the "Dark Zone", *Archaeology* 41 (2), 30-38.
- FEREMBACH, D.; SCHWIDETZKY, I.; STLOUKAL, M. (1980): Recommendations for Age and Sex Diagnoses of Skeletons, *Journal of Human Evolution* 9, 517-549.
- FERNÁNDEZ, J. (1978): Cavidades subterráneas de mayor desarrollo del País Valencià, *Lapiaz* 2, 69-75.
- FERNÁNDEZ, J.; GARAY, P.; GIMÉNEZ, S.; IBAÑEZ, P. A.; SENDRA, A. (1980): *Catálogo espeleológico del País Valenciano*, tomo I, Federació Valenciana d'Espeleologia, Valencia.
- FERNÁNDEZ, J.; GARAY, P.; GIMÉNEZ, S.; IBAÑEZ, P. A.; SENDRA, A. (1982): *Catálogo espeleológico del País Valenciano*, tomo II, Federació Valenciana d'Espeleologia, Valencia.
- FERNÁNDEZ-GÖTZ, M. (2016): The power of the past: Ancestral cult and collective memory in the Central European Iron Age, en V. Širbu, M. Jevtić, K. Dmitrović y M. Ljuština (eds.), *Funerary Practices during the Bronze and Iron Ages in Central and Southeast Europe*, Proceedings of the 14th International Colloquium of Funerary Archaeology in Čačak, Serbia (24th-27th September 2015), Boegard, Čačak, 165-178.
- FERRER I JANÉ, J. (en prensa): Revisión de las inscripciones ibéricas rupestres del abrigo del Tarragón (Losa del Obispo), *XXXIè Seminari de LLEngües i d'Epigrafia Antiques* (Gandia 27-29 de maig del 2016).
- FERRER I JANÉ, J.; AVILÉS ROS, J. (2016): Las inscripciones ibéricas del Abrigo de Reiná (Alcalá del Júcar) y su contexto arqueológico, en B. Gamo y R. Sanz (coords.), *Actas de la I Reunión Científica de Arqueología de Albacete* (22-23 de enero de 2015), Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel", Diputación de Albacete, 453-475.
- FERRER, V. (2010): *La Cova de les Dones. Millares-Valencia*, Federació catalana d'espeleologia.
- FLEMING, A. (1999): Phenomenology and the Megaliths of Walles: a Dreaming Too Far?, *Journal of Archaeology* 18, 119-125.
- FLETCHER, D. (1940-1941): El poblado ibérico de la Monravana, *Archivo Español de Arqueología* 14 (nº 41), 131-132.
- FLETCHER, D. (1947): Exploraciones arqueológicas en la comarca de Casinos, en F. Jordá, L. Pericot, M. Vidal, E. Pla, J. Alcácer, I. Ballester, C. Visedo, V. Pascual y D. Fletcher, *Comunicaciones del SIP al Primer Congreso Arqueológico del Levante* (noviembre 1946), Serie de Trabajos Varios del SIP 10, Diputación Provincial de Valencia, 65-87.
- FLETCHER, D. (1953a): Inscripciones ibéricas del Museo de Prehistoria de Valencia, *Estudios ibéricos* 2, Valencia.
- FLETCHER, D. (1953b): Una nueva forma en la cerámica ibérica de San Miguel de Liria (Valencia), *Zephyrus* IV, 187-191.
- FLETCHER, D. (1954): La cueva y el poblado de la Torre del Mal Paso (Castellnovo), *Archivo de Prehistoria Levantina* V, 187-222.
- FLETCHER, D. (1985): *Textos ibéricos del Museo de Prehistoria de Valencia*, Serie de Trabajos Varios del SIP 81, Diputación Provincial de Valencia.
- FLETCHER, D. (coord.) (1932): *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1932*, Valencia.
- FLETCHER, D. (coord.) (1933): *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1933*, Valencia.
- FLETCHER, D. (coord.) (1971): *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1969*, Valencia.
- FLETCHER, D. (coord.) (1974): *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1972*, Valencia.
- FLETCHER, D. (coord.) (1975): *La Labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su museo en el pasado año 1973*, Valencia.
- FLETCHER, D. (coord.) (1976): *La Labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su museo en el pasado año 1974*, Valencia.

- FLETCHER, D.; APARICIO, J. (1969): Noticias de las excavaciones efectuadas en la Cueva del Volcán del Faro, Cullera (Valencia), *Archivo de Prehistoria Levantina* XII, 7-18.
- FLETCHER, D.; JORDÁ, F. (1947): *Diario de excavación de la Cueva de la Torre del Mal Paso (Castellnovo, Castellón): 13-24 agosto de 1946 y 18-23 agosto de 1947*, Diario inédito depositado en el SIP.
- FLETCHER, D.; PLA, E.; ALCÁCER, J. (1965): *La Bastida de les Alcuses I (Mogente-Valencia)*, Serie de Trabajos Varios del SIP 24, Diputación Provincial de Valencia.
- FLETCHER, D.; PLA, E.; ALCÁCER, J. (1969): *La Bastida de les Alcuses II (Mogente-Valencia)*, Serie de Trabajos Varios del SIP 25, Diputación Provincial de Valencia.
- FLETCHER, D.; SILGO, L. (1996-1997): Inscripción ibérica rupestre del Abrigo Bungal (Siete Aguas), *Arse: Boletín anual del Centro Arqueológico Saguntino* 30-31, 73-80.
- FOGELIN, L. (ed.) (2008): *Religion, Archaeology, and the Material World*, Center for Archaeological Investigations, Occasional Paper No. 36, Southern Illinois University Carbondale.
- FOGELIN, L.; SCHIFFER, M. B. (2015): Rites of Passage and Other Rituals in the Life Histories of Objects, *Cambridge Archaeological Journal* 25 (4), 815-827.
- FOLEY, H. (2003): Mothers and Daughters, en J. Neils y J. H. Oakley (2003), *Coming of Age in Ancient Greece: Images of Childhood from the Classical Past*, Yale University Press, Londres, 113-137.
- FONT I SERRA, E. (1980): Restes humanes de la Cova Freda de Montserrat, atribuïdes a la cultura ibèrica, *Fonaments. Prehistòria i Món Antic als Països Catalans* 2, 71-102.
- FONTIJN, D. (2007): The significance of "invisible" places, *World Archaeology* 39 (1), 70-83.
- FORTEA, J. (1971): *La Cueva de la Cocina. Ensayo de cronología del epipaleolítico (Facies Geométrica)*, Serie de Trabajos Varios del SIP 40, Diputación Provincial de Valencia.
- FORTEA, J.; MARTÍ, B.; FUMANAL, P.; DUPRÉ, M.; PÉREZ RIPOLL, M. (1987): Epipaleolítico y neolitización en la zona oriental de la Península Ibérica, en J. Guilaine, J. Courtin, J.-L. Roudil y J.-L. Vernet (dirs.): *Premières Communautés Paysannes en Méditerranée Occidentale. Actes du Colloque International du CNRS (Montpellier, 1983)*, Paris, 599-606.
- FOXHALL, L. (2015): Introduction: miniaturization, *World Archaeology* 47 (1), 1-5.
- FUMANAL, M. P. (1986): *Sedimentología y Clima en el País Valenciano*, Serie Trabajos Varios del SIP 83, Diputación Provincial de Valencia.
- GABALDÓN, M^a. M. (2004): *Ritos de armas en la Edad del Hierro. Armamento y lugares de culto en el antiguo Mediterráneo y el mundo celta*, Anejos de Gladius 7, CSIC, Instituto Histórico Hoffmeyer, Instituto de Historia, Ediciones Polifemo, Madrid.
- GALLELLO, G.; GHORBANI, S.; GHORBANI, S.; PASTOR, A.; DE LA GUARDIA, M. (2016): Non-destructive analytical methods to study the conservation state of Apadana Hall of Persepolis, *Science of the Total Environment* 544, 291-298.
- GARCÍA CANO, J. M. (1997): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*, Universidad de Murcia.
- GARCÍA CANO, J. M. (1999): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). II. Análisis de los enterramientos, Catálogo de materiales y Apéndices antropológico, arqueozoológico y paleobotánico*, Universidad de Murcia.
- GARCÍA FUERTES, J. M. (1998): La Punta d'Orleyl (La Vall d'Uixó, Castellón): un ejemplo de espacio de poder, en C. Aranegui (coord.), *Los Iberos. Principes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Actas del Congreso Internacional (Barcelona, 12-14 de marzo de 1998), Centro cultural de la Fundación "la Caixa", Barcelona, SAGVNTVM-PLAV Extra 1, Valencia, 115-128.
- GARCÍA FUERTES, J. M.; MORAÑO, I. (2013): Oreyll II: nueva necrópolis de la Punta d'Orleyl (la Vall d'Uixó, Castellón), *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 31, 159-162.
- GARCÍA PUCHOL, O.; JUAN CABANILLES, J.; McCLURE, S. B.; PASCUAL, J. LL.; MARTÍ, B.; PÉREZ RIPOLL, M.; BERNABEU, J.; PARDO, S.; MOLINA, LL.; CARRIÓN, Y.; DIEZ, A. (2014): Los últimos caza-recolectores en Cueva de la Cocina (Dos Aguas, Valencia), en R. Sala (coord.), *Los cazadores y recolectores del Pleistoceno y del Holoceno en Iberia y el estrecho de Gibraltar*, Burgos, 370-372.
- GARCÍA PUCHOL, O.; McCLURE, S. B.; JUAN CABANILLES, J.; DIEZ, A.; PARDO, S. (2015): Avance de resultados de los nuevos trabajos arqueológicos en Cueva de la Cocina (Dos Aguas, Valencia), *SAGVNTVM-PLAV* 47, 251-255.
- GARCÍA SANJUÁN, L.; DÍAZ-GUARDAMINO, M. (2015): The Outstanding Biographies of Prehistoric Monuments in Iron Age, Roman and Medieval Spain, en M. Díaz-Guardamino, L. García Sanjuán y D. Wheatley (eds.), *The Lives of Prehistoric Monuments in Iron Age, Roman, and Medieval Europe*, Oxford University Press, 183-204.
- GARCÍA SANJUÁN, L.; GARRIDO, P.; LOZANO, F. (2007): Las piedras de la memoria (II). El uso en época romana de espacios y monumentos sagrados prehistóricos del Sur de la Península Ibérica, *Complutum* 18, 109-130.
- GARCÍA, J.; ZAMORA, M. D.; PUJOL, J. (1998): Armament i societat a la Laietània ibèrica, en C. Aranegui (coord.), *Los Iberos. Principes de Occidente: estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Actas del

- Congreso Internacional (Barcelona, 12-14 de marzo de 1998), Centro cultural de la Fundación “la Caixa”, Barcelona, SAGVNTVM-PLAV Extra 1, Valencia, 309-325.
- GENERA I MONELLS, M. (2015): *Seguint la petja dels ibers. Una panoràmica del Camp de Tarragona i de les Terres de l'Ebre*, Ramón Berenguer, Diputació de Tarragona.
- GIBSON, E. (2007): The Archaeology of Movement in a Mediterranean Landscape, *Journal of Mediterranean Archaeology* 20, 61-87.
- GILLINGS, M.; MATTINGLY, D.; VAN DALEN, J. (eds.) (1999): *Geographical Information Systems and Landscape Archaeology 3. The Archaeology of Mediterranean Landscapes*, Oxbow Books, Oxford.
- GILMAN, A.; THORNES, J. B. (1985): *Land-use and Prehistory in South-East Spain*, Allen & Unwin, Londres.
- GIL-MASCARELL, M. (1969): El poblado ibérico de la Torre Seca (Casinos, Valencia), *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 6, 137-150.
- GIL-MASCARELL, M. (1970): El poblado ibérico de la Cova Foradà (Liria, Valencia), *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 10, 91-106.
- GIL-MASCARELL, M. (1971). *Yacimientos ibéricos en la Región Valenciana. Estudio del poblamiento*, Tesis doctoral inédita, Universitat de València.
- GIL-MASCARELL, M. (1973): Restos funerarios ibéricos en las provincias de Castellón y Valencia, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 9, 29-48.
- GIL-MASCARELL, M. (1975): Sobre las cuevas ibéricas del País Valenciano. Materiales y problemas, SAGVNTVM-PLAV 11, 281-332.
- GIL-MASCARELL, M. (1977): Excavaciones en la cueva-ritual ibérica de Villargordo del Cabriel (Valencia), en VVAA., *XIV Congreso Nacional de Arqueología* (Vitoria 1975), Zaragoza, 705-710.
- GIL-MASCARELL, M.; ARANEGUI, C. (1977): El poblamiento del bajo Palancia en época ibérica, SAGVNTVM-PLAV 12, 191-242.
- GINER, I. (2002): Trabajos arqueológicos en el yacimiento subacuático del Trencatimons en la zona de ampliación del Puerto de Sagunto, *Arse: Boletín anual del Centro Arqueológico Saguntino* 36, 81-97.
- GLEBA, M. (2009): Textile tools in ancient italian votive contexts: evidence of dedication or production?, en M. Gleba y J. Becker (eds.), *Votives, Places and Rituals in Etruscan Religion*, Leiden-Boston, 69-84.
- GÓMEZ BELLARD, C.; VIDAL, P. (2000): Las cuevas-santuario fenicio-púnicas y la navegación en el mediterráneo, en B. Costa y J. H. Fernández (eds.), *Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas*, XIV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza 1999), Treballs del Museo Arqueològic d'Eivissa i Formentera 46, Ibiza, 103-145.
- GÓMEZ BELLARD, F. (2011): Estudio antropológico de las cremaciones de La Serreta (Alcoy, Alicante), SAGVNTVM-PLAV 43, 103-123.
- GÓMEZ DOMENECH, P. (2000): *Cuevas y simas de Bugarra. El Paraíso Desconocido*, Federación de Espeleología de la Comunidad Valenciana, Valencia.
- GÓMEZ SERRANO, N. P. (1931). Secció d'Antropologia i Prehistòria. Resum dels treballs de la Secció durant l'any 1930, *Anales del Centro de Cultura Valenciana* IV (8), 73-80.
- GONZÁLEZ NAVARRETE, J. (1987): *Escultura Ibérica del Cerrillo Blanco, Porcuna, Jaén*, Diputación Provincial de Jaén, Instituto de Cultura.
- GONZÁLEZ PÉREZ, A. (1998): GIS, Arqueología y Paisaje: Una crítica constructiva, *Arqueología Espacial* 19-20, 71-77.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1979): *Excavaciones en el yacimiento protohistórico de La Peña Negra, Crevillente (Alicante) (1ª y 2ª campañas)*, Excavaciones arqueológicas en España 99, Madrid.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1986): Las importaciones y la presencia fenicias en la Sierra de Crevillente (Alicante), *Aula Orientalis* 4, 279-302.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2014): *La Fonteta-2: estudio de los materiales arqueológicos hallados en la colonia fenicia de la actual desembocadura del río Segura, Guardamar del Segura (Alicante)*, 1 y 2, Seminarios Internacionales sobre Temas Fenicios, Alacant.
- GONZÁLEZ REYERO, S.; SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; FLORES, C.; LÓPEZ SALINAS, I. (2014): Procesos de apropiación y memoria en el sureste peninsular durante la segunda edad del hierro: Molinicos y La Umbria de Salchite en la construcción de un territorio político, *Zephyrus* LXXIII, 149-170.
- GONZÁLEZ SIMANCAS, M. (1923): *Excavaciones en Sagunto, Memoria, Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, Núm. 4 de 1921-22, Número General 48, Madrid.
- GONZÁLEZ SIMANCAS, M. (1924): Escultura ibérica de un toro descubierta en Sagunto, *Coleccionismo*, Año XII, 133-135.
- GONZÁLEZ SIMANCAS, M. (1927): Excavaciones en Sagunto. Memoria de los trabajos realizados durante los años 1923-1926, *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, Núm. 10 de 1925-26, Numero General 92, Madrid.
- GONZÁLEZ, A.; VIÑUELA, A. (1994): *Sondeos del paseo de Sant Josep*, Diario de excavación inédito depositado en el Museu Arqueològic Municipal de la Vall d'Uixò.
- GONZÁLEZ, J.; CHAPA, T. (1993): Meterse en la boca del lobo. Una aproximación a la figura del *carassier* en la religión ibérica, *Complutum* 4, 169-174.
- GONZÁLEZ-ALCALDE, J. (1993a): *Las Cuevas-Santuario Ibéricas en Levante*, Tesis de Licenciatura inédita, Universidad Complutense de Madrid.

- GONZÁLEZ-ALCALDE, J. (1993b): Las cuevas santuario ibéricas en el País Valenciano: Un ensayo de interpretación, *Verdolay* 5, 67-78.
- GONZÁLEZ-ALCALDE, J. (2002 [2013]): *Las cuevas santuario y su incidencia en el contexto social del mundo ibérico*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid.
- GONZÁLEZ-ALCALDE, J. (2002-2003a): Cuevas-refugio y cuevas-santuario en Castellón y Valencia: Espacios de resguardo y entornos iniciáticos en el mundo ibérico, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 23, 187-240.
- GONZÁLEZ-ALCALDE, J. (2002-2003b): Estudio historiográfico, catálogo e interpretación de las cuevas-refugio y cuevas-santuario de época ibérica en Alicante, *Recerques del Museu d'Alcoi* 11-12, 57-84.
- GONZÁLEZ-ALCALDE, J. (2004): Historiografía de la investigación sobre cuevas santuario ibéricas de Cataluña, País Valenciano y Murcia, *Cypsela* 15, 285-297.
- GONZÁLEZ-ALCALDE, J. (2005a): Cuevas-refugio y cuevas-santuario ibéricas en la región de Murcia. Historiografía, catalogación e interpretación, *Verdolay* 9, 71-94.
- GONZÁLEZ-ALCALDE, J. (2005b): Una aproximación a las cuevas-santuario ibéricas en el País Valenciano, *Madrider Mitteilungen* 46, 87-103.
- GONZÁLEZ-ALCALDE, J. (2006a): Cuevas-santuario ibéricas en Cataluña, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 25, 187-248.
- GONZÁLEZ-ALCALDE, J. (2006b): Totemismo del lobo, rituales de iniciación y cuevas-santuario mediterráneas e ibéricas, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 25, 249-269.
- GONZÁLEZ-ALCALDE, J. (2009): Una aproximación cultural a los vasos caliciformes ibéricos en cuevas-santuario y yacimientos de superficie, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 27, 83-107.
- GONZÁLEZ-ALCALDE, J. (2011): Una reflexión genérica sobre el sacerdocio ibérico en el contexto de las cuevas-santuario, *Recerques del Museu d'Alcoi* 20, 137-150.
- GONZÁLEZ-WAGNER, C. (1984): Psicoactivos, misticismo y religión en el mundo antiguo, *Gerión* 2, 31-59.
- GOSDEN, C.; LOCK, G. (1998): Prehistoric histories, *World Archaeology* 30 (1), 2-12.
- GOZALBES, M. (1993-1994): Noticia preliminar sobre un plomo ibérico, *AnMurcia* 1993-1994, 151-154.
- GOZALBES, M. (1994): Arse-Saguntum: La difusión de su moneda, en VVAA., *Actas del IX Congreso Nacional de Numismática* (Elche 1994), Elche, 19-38.
- GRAELLS, R.; BALSERA, R.; SARDÀ, S. (2008): Rellegint la Cova de la Font Major. Un santuari en cova protohistòric en el curs alt del riu Francolí, *Pyrenae* 39 (1), 45-66.
- GRAHAM-CAMPBELL, J. (ed.) (1994): *Archaeology of Pilgrimage*, *World Archaeology* 26 (2).
- GRANT, A. (1991): Economic or Symbolic? Animals and Ritual Behaviour, en P. Garwood, D. Jennings, R. Skeates y J. Toms (eds.), *Sacred and Profane. Proceedings of a Conference on Archaeology, Ritual and Religion* (Oxford 1989), Oxbow Books, Oxford, 109-114.
- GRAU, I. (1996a): La Cova dels Pilars (Agres, El Comtat). Aportació a l'estudi de les coves-santuari ibèriques, *Alberri* 9, 78-105.
- GRAU, I. (1996b): Estudio de las excavaciones antiguas de 1853 y 1956 en el poblado ibérico de La Serreta, *Recerques del Museu d'Alcoi* 5, 83-119.
- GRAU, I. (2000): Territorio y lugares de culto en el área central de la Contestania ibérica, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 21, 195-226.
- GRAU, I. (2002): *La organización del territorio en el área central de la Contestania Ibérica*, Publicaciones Universidad de Alicante.
- GRAU, I. (2010): Paisajes sagrados del área central de la Contestania ibérica, en T. Tortosa y S. Celestino (eds.), *Debate en torno a la religiosidad protohistórica*, Instituto de Arqueología de Mérida, 101-122.
- GRAU, I. (2011): Movimiento, circulación y caminos en el paisaje digital. La aplicación de los SIG en el estudio arqueológico de los desplazamientos humanos, en V. Mayoral y S. Celestino (eds.), *Tecnologías de información geográfica y análisis arqueológico del territorio*, Actas del V Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, CSIC, Junta de Extremadura, Mérida, 369-382.
- GRAU, I. (2012a): Landscape and ethnic identities in the Early States of Eastern Iberia, en G. Cifani y S. Stoddard (eds.), *Landscape, Ethnicity and Identity in the Archaic Mediterranean Area*, Oxbow Books, Oxford, 228-244.
- GRAU, I. (2012b): Limite, confín, margen, frontera... Conceptos y nociones de la Antigua Iberia, en F. Prados Martínez, I. Garcia y G. Bernard (eds.), *Confines: el extremo del mundo durante la Antigüedad*, Universidad de Alicante, 23-47.
- GRAU, I. (2014): Imagen del poder y estrategias políticas en el área oriental de Iberia, en P. Bádenas de la Peña, P. Cabrera, M. Moreno, A. Ruiz, C. Sánchez y T. Tortosa (eds.), *Homenaje a Ricardo Olmos. Per speculum in aenigmate. Miradas sobre la Antigüedad*, Anejos de Erytheia, Estudios y Textos 7, ACHH, Madrid, 363-369.
- GRAU, I. (2015): Forging communities: coalitions, identity symbols and ritual practices in Iron Age Eastern Iberia, *World Archaeology* 48 (1), 110-124.

- GRAU, I. (ed.) (2006): *La aplicación de los SIG en la arqueología del paisaje*, Serie Arqueología, Publicaciones Universidad de Alicante.
- GRAU, I.; MORATALLA, J. (1999): Espacios de control y zonas de transición central de la Contestania ibérica, *Recerques del Museu d'Alcoi* 8, 179-202.
- GRAU, I.; OLMOS, R. (2005): El ánfora ática de la Cova dels Pilars (Agres, Alicante): Una propuesta de lectura iconográfica en su contexto espacial ibérico, *Archivo Español de Arqueología* 78 (nº 191-192), 49-77.
- GRAU, I.; AMORÓS, I. (2013): La delimitación simbólica de los espacios territoriales: el culto en el confín y las cuevas-santuario, en C. Rísquez y C. Rueda (eds.), *Santuarios iberos: Territorio, ritualidad y memoria*, Actas del Congreso Internacional "El Santuario de la Cueva de La Lobera de Castellar. 1912-2012" (Jaén, 4-6 octubre 2012), Asociación para el desarrollo rural de la Comarca de El Condado, Jaén, 183-212.
- GRAU, I.; REIG, C. (2002-2003): Sobre el uso de metales en la Contestania Ibérica: Las evidencias de La Serreta, *Recerques del Museu d'Alcoi* 11-12, 101-150.
- GRIMES, R. (1990): *Ritual Criticism: Case Studies in Its Practice, Essays on Its Theory*, Columbia, University of South Carolina Press.
- GRINSELL, L. (1960): The Breaking of Objects as a Funeral Rite, *Folklore* 71, 475-491.
- GUAITA, V. (1996): *Villargordo del Cabriel. Apuntes para el recuerdo*, Villargordo del Cabriel.
- GUALDA, R. M. (2015): Representación y presencia del ave en la cultura ibérica. Su análisis en el ámbito funerario, en A. Fernández Díaz (ed.), *I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Arqueología de la Región de Murcia: de la arqueología prehistórica a la arqueología industrial*, Universidad de Murcia, 227-270.
- GUÉRIN, P. (2003): *El Castellet de Bernabé y el horizonte ibérico pleno edetano*, Serie de Trabajos Varios del SIP 101, Diputación Provincial de Valencia.
- GUÉRIN, P. (2005): Ideología y género en Contestania y Edetania, en I. Grau, F. Sala y L. Abad (coords.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*, Actas de las I Jornadas de Arqueología Ibérica organizadas por el Área de Arqueología de la Universidad de Alicante, Facultad de Filosofía y Letras (24-26 de octubre de 2002), 259-266.
- GUÉRIN, P.; CALVO, M.; GRAU, E.; GUILLEM, P. M. (1989): Tumbas infantiles en el Castellet de Bernabé (Líria, Valencia), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 14, 63-94.
- GUÉRIN, P.; MARTÍNEZ VALLE, R. (1987-1988): Inhumaciones infantiles en poblados ibéricos del área valenciana, *SAGVNTVM-PLAV* 21, 231-265.
- GUERRA, E. (2002): Sobre el papel de la adormidera como posible viático en el ritual funerario de la Prehistoria Reciente peninsular, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* LXVIII, 49-75.
- GUERRA, E. (2006): *Las drogas en la Prehistoria. Evidencias arqueológicas del consumo de sustancias psicoactivas en Europa*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- GUERRA, E.; LÓPEZ, J. A. (2006): El registro arqueobotánico de plantas psicoactivas en la prehistoria de la Península Ibérica. Una aproximación etnobotánica y fitoquímica a la interpretación de la evidencia, *Complutum* 17, 7-24.
- GUSI, F. (1975): Sondeos arqueológicos en la necrópolis ibérica de la Punta (Vall de Uxó), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 2, 163-172.
- GUSI, F. (1976): Excavaciones de salvamento en los covachos eneolíticos de Can Ballester (Vall d'Uxó), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 3, 281-282.
- GUSI, F. (2001): *Castellón en la Prehistoria. Memoria de los tiempos de ensueño*, Colección de Prehistoria i arqueología castellonenses, Diputació de Castelló.
- GUSI, F. (coord.) (1985): *X aniversario (1975-1985). Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques*, Diputació de Castelló.
- GUSI, F. (coord.) (2000): *XXV aniversario (1975-2000). Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques*, Diputació de Castelló.
- GUSI, F.; LUJÁN, J. (2012): El vaso campaniforme en la provincia de Castellón y territorios limítrofes, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 30, 33-52.
- GUSI, F.; OLÀRIA, C. (1979): El yacimiento prehistórico de Can Ballester (Vall d'Uixó, Castellón), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 6, 39-96.
- GUSI, F.; SANMARTÍ, E. (1975): Nuevos materiales procedentes del poblado ibérico del Castell (Almenara), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 2, 167-172.
- GUSI, F.; SANMARTÍ, E. (1976): Noticia acerca de las excavaciones realizadas en el poblado ibérico de El Castell (Almenara). Campaña 1976, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 3, 289-290.
- HABA, S.; V. RODRIGO (1990): El tema del culto a las aguas y su continuidad en relación con las vías naturales de comunicación, *Zephyrus* XLIII, 271-279.
- HALAND, E. J. (2007): From water in Greek religion, ancient and modern, to the wider Mediterranean and beyond, *Comparative Civilizations Review* 56, 56-75.
- HALLAM, E.; HOCKEY, J. (2001): *Death, Memory and Material Culture*, Berg, Oxford.
- HAMILAKIS, Y. (1998): Eating the Dead: Mortuary Feasting and the Politics of Memory in the Aegean Bronze Age Societies, en K. Branigan (ed.), *Cemetery and Society in the Aegean Bronze Age*, Sheffield Academic Press, 115-131.
- HAMILAKIS, Y. (2002): The past as oral history: towards an archaeology of the senses, en Y. Hamilakis, M. Pluciennik y S. Tarlow (eds.), *Thinking through the*

- Body: Archaeologies of Corporeality*, Kluwer Academic, Plenum Publishers, New York, 121-136.
- HAMILAKIS, Y. (2011): *Archaeologies of the Senses*, en T. Insoll (ed.), *Oxford Handbook of the Archaeology of Ritual and Religion*, Oxford University Press, 208-225.
- HAMILAKIS, Y. (2013): *Archaeology of the Senses. Human Experience, Memory, and Affect*, Cambridge University Press.
- HAMILAKIS, Y. (2015): Food as Sensory Experience, en K. B. Methény y M. C. Beaudry (eds.), *Archaeology of Food: An Encyclopedia*, Rowman & Littlefield Publishers, Lanham, 205-206.
- HAMILAKIS, Y.; KONSOLAKI, E. (2004): Pigs for the Gods: burnt animal sacrifices as embodied rituals at Mycenaean Sanctuary, *Oxford Journal of Archaeology* 23 (2), 135-151.
- HENSEY, R. (2016): Past dark: a short introduction to the human relationship with darkness over time, en M. Down y R. Hensey (eds.), *The Archaeology of Darkness*, Oxbow Books, Oxford, 1-10.
- HERÁNDEZ, E. (1991): Estructuras y fases de ocupación, en C. Aranegui (coord.), *Saguntum y el mar*, Catálogo de exposición, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, Generalitat Valenciana, Valencia, 61-63.
- HETZ, R. (1907 [1960]): *Death and the Right Hand*, translated by Rodney and Claudia Needham, Cohen & Wes, Aberdeen.
- HEYDEN, D. (2005): Rites of Passage and Other Ceremonies in Caves, en J. E. Brady y J. M. Prufer (eds.), *In the Maw of the Earth Monster. Mesoamerican Ritual Cave Use*, University of Texas Press, 21-34.
- HIGUCHI, T. (1983): *Visual and Spatial Structure of Landscapes*, The MIT Press, Massachusetts.
- HINGLEY, R. (1996): Ancestors and Identity in the Later Prehistory of Atlantic Scotland: the Reuse and Reinterpretation of Neolithic Monuments and Material Culture, *World Archaeology* 28 (2), 232-243.
- HOLLOWAY, J. (2008): Charcoal Burial: A Minority Burial Rite in Early Medieval Europe, en E. M. Murphy (ed.), *Deviant Burial in the Archaeology Record*, Oxbow Books, Oxford, 131-147.
- HOLTORF, C.; WILLIAMS, H. (2006): Landscapes and Memories, en D. Hicks y M. Beaudray (eds.), *The Cambridge Companion to Historical Archaeology*, Cambridge University Press, 235-254.
- HOUSTON, S.; TAUBE, K. (2000): An Archaeology of the Senses: Perception and Cultural Expression in Ancient Mesoamerica, *Cambridge Archaeological Journal* 10 (2), 261-294.
- HUMPHREY, C.; LAIDLAW, J. (1994): *The Archetypal Actions of Ritual. A Theory of Ritual Illustrated by the Jain Rite Worship*, Clarendon Press, Oxford.
- IBORRA, P. (1994): *Informe preliminar inédito de la fauna de la Cova dels Orgues*, depositado en el Museu Arqueològic Municipal de la Vall d'Uixó.
- IBORRA, P. (2004): *La ganadería y la caza desde el Bronce Final hasta el Ibérico Final en el territorio valenciano*, Serie de Trabajos Varios del SIP 103, Diputación Provincial de Valencia.
- INGOLD, T. (1993): The Temporality of Landscape, *World Archaeology* 25 (2), 152-174.
- INIESTA, A. (1983): *Las fibulas de la región de Murcia*, Editorial Regional de Murcia.
- INSOLL, T. (2001): *Archaeology and World Religion*, Routledge, London.
- INSOLL, T. (2004a): *Archaeology, Ritual, Religion*, Routledge, London.
- INSOLL, T. (2004b): Are Archaeologists Afraid of Gods? Some Thoughts on Archaeology and Religion, en T. Insoll (ed.), *Belief in the Past. The Proceedings of the 2002 Manchester Conference on Archaeology and Religion*, BAR International Series 1212, Archaeopress, Oxford, 1-6.
- INSOLL, T. (2011a): *Oxford Handbook of the Archaeology of Ritual and Religion*, Oxford University Press.
- INSOLL, T. (2011b): Sacrifice, en T. Insoll (ed.), *Oxford Handbook of the Archaeology of Ritual and Religion*, Oxford University Press, 151-165.
- IRANZO, P. (1989): El armamento hallado en los yacimientos ibéricos de Sinarcas, *La Voz de Sinarcas* 10, 21-23
- ISETTI, E.; TRAVERSO, A.; TUNZI SISTO, A. M. (2016): Cults and Rites at Scaloria Cave: The Contextual Evidence, en E. S. Elster, E. Isetti, J. Robb y A. Traverso (eds.), *Archaeology of Grotta Scaloria: Ritual in Neolithic Southeast Italy*, Monumenta Archaeologica 38, Regents of the University of California, 109-115.
- IZQUIERDO, M^a. I. (1995): Un vaso inédito con excepcional decoración pintada procedente de la necrópolis ibérica de Corral de Saus (Moixent, Valencia), *SAGVNTVM-PLAV* 29, 93-104.
- IZQUIERDO, M^a. I. (1997): Granadas y adormideras en la cultura ibérica y en el contexto del Mediterráneo Antiguo, *Pyrenae* 28, 65-98.
- IZQUIERDO, M^a. I. (1998-1999): Las "damitas" de Moixent en el contexto de la plástica y la sociedad ibérica, *LVCENTVM XVII-XVIII*, 131-147.
- IZQUIERDO, M^a. I. (2001): La trama del tejido y el vestido femenino en la cultura ibérica, en M. Marín (ed.), *Tejer y vestir: de la Antigüedad al Islam*, Estudios Árabes e Islámicos, Monografías I, CSIC, Madrid, 287-311.
- IZQUIERDO, M^a. I. (2003): La ofrenda sagrada del vaso en la Cultura Ibérica, *Zephyrus* LVI, 117-135.
- IZQUIERDO, M^a. I. (2008): Arqueología, iconografía y género: códigos en femenino del imaginario ibérico, *Verdolay* 11, 121-142.
- IZQUIERDO, M^a. I. (2012): Mujeres y plantas en el imaginario ibérico de la muerte, en L. Prados (ed.), *La Arqueología funeraria desde una perspectiva de género*,

- Colección Estudios 145, Universidad Autónoma de Madrid, 277-298.
- IZQUIERDO, M^a. I. (2014): De animales, ritos y mujeres: entre iconografía y arqueología en la cultura ibérica, en P. Bádenas de la Peña, P. Cabrera, M. Moreno, A. Ruiz, C. Sánchez y T. Tortosa (eds.), *Homenaje a Ricardo Olmos. Per speculum in aenigmate. Miradas sobre la Antigüedad*, Anejos de Erytheia, Estudios y Textos 7, ACHH, Madrid, 363-369.
- IZQUIERDO, M^a. I.; PÉREZ BALLESTER, J. (2005): Grupos de edad y género en un nuevo vaso del Tossal de Sant Miquel de Lliria (València), *SAGVNTVM-PLAV* 37, 85-103.
- IZQUIERDO, M^a. I.; PRADOS, L. (2004): Espacios funerarios y religiosos en la cultura ibérica: lecturas desde el género en arqueología, *SPAL* 13, 155-180.
- JACQUIOT, C.; TRENARD, Y.; DIROL, D. (1973): *Atlas d'anatomie des bois des angiospermes (Essences feuilles)*, Centre Technique du Bois, Paris.
- JARMAN, M.R.; VITA-FINZI, C.; HIGGS, E. S. (1972): Site Catchment Analysis in Archaeology, en P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbleby (eds.), *Archaeologia Protohistorica XVII*, 193-200.
- JÁRREGA, R. (2010): *El poblamiento de la Plana en época romana*, Universitat Jaume I, Castellón de la Plana.
- JOHNSON, I.; NORTH, M. (1997): *Archaeological applications of GIS: proceedings of Colloquium II, UISPP XIIIth Congress* (Forly, Italy, September, 1996), Archaeological Methods Series 5, Sydney University.
- JORDA, F. (1958): Los enterramientos de la Cueva de la Torre del Mal Paso (Castellnovo, Castellón), *Archivo de Prehistoria Levantina VII*, 55-92.
- JUAN-TRESSERRAS, J. (2000): La arqueología de las drogas en la Península Ibérica. Una síntesis de las recientes investigaciones arqueobotánicas, *Complutum* 11, 261-274.
- JUNYENT, E. (1976): Observaciones a unas cerámicas pintadas de Almenara (Castellón de la Plana), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 3, 195-204.
- JUNYENT, E.; OLÀRIA, C.; GUSI, F.; AGUILÓ, P.; ROMAN, I.; SESE, R. (1982-83): El Abric de les Cinc (Almenara, Castellón). 2^a Campaña de excavaciones 1977, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 9, 55-122.
- KANTNER, J.; VAUGHN, K. J. (2011): Pilgrimage as costly signal: Religiously motivated cooperation in Chaco and Nasca, *Journal of Anthropological Archaeology* 31, 66-82.
- KIERNAN, P. (2009): *Miniature Votive Offerings in the North-West of the Roman Provinces*, Verlag, Franz Philipp Rutzen, Mainz und Ruppolding.
- KLIMCHOUK, A. (2003): Caves, en J. Gunn (ed.), *Encyclopedia of Caves and Karst Science*, Taylor & Francis, New York, 203-204.
- KNAPP, A. B. (1999): Ideational and Industrial Landscape on Prehistoric Cyprus, en W. Ashmore y A. B. Knapp (eds.), *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*, Blackwell, Oxford & Massachusetts, 229-252.
- KNAPP, A. B.; ASHMORE, W. (1990): Archaeological Landscapes: Constructed, Conceptualized, Ideational, en W. Ashmore y A. B. Knapp (eds.), *Archaeologies of the Landscape. Contemporary Perspectives*, Blackwell, Oxford & Massachusetts, 1-30.
- KNAPPETT, C. (2012): Meaning in miniature: Semiotic networks in material culture, en M. Jessen, N. Johannsen y H. Juul Jensen (eds.), *Excavating the Mind: Cross-sections Through Culture, Cognition and Materiality*, Aarhus University Press, 87-109.
- KURZ, G. (2003): Los hierros de Cancho Roano, en S. Celestino (ed.), *Cancho Roano VIII: Los materiales arqueológicos I*, Instituto de Arqueología de Mérida-CSIC, Junta de Extremadura y Bartolomé Gil Santacruz, Mérida, 293-366.
- KYRIAKIDIS, E. (2007): Archaeologies of Ritual, en E. Kyriakidis, *The Archaeology of Ritual*, Cotsen Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles, 289-308.
- LAFUENTE, J. (1944): Algunos datos concretos de la provincia de Alicante sobre el problema cronológico de la cerámica ibérica, *Archivo Español de Arqueología* 18, 68-87.
- LAFUENTE, J. (1952): Influencia de los cultos religiosos cartagineses en los motivos artísticos de los Iberos del suereste español, *Archivo de Prehistoria Levantina III*, 159-177.
- LAKE, M. W.; WOODMAN, P. E.; MITHEN S. J. (1998): Tailoring GIS Software for Archaeological Applications: An Example Concerning Viewshed Analysis, *Journal of Archaeological Science* 25, 27-38.
- LAKE, M.; WOODMAN, P. (2003): Visibility Studies in Archaeology: A Review and Case Study, *Environment and Planning B* 30, 689-707.
- LAMBOGLIA, N. (1952): Per una classificazione preliminare della cerámica campana, en *Atti del I^o Congresso Internazionale di Studi Ligure*, Instituto Internazionale di Studi Liguri, Bordighera.
- LAMBOGLIA, N. (1954): La cerámica "precampana" della Bastida, *Archivo de Prehistoria Levantina V*, 105-139.
- LANTIER, R. (1935): *Bronzes votifs ibériques*, Paris.
- LARSSON LOVÉN, L. (2013): Textile production, female work and social values in Athenian vase painting, en A-L. Schallin (ed.), *Perspectives on ancient Greece*, Papers in celebration of the 60th anniversary of the Swedish Institute at Athens, Acta Instituti Atheniensis Regni Sueciae, Series in 8^o, 22, Stockholm, 135-151.
- LAWSON, G.; SCARRE, C.; CROSS, I.; HILLS, C. (1998): Mounds, Megaliths, Music and Mind: Some Thoughts

- on the Acoustical Properties and Purposes of Archaeological Spaces, *The Archaeology of Perception and the Senses, Archaeological Review from Cambridge* 15 (1), 111-34.
- LÁZARO, A.; MESADO, N.; ARANEGUI, C.; FLÉTCHER, D. (1981): *Materiales de la necrópolis ibérica de Orleyl (Vall d'Uxó, Castellón)*, Serie de Trabajos Varios del SIP 70, Diputación Provincial de Valencia.
- LEDO, A. (2009): El santuario de Montaña Frontera y la producción de vino en el Sagunto Prerromano, *Estudios de lenguas y epigrafía antiguas- ELEA* 9, 479-502.
- LEDO, A. (2012): Viajes y peregrinaciones en la Antigüedad, en A. Sánchez Ribes (coord.), *El mediterráneo en el origen*, IX Congreso Internacional de Asociaciones Jacobeas, 155-174.
- LEDO, A. C.; DÍES, E.; JIMÉNEZ, J. L.; REQUENA, M. (2007): Protohistoria y Edad Antigua, en J. Hermosilla (dir.), *Historia de Buñol*, Facultat de Geografia i Història, Ayuntamiento de Buñol, Valencia, 129-172.
- LEWIS, G. (1980): *Day of Shinin Red. An Essay on Understanding Ritual*, Cambridge University Press.
- LEWIS-WILLIAMS, D. (2002): *The Mind in the Cave: Consciousness and the Origins of Art*, Thames & Hudson, London.
- LILLO, P. A. (1983): Una aportación al estudio de la religión ibérica: La diosa de los lobos de la Umbria de Salchite Moratalla (Murcia), en VVAA., *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Murcia-Cartagena 1982, Zaragoza, 769-787.
- LILLO, P. A. (1983): Una aportación al estudio de la religión ibérica: la diosa de los lobos de la Umbria de Salchite, Moratalla (Murcia), en VVAA., *XVI Congreso Nacional de Arqueología* (Jaén 1982), Zaragoza, 769-787.
- LILLO, P. A. (1991-1992): Los exvotos de bronce del santuario de La Luz y su contexto arqueológico, *AnMurcia* 7-8, 107-142.
- LLOBERA, M. (1996): Exploring the topography of mind: GIS, social space and archaeology, *Antiquity* 70, 612-622.
- LLOBERA, M. (2000): Understanding movement: A pilot model towards the sociology of movement, en G. Lock (ed.), *Beyond the Map: Archaeology and Spatial Technologies*, IOS Press, Amsterdam, 65-84.
- LLOBERA, M. (2001): Building Past Landscape Perception with GIS: Understanding Topographic Prominence, *Journal of Archaeological Science* 28 (9), 1005-1014.
- LLOBERA, M. (2003): Extending GIS-based visual analysis: The concept of *visualscapes*, *International Journal of Geographical Information Science* 17 (1), 25-48.
- LLOBERA, M. (2006): Arqueología del paisaje en el siglo XXI. Reflexiones sobre el uso de los SIG y modelos matemáticos, en I. Grau (ed.), *La aplicación de los SIG en la arqueología del paisaje*, Serie Arqueología, Publicaciones Universidad de Alicante, 109-122.
- LLOBREGAT, E. A. (1981): Toros y agua en los cultos funerarios Ibéricos, *SAGVNTVM-PLAV* 16, 149-164.
- LLORENS, M^a M.; RIPOLLÈS, P. P. (2002), Arse-Saguntum: partidigma de l'economia monetitzada, en VVAA, *Funció i Producció de les seques indígenes*, MNAC Ganibet Numismàtic de Catalunya, Barcelona, 53-76.
- LOCK, G. (2000): *Beyond the Map: Archaeology and spatial technologies*, IOS Press, Amsterdam.
- LOCK, G.; STANCIC, Z. (eds.) (1995): *Archaeology and Geographical Information Systems: A European Perspective*, Taylor & Francis, London.
- LÓPEZ, D.; VALERO, A. (2003): Carta arqueológica de los Valles Meridionales del Cabeço d'Or (El Campello, Aigües, Busot, Mutxamel), en VVAA., *Actuaciones Arqueológicas en la provincia de Alicante 2002* (Edición en CD-Rom), Alicante.
- LÓPEZ-BERTRAN, M. (2007): *Ritualizando cuerpos y paisajes. Un análisis antropológico de los ritos fenicio-púnicos*, Tesis doctoral inédita, Universitat Pompeu Fabra.
- LÓPEZ-BERTRAN, M. (2011a): Practical Movements: Kinetic Rituals in the Ancient Western Mediterranean, *Journal of Mediterranean Archaeology* 24 (1), 85-109.
- LÓPEZ-BERTRAN, M. (2011b): Where are the Priests? Ritual Mastery in Punic Shrines, en A. Chaniotis (ed.), *Ritual Dynamics in the Ancient Mediterranean: Agency, Emotion, Gender, Representation*, Heidelberger Althistorische Beiträge und Epigraphische Studien 49, Franz Steiner, Stuttgart, 43-60.
- LÓPEZ-BERTRAN, M. (2015): Paisajes rituales en el *suconensis sinus*, en C. Aranegui (ed.), *El suconensis sinus en época ibérica*, SAGVNTVM-PLAV Extra 17, Valencia, 43-62.
- LÓPEZ-BERTRAN, M.; GARCIA-VENTURA, A. (2008): Materializing music and sound in some phoenician and punic contexts, *SAGVNTVM-PLAV* 40, 27-36.
- LÓPEZ-BERTRAN, M.; GARCIA-VENTURA, A. (2012): Music, gender and rituals in the Ancient Mediterranean: revisiting the Punic evidence, *World Archaeology* 44 (3), 393-408.
- LÓPEZ-BERTRAN, M.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2009): Menjar, beure, cremar. Els rituals com a pràctiques relacionals durant l'Edat del Ferro, *Citerior* V, 163-88.
- LÓPEZ-BERTRAN, M.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2015): Miniatures from domestic context in Iron Age Iberia, *World Archaeology* 47 (1), 80-93.
- LOPEZ-MONDÉJAR, L. (2009): Las cuevas con ocupación romana en el noroeste murciano: definición e interpretación, *SAGVNTVM-PLAV* 41, 209-220.
- LÓPEZ-MONDÉJAR, L. (2010): Los santuarios ibéricos del valle del Quípar (Murcia): carácter, localización y

- paralelos en el marco del Sureste peninsular, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 28, 175-189.
- LOPEZ-MONDÉJAR, L. (2015): Lugares de culto ibéricos en el área murciana: revisión crítica y nuevos planteamientos para su estudio en el sureste peninsular, *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 23, 181-224.
- LÓPEZ-MONDÉJAR, L. (2016): Placing Sanctuaries in Their Socio-Political Landscapes: A Diachronic Approach to the Late Iron Age Communities in South-East Iberia (Fourth-Second Centuries BC), *Oxford Journal of Archaeology* 35 (1), 101-121.
- LORRIO, A. J.; MONTERO, I. (2004): Reutilización de sepulcros colectivos en el sureste de la península Ibérica: la Colección Siret, *Trabajos de Prehistoria* 61 (1), 99-116.
- LORRIO, A. J. (2001): El poblado y la necrópolis de El Molón (Camporrobles, Valencia), en A. J. Lorrio (ed.), *Los iberos en la Comarca de Requena-Utiel (Valencia)*, Serie Arqueología, Publicaciones Universidad de Alicante, 151-171.
- LORRIO, A. J. (2007): El Molón (Camporrobles, Valencia) y su territorio: fortificaciones y paisaje fortificado de un espacio de frontera, en L. Berrocal-Rangel y P. Moret (eds.), *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo* (Actas del coloquio celebrado en la Casa Velázquez en Octubre de 2006), *Bibliotheca Archaeologica Hispania* 28, Madrid, 213-236.
- LORRIO, A. J.; ALMAGRO GORBEA, M.; MONEO, T. (1999): El sistema defensivo del poblado de El Molón (Camporrobles, Valencia), en VVAA., *XXIV Congreso Nacional de Arqueología* (Cartagena 1997), Cartagena, Murcia, 307-316.
- LORRIO, A. J.; ALMAGRO GORBEA, M.; SÁNCHEZ, M. D. (2009): *El Molón (Camporrobles, Valencia). Oppidum prerromano y Hisn islámico: Guía turística y Arqueológica*, Ayuntamiento de Camporrobles.
- LORRIO, A. J.; DE MIGUEL, M^a. P.; MONEO, T.; SÁNCHEZ DE PRADO, M^a. D. (2010): Enterramientos infantiles en el oppidum en El Molón (Camporrobles, Valencia), *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 18, 201-262.
- LORRIO, A. J.; MOLINA, G.; PEDRAZ, T. (2002): *Patrimonio cultural arqueológico de Villagordo del Cabriel*, Memoria de prospección inédita.
- LORRIO, A. J.; MONEO, T.; MOYA, F.; PERNAS, S.; SÁNCHEZ DE PRADO, M^a. D. (2006): La Cueva Santa del Cabriel (Mira, Cuenca): Lugar de culto antiguo y ermita cristiana, *Complutum* 17, 45-80.
- LORRIO, A. J.; ROVIRA, S.; GAGO, F. (1998-1999): Una falcatá damasquinada procedente de La Plana de Utiel (Valencia), *LUCENTVM XVII-XVIII*, 149-161.
- LOWE, V. P. W. (1967): Teeth as indicators of age with special reference to Red deer *Cervus elaphus* of known age from Rhum, *Journal of Zoology* 152, 137-153.
- LOZANO, L. (2006): El centro artesanal iberorromano de La Maralaga (Sinarcas, Valencia), *SAGVNTVM-PLAV* 38, 133-148.
- LUCAS, M^a. R. (1981): Santuarios y dioses en la Baja Época Ibérica, en J. Esteban (ed.), *La Baja Época en la Cultura Ibérica*, Actas de la mesa redonda celebrada en conmemoración del X aniversario de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología (Madrid, 1979), Madrid, 233-293.
- MACHAUSE LÓPEZ, S.; PÉREZ, A.; VIDAL, P.; SANCHIS, A. (2014): Prácticas rituales ibéricas en la Cueva del Sapo (Chiva, Valencia): Más allá del caliciforme, *Zephyrus* LXXIV, 157-179.
- MACHAUSE, S. (2012): *La Cueva del Sapo (Chiva). Una posible cueva-santuario ibérica*, Trabajo Final de Máster inédito, Universitat de València.
- MACHAUSE, S. (2014): La Cueva del Sapo, un enigma en la ritualidad de los iberos, *Revista ÁTAME* 9 (Asociación Cultural Chiva), 78-81.
- MACHAUSE, S. (2015): La Cueva del Sapo (Chiva): una cueva-santuario ibérica, *Revista de Estudios Comarcales: Hoya de Buñol-Chiva* 10, 41-48.
- MACHAUSE, S.; AMORÓS, I.; GRAU, I. (en prensa): La Cova de la Pastora (Alcoi, Alacant): anàlisi de la materialitat i el paisatge d'un espai ritual ibèric, *Recerques del Museu d'Alcoi* 26.
- MACHAUSE, S.; GOZALBES, M. (2014): Un taller de falsarios en la Cueva de la Torre del Mal Paso (Castellnovo, Castellón), *SAGVNTVM-PLAV* 46, 229-235.
- MACHAUSE, S.; QUIXAL, D. (en prensa): Cuevas rituales ibéricas en el territorio de Kelin (ss. V-III a.C.), *Complutum*.
- MACHAUSE, S.; SANCHIS, A. (2015): La ofrenda de animales como práctica ritual en época ibérica: la Cueva del Sapo (Chiva, Valencia), en A. Sanchis y J. L. Pascual (eds.), *Preses petites i grups humans en el passat*, II Jornades d'Arqueozoologia del Museu de Prehistòria de València, Valencia, 261-286.
- MADOZ, P. (1834 [1993]): *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Estab. Literario-Tip., Madrid.
- MAGGIANI, A. (1999): Culti delle acque e culti in grotta in Etruria. *Ocnus: Quaderni della Scuola de Specializzazione in Archeologia* 7, 187-203.
- MALONE, C.; BARROWCLOUGH, D. A.; STODDART, S. (2007): Introduction, en D. A. Barrowclough y C. Malone (eds.), *Cult in Context: Reconsidering Ritual in Archaeology*, Oxbow Books, Oxford, 1-7.
- MALONE, C.; BONANNO, A.; GOUDER, T.; STODDART, S.; TRUMP, D. (1993): The Death

- Cults of Prehistoric Malta, *Scientific American* 15, 76-83.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1968): *Epigrafia prelatina de la Península Ibérica*, Instituto de Arqueología y Prehistoria, Universidad de Barcelona.
- MANN, A. T. (1993): *Sacred Architecture*, Element books, Shaftsbury.
- MARCO SIMÓN, F. (1999): Sacrificios humanos en la Céltica antigua: entre el estereotipo literario y la evidencia interna, *Archiv für Religionsgeschichte* 1, 1-15.
- MARCO, F.; PINA, F.; REMESAL, J. (eds.) (2010): *Viajeros, peregrinos y aventureros en el mundo antiguo*, Col·lecció INSTRUMENTA 36, Universitat de Barcelona.
- MARIEZKURRENA, K.; ALTUNA, J. (1983): Biometría y dimorfismo sexual en el esqueleto de *Cervus elaphus* würmiese, postwürmiese y actual del Cantábrico, *Munibe* 35, 203-246.
- MARÍN CEBALLOS, M. C. (1983): Una nueva interpretación de la pátera de Tivissa, en VVAA., *Crónica del XVI Congreso Arqueológico Nacional* (Cartagena, 1982), Universidad de Zaragoza, Seminario de Arqueología, 709-718.
- MARÍN CEBALLOS, M. C. (1987): ¿Tanit en España?, *LVCENTVM* VI, 43-79.
- MARTÍ BONAFÉ, M^a. A. (1990): Las Cuevas del Puntal del Horno Ciego. Villargordo del Cabriel, Valencia, *SAGVNTVM-PLAV* 23, 141-182.
- MARTÍ BONAFÉ, M^a. A. (1998): *El área territorial de Arse-Saguntum en época ibérica: una aproximación a su estudio*, Institució Alfons el Magnànim, Diputació de Valencia.
- MARTÍ, R.; SELMA, S. (1996-1997): La torre emiral de Malpàs (Castellonovo, Alt Palància), *Annals de l'Institut d'Estudis Gironins* 38, 1383-1398.
- MARTÍ, R.; SELMA, S. (2008): El jaciment antic i la talaia medieval de Torre de Mal Paso (Castellonovo, Castelló), en R. Martí (ed.), *Fars de l'islam. Antiques alimares d'al-Andalus*, Actes del Congrés celebrat a Barcelona i a Bellaterra els dies 9 i 10 de novembre de 2006, Edar, Barcelona, 167-186.
- MARTIN, A.; CARAVACA, J. (1998): Excavacions a l'oppidum del Puig de Sant Andreu d'Ullastret (Baix Empordà), *IV Jornades d'Arqueologia de les comarques de Girona*, Figueras, 50-64.
- MARTIN, A.; MATARO, M.; CARAVACA, J. (1997): Un edifici cultural de la segona meitat del segle III aC a l'illa d'en Reixac (Ullastret, Girona), *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18, 43-70.
- MARTÍNEZ CABRERA, F. (1990): La necrópolis ibérica de San Miguel, *Fira i Festes de Sant Miquel*, 50-51.
- MARTÍNEZ CABRERA, F.; IRANZO, P. (1988): La Maralaga. Excavación de urgencia. Abril, 1987, *La Voz de Sincarcas* 6 (Junio-Julio-Agosto), 16-20.
- MARTÍNEZ GARCÍA, J. M. (1990): Materiales de la Segunda Edad del Hierro en la Plana de Utiel, *Anales de la Academia de Cultura Valenciana* 66 (2^a época), 75-106.
- MARTÍNEZ GARCÍA, J. M. (2013): Láminas argéneas con representaciones humanas y otros materiales de significación votiva en el territorio de Kelin y zonas adyacentes (La Plana de Utiel, Valencia), en Ll. Alapont y J. Martí (eds.), *Intervencions sobre el patrimoni arqueològic. Excavació, restauració, difusió, posada en Valor*, Actes de les III Jornades d'Arqueologia de València i Castelló (Museu d'Història de València, 10-12 de Desembre 2010), Valencia, 31-50.
- MARTÍNEZ GARCÍA, J.; CHÁFER, G.; ESPÍ, I. (2001): Materiales de la primera Edad del Hierro en la Plaza del Castillo de la Villa de Requena (Valencia): Un avance, en A. J. Lorrio (ed.), *Los iberos en la Comarca de Requena-Utiel (Valencia)*, Serie Arqueología, Publicaciones Universidad de Alicante, 117-129.
- MARTÍNEZ PERONA, J. V. (1975): Carta Arqueológica de Pedralba y Bugarrá, *Archivo de Prehistoria Levantina* XVI, 169-191.
- MARTÍNEZ PERONA, J. V. (1979): La cueva de las Vacas (Chiva, Valencia), *Varia* I, Departamento de Historia Antigua, Universidad de Valencia, 71-84.
- MARTÍNEZ PERONA, J. V. (1992): El santuario ibérico de la Cueva Merinel (Bugarra). En torno a la función del vaso caliciforme, en J. Juan Cabanilles (coord.), *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*, Serie de Trabajos Varios del SIP 89, Diputación Provincial de Valencia, 261-282.
- MARTÍNEZ VALLE, A. (1995): En torno a la localización de la ceca de *Ikalesken*, en VVAA., *Actas IX Congreso Nacional de Numismática*, Elche, 59-66.
- MARTÍNEZ VALLE, A. (2001): Historiografía y desarrollo de la investigación arqueológica en la Comarca de Requena-Utiel, *Oleana. Cuadernos de Cultura Comarcal* 16, Especial I Congreso de Historia Comarcal, Centro de Estudios Requenenses, Requena, 641-656.
- MARTÍNEZ VALLE, A.; CASTELLANO, J. J. (1996): Conjunto de fusayolas ibérica de dos cuevas santuario de la comarca de Requena Utiel, en VVAA., *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología* (Elche 1995), vol. I, 525-536.
- MARTÍNEZ VALLE, A.; CASTELLANO, J. J. (1997): Los hornos ibéricos de las Casillas del Cura (Venta del Moro), *Recerques del Museu d'Alcoi* 6, 61-71.
- MARTÍNEZ VALLE, A.; CASTELLANO, J. J. (2001): Los Hornos ibéricos de Las Casillas del Cura (Venta del Moro, Valencia), en A. J. Lorrio (ed.), *Los iberos en la Comarca de Requena-Utiel (Valencia)*, Serie Arqueología, Publicaciones Universidad de Alicante, 135-151.
- MARTÍNEZ VALLE, A.; CASTELLANO, J. J.; SÁEZ, A. (2000): La producción de ánforas en el Alfar ibérico de Las Casillas del Cura (Venta del Moro), en C. Maya y G. Pérez Jordà (eds.), *Ibers. Agricultors, artesans*

- i comerciants* (IIIª Reunió sobre Economia en el Món Ibèric), SAGVNTVM-PLAV Extra 3, Valencia, 225-229.
- MARX, A. (2005): Tuer, donner, manger dans le culte sacrificiel de l'ancien Israël, en S. Georgoudi, R. Koch y F. Schmidt (eds.), *La cuisine et l'autel. Les sacrifices en question dans les sociétés de la Méditerranée ancienne*, Brepols, Turnhout, 3-13.
- MAS, M. A. (dir.) (1973): *Gran Enciclopedia de la región valenciana*, tomo III, Valencia.
- MASCHNER, H. D. G. (ed.) (1996): *New Methods, Old Problems: Geographical information Systems in Modern Archaeological Research*, Occasional papers 23, Carbondale.
- MASVIDAL, C.; PICAZO, M.; CURIÀ, E. (2000): Desigualdad política y prácticas de creación y mantenimiento de la vida en la Iberia septentrional, *Arqueología Espacial* 22, 107-123.
- MATA, C.; MORENO, A. PÉREZ, G.; QUIXAL, D.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2007): Casas y cosas del campo: hábitat agrícola y estructura social en los territorios de *Edeta* y *Kelin* (siglos V-III a.n.e.), en C. Belarte (ed.), *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (Ier mil·lenni aC)*, Actes de la IV Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell (Calafell, Tarragona, 6 al 9 de març de 2007), ARQUEO MEDITERRÀNIA 11/2009, 143-152.
- MATA, C. (1978): La Cova del Cavall y unos enterramientos en urna de Liria (Valencia), *Archivo de Prehistoria Levantina* XV, 113-135.
- MATA, C. (1991): *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia). Origen y evolución de la cultura ibérica*, Serie de Trabajos Varios del SIP 88, Diputación Provincial de Valencia.
- MATA, C. (1993): Aproximación al estudio de las necrópolis ibéricas valencianas, en VVAA., *Homenatge a M. Tarradell*, Editorial Curial, Barcelona, 429-448.
- MATA, C. (2001): Límites y fronteras en *Edetania*, *Archivo de Prehistoria Levantina* XXIV, 243-272.
- MATA, C. (2006): El ibérico antiguo de Kelin/Los Villares (Caudete de las Fuentes, València) y el inicio de su organización territorial, en C. Belarte y J. Sanmartí (eds.), *De les Comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental*, Homenatge a Miquel Cura, Actes de la III Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell (Calafell, 25-27 de noviembre de 2004), 123-134.
- MATA, C.; BADAL, E.; COLLADO, E.; RIPOLLÈS, P. P. (eds.) (2010): *Flora Ibérica. De lo real a lo imaginario*, Serie de Trabajos Varios del SIP 111, Diputación de Valencia.
- MATA, C.; BADAL, E.; COLLADO, E.; RIPOLLÈS, P. P. (eds.) (2014): *Fauna Ibérica. De lo real a lo imaginario* (II), Serie de Trabajos Varios del SIP 117, Diputación de Valencia.
- MATA, C.; BONET, H. (1992): La cerámica ibérica: ensayo de tipología, en J. Juan Cabanilles (coord.), *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*, Serie de Trabajos Varios del SIP 89, Diputación Provincial de Valencia, 117-173.
- MATA, C.; DUARTE, F. X.; FERRER M. A.; GARIBO, J.; VALOR, J. P. (2001a): Kelin (Caudete de las Fuentes, València) y su territorio, en A. J. Lorrio (ed.), *Los íberos en la Comarca de Requena-Utiel (Valencia)*, Serie Arqueología, Publicaciones Universidad de Alicante, 76-87.
- MATA, C.; MARTÍ BONAFÉ, M. A.; ARANEGUI, C.; BONET, H.; PÉREZ BALLESTER, J. (1997): La cerámica con decoración figurada y vegetal del Tossal de Sant Miquel (Llíria, Valencia): una propuesta metodológica, en R. Olmos y J. A. Velasco (coords.), *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*, Coloquio Internacional (Roma 11-13 Noviembre 1993), 153-176.
- MATA, C.; MORENO, A.; FERRER, M. A. (2009): Iron, Fuel and Slags: Reconstructing in Ironworking Process in Iberian Iron Age (Valencian Region), *Pyrenae* 40 (2), 105-127.
- MATA, C.; MORENO, A.; QUIXAL, D. (2012): Estrategias de ocupación y explotación del entorno periurbano de Kelin (Caudete de las Fuentes, Valencia), en C. Belarte y R. Plana (eds.), *El paisatge periurbà a la Mediterrània occidental durant la protohistòria i l'antiguitat*, Actes del Col·loqui internacional (Tarragona, 6-8 maig del 2009), ICAC, Tarragona, 183-197.
- MATA, C.; QUIXAL, D. (2014): El territorio de Kelin: un espacio secundario de producción y circulación de imitaciones en el interior valenciano (ss. VII a.C.-I d.C.), en R. Morais, A. Fernández y M. J. Sousa (eds.), *As produções cerâmicas de imitação na Hispania*, Monografias Ex Officina Hispana II, Oporto, 51-59.
- MATA, C.; VIDAL, F. X.; DUARTE, F. X.; FERRER, M. A.; GARIBO, J.; VALOR, J. P. (2001b): Aproximació a l'organització del territori de Kelin, en A. Martín y R. Plana (coords.), *Territori polític i territori rural durant l'edat del Ferro a la Mediterrània occidental*, Actes de la taula rodona celebrada a Ullastret del 25 al 27 de maig de 2000, Monografies d'Ullastret, 2, Girona, 309-326.
- MAVRIDIS, F.; JENSEN, J. T. (eds.) (2013): *Stable Places and Changing Perceptions: Cave Archaeology in Greece*, BAR International Series 2558, Archaeopress, Oxford.
- MAYORAL, V.; CELESTINO, S. (eds.) (2011): *Tecnologías de información geográfica y análisis arqueológico del territorio*, en VVAA., Actas del V Simposio

- Internacional de Arqueología de Mérida, CSIC, Junta de Extremadura, Mérida.
- MAZUMBAR, S.; MAZUMBAR, S. (2004): Religion and place attachment: A study of sacred places, *Journal of Environmental Psychology* 24, 385-397.
- MEINDL, R. S.; LOVEJOY, C. O. (1985): Ectocranial Suture Closure: A Revised Method for the Determination of Skeletal Age at Death Based on the Lateral Anterior Sutures, *American Journal of Physical Anthropology* 68, 57-66.
- MÉNIEL, P. (1992): *Les sacrifices d'animaux chez les Gaulois*, Éditions Errance, Paris.
- MÉNIEL, P. (2012): Archéozoologie et sanctuaires: quelques développements récents, en O. De Cazanove y P. Méniel (coords.), *Étudier les lieux de culte de Gaule romaine*, Actes de la Table Ronde de Dijon (18-19 septembre 2009), Éditions Monique Mergoïl, Montagnac, 10-20.
- MÉNIEL, P.; ARBOGAST, R. M. ; LEPTZ, S. (2005): Les animaux dans les pratiques funéraires et religieuses, en M.-P. Horard-Herbin y J.-D. Vigne (dirs.), *Animaux, environnements et sociétés*, Éditions Errance, Paris, 131-150.
- MILLS, B.; WALKER, W. H. (2008): Memory, Materiality, and Depositional Practice, en B. J. Mills y W. H. Walker (eds.), *Memory Work: Archaeologies of Material Practices*, School for Advanced Research Press, Santa Fe, 3-23.
- MIQUEL-FEUCHT, M.; VILLALAIN, J. D. (2001): Una inhumación infantil de la Primera Edad del Hierro en la Villa de Requena (Valencia): Estudio antropológico y paleopatológico, en A. J. Lorrio (ed.), *Los iberos en la Comarca de Requena-Utiel (Valencia)*, Serie Arqueología, Publicaciones Universidad de Alicante, 129-134.
- MIRÓ, C.; MOLIST, N. (1990): Elements de ritual domèstic al poblament ibèric de la Penya del Moro, *Zephyrus* XLIII, 311-319.
- MIRÓ, J. M. (1992): Estudio de la fauna de la necrópolis ibérica del Turo dels dos Pins (Cabrera del Mar, el Maresme), *Archaeofauna* 1, 157-169.
- MOLINA, L. (1998): La Cova de les Meravelles (Xaló, Marina Alta, Alacant). Estudi de material sense estratigrafia, *SAGVNTVM-PLAV* 31, 79-86.
- MOLINOS, M.; CHAPA, T.; RUIZ, A.; PEREIRA, J. (1998): El santuario heroico de "El Pajarillo" (Huerma, Jaén), en C. Aranegui (coord.), *Los Iberos. Principes de Occidente: estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Actas del Congreso Internacional (Barcelona, 12-14 de marzo de 1998), Centro cultural de la Fundación "la Caixa", Barcelona, *SAGVNTVM-PLAV* Extra 1, Valencia, 159-168.
- MOLINOS, M.; RUEDA, C. (2011): Entre tradición en innovación: el imaginario religioso de los nuevos espacios de representación pública, en J. Blázquez (ed.), *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares (Madrid, del 8 de julio al 16 octubre de 2011), Madrid, 213-236.
- MOLTÓ, S.; REIG, C. (1996): La sepultura 53 de la necrópolis ibérica de La Serreta, *Recerques del Museu d'Alcoi* 5, 121-135.
- MONEO, T. (2001): La posible cueva-santuario de El Molón (Camporrobles, Valencia), en A. J. Lorrio (ed.), *Los iberos en la Comarca de Requena-Utiel (Valencia)*, Serie Arqueología, Publicaciones Universidad de Alicante, 171-182.
- MONEO, T. (2003): Religio ibérica: santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I a.C.), Real Academia de la Historia, Madrid.
- MONRAVAL, J. M.; LOPEZ PIÑOL, M. (1984): Restos de un silicernio en la necrópolis ibérica de El Molar, *SAGVNTVM-PLAV* 18, 145-162.
- MONTELLO, D. R.; MOYES, H. (2012): Why Dark Zones Are Sacred, en H. Moyes (ed.), *Sacred darkness: a Global Perspective on the Ritual Use of Caves*, University Press of Colorado, Boulder, 385-396.
- MONZÓ, A. (1946): Notas arqueológicas-prehistóricas del agro saguntino, *Anales del Centro de Cultura Valenciana* VII (2ª época), 68.
- MORAIS, R. (2006): Potes meleiros e colmeias em cerâmica: uma tradição milenar, *SAGVNTVM-PLAV* 38, 149-161.
- MORALES, A.; RUBIO, F.; SALCEDO, B. (1983): Los restos óseos recuperados en el santuario ibérico de El Cigarralejo (Murcia), *Noticiario Arqueológico Hispánico* 15, 139-149.
- MORALES, J. V. (2003): Estudio de la fauna de la cueva-santuario púnica de Es Culleram (San Joan, Eivissa), *SAGVNTVM-PLAV* 35, 113-122.
- MORAÑO, I.; GARCÍA FUERTES, J. M. (1990-1991): Introducción al estudio del poblamiento durante la Edad del Bronce en el Sur de la Plana Baixa (Castellón), *Butlletí de l'Associació Arqueològica de Castelló* 9/11, 13-67.
- MOREAU, A. (1992): *Initiation en Grèce antique*, Dialogues d'Histoire ancienne, Paris.
- MOREL, J. P. (1981): *La Céramique Campanienne: Les Formes*, École Française de Rome, Roma.
- MORENA, J. A. (2010): Torreparedones: un yacimiento único, *Revista ph del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico* 76, 20-67.
- MORENO, A. (2010): *Cuando el paisaje se convierte en territorio: Aproximación al proceso de territorialización ibero en La Plana d'Utiel, València* (ss. VI-II a.n.e.), Tesis doctoral inédita, Universitat de València.
- MORENO, A. (2011a): *Cuando el paisaje se convierte en territorio: Aproximación al proceso de territorialización ibero en La Plana d'Utiel, València* (ss. VI-II a.n.e.), BAR International Series 2298, Archaeopress, Oxford.

- MORENO, A. (2011b): Hábitat y paisaje en el territorio de la ciudad ibérica de Kelin (Caudete de las Fuentes, Valencia), en J. P. López, D. Hernández y J. García (eds.), *Los vínculos entre el hábitat y el paisaje*, Actas del I Congreso de Arqueología de Chamartín (Ávila) (Chamartín, 1-8 de agosto de 2010), 177-189.
- MORENO, A.; QUIXAL, D. (2009): El territorio inmediato de Kelin en época ibérica (siglos IV-III a.C.): estrategias productivas y poblacionales, *SAGVNTVM-PLAV* 41, 109-118.
- MORENO, A.; QUIXAL, D. (2011): El territorio inmediato de Kelin en época ibérica (siglos IV-III a.C.): un caso práctico de análisis con SIG, en V. Mayoral y S. Celestino (eds.), *Tecnologías de información geográfica y análisis arqueológico del territorio*, Actas del V Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, Anejos de AEspA LIX, 193-202.
- MORENO, A.; VALOR, J. (2010): Casas, Personas y Comunidades: aproximación al cómputo poblacional de la ciudad ibérica de Kelin (Caudete de las Fuentes, València) y su territorio, *Arqueología Espacial* 28, 245-264.
- MORINIS, A. (ed.) (1992): *Sacred Journeys: The Anthropology of Pilgrimage*, Greenwood Press, Westport, London.
- MORLEY, I. (2007): Time, Cycles and Ritual Behavior, en D. A. Barrowclough y C. Malone (eds.), *Cult in Context: Rethinking Ritual in Archaeology*, Oxbow Books, Oxford, 205-209.
- MOSELEY, M. E. (1975): Prehistoric Principles of Labor Organization in the Moche Valley, Peru, *American Antiquity*, 191-196.
- MOYA, F. (1998): *La Cueva Santa del Cabriel (Mira, Cuenca). Aproximación a la evolución histórico-religiosa del Santuario y de la imagen allí venerada*, Ayuntamiento de Fuentesobres, Utiel.
- MOYES, H. (2006): *The Sacred Landscape as a Political Resource: a case study of Ancient Maya Cave Use at Chechem Ha Cave, Belize, Central America*, Tesis doctoral inédita, State University of New York at Buffalo.
- MOYES, H. (2008): Charcoal As a Proxy for Use-Intensity in Ancient Maya Cave Ritual, en L. Fogelin (ed.), *Religion, Archaeology, and the Material World*, Center for Archaeological Investigations, Occasional Paper No. 36, Southern Illinois University Carbondale, 139-158.
- MOYES, H. (ed.) (2012): *Sacred Darkness: a Global Perspective on the Ritual Use of Caves*, University Press of Colorado, Boulder.
- MURPHY, E. M. (ed.) (2008): *Deviant Burial in the Archaeology Record*, Oxbow Books, Oxford.
- MURRAY, M. L. (1995): Viereckchancen and Feasting: Socio-Political Ritual in Iron-Age Central Europe, *Journal of European Archaeology* 3 (2), 125-151.
- NICOLAU, M. R. (1998): Un santuario ibero-romano saguntino situado en la Montaña Frontera (Sagunto, Valencia), *Anales de Arqueología Cordobesa* 9, 25-49.
- NICOLINI, G. (1969): *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques*, Paris.
- NICOLINI, G. (1998): Les bronzes figurés ibériques: Images de la classe des prêtres, en C. Aranegui (coord.), *Los Iberos. Principes de Occidente: estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Actas del Congreso Internacional (Barcelona, 12-14 de marzo de 1998), Centro cultural de la Fundación "la Caixa", Barcelona, SAGVNTVM-PLAV Extra 1, Valencia, 245-254.
- NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A. M. (2003): El uso ritual de la vajilla cerámica en la necrópolis púnica de Cádiz, *Archivo Español de Arqueología* 76 (nº 187-188), 3-30.
- NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A. M. (2014): Algunos indicios sobre la (posible) práctica de sacrificios humanos en Cádiz, en A. M. Arruda (ed.), *Fenicios e Púnicos, por terra e mar*, Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos, vol. 2, Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa (25 de Setembro a 1 de Outubro de 2005), Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa, 1050-1061.
- NORDIN, A. (2009): Ritual Agency, Substance Transfer and the Making of Supernatural Immediacy in Pilgrim Journeys, *Journal of Cognition and Culture* 9, 195-223.
- NORDIN, A. (2011): Dreaming in religion and pilgrimage: cognitive, evolutionary and cultural perspectives, *Religion* 41 (2), 225-249.
- O'CONNOR, K. (2015): *The Never-ending Feast. The Anthropology and Archaeology of Feasting*, Bloomsbury, London & New York.
- O'SHEA, J. M. (1984): *The Mortuary Variability: An Archaeological Investigation*, Academic Press, Orlando.
- OCHARÁN IBARRA, J. A. (2013): Aproximación al estudio de los santuarios rupestres ibéricos de la región de Murcia; La Nariz (Moratalla, Murcia), en C. Rísquez y C. Rueda (eds.), *Santuarios iberos: Territorio, ritualidad y memoria*, Actas del Congreso Internacional "El Santuario de la Cueva de La Lobera de Castellar. 1912-2012" (Jaén, 4-6 octubre 2012), Asociación para el desarrollo rural de la Comarca de El Condado, Jaén, 183-212.
- OCHARÁN, J. A. (2014): Proyecto Arqueológico del Santuario Rupestre Ibérico de la Nariz (Moratalla, Murcia). La fuerza de las pequeñas respuestas al gran problema o cómo investigar en época de crisis, *Monográfico* 9, Junta de Extremadura, Consejería de Educación, 741-154.
- OCHARÁN, J. A. (2015): Santuarios rupestres ibéricos de la Región de Murcia, *Verdolay* 14, 103-142.
- OCHARÁN, J. A.; ALFARO, C. (2014): Fragmento de tejido ibérico (s. II a. C.) del santuario de La Nariz

- (Moratalla, Murcia), en C. Ferrando y B. Costa (eds.), *In amicitia. Miscel·lània d'Estudis en Homenatge a Jordi H. Fernández*, Treballs del Museu arqueològic d'Eivissa i Formentera 72, Ibiza, 35-51.
- OESTIGARD, T. (2000): Sacrifices of Raw, Cooked and Burnt Humans, *Norwegian Archaeological Review* 33 (1), 41-58.
- OLÀRIA, C. (1977): Las dataciones de C-14 en el País Valenciano, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 4, 271-280.
- OLCINA, M. H.; MARTÍNEZ, A.; SALA, F. (2009): *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Épocas ibérica y romana I. Historia de la investigación y síntesis de las intervenciones recientes (2000-2003)*, Serie Mayor 7, Museo Arqueológico de Alicante.
- OLIVER, A. (1978): Epigrafía ibérica de la provincia de Castellón, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 5, 265-291.
- OLIVER, A. (1995): Acerca de los restos humanos localizados en los poblados ibéricos, *ARX*, 1, 35-41.
- OLIVER, A. (1996): Fauna y vegetación en los ritos culturales ibéricos, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 17, 281-308.
- OLIVER, A. (1997): La problemática de los lugares sacros en la historiografía arqueológica, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18, 495-516.
- OLIVER, A. (2002-2003): Sacrificios y 'mala muerte' en el registro arqueológico de los yacimientos ibéricos, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I. Prehistoria y Arqueología* 16/17, 391-417.
- OLIVER, A. (2010): Cova dels Orguens, la Vall d'Uixó (Castellón). Un nuevo asentamiento ibérico en cueva, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 28, 191-205.
- OLIVER, A.; BLASCO, M.; FREIXA, A.; RODRÍGUEZ, P. (1984): El proceso de iberización en la plana litoral del sur de Castellón, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 10, 63-110.
- OLIVER, A.; GÓMEZ BELLARD, F. (1989): Nuevos enterramientos infantiles de inhumación, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 14, 51-62.
- OLIVER, A.; GUSI, F. (1991): Los primeros contactos comerciales mediterráneos en el norte del País Valenciano (Siglos VII-VI A.C.), en J. Remesal y O. Musso (coord.), *La presencia del material etrusco en la Península Ibérica*, Universitat de Barcelona, 197-214.
- OLIVIER, G. (1960): *Practique anthropologique*, Vigot Frères, Paris.
- OLMOS, R. (1992): Iconografía y culto de las aguas de época prerromana en los mundos colonial e ibérico, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua* 5, 103-120.
- OLMOS, R. (2000-2001): Diosas y animales que amamantan: la transición de la vida en la iconografía ibérica, *Zephyrus* LIII-LIV, 353-378.
- OLMOS, R. (2002): Rites d'initiation et espaces sacrificiel en Ibérie préromaine, en P. Linant de Bellefonds, J. Lechant y J. C. Balty (eds.), *Rites et cultes dans le monde Antique*, Actes de la Table Ronde du LIMC à la Villa Kèrylos, vol. 12, Paris, 39-60.
- OLMOS, R. (2007): El lenguaje de la diosa de los pebeteros: signo icónico y función narrativa en dos tumbas de La Albufereta (Alicante), en M^a. C. Ceballos y F. Horn (eds.), *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina*, SPAL Monografías IX, Universidad de Sevilla, 367-390.
- OLMOS, R. (2010): Viajes iniciáticos en Grecia y en Iberia: un recorrido iconográfico hacia el reino de lo desconocido, en F. Marco, F. Pina y R. Remesal (coord.), *Viajeros, peregrinos y aventureros en el mundo antiguo*, Universitat de Barcelona, 115-146.
- OLMOS, R. (coord.) (1999): *Los Iberos y sus imágenes*, CD-Rom, Micronet S.A., Madrid.
- OLMOS, R.; GRAU, I. (2005): El Vas dels Guerres de La Serreta, *Recerques del Museu d'Alcoi* 14, 79-98.
- OLMOS, R.; TORTOSA, T. (2009): Vasos griegos en Iberia: una diversidad de espacios y usos sacros, en S. Fortunelli y C. Masseria (eds.), *Ceramica attica da santuari della Grecia, delle Ionia e dell'Italia*, Atti Convegno, Perugia 14-17 marzo 2007, Osanna Edizioni, Perugia, 57-70.
- OLMOS, R.; TORTOSA, T. (2010): Aves, diosas y mujeres, en T. Chapa y M^a. I. Izquierdo (coords.), *La Dama de Baza: Un viaje femenino al más allá*, Actas del Encuentro Internacional Museo Arqueológico Nacional (27 y 28 de Noviembre de 2007), Madrid, 243-258.
- OLMOS, R.; TORTOSA, T.; IGUÁCEL, P. (1992): Catálogo. Aproximaciones a unas imágenes desconocidas, en R. Olmos (ed.), *La Sociedad Ibérica a través de la imagen*, Catálogo de la Exposición, Centro Nacional de Exposiciones, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Madrid, 33-182.
- OREJAS, A. (1995): *Del "marco geográfico" a la Arqueología del Paisaje. La aportación de la Fotografía Aérea*, Monografías CSIC 15, Madrid.
- ORENGO, H.; EJARQUE, A.; ALBIACH, R. (2013): El territorio de la ciudad iberorromana de La Carència: resultados del análisis microrregional del paisaje arqueológico, en R. Albiach (coord.), *L'oppidum de la Carència de Torís i el seu territori*, Serie de Trabajos Varios del SIP 116, Diputación de Valencia, 281-292.
- PAGE DEL POZO, V. (1984): *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia*, Serie Arqueológica 1, Instituto Antonio de Nebrija, CSIC, Madrid.
- PALOMAR, V. (1985a): *Yacimientos de la Edad del Bronce en el Alto Palancia: contribución al estudio de su poblamiento*, Tesis de licenciatura inédita, Universitat de València.

- PALOMAR, V. (1985b): El poblamiento prehistórico del Alto Palancia: Estado actual de nuestros conocimientos, en VV.AA., *La Provincia de Castellón de la Plana. Tierras y gentes*, Caja de Ahorros de Castellón, Castellón de la Plana.
- PALOMAR, V. (1986): La Cueva del Murciélago (Altura, Castellón). 1ª y 2ª campaña de excavaciones, en VVAA., *Crónica del XIX Congreso Arqueológico Nacional* (Valencia, 1987), vol. 1, 963-972.
- PALOMAR, V. (1990-1991): Las dataciones de c-14 de la Cueva del Murciélago (Altura, Castellón), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 15, 419-436.
- PALOMAR, V.; OLIVER, A. (1985): La Cueva de Cerdaña (Pina de Montalgrao, Castellón), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 11, 141-155.
- PALOMARES, E. (1966): Hallazgos arqueológicos en Sinarcas y su comarca, *Archivo de Prehistoria Levantina* XI, 231-247.
- PARCERO, C. (2002): *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico*, Ortegalia, Monografías de Arqueología, Historia e Patrimonio, CSIC, Xunta de Galicia, Ortigueira.
- PARCERO, C.; CRIADO, F.; SANTOS, M. (1998a): Rewriting landscape: incorporating sacred landscapes into cultural traditions, *World Archaeology* 30 (1), 159-176.
- PARCERO, C.; CRIADO, F.; SANTOS, M. (1998b): La Arqueología de los espacios sagrados, *Arqueología Espacial* 19-20, 507-516.
- PARCERO, C.; FÁBREGA, P. (2006): Diseño metodológico para el análisis locacional de asentamientos a través de un SIG de base "raster", en I. Grau (ed.), *La aplicación de los SIG en la arqueología del paisaje*, Serie Arqueología, Publicaciones Universidad de Alicante, 69-90.
- PARDO, F.; OLLER, M^a. T. (1997): *Los Mayos en el campo de Requena-Utiel y otras comarcas valencianas*, Requena.
- PARKER, M. (1993): The Powerful Dead: Archaeological Relationships between the Living and the Dead, *Cambridge Archaeological Journal* 3 (2), 203-229.
- PASCUAL, J. LI. (2006): La Cueva de la Cocina y el arte epipaleolítico, en H. Bonet, M^a. J. de Pedro, A. Sánchez y C. Ferrer (coords.), *Arqueología en blanco y negro. La labor del SIP: 1927-1950*, Valencia, 183-188.
- PASCUAL, I.; ARANEGUI, C. (1993): Una torre defensiva de época romano-republicana en el Castell de Sagunt, *SAGVNTVM-PLAV* 26, 189-203.
- PASCUAL, J. LI.; GARCÍA PUCHOL, O. (2015): Los moluscos marinos del Mesolítico de la Cueva de la Cocina (Dos Aguas, Valencia), en I. Gutiérrez, D. Cuenca y M. R. González (eds.), *La Investigación Malacológica en la Península Ibérica: Nuevas aportaciones*, Santander, 65-75.
- PASÍES, T.; PEIRÓ, M^a. A. (2006): Antiguas intervenciones sobre piezas arqueológicas del Museo de Prehistoria de Valencia, en P. Roig, J. C. Bernal, M^a. T. Moltó y E. Nebot (eds.), *XVI Congreso Internacional de Conservación y Restauración de Bienes Culturales* (Valencia, Noviembre 2006), Valencia, 987-996.
- PAU, C. (1931): Muros y castros de Segorbe, *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura* 12, 121-122.
- PAYNE, S. (1982): Eruption and Wear in the Mandibular Dentition as a Guide to Ageing Turkish Angora Goats, en B. Wilson, C. Grigson y S. Payne (eds.), *Ageing and Sexing Animal Bones from Archaeological Sites*, BAR International Series 109, Archaeopress, Oxford, 155-206.
- PEREA, A.; WILLIAMS, D.; OLMOS, R. (2007): *El héroe y el Monstruo*, Catálogo Exposición, Museo Arqueológico Nacional (Madrid, 27 abril-29 julio), Ministerio de Cultura, Madrid.
- PEREGO, E.; SARACINO, M.; ZAMBONI, L.; ZANONI, V. (2015): Practices of Ritual Marginalisation in Late Prehistoric Veneto: Evidence from the field, en Z. Devil y E.-J. Graham, *Death embodied. Archaeological approaches to the treatment of the corpse*, Oxbow Books, Oxford, 129-159.
- PÉREZ BALLESTER, J. (1992): El Abrigo de Reiná (Alcalá del Júcar). Ensayo sobre un nuevo modelo de lugar de culto en época ibérica, en J. Juan Cabanilles (coord.), *Estudios de arqueología ibérica y romana, Homenaje a Enrique Pla Ballester*, Serie de Trabajos Varios del SIP 89, Diputación Provincial de Valencia, 289-300.
- PÉREZ BALLESTER, J.; BORREDÁ, R. (2004): La Carraposa (Rotglà i Corbera-Llanera de Ranes). Un lugar de culto ibérico en el Valle del Canyoles (La Costera, València), *Madrider Mitteilungen* 45, 274-320.
- PÉREZ JORDÀ, G.; IBORRA, M. P.; GRAU, E.; BONET, H.; MATA, C. (1999): La explotación agraria del territorio en época ibérica: los casos de Edeta y Kelin, en R. Boxó y E. Pons (dirs.), *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'Edat del Ferro de l'Europa Occidental: de la producció al consum*, Actes del XXII Col·loqui Internacional per l'Estudi de l'Edat del Ferro (Girona, 1999), Sèrie Monogràfica 18, Museu d'Arqueologia de Catalunya, Girona, 151-167.
- PÉREZ JORDÀ, G.; MATA, C.; MORENO, A.; QUIXAL, D. (2007): L'assentament ibèric del Zoquete (Requena, València): resultats preliminars de la 1ª campanya d'excavació, *SAGVNTVM-PLAV* 39, 233-236.
- PÉREZ JORDÀ, G.; MATA, C.; MORENO, A.; QUIXAL, D. (2015): Lagares de piedra y bodegas en el territorio ibérico de Kelin (Comarca de Utiel-Requena, Valencia) (Siglos V-III a.C.), en M. Contreras y L. V. Elias (coord.), *Lagares rupestres: aportaciones para su investigación*, Asociación para el Desarrollo de La Rioja Alta, La Rioja, 61-69.

- PÉREZ RIPOLL, M. (1992): *Marcas de carnicería, fracturas intencionales y mordeduras de carnívoros en huesos prehistóricos del Levante español*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante.
- PÉREZ SANTAFOSTA, M. (2014): *Les Coves Santuari d'època ibèrica al litoral meridional de Catalunya: El cas de la Cova de la Font Major (l'Espluga del Francolí)*, Trabajo Final de Máster inédito, Universitat Rovira i Virgili.
- PERICOT, L. (1946): La Cueva de la Cocina (Dos Aguas). Nota preliminar, *Archivo de Prehistoria Levantina* II, 39-72.
- PIQUERAS, J. (1997): *La Meseta de Requena-Utiel*, Centro de Estudios Requenenses, Requena.
- PLA BALLESTER, E. (1945): Cova de les Meravelles (Gandía), *Archivo de Prehistoria Levantina* II, 191-202.
- PLA BALLESTER, E. (1962): Nota preliminar sobre Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia), en VVAA., *VII Congreso Nacional de Arqueología* (Barcelona, 1960), Barcelona, 233-239.
- PLA BALLESTER, E. (1966): Actividades del Servicio de Investigación Prehistórica (1961-1965), *Archivo de Prehistoria Levantina* XI, 275-328.
- PLA BALLESTER, E. (1968): Instrumentos de trabajo ibéricos en la región valenciana, en M. Tarradell (dir.), *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*, Vicens-Vives, Barcelona, 143-190.
- PLA BALLESTER, E. (1972): Actividades del Servicio de Investigación Prehistórica V (1966-1970), *Archivo de Prehistoria Levantina* XIII, 279-358.
- PLA BALLESTER, E. (1980a): *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia)*, Serie de Trabajos Varios del SIP 68, Diputación Provincial de Valencia.
- PLA BALLESTER, E. (1980b): Los iberos, en E. Pla Ballester (coord.), *Nuestra historia*, vol. I, Mas Ivars, Valencia, 197-271.
- PLA BALLESTER, E. (1985): Excavación de urgencia en la Cueva del Sapo, del término de Chiva, en E. Pla Ballester (coord.), *La Labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en 1983*, Valencia, 56-60.
- PLA BALLESTER, E. (coord.) (1984): *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1982*, Valencia.
- PLA BALLESTER, E.; GIL-MASCARELL, M. (1978): Un interesante vaso de Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia), *Archivo de Prehistoria Levantina* XV, 137-145.
- PONS, E. (1997): Estructures, objectes i fets culturals en el jaciment protohistòric de Mas Gastellar (Pontós, Girona), *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18, 71-89.
- PORTELL, E. (1983): *Informe preliminar sobre el sondeo de urgencia realizado en la "Cova del Sapo", Chiva (Valencia)*, Informe inédito depositado en 1983 en el SIP.
- POTTER, J. M. (2000): Pots, Parties, and Politics: Communal Feasting in the Ancient Southwest, *American Antiquity* 65 (3), 471-492.
- PRADO, C. del (1896): *Noticia sobre cavernas y minas primordiales de España*, Madrid.
- PRADOS, L. (1992): *Exvotos ibéricos de bronce del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid.
- PRADOS, L. (1994): Los santuarios ibéricos. Apuntes para el desarrollo de una arqueología de culto, *Trabajos de Prehistoria* 51 (1), 129-140.
- PRADOS, L. (1996): Imagen, religión y sociedad en la toréutica ibérica, en R. Olmos (ed.), *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*, Colección Lynx, Madrid, 131-144.
- PRADOS, L. (1997): Los ritos de paso y su reflejo en la toréutica ibérica, en R. Olmos y J. A. Santos (eds.), *Iconografía ibérica, iconografía itálica. Propuestas de interpretación y lectura*, Coloquio Internacional (Roma 11-13 noviembre de 1993), Serie Varia 3, CSIC, Universidad Autónoma de Madrid.
- PRADOS, L. (2004): Un viaje seguro: Las representaciones de pies y aves en la iconografía de época ibérica, *CuPAUAM* 30, 91-104.
- PRADOS, L. (2007): Mujer y espacios sagrado: haciendo visibles a las mujeres en los lugares de culto de época ibérica, en M. Sánchez Romero (ed.), *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género*, Dossier Complutum 18, Madrid, 217-225.
- PRADOS, L. (2008): Y la mujer se hace visible: estudios de género en la arqueología ibérica, en L. Prados y C. López (coords.), *Arqueología del género*, I Encuentro Internacional de la UAM, Madrid, 225-250.
- PRADOS, L. (2012): La participación de la comunidad, las unidades domésticas y los individuos en los rituales de los santuarios de la cultura ibérica, en T. Tortosa (ed.), *Diálogos de identidades. Bajo el prisma de las manifestaciones religiosas en el ámbito mediterráneo (s. III-a.C. – s. I d.C.)*, Anejos de AEspa LXXII, 123-134.
- PRADOS, L.; IZQUIERDO, M^a. I. (2002-2003): Arqueología y género: la imagen de la mujer en el mundo ibérico, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 42, 213-230.
- PRESEDO, F. (1982): *La necrópolis de Baza*, Excavaciones Arqueológicas de España 119, Ministerio de Cultura, Madrid.
- PRESTON, J. J. (1992): Spiritual Magnetism: An Organising Principle for the Study of Pilgrimage, en A. Morinis (ed.), *Sacred Journeys: the Anthropology of Pilgrimage*, Greenwood Press, Westport (CT) & London, 31-46.
- PRINCIPAL, J.; RIBERA I LACOMBA, A. (2013): El material más apreciado por los arqueólogos. La cerámica fina. La cerámica de barniz negro, en A. Ribera i Lacomba (coord.), *Manual de cerámica romana. Del mundo Helenístico al Imperio Romano*, Museo

- Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, Madrid, 42-146.
- PRINCIPAL-PONCE, J. (1998): *Las importaciones de vajilla fina de barniz negro en la Cataluña litoral y occidental en el siglo III a.C. Comercio y dinámica de adquisición en las sociedades indígenas*, BAR International Series 729, Archaeopress, Oxford.
- PUIG Y LARRAZ, G. (1896 [1995]): *Cavernas y simas de España*, Boletín de la Comisión del Mapa Geológico de España, tomo XXXI, Madrid.
- QUESADA, F. (1994): Vino, aristócratas, tumbas y guerreros en la cultura ibérica (siglos V-II a.C.), *Verdolay* 6, 99-124.
- QUESADA, F. (1995): Vino y guerreros: banquetes, valores aristocráticos y alcohol en Iberia, en S. Celestino (ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Jerez de la Frontera, 271-296.
- QUESADA, F. (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*, Monographies Instrumentum 3, Monique Mergoïl, Montagnac.
- QUIXAL, D. (2008): *El valle del Magro entre los siglos VI-I a.C.: Una aproximación a la movilidad en época ibérica*, Trabajo de Investigación de Licenciatura inédito, Universitat de València.
- QUIXAL, D. (2010): El pico de los Ajos (Yátova) y el poblamiento ibérico en torno a los ríos Magro y Mijares, *Revista de Estudios Comarcales* 9, 25-33.
- QUIXAL, D. (2012): El valle del Magro como vía de comunicación en época ibérica (siglos VI-I a.C.), *Archivo de Prehistoria Levantina* XXIX, 187-208.
- QUIXAL, D. (2013a): *La Meseta de Requena-Utiel entre los siglos II-I a.C.: La Romanización del territorio ibérico de Kelin*, Tesis doctoral inédita, Universitat de València.
- QUIXAL, D. (2013b): Las comunicaciones entre los territorios ibéricos del interior valenciano: Kelin y La Carència en los siglos VI-I a.C., en R. Albiach (coord.), *L'oppidum de la Carència de Torís i el seu territori*, Serie de Trabajos Varios del SIP 116, Diputación de Valencia, 293-301.
- QUIXAL, D. (2015): *La Meseta de Requena-Utiel (Valencia) entre los siglos II a.C. y II d.C. La Romanización del territorio ibérico de Kelin*, Serie de Trabajos Varios del SIP 118, Diputación de Valencia.
- QUIXAL, D.; MATA, C.; ALBELDA, V.; PÉREZ, A. (2010): Primera campaña de excavación en el asentamiento ibérico final de La Casa de la Cabeza (Requena, Valencia), *SAGVNTVM-PLAV* 42, 115-117.
- QUIXAL, D.; MATA, C.; ALBELDA, V.; PÉREZ, A. (2011): Segunda campaña de excavación en el asentamiento ibérico final de La Casa de la Cabeza (Requena, Valencia), *SAGVNTVM-PLAV* 43, 205-208.
- QUIXAL, D.; MATA, C.; ALBELDA, V.; PÉREZ, A.; SANCHO, L. (2012): Tercera campaña de excavación en el asentamiento ibérico final de La Casa de la Cabeza (Requena, Valencia), *SAGVNTVM-PLAV* 44, 185-188.
- QUIXAL, D.; MORENO, A. (2011): Vadocañas y los vados sobre El Cabriel en época ibérica, *El Lebrillo Cultural: Boletín de la Asociación Cultural de Amigos de Venta del Moro* 28, 15-20.
- QUIXAL, D.; MORENO, A.; MATA, C. (2007): Campaña de prospección en el valle del río Magro/corredor de Hortunas (Requena-Yátova, València), *SAGVNTVM-PLAV* 39, 209-211.
- QUIXAL, D.; MORENO, A.; MATA, C.; PÉREZ JORDÀ, G. (2008): L'assentament ibèric del Zoquete (Requena, València), *SAGVNTVM-PLAV* 40, 233-236.
- QUIXAL, D.; PÉREZ, G.; MORENO, A.; CARRIÓN, Y. (2016): Bodegas, lagares y almazaras en el territorio de Kelin (siglos V-III a.C.): el caso de la Rambla de la Alcantarilla (Requena, Valencia), *Archivo Español de Arqueología* 89, 25-43.
- RAFEL, N. (2007): El textil como indicador de género en el registro funerario ibérico, en P. González Marcén, C. Masvidal, S. Montón y M. Picazo (eds.), *Interpreting household practices: reflections on the social and cultural roles of maintenance activities* (Barcelona, 21-24 novembember 2007), *Treballs d'Arqueologia* 13, Edicions Bellaterra, Barcelona, 115-146.
- RAGA, M. (1995): El poblado ibérico de 'La Covalta' (Albaida, Valencia y Agres, Alicante): estudio de las cerámicas ibéricas y su aportación a la problemática sobre su cronología, *SAGVNTVM-PLAV* 29, 113-122.
- RAMALLO, S.; BROTONS, F. (1997): El santuario ibérico de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia), *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18, 257-268.
- RAMÓN, J. (1982): *Es Cuieram 1907-1982: 75 años de investigación*, Delegación del Ministerio de Cultura, Ibiza.
- RAMÓN, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*, Universitat de Barcelona.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R. (1997): La representación de grifos en la cerámica ibérica de la Alcudía. Su interpretación simbólica, en VVAA., *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, vol. 1, 313-318.
- RAMOS MOLINA, A. (1997): *La planimetría del yacimiento de La Alcudia de Elche*, Instituto Alicante de Cultura Juan Gil-Albert, Diputación Provincial de Alicante.
- RAPIN, A. (1993): Destructions et mutilations des armes dans les nécropoles et les sanctuaries au second Age du Fer : réflexions sur les rituels et leur description, en VVAA., *Les Celtes en Normandie. Les rites funéraires en Gaule (IIIe-Ier siècle avant J.-C.)*, Actes du 14ème colloque de l'Association Française pour l'Étude de l'Âge du Fer (Evreux, mai 1990), *Revue Archéologique de l'Ouest, Supplément* 6, Rennes, 291-298.

- RAPIN, A.; BRUNAUX, J. L. (1988): *Gournay II: Boucliers et Lances et Dépôts et Trophées*, Revue Archeologique de Picardie, Éditions Errance, Paris.
- RAPPAPORT, R. A. (1999): *Ritual and Religion in the Making of Humanity*, Cambridge University Press.
- RAURET, A. M. (1962): Consideraciones sobre hallazgos ibero-romanos en la "Font Major" (Espluga de Francolí), en VVAA., *Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología* (Barcelona, 1961), Zaragoza, 251-254.
- REBAY-SALISBURY, K. (2015): Neither fish nor fowl: burial practices between inhumation and cremation, en Z. Devil y E.-J. Graham, *Death embodied. Archaeological approaches to the treatment of the corpse*, Oxbow Books, Oxford, 18-40.
- RENAULT, P. (1970): *La formation des cavernes*, Presses Universitaires de France, Paris.
- RENFREW, A. C. (1985): *The Archaeology of Cult: the Sanctuary at Phylakopi*, British School of Archaeology at Athens, London.
- RIBERA I LACOMBA, A. (1982): *Las ánforas prerromanas valencianas (fenicias, ibéricas y púnicas)*, Serie de Trabajos Varios del SIP 73, Diputación Provincial de Valencia.
- RIPOLLÈS, P. P. (1977): El monetario del Museo Arqueológico de Sagunto, *SAGVNTVM-PLAV* 12, 243-263.
- RIPOLLÈS, P. P. (1979): La ceca de Celin. Su posible localización en relación con los hallazgos numismáticos, *SAGVNTVM-PLAV* 14, 127-137.
- RIPOLLÈS, P. P. (1980): Estudio numismático del poblado ibérico de Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia). Nuevos hallazgos de la ceca de Kelin, *Numisma* XXX, 165-167, 9-22.
- RIPOLLÈS, P. P. (1982): *La circulación monetaria en la Tarraconense Mediterránea*, Serie de Trabajos Varios del SIP 77, Diputación Provincial de Valencia.
- RIPOLLÈS, P. P. (2001): Historia Monetaria de la Ciudad Ibérica de Kelin, en A. J. Llorio (ed.), *Los iberos en la Comarca de Requena-Utiel (Valencia)*, Serie Arqueología, Publicaciones Universidad de Alicante, 105-115.
- RIPOLLÈS, P. P., LLORENS, M^a. M. (2002): *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y de su territorio*, Fundación Bancaria, Sagunto.
- RÍSQUEZ, C.; GARCÍA LUQUE, A. M^a. (2012): Identidades de género y prácticas sociales en el registro funerario ibérico. La necrópolis de El Cigarralejo, en L. Prados, C. López y J. Parra (coords.), *La arqueología funeraria desde una perspectiva de género*, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 257-276.
- ROCA, M.; FERNÁNDEZ, I. (coords.) (2005): *Introducción al estudio de la cerámica romana*, Universidad de Málaga.
- RODRÍGUEZ-ARIZA, M^a. O.; RUEDA, C.; GÓMEZ CABEZA, F (2008): El posible santuario periurbano de Tutugi: el cerro del Castillo (Galera, Granada), en A. Adroher y J. Blázquez (eds.), *Primer Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*, Serie Varia 9, Madrid, 187-204.
- ROS, A. (2003): L'ús de coves santuari al massís del Garraf durant el període ibèric, *IV Trobada d'Estudiosos del Garraf*, Diputació de Barcelona, 181-185.
- ROS, A. (2005): Ideologia i ritual: aportació a l'estudi sobre la religiositat de la Cessetania, *Revista de la Fundació Privada Catalana per a l'Arqueologia Ibèrica* 1, 147-184.
- ROSAS, M. (1981): El poblado ibero-romà de Sant Josep (La Vall d'Uixó). Aportació a la història de la Plana durant l'Edat Antiga, *Bulletí de l'Associació Arqueològica de Castelló* 2, 15-17.
- ROSAS, M. (1984): El poblado ibero-romà de Sant Josep (La Vall d'Uixó), *Fonaments. Prehistòria i Món Antic als Països Catalans* 4, 247-277.
- ROSAS, M. (1991): La muralla del poblado de Sant Josep (la Vall d'Uixó, Castelló), en VVAA., *Actes del Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica: Fortificacions. La problemàtica del Ibèric Ple* (Manresa 1990), Centre d'Estudis del Bages-Societat Catalana d'Arqueologia, Manresa, 315-319.
- ROSAS, M. (1995): Ceràmiques gregues i campanianes del poblado de Sant Josep (La Vall d'Uixó, Castelló), *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 16, 157-172.
- ROUILLARD, P. (1979): *Investigaciones sobre la muralla ibérica de Sagunto (Valencia)*, Serie de Trabajos Varios del SIP 62, Diputación Provincial de Valencia.
- ROUILLARD, P. (1991): *Les Grecs et la Péninsule Ibérique du VIIIe au IVe siècle avant Jésus-Christ*, Publications du Centre Pierre Paris, Casa de Velázquez, Paris.
- ROUILLARD, P. (1994): L'usage des vases grecs chez les ibères, en P. Cabrera, R. Olmos y E. Sanmartí (coords.), *Iberos y griegos: lecturas desde la diversidad*, Actas del Simposio Internacional de Ampurias (3-5 de abril de 1991), Huelva Arqueológica XIII (1), Diputación Provincial de Huelva, 263-274.
- ROUNTREE, K.; MORRIS, C.; PEATFIELD, A. A. D. (eds.) (2012): *Archaeology of Spiritualities*, Springer, London.
- ROURE, R.; PERNET, L. (dirs.) (2011): *Des rites et des Hommes. Les pratiques symboliques des Celtes, des Ibères et des Grecs en Provence, en Languedoc et en Catalogne*, Éditions Errance, Paris.
- ROVIRA, M. C. (1998): L'exhibició d'armes i cranis enclavats en els hàbitats ibers septentrionals, *Cypsela* 12, 167-182.
- RUANO, E. (1987): *La escultura humana de piedra en el mundo ibérico*, vol. I, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- RUBIO, F. (1986): *La necrópolis ibérica de La Albufereta de Alicante (Valencia, España)*, Academia de la Cultura Valenciana, Serie Arqueológica 11, Valencia.

- RUEDA, C. (2007): La mujer sacralizada: La presencia de las mujeres en los santuarios (lectura desde los exvotos de bronce iberos), en M. Sánchez Romero (ed.), *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género*, Dossier Complutum 18, Madrid, 227-235.
- RUEDA, C. (2008): Las imágenes de los santuarios de Cástulo: los exvotos ibéricos en bronce del Collado de los Jardines (Santa Elena) y los Altos del Sotillo (Castellar), *Paleohispanica* 8, 55-87.
- RUEDA, C. (2011): *Territorio, culto e iconografía en los santuarios iberos del Alto Guadalquivir (ss. IV a.n.e.-I d.n.e.)*, CAAI Textos, Universidad de Jaén.
- RUEDA, C. (2013): Ritos de paso de edad y ritos nupciales en la religiosidad ibera: algunos casos de estudio, en C. Rísquez y C. Rueda (eds.), *Santuarios iberos: Territorio, ritualidad y memoria*, Actas del Congreso Internacional "El Santuario de la Cueva de La Lobera de Castellar. 1912-2012" (Jaén, 4-6 octubre 2012), Jaén, Asociación para el desarrollo rural de la Comarca de El Condado, 341-384.
- RUEDA, C. (2015): Los exvotos iberos en bronce de los santuarios de Jaén: ritos fosilizados en bronce, en A. Ruiz y M. Molinos (eds.), *Jaén, tierra ibera: 40 años de investigación y transferencia*, Universidad de Jaén, 223-240.
- RUEDA, C.; BELLÓN, J. P. (en prensa): Culto y rito en cuevas: modelos territoriales de vivencia y experimentación de lo sagrado, más allá de la materialidad (ss. V-II a.n.e.), en S. Alfayé (ed.), *Verenda numina: temor y experiencia religiosa en el mundo antiguo*, Monográfico de la Revista Arys, Madrid.
- RUEDA, C.; GUTIÉRREZ, J. M.; BELLÓN, J. P. (2008): Aportación desde los procesos territoriales a las lecturas iconográficas de los santuarios del Alto Guadalquivir, *Anales de Arqueología cordobesa* 19, 23-48.
- RUEDA, C.; RÍSQUEZ, C.; HERRANZ, A. B.; HORNOS, F.; GARCÍA, A. (2016): *Catálogo de la Exposición "Las edades de las mujeres iberas". La ritualidad femenina en las colecciones del Museo de Jaén*, Diputación de Jaén.
- RUIZ BREMÓN, M. (1989): *Los exvotos del Santuario ibérico del Cerro de los Santos*, IEA, Serie I, Ensayos históricos y científicos 40, Albacete.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1978): Los pueblos iberos del Alto Guadalquivir. Análisis de un proceso de transición, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 3, 255-284.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. (2009): Identidad social y príncipes: el caso ibero del Alto Guadalquivir, *Arqueología Espacial* 27, 113-129.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A., MOLINOS, M.; GUTIÉRREZ, L. M.; BELLÓN, J. P. (2001): El modelo político del pago en el Alto Guadalquivir (S.IV-III a.n.e.), en A. Martín y R. Plana (coords.), *Territori polític i territori rural durant l'Edat del Ferro a la Mediterrània Occidental*, Actes de la Taula Rodona celebrada a Ullastret del 25 al 27 de maig de 2000, Monografies d'Ullastret 2, Girona, 11-22.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M. (1984): Elementos para un estudio del patrón de asentamiento en las campiñas del Alto Guadalquivir durante el horizonte pleno ibérico (un caso de sociedad agrícola con Estado), *Arqueología Espacial* 4, 187-206.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M. (1989): Fronteras: un caso del siglo VI a.n.e., *Arqueología Espacial* 9, 121-136.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M. (1993): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Editorial Crítica, Barcelona.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M. (2002): El proceso histórico de los iberos en el Valle del Río Guadalquivir, en A. Ruiz, M. Tosi y S. Tusa (coords.), *Primi Popoli d'Europa. Proposte e riflessioni sulle origini della civiltà nell'Europa mediterranea*, Atti dell riunioni di Palermo (14-16 ottobre 1994) e Baeza (Jaén) (18-20 dicembre 1995), Dipartimento di Archeologia, Università degli Studi di Bologna, Centro Andaluz de Arqueología Ibérica, Jaén, 291-300.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M. (2008): Las fuentes del Guadalquivir. Límites y fronteras para el norte de la Bastetania, en A. Adroher y J. Blázquez (eds.), *Actas del Primer Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*, serie Varia 9, Madrid, 51-72.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M. (2012): Limits, frontiers and boundaries among the Iberians of the Guadalquivir Valley (eighth century BC-fourth century BC), en G. Cifani y S. Stoddard (eds.), *Landscape, Ethnicity and Identity in the Archaic Mediterranean Area*, Oxbow Books, Oxford, 207-227.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M. (coord.) (1987): *Iberos*, Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén 1985), Junta de Andalucía, Jaén.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M.; FERNÁNDEZ, R.; PÉREZ, M.; RUEDA, C. (2015): El santuario de la Puerta del Sol, en A. Ruiz y M. Molinos (eds.), *Jaén, tierra ibera: 40 años de investigación y transferencia*, Universidad de Jaén, 93-106.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M.; GUTIÉRREZ, L. M.; BELLÓN, J. P. (2001): El modelo político del pago en el Alto Guadalquivir (s. IV-III a.n.e.), en A. Martín y R. Plana (eds.), *Territori polític i territori rural durant l'Edat del Ferro a la Mediterrània Occidental*, Actes de la Taula Rodona celebrada a Ullastret, Monografies Ullastret 2, Girona, 11-22.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; RUEDA, C. (2009): La cerámica ática para los contextos funerarios y culturales del suereste de la Península Ibérica, en S. Fortunelli y C. Masseria (eds.), *Ceramica attica da santuari della Grecia*,

- delle Ionia e dell'Italia, Atti Convegno, Perugia 14-17 marzo 2007, Osanna Edizioni, Perugia, 71-88.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; RUEDA, C. (2014): Los exvotos en bronce del Farmm: oppida y santuarios instrumentos líticos, en VVAA., *FARMM: Fondo Arqueológico Ricardo Marsal Monzón*, Junta de Andalucía, Sevilla, 131-144.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; RUEDA, C.; MOLINOS, M. (2010): Santuarios y territorios iberos en el Alto Guadalquivir (siglo IV a.n.e.-siglo I d.n.e.), en S. Celestino y T. Tortosa (eds.), *Debate en torno a la religiosidad protohistórica*, Anejos de AEspA LV, Instituto de Arqueología de Mérida, 65-81.
- RUIZ ZAPATERO, G; LORRIO, A. J. (1995): La Muerte en el Norte Peninsular durante el primer milenio A.C., en R. Fábregas, F. Pérez y C. Fernández (eds.), *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata oMedievo*, Xinzó de Limia, 223-248.
- RUTKOWSKI, B. (1986): The Caves in Crete, en B. Rutkowski, *The Cult of Places of Aegean*, New Haven and London, Yale University, 47-72.
- SABOM BRUCHEZ, M. (2007): Artefacts that speak for themselves: Sounds underfoot in Mesoamerica, *Journal of Anthropological Archaeology* 26, 47-64.
- SACARINO, M.; ZANONI, V. (2014): The marginal people of the Iron Age in North-Eastern Italy: a comparative study i.e. The Iron Age written by the losers, en P. Barral, J-P. Guillaumet, M-J. Rouilière-Lambert, M. Saracino y D. Vitali (eds.), *Les Celtes et le Nord de l'Italie (Premier et Secod Âges du fer)*, Actes du XXXVIe colloque international de l'AFEAF (Vérone, 17-20 mai 2012), *Revue Archéologie de l'Est, Supplément* 36, Verona, 535-550.
- SACRISTÁN, J. B.; PÉREZ DE LA SIERRA, J. V. (2004): *Tejeda. Pasado y presente de una esperanza común*, Serie Historia 36, Diputación Provincial de Cuenca.
- SALA, F. (1996): Algunas reflexiones sobre la fase antigua de la Contestania Ibérica: de la tradición orientalizante al período clásico, *Anales de Arqueología Cordobesa* 7, 9-32.
- SALLNOW, M. J. (1981): *Communitas Reconsidered: The Sociology of Andean Pilgrimage*, *Man* 16, 163-182.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, M. L. (2002): *El santuario de El Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)*. Nuevas aportaciones arqueológicas, Albacete.
- SÁNCHEZ MORAL, M. E. (2016): ¿El nacimiento mítico de un linaje? Una nueva propuesta interpretativa de la "Diosa de los lobos" (Umbria de Salchite, Mortalla, Murcia), *Espacio, Tiempo y Forma* 29, 27-56.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2010): ¡Eso no se toca! Infancia y cultura material en Arqueología, en M. Sánchez Romero (ed.), *Infancia y cultura material en Arqueología*, Complutum 21 (2), Madrid, 9-14.
- SANTOS, M.; PARCERO, C.; CRIADO, F. (1997): De la arqueología simbólica del paisaje a la arqueología de los paisajes sagrados, *Trabajos de Prehistoria* 54 (2), 61-80.
- SARDÀ, S. (2010): El giro comensal: nuevos temas y nuevos enfoques en la protohistoria peninsular, *Herakleion* 3, 37-65.
- SARDÀ, S.; DILOLI, J. (2009): Arqueologia del banquet. Ritualització, semiòtica dels aliments i anàlisi contextual, en J. Diloli y S. Sardà (coords.), *Ideologia, pràctiques rituals i banquet al nord-est de la Península Ibérica durant la protohistòria*, Citerior, Arqueologia i Ciències de l'Antiguitat 5, Arola Editors, Tarragona, 15-56.
- SARRIÓN, I. (1975): *II Marcha de veteranos*, Centro Excursionista de Valencia, Valencia.
- SARRIÓN, I. (1990): Estudio de la Fauna de la Cueva II, en M^a. A. Martí Bonafé, *Las Cuevas del Puntal del Horno Ciego (Villagordo del Cabriel, Valencia)*, *SAGVNTVM-PLAV* 23, 180-182.
- SARTHOU, C. (1920): Provincia de Castellón, en F. Carreras y Candi (dir.), *Geografía General del Reino de Valencia*, tomo IV, A. Martin Editorial, Barcelona.
- SARTHOU, C. (1927): Provincia de Valencia, en F. Carreras y Candi (dir.), *Geografía General del Reino de Valencia*, tomo II, A. Martin Editorial, Barcelona.
- SAUER, N. J. (1998): The timing of injuries and manner of death: distinguishing among antemortem, perimortem and postmortem trauma, en K. J. Reichs (ed.), *Forensic Osteology: Advances in the Identification of Human Remains*, Charles C. Thomas Publisher, Springfield, 321-332.
- SAXE, A. A. (1970): *Social Dimensions of Mortuary Practices*, Phd dissertation, Anthropology department, University of Michigan.
- SCARRE, C. (2006): Sound, Place and Space: Towards an Archaeology of Acoustics, en C. Scarre y G. Lawson (eds.), *Archaeoacoustics*, McDonald Institute for Archaeological Research, Cambridge, 1-10.
- SCARRE, C.; LAWSON, G. (eds.) (2006): *Archaeoacoustics*, McDonald Institute for Archaeological Research, Cambridge.
- SCHWEINGRUBER, F. H. (1990): *Anatomie europäischer Hölzer*, Bern und Stuttgart.
- SECO, I. (1999): El betilo estiliforme de Torreparedones, *Spal* 8, 135-158.
- SECO, I. (2010): Santuarios betlicos en la protohistoria peninsular: el caso de San Miguel de Liria, en S. Celestino y T. Tortosa (eds.), *Debate en torno a la religiosidad protohistórica*, Anejos de AEspA LV, Instituto de Arqueología de Mérida, 169-176.
- SEGARRA, D. (1997): La alteridad ritualizada en la ofrenda, *Habis* 28, 275-298.
- SEREMETAKIS, N. (ed.) (1994): *The Senses Still: Perception and Memory as Material Culture in Modernity*, Westview Press, Boulder, CO.

- SERRANO, D.; FERÁNDEZ, J. (1992): Cuevas rituales ibéricas en la provincia de Valencia, *Al-Gezira* 7, 11-35.
- SERRANO, J.; MORENA, J. A. (1988): Un relieve de baja época ibérica procedente de Torreparedones (Castro del Río-Baena, Córdoba), *Archivo Español de Arqueología* 61 (nº 157-158), 245-248.
- SHADOW, R.; RODRÍGUEZ, M. (1990): Símbolos que amarran, símbolos que dividen: hegemonía e impugnación en una peregrinación campesina a Chalma, *Mesoamérica* 19, 33-72.
- SHAY, T. (1985): Differentiated treatment of deviancy at death as revealed in anthropological and archaeological material, *Journal of Anthropological Archaeology* 4, 221-241.
- SHERRAT, A. (1991): Sacred and Profane Substance: the Ritual Use of Narcotics in Later Neolithic Europe, en P. Garwood, D. Jennings, R. Skeates y J. Toms (eds.), *Sacred and Profane: Proceedings of a Conference on Archaeology, Ritual and Religion* (Oxford 1989), Committee for Archaeology, Oxford University, 50-64.
- SIGLO, L. (1992): *Textos ibéricos valencianos (Contestania, Edetania e Ilercavonia)*, Tesis doctoral Inédita, Universitat de València.
- SILGO, L. (2001): La Estela de Sinarcas y su leyenda epigráfica, *Arse: Boletín anual del Centro Arqueológico Saguntino* 35, 13-24.
- SILGO, L.; MARTÍNEZ PERONA, J. V. (2012): Inscripciones ibéricas rupestres del Abrigo Tarragón (Villar del Arzobispo, Valencia), en J. Aparicio y L. Silgo (eds.), *Ponencias del XXVII Seminario de Lenguas y Epigrafía Antiguas*, Real Academia de Cultura Valenciana, Sección de estudios ibéricos "D. Fletcher Valls", Estudios de lenguas y epigrafía antiguas-ELEA 12, 281-289.
- SILVER, I. (1980): La determinación de la edad en los animales domésticos, en D. Brothwell y E. Higgs (comps.), *Ciencia en Arqueología*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 289-309.
- SKEATES, R. (1991): Caves, cult and children in Neolithic Abruzzo, Central Italy, en P. Garwood, D. Jennings, R. Skeates y J. Toms (eds.), *Sacred and Profane: Proceedings of a Conference on Archaeology, Ritual and Religion* (Oxford 1989), Committee for Archaeology, Oxford University, 122-144.
- SKEATES, R. (2007): Religious experience in the prehistoric Maltese underworld, en D. A. Barrowclough y C. Malone (eds.), *Cult in Context: Reconsidering Ritual in Archaeology*, Oxbow Books, Oxford, 90-96.
- SKEATES, R. (2012a): *An Archaeology of the Senses: Prehistoric Malta*, Oxford University Press.
- SKEATES, R. (2012b): Constructed caves. Transformations of the Underworlds in Prehistoric Southeast Italy, en H. Moyes (ed.), *Sacred Darkness: a Global Perspective on the Ritual Use of Caves*, University Press of Colorado, Boudler, 27-44.
- SOLER, J. A. (2002): *Cuevas de inhumación múltiple en la Comunidad Valenciana*, Real Academia de la Historia, Diputación Provincial de Alicante.
- SORIANO MARTÍ, J. (2010): Las cuevas como hábitat trashumante: un tipo arquitectónico convertido en arquetipo, en P. Vidal y J. L. Castán (eds.), *Transhumancia en el Mediterráneo*, Colección CEDDAR, Zaragoza, 229-247.
- SPRAGUE, R. (2005): *Burial terminology: a guide for researchers*, Altamira Press, Oxford.
- STEADMAN, S. R. (2009a): *The Archaeology of Religion. Cultures and Their Beliefs in Worldwide Context*, Left Coast Press, Walnut Creek, California.
- STEADMAN, S. R. (2009b): Interpreting Religion in the Archaeology Past, en S. R. Steadman, *The Archaeology of Religion. Cultures and Their Beliefs in Worldwide Context*, Left Coast Press, Walnut Creek, California, 36-52.
- STEPHENSON, B. (2015): *Ritual: A Very Short Introduction*, Oxford University Press.
- STODDART, R. H. (1997): Defining and Classifying Pilgrimages, en R. H. Stoddard y A. Morinis (eds.), *Sacred Places, Sacred Spaces: The Geography of Pilgrimages*, Baton Rouge, Louisiana State University, 41-60.
- STRANG, V. (2005): Common Senses, Water, Sensory Experience and the Generation of Meaning, *Journal of Material Culture* 10 (1), 92-120.
- SUTTON, D. E. (2010): Food and the Senses, *The Annual Review of Anthropology* 39, 209-223.
- TARLOW, S. (2000): Emotion in Archaeology, *Current Anthropology* 41 (5), 713-746.
- TARRADELL, M. (1973): Cuevas sagradas o cuevas santuario: un aspecto poco valorado en la religión ibérica, *Memoria de 1973 del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona*, 25-40.
- TARRADELL, M. (1979): Santuaris ibèrics i ibero-romans a llocs alts, *Memoria de l'Institut d'Arqueologia i Prehistòria de la Universidad de Barcelona*, 34-45.
- TILLEY, C. (1994): *A phenomenology of landscape: places, paths and monuments*, Berg, Oxford & Providence.
- TOLAN-SMITH, C.; BONSALE, C. (1997): The Human Use of Caves, en C. Bonsall y C. Tolan-Smith (eds.), *The Human Use of Caves*, BAR International Series 667, Archaeopress, Oxford, 217-218.
- TOMKINS, P. (2009): Domestic by default. Ritual, ritualization and cave-use in the Neolithic Aegean, *Oxford Journal of Archaeology* 28 (2), 125-153.
- TORELLI, M. (1984): *Lavinio e Roma. Ritti iniziatici e matrimonio tra archeologia e storia*, Quasar, Roma.
- TORTAJADA, G. (2012): Las herramientas de carpintería en la Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia), *Archivo de Prehistoria Levantina* XXIX, 289-308.

- TORTOSA, T. (1996): Los signos vegetales en la cerámica ibérica de la zona alicantina, en R. Olmos y J. A. Santos (eds.), *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*, Coloquio Internacional (Roma 1993), Madrid, 177-191.
- TORTOSA, T. (2015): Los espacios femeninos en la iconografía ibérica y su relación con algunos rituales, en E. Ferrer y A. Pereira (coords.), *Hijas de Eva. Mujeres y religión en la Antigüedad*, Spal Monografías XIX, Sevilla, 97-114.
- TORTOSA, T. (coord.) (2004): *El yacimiento de La Alcudia (Elche, Alicante): Pasado y presente de un enlave ibérico*, Anejos de AEspA XXX, Madrid.
- TRÍAS, G. (1966): Cerámicas griegas de figuras rojas procedentes del "Castell" (Almenara, Castellón), *Archivo de Prehistoria Levantina* IX, 91-97.
- TURNER, V. (1967): *The Forest of Symbols: Aspects of Ndembu Ritual*, Cornell University Press, Ithaca, New York.
- TURNER, V. (1969): *The Ritual Process. Structure and Anti-Structure*, Routledge & Kegan Paul, London.
- TURNER, V. (1974): Pilgrimages as social processes, en V. Turner, *Dramas, Fields and Metaphors: Symbolic Action in Human Society*, Ithaca, London, 166-230.
- TURNER, V. (1979): *Process, Performance and Pilgrimage. A Study in Comparative Symbolology*, Concept Publishing Company, New Delhi.
- TURNER, V.; TURNER, E. (1978): *Image and Pilgrimage in Christian Culture*, Columbia University Press, New York.
- UBELAKER, D. H. (1989): *Human Skeletal Remains: Excavation, Analysis, Interpretation* (2nd Edition), Taraxacum, Washington, DC.
- UCKO, P. (1969): Ethnography and Archaeological Interpretation of Funerary Remains, *World Archaeology* 1 (2), 262-280.
- UNTERMAN, J. (1990): *Monumenta Linguarum Hispanicarum, Bd III: Die iberischen Inschriften aus Spanien*, 2, Die Inschriften, Wiesbaden.
- URIARTE, A. (2005): Arqueología del Paisaje y Sistemas de Información Geográfica: una aplicación en el estudio de las sociedades protohistóricas de la cuenca del Guadiana Menor (Andalucía oriental), en A. Blanco, C. Cancelo y A. Esparza (eds.), *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica, Encuentro de Jóvenes Investigadores*, Fundación Duques de Soria, Aquilafuente 86, Universidad de Salamanca, 603-621.
- UROZ, J. (1983): *La Regio Edetania en la Época Ibérica*, Instituto de Estudios Alicantinos, series II, nº 23, Alacant.
- USTINOVA, Y. (2009): *Caves and the Ancient Greek Mind. Descending Underground in the Search for Ultimate Truth*, Oxford University Press.
- VALDÉS, L.; ARENAL, I.; PUJANA, I. (coords.) (1995): *Aplicaciones Informáticas en Arqueología: Teorías y sistemas*, Jornadas de trabajo del I Coloquio Internacional de Arqueología e Informática (Bilbao, 1993), Denboraren Argia, Bilbao.
- VALENZUELA, S. (2008): Ofrenes animals al jaciment ibèric d'Alorda Park (Calafell, Baix Penedès), en M. Miñarro y S. Valenzuela (eds.), *Actes I Congrés de Joves Investigadors en Arqueologia dels Països Catalans: la Protohistòria als Països Catalans* (Vilanova del Camí, 2005), Universitat de Barcelona, Àrea d'Arqueologia, Ajuntament de Vilanova del Camí, 151-158.
- VALOR, J. P. (2004): El jaciment ibèric de la Muela de Arriba (Requena, València), *Archivo de Prehistoria Levantina* XXV, 263-300.
- VALOR, J. P.; GARIBO, J. (2002): Aproximació al còmput poblacional de la comarca de Requena-Utiel en època ibèrica, *SAGVNTVM-PLAV* 34, 105-114.
- VALOR, J. P.; MATA, C.; FROCHOSO, R.; IRANZO, P. (2005): Las cerámicas con decoración impresa e incisa del territorio de Kelin (comarca de Requena-Utiel, Valencia), *SAGVNTVM-PLAV* 37, 105-124.
- VAN DOMMELEN, P. (1999): Exploring Places and Cosmologies, en W. Ashmore y A. B. Knapp (eds.), *Archaeologies of the landscape: Contemporary perspectives*, Wiley-Blackwell, Oxford & Massachusetts, 277-285.
- VAN DYKE, R. M.; ALOCK, S. E. (eds.) (2003): *Archaeologies of Memory*, Blackwell Publishers, Oxford.
- VAN GENNEP, A. (1909 [2008]): *Les rites de passage*, Traducción de Juan Ramón Arandazi Martínez, Alianza editorial, Madrid.
- VAN LEUSEN, M. (1999): Viewshed and cost surface analysis using GIS (cartographic modelling in a cell-based GIS II), en J. A. Barceló, I. Briz y A. Vila (eds.), *New Techniques for Old Times. CAA98, Computer Applications and Quantitative Methods in Archaeology, Proceedings of the 26th Conference (Barcelona, March 1998)*, British Archaeological Reports International Series 757, Archaeopress, Oxford, 215-223.
- VAN LEUSEN, M. (2002): Line-of-sight and cost surface analysis using GIS, en M. Van Leusen, *Pattern to process: methodological investigations into the formation and interpretation of spatial patterns in archaeological landscapes*, University of Groningen, 1-22.
- VAN STRATEN, F. (2005): Ancient greek animal sacrifice: gift, ritual slaughter, communion, food supply, or what? Some thoughts on simple explanations of a complex ritual, en S. Georgoudi, R. Koch y F. Schmidt (eds.), *La cuisine et l'autel. Les sacrifices en question dans les sociétés de la Méditerranée ancienne*, Brepols, Turnhout, 15-29.
- VÁZQUEZ, A. M. (1991): La miel, alimento de eternidad, *Gerión* Extra III, 61-93.
- VEGA, J. de la (1987): Contribució catalana a l'inventari de les probables coves santuari ibèriques, *Fonaments. Prehistòria i Món Antic als Països Catalans* 6, 171-192.
- VELAZA, J. (2006): Tras las huellas del femenino en ibérico: una hipótesis de trabajo, *Paleohispánica* 6, 247-254.

- VERDÚ, E. (2014): *La necrópolis ibérica de l'Albufereta (Alacant). Ritos y usos funerarios en un contexto de interacción cultural*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Alicante.
- VERDÚ, E. (2015): *La necrópolis ibérica de l'Albufereta (Alacant). Ritos y usos funerarios en un contexto de interacción cultural*, Serie Mayor, MARQ, Diputación de Alicante.
- VICENT, J. M. (1991): Fundamentos teórico-metodológicos para un programa de investigación arqueo-geográfica, en P. López (ed.): *El cambio cultural del IV al II milenios a.C. en la Comarca noroeste de Murcia*, vol. I, Madrid, 31-117.
- VICIANO AGRAMUNT, J. L. (2003-2005): Unes mostres de masos en cavitats. Conca del Monlleó, *Estudis Castellonencs* 10, 303-320.
- VICIANO BADAL, J. (2012): *Métodos odontométricos para la estimación del sexo en individuos adultos y subadultos*. Tesis doctoral inédita, Universidad de Granada.
- VIDAL, V.; MARTÍ, M^a. A.; MATA, C. (1997): La cerámica ibérica de la segunda mitad del s. V a.C. en Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia): Formas y decoraciones, *Recerques del Museu d'Alcoi* 6, 49-59.
- VILASECA, S. (1959): Noticia de hallazgos de objetos de bronce en la Cueva de la Font Major, de Espluga de Francolí, *Ampurias* XXI, 266-273.
- VILASECA, S. (1969): Cueva de la Font Major, *Trabajos de Prehistoria* XXVI (nueva serie), 117-202.
- VÍLCHEZ, M. (2015): Tejido y rito en espacios de culto iberos: las fusayolas como objeto de estudio, *Revista Atlántida-Mediterránea* 17, 281-288.
- VILLA, P.; MAHIEU, E. (1991): Breakage Patterns of Human Long Bones, *Journal of Human Evolution* 20, 1-22.
- VILLES, A. (1987): Une hypothèse: les sépultures de relégation dans les fosses d'habitat protohistorique en France septentrionale, en H. Duday y C. Masset (eds.), *Anthropologie physique et archéologie*, Paris, CNRS éditions, 167-174.
- VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2013): *Imatges per a les divinitats, Tresors del Museu de Prehistoria*, Diputació de València.
- VIVES-FERRÁNDIZ, J.; BONET, H.; CARRIÓN, Y.; FERRER, C.; IBORRA, P.; PÉREZ JORDÀ, G.; QUESADA, F.; TORTAJADA, G. (2015): Ofrendas para una entrada: un depósito ritual en la Puerta Oeste de la Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia), *Trabajos de Prehistoria* 72 (2), 282-303.
- VIVES-FERRÁNDIZ, J.; BONET, H.; IZQUIERDO, M^a. I.; MATA, C. (2007): De pesos y capacidades: una experiencia en La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia), en M. L. Ramos, J. E. González y J. Baena (eds.), *Arqueología experimental en la Península Ibérica: investigación, didáctica y patrimonio*, Congreso Español de Arqueología Experimental (Santander, 2005), Asociación Española de Arqueología Experimental, Santander, 283-290.
- VIZCAÍNO, A. (2010): *Cerámica ibérica, decoraciones y letreros pintados*, Tesina inédita, Universitat de València.
- VIZCAÍNO, A. (2011): Imágenes, texto y prácticas en femenino. La mujer y la cerámica del Tossal de Sant Miquel (Llíria, València), *SAGVNTVM-PLAV* 43, 125-132.
- VIZCAÍNO, A. (2015a): Productores, usuarios y usos de los vasos singulares del Tossal de Sant Miquel de Llíria (Valencia), *Verdolay* 14, 67-88.
- VIZCAÍNO, A. (2015b): De damas a vírgenes. La sacralización de algunos iconos ibéricos en el presente, en I. Sáez, C. Tejerizo, L. Elorza, B. Hernández y C. Hernando (coords.), *Arqueologías sociales, Arqueología en Sociedad*, Actas de las VII Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica (Vitoria-Gasteiz, 7-10 de mayo de 2014), Vitoria-Gasteiz, 209-217.
- WALKER, W. (1995): Ceremonial Trash?, en J. M. Skibo, W. H. Walker y A. E. Nielsen (eds.), *Expanding Archaeology*, University of Utah Press, Salt Lake City, 67-79.
- WATROUS, L. V. (1996): *The Cave Sanctuary of Zeus at Psychro: A Study of Extra-Urban Sanctuaries in Minoan and Early Iron Age Crete*, AEGAEUM 15, Annales d'archéologie égéenne de l'Université de Liege/University of Texas at Austin.
- WEISS-KREJCI, E. (2011): The Formation of Mortuary Deposits: Implications for Understanding Mortuary Behavior of Past Populations, en S. C. Argawal y B. Glenncross (eds.), *Social Bioarchaeology*, Willey-Blackwell, Oxford, 68-106.
- WEISS-KREJCI, E. (2016): Royal Ancestor Construction and Veneration in the House of Habsburg, en E. Hill y J. B. Hageman (eds.), *The Archaeology of Ancestors. Death, Memory, and Veneration*, University Press of Florida, 166-188.
- WESTCOTT, K. L.; BRANDON, R. J. (eds.) (1999): *Practical Application of GIS for Archaeologists: A Predictive Modelling Toolkit*, CRC Press, London.
- WHEATLEY, D. (1995): Cumulative viewshed analysis: A GIS-based method for investigating intervisibility, and its archaeological application, en G. Lock y Z. Stancic (eds.), *Archaeology and Geographical Information Systems: a European Perspective*, Taylor & Francis, London, 171-186.
- WHEATLEY, D.; GILLINGS, M. (2000): Vision, perception and GIS: Developing enriched approaches to the study of archaeological visibility, en G. Lock (ed.), *Beyond the Map: Archaeology and Spatial Technologies*, IOS Press, Amsterdam, 1-27.
- WHEATLEY, D.; GILLINGS, M. (2002): *Spatial Technology and Archaeology. The Archaeological Applications of GIS*, Taylor & Francis, London & New York.

- WHITE, T. D. (1992): *Prehistoric Cannibalism at Mancos 5mtumr-2346*, Princeton.
- WHITE, W. B.; CULVER, D. C. (2012): Cave, Definition of, en W. B. White y D. C. Culver (eds.), *Encyclopedia of Caves*, Second Edition, Elsevier Science, Oxford/Amsterdam/San Diego, 103-107.
- WHITEHOUSE, R. D. (1992): *Underground Religion. Cult and Culture in Prehistoric Italy*, Accordia Research Centre, University of London.
- WHITEHOUSE, R. D. (2001): A Tales of Two Caves. The Archaeology of Religious Experience in Mediterranean Europe, en P. F. Biehl y F. Bertemes (eds.), *The Archaeology of Cult and Religion*, Archaeolingua, Budapest, 161-167.
- WHITEHOUSE, R. D. (2016): Between symbol and senses: the role of darkness in ritual in prehistoric Italy, en M. Down y R. Hensey (eds.), *The Archaeology of Darkness*, Oxbow Books, Oxford, 25-38.
- WHITLEY, J. (2002): Too many ancestors, *Antiquity* 76 (291), 119-126.
- WILLIAMS, H. M. R. (1998): The ancient monument in Romano-British ritual practices, en C. Forcey, J. Hawthorne y R. Witcher (eds.), *TRAC 97: Proceedings of the 7th Annual Theoretical Roman Archaeology Conference* (Nottingham 1997), Oxbow Books, Oxford, 71-86.
- WRIGHT, J. C. (1994): The Spatial Configuration of Believe: The Archaeology of Micenian Religion, en S. E. Alcock y R. Osborne (eds.), *Placing the Gods: Sanctuaries and Sacred Space in Ancient Greece*, London, Clarendon Press, 37-78.
- YOFEE, N. (ed.) (2007): *Identity, Memory, and Landscape in Archaeological Research: Negotiating the Past in the Past*, University of Arizona Press, Tucson.
- ZAMORA, M. (2006): Visibilidad y SIG en arqueología: mucho más que ceros y unos, en I. Grau (ed.), *La aplicación de los SIG en la arqueología del paisaje*, Serie Arqueología, Publicaciones Universidad de Alicante, 41-54.
- ZANONI, V. (2011): *Out of Place. Human Skeletal Remains from Non-Funerary Contexts: Northern Italy during the 1st Millennium BC*, BAR International Series 2306, Archaeopress, Oxford.

WEBGRAFÍA

<http://aps.chj.es/down/html/descargas.html> (consultada el 29 de abril de 2017)

<http://centrodescargas.cnig.es/CentroDescargas/index.jsp> (consultada el 29 de abril de 2017)

<http://espeleocalderona.blogspot.com.es/2012/03/cova-del-cavallolocau.html> (consultada el 1 de abril de 2016)

<http://restaurantelagruta.com/> (consultada el 27 de abril de 2017)

<http://spelaion-oje.blogspot.com.es/2012/02/cova-del-cavall-olocau.html> (consultada el 1 de abril de 2016)

<http://terrasit.gva.es/es/ver> (consultada el 29 de abril de 2017)

<http://web.ua.es/elmolon> (consultada el 19 de mayo de 2015)

http://www.almenara.es/?page_id=132 (consultada el 26 de marzo de 2015)

<http://www.ceice.gva.es/web/patrimonio-cultural-y-museos/arq-acceso-contrasena> (consultada el 29 de abril de 2017)

http://www.covesdelespluga.info/ca/galeria_fotografica.html (consultada el 28 de abril de 2017)

<http://www.cuevascastellon.uji.es/> (consultada el 26 de marzo de 2015)

<http://www.lanzanos.com/proyectos/1-campana-de-excavacion-arqueologica/> (consultada el 28 de junio de 2016)

<http://www.mapama.gob.es/es/cartografia-y-sig/ide/descargas/default.aspx> (consultada el 29 de abril de 2017)

<http://www.qgis.org/es/site/> (consultada el 29 de abril de 2017)

<http://www.santuariocuevasanta.org/> (consultada el 29 de abril de 2017)

<http://www.santuariocuevasanta.org/index.php/home/alendario-de-romerias> (consultada el 9 de mayo de 2017)

<http://www.theoceanadventure.com/JSIE/JS20.html> (consultada el 23 de marzo de 2017)

<https://www.youtube.com/watch?v=wmp6FcZBQY8> (consultada el 6 de mayo de 2017)

<https://www.archeozoo.org> (consultada el 17 de mayo de 2017)

<https://web.ua.es/es/elmolon/el-parque/la-visita.html> (consultada el 18 de mayo de 2017)

ÍNDICE DE FIGURAS

Capítulo 1

Fig. 1.1.	Esquema general del trabajo.	24
Fig. 1.2.	Principales preguntas del trabajo.	25
Fig. 1.3.	Organización general del trabajo.	28

Capítulo 2

Fig. 2.1.	Cuevas refugio y cuevas rituales recogidas en el trabajo de Gil-Mascarell (1975: 200, 304).	33
Fig. 2.2.	Mapa de concentración de cuevas-santuario y cuevas-refugio en las actuales comunidades de Cataluña, País Valenciano y Murcia, a partir de González-Alcalde (2004: fig. 1).	35
Fig. 2.3.	Territorios ibéricos del área central del País Valenciano, a partir de los Polígonos de Thiessen (Moreno 2010: fig. 18, 2011: fig. 17).	40
Fig. 2.4.	Territorio de <i>Kelin</i> , a partir de la rectificación del Polígono de Thiessen (Moreno 2010: fig. 18, 2011: fig. 17).	41
Fig. 2.5.	Territorio de <i>Edeta</i> durante el Ibérico Pleno (Bonet <i>et al.</i> 2008: fig. 1).	45
Fig. 2.6.	Territorio de <i>Arse</i> , a partir de Martí Bonafé (1998: fig. VI.2).	48

Capítulo 3

Fig. 3.1.	Listado de cuevas incluidas en el catálogo, con referencia a las publicaciones previas específicas y la localización de los materiales. SIAP: Servicio de Investigaciones Arqueológicas y Prehistóricas de Castellón; MPV: Museo de Prehistoria de Valencia; MAM: Museo Arqueológico Municipal; MM: Museo Municipal; MN: Museo Nacional.	55
Fig. 3.2.	Ejemplo de una ficha de la base de datos <i>FileMaker</i> confeccionada para el inventario cerámico.	56
Fig. 3.3.	Fotografía de conjunto tomada en el MPV con algunas piezas de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II.	57
Fig. 3.4.	Ejemplo de una ficha de la base de datos <i>FileMaker</i> confeccionada para el inventario de objetos varios, como metales o piezas sobre hueso.	58
Fig. 3.5.	Ficha en blanco con la información básica a rellenar durante el trabajo de campo.	59
Fig. 3.6.	Algunas imágenes de las visitas. 1, 4 y 6: Pepe Medard y Paco Blay; 2: Sonia Machause, Vicente Palomar, Luis Lozano, José Hervás, Mercedes Fuentes y Consuelo Mata; 3: Paco Blay, Consuelo Mata y Vanessa Albelda; 5: Consuelo Mata, Tono Vizcaíno y Vanessa Albelda; 7: Paco Blay, Vanessa Albelda, Consuelo Mata y Bruno Rives; 8: Paco Blay, Consuelo Mata, Alessandra Monti y David Quixal; 9: Vicente Machause; 10: Vanessa Albelda, Mercedes Fuentes, Luis Lozano y Consuelo Mata.	60
Fig. 3.7.	Imágenes del trabajo de campo. 1, 2, 6 y 8: Cueva del Murciélago (Fotos Vicente Palomar); 3 y 7: Cova de les Dones; 4: Cueva Merinel; 5: Cueva II del Puntal del Horno Ciego; 9: Cueva I del Puntal del Horno Ciego; 10: Cueva de los Mancebones; 11: Cueva de la Torre del Mal Paso.	61

Capítulo 4

Fig. 4.1.	Localización de las cuevas incluidas en el catálogo.	70
Fig. 4.2.	Tabla resumen de las cuevas incluidas en el catálogo.	71
Fig. 4.3.	Vista del paraje del Turche y localización de la cueva.	72
Fig. 4.4.	Vista de la Cueva Negra o Cueva Monedi.	72
Fig. 4.5.	Localización de la Cueva Negra en el Barranco de Monedi.	73
Fig. 4.6.	Planta de La Carència con la situación de las cuevas en relación a los recintos (Albiach 2013: fig. 5.63).	73
Fig. 4.7.	Localización de una de las cuevas en el interior del recinto I (Albiach 2013: fig. 9.2).	74
Fig. 4.8.	Localización de una de las cuevas en el interior del recinto III (Albiach 2013: fig. 9.4).	74
Fig. 4.9.	Estructura general del catálogo.	75
Fig. 4.10.	Situación de la Cueva del Murciélago y panorámica del entorno de la cavidad.	76
Fig. 4.11.	Croquis y secciones de la cueva (a partir de Garay 1973 y Palomar 1986: fig. 2) y materiales ibéricos procedentes de las intervenciones del SIAP.	77
Fig. 4.12.	Boca de acceso a la Cueva del Murciélago.	77
Fig. 4.13.	Sala principal, vista desde la boca de entrada (fotografía: V. Palomar).	78
Fig. 4.14.	Vista de la cavidad desde el interior (fotografía: V. Palomar).	78
Fig. 4.15.	Vista de la entrada desde la Sala C.	78
Fig. 4.16.	Vista de la sala principal desde la Sala C.	78
Fig. 4.17.	Señalización cercana a la cueva.	78
Fig. 4.18.	Trabajos de excavación llevados a cabo en los años 80 por el SIAP en la Cueva del Murciélago (Gusi 2000: 27).	79
Fig. 4.19.	Estado actual de los sondeos (abril 2015).	79
Fig. 4.20.	Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva del Murciélago.	79
Fig. 4.21.	Materiales ibéricos procedentes de las intervenciones del SIAP.	80

Fig. 4.22.	Situación de la Cueva de la Torre del Mal Paso y panorámica del entorno de la cavidad.	82
Fig. 4.23.	Localización de la cueva en el cerro del Mal Paso.	82
Fig. 4.24.	Estructuras murarias visibles en superficie, pertenecientes a los departamentos excavados del poblado ibérico situado sobre la cueva.	83
Fig. 4.25.	Torre de vigía del s. VIII situada en la cima del cerro.	83
Fig. 4.26.	Boca de acceso a la Cueva de la Torre del Mal Paso (vista desde el exterior y desde el interior).	83
Fig. 4.27.	Galería principal, vista desde la boca de entrada.	84
Fig. 4.28.	Vista del interior y de la boca de acceso, desde uno de los bloques desprendidos de la bóveda.	84
Fig. 4.29.	Croquis y sección de la cueva (a partir de Fletcher 1954: fig. 2; Jordá 1958: fig. 2; Soler 2002: fig. 14).	85
Fig. 4.30.	Representación porcentual de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cueva de la Torre del Mal Paso.	86
Fig. 4.31.	Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva de la Torre del Mal Paso.	87
Fig. 4.32.	Recipientes cerámicos más representativos del grupo I.	88
Fig. 4.33.	Recipientes cerámicos más representativos del grupo II.	89
Fig. 4.34.	<i>Kalathos</i> de grandes dimensiones (CTMP61) restaurado con escayola.	90
Fig. 4.35.	Recipientes cerámicos más representativos del grupo III, grupo V y otros.	91
Fig. 4.36.	Evidencias epigráficas. 1: Tapadera CTMP56 con una inscripción ibérica pintada; 2: Transcripción de la inscripción según Fletcher (1985: fig. 23.2).	92
Fig. 4.37.	Detalle del mortero CTMP24, con varias piedrecitas incrustadas.	92
Fig. 4.38.	Cerámicas de Clase B, objetos metálicos y elementos sobre hueso.	93
Fig. 4.39.	Fragmentos pertenecientes al recipiente indeterminado con perforaciones precocción cuadrangulares CTMP45.	94
Fig. 4.40.	Algunos ejemplos de decoración floral hallados en la cueva.	95
Fig. 4.41.	Representación de las seis cápsulas de adormidera sobre algunos fragmentos pertenecientes a la tinaja CTMP23.	96
Fig. 4.42.	Resumen del inventario de elementos metálicos y huesos trabajados hallados en la Cueva de la Torre del Mal Paso.	97
Fig. 4.43.	Botón de pasta vítrea con perforación central.	98
Fig. 4.44.	Situación de la Cova de Can Ballester y la Cova dels Orgues.	101
Fig. 4.45.	Vista del paseo desde la localización de la Cova dels Orgues. Al fondo, entrada a las cuevas de Sant Josep.	102
Fig. 4.46.	Vista del cerro de Sant Josep desde el río Belcaire: localización del poblado de San Josep (1), Cova dels Orgues (2), La Cova (3), Cova de Can Ballester (4) y Coves de San Josep (5).	102
Fig. 4.47.	Entrada a les Coves de Sant Josep.	103
Fig. 4.48.	Afluencia turística en les Coves de Sant Josep.	103
Fig. 4.49.	Vista de las murallas excavadas del poblado de Sant Josep desde la cima.	103
Fig. 4.50.	Situación de la Cova de l'Armela y panorámica del entorno de la cavidad.	104
Fig. 4.51.	Localización de la cueva en el Barranco del Tormo. Fotografías tomadas con una hora de diferencia donde se observa la niebla que dificulta la visibilidad de la boca.	104
Fig. 4.52.	Boca de acceso a la cueva (izquierda) y vista desde uno de los bloques desprendidos de la visera hacia la costa (derecha).	105
Fig. 4.53.	Vista del final del pasillo de acceso.	105
Fig. 4.54.	Espacio situado al final del pasillo de acceso.	105
Fig. 4.55.	Desprendimientos y material en superficie presentes en el fondo de la zona B.	105
Fig. 4.56.	Formaciones kársticas cercanas al pasillo de acceso.	105
Fig. 4.57.	Vista desde el fondo de la zona B.	106
Fig. 4.58.	Muro actual construido sobre una de las rocas desprendidas de la visera, visto desde el interior de la cavidad.	106
Fig. 4.59.	Plano y sección de la cueva (a partir de J. Casabó, G. Navarro y T. Serra, imagen procedente de la ficha DGPV).	107
Fig. 4.60.	Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cova de l'Armela.	107
Fig. 4.61.	Cerámicas depositadas en el Museu Arqueològic de La Vall d'Uixó.	108
Fig. 4.62.	Fachada actual del Restaurante La Gruta.	109
Fig. 4.63.	Planta de la Cova Gran y de los covachos (a partir de Gusi y Olària 1979: fig. 1) y cerámicas del grupo I.	110
Fig. 4.64.	Vista de la Cova Gran de Can Ballester durante la construcción del restaurante, con el nivel de sedimentación original indicado (a partir de Gusi y Olària 1979: lám. 1).	111
Fig. 4.65.	Vista del covacho 1 tras finalizar la excavación de urgencia (a partir de Gusi y Olària 1979: lám. 1).	111
Fig. 4.66.	Vista actual de la sala del restaurante La Gruta que ocupa la Cova Gran.	112
Fig. 4.67.	Vista actual de uno de los covachos, ocupado por una de las salas del restaurante.	112
Fig. 4.68.	Representación porcentual de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cova de Can Ballester.	113
Fig. 4.69.	Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cova de Can Ballester.	114
Fig. 4.70.	Cerámicas de Clase A, Clase B, cerámicas importadas (grises y fenicias) y aguja de bronce, hallados en los covachos. Tan solo la pátera CCB30 se recuperó en la Cova Gran.	115
Fig. 4.71.	El único ejemplo de decoración vegetal presente en la cueva: <i>kalathos</i> CCB34.	116

Fig. 4.72.	Vista actual de la entrada.	118
Fig. 4.73.	Vista de la boca principal.	118
Fig. 4.74.	Plano y sección de la Cova dels Orgues (a partir de Fernández <i>et al.</i> 1982: 128) (arriba); plano y sección del covacho 1 (a partir de González y Viñuela 1994; Oliver 2010: fig.2) (abajo).	119
Fig. 4.75.	Localización del muro en el nivel I: planimetría del nivel I (a partir de González y Viñuela 1994; Oliver 2010: fig 3) (arriba); imágenes del sondeo al principio y final de la excavación del nivel I (fotografía: Museu Arqueològic de La Vall d'Uixó) (abajo).	120
Fig. 4.76.	Corte estratigráfico del sondeo (a partir de González y Viñuela 1994; Oliver 2010: fig.4).	122
Fig. 4.77.	Representación porcentual global de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cova dels Orgues.	122
Fig. 4.78.	Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cova dels Orgues.	123
Fig. 4.79.	Cerámicas halladas en los niveles removidos (N-SUP, LPG, SR, LPN-I y LPN-IC).	124
Fig. 4.80.	Fragmento informe COR49, perteneciente a un posible colador o quesera, hallado en el N-SUP.	125
Fig. 4.81.	Recipientes cerámicos más representativos hallados en el N-IA.	127
Fig. 4.82.	Recipientes cerámicos más representativos hallados en el N-IB.	128
Fig. 4.83.	Recipientes cerámicos más representativos hallados en el N-IC.	129
Fig. 4.84.	Recipientes cerámicos más representativos hallados en el N-IC.	130
Fig. 4.85.	Recipientes cerámicos más representativos hallados en el N-II.	131
Fig. 4.86.	Ejemplo de decoración geométrica, hallado en el N-IC (COR211).	131
Fig. 4.87.	Cuantificación de especies de la muestra faunística de la Cova dels Orgues, con gráfico en valores porcentuales de las especies más representativas (a partir de Iborra 1994).	132
Fig. 4.88.	Porcentajes de representación anatómica de las especies más destacadas de la muestra faunística (a partir de Iborra 1994).	133
Fig. 4.89.	Situación del Abric de les Cinc con vista 3D del Abric (1) y el poblado de El Castell (2) (a partir de Albelda y Machause 2015: fig. 1).	135
Fig. 4.90.	Localización del abrigo en la ladera Suseste del cerro del Castell.	136
Fig. 4.91.	Pasillo de acceso, vista desde el abrigo.	136
Fig. 4.92.	Planta del abrigo (a partir de Junyent <i>et al.</i> 1982-1983: fig. 1B); excavación de 1977 (fotografía: Arxiu SIAP); estado actual del abrigo.	137
Fig. 4.93.	Representación porcentual de las cerámicas de cronología ibérica halladas en el Abric de les Cinc.	138
Fig. 4.94.	Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en el Abric de les Cinc (a partir de Albelda y Machause 2015: fig. 5).	139
Fig. 4.95.	Recipientes cerámicos más representativos: grupo I y II.	140
Fig. 4.96.	Recipientes cerámicos más representativos: grupo III-VI.	141
Fig. 4.97.	Recipientes cerámicos más representativos: Clase B e importaciones.	142
Fig. 4.98.	Ejemplos de decoración bicroma, hallados en los niveles IIa, IA y IIC (a partir de Albelda y Machause 2015: fig. 11).	143
Fig. 4.99.	Situación de la Cova del Cavall y vista desde la Peña de Ali-Maimó o Maimona hacia Olocau y el fortín edetano del Puntal dels Llops (flecha).	145
Fig. 4.100.	Localización de la cueva, cercana a la cima de la Peña de Ali-Maimó o Maimona.	146
Fig. 4.101.	Planta y sección de la Cova del Cavall (a partir de Fernández <i>et al.</i> 1982: 62).	147
Fig. 4.102.	Boca de entrada a la cavidad: vista desde el exterior (izquierda) y desde el interior, donde se observan los desprendimientos actuales (derecha).	148
Fig. 4.103.	Interior de la sala principal con la localización de las simas.	148
Fig. 4.104.	Interior de la sala (fotografía: <i>Espeleocalderona</i> http://espeleocalderona.blogspot.com.es/2012/03/cova-del-cavalloloca.html , consultada el 1 de abril de 2016).	148
Fig. 4.105.	Espeleólogo descendiendo por la sima (fotografía: <i>Espeleocalderona</i> : http://espeleocalderona.blogspot.com.es/2012/03/cova-del-cavalloloca.html , consultada el 1 de abril de 2016).	149
Fig. 4.106.	Situación de la Cueva Merinel y panorámica del entorno de la cavidad.	151
Fig. 4.107.	Localización de la cueva en el Barranco de las Hoces.	151
Fig. 4.108.	Vista desde el interior de las tres bocas de acceso a la cueva.	152
Fig. 4.109.	Vista desde el exterior de la boca II, cuya forma cuadrangular puede deberse a algún tipo de modificación humana.	153
Fig. 4.110.	Espacio A1, cercano a la boca I.	153
Fig. 4.111.	Croquis de la cueva: planta y sección de V. Alegre y S. Seguer (a partir de Fernández <i>et al.</i> 1982: 193) (arriba); planta con indicaciones de las salas (a partir de Martínez Perona 1992: fig. 1) (abajo).	154
Fig. 4.112.	Vista de la sala A y el espacio D1 y D2, localizados al fondo de la cueva, donde se hallaron la mayoría de los materiales ibéricos.	155

Fig. 4.113. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva Merinel.	156
Fig. 4.114. Representación porcentual global de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cueva Merinel.	157
Fig. 4.115. Algunos de los caliciformes hallados en la cueva en los años 50 y depositados en el MNC (CME1-2, 160), en las intervenciones de los 80 de J. Aparicio (CME3-11) y un ejemplar donado al MPV (CME131); el resto fueron depositados en el MPV tras la intervención de J.V. Martínez Perona.	158
Fig. 4.116. Cerámicas del subtipo A.III.8 y de Clase B depositadas en el MPV, excepto CME12, CME29 y CME31 que no han sido localizadas (a partir de Martínez Perona 1992).	159
Fig. 4.117. Caliciformes completos donados al MNC (CME1, 2, 160) y al MPV (CME131).	159
Fig. 4.118. Resumen del inventario de materiales metálicos hallados en la Cueva Merinel.	160
Fig. 4.119. Cuantificación y representación de especies de la muestra faunística de la Cueva Merinel (a partir de Blay 1992).	160
Fig. 4.120. Restos faunísticos depositados en el MPV, diferenciados por edades de muerte: 0-2 meses (1), 2-6 meses (2) y 1-1,5 años (3).	161
Fig. 4.121. Porcentajes de representación anatómica en cerdos y ovicaprinos (a partir de Blay 1992). Siluetas extraídas de https://www.archeozoo.org , consultada el 17 de mayo de 2017).	162
Fig. 4.122. Restos humanos procedentes de la Cueva Merinel: tibia (1), húmero (2) y fémur (3).	162
Fig. 4.123. Situación de la Cueva del Sapo con vista 3D y panorámica del entorno de la cavidad (a partir de Machause <i>et al.</i> 2014: fig. 1).	164
Fig. 4.124. Localización de la cueva en la ladera Noreste del Montico Redondo o Cerro de la Atalaya.	164
Fig. 4.125. Descenso a la cueva con ayuda de cuerdas (fotografía: C. Mata).	164
Fig. 4.126. Planta y secciones de la cueva (a partir de Portell 1983) e imágenes del interior.	165
Fig. 4.127. Posible acceso en la zona Suroeste, actualmente bloqueado por un desprendimiento.	166
Fig. 4.128. Vista de la galería descendente de la zona situada al Noreste.	166
Fig. 4.129. Representación porcentual de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cueva del Sapo.	168
Fig. 4.130. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva del Sapo.	168
Fig. 4.131. Recipientes cerámicos más representativos: grupos I y II.	169
Fig. 4.132. Recipientes cerámicos más representativos: tinaja y cerámicas del grupo III.	170
Fig. 4.133. Recipientes cerámicos más representativos: grupo III, V, cerámicas de Clase B y a mano.	171
Fig. 4.134. Caliciforme conservado casi completo.	172
Fig. 4.135. Ejemplos de decoración floral.	172
Fig. 4.136. Resumen del inventario de elementos metálicos.	173
Fig. 4.137. Objetos metálicos más representativos.	174
Fig. 4.138. Cuantificación y representación de especies de la muestra faunística (a partir de Machause y Sanchis 2015: cuadro 1).	175
Fig. 4.139. Representación anatómica en las especies más representativas de la muestra: ovicaprinos y ciervos (a partir de Machause y Sanchis 2015: fig. 4).	176
Fig. 4.140. Fragmentación en las especies más representativas de la muestra: ovicaprinos y ciervos (a partir de Machause y Sanchis 2015: fig. 2).	177
Fig. 4.141. Alteraciones antrópicas presentes sobre metatarso de ovicaprino (1), ulna de perro (2) y astrágalo de ciervo (3) (a partir de Machause y Sanchis 2015: fig. 5).	177
Fig. 4.142. Restos humanos con marcas de corte sobre: (1-5) calota; (6) radio izquierdo; (7-8) dos falanges (a partir de Machause <i>et al.</i> 2014: fig. 8).	178
Fig. 4.143. Frecuencia de los taxones identificados en el análisis antracológico (a partir de Machause <i>et al.</i> 2014: fig. 6).	179
Fig. 4.144. Fotografías en el microscopio electrónico de algunos de los taxones identificados: <i>Ficus carica</i> (1), <i>Pinus halepensis</i> (2), <i>Quercus</i> sp. (3) y Monocotiledónea tp. <i>Chamerops humilis</i> (a partir de Machause <i>et al.</i> 2014: fig. 7).	180
Fig. 4.145. Situación del Abrigo de las Vacas y panorámica del entorno del abrigo.	182
Fig. 4.146. Localización del abrigo bajo el Pico de Pascual.	183
Fig. 4.147. Vista general del Abrigo de las Vacas.	183
Fig. 4.148. Planta, sección y materiales inventariados del abrigo (a partir de Martínez Perona 1979: figs. 3 y 4), con fotografías del muro y del sedimento conservado.	184
Fig. 4.149. Situación de la Cueva Santa y panorámica del entorno de la cavidad.	186
Fig. 4.150. Localización de la cueva en la ladera Sur del barranco.	186
Fig. 4.151. Panel informativo instalado por el SIP en 1976.	187
Fig. 4.152. Boca de acceso a la Cueva Santa.	187
Fig. 4.153. Croquis de la Cueva Santa (a partir de Lorrio <i>et al.</i> 2002), con imágenes del interior y cerámicas de cronología ibérica halladas en la prospección de J. Aparicio.	188
Fig. 4.154. Vista desde la Sala I hacia el muro construido frente a la puerta de acceso.	189
Fig. 4.155. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva Santa.	189

Fig. 4.156.	Situación de las Cuevas del Puntal del Horno Ciego y panorámica desde la ubicación de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II.	190
Fig. 4.157.	Boca de acceso a la Cueva del Puntal del Horno Ciego I (vista desde el exterior y desde el interior).	191
Fig. 4.158.	Pasillo de acceso o laminador de la Cueva del Puntal del Horno Ciego I (vista desde el exterior y desde el interior).	191
Fig. 4.159.	Vista panorámica de la sala principal de la Cueva del Puntal del Horno Ciego I.	192
Fig. 4.160.	Croquis de la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (a partir de Lorrio <i>et al.</i> 2002), con imágenes de la sala principal, vista desde distintos puntos.	192
Fig. 4.161.	Acceso natural (1-2) y actual (2-3) a la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (vistas desde el exterior y desde el interior).	193
Fig. 4.162.	Bocas de acceso al resto de cuevas localizadas en la ladera: CPHC-III, CPHC-IV y CPHC-V (fotografías: D. Quixal).	194
Fig. 4.163.	Imagen de la excavación de agosto de 1974, en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (Archivo Fotográfico del SIP).	195
Fig. 4.164.	Tabla resumen de los niveles de excavación (a partir de Martí Bonafé 1990).	195
Fig. 4.165.	Representación porcentual de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II.	197
Fig. 4.166.	Conjunto de los caliciformes más completos recogidos en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (materiales de exposición, catálogo y almacén del MPV).	197
Fig. 4.167.	Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II.	198
Fig. 4.168.	Urna de orejetas procedente del E-I-II-IV; caliciformes (A.III.4) SR (CPHC74) y del E-II; caliciformes SR del subtipo 4.1 (a partir de Martí Bonafé 1990).	199
Fig. 4.169.	Caliciformes del subtipo 4.1 procedentes del E-II, excepto CPHC174 (E-I) y CPHC60 (E-III) (a partir de Martí Bonafé 1990).	200
Fig. 4.170.	Caliciformes del subtipo 4.2 procedentes del E-II (a partir de Martí Bonafé 1990).	201
Fig. 4.171.	Caliciformes del subtipo 4.2 procedentes del E-II (CPHC177-180,184), del E-III (CPHC82 y CPHC126) y SR (a partir de Martí Bonafé 1990).	202
Fig. 4.172.	Caliciformes del subtipo 4.3 procedentes del E-II, excepto CPHC137 y CPHC175, que fueron hallados en el E-I (a partir de Martí Bonafé 1990).	203
Fig. 4.173.	Caliciformes del subtipo 4.3 SR, excepto CPHC150 (E-III), CPHC151 (E-IV) y CPHC (E-II); cerámicas representativas del grupo III.8, del grupo IV y a mano (a partir de Martí Bonafé 1990).	204
Fig. 4.174.	Fusayolas procedentes del E-II, excepto CPHC154 (E-I) y CPHC159-160 (E-IV); ollas B.1 procedentes del E-II (CPHC62 y CPHC100) y del E-III (CPHC63-65) (a partir de Martí Bonafé 1990).	205
Fig. 4.175.	Cerámicas a mano con formas ibéricas; detalle del interior de la jarrita CPHC85, tomado con la lupa LeikaM165C del MPV.	206
Fig. 4.176.	Conjunto de fusayolas halladas en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II.	207
Fig. 4.177.	Ejemplos de decoración sobre caliciformes de cocción oxidante.	207
Fig. 4.178.	Decoración interior realizada sin compás del caliciforme CPHC60.	207
Fig. 4.179.	Caliciformes con un tratamiento externo e interno de bruñido o espatulado, posiblemente con intención decorativa CPHC87 (izquierda) y CPHC98 (derecha).	208
Fig. 4.180.	Imagen de detalle, sin escala, de las termoalteraciones en el interior del caliciforme CPHC135 (arriba) y de los restos de ocre del caliciforme CPHC98 (abajo).	208
Fig. 4.181.	Evidencias de uso en el interior de una pátera (CPHC99) y dos caliciformes (CPHC125 y CPHC179), de izquierda a derecha.	208
Fig. 4.182.	Resumen del inventario de elementos metálicos hallados en la Cueva del Puntal del Horno Ciego II.	208
Fig. 4.183.	Elementos metálicos hallados en el E-II, excepto CPHC_V8 (E-I/E-II) y CPHC_V13 (E-I); la anilla SIP7003 no se encuentra actualmente depositada en el MPV (a partir de Martí Bonafé 1990).	209
Fig. 4.184.	Anillos hallados en el E-II (fotografía tomada con la lupa LeikaM165C del MPV).	210
Fig. 4.185.	Cuantificación y representación de especies de la muestra faunística (a partir de Sarrión 1990: cuadro 1).	211
Fig. 4.186.	Restos con alteraciones antrópicas. Restos de ciervo con marcas de corte: fragmento basal de asta desmogada (1) y de sacro (2); restos de suidos con termoalteraciones (3).	212
Fig. 4.187.	Restos de cánidos procedentes del E-III (1) y E-IV (2).	212
Fig. 4.188.	Resumen del inventario de restos humanos procedentes de los niveles con materiales ibéricos.	213
Fig. 4.189.	Muestra representativa de restos humanos recogidos en los niveles con materiales ibéricos: frontal (1), clavícula izquierda (2), diáfisis de peroné (3), diáfisis de tibia derecha (4) y diáfisis de fémur izquierdo (5).	213
Fig. 4.190.	Conjunto de cerámicas a mano con formas y pastas características de la Edad del Bronce.	214
Fig. 4.191.	Situación de la Cueva Santa del Cabriel con vista 3D y panorámica del entorno de la cavidad.	216

Fig. 4.192. Acceso actual a la cueva.	216
Fig. 4.193. Boca de acceso a la cueva (vista desde el exterior y desde el interior).	217
Fig. 4.194. Pasillo de acceso a la cueva, vista hacia el interior.	217
Fig. 4.195. Planta de la Cueva Santa del Cabriel, a partir de Lorrio <i>et al.</i> 2006: fig. 2 (el recuadro marca la zona prospectada en 2003).	218
Fig. 4.196. Vista de la zona Este de la sala principal (A), con iluminación artificial y el altar a la virgen, con motivo de la romería.	219
Fig. 4.197. Vista de la zona Noreste de la sala principal (A) y de algunas de sus columnas conservadas hoy en día.	219
Fig. 4.198. Cubeta natural conservada en la zona Sur de la sala principal (A).	219
Fig. 4.199. Visitantes de la cueva durante la romería de mayo de 2015 accediendo a la Sala C.	220
Fig. 4.200. Interior de la sala C.	220
Fig. 4.201. Representación porcentual de las cerámicas de cronología ibéricas halladas en la Cueva Santa del Cabriel.	221
Fig. 4.202. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva Santa del Cabriel.	222
Fig. 4.203. Comparativa de los porcentajes cerámicos procedentes de las distintas recogidas y estudio de materiales.	222
Fig. 4.204. Caliciformes completos conservados en el Museo de Cuenca.	223
Fig. 4.205. Miniatura de mano de mortero con cabeza de ave, procedente de la colección privada de F. Moya.	223
Fig. 4.206. Concreción y restos orgánicos presentes en el interior del plato CSM66.	223
Fig. 4.207. Cerámicas del grupo II y III procedentes de la intervención de I. Sarrión (1974). Tan solo los caliciformes CSM203-204/208-211 proceden de la colección del Museo de Cuenca.	224
Fig. 4.208. Cerámicas del grupo III y Clase B procedentes de la intervención de I. Sarrión (1974). Tan solo la olla CSM206 procede de la colección del Museo de Cuenca.	225
Fig. 4.209. Páteras CSM91-109 procedentes de la intervención de I. Sarrión (1974).	226
Fig. 4.210. Cuantificación y representación de especies de la muestra faunística de la Cueva Santa del Cabriel.	228
Fig. 4.211. Muestra representativa de los restos de fauna procedentes de la intervención de I. Sarrión (1974).	228
Fig. 4.212. Restos humanos procedentes de la intervención de I. Sarrión (1974): vértebra lumbar (1), fragmento de posible cuerpo vertebral (2), segundo molar superior derecho (3) y tercer molar inferior (4).	229
Fig. 4.213. Imagen del pasillo de acceso a la cueva tomada durante el solsticio de verano (fotografía: F. Moya).	230
Fig. 4.214. Situación de la Cueva de El Molón.	231
Fig. 4.215. Localización de la cueva a los pies de la ladera Sur del cerro del Molón. Plano extraído de la página web: https://web.ua.es/es/elmolon/el-parque/la-visita.html (consultada el 18 de mayo de 2017).	231
Fig. 4.216. Planta de la cueva y dibujos del material (a partir de Moneo 2001: figs. 1 y 4); (1) Vista actual del acceso a la cueva; (2 y 3) Interior de la cueva (fotografías: A. J. Lorrio).	232
Fig. 4.217. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica (a partir de Moneo 2001).	233
Fig. 4.218. Situación de la Cueva de los Mancebones y panorámica del entorno de la cavidad.	236
Fig. 4.219. Localización de la Cueva de los Mancebones.	236
Fig. 4.220. Boca de acceso a la Cueva de los Mancebones, vista desde el exterior.	237
Fig. 4.221. Zona A (entrada y vestíbulo), vista desde el interior.	237
Fig. 4.222. Croquis y sección de la cueva (a partir de Fernández <i>et al.</i> 1982: 149). La entrada y la sala C han sido modificadas siguiendo nuestro croquis (1); Cerámicas depositadas en el MPV (2); Cerámicas publicadas, sin escala, por Gil-Mascarell (1975: fig. 5) (3).	238
Fig. 4.223. Galería o zona B, vista hacia el exterior y hacia el interior.	239
Fig. 4.224. Vista desde la galería al acceso a la Sala C.	239
Fig. 4.225. Vista de la Sala C, una vez escalado el desnivel de 2 m.	239
Fig. 4.226. Estado actual de algunas de las paredes de la cueva, afectadas por la acción humana.	239
Fig. 4.227. Oquedad frente a la cueva que pudo formar parte de una de las antiguas entradas, actualmente colmatada.	240
Fig. 4.228. Fusayolas expuestas en la Colección Museográfica de Utiel, procedentes seguramente de la Cueva de los Mancebones (R. Martínez c.o.).	240
Fig. 4.229. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica. Los elementos marcados con un * se exponen en la Colección Museográfica de Utiel, y se relacionan con la Cueva de los Mancebones, pero no se asegura dicho origen (R. Martínez c.o.).	241
Fig. 4.230. Situación de la Cueva de los Ángeles y panorámica del entorno de la cavidad (Archivo Fotográfico del SIP).	244
Fig. 4.231. Paraje cercano al Barranco de los Conejos. Fotografía tomada durante el tercer intento en localizar la Cueva de los Ángeles en mayo de 2015.	245
Fig. 4.232. Miembros del SIP en la visita a la cueva de los años 70: vista de la boca de acceso (Archivo Fotográfico del SIP).	245
Fig. 4.233. Visita del SIP a la Cueva de los Ángeles de los años 70: vista del interior (Archivo Fotográfico del SIP).	245
Fig. 4.234. Vista de la boca de acceso con la señalización del SIP instalada en la visita de los años 70 (Archivo Fotográfico del SIP).	246

Fig. 4.235. Resumen de las referencias bibliográficas sobre el inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica relacionados con la Cueva de los Ángeles.	247
Fig. 4.236. Situación de la Cueva del Cerro Hueco y panorámica del entorno de la cavidad.	249
Fig. 4.237. Localización de la cueva en el Cerro Hueco.	249
Fig. 4.238. Boca de acceso a la Cueva del Cerro Hueco (vista desde el exterior y desde el interior).	250
Fig. 4.239. Interior de la galería descendente.	250
Fig. 4.240. Derrumbe producido al fondo de la galería.	250
Fig. 4.241. Planta y secciones de la Cueva del Cerro Hueco (a partir de Fernández <i>et al.</i> 1982: 144) y caliciformes recogidos en 2004 (a partir de Quixal 2008: fig. 187).	251
Fig. 4.242. Vista de la sala principal en 2004 (fotografía: D. Quixal).	252
Fig. 4.243. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica relacionados con la Cueva del Cerro Hueco.	253
Fig. 4.244. Cerámicas publicadas con procedencia de la Cueva del Cerro Hueco (a partir de Cisneros 1983: fig. 1; Aparicio y Latorre 1977; Archivo Fotográfico del SIP).	255
Fig. 4.245. Fusayolas y anillos procedentes de la Cueva del Cerro Hueco (Archivo Fotográfico del SIP).	256
Fig. 4.246. Situación de la Cueva de la Cocina.	259
Fig. 4.247. Localización de la cueva en el barranco de la campana.	259
Fig. 4.248. Boca de acceso a la Cueva de la Cocina (vista desde el exterior y desde el interior, fotografía: O. García Puchol).	260
Fig. 4.249. Vista de la cueva desde el interior.	260
Fig. 4.250. Corredor artificial y pozo situado al fondo de la cavidad.	261
Fig. 4.251. Vista de la boca de la cueva hacia el 1945 (a partir de Pascual 2006: fig. 1).	261
Fig. 4.252. Vista del interior de la cueva durante la intervención de 2015.	261
Fig. 4.253. Planta 3D de la cavidad con indicación de las intervenciones actuales (García Puchol <i>et al.</i> 2015: fig. 1).	261
Fig. 4.254. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cueva de la Cocina.	262
Fig. 4.255. Cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cueva de la Cocina.	262
Fig. 4.256. Resumen del inventario de elementos metálicos hallados en la Cueva de la Cocina.	263
Fig. 4.257. Situación de la Cova de les Dones y panorámica del entorno de la cavidad.	264
Fig. 4.258. Boca de acceso a la Cova de les Dones (vista desde el exterior).	264
Fig. 4.259. Boca de acceso a la Cova de les Dones (vista desde el interior).	264
Fig. 4.260. Planta y sección de la cueva (a partir de Donat 1969).	265
Fig. 4.261. Puerta de acceso a la galería (vista exterior e interior).	266
Fig. 4.262. Imágenes del interior de la galería.	266
Fig. 4.263. Algunas evidencias de las formaciones kársticas presentes a lo largo de la galería.	267
Fig. 4.264. Formaciones kársticas con formas antropomorfas.	267
Fig. 4.265. Depósitos arcillosos presentes en algunas subgalerías y al final de la galería.	267
Fig. 4.266. Evidencias de la presencia de agua en la galería. Ejemplo de la conocida como “sala de los nenúfares”.	268
Fig. 4.267. Acceso a la sala secundaria de 13 m de largo, situada al final de la cavidad.	268
Fig. 4.268. Formaciones kársticas afectadas por la afluencia constante de visitas.	268
Fig. 4.269. Ilustración de la Cova de les Dones según Cavanilles (1797: 22).	269
Fig. 4.270. Cerámicas en superficie presentes en el interior de la galería.	270
Fig. 4.271. Resumen del inventario de materiales cerámicos de cronología ibérica hallados en la Cova de les Dones.	271
Fig. 4.272. Representación porcentual de las cerámicas de cronología ibérica halladas en la Cova de les Dones.	272
Fig. 4.273. Ejemplo de la elevada fragmentación presente en la mayoría de caliciformes recogidos en los años 60 por J. Donat y depositados en el MPV.	272
Fig. 4.274. Cerámicas del grupo I, II y III.	273
Fig. 4.275. Caliciformes A.III.4 y del subtipo 4.1.	274
Fig. 4.276. Caliciformes del subtipo 4.2.	275
Fig. 4.277. Caliciformes del subtipo 4.3.	276
Fig. 4.278. Platos y escudillas (A.III.8.1 y A.III.8.2).	277
Fig. 4.279. Vasos caliciformes restaurados pertenecientes a la colección privada de J. Martínez.	278
Fig. 4.280. Evidencias de uso en el interior de los caliciformes CDO192 y CDO117 (fotografía de detalle del caliciforme CDO192 tomada con la lupa LeikaM165C del MPV).	279
Fig. 4.281. Cerámicas del grupo IV y V, cerámicas de Clase B, cerámicas a mano, cerámicas de importación y elementos metálicos.	280
Fig. 4.282. Conjunto de vasos casi completos, recogidos por J. Donat (1); posible asociación entre el tarrito CDO118 y la tapadera CDO123 (2).	281
Fig. 4.283. Ejemplos de algunas de las decoraciones presentes en la cueva (CDO23 fotografía: E. Collado).	281
Fig. 4.284. Resumen del inventario de materiales metálicos hallados en la Cova de les Dones.	281

Fig. 4.285.	Detalle del punzón CDO_V3, con huellas de uso (1) y marcas de corte y abrasión (2) (fotografías tomadas con la lupa LeikaM165C del MPV).	282
Fig. 4.286.	Fragmento estalagmítico recortado, con posible forma de ave.	282
Fig. 4.287.	Cuantificación y representación de especies de la muestra faunística de la Cova de les Dones. Aunque la muestra es muy reducida, se indica un posible NMI general.	238
Fig. 4.288.	Restos de fauna recogidos por J. Aparicio (1 y 3), J. Donat (2) y I. Davidson (4), con detalle de algunas de las marcas de corte (5).	284

Capítulo 5

Fig. 5.1.	Características de un proceso ritual.	294
Fig. 5.2.	Elementos para identificar una actividad ritualizada (a partir de Bell 1992, 1997).	295
Fig. 5.3.	Ritualizando objetos.	297
Fig. 5.4.	Tipos de actividades rituales (a partir de Bell 1992, 1997).	298

Capítulo 6

Fig. 6.1.	Diagrama resumen de las variables identificadas en el análisis realizado.	302
Fig. 6.2.	Diversidad de accesos. Tipo sima: Cueva del Cerro Hueco (1) y Cueva del Puntal del Horno Ciego II (2); acceso ligeramente descendiente: Cueva de la Torre del Mal Paso (3) y Cueva Santa (4); y horizontal: Cueva Merinel (5), Cova de les Dones (6), Cueva de los Mancebones (7) y Cueva Santa del Cabriel (8).	304
Fig. 6.3.	Tabla resumen de la presencia de caliciformes en relación al NMI total de recipientes cerámicos, resaltadas en color las cuevas a considerar.	305
Fig. 6.4.	Representación porcentual de la presencia de caliciformes en relación al NMI total en aquellas cuevas en las que existe concentración.	305
Fig. 6.5.	Algunas de las concentraciones de vasos caliciformes en las cuevas estudiadas: Cueva Merinel (1), Cueva del Puntal del Horno Ciego II (2), Cueva Santa del Cabriel (3) y Cova de les Dones (4).	306
Fig. 6.6.	Reproducción de la ofrenda de vasos en la Sala del Llac de la Cova de la Font Major (l'Espluga del Francolí, Tarragona), imagen extraída de: http://www.covesdelespluga.info/ca/galeria_fotografica.html (consultada el 28 de abril de 2017).	311
Fig. 6.7.	Tabla resumen de la presencia de platos y cuencos en relación al NMI total de recipientes cerámicos, resaltadas en color las cuevas a considerar.	312
Fig. 6.8.	Representación porcentual de la presencia de platos y cuencos en relación al NMI total en aquellas cuevas en las que existe concentración.	312
Fig. 6.9.	Tabla resumen de la presencia de fusayolas en relación al NMI total de recipientes cerámicos, resaltadas en color las cuevas a considerar.	314
Fig. 6.10.	Representación porcentual de la presencia de fusayolas en relación al NMI total en aquellas cuevas en las que existe concentración.	314
Fig. 6.11.	Tabla resumen de la presencia de ollas en relación al NMI total de recipientes cerámicos, resaltadas en color las cuevas a considerar.	315
Fig. 6.12.	Representación porcentual de la presencia de ollas en relación al NMI total en aquellas cuevas en las que existe concentración.	315
Fig. 6.13.	Selección de especies de fauna en la Cueva Merinel (a partir de Blay 1992) y la Cueva del Sapo (a partir de Machause y Sanchis 2015). Siluetas extraídas de https://www.archeozoo.org , consultada el 17 de mayo de 2017).	316
Fig. 6.14.	Algunos objetos miniaturizados o de tamaño reducido identificados: caliciforme CPHC84 (1), mano de mortero CSM243 (2) y anforita CDO67 (3).	318
Fig. 6.15.	Anillos (1-5) y anillas (6-7) documentados en las cuevas estudiadas: Cueva del Cerro Hueco (1) (Archivo Fotográfico del SIP, sin escala), Cueva del Puntal del Horno Ciego II (2), Cueva de la Torre del Mal Paso (3 y 6), Cueva Merinel (4), Cova de les Dones (5 y 7).	321
Fig. 6.16.	Ejemplos de importaciones en cuevas con evidencias rituales: Cueva de los Mancebones (1), Cueva del Cerro Hueco (2) y Cova de les Dones (3). A partir de Cisneros (1983: fig. 1), Aparicio y Latorre (1977) y Archivo Fotográfico del SIP (2). Varias escalas.	323
Fig. 6.17.	Evidencias iconográficas de aves procedentes de la Cueva de la Torre del Mal Paso (1), la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (2), la Cueva Santa del Cabriel (3), la Cueva del Cerro Hueco (4) y la Cova de les Dones (5). Varias escalas.	324
Fig. 6.18.	Evidencias iconográficas de grifos en las cuevas estudiadas (1: Cueva del Cerro Hueco) y paralelos procedentes de otros yacimientos: 2. Necrópolis de Pozo Moro (a partir de Alcalá-Zamora 2003: fig. 4.28A.1); 3. Necrópolis de Baza (a partir de Presedo 1982: fig. 215). Varias escalas.	326
Fig. 6.19.	Ejemplo del plato de peces hallado en la Cueva de la Torre del Mal Paso.	327

Fig. 6.20.	Ejemplo de las adormideras representadas en uno de los grandes recipientes hallados en la Cueva de la Torre del Mal Paso.	328
Fig. 6.21.	Morteros hallados en las cuevas con claras evidencias de actividad ritual: Cueva del Sapo (1) y Cueva de la Torre del Mal Paso (2).	330
Fig. 6.22.	Evidencias epigráficas identificadas en la Cueva de la Torre del Mal Paso (1, 3 y 4) y la Cueva del Cerro Hueco (2).	331

Capítulo 7

Fig. 7.1.	El viaje ritualizado en los santuarios del Alto Guadalquivir. Imagen extraída del vídeo realizado por A. Sánchez Molina para la exposición del Museu de Prehistòria Imatges per a les divinitats (Vives-Ferrándiz 2013): https://www.youtube.com/watch?v=wmp6FcZBQY8 .	342
Fig. 7.2.	Buscando la Cueva Merinel (marzo de 2015).	345
Fig. 7.3.	Ejemplo de formaciones kársticas antropomorfas de la Cova de les Dones.	348
Fig. 7.4.	Evidencias de frecuentación previa y posterior, con especial interés en la presencia de restos humanos.	351

Capítulo 8

Fig. 8.1.	Preguntas planteadas en el análisis territorial.	360
Fig. 8.2.	Localización de las cuevas incluidas en el catálogo.	366
Fig. 8.3.	Cuevas y abrigos con materiales ibéricos localizadas en el área cercana al territorio de <i>Arse</i> .	367
Fig. 8.4.	Principales yacimientos pertenecientes al territorio de <i>Arse</i> (a partir de Martí Bonafé 1998 y Albelda 2017).	368
Fig. 8.5.	Evidencias de prácticas rituales en el territorio de <i>Arse</i> .	369
Fig. 8.6.	Principales yacimientos pertenecientes al territorio de <i>Edeta</i> (a partir de Bonet <i>et al.</i> 2007: fig.1, 2008: fig. 1).	369
Fig. 8.7.	Cuevas y abrigos con materiales ibéricos localizadas en el área cercana al territorio de <i>Edeta</i> .	370
Fig. 8.8.	Evidencias de prácticas rituales en el territorio de <i>Edeta</i> .	371
Fig. 8.9.	Cuevas con materiales ibéricos localizadas en el territorio de <i>Kelin</i> .	372
Fig. 8.10.	Principales yacimientos pertenecientes al territorio de <i>Kelin</i> .	373
Fig. 8.11.	Evidencias de prácticas rituales en el territorio de <i>Kelin</i> .	374
Fig. 8.12.	Plaquetas de plata halladas en la Sierra de Rubial (1-8) y en el Punto de Agua (9) (Martínez Valle 2013: fig. 7).	375
Fig. 8.13.	Principales cursos de agua en el área de estudio (Moreno 2011: fig. 9).	376
Fig. 8.14.	Sierras y relieves que conforman y limitan el territorio de <i>Kelin</i> (Moreno 2011: fig. 10).	376
Fig. 8.15.	Cuevas con evidencias rituales localizadas en los límites occidental, septentrional y oriental del territorio de <i>Kelin</i> .	377
Fig. 8.16.	Límite oriental: poblamiento cercano a las cuevas de Cerro Hueco y los Ángeles (<i>buffer</i> de 5 km).	378
Fig. 8.17.	Límite septentrional: poblamiento cercano a la Cueva de los Mancebones (<i>buffer</i> de 5 km).	379
Fig. 8.18.	Límite occidental: poblamiento cercano a la Cueva Santa del Cabriel (<i>buffer</i> de 5 km).	380
Fig. 8.19.	Límite occidental: poblamiento cercano a la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (<i>buffer</i> de 5 km).	381
Fig. 8.20.	Localización de las cinco cuevas en relación a las principales rutas entre <i>Kelin</i> y las ciudades ibéricas vecinas (a partir de Quixal 2015: fig. 222)	382
Fig. 8.21.	Visibilidad desde el <i>oppidum</i> de <i>Kelin</i> con detalle del área cercana a la Cueva de los Mancebones y las líneas de visión negativas (<i>buffer</i> 15 km).	384
Fig. 8.22.	Visibilidad múltiple desde el resto de lugares de hábitat, con las líneas de visión positivas.	385
Fig. 8.23.	Visibilidad múltiple desde los lugares de hábitat, con las líneas de visión positivas en relación a la Cueva del Cerro Hueco.	385
Fig. 8.24.	Visibilidad múltiple desde las cuevas.	386
Fig. 8.25.	Visibilidad múltiple desde las cuevas del límite occidental.	387
Fig. 8.26.	Visibilidad múltiple desde las cuevas de los límites septentrional y oriental.	387
Fig. 8.27.	Detalle de la visibilidad existente desde la Cueva del Cerro Hueco, con las líneas de visión positivas hacia los lugares de hábitat cercanos.	387
Fig. 8.28.	Visibilidad desde el <i>oppidum</i> de <i>Kelin</i> , con las líneas de visión positivas en relación a las zonas prominentes del área cercana a la Cueva de los Mancebones (<i>buffer</i> de 1 km alrededor de las cuevas).	388
Fig. 8.29.	Visibilidad desde el <i>oppidum</i> de <i>Kelin</i> hacia el límite occidental (<i>buffer</i> de 1 km alrededor de las cuevas).	389
Fig. 8.30.	Visibilidad desde el <i>oppidum</i> de <i>Kelin</i> hacia el límite septentrional y oriental, con las líneas de visión positivas hacia las zonas prominentes (<i>buffer</i> de 1 km alrededor de las cuevas).	389
Fig. 8.31.	Visibilidad desde el <i>oppidum</i> de <i>Kelin</i> hacia el límite septentrional, con detalle de las zonas prominentes en un <i>buffer</i> de 1 km de la Cueva de los Mancebones.	389
Fig. 8.32.	Visibilidad múltiple desde los lugares de hábitat hacia el límite occidental, con <i>buffer</i> de 1 km y referencia a las zonas prominentes alrededor de las cuevas.	390

Fig. 8.33.	Visibilidad múltiple desde los lugares de hábitat hacia el límite septentrional, con <i>buffer</i> de 1 km y referencia a las zonas prominentes alrededor de la Cueva de los Mancebones.	390
Fig. 8.34.	Visibilidad múltiple desde los lugares de hábitat hacia el límite oriental, con <i>buffer</i> de 1 km, referencia a las zonas prominentes alrededor de las cuevas y líneas de visión positiva.	391
Fig. 8.35.	Detalle de la visibilidad múltiple desde los lugares de hábitat hacia el límite oriental, con <i>buffer</i> de 1 km, referencia a las zonas prominentes alrededor de las cuevas y líneas de visión positiva.	391
Fig. 8.36.	Mapa de pendientes del territorio de <i>Kelin</i> .	392
Fig. 8.37.	Mapa de costes acumulado desde el <i>oppidum</i> central.	393
Fig. 8.38.	Costes desde el <i>oppidum</i> central hacia las cuevas, expresados en minutos, horas y kilómetros.	393
Fig. 8.39.	Caminos de menor coste desde el <i>oppidum</i> central hacia las cuevas.	394
Fig. 8.40.	Costes desde los poblados cercanos hacia las cuevas, expresados en minutos, horas y kilómetros.	395
Fig. 8.41.	Caminos de menor coste desde los poblados cercanos a la Cueva del Cerro Hueco.	396
Fig. 8.42.	Caminos de menor coste desde los poblados cercanos a la Cueva de los Ángeles.	396
Fig. 8.43.	Camino de menor coste desde el poblado cercano a la Cueva de los Mancebones.	396
Fig. 8.44.	Caminos de menor coste desde los poblados cercanos a la Cueva Santa del Cabriel y la Cueva del Puntal del Horno Ciego II.	396
Fig. 8.45.	Las cuevas como ejes del paisaje simbólico en <i>Kelin</i> : principales variables identificadas.	401

Capítulo 9

Fig. 9.1.	Principales clasificaciones existentes sobre los lugares de culto, con la categoría en la que se incluyen las cuevas resaltada.	411
Fig. 9.2.	Propuesta de clasificación: categorías y ejemplos identificados.	412
Fig. 9.3.	Localización de las cuevas con evidencias rituales visitadas en barrancos de difícil acceso (1. Cueva Merinel y 2. Cueva Santa del Cabriel), con acceso en sima (3. Cueva del Sapo, 4. Cueva del Cerro Hueco y 5. Cueva del Puntal del Horno Ciego II) y cuevas con un acceso descendiente u horizontal relativamente sencillo (6. Cueva de la Torre del Mal Paso, 7. Cueva de los Mancebones y 8. Cova de les Dones).	413
Fig. 9.4.	Plantas de las cuevas con evidencias rituales visitadas: Cueva Santa del Cabriel (1), Cueva Merinel (2), Cueva del Puntal del Horno Ciego II (3), Cova de les Dones (4), Cueva del Sapo (5), Cueva de la Torre del Mal Paso (6), Cueva de los Mancebones (7) y Cueva del Cerro hueco (8). Varias escalas y orientaciones (a partir de las figs. 4.29, 4.111, 4.126, 4.160, 4.195, 4.222, 4.241 y 4.260).	415
Fig. 9.5.	Algunas de las formaciones kársticas más complejas de las cuevas con evidencias rituales visitadas: Cueva Merinel (1), Cueva Santa del Cabriel (2) y Cova de les Dones (3).	416
Fig. 9.6.	Cronología aproximada de las cuevas con evidencias rituales.	417
Fig. 9.7.	Cuevas con condiciones de "habitabilidad": Cueva del Muciélago (1), Cueva de la Cocina (2) (fotografía: O. García Puchol) y el Abric de les Cinc (3).	418
Fig. 9.8.	Intervenciones arqueológicas y NMI total de las cuevas con evidencias de hábitat temporal o permanente.	419

Capítulo 10

Fig. 10.1.	Cueva votiva en terracota L-127A-30 procedente de la necrópolis de la Albufereta (Alicante), vista frontal (1) y cenital (2), y dibujo de E. Verdú (3) (Archivo Fotográfico del MARQ).	427
Fig. 10.2.	Prácticas rituales protagonizadas por los vasos en el santuario de Torreparedones (a partir de Molinos y Rueda 2011: 229; Rueda 2013: fig. 7).	430
Fig. 10.3.	Recreación del depósito de vasos en la Cova de la Font Major (L'Espluga del Francolí, Tarragona). Ilustración de F. Riart (a partir de Genera i Morells 2015: fig. 87).	431
Fig. 10.4.	Escena de sacrificio de un pequeño carnero: el Sacrificador de Bujalamé (La Puerta de Segura, Jaén) (fotografías: R. Fernández Ruiz, Archivo MAN) (a partir de Mata <i>et al.</i> 2014: fig. 294).	433
Fig. 10.5.	Hierofanía identificada en la Cueva de la Lobera (Esteban <i>et al.</i> 2014: fig. 6).	444
Fig. 10.6.	Efecto de iluminación identificado en el solsticio de invierno en la Cueva de la Nariz (Umbría del Salchite, Murcia) (Esteban y Ocharán 2016: fig. 4).	445
Fig. 10.7.	Orientaciones de las bocas con evidencias rituales visitadas.	445
Fig. 10.8.	Imagen del pasillo de acceso a la Cueva Santa del Cabriel en la que se observa cómo la luz solar ilumina su acceso durante el solsticio de verano (fotografía: F. Moya).	446
Fig. 10.9.	Símbolos soliformes o florales presentes en la Cueva del Cerro Hueco (1) y la Cueva del Puntal del Horno Ciego II (2).	446
Fig. 10.10.	Acceso a la Cueva del Puntal del Horno Ciego II, iluminado por luz natural.	447
Fig. 10.11.	Algunos ejemplos escultóricos de mujeres como portadoras de vasos, procedentes del santuario ibérico del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete), expuestos en el MAN (montaje de elaboración propia).	449

Fig. 10.12. Recreación del microcosmos de la fibula de Braganza: océano, tierra y mundo subterráneo (Perea <i>et al.</i> 2007: 20), en la que se plasma el enfrentamiento del joven contra las fieras, en un universo salvaje y desconocido.	452
Fig. 10.13. Ejemplos de evidencias iconográficas de la caza del ciervo en <i>Edeta</i> /Tossal de Sant Miquel (Llíria, Valencia) (Bonet, 1995; fotografías: J. Salazar y Archivo Fotográfico del SIP) (1-4), La Serreta (Alcoi, Alicante) (Olmos y Grau 2005: fig. 87 y lám. VII) (5), El Castellillo (Alloza, Teruel) (dibujo M. M. Fuentes; fotografía: Museo de Teruel) (6) y Alberri (Concentaina, Alicante) (Abad <i>et al.</i> 1993: fig. 3.3; fotografía: Centre d'Estudis Contestans) (7) (escalas diversas) (a partir de Machause y Sanchis 2015: fig. 6).	453
Fig. 10.14. Recreación de la ofrenda de las trenzas como rito de paso femenino. Dibujo M. J. López Tabernero (Rueda <i>et al.</i> 2016: 21)	455
Fig. 10.15. Principales prácticas rituales identificadas y su relación de género.	456

Capítulo 11

Fig. 11.1. Indicaciones hacia la cueva desde Fuenterrobles y las Casas del Alabú.	461
Fig. 11.2. Visitantes en la romería de 2015 accediendo a la cueva.	462
Fig. 11.3. Los más pequeños adentrándose en las salas más recónditas de la cueva al acabar la misa.	463
Fig. 11.4. Paraje de las Casas del Alabú, donde tras acabar la misa en la cueva, se transporta a la Virgen y se realiza la tradicional comida de la romería.	464
Fig. 11.5. Visitantes en la misa oficiada en la romería de 2015.	465
Fig. 11.6. Ofrendas lumínicas a la Virgen.	466
Fig. 11.7. Interior de la Cueva Santa de Altura.	467
Fig. 11.8. Imágenes de la romería desde Alcublas a la Cueva Santa (6 de mayo de 2017).	468
Fig. 11.9. Intercambio de varas entre los alcaldes de Altura y Alcublas, celebrado a pocos metros del Santuario de la Cueva Santa.	469
Fig. 11.10. Imágenes de la misa celebrada en el interior de la Cueva Santa.	470
Fig. 11.11. Ofrendas actuales depositadas en la Cueva de Es Cuieram (junio de 2012).	470

Capítulo 12

Fig. 12.1. Principales preguntas del trabajo.	477
Fig. 12.2. Principales hipótesis comprobadas a lo largo del trabajo.	478

ÍNDICE DE ABREVIATURAS

alt.: altura
ant.: anterior
aprox.: aproximadamente
c.o.: comunicación oral
c: cata/capa
cap.: capítulo
Col. Priv.: Colección Privada
coord.: coordinador/a
coords.: coordinadores/as
diam.: diámetro
DGPV: Dirección General de Patrimonio Valenciano
e.p.: en prensa
e: estratos
ed.: editor/a
eds.: editores/as
frag/s: fragmento/s
g: gramos
indet.: indeterminado
lám.: lámina
LP: limpieza de perfiles
MAM: Museo Arqueológico Municipal
MM: Museo Municipal
MNC: Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias “González Martí” de Valencia
MPV: Museo de Prehistoria de Valencia/ Museu de Prehistòria de València
msnm: metros sobre el nivel del mar
n: nivel
NMI: Número Mínimo de Individuos
NMI-G: Número Mínimo de Individuos por grupos cerámicos
NMI-M: Número Mínimo de Individuos por tipo de material
NMI-T: Número Mínimo de Individuos total
NR: Número de Restos
post.: posterior
REF.: referencia
s./ss.: siglo/s
s: sector
SIAP: Servicio de Investigaciones Arqueológicas y Prehistóricas de Castellón
SIP: Servicio de Investigación Prehistórica/ Servei d’Investigació Prehistòrica
SR: Sin Referencia
sup.: superior
TFM: Trabajo Final de Máster
UVEG: Universitat de València-Estudi General
vol.: volumen

Técnica	T	Torno	Varios	Br	Bronce
	M	Mano		Fe	Hierro
Clase	A	Fina		Pb	Plomo
	B	Tosca		Pd	Piedra
Importaciones	AT	Ática		H	Hueso
	BN	Barniz negro		HT	Hueso trabajado
	FR	Figuras rojas		Pv	Pasta vítrea
	Camp	Campaniense	Observaciones		
	FEN	Fenicia	FA	Formas abiertas	
	MAS	Ánfora masalieta	FC	Formas cerradas	

Color de pastas, superficies y desgrasantes	
nj	naranja
anj	anaranjado
m	marrón
bg	beige, marrón claro
n	negro
g	gris
bl	blanco
am	amarillento
r	rojizo, rojo
rs	rosáceo
br	brillante
cr	crema

Atributos morfológicos

Borde/Labio	a	ala
	s	saliente
	ex	exvasado
	p	plano
	r/rc	recto
	e/r	entrante
	m	moldurado
	t	triangular
	st	subtriangular
	sd	sin diferenciar
	en	engrosado
	p	pendiente
	b	biselado
	rs	con resalte
	cx	convexo
ab	abombado	

Base/Pie	pl	plana
	c	cóncava
	cx	convexa
	i	indicado
	a	anillado
	p	pastilla
	m	moldurado
	al	alto
	pv	pivote
d	destacado	

Pomo	pm	pomo macizo
	pmp	pomo macizo perforado
	a	anillado
	pap	anillado perforado
	ds	pomo discoidal
	co	pomo cónico

Decoración	
p	Pintura
pg	pintura geométrica
pv	pintura floral o vegetal
pf	pintura narrativa o figurativa
pb	bícroma, policroma
im	impresión
e	escisión
i	incisión
if	incisión fina
ig	incisión gruesa
pa	decoración aplicada o plástica
ac	acanalada
fr	figuras rojas
fn	figuras negras
d	digitada
a	acanalada
r	reborde
b	baquetón

Asa	Posición	v	vertical
		h	horizontal
		t	transversal o de cesto
	Sección/ forma	c	circular
		a	acintada
		g	geminada
		t	trigeminada
		m o p	múltiple o poligeminada
		o	ovalada
		co	combinada
		tz	trenzada
		fg	falsa geminada
		on	ondulada
		or	orejetas
		mam	mamelón

Tratamiento de las superficies	
eng	engobe
al	alisada
b	bruñido (a mano)
pul	pulido (a torno)
b	barniz
bn	barniz negro
br	barniz rojo
t	toscas
asp	ásperas
esp	espatulado
esc	escobillado



LAS CUEVAS COMO ESPACIOS RITUALES EN EPOCA IBERICA

Los casos de *Kelin*, *Edeta* y *Arse*